Sergio E. Morales R.

Grupo "J"

BIBLIOTECA PERLA

PRIMERA SERIE

XVIII

LAS MIL Y UNA NOCHES

SELECCIÓN CUIDADOSA Y EXPURGADA
DE LA FAMOSA COLECCIÓN DE CUENTOS ARÁBES
QUE TRADUJO AL FRANCES

GALLAND
EN EL SIGLO XVII

NUEVA EDICIÓN PROFUSAMENTE ILUSTRADA

EDITORIAL • SATURNINO CALLEJA • S.A.
CASA FUNDADA EL AÑO 1876

MADRID

RESERVADOS LOS DERECHOS
DE PROPIEDAD ARTÍSTICA

ALDUS, S. A DE ARTES GRÁFICAS. SANTANDER

LAS MIL Y UNA NOCHES

Un rey de Persía decidió en un momento de furor decapitar a su infiel esposa, a quien amaba ardientemente. Persuadido de que no había mujeres virtuosas, para evitar nuevas traiciones resolvió casarse cada noche con una doncella, y hacerla degollar a la mañana siguiente.

El terror cundió en Persia; una porción de reinas de un día fueron ejecutadas por mano del verdugo, hasta que la hija del Gran Visir, llamada Scherezada, en un arranque de inspiración, se ofreció al sacrificio para salvar a sus compatriotas, y obligó a su padre a presentarse al Monarca y ofrecerle la mano de la atrevida joven.

La escena fué conmovedora. El Rey, firme en su criminal propósito, dijo al Visir: "¡Te aseguro que mañana será degollada tu hija si hoy se casa conmigo!„ El Ministro lloró y suplicó; pero no se intimidó Scherezada. El casamiento se realizó, y el Sultán quedó prendado de la hermosura de su esposa: pero observando que lloraba, le preguntó que tenía:

—Señor—contestó ella,—tengo una hermana a quien amo mucho, y desearía que pasara la noche junto a nuestro aposento para darle mañana el último adiós.

El Sultan accedió, y la joven Dinarzada se instaló en Palacio al lado de la habitación de los esposos para despertar a la nueva Sultana.

Antes del alba, y, según tenían convenido, dijo a Scherezada:

—Hermana mía, si no duermes, te ruego que me cuentes uno de los divertidos cuentos que sabes. Acaso sea la última vez que goce ese placer.

El Sultán concedió permiso, y cuando llegó el momento de levantarse para atender a los negocios de su reino el cuento llegaba a un punto tan interesante, que, deseando saber cómo terminaría, concedió a Scherezada un día más de existencia; pero los cuentos fueron sucediéndose cada vez más entretenidos; y la hija del Gran Visir se dió tal maña para enredar unos con otros y dejarlos pendientes en los episodios de mayor interés, que el Rey, lleno de curiosidad por conocer el final de cada historia, iba dejando para otro día la ejecución de la sentencia. Así pasaron mil y una noches. Al terminar ese período de dos años y nueve meses el Sultán sintió aplacada su crueldad, y, desarmado su enojo, renunció a quitar la vida a Scherezada en gracia al talento y a la inventiva de la simpática narradora.

De los cuentos que refirió, los más interesantes fueron los siguientes:

CUENTO PRIMERO

LOS FAVORITOS DEL SULTÁN

En cierta ocasión—comenzó a decir Scherezada—Masrur, el favorito del sultán Harum-al-Raschid, dijo a su esposa Zulima, que era a su vez la favorita de la Sultana:

—Esposa mía, estamos completamente arruinados y en vísperas de que nos muelan las costillas muestros acreedores. Se me ha ocurrido un medio de que salgamos de esta apurada situación, y si tú me ayudas, el éxito es seguro.

—Lo que digas será hecho sin vacilar—repuso Zulima.

—Pues bien; voy a hacerme el muerto: tú darás pruebas de tu

amarga aflición, y saldrás desesperada y tirándote de los cabellos por los corredores del Palacio. Cuando el Sultán sepa que he fallecido, no dejará de enviarte algún dinero y una rica pieza de tela para que me amortajes.

Pues hagamos una apuesta...

Y como lo pensaron se ejecutó. Masrur se hizo el muerto, y su esposa Zulima comenzó a dar gritos desesperados prodigando a su difunto esposo los más lisonjeros calificativos.

—¡Pobrecito! —exclamaba. —¡Ha muerto en la flor de su edad! ¡El sarampión le ha quitado la vida! ¡Sólo Dios sabe cuán bueno era, cuán noble y valiente!

Pronto llegó hasta la Sultana la noticia del fallecimiento, y en el acto dió a su tesorera la orden de que entregase a la viuda quinientas monedas de oro y una rica pieza de brocado para que amortajase con decoro al hombre que había sido favorito del Sultán.

Apenas hubo cumplido su encargo el tesorero, cesaron los llantos, se levantó el muerto fingido, y su mujer se fingió muerta.

Entonces Masrur comenzó a gritar como un desesperado lamentando el fallecimiento de su esposa.

—¡Angelito!—decía entre sollozos.—¡Tan buena, tan cariñosa! ¡En su vida me arañó arriba de cien veces! ¡Qué pérdida tan grande!

Y se hicieron los muertos.

El Sultán se enteró de la muerte de Zulima, y en el acto envió a su favorito una bolsa con quinientas monedas de oro y una rica pieza de brocado.

En cuanto se quedaron solos comenzaron a brincar y saltar con el mayor regocijo.

¡Ya tenían dinero para salir de apuros! Pero el Sultán acababa de visitar a la Sultana para darle el pésame por la muerte de su doncella favorita, pues sabía el mucho afecto que le profesaba.

—¡Nos hemos muerto a un tiempo!

La Sultana se echó a reir y le dijo:

—A quien hay que dar el pésame es a V. M., porque el muerto es Masrur.

—¿Cómo? Estoy seguro de que Zulima es la que ha muerto.

—Y yo, de que es Masrur el fallecido.

—Pues hagamos una apuesta—dijo Harum-al-Raschid.—Si el muerto es Masrur, yo pierdo el palacio de las flores; pero si es Zulima, vuestro jardín me pertenecerá.

—¡Aceptado! ¡Y voy a ganar la apuesta! Amina, ¿no has llevado tú de mi parte una bolsa a Zulima?

—Sí, señora—contestó la tesorera.

¿Quién era el muerto?

—Masrur.

—¡Ya lo estáis oyendo! ¡Conque he ganado la apuesta!—dijo la Sultana.

—¡Poco a poco, que es preciso que yo interrogue a mi tesorero!

—Giafar, ¿a quién entregaste las quinientas monedas de oro y la pieza de brocado?

—A Masrur, vuestro favorito, que lloraba desconsoladamente sobre el cadáver de Zulima.

—¿Lo veis? Pues he ganado la apuesta, y es mío vuestro jardín.

—Pues vamos a cerciorarnos por nosotros mismos de lo que haya de cierto en esto—dijo la Sultana.

Y todos se dirigieron hacia el cuarto de Masrur y de Zulima.

Cuando éstos notaron que se acercaban, cubriéronse apresuradamente con sus ricas mortajas y se hicieron los muertos.

Al verlos dijo el Sultán:

—¡La pobre Zulima ha muerto de pena al ver a su esposo difunto!

Pero la sultana contestó:

—¡Ha sido Masrur el que ha sucumbido a su dolor!

Ambos se miraron sin saber qué hacer.

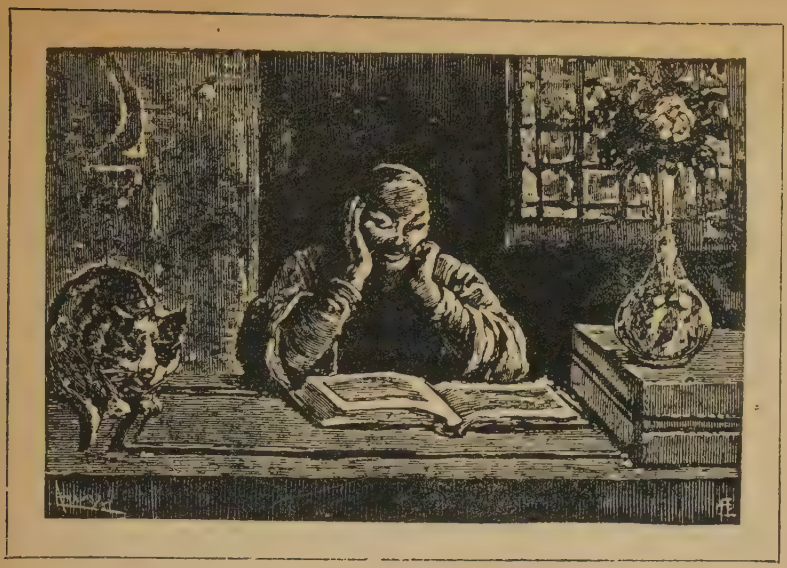
—¡Daría mil monedas de oro—dijo por fin el Sultán—por saber cuál ha muerto primero: de ese modo ganaría mi apuesta!

—¡Y yo, otras mil por saber lo mismo! ¡Así sería yo la ganancíosa!

—¡Aceptado!—gritó Masrur levantando la cabeza.—¡Nos hemos muerto a un tiempo!

Y levantándose los dos, se arrodillaron a los pies de los Monarcas.

La alegría de ver vivos a sus favoritos hizo generosos a la Sultana y al Sultán, que les concedieron las mil monedas ya invertidas, más otras mil, para que no tuvieran apuros en mucho tiempo.



CUENTO II

ALADINO O LA LÁMPARA MARAVILLOSA

En la capital del Imperio Chino, uno de los más poderosos de la Tierra, vivía hace muchos siglos un sastre llamado Kin-Fó, acreditado de muy hábil en su oficio.

Kin-Fó, el sastre, a pesar de su habilidad y destreza, era muy pobre: apenas le producía su trabajo con qué vivir en compañía de su mujer y un hijo que habían tenido de su matrimonio.

El hijo se llamaba Aladino, y era de gran inteligencia y de muy buen natural, pero nada aficionado al oficio de su padre. En China es costumbre que las profesiones sean hereditarias: de modo

que el padre de Aladino tenía verdadero empeño en que su hijo fuera sastre como él; pero el muchacho, que se aprendía los libros más difíciles sólo con leerlos y que retenía con mucha facilidad los conocimientos científicos, no sabía manejar la aguja, aunque por complacer a su padre trató sinceramente de aprovechar sus lecciones.

Su vocación era muy distinta. Con gusto habría sido letrado, profesión muy estimada en China, y tampoco le habría disgustado ser militar; que no tenía nada de cobarde y gustaba mucho de los brillantes uniformes de los guerreros. Desgraciadamente, su familia carecía de recursos para darle una de esas carreras, y el sentimiento de no poder educar a su hijo como habría deseado ocasionó al padre de Aladino una enfermedad que le causó la muerte.

Viendo que, a pesar de su buen deseo, su hijo no llevaba trazas de aprender el oficio de su padre, la madre cerró la tienda y vendió todos los útiles de su oficio, para mantenerse a sí misma y a su hijo con lo que ella pudiera ganar dedicándose a trabajos de costura.

Mientras tanto, Aladino seguía consagrado a los estudios de su afición, aunque deplorando que no le fueran de inmediata utilidad, pues ardientemente deseaba ayudar a su excelente madre, y confiaba en que andando los tiempos encontraría algún bienhechor que le costease una carrera. Así llegó a los quince años.

Cierto día que paseaba por una de las plazas más populares de la ciudad, absorto en sus meditaciones y pensando qué podría hacer para no ser gravoso a su madre, vió que se detuvo a mirarle un extranjero.

Era un mago famoso, a quien los autores que han leído su historia nos dan a conocer con el nombre de *El Mago africano*. Así le llamaremos también nosotros, con tanta más razón, cuanto que era verdaderamente de un país de África, Egipto, y no hacía más que dos días que había llegado a Pekín.

Bien porque el *Mago africano*, que sabía estudiar las fisonomías, hubiera observado en el rostro de Aladino la expresión que le convenía para ejecutar el proyecto que había motivado su largo viaje, o bien por cualquier otro motivo, lo cierto es que se informó

Se detuvo a mirarle un extranjero.

con sagacidad de todo lo concerniente a la familia del muchacho, a éste y a sus inclinaciones. Cuando llegó a reunir todos los informes que deseaba, se aproximó al joven, y tocándole ligeramente en el hombro, le hizo esta pregunta:

—Hijo mío, ¿se llama por casualidad tu padre Kin-Fó, y es de oficio sastre?

—Sí, señor—le respondió Aladino con tristeza;—pero hace mucho tiempo que ha muerto.

Al oir estas palabras, el *Mago africano* se arrojó al cuello de Aladino, y le abrazó y besó muchas veces, con lágrimas en los ojos y exhalando tristes suspiros. Sorprendido ante tales demostraciones, Aladino le preguntó qué motivo tenía para afligirse de aquel modo.

—¡Ah, hijo mío!—exclamó el *Mago africano*.—¿Cómo es posible que deje de llorar? ¡Yo soy tu tío, y tu padre era mi hermano! Hace muchos años que salí de aquí para buscar fortuna por el mundo; ¡y cuando llego con la esperanza de verle y regocijándome con la idea del gozo que le hubiera dado mi vuelta, me dices que ha muerto! ¡Cuánto siento verme privado del consuelo que me prometía! Pero lo que calma un tanto mi dolor es que, según lo que puedo recordar, reconozco sus facciones en tu rostro, y veo que no me he engañado dirigiéndome a ti.

Sacando un bolsillo, preguntó a Aladino dónde vivía su madre; y una vez satisfecha su pregunta, tomó el *Mago* un puñado de monedas de plata y se lo dió, diciéndole:

—Hijo mío, vete al lado de tu madre, salúdala en mi nombre, y dile que mañana iré a visitarla para tener el consuelo de ver el sitio en que mi hermano ha vivido tanto tiempo y donde ha concluído su laboriosa existencia.

Apenas se alejó el *Mago africano* del que llamaba su sobrino, corrió Aladino a casa de su madre, muy contento con el dinero que su tío acababa de darle, y al llegar dijo:

—Madre mía, ¿cómo es que no me había hablado usted de un tío que tengo, hermano de mi padre?

—¿Quién te ha dicho semejante cosa?—le respondió la madre. —No tienes ningún tío, ni por parte de tu difunto padre ni por la mía.

—Aquí tiene usted lo que me ha dado.

—Sin embargo, madre—repuso Aladino,—acabo de ver a un señor como de cincuenta años, que dice ser mi tío por parte de mi padre, pues era su hermano, según afirma, y aun ha comenzado a llorar y abrazarme cuando le he dicho que había muerto. Y como muestra de que digo la verdad—añadió enseñándole el dinero que había recibido,—aquí tiene usted lo que me ha dado. También me ha encargado que salude a usted en su nombre y que le diga que mañana sin falta vendrá a visitarla, así como a ver la casa en que ha vivido y muerto mi padre.

—Hijo mío—contestó la madre,—verdad es que tu padre tenía un hermano; pero hace mucho tiempo que murió, y nunca le he oído decir que tuviese otro. De todos modos, me da mucho que pensar lo que me has dicho.

Al día siguiente se acercó otra vez el *Mago africano* a Aladino cuando paseaba éste por el sitio de costumbre. Le abrazó con el mismo cariño que el día anterior, y poniéndole en la mano dos monedas de oro le dijo:

—Aladino, lleva esto a tu madre: dile que iré a verla esta noche, y que compre algunas provisiones para que cenemos juntos; pero antes dame las señas de tu casa.

Aladino se las dió, y el *Mago africano* se despidió de él.

Aladino llevó las dos monedas de oro a su madre, y habiéndole trasmitido el encargo de su tío, salió la buena mujer a comprar víveres y alguna vajilla. Empleó toda la tarde en preparar la cena, y al anochecer, cuando todo estuvo preparado, dijo a Aladino:

—Hijo mío, puede que tu tío no acierte con la casa: ve a buscarle, y tráele si le encuentras.

Aunque Aladino había dado las señas de la casa al *Mago africano,* se disponía a salir, cuando llamaron a la puerta. Abrió el joven, y reconoció al *Mago africano,* que entró cargado de botellas de vino y de varias clases de frutas escogidas, que llevaba para ayudar a la cena.

Después que el *Mago africano* entregó a Aladino lo que llevaba, saludó a su madre, y le suplicó que le mostrase el sitio donde su hermano Kin-Fó acostumbraba sentarse en el sofá. Se lo indicó, y al punto se prosternó en el suelo y besó aquel sitio repetidas veces, con lágrimas en los ojos, diciendo:

—¡Pobre hermano mío! ¡Cuán grande es mi pena por no haber llegado a tiempo para abrazarte una vez siquiera antes de tu muerte!

Por más que se lo rogaba la madre de Aladino, no consintió en sentarse en el mismo sitio que su hermano.

—¡No—dijo;—respeto demasiado su memoria! Pero permítame usted que me ponga aquí enfrente, a fin de que, ya que no puedo tener la satisfacción de verle en persona como padre de una familia que tanto amo, pueda a lo menos mirar el sitio que ocupaba.

No le rogó más la madre de Aladino, y le dejó en libertad de tomar el asiento que más le gustara.

Una vez instalado el *Mago africano* en el sitio que prefería, empezó a hablar con la madre de Aladino.

—Querida hermana—le decía,—no se admire usted de no haberme visto en todo el tiempo que ha estado casada con Kin-Fó, de feliz memoria: hace más de treinta años que salí de este país, donde he nacido, lo mismo que mi difunto hermano. Desde entonces, después de haber recorrido las Indias, Arabia, Siria y Egipto, deteniéndome en las más hermosas ciudades de aquel país, pasé a África, donde he residido mucho tiempo y he reunido alguna fortuna. Por último, como es propio del hombre, por distante que se halle de su país natal, recordarlo con cariño y ansiar ver de nuevo a sus parientes y a todos aquellos con quienes se ha criado, me entró un deseo tan vehemente de volver a ver el mío y abrazar a mi querido hermano, que a pesar de lo largo del viaje no he vacilado en ponerme en camino. Sería muy largo hablaros del tiempo que he empleado, de los muchos obstáculos que he tenido que salvar y de las innumerables fatigas que he sufrido para llegar hasta aquí; pero sí puedo aseguraros que nada me ha mortificado ni afligido tanto en todos mis viajes como la inesperada noticia de la muerte de mi hermano, a quien siempre amé entrañablemente. He visto retratadas sus facciones en el rostro de mi sobrino, su hijo de usted, y eso es lo que me ha hecho conocerle en seguida. Él le habrá dicho la impresión que me ha causó la triste noticia de que ya no existía su padre; pero me queda el consuelo de encontrarle reproducido en un hijo que se parece a él como una gota de agua a otra gota.

Observando el *Mago africano* que la madre de Aladino se enternecía con el recuerdo de su marido, cambió de conversación, y volviéndose hacia el joven, le preguntó cómo se llamaba.

—Me llamo Aladino—contestó.

—Pues bien, Aladino; ¿en qué te ocupas? ¿Cuál es tu oficio?

A esta pregunta bajó los ojos Aladino y se quedó turbado. Entonces dijo su madre:

—Aladino carece de oficio. Su padre hizo todo lo posible por que aprendiera el suyo, y no pudo conseguirlo. Mi hijo tiene demasiado viento en la cabeza: se ha empeñado en ser letrado o mandarín; y como no tiene medios de fortuna para seguir una carrera, está tan triste, que sufro al verle. Reconozco que tiene buen deseo; pero se muestra tan torpe para aprender algún oficio, que voy perdiendo la esperanza de que pueda servir nunca para nada. Su padre no ha dejado bienes, y yo, hilando todo el día como lo hago, apenas puedo ganar un pedazo de pan. Aseguro a usted que estoy verdaderamente desesperada.

Apenas la madre de Aladino acabó de hablar en estos términos, dijo el *Mago africano:*

—¡Es malo forjarse ilusiones, sobrino mío! ¡Hay que pensar en cosas prácticas y ponerse en disposición de poder ganar la vida, sin soñar imposibles! Hay muchas clases de oficios. Mira si encuentras alguno que te guste. Tal vez te sea desagradable el de tu padre y tengas más vocación por otro, propio de tu esfera social. No me ocultes tus inclinaciones, pues no trato más que de serte útil.

Al ver que no respondía Aladino, añadió:

—Si sientes repugnancia por aprender un oficio y quieres ser hombre de bien, yo te costearé una carrera o te pondré en disposición de que seas oficial del Ejército. Consulta contigo mismo, y dime francamente lo que piensas. Siempre me hallarás dispuesto a cumplir lo que te he prometido, pues lo considero un deber mío.

Esta oferta llenó de alegría a Aladino, a quien, como sabemos, desagradaba el trabajo manual; tanto más, cuanto que tenía bastante buen talento y aspiraciones elevadas. Manifestó al *Mago africano,* a quien miraba como a su tío, que su inclinación se dirigía más hacia la vida militar que a ninguna otra carrera, y que toda su vida le estaría agradecido al inmenso favor que iba a hacerle.

—Ya que tanto te gusta esa honrosa profesión—le dijo el *Mago*

africano,—yo te llevaré mañana conmigo, te haré vestir primorosamente, y en seguida pensaremos en presentarte a algunos personajes de importancia.

La madre de Aladino, que no tenía motivos para dudar de que el *Mago africano* fuese realmente hermano de su marido, se afirmó en su creencia al ver el mucho bien que quería hacer a su hijo. Le dió enternecida las gracias por sus buenas intenciones, y después de haber exhortado a Aladino para que procurara ser digno de los grandes favores que su tío le hacía esperar, les sirvió la cena, que estaba muy bien condimentada. La conversación giró sobre el mismo asunto durante toda la cena, hasta que el *Mago*, viendo que la hora avanzaba mucho, se despidió de madre e hijo y se retiró, dejándolos llenos de alegría.

A la mañana siguiente volvió el *Mago africano* a casa de la viuda de Kin-Fó, el sastre, como había prometido. Salió con Aladino, y le llevó a casa de un comerciante que vendía vestidos hechos de toda clase de telas y de diversas calidades y precios. Hizo que le enseñase algunos trajes proporcionados a la estatura de Aladino, y después de haber puesto a un lado los que más le gustaban y apartado los que no eran tan lujosos como él quería, dijo a Aladino:

—Querido sobrino, elige entre todos estos vestidos el que más te agrade.

Encantado Aladino de la generosidad de su nuevo tío, escogió el traje que más le gustó. *El Mago* lo compró con todos sus accesorios, y lo pagó sin regatear lo más mínimo.

Cuando Aladino se vió lujosamente vestido de pies a cabeza, dió a su tío mil gracias, y el *Mago* le prometió no abandonarle y tenerle siempre en su compañía. En seguida le llevó a los sitios más frecuentados de la ciudad, le hizo ver las pagodas más hermosas y más grandes, y le condujo a todos los parajes del palacio del Emperador adonde era premitido entrar. Después de haber recorrido juntos todos los sitios hermosos de la ciudad, llegaron al barrio en que el *Mago* había tomado una habitación. Se encontró allí con algunos señores muy bien portados con quienes había comenzado a tener amistad después de su llegada, y a los cuales había citado en su casa expresamente para obsequiarlos espléndidamente y hacerles conocer al mismo tiempo a su supuesto sobrino.

a quien les recomendó calurosamente para que le ayudasen en sus propósitos de hacer de él un joven de provecho.

Terminó el banquete muy entrada ya la noche; pero cuando Aladino quiso despedirse de su tío para volver a su casa, no permitió el *Mago africano* que se marchara solo, y él mismo le acompañó hasta dejarlo con su madre. Cuando ésta vió a su hijo tan elegante se llenó de júbilo, y no cesaba de dirigir mil bendiciones al hombre generoso que estaba haciendo tan grandes sacrificios por su hijo.

—Bondadoso pariente—le dijo,—no sé cómo agradecer lo que hace usted por nosotros, y deseo que mi hijo llegue a merecer los beneficios que le hace, pues sería enteramente indigno de ellos si no fuese reconocido y olvidara corresponder a la buena intención que usted tiene de darle una carrera noble y distinguida. Yo, por mi parte—añadió,—vuelvo a darle las gracias con toda mi alma, y le deseo una existencia bastante larga para que pueda ser testigo del reconocimiento de mi hijo, que no podrá mostrarlo mejor que siguiendo escrupulosamente sus buenos consejos.

—Aladino—contestó el *Mago africano*—es un buen chico: me oye con respeto y atención, parece dócil, y creo que llegará a ser un joven de provecho. Pasado mañana visitaré a algunos generales para ver el modo de facilitar su entrada en el Colegio militar, a fin de que pronto vista el uniforme de oficial. De todos modos, mañana vendré por él, y le llevaré a pasear a los jardines donde la gente de buen tono acostumbra exhibirse. Acaso no tendrá idea todavía de las diversiones que allí se disfrutan, y es precisó que vaya adquiriendo modales distinguidos.

Despidióse cariñosamente de madre e hijo el *Mago africano*, y se fué. Mientras tanto, Aladino, que estaba gazoso al verse tan elegante, esperaba con impaciencia el prometido paseo por los jardines de los alrededores de la ciudad. Nunca había visto los tales jardines, que eran muy hermosos y agradables.

Levantóse y se vistió al día siguiente muy de mañana para estar pronto a partir cuando llegara su tío. Después de haber esperado largo tiempo, la impaciencia le hizo abrir la puerta y pasear en los alrededores de su casa por si le veía. Apenas le divisó se lo advirtió a su madre, y, despidiéndose de ella, cerró la puerta y corrió a reunirse con el *Mago*.

Hizo el *Mago* muchas caricias a Aladino cuando le vió.

—¡Vamos, hijo mío—le dijo con aire risueño;—he de hacerte ver hoy muy bellas cosas!

Echaron a andar, y le llevó por una puerta de la ciudad que conducía a grandes y suntuosas casas o, más bien, palacios magníficos, cada uno de los cuales tenía tres hermosos jardines, cuyas entradas eran libres. A cada palacio que encontraban preguntaba el *Mago* a Aladino si le parecía hermoso, y el joven decía cuando se presentaba otro:

—Mi querido tío, éste es todavía más hermoso que los que acabamos de ver.

Mientras tanto seguían avanzando por el campo, y el astuto *Mago,* que necesitaba ir más lejos para ejecutar el designio que había motivado su viaje, aprovechó la ocasión de entrar en uno de aquellos jardines. Se sentó en el borde de una fuente que recibía un agua clarísima por un mascarón de león de bronce, y fingió que estaba cansado, a fin de hacer que se detuviese Aladino.

—Muchacho—le dijo,—no hay duda de que también tú estarás fatigado: descansemos aquí un rato para cobrar fuerzas, y así tendremos más ánimo para seguir nuestro paseo, pues aún nos falta por ver lo más hermoso.

Cuando se sentaron sacó el *Mago africano* de un lienzo que llevaba atado a la cintura tortas y varias clases de exquisitas frutas de que había hecho provisión, y las puso en el borde de la fuente. Partió para los dos una torta de pasta muy sabrosa, y en cuanto a las frutas, dejó a Aladino la libertad de elegir las que fuesen más de su agrado. Mientras tomaban esta merienda dió a su titulado sobrino muchos consejos para exhortarle a que fuera poco a poco limitando sus ambiciones y contentándose con su estado, que huyese de los jóvenes desarreglados y se uniera y arrimase más bien a los sabios y prudentes, que los escuchara y se aprovechase de sus conversaciones.

—Bien pronto—le decía—serás un hombre, y ya es tiempo de que vayas acostumbrándote a pensar con seriedad.

Cuando hubieron acabado de tomar la merienda se levantaron y prosiguieron sus paseos por los jardines. Insensiblemente llevó el *Mago africano* a Aladino al otro lado de los jardines, alejándose mucho de la población, y le hizo atravesar campos

—Descansemos aquí un rato.

que los condujeron hasta muy creca de unas montañas que desde la ciudad se veían.

Aladino, que en su vida había andado tanto, empezó a sentirse muy fatigado de tan largo paseo.

—Tío—dijo al *Mago africano,*—¿no es ya tiempo de volver atrás? Hemos dejado los jardines muy lejos, y no veo más que montañas. Si pasamos adelante, no sé si tendré bastante fuerza para volver a la ciudad.

—¡Anímate, sobrino!—le dijo el falso tío.—Quiero que veas otro jardín que sobrepuja a todos los que acabas de ver. No está lejos de aquí: no hay más que dos pasos, y cuando hayamos llegado a él, tú mismo habrás de confesarme que hubieras sentido no verlo después de haber estado tan cerca.

Dejóse persuadir Aladino, y el *Mago* le llevó aún más lejos, contándole algunas historietas divertidas para hacerle el camino menos fastidioso y la fatiga más soportable.

Entraron al fin entre dos cerros de mediana altura e iguales con corta diferencia, separados por un valle poco extenso. Aquel era el sitio adonde el *Mago africano* había querido llevar a Aladino para la ejecución de un gran proyecto que le había hecho ir desde la extremidad del África hasta la capital china.

—Ya hemos llegado al fin del paseo—dijo a Aladino:—ahora verás aquí cosas extraordinarias y desconocidas a los demás mortales. Cuando las hayas visto me darás las gracias por haberte hecho presenciar tanta maravilla, que nadie en el mundo ha visto sino tú. Mientras yo enciendo lumbre con el pedernal, ve recogiendo todas las malezas que encuentres secas para encender fuego.

Había por allí bastantes malezas, y muy pronto juntó Aladino un montón más que suficiente, mientras el *Mago* encendía la yesca. Dió fuego a las ramas secas, y en el momento en que se encendieron echó el *Mago africano* un perfume que tenía dispuesto, el cual produjo un humo muy espeso, que se arremolinaba a uno y otro lado a medida que el *Mago* pronunciaba algunas palabras que Aladino no pudo entender.

Cuando el humo empezó a disiparse tembló un poco la Tierra, y se abrió en aquel sitio delante del *Mago* y de Aladino, dejando descubierta una losa como de pie y medio en cuadro y uno

...pronunciaba algunas palabras que Aladino no pudo entender

de profundidad, colocada horizontalmente y con un anillo de oro en medio, que servía para levantarla. Espantado Aladino por lo que estaba presenciando, tuvo miedo y quiso huir; pero era necesaria su presencia para aquellos misterios, y el *Mago* le detuvo y le regañó mucho, dándole un bofetón tan terrible, que le tiró al suelo, haciéndole derramar mucha sangre por la nariz y los dientes. Temblando como un azogado y vertiendo lágrimas, el pobre Aladino:

—Tio mío—exclamó,—¿qué he hecho para que me maltrate usted de ese modo?

—¡Tengo motivos de sobra para hacerlo!—le respondió airado el *Mago*.—¡Soy tu tío, hago contigo las veces de padre, y no debes replicarme! Pero, hijo mío—añadió mudando de tono,—no temas: nada más exijo de ti sino que me obedezcas exactamente, si quieres contar con mi afecto y hacerte digno de las grandes ventajas que quiero proporcionarte.

Estas promesas del *Mago* calmaron un poco el temor y resentimento de Aladino. Cuando el *Mago* le vió más sereno, le dijo:

—Ya has visto lo que acabo de hacer por la virtud de mi incienso y de las palabras que he pronunciado. Sabe, pues, que bajo esta piedra que estás viendo hay un tesoro oculto que está destinado para ti, y que en un día puede hacerte más rico que todos los reyes del mundo. Es esto tan cierto, que no hay persona en el mundo, sino tú, a quien le sea permitido tocar esta piedra y levantarla para entrar aquí. Aun a mí me está prohibido tocarla y poner el pie en el tesoro. Para eso es preciso que ejecutes punto por punto lo que yo te diga, sin faltar a ello en lo más mínimo: la cosa es de la mayor trascendencia para ti y para mí.

Maravillado Aladino de lo que estaba viendo y por lo que acababa de decirle el *Mago* acerca del tesoro que debía hacerle feliz para siempre, olvidó su reciente disgusto.

—Pues bien, tío—dijo al *Mago* levantándose; —¿qué es lo que tengo que hacer? Mande usted, que estoy pronto a obedecerle.

—Mucho me alegro, hijo mío—le dijo el *Mago africano*,—de que te muestres dócil. Ven; acércate, coge este anillo y levanta la piedra.

—Pero, tío—replicó Aladino,—yo no tengo bastante fuerza para levantarla; es preciso que usted me ayude.

—No—contestó el *Mago africano*;—no tienes necesidad de mi

ayuda, y nada conseguiríamos si yo te ayudase: es preciso que la levantes tú solo. No tienes que hacer más que pronunciar el nombre de tu padre y de tu abuelo al coger el anillo, y verás qué poco te cuesta alzar la losa.

Hizo Aladino lo que el *Mago* le aconsejaba: levantó la piedra con facilidad, y la dejó a un lado.

Alzada la piedra, apareció una cueva de tres o cuatro pies de profundidad, con una puerta pequeña y unos escalones de piedra para ir más abajo.

—Hijo mío—dijo entonces el *Mago africano* a Aladino,—haz exactamente todo lo que voy a decirte. Baja a esa cueva, y cuando llegues al fin de la escalera que estás viendo, encontrarás abierta una puerta que te conducirá a un sitio espacioso, abovedado y dividido en tres grandes salas colocadas una tras otra. En las tres salas encontrarás a derecha e izquierda cuatro jarrones de bronce llenos de oro y plata; pero no caigas en la tentación de tocarlos. Antes de entrar en la primera sala, levántate el vestido y cíñetelo bien alrededor del cuerpo. Cuando hayas entrado, pasarás a la segunda sala en seguida, y de allí a la tercera, también sin detenerte. Sobre todo, guárdate bien de arrimarte a las paredes y de tocarlas ni aun con la ropa, porque si llegas a tocarlas, quedarás muerto inmediatamente: por eso te he dicho que lleves apretado el vestido alrededor del cuerpo. Al final de la tercera sala hay una puerta, por la cual entrarás en un jardín lleno de hermosos árboles, cargados enteramente de frutas: camina derecho, y atraviesa ese jardín por una senda que va a parar a una escalera de cincuenta gradas, y que conduce a una azotea. Cuando estés ya en la azotea, verás delante de ti un nicho, y en el nicho, una lámpara encendida: coge la lámpara, apágala, y después de arrojar la torcida y verter el líquido que contiene, métela entre las ropas de tu pecho y tráemela. No temas mancharte el vestido: el líquido de la lámpara no es aceite. En cuanto lo hayas derramado, la lámpara quedará seca. Si las frutas del jardín te gustan, puedes coger todas las que quieras sin inconveniente alguno.

Dichas estas palabras, el *Mago africano* sacó un anillo que tenía en el dedo, y lo puso en uno de los de Aladino, diciéndole que era un preservativo contra todo mal que pudiera amenazarle, y le repitió de nuevo todo lo que acababa de decirle.

—Vete, hijo—añadió;—baja sin temor alguno: tú y yo vamos a ser ricos para toda nuestra vida.

Aladino bajó con presteza y llegó hasta el fin de la escalera, donde encontró las tres salas cuya descripción le había hecho el *Mago africano*. Las atravesó con mucho cuidado, porque temía morir si dejaba de observar escrupulosamente lo que su tío le había prescrito. Atravesó también el jardín sin detenerse, subió a la azotea, tomó la lámpara que estaba encendida en el nicho, arrojó la torcida y el líquido que tenía, y viéndola sin humedad, como se lo había dicho el *Mago*, la guardó entre sus ropas; bajó de la azotea, y se detuvo en el jardín a mirar las frutas que pendían de los árboles. Cada árbol de aquel misterioso jardín tenía frutas de diferentes colores: las había blancas, lustrosas y traslúcidas como el cristal; encarnadas, de matiz más o menos subido; verdes, azules, moradas, amarillas, y de otras muchas clases de colores compuestos. Las blancas y opacas eran perlas; las relucientes, diamantes; las rojas oscuras, rubíes; las que no lo eran tanto, balajes; es decir, rubíes de superior calidad; las verdes, esmeraldas; las azules, turquesas; las de color morado, amatistas; las que tiraban a amarillo, topacios, y así las demás. Todas estas piedras eran de un tamaño y perfección cual no se habían visto nunca en el mundo. La vista de aquellas frutas, que observó Aladino que no se podían comer, y cuyo mérito y valor desconocía, no hizo tanta impresión en él como hubieran hecho los higos, uvas, naranjas y otras frutas comunes en la China. Como tampoco estaba en edad de conocer la riqueza que representaban, pensó que todas aquellas frutas no eran más que vidrios de diferentes colores y sin valor alguno. De todas maneras, la diversidad de tan bellos colores, la hermosura y el tamaño extraordinario de cada fruta, excitaron sus deseos de recoger de todas clases. En efecto; cogió en abundancia piedras de cada color, y se llenó con ellas los bolsillos y dos grandes bolsas nuevas que le había comprado el *Mago* con el vestido que le había regalado, para que todo lo tuviese nuevo; y como no podía meter las bolsas en los bolsillos, porque éstos estaban ya llenos, se las ató alrededor de la cintura, envolvió también algunas en los pliegues de su cinto, que era de una cinta ancha de seda y daba muchas vueltas, y las puso de manera que no pudieran caerse, no olvidando meterse también las que pudo entre la camisa y el vestido.

Tomó la lámpara que estaba encendida.

Cargado así Aladino con tantas riquezas sin sospecharlo, volvió a tomar rápidamente el camino de las tres salas para no hacer esperar mucho tiempo al que creía su tío, y después de haberlas recorrido con la misma precaución que antes, volvió a subir por donde había bajado, y se presentó en la entrada de la cueva, donde el *Mago* estaba esperándole con la mayor impaciencia. En cuanto le vió Aladino, le dijo:

—¡Tío, haga el favor de darme la mano para subir!

El *Mago africano* le respondió:

—Hijo mío, dame antes la lámpara, para que no te estorbe.

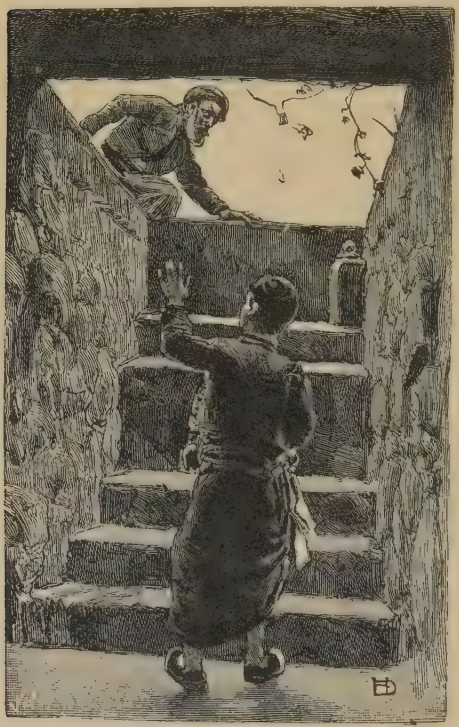
—No me estorba la lámpara, tío—dijo Aladino, temiendo que se le cayeran algunas piedras: —en cuanto suba se la daré a usted.

...cogió piedras de cada color.

El *Mago africano* se obstinó en querer que Aladino le diera la lámpara antes de sacarle de la cueva; y Aladino, que la tenía cubierta por todas partes con las frutas que se había ido metiendo por donde pudo, se excusó de dársela hasta que estuviese fuera de la cueva. Entonces se apoderó una furia espantosa del *Mago africano*, desesperado ante la resistencia del joven: echó un poco de incienso en el fuego que había tenido cuidado de mantener encendido, y apenas hubo pronunciado dos palabras mágicas, cuando se

puso en su lugar por sí misma la piedra que servía para cerrar la entrada de la cueva, con la tierra por encima, en el mismo estado en que se hallaba cuando llegaron ambos.

El *Mago africano* no era hermano, ni siquiera pariente, de Kin-Fó, el sastre, como él había dicho, ni, por consiguiente, tío de Aladino. Procedía realmente de África, pues había nacido en Egipto; y como éste es un país donde se cultiva la magia más que en otro alguno, se había dedicado a ella desde su juventud, y después de más de treinta años de hechicerías, de operaciones de geomancia, de fumigaciones y de lectura de libros de magia había llegado por fin a descubrir que había en el mundo una lámpara maravillosa cuya posesión le haría más poderoso que todos los monarcas reunidos.



¡Tío, haga el favor de darme la mano para subir!

Merced a una operación de geomancia había llegado a saber que aquella lámpara se hallaba en un sitio subterráneo cerca de la capital de la China, en el paraje y con todas las circunstancias que acaban de explicarse. Persuadido de la verdad de este descubrimiento, había emprendido su viaje desde las orillas del Nilo, y después de mil peripecias había llegado a la ciudad que estaba próxima al tesoro. Pero aunque la lámpara estaba realmente en el sitio que él sabia, no le era permitido, sin embargo, sacarla por sí mismo ni entrar en persona en el subterráneo en que aquélla se hallaba. Era preciso que bajase otro que fuese a cogerla, y se la entregara antes de salir del pozo. Por eso se había dirigido a Aladino, que le había parecido un joven dócil y muy a propósito para pres-

tarle aquel servicio que esperaba de él, bien resuelto a hacer, luego que hubiese cogido la lámpara, la última fumigación que hemos dicho y pronunciar las dos palabras mágicas que debían producir el efecto que hemos visto y sacrificar al pobre joven a su avaricia y perversidad, a fin de que no hubiese ningún testigo de lo ocurrido. El bofetón que dió a Aladino y la autoridad que había tomado sobre él no tenían más objeto que acostumbrarle a temerle y a obedecerle cuidadosamente, a fin de que cuando le pidiera la famosa lámpara mágica se la diera en seguida; pero sucedió todo lo contrario de lo que se había propuesto. En fin, no cerró el subterráneo con tanta precipitatión solamente para perder al pobre Aladino, sino porque temió que si disputaba más tiempo con él llegaría a enterarse alguna persona que pasara por allí, con lo cual se haría público lo que le convenía tener muy secreto.

Cuando el *Mago africano* vió desvanecidas para siempre sus grandes y risueñas esperanzas, no le quedó otro partido que tomar que volver a su país, y emprendió su viaje aquel mismo día, dando un rodeo para no pasar por la ciudad de donde había salido con Aladino. Debía temer, en efecto, que se fijaran en él muchas personas que podían haberle visto pasearse con aquel niño y volver sin él.

Todo indicaba que no volvería a oirse hablar más del pobre Aladino; pero el mismo que había creído perderle para siempre no recordaba que le había puesto en el dedo un anillo que podía servir para salvarle. En efecto; aquel anillo fué la causa de la salvación de Aladino, que no tenía la menor idea de su virtud; y es de admirar que esta pérdida, agregada a la de la lámpara, no causara al *Mago* la mayor desesperación; pero los hechiceros están tan acostumbrados a las desgracias y a los acontecimientos contrarios a sus deseos, que los soportan con paciencia, y mientras viven no cesan de alimentarse de ilusiones y quimeras.

Aladino, quo no podía esperar tanta maldad en su falso tío después de las caricias y los beneficios que le había prodigado, quedó sorprendido hasta un extremo más fácil de imaginar que de expresar con palabras. Al verse encerrado vivo llamó mil veces a su tío, gritando entre sollozos que estaba pronto a darle la lámpara; pero eran inútiles sus gritos, pues no había medio de que le oyese. Así, quedó desesperado en medio de las tinieblas y de la oscuridad.

Después de haber dado alguna tregua a sus lágrimas, bajó hasta el fin de la escalera de la cueva para ir a buscar la luz al jardín en que había estado antes; pero la pared que se había abierto por encanto se había vuelto a cerrar y a unir misteriosamente. Anduvo tentando en todas direcciones muchas veces, y no encontró puerta alguna; redobló sus gritos y sus lágrimas, y al fin se dejó caer sin aliento en las escaleras de la cueva, sin esperanza de volver a ver la luz, y con la triste certeza, por el contrario, de pasar desde las tinieblas en que estaba a la de una muerte lenta y horrible.

En tan desesperada situación, y sin comer ni beber, pasó Aladino dos días, que le parecieron dos siglos; al tercer día, por fin, mirando la muerte como inevitable, levantó las manos juntas, y con completa resignación en la voluntad de Dios exclamó:

—¡No hay fuerza ni poder sino en Dios, y cuanto dispone está bien dispuesto! ¡Hágase su voluntad!

Al juntar las manos restregó, sin pensar en ello, el anillo que el *Mago africano* le había puesto en el dedo, y cuya virtud no conocía. De repente se elevó delante de él, como salido de lo profundo de la Tierra, un gigante enorme y de semblante horrible, que tocaba con la cabeza en la bóveda, y dijo a Aladino estas palabras:

—*¿Qué me quieres? Aquí me tienes pronto a obedecerte como tu esclavo; porque yo y otros muchos genios como yo somos esclavos de la persona que tenga ese anillo.*

En vista de una figura tan espantosa, en cualquiera otra circunstancia se hubiera sobrecogido Aladino de terror y no hubiera acertado a articular una palabra; pero preocupado únicamente con el peligro en que se encontraba, respondió sin vacilar:

—¡Quienquiera que seas, hazme salir de este subterráneo, si alcanza a eso tu poder!

No bien hubo pronunciado estas palabras, cuando la Tierra se abrió, y él se encontró fuera de la cueva, precisamente en el sitio adonde el *Mago* le había llevado.

Como Aladino había permanecido tan largo tiempo en las más densas tinieblas, al principio le costó mucho trabajo soportar la claridad del Sol; pero al fin fué acostumbrando poco a poco sus ojos a ella, y mirando en derredor suyo, quedó muy sorprendido de no ver abertura alguna en el suelo. No podía comprender de qué

manera se encontraba tan repentinamente fuera del subterráneo; pero el sitio en que se habían quemado las malezas le sirvió para reconocer el lugar donde se hallaba la cueva en que había estado encerrado. Después, volviéndose hacia la parte de la ciudad, la divisó a lo lejos por entre los jardines que la rodeaban, y reconoció el camino por donde le había llevado el *Mago*. Emprendió su marcha dando gracias a Dios por verse otra vez en el mundo cuando ya había perdido la esperanza de volver a él. Llegó a la ciudad, y al entrar en casa de su madre, lo que le costó no poco trabajo, el placer de verla, unido a la debilidad en que se hallaba por no haber comido en casi tres días, le produjo un desmayo que le duró algunos minutos. Su madre, que le había llorado ya como perdido o como muerto, viéndole en aquel estado, se esmeró cariñosamente para hacerle volver en sí. Volvió al fin de su desvanecimiento, y las primeras palabras que pronunció fueron éstas:

—¡Madre mía, ante todo ruego a usted que me dé de comer! ¡Hace tres días que no pruebo bocado!

Su madre le llevó lo que tenía, y poniéndoselo delante le dijo:

—Hijo mío, no comas con ansia, porque es peligroso: come poco a poco y con toda comodidad, y reponte de la gran necesidad que tienes. Ni aun quiero que me hables: bastante tiempo tendrás para contarme lo que te ha sucedido cuando te hayas restablecido. Muy feliz me siento al volver a verte después de la horrible aflicción en que me has tenido desde el viernes, y de las inútiles diligencias que he hecho por saber qué había sido de tí, al ver que llegaba la noche y no volvías a casa.

Siguió Aladino el consejo de su madre: comió pausadamente y poco a poco, y bebió a proporción. Cuando hubo acabado le dijo:

—Madre mía, grande ha sido nuestro descuido al ponernos tan fácilmente a merced de un hombre que tenía el designio de perderme, y que en este momento tiene mi muerte por tan segura, que está cierto de que ya he perecido, o que dejaré de existir de un momento a otro; pero usted ha creído que era mi tío, y yo he creído lo mismo. ¿Y cómo podíamos pensar mal de un hombre que me colmaba de caricias y de beneficios y que me hacía tantas promesas ventajosas? Sepa usted, madre mía, que sólo es un traidor, un malvado y un infame. Si me ha hecho tanto bien y tantas pro-

mesas, ha sido con objeto de conseguir sus designios y perderme, sin que usted ni yo pudiéramos adivinar la causa. Por mi parte, puedo asegurar que no le he dado el más leve motivo, no digo para hacerme perder la vida, sino ni aun para maltratarme lo más mínimo. Usted misma se convencerá de ello por la relación que va a oir de todo lo que me ha sucedido desde que me separé de usted.

—Hijo mio, no comas con ansia...

Dicho esto, empezó a contar a su madre todo lo que le había pasado con el *Mago* desde que fué por él a fin de llevarle consigo a ver el palacio y los jardines de fuera de la ciudad, lo que le sucedió en el camino hasta llegar al sitio de las dos montañas donde debía tener efecto el misterioso prodigio del *Mago*, y cómo merced a un perfume echado en el fuego y a algunas palabras misteriosas pronunciadas al mismo tiempo se había abierto la Tierra en un instante, dejando ver la entrada de una cueva que conducía a un jardín deliciosísimo. No olvidó el terrible bofetón que por leve causa le había dado el *Mago*, ni de qué modo, después de haberse ablandado un poco, le había hecho grandes promesas, y poniéndole su anillo en el dedo, le había decidido a bajar a la cueva.

No olvidó tampoco circunstancia alguna de cuanto había visto al pasar por las tres salas en el jardín y en la azotea donde había encontrado la lámpara marvillosa, que enseñó a su madre sacándola de su pecho, lo mismo que las frutas trasparentes y de difo-

rentes colores que había recogido en el jardín al retirarse, a las que juntó las dos bolsas llenas de piedras preciosas, que dió a su madre, y de que ella hizo poco aprecio, ignorando su valor. El resplandor brillante que despedían merced a un candil que alumbraba el cuarto debía hacer sospechar su gran precio; pero la madre de Aladino no estaba sobre esto más instruída que su hijo. Se había criado en posición muy humilde, y su marido no había tenido nunca bastante dinero para comprarle alhajas con piedras preciosas, que tampoco había visto a sus parientes ni vecinas. No es, pues, extraño que las mirase como cosas de poco valor y buenas sólo para recrear la vista por la variedad de sus colores; por lo que Aladino, sin pensar más en ellas, las puso detrás de uno de los cojines del sofá en que estaba sentado. Terminó la relación de su aventura diciendo que cuando volvió y se presentó a la entrada del subterráneo dispuesto a salir, y habiéndose negado a dar al *Mago* la lámpara que él quería, se había cerrado en un instante la entrada de la cueva merced al incienso que aquél había echado al fuego, que conservaba encendido, y por las palabras que había pronunciado. Al pensar en lo que después le había ocurrido, no pudo menos de derramar lágrimas recordando el horrible estado en que se había visto, encontrándose enterrado vivo en la funesta cueva hasta el momento que había salido de ella, y en que, por decirlo así, había vuelto al mundo por el roce de su anillo, cuya virtud no conocía aún. Cuando hubo acabado esta relación,

—Nada más tengo que decir a usted—añadió;—usted sabe en qué estado llegué a casa. A esto se reduce mi aventura: ya ve usted los peligros que he corrido en el tiempo que he estado ausente.

La madre de Aladino lloró más de una vez al oir aquella relación maravillosa y singular, y al mismo tiempo tan triste para una madre que amaba tiernamente a su hijo. En los puntos más patéticos de su relación y que más daban a conocer la perfidia del *Mago africano* no pudo dejar de manifestar cuánto detestaba a aquel hombre, dando muestras de su indignación; y apenas hubo acabado Aladino, se desencadenó en mil injurias contra aquel malvado. Le llamó traidor, infame, bárbaro, asesino, engañador, mágico y enemigo del género humano.

—¡Sí, hijo mío—añadió;—ese hombre es un mago, y los magos

son calamidades públicas! ¡Tienen trato con los demonios por sus encantos y brujerías! ¡Bendito sea Dios, que no ha permitido que su criminal proyecto se haya realizado contigo! ¡Bien debes darle gracias por los beneficios que te ha hecho! Era inevitable tu muerte si no te hubieses acordado de Dios y no hubieras implorado su socorro.

Añadió otras muchas cosas condenando la traición que el *Mago* había hecho a su hijo; pero mientras estaba hablando pensó que Aladino apenas había dormido en tres días y tendría necesidad de reposo. Le hizo, pues, acostarse, y poco después se acostó ella también.

Aladino, que no había podido descansar en el subterráneo en que había sido sepultado con el intento de que perdiera la vida en él, estuvo durmiendo toda la noche con un sueño profundo, y no despertó hasta el día siguiente muy tarde, en que se levantó. Lo primero que dijo a su madre fué que tenía hambre, y que no podía proporcionarle mayor gusto que darle de almorzar alguna cosa.

—¡Ay, hijo mío—le respondió su madre;—ni siquiera tengo un pedazo de pan que poder darte! Ayer tarde te comiste las pocas provisiones que había en casa; pero ten un poco de paciencia, que no tardaré mucho en traerte algo. Tengo un poco de algodón hilado: voy a venderlo, y compraré pan y alguna otra cosa para comer.

—Madre mía, deje usted para otro día el hilo de algodón, y déme usted la lámpara que traje ayer: voy a venderla, y con el dinero que saque tendremos para almorzar y comer, quizás también para cenar.

La madre de Aladino cogió la lámpara del sitio en que la había puesto.

—Aquí la tienes—dijo;—pero está bastante sucia, y limpiándola un poco, darán más por ella.

Dicho esto, tomó agua y un poco de arena fina para limpiarla; pero apenas comenzó a restregarla, cuando en el momento, y en presencia de su hijo, se elevó y presentó delante un genio horrible, de estatura gigantesca, que preguntó con voz de trueno:

—*¿Qué me quieres? Aquí me tienes pronto a obedecerte como tu esclavo y de todos los que tienen la lámpara en la mano· esclavos tuyos somos yo y los demás esclavos de la lámpara.*

No pudo responder la madre de Aladino: no había podido soportar la horrible y espantosa figura del genio; y tal fué el espanto que le habían producido las primeras palabras de aquel monstruo, que cayó desmayada.

Aladino, que ya había tenido una aparición semejante en el subterráneo, sin perder el tiempo ni la serenidad, se apoderó en seguida de la lámpara, y supliendo el silencio de su madre, respondió por ella con voz firme:

—¡Tengo hambre; tráeme que comer!

El genio desapareció, y un momento después volvió cargado con una enorme bandeja de plata sobre la cabeza, con doce platos del mismo metal llenos de excelentes manjares, seis grandes panes blancos en los platos, dos botellas de vino exquisito y dos tazas de plata en la mano. Lo puso todo sobre el sofá, y desapareció en seguida.

...tomó agua y un poco de arena fina...

Sucedió esto en tan pocos momentos, que aún no había vuelto en sí de su desmayo la madre de Aladino cuando desapareció el genio la segunda vez. Aladino, que ya había comenzado a echar agua en la cara a su madre, sin lograr que volviera en sí, quiso buscar alguna esencia para que oliéndola se repusiese; pero, sea que los nervios de la pobre señora, que se habían excitado mucho, hubieran vuelto a calmarse, o sea que el olor que despedían los ricos manjares que el genio acababa de llevar contribuyese a ello, lo cierto es que volvió en sí espontáneamente.

—¡Madre mía—le dijo Aladino,—eso no ha sido nada! ¡Levántese y venga a comer! Aquí hay viandas con qué reponer su estómago, y al mismo tiempo con qué saciar la gran necesidad que tengo de comer. ¡Pongamos, pues, manos a la obra antes de que se enfríen tan excelentes manjares!

Grande fué la sorpresa de la madre de Aladino cuando vió la gran bandeja, los doce platos, los seis panes, las dos botellas y las dos tazas, y percibió el delicioso olor que exhalaban aquellos manjares.

—Hijo mío—preguntó a Aladino,—¿de dónde nos viene esta abundancia, y a quién debemos tan excelente regalo? ¿Habrá llegado a conocer el Emperador nuestra pobreza, y se habrá compadecido de nosotros?

—Madre mía, sentémonos a la mesa y comamos, que uno y otro lo necesitamos; luego que hayamos almorzado, responderé a sus preguntas.

Sentáronse, y comieron con tanto mejor apetito, cuanto que ni madre ni hijo se habían visto nunca en una mesa tan bien provista.

Mientras duró el almuerzo no se cansaba la madre de Aladino de admirar la bandeja y los platos, aunque no sabía a punto fijo si eran de plata o de otro metal, por lo poco acostumbrada que estaba a ver cosas semejantes. También el adolescente contemplaba con éxtasis deleitoso aquellos artísticos objetos, sin considerar para nada el valor que pudieran tener en el mercado, pues el joven no tenía en la materia más conocimientos que su madre.

Aunque no contaban ambos con hacer más que un simple almuerzo, se encontraban todavía en la mesa a la hora de comer, pues manjares tan excelentes habían excitado su apetito; y como se conservaban calientes, les pareció que no harían mal en reunir las dos comidas y almorzar y comer a un tiempo. Acabó por fin tan delicioso banquete, y aún les quedó, no sólo con qué cenar, sino también para hacer al día siguiente otras dos comidas muy abundantes.

Cuando la madre de Aladino quitó la mesa y puso aparte los manjares que habían quedado intactos, fué a sentarse en el sofá junto a su hijo.

—Aladino—le dijo,—espero que satisfarás la impaciencia que tengo por oir la relación me has prometido.

Aldino le contó punto por punto todo lo que había pasado entre el genio y durante su desmayo, hasta que había vuelto en sí.

Muy asombrada quedó la madre de Aladino del relato de éste y de la aparación del genio.

—Pero, hijo mío—repuso,—¿qué genios son ésos? Nunca oí decir que los haya visto ningún conocido mío. ¿Por qué razón ha venido ese horrible genio a presentarse a mí? ¿Y por qué se ha dirigido a mí, y no a ti, a quien ya se había presentado en la cueva del tesoro?

—Madre mía—contestó Aladino,—el genio que acaba de aparecerse a usted no es el mismo que se me presentó a mí, aunque se parecen algó en su agigantada estatura; pero son distinos en su figura y en su traje, y también sirven a diferentes amos. Recuerde usted que el que yo vi se llamaba esclavo del anillo que tengo en el dedo, y el que usted acaba de ver se dice esclavo de la lámpara que tenía usted en la mano. Verdad es que no le ha oído usted, puesto que se ha desmayado en el momento en que el genio comenzó a hablar.

—¿De manera que, según eso—exclamó la madre,—tu lámpara ha sido la causa de que ese monstruo se haya dirigido a mí, y no a ti? ¡Ah, hijo mío; quítala de mi vista, y ponla donde quieras: prefiero que la tires o la vendas, antes que exponerme a morir de espanto si la toco! Y si quieres creerme, debes también deshacerte del anillo: no se pueden tener impunemente relaciones con los genios, pues hay en ellos mucho de infernal.

—Madre mía, aunque siento contrariar a usted—replicó Aladino,—me guardaré muy bien ahora de vender, como estaba dispuesto un momento ha, esa lámpara que a usted y a mí puede sernos tan útil. ¿No ve usted lo que acaba de proporcionarnos? Es preciso que continúe suministrándonos con qué mantenernos. Debe usted reflexionar, lo mismo que yo, que no en vano se había tomado tanto trabajo el perverso *Mago* que se llamaba mi tío, y que había emprendido tan largo y penoso viaje con el único objeto de poseer esta lámpara maravillosa, que había preferido a todo el oro y plata que sabía que se hallaban en las salas, según me lo había advertido él mismo. ¡Demasiado bien conocía las propieda-

des maravillosas de esta lámpara, para no desear otra cosa que tan rico tesoro! Ya que la casalidad nos ha hecho descubrir su virtud, debemos hacer de ella un uso que nos sea provechoso; pero guardando el secreto, para no atraernos la envidia de nuestros vecinos. Me conformo con retirar la lámpara de la vista de usted y ponerla en un sitio escondido en que yo pueda encontrarla cuando sea necesario, ya que los genios le causan a usted tanto miedo. Respecto al anillo, nunca me resolveré a tirarlo, pues sin él nunca hubiera usted vuelto a verme; y si a estas horas viviera aún, estaría en los horrores de la agonía más espantosa. Permítame usted, pues, que lo conserve y que lo lleve siempre en el dedo como una alhaja preciosa. ¿Quién sabe si me amenaza algún otro peligro que ni usted ni yo podemos prever, y podré librarme de él gracias a su virtud?

Pareció tan discreto el razonamiento de Aladino a su madre, que nada tuvo que objetar.

—Hijo mío—repuso,—haz lo que te parezca; pero por lo que a mí toca, no quisiera tener nada que ver con esos genios. Te declaro que me lavo las manos en este asunto y que no te hablaré más de él.

A la noche siguiente agotaron la excelente comida que había llevado el genio, y a la otra mañana, no queriendo esperar Aladino a que sintieran hambre, cogió uno de los platos de plata bajo su vestido, y salió temprano para ir a venderlo. Para ello se dirigió a un judío que encontró al paso: le llamó aparte, y mostrándole el plato, le preguntó si quería comparlo.

El astuto y hábil judío cogió el plato, lo examinó, y viendo en seguida que era de excelente plata, preguntó a Aladino cuánto quería por él. Aladino, que ignoraba su valor y que nunca había comerciado con semejante género, se contentó con decirle que él sabría bien lo que podía valer el plato, y que lo dejaba a su buena fe. El judío quedó indeciso en vista de la ingenuidad de Aladino, y no sabiendo si el muchacho conocería la materia y el valor, sacó de su bolsa una moneda de oro que representaba a lo sumo un valor setenta veces más pequeño que el del plato, y se la entregó. Tomó la moneda Aladino con afán, y cuando la tuvo en la mano se retiró tan aprisa, que el judío, no contento con la exorbitante ganancia que acababa de hacer en aquella compra, estuvo tentado de llamar

a Aladino para decirle que se había equivocado y que el plato valía mucho menos; pero Aladino, que iba corriendo, se había alejado ya tanto, que le hubiera costado mucho trabajo alcanzarle.

Al volver Aladino a casa de su madre entró en la tienda de un panadero, en la cual compró pan para su madre y para él, y lo pagó con la moneda de oro, que le cambió el panadero. Cuando llegó a su casa dió la vuelta a su madre, que fué al mercado a comprar provisiones para alimentarse algunos días.

De este modo continuaron viviendo con economía, pues conforme les faltaba dinero, Aladino iba vendiendo todos los platos al judío, hasta que apuró la docena. El judío, que había dado una moneda de oro por el primero, no se atrevió a ofrecer menos por los demás, temiendo perder tan buena proporción; así es que, aun ponderando el sacrificio que hacía, siguió págandolos todos al mismo precio. Cuando llegó a gastarse el dinero del último plato acudió Aladino a la bandeja, que pesaba sola como los doce platos juntos. Quiso llevarla a casa del avariento mercader; pero como pesaba mucho, se vió precisado a ir a buscar y llevar a casa de su madre al judío, el cual, después de haber examinado el peso y calidad de la bandeja, le entregó inmediatamente diez monedas de oro, con lo que quedó muy contento Aladino. Mientras duraron las diez monedas de oro fueron empleándolas en el gasto diario de la casa.

Aladino, mientras tanto, se había abstenido de dar sus acostumbrados paseos desde su aventura con el mágico africano. Pasaba los días al lado de su madre o en conversación con gentes ilustradas con quienes había hecho conocimiento. Algunas veces se detenía en las tiendas de los primeros comerciantes, donde escuchaba atentamente las conversaciones de la gente distinguida que se paraba en ellas o que acudía como a una especie de punto de reunión, y estas conversaciones fueron dándole poco a poco un barniz del conocimiento del mundo y algo de la experiencia que le faltaba.

Cuando se gastaron las diez monedas de oro recurrió Aladino a la lámpara: la cogió en la mano, buscó el mismo sitio que había tocado su madre, y habiendo reconocido la señal que había dejado en él la arena, la restregó como su madre lo había hecho, e inmediatamente se le presentó el mismo genio que se había dejado ya ver; pero como había restregado la lámpara con más suavidad que su madre, el genio le habló con tono más templado:

—*¿Qué me quieres?*—le dijo en los mismos términos que la otra vez.—*Aquí me tienes pronto a abedecerte como tu esclavo y de todos los que tienen la lámpara en la mano: esclavos tuyos somos yo y los demás esclavos de la lámpara.*

Aladino le dijo:

—¡Tengo hambre; tráeme que comer!

Desapareció el genio, y volvió a presentarse poco tiempo después cargado con un servicio de mesa semejante al que había llevado la primera vez: lo puso todo sobre el sofá, y al punto desapareció.

Sabiendo la madre de Aladino el designio de su hijo, había salido a propósito a hacer un recado, a fin de no hallarse en casa al tiempo de la aparición del genio; pero habiendo entrado poco después, y viendo la mesa y el armario tan bien provistos, se quedó tan asombrada del prodigioso efecto de la lámpara como la primera vez. Sentáronse a la mesa madre e hijo, y después de haber comido con excelente apetito, aún les quedó con qué comer en abundancia los dos días siguientes.

Cuando vió Aladino que ya no había en su casa qué comer ni dinero para comprarlo, cogió un plato de plata, y fué a buscar al judío a quien conocía para vendérselo. Al tiempo de ir pasó por delante de la tienda de un platero respetable por su ancianidad, honradez y buena fe en los negocios. El platero le llamó y le hizo entrar en su tienda.

—Joven—le dijo,—he visto a usted pasar ya diferentes veces cargado como va ahora, a reunirse con un judío a quien conozco más de lo que él quisiera, y volver luego sin carga, y me imagino que le vende usted lo que lleva. Pero usted no sabe, sin duda, que ese judío es un bribón de los más avarientos de su raza, y que nadie de cuantos le conocen quieren tener trato con él. Por lo demás, en lo que le digo a usted no tengo más objeto que servirle; si quiere usted enseñarme lo que lleva, y es algo para vender, yo le daré fielmente su justo precio, si es cosa que me conviene, y si no, le enviaré a casa de otros comerciantes que no le engañarán.

La esperanza de recibir más dinero por su plato determinó a Aladino a sacerlo de debajo del vestido y mostrárselo al platero. El anciano, que conoció desde luego que era de plata fina, le preguntó si había vendido otros semejantes al judío y cuánto le había

... cogió un plato y fué a buscar al judío.

dado por ellos. Aladino le dijo ingenuamente que le había vendido doce, y que no había recibido del judío más que una moneda de oro por cada uno.

—¡Ah, pícaro ladrón!—exclamó el platero.—Hijo mío—añadió,—lo hecho ya no tiene remedio, y es preciso no pensar más en el asunto; pero haciendo a usted ver lo que vale su plato, que es de la mejor plata que se vende en nuestras tiendas, conocerá usted en cuánto le ha engañado ese mal hombre.

Dicho esto, tomó la balanza, pesó el plato, y después de haber explicado a Aladino lo que era un marco de plata, cuánto valía y sus subdivisiones, le hizo notar que, según el peso del plato, valía setenta y dos monedas de oro, que le entregó inmediatamente.

—Esto es—le dijo—el verdadero valor del plato: si usted lo duda, puede dirigirse al platero que guste, y si le dice a usted que vale más, me comprometo a pagarle el doble. Nosotros no ganamos más que la hechura en la plata que compramos, y esto es lo que hacen los comerciantes honrados.

Aladino dió las más expresivas gracias al platero por su delicado comportamiento, y en lo sucesivo ya no se dirigió a otro que a él para vender los demás platos, así como también la bandeja, cuyo valor le fué siempre bien pagado a proporción de su peso. A pesar de que Aladino y su madre tenían un manantial inagotable de dinero en su lámpara y podían proporcionarse cuanto quisieran cuando llegase a faltarles, continuaron, sin embargo, viviendo con la misma sencillez que antes, a excepción de lo que separaba Aladino para divertirse honradamente y para otros gastos propios de su edad. Su madre, por su parte, no se vestía sino con el producto del algodón que hilaba. Con tan arreglada conducta, se comprende que les durara mucho tiempo el dinero que cobraron por la venta de los doce platos y la bandeja. De este modo vivieron por espacio de algunos años, sin que en ese tiempo Aladino recurriera a su lámpara.

Mientras tanto, Aladino, que no dejaba de asistir a las reuniones de las gentes de distinción en las tiendas de los principales comerciantes de paños, de oro y plata, de telas de seda, alfombras, perfumes y joyerías, y que se mezclaba ya directamente en sus conversaciones, fué ilustrándose, y poco a poco tomó la distinción y los modales de la gente culta. En casa de los joyeros rectificó el

erróneo concepto que tenía formado de las frutas trasparentes que había cogido en el jardín adonde fué a tomar la lámpara. Creía que no eran más que vidrios de colores, y entonces comprendía que eran piedras naturales de gran precio. A fuerza de ver vender y comprar toda clase de pedrería en las tiendas de los joyeros, llegó a conocer su mérito y su valor, y como no veía otras semejantes a las suyas en hermosura ni en tamaño, comprendió que en lugar de trozos de vidrio, que había mirado como bagatelas, poseía un inmenso tesoro. Tuvo la prudencia de no hablar de ello a nadie, ni aun a su madre, y es indudable que su silencio le valió la eminente posición adonde veremos que llegó a elevarse.

Paseábase un día Aladino por un barrio aristocrático de la ciudad, cuando oyó publicar en alta voz una orden del Emperador para que se cerrasen las tiendas y las puertas y todo el mundo permaneciera oculto en su propia casa hasta que volviera del baño la princesa Baldrubudur, hija única y heredera del Emperador de la China.

Este bando excitó en Aladino la curiosidad de ver con el rostro descubierto a la Princesa; pero no podía conseguirlo más que desde alguna casa conocida y por entre las persianas, lo cual no le satisfacía, porque, según costumbre, la Princesa debía llevar el velo echado sobre el rostro al tiempo de ir al baño. Para colmar sus deseos ideó un medio que le salió bien, y fué colocarse detrás de la puerta del baño, desde donde podría ver de frente a la Princesa. Expuso así la vida; pero por casulidad le salió bien la empresa.

No tuvo que esperar mucho tiempo: llegó la Princesa, y la observó perfectamente a través de una hendija desde la cual pudo ver sin ser visto. Iba acompañada por multitud de camareras y eunucos, que iban a sus lados y detrás de ella. Cuando llegó a tres o cuatro pasos de la puerta del baño se quitó el velo que le cubría el rostro y le incomodaba mucho, y de este modo dió lugar a Aladino para poder verla tanto más a su satisfacción, cuanto que iba derecha hacia él.

Hasta entonces no había visto Aladino más mujeres con el rostro descubierto que su madre, que era ya de edad, y algunas mujeres del pueblo, cuyas facciones no eran muy hermosas; pero había oído decir que en las clases elevadas de la sociedad se hallaban mujeres de extraordinaria belleza. Pero por muy bien que quie-

ra ensalzarse el mérito de una hermosura, nunca hacen tanta impresión las palabras como la hermosura misma.

Cuando Aladino vió la princesa Badrulbudur, experimentó una emoción extraordinaria: sintióse preso de un delicioso éxtasis, y su corazón se entregó sin reserva al objeto que acababa de encantarlo. Verdad es que la Princesa era la morena más hechicera que pudiera verse en el mundo. Tenía los ojos grandes, rasgados, vivos y brillantes; el mirar, dulce y modesto; la nariz, muy proporcionada y regular; la boca, pequeña; los labios, de carmín: en una palabra, todas las facciones de su rostro formaban un conjunto verdaderamente seductor. No tiene, pues, nada de extraño que Aladino quedase deslumbrado y casi fuera de sí al ver aquel dechado de bellezas reunido en una sola mujer. A todas estas perfecciones añadía la Princesa proporcionada estatura, elegancia de movimientos y un aire tan majestuoso, que con sólo verla se atraía el respeto de todos.

Cuando la Princesa hubo entrado en el baño Aladino quedó algún tiempo embargado y como delirante, impresionándose profundamente ante la contemplación de aquella hermosura de que estaba encantado y penetrado hasta el fondo de su corazón. Al fin reflexionó; y teniendo en cuenta que había pasado la Princesa y que sería inútil que siguiera escondido para volver a verla al salir del baño, toda vez que debía volverle la espalda y salir con velo, tomó el partido de retirarse.

Cuando Aladino volvió a su casa, no pudo ocultar su turbación y su inquietud de modo que no le echase de ver su madre. Sorprendida al verle tan triste y pensativo, contra su costumbre, le preguntó si le había ocurrido algo o si estaba indispuesto. Pero Aladino respondió con palabras vagas, se sentó con negligencia en el sofá, y permaneció un gran rato en la misma actitud, ocupado siempre en representarse la hechicera imagen de la princesa Badrulbudur. Su madre, que estaba preparando la cena, no insistió en sus preguntas, y cuando hubo concluído sus faenas puso la mesa junto al sofá y se sentó a ella; pero observando que su hijo apenas ponía atención en la cena, le advirtió que comiese, y le costó no poco trabajo hacerle mudar de postura. Cenó el joven mucho menos de lo que acostumbraba, con los ojos siempre bajos y guardando silencio tan profundo, que apenas consiguió su madre

... tomó el partido de retirarse.

arrancarle una sola palabra con las preguntas que le hizo para procurar saber el motivo de un cambio tan extraño en su carácter.

Terminada la cena, la excelente mujer insistió en preguntarle el motivo de tan gran melancolia; pero nada pudo averiguar, y Aladino se acostó sin haber satisfecho la curiosidad de su madre.

Aladino pasó aquella noche en vela, evocando la imagen de la hermosa princesa Badrulbudur, y al día siguiente, estando sentado en el sofá frente a su madre, que se ocupaba, según su costumbre, en hilar algodón, le habló en los términos siguientes:

—Madre mía, voy a romper el silencio que he guardado desde ayer a mi vuelta de la ciudad, pues he notado que apesadumbra a usted mi reserva. No estaba enfermo anoche, como, sin duda, creía usted, y no lo estoy tampoca ahora; pero en vano trataría de explicar lo que sentía y lo que no ceso de sentir, que es un desasosiego peor que una enfermedad. No me doy clara cuenta de lo que me pasa; pero no dudo que lo que va usted a oir se lo hará conocer. No se ha tenido noticia en este barrio—continuó Aladino,—y así, no ha podido usted saberlo, que ayer por la tarde fué al baño la princesa Badrulbudur, hija del Emperador. Yo lo supe paseándome por el otro extremo de la población. Se publicó una orden mandando que se cerrasen las tiendas y se retirasen las gentes de las calles para tributar a la Princesa los honores que le son debidos y dejarle el paso libre en las calles por donde había de pasar. Como yo estaba cerca del baño, la curiosidad de ver a la Princesa con el rostro descubierto me inspiró la idea de ir a colocarme detrás de la puerta del baño, reflexionando que, probablemente, se quitaría el velo al acercarse. Usted conoce la disposición de la puerta, y comprenderá que debía ver a aquella hechicera joven con toda comodidad si sucedía lo que yo me figuraba. En efecto; se quitó el velo al entrar, y tuve la dicha de ver el rostro angelical de la Princesa. He aquí, madre mía, el motivo del estado en que usted me vió ayer cuando entré, y la causa del silencio en que me he encerrado hasta ahora. Amo a la Princesa con un amor tan vehemente, que no acierto a explicarlo; y como crece por momentos mi pasión viva y ardiente, conozco que moriré desesperado si no logro la posesión de la encantadora princesa Badrulbudur, por lo cual he resuelto pedírsela en matrimonio al Emperador, su padre.

La madre de Aladino había escuchado atentamente la relación de su hijo hasta estas últimas palabras; mas al oir que tenía el propósito de pedir en matrimonio a la princesa Badrulbudur, no pudo menos de interrumpirle con una gran risotada. Quiso proseguir Aladino; pero volviendo a interrumpirle.

—Hijo mío—le dijo,—¿qué, es lo que estás diciendo? ¡Sin duda, has perdido el juicio, para expresarte de ese modo!

—Madre mía—repuso Aladino,—puedo asegurar a usted que, lejos de haber perdido el juicio, lo conservo muy cabal. No me admiran las reconvenciones de locura y extravagancia que me hace usted y podrá hacerme; pero he de repetir que he tomado la resolución firmísima de hacer pedir al Emperador la princesa Badrulbudur en matrimonio.

—¡Parece imposible, querido hijo—replicó la madre con mucha seriedad,—que te olvides hasta ese punto de quién eres! Aun cuando quisieras ejecutar esta resolución, no veo de quién puedes valerte para que lleve a conocimiento del Soberano semejante pretensión.

—De usted, madre mía—contestó el hijo sin vacilar.

—¡De mi!—exclamó la madre con el mayor asombro.—¡Ah; me guardaré muy bien de comprometerme en semejante locura! ¿Quién eres tú, hijo mío, para tener el atrevimiento de pensar en la hija del Emperador? ¿Has olvidado que eres hijo de un sastre de los más pobres de la capital, y de una madre cuyos antepasados han pertenecido a familias modestas? ¿Ignoras que los emperadores se niegan a dar sus hijas en matrimonio aun a los mismos hijos de reyes que no pueden heredar el reino?

—Madre mía—replicó Aladino,—tenía previsto lo que acaba usted de decirme y cuanto quiera añadir. Los argumentos y observaciones de usted parecen, sin duda, muy razonables; pero no me harán mudar de parecer. Ya he dicho que quiero que usted misma sea la que pida la princesa Badrulbudur en matrimonio para mí: esto es una gracia que pido a usted con todo el respeto que le tengo, y le suplico que no me la niegue, a menos que prefiera verme morir de desesperación a hacerme dichoso para toda la vida.

Quedó turbada y confusa la madre de Aladino al ver la obstinación con que persistía éste en un designio tan descabellado.

—Hijo mío—volvió a decirle,—soy tu madre, y, como buena madre, no hay nada razonable ni conveniente a mi estado y al tuyo que no esté dispuesta a hacer por el cariño que te profeso. Si se tratase de pedir para ti la mano de la hija de alguno de nuestros vecinos, de condición semejante o aproximada a la tuya, nada omitiría, y emplearía con la mayor solicitud cuantos medios estuvieran a mi alcance para lograr tu deseo, y aun quizás para eso sería necesario que tuvieses algunos bienes de fortuna o supieras algún oficio. Cuando quieren casarse las gentes pobres como nosotros, lo primero en que deben pensar es cómo han de reunir lo suficiente para vivir. Pero, sin pensar en la humildad de tu nacimiento ni en el poco mérito y bienes que posees, te atreves a remontar el vuelo hasta la cúspide de la fortuna, y no te contentas con menos que con la hija de tu soberano, que con una palabra que diga puede aniquilarte. Dejo aparte lo relativo a ti, pues, por poco juicio que tengas, harás las debidas reflexiones; y atendiendo sólo a lo que a mí toca, ¿cómo te ha podido venir a la imaginación una idea tan extravagante como querer que vaya yo a pedir a nuestro Emperador que te dé en matrimonio la Princesa su hija? Supongamos que yo tuviese, no digo el atrevimiento, sino la desvergüenza de ir a presentarme al Monarca para hacer una pretensión tan descabellada: ¿a quién me dirigiré para introducirme en Palacio? ¿No comprendes que el primero a quien hablase del asunto me trataría de loca y me despacharía ignominiosamente? Pero quiero suponer que no haya dificultad en conseguir una audiencia del Emperador. Yo sé que no es difícil llegar hasta él cuando hay que pedirle justícia, y que la hace con mucho gusto a sus vasallos cuando se la demandan. Sé también que cuando se le presenta alguien a pedirle una gracia, la concede con satisfacción si ve que el peticionario la merece y es digno de ella. Pero ¿estás tú en ese caso? ¿Crees merecer la gracia que pretendes que vaya a pedirle para ti? ¿Qué has hecho por tu príncipe o por tu patria? ¿En qué te has distinguido? Si nada has hecho para merecer una gracia tan extraordinaria, y por otra parte no eres digno de ella, ¿cómo me atreveré yo a pedirla? ¿Cómo he de acertar a abrir siquiera la boca en presencia del Emperador? Su majestuoso aspecto y el brillo de su corte me dejarían anonadada, a mí, infeliz mujer, que temblaba delante de mi difunto marido, tu padre, cuando tenía que pedirle el

más pequeño favor. Hay además otra razón, en que tú, sin duda, no has pensado, hijo mío; y es que nadie puede presentarse delante del Emperador sin hacerle un regalo cuando tiene que pedirle alguna gracia. Los regalos, por lo menos, tienen la ventaja de que, si rechaza la gracia que se le pide por las razones que pueda tener para ello, escucha a lo menos con afabilidad al que hace la solicitud. Pero ¿qué regalo puedes tú ofrecerle? Y aun cuando tuvieses alguna cosa que mereciera llamar la atención de tan gran monarca, ¿qué proporción habría entre tu presente y la pretensión que quieres hacerle? Medítalo, y hazte cargo de que aspiras a una cosa que te es imposible obtener.

Escuchó Aladino con mucho sosiego cuanto le dijo su madre para procurar retraerle de su propósito, y después de haber reflexionado sobre todas sus observaciones tomó por fin la palabra, y le dijo:

—Confieso, madre mía, que es gran osadía por mi parte atreverme a elevar mis pretensiones hasta el punto que lo hago, y una gran inadvertencia haber exigido de usted con tanto valor que vaya a hacer la proposición de mi casamiento al Emperador, sin tomar antes las disposiciones oportunas para que obtenga la audiencia y una acogida favorable. Pido a usted por ello perdón; pero, teniendo en cuenta la violencia de la pasión que me domina, no admire usted que no me haya fijado desde luego en todos los detalles que pueden contribuir a proporcionarme el reposo que anhelo. Yo amo a la princesa Badrulbudur con un ardor mucho más intenso que cuanto puede concebirse, y persisto en el propósito de hacerla mi esposa: es una cosa decidida, y no he de renunciar a ello. Agradezco a usted las razonables manifestaciones que acaba de hacerme, y las considero como necesarias para asegurar el feliz resultado que me prometo. Dice usted que no es costumbre presentarse delante del Emperador sin un regalo de alguna valía, y que no tengo cosa que sea digna del Monarca. Pero ¿cree usted, madre mía, que lo que traje el día en que prodigiosamente me libré de una muerte segura no sea muy a propósito para ofrecer un obsequio magnífico al Emperador? Hablo de las piedras que traje en mis dos bolsas y en el cinto, y que usted y yo tomamos por vidrios coloreados; pero ahora sé lo que son, y aseguro a usted, madre mía, que son joyas de inestimable precio, propias sólo para

riquísimos monarcas. He formado idea de su valor frecuentando tas tiendas de los joyeros más ricos: cuantas he podido ver allí no son comparables á las nuestras en tamaño ni en hermosura, y, sin embargo, las venden a precios muy altos. Usted y yo no conocemos con certeza el precio de las nuestras; pero cualquiera que sea, según lo que puedo deducir de la poca experiencia que tengo en el asunto, estoy persuadido de que el regalo es muy superior a cuantos el Monarca ha podido recibir hasta hoy. En casa hay una fuente de porcelana fina bastante grande y de forma y hechura muy a propósito para colocar en ella las piedras: tráigala usted, y veremos el efecto que producen después que las hayamos colocado combinando bien sus diferentes colores.

Llevó la fuente de porcelana la madre de Aladino, y éste sacó las piedras que contenían las dos bolsas, y las colocó en ella procurando que armonizasen bien los colores. Era tal el efecto que a la luz del día produjeron las piedras por la variedad de sus colores y por su resplandor y brillantez, que madre e hijo quedaron embelesados, causándoles tan hermoso espectáculo el mayor asombro, porque sólo habían visto las piedras a la luz de un candil. Verdad es que Aladino las había visto ya en los árboles como frutas, donde debían de producir un espectáculo maravilloso; pero como en aquel tiempo era todavía un niño, las había mirado como objetos agradables, propios sólo para jugar.

Después de haber estado un buen rato admirando la hermosura del presente que iban a hacer al Emperador, tomó Aladino la palabra y dijo:

—Ahora, madre mía, no tiene usted por qué excusarse de ir a la presencia del Emperador bajo pretexto de no tener con qué hacerle un regalo: he aquí uno que, en mi concepto, valdrá a usted la más favorable acogida.

Aunque la madre de Aladino, no obstante la hermosura y brillo del regalo, no lo creyese de tan gran precio como su hijo, juzgó, sin embargo, que podía ser bien recibido, y conoció que nada tenía que replicar sobre el particular; pero no dejaba de oponer reparos a la pretensión que quería Aladino que hiciese al Emperador, lo que la tenía muy azorada.

—Hijo mío—decía,—comprendo que el regalo producirá buen efecto y que el Emperador se dignará mirarlo con agrado; pero

cuando tenga que desempeñar la pretensión que me encargas, temo que ha de faltarme valor para ello y que permaneceré muda, con lo cual, no sólo habré perdido los pasos que haya dado, sino también el regalo, que, según dices, vale un caudal inmenso, y habré de volver entristecida a anunciarte que se han frustrado tus esperanzas. Ya te lo he dicho muchas veces, y no debes dudar que así sucederá. Pero—añadió—supongamos que tenga bastante ánimo para hacer la pretensión que deseas: lo que, sin duda, sucederá es que el Emperador se burlará de mí y me mirará como a una loca, o que se dejará llevar de un arrebato de cólera, cuyas víctimas seremos tú y yo.

Expuso aún otras muchas razones la madre de Aladino a su hijo para hacerle mudar de parecer; pero las gracias de la Princesa habían hecho una impresión demasiado fuerte en el joven para desviarle de su propósito. Insistió Aladino en exigir de su madre que ejecutara lo que había resuelto; y ésta, por la ternura con que le amaba y por el temor a que su hijo enfermase de tristeza, venció su repugnancia y se decidió a dar aquel grave paso.

Era demasiado tarde, y había pasado la hora de ir a Palacio para presentarse al Emperador aquel día, por lo cual hubo de dejarlo para el siguiente. En el resto del día apenas hablaron madre e hijo de otra cosa.

Ya bien entrada la noche, se retiraron a descansar Aladino y su madre; pero el violento amor hacia la Princesa y los grandes proyectos de una inmensa fortuna con que tenía el joven ocupada la imaginación, apenas le dejaron cerrar los ojos. Se levantó antes de amanecer, y en seguida fué a despertar a su madre, a quien rogó que se vistiera lo antes posible a fin de que fuera a presentarse a la puerta del palacio del Emperador y entrar en él cuando se abriera, al mismo tiempo que llegasen el primer ministro, los ministros subalternos y todos los altos funcionarios palaciegos para la audiencia pública, a la que concurría siempre el Emperador.

Hizo la madre de Aladino cuanto le pedía su hijo: tomó la fuente de porcelana en que estaba el regalo de las piedras preciosas, la envolvió en dos pañuelos de seda, uno muy hermoso y limpio y otro de menos valor, que ató por las cuatro puntas para llevarlo con más comodidad. Partió por fin, con gran satisfacción de su hijo, y tomó el camino del Palacio imperial. Pero aunque se

apresuró mucho, cuando llegó a la puerta había entrado ya el primer ministro acompañado de otros ministros y de los grandes señores de la Corte. Era grande el número de los que habían solicitado audiencia en la sala de recepciones, que era un salón muy hermoso, profundo y espacioso, cuya entrada era grande y magnífica. La madre de Aladino se detuvo, y se colocó de modo que estaba enfrente del Emperador, del primer ministro y de los señores que tenían asiento en la audiencia a derecha e izquierda. Fueron llegando sucesivamente los solicitantes según el orden de las demandas que habían presentado, y sus asuntos fueron relatados, defendidos y juzgados hasta la hora ordinaria de la audiencia pública. Entonces se levantó el Emperador, despidió a las gentes, y entró en sus habitaciones seguido del primer ministro. Retiráronse los demás funcionarios y los ministros del Consejo, haciendo lo mismo cuantos habían acudido para asuntos particulares, unos contentos por haber ganado sus pleitos, otros poco satisfechos de la sentencia dada en contra suya, y otros, en fin, con la esperanza de ser atendidos en otra audiencia.

La madre de Aladino, viendo que el Emperador se retiraba y que todos salían, comprendió que la audiencia había concluído, por lo cual se volvió a su casa. Aladino, que la vió entrar con el regalo destinado al Emperador, no supo al pronto qué pensar del éxito de su viaje; y temiendo que le anunciara alguna noticia siniestra, no se atrevía a abrir la boca para preguntarle lo que había ocurrido. Su buena madre, que nunca había puesto los pies en Palacio y no tenía conocimiento de lo que allí se practicaba ordinariamente, sacó a su hijo de la incertidumbre en que estaba, diciéndole con la mayor ingenuidad:

—Hijo mío, he visto al Emperador, y estoy segura de que él también me ha visto. Me he colocado frente a él, y nada le impedía verme; pero estaba tan ocupado con todos los que le hablaban a derecha e izquierda, que me daba lástima ver el trabajo que se tomaba para escucharlos a todos y la paciencia con que lo hacía. Esto ha durado tanto, que por fin creo que se ha aburrido, porque se ha levantado cuando menos se esperaba; y se ha retirado sin querer oir a otras muchas personas que estaban en fila para hablarle a su vez. Te confieso que no lo he sentido, porque yo también empezába a impacientarme, y estaba ya muy cansada

de estar de pie tanto rato; pero nada se ha perdido por eso: no dejaré de volver mañana, y quizás el Emperador no estará tan ocupado.

Por grande que fuera la impaciencia de Aladino, hubo de conformarse con esta excusa y armarse de paciencia. Tuvo a lo menos la satisfacción de ver que su madre había dado el paso más difícil, que era sostener sin turbarse la presencia del Soberano, lo que le permitía esperar que cuando le llegase la vez sabría desempeñar su difícil cometido.

Al día siguiente, y aún más temprano que el anterior, volvió la madre de Aladino al Palacio imperial con el regalo de las piedras preciosas; pero hizo el viaje en vano, pues encontró cerrada la puerta, y supo que no había audiencia sino cada dos días, por lo cual era preciso que volviera al inmediato. Dió esta noticia a su hijo, que se vió en la precisión de armarse nuevamente de paciencia. Volvió la madre otras seis veces en los días indicados, y se colocaba siempre delante del Monarca, pero con tan poco resultado como el primer día; y quizás hubiese vuelto otras cien veces inútilmente si el Emperador, que en todas las audiencias la veía, no hubiera fijado en ella la atención. Reparó en la anciana con tanto más motivo, cuanto que sólo los que tenían que presentar algún memorial o demanda se aproximaban al Emperador según iba tocándoles el turno para exponer sus pretensiones, y la madre de Aladino no se encontraba en este caso.

Finalmente, al octavo día, después de suspendida la audiencia, cuando el Soberano entró en su habitación dijo al primer ministro:

—Hace tiempo que me he fijado en una anciana que viene todos los días que tengo audiencia y trae un bulto grande envuelto en un pañuelo: se está de pie desde principio de la audiencia hasta el fin, y procura ponerse siempre enfrente de mí. ¿Sabes qué quiere?

El primer ministro, que no sabía sobre el particular más que el Emperador, no quiso, sin embargo, dejar de decir algo.

—Señor—respondió,—no ignora V. M. que las mujeres formulan muchas veces quejas sobre cualquiera pequeñez: vendrá, sin duda, a quejarse a V. M. de que le han vendido mala harina, o de algún otro agravio de tan poca importancia como ése.

No quedó satisfecho el Emperador con tal respuesta, y así, dijo:

—Si el primer día de audiencia vuelve esa mujer, no dejes de hacerla llamar, a fin de que yo conozca su pretensión.

No dió otra respuesta el Gran Visir que besarle la mano y ponerla sobre su cabeza, para indicar que estaba pronto a perderla si dejaba de ejecutar lo que se le mandaba.

Se había acostumbrado ya de tal modo la madre de Aladino a presentarse a la audiencia, que para nada tomaba en cuenta aquella molestia, con tal de mostrar a su hijo que nada de cuanto estuviera a su alcance omitía por complacerle. Volvió, pues, a Palacio el primer día de audiencia, y se colocó a la entrada, frente al Emperador, según su costumbre.

Aún no había empezado el primer ministro a dar cuenta de los negocios públicos, cuando vió el Emperador a la madre de Aladino, y movido de compasión por la mucha paciencia que mostraba, dijo al Ministro:

—Ante todo, no sea que se olvide: allí tienes la mujer de que te hablé el otro día. Hazla venir, y comencemos por oirla y despachar el asunto que la trae a Palacio.

Al momento se la mostró el Gran Visir al jefe de los ujieres, que estaba de pie pronto a recibir sus órdenes, y le mandó que fuese a decirle que se acercara.

El jefe de los ujieres se dirigió a la madre de Aladino, y a la seña que le hizo fué tras él hasta el pie del trono del Emperador, donde la dejó para ir a colocarse en su lugar junto al primer ministro.

Aleccionada la madre de Aladino por el ejemplo de tantos otros como había visto acercarse el Soberano, se prosternó con la frente sobre la alfombra que cubría las gradas del trono, y permaneció en esta situación hasta que el Emperador le mandó que se levantase. Lo hizo así, y entonces le dijo el Monarca:

—Buena mujer, mucho tiempo hace que te veo en la audiencia y que te colocas a la entrada desde el principio hasta el fin. ¿Qué pretensión es la tuya?

La madre de Aladino se prosternó de nuevo después de haber oído las palabras del Emperador, y luego de haberse levantado le dijo:

—Monarca superior a todos los reyes del mundo, antes de exponer ante V. M. la pretensión extraordinaria, y aun casi increíble,

que me hace aparecer ante su sublime trono, le suplico que me perdone el atrevimiento, por no decir la insolencia, de la demanda que vengo a hacerle. Es tan extraña, que tiemblo y me avergüenzo de exponerla ante el Emperador.

Queriendo darle completa libertad para explicarse, mandó el Emperador que se desocupase la sala de audiencias; que le dejaran solo con el primer ministro, y entonces dijo a la anciana que podía hablar y explicarse sin reparo.

No se tranquilizó aún la madre de Aladino con la bondad del Emperador, que acababa de ahorrarle la vergüenza que le hubiera podido causar el hablar delante de todos los concurrentes, sino que quiso ponerse a cubierto de la indignación que temía le produjese la inesperada propuesta que iba a hacer.

—Señor—le dijo, volviendo a tomar la palabra,—me atrevo aún á suplicar a V. M. que en el caso de que la demanda que tengo que hacerle le parezca ofensiva e injuriosa, me conceda desde luego su perdón.

—Sea cualquiera tu pretensión—replicó el Soberano,—te la perdono desde ahora, y no te sucederá el menor mal. Habla sin recelo.

Cuando la madre de Aladino hubo logrado todas estas seguridades, le contó fielmente al Emperador en qué ocasión había visto su hijo Aladino a la princesa Badrulbudur, la pasión violenta que le había inspirado, la declaración que había hecho a su madre, y todo lo que ella le había representado para desviarle de una pasión tan injuriosa para S. M. y para la Princesa imperial.

—Pero mi hijo—añadió,—en vez de aprovecharse de mis consejos y reconocer su atrevimiento, se ha obstinado en su pretensión hasta el punto de amenazarme con ejecutar algún acto desesperado si me negaba a pedir a V. M. la Princesa en matrimonio; y aunque haciéndome una violencia extraordinaria, me he visto precisada a tener para con él esta complacencia, por lo que suplico de nuevo a V. M. que se sirva conceder su perdón, no solamente a mí, sino también a mi desventurado hijo, por haber concebido el temerario pensamiento de aspirar a tan ilustre alianza.

Escuchó el Emperador todo este relato con mucha benignidad y bondad, sin dar ninguna muestra de cólera o indignación, y aun sin indicar que tomase tal pretensión como cosa de risa. Pero an-

tes de responder a la anciana le preguntó qué era lo que llevaba envuelto en aquel pañuelo. Al punto la madre de Aladino tomó la fuente de porcelana, que había puesto al pie del trono antes de prosternarse; la descubrió, y se la presentó al Soberano.

Es difícil expresar la sorpresa y el asombro del Emperador cuando vió reunida en aquella fuente tan gran número de piedras preciosas, tan perfectas, tan brillantes y de tamaño tal, que no las había visto ni aun parecidas; de modo que estuvo por algún tiempo inmóvil de admiración. Se repuso por fin, y recibió el presente de manos de la madre de Aladino, exclamando con un trasporte de gozo:

—¡Ah! ¡Qué cosa tan hermosa! ¡Qué preciosidad!

Después de haber examinado todas las piedras una por una admirando sus primores, se volvió hacia el primer ministro, y mostrándole aquel tesoro le dijo:

—Mira, y confesarás que no se puede hallar en el mundo cosa más rica y asombrosa.

El Ministro apenas podía responder, pues estaba embelesado.

—Ahora bien—continuó el Monarca;—¿qué dices de semejante regalo? ¿No es digno de la Princesa, mi hija, y no puedo darla a este precio al que me la pide?

Estas palabras produjeron gran sobresalto al primer Ministro. Tiempo hacía que había dado a entender el Monarca que su intención era dar la Princesa, su hija, en matrimonio a un hijo que aquél tenía; y temió, no sin motivo, que el Soberano, deslumbrado por un regalo de tan inmenso valor, mudase de idea. Se acercó al Emperador, y hablándole al oído le dijo:

—Señor, no se puede negar que el regalo es digno de la Princesa; pero suplico a V. M. que me conceda tres meses antes de decidirse, pues espero que antes de ese tiempo mi hijo, a quien V. M. ha tenido la bondad de manifestar tanta benevolencia, tendrá con qué hacerle uno de mayor precio que el de ese Aladino, a quien V. M. no conoce.

El Emperador creyó justo otorgar esta gracia a su Ministro, aunque persuadido de que era imposible que pudiera proporcionar a su hijo los medios de hacer un regalo de tanto valor a la Princesa. Volvióse, pues, a la madre de Aladino, y le habló así:

—Buena mujer, volveos a vuestra casa, y decid a vuestro hijo

que acepto (a proposición que me habéis hecho por su encargo: pero que no puedo casar a mi hija, la Princesa, hasta haberle hecho preparar un riquísimo ajuar de boda, que no estará dispuesto hasta que hayan trascurrido tres meses. Volved, pues, pasado ese tiempo.

Palpitándole el corazón de alegría volvió a su casa la madre de Aladino, con gozo tanto mayor, cuanto que había creído desde un principio imposible llegar hasta el Monarca; por otra parte, había obtenido una respuesta con que no podía señar, y en vez de la cual esperaba una repulsa que la hubiera llenado de turbación, tanto mayor, cuanto que la creía merecida.

Dos indicios hicieron sospechar a Aladino cuando vió entrar a su madre que llevaba una buena respuesta: el uno, que volvía más temprano de lo acostumbrado, y el otro, que tenía el semblante lleno de júbilo.

—Y bien, madre mía—le dijo;—¿puedo tener alguna esperanza, o he de entregarme a la desesperación?

La madre se quitó el velo y se sentó en el sofá junto a Aladino.

—Hijo mío,—le dijo,—para no tenerte un solo momento en la incertidumbre, empezaré por decirte que, muy lejos de pensar en morir, sólo tienes motivo para estar muy contento.

Y prosiguiendo su relación, le contó de qué manera la habían recibido en audiencia antes que a todos los demás, por lo cual volvía temprano; qué precauciones había tomado para hacer al Emperador, sin que se ofendiese, la proposición de casamiento de la princesa Badrulbudur con Aladino, y la repuesta del todo favorable que le había dado el Monarca por su propia boca; añadiéndole que, según podía juzgar por las muestras de asombro del Soberano, el regalo que le llevaba era el que había producido decisivo efecto en su espíritu para determinarle a la respuesta favorable que le llevaba.

—Yo no podía esperar tan feliz desenlace—continuó,—pues observé que el primer ministro le había hablado al oído antes que me diera su palabra, y temía que le desviara de la buena voluntad que pudiese tener.

Después de oir a su madre, se creyó Aladino el más feliz de los hombres; dió las gracias a la buena anciana por las molestias que se había tomado en la marcha de aquel asunto, cuyo feliz resulta-

do era tan importante para su reposo, y aunque, en su impaciencia por lograr el objeto de su pasión, tres meses le parecían tres siglos, se preparó, sin embargo, a esperar con calma, fundado en la palabra del Monarca, que creía irrevocable. Mientras contaba, no solamente las horas, los días y las semanas, sino hasta los momentos, aguardando que pasase el plazo fijado, trascurrieron poco más de dos meces, cuando una noche, queriendo su madre encender luz, advirtió que no había aceite en casa; y habiendo salido a comprarlo e internádose en la ciudad, vió que todo era fiesta y regocijo. En efecto; a pesar de la hora, las tiendas estaban abiertas, sus dueños las adornaban con guirnaldas, y se preparaban iluminaciones, esforzándose cada uno en ostentar la mayor pompa y magnificencia por indicar mejor su celo. Todo el mundo hacía demostraciones de júbilo y alegría; las calles estaban llenas de militares en traje de gala, montados en caballos ricamente enjaezados y rodeados de gran número de soldados que iban y venían. Preguntó la anciana al tendero en cuya casa compraba el aceite qué significaba todo aquello, y éste contestó:

—¿De dónde sale usted, buena mujer, que no lo sabe? Esta noche son los esponsales del hijo del primer Ministro con la princese Badrulbudur, hija del Emperador. El novio va a salir del baño, y los militares que está usted viendo formarán escolta para acompañarle hasta Palacio, donde debe celebrarse la ceremonia.

No quiso saber más la madre de Aladino. Volvió a su casa tan aprisa, que entró en ella sin aliento, y encontró a su hijo, que estaba muy distante de esperar la fatal noticia que le llevaba.

—¡Hijo mío—exclamó,—todo está perdido! ¡Contabas con la promesa del Emperador; pero ha faltado a ella!

Aladino se sobresaltó al oir estas palabras.

—Madre mía—repuso, —¿cómo es posible que el Emperador deje de cumplir su palabra? ¿Quién ha contado a usted eso?

—Esta noche—añadió la madre—celebra sus esponsales el hijo del Gran Visir con la princesa Badrulbudur en Palacio.—Y le contó en seguida de qué modo acababa de saberlo, para que no pudiese dudarlo.

Al oir a su madre se quedó inmóvil Aladino, como si hubiera caido un rayo a sus pies. Cualquiera otro hubiera quedado anonadado; pero amaba demasiado a la Princesa para permanecer

mucho tiempo en la inacción. Se acordó en seguida de la lámpara que le había sido tan útil en otros ocasiones, y, sin desahogar su cólera en vanas palabras contra el Emperador, contra el gran Ministro o contra el hijo de éste, solamente dijo:

—Madre mía, quizás el hijo del primer Ministro no sea esta noche tan feliz como se promete. Voy a mi cuarto un momento: prepare usted la cena entretanto.

Comprendió desde luego la madre de Aladino que su hijo quería hacer uso de la lámpara para impedir, si era posible, que llegara a efectuarse el matrimonio del hijo del Ministro con la Princesa, y no se engañaba. En efecto; en cuanto Aladino estuvo solo tomó la lámpara maravillosa, que había llevado a su habitación para quitarla de la presencia de su madre, en vista de que la aparición del genio le había causado tan gran espanto, y la restregó de igual modo que otras veces. En el momento se le apareció el genio:

—*¿Qué me quieres?*—le dijo.—*Aquí me tienes dispuesto a obedecerte como tu esclavo, y de todos los que tienen la lámpera en la mano: esclavos tuyos somos yo y los demás esclavos de la lámpara.*

—Oye—le dijo Aladino:—hasta ahora me has traído qué comer cuando te lo he pedido; ahora se trata de un asunto de mucha más importancia. He hecho pedir en matrimonio al Emperador la princesa Badrulbudur, su hija, y él me ha prometido su mano, pidiéndome un plazo de tres meses; pero, en vez de cumplir su palabra, antes que se acabe el término la casa con el hijo del primer Ministro. Ya sabes que antes de celebrarse el casamiento procede la celebración de esponsales, acto a que asisten los prometidos esposos con sus padres y algunos testigos. Lo que te pido ahora es que a cada bocado que tome el novio, le introduzcas en la boca, sin que él lo advierta, tal cantidad de manjares, que se la llenes completamente; y, además, que vengas a darme cuenta de lo ocurrido y a recibir mís órdenes.

—Eres mi amo—contestó el genio:—tengo el deber de obedecerte, y serás servido.—Y dicho esto desapareció.

Aladino volvió al lado de su madre, cenó con la misma tranquilidad que de costumbre, y después de cenar estuvo hablando del próximo matrimonio de la Princesa como de una cosa que le fuera indiferente. Después se retiró a su cuarto, dejando a su ma-

dre en libertad de acostarse, mientras él aguardaba la vuelta del genio y la noticia de la ejecución de sus órdenes.

Entretanto se había preparado con la mayor magnificencia el banquete para la celebración de los esponsales. Asistían a la mesa el Emperador y la Emperatriz, teniendo en medio a su hija; enfrente se había sentado el novio, acompañado de sus padres; a uno y otro lado ocupaban sus puestos los festigos, que eran ocho; cuatro de cada parte. La servidumbre, vistiendo ricas y vistosas libreas, estaba de pie esperando órdenes. A una señal del Emperador empezaron a servirse los manjares en magníficas fuentes de la más fina porcelana. El novio tomó con exquisita delicadeza un pequeño bocado; pero, sin saber cómo ni de qué manera, se encontró con la boca tan llena, que, aun mascando a dos carrillos, apenas podía revolver tal masa de alimento. Sudando y trasudando logró por fin, entre mil congojas, tragar lo que había tomado; pero estaba tan corrido y confuso, que no se atrevía a repetir. El accidente, sin embargo, había pasado inadvertido para todos, excepto para la Princesa, que a hurtadillas había visto que su novio comía de un modo tan grosero. Se sirvió el segundo plato; y viendo el Emperador que su futuro yerno estaba, al parecer, pensativo, le dijo con afabilidad:

—Parece que estás preocupado, como si se te viniera encima el grave peso del gobierno de mis dominios. ¡Déjate ahora de cuidados, que estos momentos deben ser para ti de felicidad!

—¡Nunca, señor—contestó Serchun (así se llamaba el novio)—he sido tan feliz como ahora, que voy a lograr lo que nunca hubiera osado pretender, gracias a la incomparable bondad . . .!

—Pues hagamos los honores a este plato, que es la especialidad de mi cocinero—contestó el Emperador.

Eran, en efecto, unas grandes croquetas de faisán con salangana, capaces de excitar el apetito del más sobrio. Serchun, sin embargo, no se atrevía a tocarlas, hasta que el Emperador le dijo de nuevo:

—¿Cómo no pruebas este delicioso manjar?

Entonces el pobre Serchun cortó tímidamente un pedacito de una de las croquetas más grandes; pero apenas lo había tomado cuando la mitad de la croqueta, desapareciendo del plato, llenó la boca del melindroso joven, que, por más que dilataba los carrillos,

apenas podía retener el enorme bocado. El Emperador, que le vió en tan apurado trance, no pudo menos de sonreirse; la Princesa hizo un gesto de displicencia; el Ministro palideció de cólera al observar la grosería de su hijo; los testigos murmuraban por lo bajo; los criados sonreían maliciosamente; la Emperatriz volvió los ojos por no ver las angustias de su yerno; la madre de éste, mordiéndose los labios de rabia, con mucho disimulo le clavó las uñas en el muslo con tanto coraje, que el pobre Serchun dió un salto en su asiento, y habría lanzado un grito si la croqueta no le hubiese cortado la respiración. Anheloso, casi sin aliento y con el rostro encendido, alargaba desmesuradamente el cuello para facilitar la deglución del volumionso manjar, que le ahogaba. Después de indecibles angustias pudo pasarlo, no sin grandes esfuerzos y ridículas contorsiones.

—¿Qué ha sido eso?—preguntó el Emperador.

El futuro príncipe estaba tan avergonzado, que no pudo contestar; y el Ministro, para disculparle, se apresuró a decir:

—Sin duda, mi hijo, por corresponder a la insinuación de V. M., ha tomado, sin advertirlo, un bocado demasiado grande, y...

—¡Bebe, Serchun, bebe un poco de vino, para que se te pase el susto!—dijo la Emperatriz.

El escanciador presentó con mucha cortesía una gran copa llena de vino: el joven la aplicó a sus labios para tomar un sorbo; pero por arte del genio se tragó todo el líquido, dejando la copa vacía, con asombro de los asistentes. La Princesa se inclinó hacia su madre y le dijo algunas palabras al oído; hizo después ademán de levantarse; pero la Emperatriz la detuvo con suavidad y la obligó a permanecer en su puesto. Comprendiendo el Emperador el desairado papel que estaba haciendo el yerno que él mismo había elegido, contra la voluntad de la Emperatriz y con alguna repugnancia de la Princesa, trató de alegrar el banquete excitando a todos a hablar con mil diversas preguntas y haciendo que menudearan los copas. La animación fué creciendo en tanto grado, que hasta Serchun, olvidando sus pasadas congojas y estimulado por los vapores de la copa que había bebido, tomó parte en la conversación con inesperado discernimiento, porque nadie hubiera sospechado tanta discreción y galantería en aquel joven que se engullía una libra de croquetas de dos bocados. Sirviéronse varios platos y deliciosos

vinos; pero el novio no quiso probarlos, ni el Emperador creyó prudente someterle a otra prueba.

Llegó por fin el llamado "obsequio de novios,,. En una bandeja de oro esmaltada de pedrería presentaron delante de Serchun un gran pastel delicadamente confeccionado. El novio debía partirlo en pequeñas porciones: había de dar una a la novia, la cual, antes de comerla, daba otro a su prometido, y los dos comían a un tiempo, mientras el que presidía la mesa repartía lo restante entre los convidados. Serchun tomó un pedacito, y poniéndose en pie, se lo ofreció a la Princesa, la cual, recibiéndolo en su plato, tomó de la bandeja otra porción pequeña y se la entregó al novio. Temiendo éste atragantarse, como le había acontecido antes, la dividió en menudos bocados, y con gran tiento tomó uno, esperando deglutirlo como una píldora. Pero vió con terror que, sin darse cuenta de ello, había tomado, no sólo los fragmentos que tenía en su plato, sino también cuatro o seis porciones de la bandeja, y toda aquella masa estaba embutida en su boca, sin poder masticarla ni tragarla. Intentó beber un poco de agua, pero en vano; a través de aquella barrera no podía pasar una gota. Mantuvo, no obstante, la copa aplicada a los labios por algunos momentos, mientras a toda fuerza procuraba engullir el sofocante bocado. La Princesa, que estaba mirándole de hito en hito, retiró a un lado el plato sin probar el pastel, lo que equivalía a negar su consentimiento al proyectado enlace. Los testigos quedaron atónitos: la Emperatriz, aunque se alegraba interiormente, procuró dominarse y se mostró triste y contrariada; el Ministro, que vió destruídos sus ambiciosos planes, aventuró el todo por el todo y se atrevió a decir al Emperador:

—Mucho siento, señor, no haber sospechado antes lo que había de suceder.

—¿Pues qué sucede?—preguntó el Emperador, que no había observado la acción de su hija.

—Lo que V. M. está viendo: que la Princesa no quiere comer el pastel de los esponsales.

El Emperador frunció el ceño, y entre enojado y cariñoso dijo a la Princesa:

—¡Come de ese pastel: ya sabes que es mi voluntad!

La Princesa, sin decir palabra, tomó un bocadito, mientras se enjugaba las lágrimas, que no pudo contener.

Este incidente aguó, por decirlo así, la fiesta; la conversación, antes tan animada, fué decayendo poco a poco, y la tristeza iba apoderándose de los ánimos. Sólo el Ministro y su mujer estaban satisfechos; pero todos deseaban que se acabara la fiesta. Faltaba nada más que una ceremonia para dar por terminados los esponsales. A una señal del Emperador el intendente de Palacio colocó en medio de la mesa una copa de cristal de roca caprichosamente cincelada y guarnecida de oro. El Emperador tomó la copa y se la presentó a Serchun, que la recibió haciendo una profunda reverencia; en seguida el Ministro la llenó de vino generoso, cuya mitad debía beber el novio, ofreciendo después la otra mitad a la novia. Serchun trató de beber con mucho tiento; pero de un ligero sorbo se tragó, sin saber cómo, todo el líquido, de modo que al entregar la copa a la novia estaba completamente vacía.

—¡Aquí no hay nada!—dijo la Princesa con sarcástica sonrisa.

—¡Nada!—repitieron los testigos.—¡Damos fe de ello!

—¡Habrá sido un descuido de ese atolondrado!—repuso el Emperador con reprimido enojo.—¡Llenad la copa otra vez!

Serchun la tomó temblando, y para beber con más pulso apoyó el codo en la mesa; pero tan pronto como tocó el vino con los labios, la copa quedó vacía. Al ver esto el Ministro, que le observaba con la mayor atención, le dió tan fuerte golpe en el brazo, que la copa saltó con violencia, y fué a estrellarse contra un precioso jarrón que había enfrente.

El Emperador, sobremanera irritado, se levantó de la mesa, y todos hicieron lo mismo. La Emperatriz y su hija se retiraron a otra habitación para dar rienda suelta al gozo, que no les cabía en el pecho.

—¿Has visto—dijo la Emperatriz—qué yerno o, mejor dicho, qué avestruz quería regalarme el Gran Visir?

—Algún ángel vela por nosotras—contestó la Princesa: —de otro modo, no puedo explicarme lo ocurrido.

Serchun, más corrido que una mona, no sabía dónde meterse. Viéndole tan aturdido, su madre le tomó de la mano, y acercándose al Emperador le dijo sollozando:

—Vuestra Majestad me permitirá retirarme con mi hijo, que...

—¡Podéis retiraros cuando queráis; pero que ese mostrenco no vuelva a comparecer en mi presencia!

El Emperador quedó solo con el Visir, que, a pesar de su sangre fría, estaba consternado y no sabía cómo calmar la justa indignación de su señor.

—¿Qué especie de bestia es ese hijo que tanto me has alabado?

—Señor—contestó con humildad del Ministro,—no sé qué decir ni cómo defender a mi desgraciado hijo; pero creedme, señor, no es lo que ahora parece: yo os lo juro. Algún mal genio le persigue para labrar la desgracia de vuestro más fiel servidor.

—¡Sea lo que quiera, se ha concluído: tu hijo es indigno de la Princesa! Ahora, para dar una solución honrosa a este negocio, es preciso que ese estúpido no salga de casa en mucho tiempo. Diremos que esta misma noche ha enfermado gravemente; haremos creer que no se cura, y así saldremos del paso.

—Está bien, señor; se cumplirán fielmente las sapientísimas disposiciones de Vuestra Majestad.

El Ministro se retiró no poco satisfecho de haberse librado tan bien de las iras del Emperador, pero muy preocupado respecto a su hijo, a quien creía rematadamente loco. Mas no tardó en tranquilizarse, pues el desventurado joven estaba tan cuerdo como siempre, sin poder explicarse cómo aquella noche había cometido tantos y tan graves desaciertos.

Entretanto estaba Aladino impaciente por la llegada del genio: las horas se le hacían siglos. Cansado de esperar, iba a tomar la lámpara maravillosa; pero antes de tocarla se presentó el misterioso mensajero, que le refirió todo lo sucedido, añadiendo que al día siguiente se anunciaría la enfermedad del hijo del Visir. En efecto; al otro día se divulgó por toda la ciudad que el noble y generoso Serchun estaba gravemente enfermo. La noticia dió ocasión a muchos comentarios entre la gente maliciosa, que nunca falta, sospechando que aquello era un pretexto para deshacer el proyectado matrimonio: sólo Aladino conocía el secreto de la verdadera causa.

Lo extraño es que ni el Emperador ni el primer Ministro, que ya no se acordaban de Aladino ni de la pretensión que se había hecho en su nombre, pensaron un solo instante que pudiese tener parte en el prodigio que acababa de motivar la disolución del matrimonio de la Princesa.

Aladino dejó pasar los tres meses que el Monarca había fijado para su matrimonio con la princesa Badrulbudur. Había contado los días escrupulosamente, y en cuanto pasó el término envió a su madre a Palacio para recordar al Emperador su palabra.

La madre de Aladino fué a Palacio, como se lo había dicho su hijo, y se presentó a la entrada de la sala de audiencias en el mismo sitio que antes. No bien hubo el Emperador dirigido la vista hacia ella, cuando la reconoció, y se acordó al mismo tiempo de la demanda que había hecho y del plazo que el mismo Sultán había señalado. Estaba en aquel momento haciendo el Ministro relación de un asunto de Estado.

—¡Aguarda!—le dijo el Emperador interrumpiéndole.—Estoy viendo a la anciana que me hizo tan hermoso regalo hace algunos meses: hazla venir, y continuarás tu relación cuando la haya escuchado.

El Ministro se volvió hacia la entrada de la sala, y viendo a la madre de Aladino, al punto llamó al jefe de los ujieres para que la hiciese adelantar.

Llegó la anciana hasta el pie del trono, donde se prosternó, y después de haberse levantado le preguntó el Emperador qué es lo que quería.

—Señor—le respondió,—me presento ante el trono de V. M. para recordarle en nombre de Aladino, mi hijo, que ya han pasado los tres meses a cuyo tiempo difirió V. M. la pretensión que tuve el honor de hacerle para que le diera su hija en matrimonio.

Cuando el Emperador se tomó el plazo de tres meses para responder a la pretensión de aquella buena mujer, había creído que no volvería a oir hablar más de un matrimonio que miraba como impropio e inconveniente para la Princesa su hija, a juzgar por la modestia de la madre de Aladino, que se presentaba con un traje banstante humilde. Sin embargo, la intimación que acababa de hacerle de que cumpliera su palabra le pareció embarazosa, y no creyó oportuno contestar en seguida. Consultó a su ministro, y le manifestó el reparo que tenía en comentar el casamiento de la Princesa con un desconocido, cuya fortuna, a juzgar por el aspecto de su madre, debía de ser escasa.

El Ministro expuso su parecer.

—Señor—dijo,—creo que hay un medio seguro para evitar un

casamiento tan desproporcionado sin que ese Aladino tenga motivo de quejarse, y es poner a la Princesa tan elevado precio, que las riquezas de ese hombre, por grandes que sean, no puedan alcanzar a tanto. Eso será un medio eficaz para hacerle desistir de una idea tan osada, por no decir temeraria.

Le pareció bien al Emperador lo que su ministro le decía, y volviéndose hacia la madre de Aladino, le dijo después de un momento de pausa:

—Buena mujer, los reyes deben cumplir su palabra, y yo estoy pronto a mantener la mía y otorgar a tu hijo la mano de la Princesa mi hija; pero como no puedo casarla sin saber las ventajas que le proporcionará ese casamiento, dirás a tu hijo que cumpliré mi palabra cuando me envíe cuarenta grandes bandejas de oro macizo llenas de las mismas piedras preciosas que ya me has presentado de su parte, debiendo traerlas igual número de esclavos negros, a quienes acompañarán otros cuarenta blancos, jóvenes, arrogantes y de buena estatura, y vestidos todos con gran lujo. Con estas condiciones, estoy pronto a darle la mano de la Princesa, mi hija. Marcha, buena mujer: quedo esperando la respuesta de tu hijo.

Volvió a prosternarse la anciana ante el trono del Emperador, y se retiró seriamente preocupada.

—¿Dónde encontrará mi hijo—pensaba—tantas bandejas de oro y tan gran cantidad de piedras preciosas como se necesita para llenarlas? ¿Volverá a aquella cueva cuya entrada cerró el *Mago*, para cogerlas en los árboles? ¿Y de dónde habrá de sacar todos esos esclavos que el Emperador le pide? ¡Muy distante se halla de lograr su deseo, y temo que ha de quedar descontento de mi embajada!

Al volver la anciana a su casa hizo a su hijo exacta relación de cuanto le había dicho el Soberano y de las pretensiones de éste. Después añadió:

—Hijo mío, queda esperando tu respuesta; pero me temo que tendrá que esperar buen rato.

—Quizás la cosa no sea tan difícil como parece, madre mía—dijo Aladino.—Mientras pienso en los medios de lograr mi deseo, vaya usted a buscar qué comer, pues necesito estar solo.

Comprendió la madre de Aladino la intención de éste, y salió a

comprar provisiones. Entonces el joven tomó la lámpara y la restregó. Inmediatamente se le presentó el genio, y en los términos de siempre le preguntó qué tenía que mandarle, manifestando que estaba pronto a servirle. Aladino le dijo:

—El Emperador consiente en darme la Princesa, su hija, en matrimonio; pero antes me pide cuarenta grandes bandejas de oro macizo y de mucho peso, enteramente llenas de las frutas del jardín donde hallé la lámpara de que eres esclavo. Quiere también que las cuarenta bandejas las lleven otros tantos esclavos negros, que han de ir detrás de cuarenta esclavos blancos, jóvenes, de agradable figura y ricamente vestidos. Vete, y tráeme ese regalo lo más pronto posible, para que pueda enviárselo al Emperador antes de que levante la sesión del Consejo.

El genio le dijo que su mandato iba a ser ejecutado al momento, y desapareció.

Poco después volvió el genio, seguido por los cuarenta esclavos negros y otros cuarenta blancos, cargado cada uno de aquéllos con una bandeja de oro macizo del peso de dos arrobas y media sobre la cabeza. Todas las bandejas estaban llenas de diamantes, perlas, zafiros, amatistas, rubíes y esmeraldas, más hermosas aún por sus reflejos y tamaño que las que le habían sido ya presentadas al Emperador; las fuentes iban cubiertas con una delicada tela de plata tejida con flores de oro. Los esclavos, así los negros como los blancos, con sus fuentes de oro, ocupaban casi toda la casa, que era bastante reducida, y llenaban además un patio pequeño que había en la parte delantera, y un jardincito que estaba en la trasera. El genio preguntó a Aladino si estaba contento y si tenía aún alguna otra cosa que mandarle; y como Aladino le manifestase que nada más le ocurría, desapareció al punto.

Al volver del mercado la madre de Aladino y entrar en su casa quedó extraordinariamente sorprendida al ver tanta gente y tantas riquezas; y cuando hubo dejado las provisiones que llevaba, quiso quitarse el velo que le cubría el rostro; pero su hijo no se lo permitió.

—¡Madre mía—dijo;—no hay momento que perder! Antes de que el Emperador acabe de celebrar su Consejo es muy importante que vuelva usted a Palacio y que lleve en seguida el regalo que el Emperador me ha pedido como dote de la princesa Badrulbudur, a

fin de que por mi diligencia y exactitud forme idea del ardiente celo que me anima por lograr tan alta alianza.

Accedió al punto la madre, y entonces abrió Aladino la puerta de la calle e hizo desfilar sucesivamente a todos los esclavos, colocando detrás de cada esclavo blanco un negro cargado con una fuente de oro sobre la cabeza; luego cerró la puerta, quedándose muy satisfecho en su cuarto, con la esperanza de que el Emperador, una vez en posesión del regalo que le había pedido, no vacilaría en admitirle por yerno.

La arrogante figura del primer esclavo blanco que había salido de casa de Aladino hizo detenerse llenos de asombro a todos los transeuntes que le vieron; y antes que hubieran acabado de salir los ochenta esclavos blancos y negros estaba llena la calle de una inmensa muchedumbre, que acudió de todas partes a ver un espectáculo tan extraordinario. Eran tan lujosos los vestidos de los esclavos, así por la tela como por las piedras preciosas que les servían de adorno, que los más entendidos creyeron no engañarse haciendo subir el valor de cada uno a más de un millón de pesetas. La elegancia, el buen entendido adorno de los trajes, la gracia, la gallardía, la estatura uniforme y majestuosa de todos los esclavos, su paso grave a igual distancia uno de otro, así como el brillo de las piedras preciosas de gran tamaño engastadas alrededor de sus cinturones de oro con hermosa simetría, y las insignias de piedras preciosas que llevaban en sus airosos birretes, que eran de hechura muy elegante, causaron en aquella multitud de espectadores tanta admiración, que no podían cansarse de mirarlos, y los acompañaban con la vista lo más lejos que les era posible. Había en las calles tal número de curiosos, que cada uno de éstos, no pudiendo transitar, se veía precisado a permanecer en el sitio en que se hallaba.

Era preciso atravesar muchas calles para llegar a Palacio, y de aquí resultó que una gran parte de los habitantes de todos estados y condiciones fueron testigos del paso de aquella maravillosa comitiva. Cuando llegó el primero de los esclavos a la puerta del primer patio de Palacio, los porteros, que se habían puesto en fila desde que habían visto que se aproximaba tan singular procesión, le tomaron por un rey, según iba de rica y magníficamente vestido, y se adelantaron para besarle la orla del manto; pero

... hizo detenerse llenos de asombro a todos...

el esclavo, instruído por el genio, los detuvo, y los dijo con grave acento:

—Nosotros no somos más que esclavos: nuestro amo vendrá cuando sea tiempo.

Adelantó el primer esclavo, seguido de todos los demás, hasta el segundo patio, que era muy espacioso, y en el cual los empleados de la casa imperial estaban colocados durante la sesión del Consejo. Los oficiales del Emperador ostentaban la mayor magnificencia; pero el asombroso lujo de los ochenta esclavos que llevaban el regalo de Aladino, y del que ellos mismo hacían parte, oscureció enteramente su pompa. Nada había comparable en todo el Palacio, pues el esplendor de los señores de la corte era nada en comparación del que entonces veían.

Prevenido el Emperador de la marcha y llegada de los esclavos, había dado órdenes para hacerlos entrar. Así es que en cuanto se presentaron hallaron libre la entrada del salón de recepciones, y entraron en el mejor orden, unos por la derecha y otros por la izquierda. Cuando hubieron entrado todos y formado un gran semicírculo ante el trono del Emperador, cada uno de los esclavos negros dejó sobre la alfombra la bandeja que llevaba y se prosternaron todos a la vez, tocando la alfombra con la frente. Los esclavos blancos hicieron lo mismo. Después se levantaron todos, y al ir a hacerlo los negros descubrieron con destreza las bandejas que tenían delante, y quedaron todos de pie y con las manos cruzadas sobre el pecho.

Entonces la madre de Aladino, que se había adelantado hasta el pie del trono, dijo al Emperador, después de haberse prosternado:

—Señor, mi hijo Aladino no duda que este presente que envía a V. M. es muy inferior a lo que merece la princesa Badrulbudur: espera, sin embargo, que será bien acogido por V. M. y que tendrá a bien hacérselo aceptar a la Princesa; y lo espera con tanta más confianza, cuanto que no ha vacilado en cumplir la condición que se le ha impuesto.

El Emperador estaba tan absorto, que sólo con un signo afirmativo pudo responder a la madre de Aladino. La primera ojeada que dirigó a las cuarenta bandejas de oro, llenas de joyas más brillantes, más resplandecientes y más preciosas que todas las que

hasta entonces había visto, y aquellos ochenta esclavos que parecían otros tantos reyes, tanto por su arrogante figura como por la sorprendente riqueza y magnificencia de su traje, le habían asombrado de tal manera, que no podía volver de su admiración. No sabiendo qué responder, se dirigió al primer Ministro, que tampoco podía comprender de dónde habría salido tan incalculable riqueza.

¿Qué piensas—le dijo—del que, sea quien fuere, me envía un regalo tan espléndido, y a quien ni tú ni yo conocemos? ¿Le consideras indigno de casarse con la princesa Badrulbudur, mi hija?

Por más despecho y sentimiento que causara al Ministro ver que un desconocido iba a conseguir ser yerno del Emperador con preferencia a su hijo, no se atrevió, sin embargo, a disfrazar su pensamiento.

—Señor—dijo,—lejos de creer que el que hace a V. M. un regalo tan espléndido a vuestra excelsa persona sea indigno del honor que V. M. quiere tributarle, me atrevería a decir que merecía más, si no estuviera persuadido de que no hay en el mundo tesoro bastante rico para poder compararlo con la posesión de la Princesa.

Los señores de la corte que asistían al Consejo manifestaron desde luego que su opinión era la misma del Ministro.

El Emperador no vaciló ya, y ni aun trató de informarse de si Aladino tenía las demás cualidades necesarias para poder aspirar a ser su yerno. La sola contemplación de tan inmensas riquezas y la rapidez con que Aladino acababa de satisfacer su deseo sin haber opuesto la menor dificultad a condiciones tan exorbitantes, le persuadieron fácilmente de que era un partido inmejorable. Así, para despedir a la madre de Aladino de modo que quedara satisfecha, le dijo:

—Señora, id a decir a vuestro hijo que le espero para abrazarle, y que cuanta más prisa se dé a venir para recibir de mi mano el don que le hago de la Princesa mi hija, más gusto me causará, pues tengo impaciencia por conocerle.

Apenas se retiró la madre de Aladino con el gozo que puede suponerse al ver que llegaba su hijo a tanta elevación, dió fin el Emperador a la audiencia de aquel día; y al levantarse de su tro-

no mandó que los eunucos que tenía dedicados al servicio de la Princesa llevaran las bandejas al cuarto de su ama, adonde se fué él mismo para examinarlas otra vez en su compañía. La orden fué ejecutada, no sin dificultad, por los cuidados del jefe de los eunucos, pues éstos apenas podían mover las bandejas.

No olvidó el Emperador a los cuarenta esclavos blancos y negros. Los hizo entrar en lo interior del Palacio, y poco después mandó que se les hiciera pasar por delante de su habitación a fin de que la Princesa pudiese verlos por entre las celosías, como lo hizo, convenciéndose de que, en vez de haber exagerado su padre en la relación que le había hecho, había quedado muy atrás de la realidad.

Mientras tanto, llegó a su casa la madre de Aladino con tal aspecto de júbilo, que manifestaba la fausta nueva que llevaba a su hijo.

—¡Hijo mío—le dijo,—ya tienes motivo para estar orgulloso y contento! Vas a llegar al colmo de tus deseos, contra lo que yo temía, y no hay que decir que me siento feliz por haberme engañado. Con toda la efusión de su alma el Emperador ha declarado que eres digno de poseer a la princesa Badrulbudur, y está esperándote para abrazarte y concertar tu matrimonio. Debes, por tanto, pensar en los preparativos para esa entrevista, a fin de que corresponda a la alta idea que el Soberano tiene de tu persona; pero habiendo yo presenciado las maravillas que sabes hacer, estoy persuadida de que nada echarás en olvido. El Emperador te espera impaciente: así, no pierdas un momento en ir a Palacio.

Lleno de júbilo el joven al oir a su madre, y enteramente poseído del recuerdo de la Princesa, se retiró a su cuarto. Allí, después de haber cogido la lámpara que le había servido tan bien hasta entonces en todas las necesidades y deseos, no bien la hubo restregado, el genio se presentó sin hacerse esperar.

—Genio—le dijo Aladino,—te he llamado para que me dispongas un baño inmediatamente; y cuando lo haya tomado, deseo que tengas dispuesto para mí un traje, el más rico y magnífico que haya llevado jamás monarca alguno.

Apenas terminó estas palabras, cuando el genio, haciéndole invisible, como él lo era, le tomó y le trasportó a un suntuoso baño de mármol muy fino y de diferentes colores, los más hermosos y

variados. Sin que pudiera ver quién le servía, sintió que le desnudaban en un salón espacioso y amueblado con esplendidez. Desde el salón le hicieron entrar en el baño, cuya agua estaba en un grado muy templado de calor, y allí le restregaron y lavaron con muchas clases de aguas perfumadas. Habiendo pasado por todos los grados de calor, para que su limpieza fuese completa, salió del baño, y al mirarse en los espejos apenas se reconocía: las aguas con que le habían frotado tenían la virtud de hermosear, y sintió su tez fresca, blanca y sonrosada, y su cuerpo, mucho más ligero y ágil.

Al volver al salón ya no encontró las ropas que había dejado en él, pues el genio había tenido cuidado de poner en su lugar el traje que le había pedido, y quedó admirado de su magnificencia. Se vistió con ayuda del genio, admirando cada prenda a medida que iba poniéndosela, pues aquel lujo era superior a cuanto hubiera podido imaginar. Apenas estuvo vestido le trasladó el genio a su casa, al mismo aposento de donde le había sacado. Entonces le preguntó si tenía alguna otra cosa que mandarle.

—Sí—respondió Aladino:—deseo que me traigas en seguida un caballo que sobrepuje en hermosura y bondad al mejor que pueda hallarse en las caballerizas del Emperador, y que gualdrapa, silla, brida y arreos sean un verdadero tesoro. Deseo también que al mismo tiempo hagas venir veinte esclavos vestidos tan ricamente y con tanta gallardía como los que han llevado el regalo, para que me sirvan de comitiva, y otros veinte semejantes para que vayan delante de mí en dos filas. Haz venir también séis esclavas, vestidas tan ricamente, por lo menos, como las de la princesa Badrulbudur, para que sirvan a mi madre; y que traiga cada una un traje tan magnífico o mejor que el de la misma Emperatriz. También quiero diez mil monedas de oro en diez bolsas. Esto es cuanto tengo que mandarte. Vete, y vuelve en seguida.

Apenas Aladino hubo acabado de dar sus órdenes al genio, éste desapareció, y a los pocos momentos volvió con el caballo y los cuarenta esclavos, diez de los cuales llevaban cada uno una bolsa con mil monedas de oro, y seis esclavas, cada una de las cuales tenía sobre la cabeza un vestido diferente para la madre de Aladino, envuelto en una tela de plata.

De las diez bolsas, Aladino tomó cuatro, que dió a su madre

para que se sirviera de ellas, dejando otras seis en manos de los esclavos, con orden de que las guardasen y fueran echando al pueblo monedas a puñados al pasar por las calles en la marcha que iban a hacer para ir al Palacio imperial. Les mandó también que fuesen delante de él con los demás, tres a la derecha y tres a la izquierda. Por último, presentó a su madre seis esclavas, diciéndole que eran suyas y que podía servirse de ellas, y que los trajes que llevaban eran para su uso.

Ultimados por el joven todos estos detalles, indicó al genio que ya podía irse, que estaba muy contento de él y que le llamaría cuando tuviera necesidad de su servicio. En seguida trató de corresponder lo más pronto posible al deseo que había manifestado el Emperador de verle. Mandó a Palacio uno de los cuarenta esclavos, no el de mejor presencia, porque todos lo eran igualmente, con orden le dirigirse al jefe de los ujieres y preguntarle cuándo podría tener el honor de ir a postrarse a los pies del Monarca. Poco tardó el esclavo en desempeñar su mensaje, y volvió con la respuesta de que el Emperador le esperaba con impaciencia.

Entonces Aladino montó a caballo, y se puso en marcha con toda su comitiva en el orden que queda indicado. Aunque nunca había montado a caballo, lo hizo con tanta gracia y gallardía como el jinete más experimentado. Las calles por donde pasó se llenaron de innumerable gentío que hacía resonar el aire con aclamaciones, gritos de admiración y bendiciones, principalmente cada vez que los seis esclavos que llevaban las bolsas hacían volar puñados de monedas de oro por los aires. Estas aclamaciones no procedían sólo de los que se empujaban por bajarse a recoger las monedas de oro, sino también de las personas de condición superior al pueblo, que no podían menos de admirar públicamente la liberalidad de Aladino.

No solamente le desconocían sus antiguos amigos, sino que costaba mucho trabajo reconocer sus facciones a los que hacía muy pocas horas le habían visto: hasta tal punto se le había cambiado el rostro. Provenía este hecho de que la lámpara tenía la propiedad de proporcionar poco a poco a los que la poseían las perfecciones adecuadas al estado a que llegaban, por el buen uso que hacían de ella. Los inteligentes admiraron mucho el caballo, cuya hermosura supieron distinguir, sin deslumbrarse por la riqueza

Entonces Aladino montó a caballo.

y brillantez de las piedras preciosas de que estaba cubierto. Como había corrido la noticia de que el Emperador le daba en matrimonio la princesa Badrulbudur, nadie miró con malos ojos su fortuna y elevación, pareciéndoles muy acreedor a ellas tan gallardo mancebo.

Aladino llegó a Palacio, donde todo estaba preparado para recibirle dignamente, y al acercarse a la segunda puerta quiso echar pie a tierra para conformarse con la costumbre observada por el primer ministro, por los generales de los ejércitos y por los gobernadores de provincias; pero el jefe de los ujieres, que estaba esperándole por orden del Emperador, se lo impidió y le acompaño hasta cerca de la sala del Consejo, donde le ayudó a bajar, por más que Aladino no quiso permitirlo, sin que le fuera dable evitarlo. Mientras tanto, los ujieres se habían formado en dos filas a la entrada de la sala; su jefe se puso a la izquierda de Aladino, y después de haberle hecho pasar por en medio le acompañó hasta el trono del Emperador.

Asombrado quedó el Emperador al ver a Aladino vestido más rica y magníficamente que lo había estado él mismo nunca, no menos que al observar su buena figura, su estatura gallarda y su aire de grandeza, muy distante del estado humilde en que se le había presentado su madre. Su agradable sorpresa, sin embargo, no le impidió levantarse y bajar dos o tres gradas de su trono con bastante prontitud para salir al encuentro del joven e impedirle que se humillara a sus pies, y para abrazarle con demostraciones afectuosas. Después de este acto de cortesía quiso aún Aladino postrarse ante el Emperador; mas éste le tomó la mano, y le hizo subir y sentarse entre él y el primer ministro.

Entonces Aladino tomó la palabra y dijo:

—Señor, recibo con agradecimiento los honores que V. M. me dispensa; pero no he olvidado la modestia de mi nacimiento: conozco la grandeza de su poder, y no ignoro cuán inferiores son mis merecimientos al esplendor y brillo de la suprema jerarquía a que V. M. se halla elevado. Si he podido merecer una acogida tan favorable, no lo debo más que al atrevimiento, debido a una pura casualidad, de levantar mis ojos, mis pensamientos y mis deseos hasta la hermosísima Princesa, que es el objeto de mis ansias. Pido perdón a V. M. por mi temeridad; pero no puedo disimular

que moriría de pesar si perdiera la esperanza de ver realizado mi hermoso sueño.

—Hijo mío—respondió el Emperador abrazándole de nuevo,—me harías una ofensa si dudaras un solo momento de la sinceridad de mi palabra. Estimo ya demasiado tu vida para no conservártela ofreciéndote el remedio que está en mi mano darte. Prefiero el placer de verte a mi lado a todos mis tesoros, juntos con los que tú puedas tener.

Dichas estas palabras hizo el Monarca una señal, y al punto se oyó resonar una agradable orquesta, y al mismo tiempo condujo el Emperador a Aladino a un suntuoso salón, donde se sirvió un magnífico banquete. El Emperador comió solo con Aladino, acompañádolos durante la comida el primer ministro y los altos dignatarios de la corte, cada uno según su dignidad y jerarquía. El Monarca, que, encantado de la hermosa presencia de Aladino, no apartaba de él los ojos, hizo recaer la conversación sobre muchos objetos diferentes, y de todos ellos habló el joven con tanta discreción y sabiduría, que acabó de confirmar al Emperador en el brillante concepto que había formado de él desde que lo vió.

Terminada la comida, hizo llamar el Emperador al notario de la corte, y le mandó extender y poner en limpio inmediatamente el contrato matrimonial de la princesa Badrulbudur, su hija, y Aladino. Mientras tanto, conversó con el joven acerca de muchas cosas indiferentes en presencia del primer ministro y de los señores de la corte, que no pudieron menos de admirar la solidez de su juicio, la gran facilidad que tenía para expresarse, y los pensamientos discretos y delicados con que adornaba sus discursos.

Una vez extendido el contrato con todas las formalidades necesarias, preguntó el Emperador a Aladino si quería permanecer en Palacio para ultimar en el mismo día las ceremonias del casamiento.

—Señor—respondió Aladino,—aunque es vivísimo mi anhelo por gozar completamente de las bondades de V. M., le suplico que tenga a bien aplazar la ceremonia hasta que haya hecho construir un palacio para recibir en él a la Princesa como corresponde a su mérito y dignidad. Para ello suplico a V. M. que me conceda un sitio conveniente junto a este palacio, a fin de que pueda estar más en disposición de acudir a su lado: nada omitiré para que todo termine con la mayor prontitud posible.

—Hijo mío—dijo el Emperador,—toma todo el terreno que creas necesario. Hay mucho delante de mi palacio, y yo mismo había ya pensado en edificar algunas casas; pero no olvides que deseo vivamente verte unido cuanto antes con mi hija, para que mi júbilo sea completo.

Dicho esto, abrazó otra vez a Aladino, que se despidió de él con la misma distinción y cortesanía que si se hubiera educado y vivido siempre en la corte imperial.

Aladino montó a caballo, y volvió a su casa por las mismas calles y con el mismo séquito que había ido, teniendo que atravesar la misma multitud y recibir las aclamaciones del pueblo, que le deseaba toda clase de dichas y prosperidades. Al llegar a su casa se apeó, entró en su cuarto, tomó la lámpara, y llamó al genio. Presentóse éste sin hacerse esperar, y le ofreció sus servicios.

—Genio—le dijo,—tengo motivos para alabarte por tu rapidez y exactitud en realizar cuanto he exigido de ti hasta el presente en nombre de la lámpara, tu señora. Ahora se trata de que en obsequio a ella muestres más celo y diligencia, si es posible, del que has empleado hasta ahora. Deseo, pues, que en el menor tiempo que sea posible hagas construir para mi futura esposa y para mí un palacio espléndido, situado frente al del Emperador y a una distancia proporcionada. Quedan a tu elección los materiales; es decir, el pórfido, jaspe, ágata, lapislázuli y los mármoles más finos y de los más bellos y elegantes colores, y todo lo demás del edificio; pero deseo que en lo más elevado del palacio, bajo la cúpula, que ha de ser soberbia, hagas contruir un salón en forma de media naranja, con cuatro frentes iguales, cuyas bases sean de oro y plata macizos, puestas alternativamente, y con veinticuatro ventanas, seis a cada lado. Las celosías de las ventanas han de estar adornadas de diamantes, rubíes y esmeraldas, con tal profusión, arte y simetría, que no se haya visto cosa parecida en el mundo. Deseo también que ese palacio tenga un antepatio, un patio y un jardín lleno de las más hermosas flores, y que en un sitio retirado, que tú me indicarás, exista un abundante tesoro de piedras preciosas y de oro acuñado. Deseo asimismo tener en la casa cocinas, despensas, almacenes, guardamuebles, y que los haya preciosos y para todas las épocas del año, y proporcionados a la magnificen-

cia del palacio; cuadras con los más hermosos y arrogantes caballos, con sus escuderos y palafreneros, y a más, toda suerte de pertrechos de caza. No olvides colocar también cocineros y reposteros, así como las esclavas necesarias para el servicio de la Princesa. Suple todo lo que omito; vete, y vuelve cuando esté terminada esa tarea.

Cuando Aladino encargó al genio la construcción del palacio que había imaginado, estaba poniéndose el Sol. Al amanecer del siguiente día, apenas se había levantado Aladino, a quien el amor de la Princesa no dejaba conciliar el sueño, se le presentó el genio y le dijo:

—Señor, ya está acabado vuestro palacio: venid a ver si os agrada.

Apenas hubo manifestado Aladino que iba a hacerlo así, cuando el genio le trasportó a aquel mágico edificio, que le pareció muy superior a sus esperanzas, y no podía cansarse de admirarlo. Fué llevándole el genio a todos los departamentos, y por todas partes no encontró más que riquezas, comodidades y magnificencia, hallando por doquiera dependientes y esclavos vestidos todos con lujo, según su clase y con arreglo a los servicios a que estaban destinados. Hízole ver el tesoro, cuya puerta abrió el tesorero, y Aladino vió allí inmensos montones de bolsas de diferentes tamaños, según las sumas que contenían, apiladas hasta las bóvedas y de tal modo arregladas, que su aspecto alegraba la vista. Al salir le garantizó el genio la fidelidad del guardián del tesoro. En seguida le llevó a las caballerizas y le hizo admirar los más hermosos caballos del mundo, con gran número de palafreneros ocupados en limpiarlos; por último, le hizo pasar a los almacenes, que estaban colmados de todas las provisiones necesarias, tanto para el alimento de los caballos como para su adorno.

Una vez que Aladino hubo examinado rápidamente el palacio habitación por habitación, pieza por pieza, desde lo alto hasta lo bajo, y principalmente el salón de las veinticuatro ventanas, que era el colmo en riqueza y magnificencia, y pudo observar que las comodidades y los refinamientos del lujo eran muy superiores a lo que él podía soñar, dijo a su acompañante:

—Genio, nadie puede estar más satisfecho de lo que yo lo estoy contigo, y sería muy ingrato si me quejara. Sólo una cosa

falta, que no se me había ocurrido; y es que desde la puerta del palacio imperial hasta la de la habitación que destino aquí para la Princesa debe haber extendida una alfombra del más hermoso terciopelo del mundo, para que pise sobre ella al venir del palacio de su padre.

—Ahora mismo la pondré—dijo el genio.

Y apenas había salido, cuando Aladino vió realizado lo que deseaba. Presentóse otra vez el genio, y trasportó a Aladino a su casa a tiempo que abrían las puertas del palacio del Emperador.

Grande fué la sorpresa de los criados que acababan de abrir las puertas del Palacio Real, porque siempre habían visto un gran solar por el lado donde se elevaba entonces el palacio de Aladino, al tropezar con aquel maravilloso edificio y al ver una alfombra de terciopelo que se extendía desde allí hasta la puerta del palacio del Emperador. Al principio no comprendieron lo que aquello era; pero llegó al colmo su estupor cuando vieron con claridad el magnífico palacio de Aladino. En pocos instantes se esparció por todo Palacio la noticia de tan extraña maravilla, y el primer ministro, que había llegado casi al mismo tiempo de abrirse la puerta, quedó tan atónito como los demás ante aquella novedad, de la cual fué inmediatamente a dar noticia al Emperador, creyendo que era cosa de hechicería.

—Ministro—contestó el Emperador,—¿por qué supones que esto sea debido a la magia? Sabes muy bien que ése es el palacio que Aladino ha hecho edificar con el permiso que le he dado en tu presencia, para recibir en él a la Princesa, mi hija. Según la muestra que de sus riquezas nos ha dado, ¿podremos sorprendernos de que haya hecho construir ese palacio en tan pocas horas? Ha querido, sin duda, hacernos ver que con dinero abundante pueden hacerse prodigios. Confiesa que la hechicería de que has querido hablar procede de un poco de despecho.

El Ministro inclinó la cabeza y no contestó.

Habiendo vuelto Aladino a su casa, vió que su madre se había levantado, y empezado ya a vestirse con uno de los trajes que le había regalado. Poco después, cercana ya la hora en que el Emperador acostumbraba ir a la sala de audiencias, dispuso Aladino que su madre marchase al Real Palacio con las mismas esclavas que para su servicio le dió el genio, y le rogó que si veía al Sobe-

Sabes muy bien que ese es el palacio de Aladino...

rano, le indicase que iba para tener el honor de acompañar a la Princesa por la noche, cuando estuviera en disposición de pasar a su palacio. Marchó su madre; pero aunque tanto ella como las esclavas de su corte iban vestidas como si fuesen reinas, no se agolpó tanto la multitud a verlas pasar, porque iban con velo y llevaban elegantes mantos que cubrían la riqueza y magnificencia de sus trajes. En cuanto a Aladino, montó a caballo, y después de haber salido de la casa en que nació para no volver a ella, y de haber guardado ciudadosamente la lámpara maravillosa que le había servido para llegar al colmo de la dicha, se dirigió públicamente a su palacio con la misma pompa con que había ido a presentarse al Emperador el día antes.

Al observar los porteros de Palacio que se acercaba la madre de Aladino, se lo indicaron al Emperador, y habiéndose comunicado al punto las órdenes a las diferentes orquestas que estaban situadas en distintos sitios de las azoteas de Palacio, en un momento se oyeron sonatas y conciertos, que fueron señal de júbilo en toda la ciudad. Los comerciantes empezaron a adornar sus tiendas con hermosos tapices, cojines, flores y ramaje, y a preparar vistosas iluminaciones para la noche. Los obreros dejaron su trabajo, y el pueblo se aglomeró en la gran plaza que mediaba entre el palacio de Aladino y el del Emperador.

Observaron todos con asombro que aquel palacio no podía sostener comparación con el de Aladino; pero lo que más los admiraba era el hecho de ver un edificio tan magnífico en un sitio donde el día antes no había materiales ni cimientos preparados para la construcción.

La madre de Aladino fué recibida con gran ceremonia en Palacio, e introducida por el jefe de los eunucos en las habitaciones de la Princesa. En cuanto la vió la Princesa fué a abrazarla y la hizo sentarse en un sofá; y mientras sus doncellas acababan de vestirla y adornarla con las más preciosas joyas que le había regalado Aladino, la obsequió con un magnífico almuerzo. El Emperador, que había ido para estar junto a su hija el mayor tiempo posible antes que se separase de él para ir al palacio de Aladino, la trató también con mucho cariño. La madre de Aladino había hablado al Emperador en público, pero nunca la había visto éste sin velo, como estaba entonces; y aunque tenía una edad algo avanzada, se

observaban aún en ella algunos rasgos que daban a conocer que había sido hermosa en su juventud. El Emperador, que hasta entonces la había visto vestida con mucha sencillez, estaba admirado de verla tan suntuosamente ataviada como la Princesa, su hija, lo que le hizo pensar que Aladino era igualmente discreto y entendido en todo.

Llegada la noche, la Princesa se despidió de sus padres. La despedida fué tierna y acompañada de lágrimas; se abrazaron muchas veces, y al fin salió la Princesa de su aposento y se puso en marcha, llevando a la madre de Aladino a su izquierda y seguida de cien esclavas vestidas con singular lujo. Todas las cuadrillas de músicos que habían estado tocando incesantemente desde la llegada de la madre de Aladino se habían reunido y abrían la marcha; iban en seguida cien escuderos e igual número de esclavos negros en dos filas con sus jefes a la cabeza. Cuatrocientos pajes marchaban a los lados llevando cada uno un hachón en la mano, de modo que aquella iluminación, unida a la de los dos palacios, hacía que no se echase de menos la falta del Sol.

De este modo y con tal comitiva marchó la Princesa sobre la alfombra extendida desde el palacio imperial hasta el de Aladino, y a medida que avanzaba, las orquestas, que iban a la cabeza, mezclaban sus acordes con los que había dispuestas en el terrado del palacio de Aladino, formando un concierto que, por extraordinario y confuso que pareciese, aumentaba el júbilo, no sólo en la plaza llena de gentío, sino también en los dos palacios y en toda la ciudad y sus alrededores.

Llegó la Princesa a su nuevo palacio, y Aladino acudió con todo el placer imaginable a recibirla a la entrada de la habitación que le había destinado. La madre de Aladino había tenido cuidado de hacer conocer a su hijo a la Princesa en medio de los oficiales que le rodeaban; y cuando le vió la Princesa le pareció tan arrogante y agraciado, que quedó prendada de él.

—Adorable Princesa—le dijo Aladino al llegar a su presencia, y saludándola con mucho respeto,—si tuviese la desgracia de haberos desagradado por mi temeridad en aspirar a la posesión de tan amable hermosura, hija de mi Emperador, me atrevo a deciros que, más bien que a mí, deberíais culpar a vuestros hermosos ojos y a vuestros irresistibles encantos.

—Príncipe, a quien ya puedo desde ahora llamar así—respondió la joven,—obedezco la voluntad del Emperador mi padre, y me basta haberos visto para deciros que le obedezco con verdadera satisfacción.

Embelesado Aladino al escuchar una respuesta tan discreta y tan satisfactoria para él, no dejó que la Princesa siguiera en pie después del camino que acababa de andar y al que no estaba acostumbrada: le tomó la mano, que besó respetuosamente, y la condujo a una hermosa sala iluminada con multitud de bujías, y en la cual, por los cuidados del genio, se encontró la mesa servida con un espléndido banquete. Los platos eran de oro macizo, y contenían los manjares más delicados. Los vasos, las fuentes y copas eran también de oro macizo y de un trabajo primoroso. Los demás adornos del salón correspondían perfectamente a tan grande opulencia. Asombrada la Princesa de ver tantas preciosidades reunidas en un mismo sitio, dijo a Aladino:

—Príncipe, creía que no podía hallarse en el mundo nada tan hermoso como el palacio de mi padre; pero al ver este salón, conozco que me había engañado.

—Hermosa Princesa—respondió Aladino acompañándola al sitio preferente que le correspondía en la mesa,—agradezco como debo vuestra atención; pero vos merecéis mucho más todavía.

Colocáronse a la mesa la princesa Badrulbudur, Aladino y su madre, y al punto comenzó un coro de armoniosos instrumentos acompañados de dulces voces de mujeres muy bellas, que duró hasta el fin del banquete, quedando tan halagada la Princesa, que declaró que nunca había oído cosa semejante en el palacio de sus padres. Ignoraba que las cantantes eran hadas elegidas por el genio esclavo de la lámpara.

Terminada la cena, y cuando alzaron la mesa, entraron cuadrillas de bailarines y bailarinas. Bailaron muchas especies de danzas figuradas, según las costumbres del país, y terminaron por una pareja que bailó con singular agilidad, ostentando, tanto el bailarín como la bailarina, toda la gracia y destreza imaginables. Era cerca de media noche cuando, según costumbre en la China, se levantó Aladino y presentó la mano a la princesa Badrulbudur para bailar juntos y terminar así las ceremonias de las bodas, lo que hicieron con tanta gracia, que dejaron admirados a los concurrentes.

Al terminar retuvo la mano de su esposa, y pasaron juntos a la habitación en que estaba preparado el lecho nupcial.

Al día siguiente, cuando despertó Aladino, se presentaron sus ayudas de cámara para vestirle, y le pusieron un traje distinto del que llevaba el día de la boda, pero no menos rico y elegante. Hizo después que le llevasen uno de los caballos destinados a su persona; montó en él, y se fué al palacio del Emperador en medio de una numerosa turba de esclavos, que caminaban delante, a sus costados y detrás. Le recibió su suegro con los mismos honores que la primera vez, le abrazó, y después de haberle hecho sentarse junto a él en su trono, mandó que sirvieran de almorzar.

—Señor—le dijo Aladino,—ruego a V. M. que me dispense hoy de este honor, pues vengo a suplicarle que me haga el de venir a tomar el desayuno al palacio de la Princesa, con su primer ministro y los señores de su corte.

El Emperador aceptó desde luego; se levantó, y como había poca distancia, quiso ir a pie. Salió, llevando a Aladino a la derecha, al Ministro a la izquierda, a los señores de la corte detrás, y precedido por los escuderos y principales empleados de Palacio.

Cuanto más se aproximaba el Emperador al palacio de Aladino, más admirado estaba de su belleza, y llegó al colmo su asombro cuando entró en él, no cesando sus exclamaciones de sorpresa a cada habitación que veía. Mas cuando llegaron al salón de las veinticuatro ventanas, a que Aladino le había invitado a subir, y vió sus adornos, y sobre todo cuando dirigió la vista a las persianas enriquecidas con diamantes, rubíes y esmeraldas, piedras todas perfectas y de enorme tamaño, y le hizo observar Aladino que era igual la riqueza por la parte exterior, fué tal su asombro, que quedó inmóvil. Pasado que hubo algún tiempo.

—¿Es posible—dijo al Ministro, que estaba junto a él—que hubiese en mi reino y tan cerca de mi palacio otro palacio tan magnífico, y que yo lo haya ignorado hasta ahora?

—Vuestra Majestad—respondió el Ministro—debe recordar que anteayer concedió a Aladino, a quien acababa de reconocer por su yerno, permiso para edificar un palacio frente al de Vuestra Majestad: en el mismo día, al ponerse el Sol, no había aún preparativo alguno en esta plaza, y ayer tuve el honor de anunciar el primero a V. M. que el palacio estaba hecho y terminado.

—Lo recuerdo bien—contestó el Monarca;—pero nunca me hubiera imaginado que este palacio mereciera colocarse entre las maravillas del mundo. ¿Podría hallarse en todo el resto del Universo uno construído con piedras sillares de oro y plata maciza en lugar de piedra o mármol, y cuyas ventanas tengan celosías sembradas de diamantes, rubíes y esmeraldas? ¡No se ha visto en el mundo preciosidad semejante!

El Emperador quiso ver y admirar la hermosura de las veinticuatro celosías; y como al examinarlas sólo hallase veintitrés iguales en riqueza y adorno, le causó gran admiración el que una sola hubiese quedado imperfecta.

—Ministro—dijo a su acompañante,—me admira mucho que un salón tan magnífico haya quedado imperfecto en este detalle.

—Señor—respondió el Ministro,—sin duda, Aladino ha estado muy de prisa y no ha tenido tiempo suficiente para hacer esta ventana semejante a las otras; pero debemos creer que tendrá las piedras necesarias, y que de un día a otro hará arreglar esta celosía como las demás.

Aladino, que había dejado por algunos momentos al Emperador a fin de dar órdenes para el almuerzo, se reunió otra vez con él en aquel momento.

—Hijo mío—le dijo el Emperador,—este salón es de lo más admirable que hay en el mundo; pero me llama la atención una cosa, y es ver que haya quedado imperfecta esta celosía. ¿Ha sido por olvido, por descuido, o porque no han tenido tiempo los obreros de dar la última mano a tan soberbio trozo de arquitectura?

—Señor—contestó Aladino,—por ninguna de esas razones ha quedado la celosía en el estado en que la está viendo V. M. La cosa se ha hecho de intento, y los obreros la han dejado así por orden mía: he querido reservar a V. M. la gloria de terminar este salón, y el palacio al mismo tiempo. Suplico a V. M. que se digne aceptar mi buen deseo, a fin de que pueda acordarme el favor y gracia que habré recibido de su afecto.

—Pues que lo has hecho con esa intención—repuso el Emperador,—te lo agradezco, y voy en seguida a dar órdenes oportunas.

En efecto; hizo llamar a los joyeros que tenían mayor número de piedras preciosas y a los plateros más hábiles de la capital.

Aladino acompañó en seguida al Emperador al salón en que había obsequiado a la Princesa el día de su boda. La Princesa recibió al Emperador, su padre, con talante que le hizo conocer cuán feliz se sentía por su matrimonio. Presentáronse dos mesas provistas de los manjares más deliciosos, servidos en vajilla de oro; el Emperador se colocó en la primera, y comió con la Princesa, su hija, Aladino y el primer Ministro. Todos los señores de la corte fueron obsequiados en la segunda mesa, que era muy larga.

Halló el Emperador los manjares de tan exquisito gusto, que declaró que nunca había comido nada tan excelente, diciendo otro tanto del vino, que, en efecto, era muy delicioso.

No le causaron menos asombro cuatro grandes aparadores llenos con profusión de frascos, bandejas, vasos y copas de oro macizo, adornado todo con piedras preciosas.

Mucho le agradaron también los coros y las orquestas que resonaban en el salón, mientras las sonatas de trompetas, acompañadas con timbales y tambores, se oían por la parte de afuera a una distancia proporcionada para producir todo el encanto posible.

Acababa el Emperador de levantarse de la mesa, cuando le avisaron que habían llegado los joyeros y plateros llamados por su orden.

Subió entonces al salón de las veinticuatro ventanas, mostrando a los joyeros y plateros, que le habían seguido, la celosía que estaba por terminar.

—Os he llamado—les dijo—para que arregléis esta celosía y la pongáis en el estado de las otras: reconocedlas atentamente, y no perdáis tiempo en poner ésta semejante a las demás.

Los joyeros y plateros examinaron las otras veintitrés celosías con mucho detenimiento, y después de haber consultado entre sí y haber convenido en lo que cada uno podía contribuir por su parte, fueron a presentarse al Emperador, y el joyero de Palacio tomó en nombre de todos la palabra, diciéndole:

—Señor, estamos prontos a emplear todos nuestros cuidados y nuestra industria en servir a V. M.: pero entre todos juntos no tenemos piedras tan preciosas ni en bastante número para dar cima a semejante empresa.

—Yo tengo más piedras preciosas de las que pueden hacer falta—dijo el Emperador.—Venid a mi palacio: os las mostraré, y vosotros elegiréis entre ellas.

Cuando regresó el Emperador a su palacio hizo que le presentasen todas sus piedras preciosas, y los joyeros tomaron de ellas una gran cantidad, fijándose principalmente en las que procedían de los regalos de Aladino; y habiéndolas empleado, sin adelantar mucho en la obra, volvieron por más en diferentes ocasiones, sin que al cabo de un mes hubiesen terminado aún la mitad de la obra. Emplearon todas las piedras preciosas del Emperador con las que el primer Ministro le prestó de las suyas, y lo que pudieron hacer con todas fué acabar la mitad de la ventana.

Comprendiendo Aladino que el Emperador se esforzaba inútilmente en poner la celosía como estaban las otras y que no podría quedar airoso en su propósito, llamó a los joyeros, y les mandó, no sólo cesar en el trabajo, sino deshacer todo lo que habían hecho y llevar al Emperador todas sus piedras, con las que le había prestado el primer Ministro.

En pocas horas fué destruída la obra en que los joyeros y plateros habían empleado cerca de dos meses, después de lo cual se retiraron y dejaron a Aladino solo en el salón. Sacó la lámpara, que llevaba consigo; la restregó, y habiéndosele presentado el genio, le dijo:

—Genio, te mandé que dejases imperfecta una de las veinticuatro celosías de este salón, y tú ejecutaste mi orden; ahora te he hecho llamar para decirte que la termines como las demás.

Desapareció el genio, y Aladino bajó al salón; pero habiendo vuelto a subir pocos momentos después, encontró la celosía como la deseaba, semejante en un todo a las otras veintitrés.

Mientras tanto, habían ido al Palacio Imperial los joyeros y plateros, y habiendo sido introducidos y presentados al Emperador en su habitación, el primer joyero, presentándole las piedras que le llevaban, dijo al Emperador en nombre de todos:

—Señor, V. M. sabe cuánto tiempo hace que estábamos trabajando con el mayor esmero par acabar la obra que se había dignado encargarnos. Estaba ya muy avanzada, cuando Aladino nos ha obligado, no solamente a cesar, sino también a deshacer todo lo que habíamos hecho y traer a V. M. sus piedras preciosas y las del primer Ministro.

El Emperador les preguntó si Aladino les había dicho el motivo; y como le respondiesen que nada les había manifestado, dió orden

inmediatamente de que le preparasen su caballo. Se lo llevaron; montó, y marchó sin otra comitiva que algunos criados, que le acompañaron a pie.

Al llegar al palacio de su yerno se apeó, y subió la escalera que conducía al salón de las veinticuatro ventanas, sin que previniesen a Aladino; pero éste, que lo había visto todo, bajó muy oportunamente, y tuvo el tiempo preciso para recibir al Emperador en la puerta.

No dió tiempo el Emperador a Aladino de quejarse cortésmente de que no le hubiera avisado su llegada, y le dijo:

—Mi querido yerno, vengo a preguntaros qué razón tenéis para querer dejar sin concluir un salón tan magnífico y tan singular como el de vuestro palacio.

Disimuló Aladino el verdadero motivo, que consistía en que el Emperador no tenía bastantes piedras preciosas para hacer semejante gasto. Mas queriendo hacerle conocer cuánto sobrepujaba su palacio, tal como estaba, no sólo al imperial, sino a cualquier otro del mundo, pues que no había podido acabarlo con todos sus tesoros en un detalle, le respondió:

—Señor, es cierto que V. M. ha visto este salón imperfecto; pero le ruego que vea ahora si tiene alguna imperfección.

Dirigióse el Emperador a la ventana cuya celosía había visto sin concluir, y cuando comprobó que estaba como las otras, creyó estar soñando. Así es que examinó cuidadosamente no sólo las dos ventanas que estaban a sus lados, sino todas las demás una por una, y al convencerse de que la celosía en que había hecho emplear tanto tiempo y que había costado tantos días a los joyeros se había acabado con tanta perfección en tan pocos instantes, abrazó a Aladino y le besó en la frente.

—Hijo mío—le dijo lleno de asombro,—¿qué hombre sois, que podéis hacer cosas tan maravillosas en un abrir y cerrar de ojos? ¡No tenéis igual en el mundo, y cuanto más os conozco, más admirable me parece lo que hacéis!

Aladino acogió con modestia las alabanzas del Emperador, y le respondió:

—Señor, grande es mi dicha al ver que merezco la benevolencia y aprobación de V. M. Puedo asegurarle que nada omitiré por hacerme cada día más acreedor a su afecto.

El Emperador regresó a su palacio del mismo modo que había ido, sin permitir que Aladino le acompañase; y como al llegar viese al primer Ministro, que estaba esperándole, impresionado aún por el prodigio que acababa de presenciar, le contó lo ocurrido en términos que no permitieron dudar al Ministro que hubiera sido la cosa como la oía, pero que le confirmaron en la creencia, que tenía ya, de que el palacio de Aladino era efecto de un encantamiento: creencia que había indicado al Emperador desde el momento en que vió por vez primera el palacio. Quiso entonces insistir en lo mismo; pero interrumpiéndole el Emperador, le dijo:

—Ya me has dicho lo mismo otra vez; pero se conoce bien que no has olvidado aún la disolución del matrimonio de mi hija con tu hijo.

Comprendió el Ministro que estaba prevenido en su contra el Monarca, y no queriendo entrar en discusiones con él, le dejó en su opinión. Desde entonces todas la mañanas, apenas se levantaba el Emperador, acudía a su gabinete, desde donde se descubría todo el palacio de Aladino; y aun se asomaba muchas veces al día con el fin de contemplarlo y admirar tan airoso edificio.

No pasaba Aladino el tiempo encerrado en su palacio: tenía cuidado de hacerse ver por la ciudad más de una vez por semana, ya dirigiéndose a hacer oración, tan pronto a un templo como a otro, ya visitando alguna que otra vez al primer ministro, quien por su parte cuidaba de ir a hacerle la corte con frecuencia, ya, por fin, dispensando el honor de ir a ver a sus casas a los principales señores, a quienes obsequiaba a menudo en su palacio. En todas sus excursiones hacía que dos de los esclavos que iban en su comitiva arrojasen monedas de oro a puñados por las calles y plazas donde pasaba, y adonde las gentes concurrían siempre en tropel.

Además, no se presentaba un pobre en la puerta de su palacio que no quedara contento de su liberalidad.

Como Aladino tenía distribuído el tiempo de modo que no había semana que no fuese a caza a lo menos una vez, ya a los alrededores de la ciudad, ya más lejos, ejercitaba su generosidad por los caminos y los pueblos. Esta inclinación benéfica le granjeaba mil benediciones por parte del pueblo, de modo que se había hecho costumbre no jurar sino por su nombre. Por último, sin causar recelo alguno al Emperador, a quien hacía ordinariamente la corte,

puede afirmarse que Aladino se había atraído con sus modales afables y su nobleza todo el afecto del pueblo, y que, generalmente hablando, era más querido que el mismo Emperador. A todas estas cualidades supo añadir gran valor y celo por el bien del Estado, y dió muestras de sus condiciones excepcionales con motivo de una sublevación que estalló en los confines del Imperio. Apenas supo que levantaba el Monarca un ejército para combatirla, le suplicó que le concediese el mando, que obtuvo en seguida. En cuanto se vió a la cabeza del ejército le hizo marchar contra los sublevados; y se condujo en toda la expedición con tanta actividad, que en seguida recibió el Emperador la noticia de que los rebeldes habían sido deshechos, castigados y avasallados. Esta campaña, que hizo su nombre glorioso en toda la extensión del Imperio, no hizo desaparecer su modestia. Volvió vencedor, pero tan afable y sencillo como había sido siempre.

Más de diez años hacía que Aladino vivía en el colmo de la ventura, cuando el *Mago* que le había proporcionado, sin saberlo, el medio de elevarse a tan excelsa posición, se acordó de él en África, donde había vuelto. Aunque estaba persuadido hasta entonces de que Aladino había muerto de hambre y sed en la cueva en que le había sepultado, se le ocurrió un día averiguar con precisión cuál había sido su fin. Como era muy sabio en hechicería, sacó de un armario un cuadrado en forma de caja cubierta, de que se servía para hacer sus experimentos de geomancia. Reclinóse en un sofá, puso ante sí el cuadrado, lo descubrió, y después de haber preparado e igualado la arena, con la intención de saber si Aladino había muerto en el subterráneo, tiró sus líneas y formó el horóscopo. Al estudiarlo para formar su juicio, en lugar de confirmarse en su creencia de que Aladino había muerto en la cueva, descubrió que había salido de ella y que vivía en el mayor esplendor, poderoso, rico, feliz, casado con una princesa y honrado y respetado por todos.

Apenas hubo sabido el *Mago africano* por las reglas de su arte diabólica que se hallaba Aladino en tan envidiable posición, se le encendió el rostro de cólera, y en el acceso de su rabia dijo para sí:

—¡Cómo! ¡Ese miserable hijo de sastre ha descubierto el secreto y la virtud de la lámpara! ¡Yo tenía por cierta su muerte, y

en lugar de eso, está gozando del fruto de mis trabajos y desvelos! ¡No consentiré que le disfrute por mucho tiempo! ¡O la lámpara será mía, o moriré!

El *Mago* tomó pronto su partido. Al día siguiente montó en un hermoso caballo berberisco que tenía en la cuadra, y se puso en camino. De ciudad en ciudad y de provincia en provincia, sin detenerse más que lo absolutamente indispensable para no fagitar a su cabalgadura, llegó a China, y después a la capital del Emperador con cuya hija estaba casado Aladino. Alojóse en una hospedería o posada pública, alquiló un cuarto, y estuvo allí el resto del día y la noche siguiente para reponerse de la fatiga de aquel largo viaje. Al día siguiente lo primero que hizo el *Mago africano* fué enterarse de lo que se decía de Aladino. Paseándose por la ciudad entró en el casino más frecuentado por las personas de mayor distinción, que se reunían allí a tomar té, bebida de que los chinos hacen prodigioso consumo. Apenas se había sentado, cuando le presentaron una taza de esa bebida, y mientras la tomaba, como prestaba atención a derecha e izquierda, oyó que hablaban del palacio de Aladino. En cuanto acabó se acercó a uno de los que tenían parte en la conversación, y cuando le pareció ocasión oportuna le preguntó qué palacio era aquel del que contaban tantas maravillas.

—Es preciso que no conozca usted este país para hacer tal pregunta—dijo su interlocutor,—pues no hay en la China quien no conozca el palacio del Príncipe.

No se llamaba de otro modo a Aladino desde su matrimonio con la princesa Badrulbudur.

—No sólo es ese palacio una de las maravillas del mundo, sino que es la mejor que hay en él—prosiguió el interpelado.—¡Nunca se ha visto nada tan suntuoso y magnífico! Véalo usted, y comprenderá que no es exagerado lo que he dicho.

—Se explica mi ignorancia—contestó el *Mago africano*:—llegué ayer, vengo de la extremidad de África, y cuando salí no había llegado aún allí la fama de este palacio. Además, me trae aquí un asunto de mucha urgencia, y no he tenido otra mira en todo mi viaje que la de llegar lo más pronto posible, sin detenerme ni entablar amistad con nadie, por lo cual ignoraba lo que acaba usted de decirme. Pero no dejaré de ver ese portento; y tal es ya

... montó en un hermoso caballo berberisco...

mi impaciencia, que estoy pronto a satisfacer mi ansiedad desde ahora, si usted me hace el obsequio de indicarme el camino.

El sujeto con quien hablaba el *Mago africano* se ofreció gustoso a enseñarle el camino por donde se iba en menos tiempo al palacio de Aladino; y el *Mago* se levantó y partió en seguida. Cuando llegó y examinó el palacio de cerca y en todos sentidos, no dudó un instante que Aladino se había servido del poder de la lámpara para hacerlo edificar. Sin parar la atención en la persona de Aladino, hijo de un pobre sastre, sabía bien que solamente los genios esclavos de la lámpara, cuya posesión se le había escapado de entre las manos, eran capaces de obrar semejantes prodigios. Volvióse, pues, a su posada apesadumbrado y envidioso de la dicha y grandeza de Aladino, a quien suponía más poderoso y feliz que el mismo Emperador.

Necesitaba el *Mago* saber dónde estaba la lámpara; si Aladino la llevaba consigo, o en qué sitio la tenía oculta, y esto era lo que trataba de descubrir mediante una operación de geomancia. En cuanto llegó a su alojamiento se encerró cuidadosamente, tomó su cuadrado y su reloj de arena, que llevaba en todos sus viajes, y después de varios cálculos supo que la lámpara estaba en el palacio de Aladino, descubrimiento que le produjo inmenso gozo.

—¡Mía será esa lámpara—se dijo,—y desafío a Aladino a que me impida arrebatársela y hacerle descender hasta el humilde sitio desde donde se ha elevado tanto!

Aladino había salido a una partida de caza por ocho días, y no hacía más que tres que estaba fuera. Creyó entonces el *Mago* que era llegado el tiempo de realizar sus planes, y se dirigió a la tienda de un comerciante de lámparas.

—Maestro—le dijo,—necesito una docena de lámparas de cobre nuevas: ¿puede usted proporcionármelas?

Respondió el mercader que faltaban algunas, pero que si quería esperar hasta el día siguiente, le tendría dispuesta la docena a la hora que quisiera. Convino en ello el *Mago*, y recomendó que fuesen de elegante hechura y de mucho brillo, en cuyo caso se las pagaría bien.

Al siguiente día recibió el *Mago* la docena de lámparas, que pagó al precio que le pidieron y sin regatear lo más mínimo. Las puso en una cesta que había comprado al efecto, se fué con ella

... le presentaron una taza de esa bebida...

debajo del brazo hacia el palacio de Aladino, y cuando se vió cerca comenzó a gritar:

—¿Quién quiere cambiar lámparas viejas por nuevas?

A medida que iba andando, y tan pronto como los muchachos que jugaban en la plaza le oyeron desde lejos, se acercaron a él y se reunieron a su alrededor dando grandes risotadas y mirándole como a un loco. Los que pasaban se reían también de su necedad, pues no de otro modo podían explicarse aquel raro comercio.

—¡Este hombre debe de haber perdido el juicio—decían,—cuando ofrece cambiar lámparas nuevas por otras viejas!

No extrañó el *Mago africano* la gritería y burla de los muchachos ni todo lo que oía decir de él; y a fin de despachar su género, continuó gritando:

—¿Quién quiere cambiar lámparas viejas por nuevas?

Tantas veces repitió lo mismo yendo y viniendo hasta el palacio de Aladino y a su alrededor, que la princesa Badrulbudur, que estaba entonces en el salón de las veinticuatro ventanas, oyó sus voces; pero como no podía entender lo que voceaba, a causa de los gritos de los chiquillos que le seguían, y cuyo número aumentaba por momentos, envió a una de sus esclavas para que se enterase de qué escándalo era aquél.

No tardó en volver la esclava, que entró en la sala riéndose de tal manera, que al verla la Princesa no pudo dejar de reirse también.

—¡Vamos, loca!—dijo la princesa.—¿Por qué te ríes así?

—Princesa y señora mía—respondió la esclava,—¿quién puede dejar de reirse al ver a un hombre que está abajo con una cesta al brazo llena de hermosas lámparas nuevas, que propone cambiar por viejas? Los muchachos, que le rodean de manera que apenas puede dar un paso, son los que meten ese ruido burlándose de él.

Al oir esta relación dijo otra esclava:

—Ya que se habla de lámparas viejas, yo no sé si la Princesa ha reparado que hay una encima de esa cornisa; y de seguro el Príncipe no sentiría encontrar una nueva en lugar de ésta, que es lo único viejo que hay en la casa. Si la Princesa no se opone, podemos enterarnos de si ese loco lo es hasta el extremo de dar una lámpara nueva en cambio de una vieja sin pedir dinero alguno.

La lámpara de que hablaba la esclava era la lámpara marávillosa

— ¿Quién quiere cambiar lámparas viejas por nuevas?

sa que había servido a Aladino para elevarse al grado de grandeza y esplendor en que se hallaba; y la había puesto él mismo en la cornisa antes de marchar a caza, por miedo de perderla, precaución que tomaba siempre que salía a sus expediciones. Pero ni las esclavas, ni los eunucos, ni la Princesa misma, habían reparado una sola vez en semejante lámpara hasta entonces, pues, fuera del tiempo de la caza, siempre la llevaba Aladino en el pecho. Se dirá que no era mala la precaución de este; pero que a lo menos debía haber encerrado la lámpara en un sitio oculto. Es cierto; pero en todos tiempos se han cometido descuidos semejantes, se cometen hoy, y nunca dejarán de cometerse.

A la princesa Badrulbudur, muy ajena de pensar que la lámpara fuera tan preciosa y que Aladino, que no le había hablado de ella, tuviese un interés tan grande en conservarla, le pareció muy oportuna la idea de su esclava, y mandó a un eunuco que cogiera la lámpara y fuese a hacer el cambio. Hízolo así el eunuco; bajó del salón, y apenas había salido de la puerta del palacio, cuando vió al *Mago africano;* le llamó, y cuando estuvo cerca le dijo, mostrándole la lámpara:

—¡Dame una lámpara nueva por ésta!

No dudó el *Mago africano* que fuese aquélla la lámpara que buscaba, pues no era fácil que hubiese otra en el palacio de Aladino, donde toda la vajilla era de oro o de plata. La tomó, pues ansiosamente, y después de haberla metido bien adentro en el seno presentó al eunuco su cesta, diciéndole que eligiese la que más le gustara. Escogió una muy brillante el eunuco, y después de haber dejado al *Mago* llevó la lámpara nueva a la princesa Badrulbudur, que se rió mucho del suceso; pero apenas se hubo efectuado el cambio, cuando los muchachos hicieron resonar la plaza con mayores carcajadas que antes, burlándose de lo que creían necedad del *Mago.*

Éste los dejó alborotar cuanto quisieron, y sin detenerse más tiempo en los alrededores del palacio de Aladino, se alejó de allí sin meter más ruido, esto es, sin gritar, y sin hablar más de cambiar lámparas nuevas por viejas. No deseaba ya más que la que llevaba; y su silencio, por fin, hizo que fueran retirándose los muchachos y le dejaran en paz.

Al verse fuera de la plaza que había entre los dos palacios, se

deslizó por las calles menos concurridas; y como ya no necesitaba las demás lámparas ni la cesta, lo dejó todo en medio de una plazoleta solitaria. Entonces tomó por otras calles, apresuró el paso hasta que llegó a una de las puertas de la ciudad, y, siguiendo su camino por la ronda, compró en los arrabales algunas provisiones y se perdió a distancia. Apenas se vió en el campo se desvió del camino a un sitio retirado por donde no pasaba gente, y allí estuvo comiendo lo que había comprado, hasta la hora que juzgó oportuna para acabar de realizar el designio que le había movido a emprender tan largo viaje. No echó de menos el caballo berberisco que dejaba en la posada en que se había hospedado, pues se juzgaba bien indemnizado con el inapreciable tesoro que acaba de adquirir.

Llegó la noche, que era, por cierto, muy encapotada y lóbrega. Entonces sacó la lámpara de su seno y la frotó; a cuyo llamamiento se le apareció el genio.

—*¿Qué me quieres?*—le preguntó el genio.—*Aquí me tienes pronto a obedecerte como tu esclavo y de todos los que tienen la lámpara en la mano: esclavos tuyos somos yo y los demás esclavos de la lámpara.*

—Te mando—respondió el *Mago africano*—que en este mismo instante tú y los demás esclavos de la lámpara arrebatéis el palacio que por orden de Aladino habéis construido en esta ciudad, tal como está, y lo trasladéis, de igual manera que a mí, al lugar que habito en África.

Sin hacerle observación alguna, el genio, ayudado por otros genios esclavos de la lámpara como él, trasportó en muy pocos momentos al *Mago* y su palacio con cuanto contenía al mismo sitio del África que le había sido indicado. Dejemos por ahora al *Mago africano* y al palacio con la princesa Badrulbudur en África, y digamos algo del efecto que este cambio produjo en el Emperador.

Cuando éste se levantó, subió, según su costumbre, al gabinete abierto para tener el gusto de contemplar y admirar el palacio de Aladino; mas al dirigir la vista hacia el lado donde acostumbraba ver el palacio, no vió más que el espacio vacío, tal como estaba antes de edificarse aquél. Creyó que se engañaba, y se frotó los ojos; mas no por eso vió más que la primera vez, aunque el tiempo estaba sereno, el cielo despejado, y el Sol, que había ya

salido, dejaba ver los objetos con mucha claridad. Miró el Emperador por otras ventanas a derecha e izquierda, y por ningún lado tropezaron sus ojos con lo que estaban acostumbrados a ver. Fué tal su estupor, que permaneció largo rato en el mismo sitio, con los ojos vueltos hacia el lado en que había estado el palacio, y donde ya no le veía, perdiéndose en conjeturas sobre lo que no podía comprender, a saber: cómo era posible que un palacio tan grande y tan suntuoso como el de Aladino, que había visto todos los días desde que se había edificado, y en que había estado la víspera para ver a su hija, se hubiera desvanecido sin dejar rastro alguno.

—¡No me engaño!—decía aturdido.—¡Estaba en ese sitio! Si se hubiese venido a tierra, se verían los materiales amontonados, y si se lo hubiera tragado el suelo, quedaría señal alguna. ¿Qué es lo que ha pasado aquí?

Aunque convencido de que el palacio no existía ya, no dejó el Emperador de esperar algún tiempo, para ver si, en efecto, no se engañaba. Al fin se retiró turbado y afligido, y después de haber dirigido aún la última mirada antes de alejarse, volvió a su habitación, mandó que llamasen inmediatamente al primer Ministro, y le esperó con el espíritu agitado por mil opuestos pensamientos.

No se hizo esperar el primer Ministro; y acudió con tanta precipitación, que ni él ni sus servidores repararon al pasar en que el palacio no estaba ya en su sitio: verdad es que los porteros mismosal abrir la puerta de Palacio no lo habían notado.

—Señor—dijo el Ministro,—el afán con que V. M. me ha llamado me ha hecho pensar que habría sucedido alguna cosa muy extraordinaria; pues, como no ignora V. M., hoy es día de Consejo, y no había de dejar de presentarme dentro de breves momentos adonde mi obligación me llama.

—Lo que ha sucedido—dijo el Emperador—es verdaderamente increíble, y vas a convenir en ello. Dime: ¿dónde está el palacio de Aladino?

—¿El palacio de Aladino, señor?—preguntó el primer Ministro con señales de asombro.—Acabo de pasar por delante de él, y me parece que estaba en su lugar: edificios tan sólidos como ése no cambian fácilmente de situación.

—Ve a mirar desde el gabinete—respondió el Emperador,—y vuelve a decirme si lo has visto.

Asomóse al mirador el Ministro, y a pesar de que estaba ya prevenido, no tuvo límites su asombro. Cuando se hubo convencido bien de que el palacio de Aladino no estaba ya donde había estado y que no se veía el menor resto de él, volvió a presentarse al Emperador.

—Y bien; ¿has visto el palacio de Aladino?—le preguntó.

—Señor—respondió el Ministro,—ya recordará V. M. que tuve el honor de decirle que ese palacio, objeto de su admiración por sus inmensas riquezas, no era más que obra de magia y de un hechicero; pero V. M. no quiso hacer caso de mis apreciaciones.

El Emperador, que no podía dejar de estar conforme con lo que le decía su Ministro, se sintió poseído de cólera, tanto mayor cuanto que no podía menos de confesar su error.

—¿Dónde está—dijo—ese impostor, ese farsante, para que yo le haga cortar la cabeza?

—Señor—contestó el Ministro,—hace algunos días que vino a despedirse de V. M. Debemos enviar a preguntarle dónde está su palacio: no podrá ignorarlo.

—¡No; eso sería tratar con demasiada bondad a quien de ese modo se ha burlado de mi!—replicó el Monarca.—¡Vé a dar orden a treinta de mis guardias de a caballo, y que me lo traigan cargado de cadenas!

El Ministro fué a comunicar la orden a los guardias, e instruyó al oficial de cómo debía conducirle para que no se le escapara. Marcharon, y, habiendo encontrado a Aladino a cinco o seis leguas de la ciudad entretenido en la caza, le dijo el oficial que, impaciente el Emperador por volver a verle, le había enviado para que se lo manifestase y para que volviera en su compañía.

No concibió Aladino sospecha alguna acerca del verdadero objeto que llevaba aquel destacamento de la guardia imperial, y continuó su viaje cazando; pero cuando estuvo a cosa de media legua de la ciudad le rodeó el destacamento, y tomando la palabra el oficial, le dijo:

—Príncipe Aladino, por muy sensible que me sea hacerlo, debo comunicar a V. A. la orden que tengo del Emperador de prenderos y llevaros a él como reo de Estado: os suplico, pues, que me perdonéis si me veo precisado a cumplir un deber tan penoso.

Esta orden causó la mayor sorpresa a Aladino, que se sentía inocente. Preguntó al oficial si sabía qué crimen se le imputaba, y éste respondió que ni él ni ninguno de los suyos sabían una palabra.

Viendo Aladino que sus servidores eran menos en número que los que componían el destacamento, y que aun aquéllos le abandonaban, echó pie a tierra.

—Aquí me teneis—dijo:—ejecutad el mandato que recibisteis. Aseguro, sin embargo, que no me siento culpable de falta alguna, ni contra el Emperador ni contra el Estado.

Entonces le echaron al cuello una cadena muy gruesa y larga, con la cual le ataron también por medio del cuerpo, de modo que no podía hacer uso de los brazos. El oficial se puso a la cabeza de su tropa, uno de los guardias de a caballo tomó la punta de la cadena, y marchando junto al oficial llevó a Aladino, que se vió precisado a seguir a pie. En tan humillante situación fué conducido a la ciudad.

Al llegar la escolta a las afueras, los primeros que vieron que conducían a Aladino como reo de Estado no dudaron que fuese para decapitarle; y como era generalmente amado, unos cogieron un sable, otros diferentes armas, y los que ninguna tenían se armaron con piedras y siguieron al destacamento. Los soldados que iban a la cola hicieron cara para dispersar a la muchedumbre; pero muy pronto aumentó el gentío hasta tal punto, que los de la escolta tomaron el partido de seguir su marcha, dándose por felices si podían llegar al Palacio imperial sin que les arrebatasen a Aladino. Para conseguirlo, tan pronto se extendían como se apretaban, conforme las calles eran más o menos anchurosas; y de este modo llegaron a la plaza de Palacio, donde se formaron en línea haciendo cara al pueblo armado, hasta que el oficial y el soldado que llevaban a Aladino entraron en Palacio, y cerraron las puertas para impedir que los amotinados invadiesen la regia morada.

El desventurado Aladino fué llevado a presencia del Emperador, que le esperaba en el balcón acompañado del primer Ministro. Apenas le vió, mandó al verdugo, que había mandado que estuviese allí, que le cortase la cabeza, sin querer oirle ni dar tiempo para que se explicase.

El verdugo se apoderó de Aladino, le quitó la cadena que lle-

vaba al cuello y alrededor del cuerpo, y después de haber extendido en el suelo un cuero manchado con sangre de los criminales que había ejecutado, le hizo poner de rodillas y le vendó los ojos. Entonces sacó su sable, se preparó para dar el golpe, ensayándose y haciendo brillar el arma en el aire por tres veces, y esperó a que el Emperador le diese la orden para cortarle la cabeza.

En aquel instante observó el Ministro que el pueblo había forzado la escolta y llenado la plaza, y que acababa de escalar los muros de Palacio por muchos sitios. Ya empezaba a demolerlos para abrir brecha; de modo que antes que el Emperador hiciera la señal, dijo:

—Señor, suplico a V. M. que medite seriamente en lo que va a hacer: va a exponerse V. M. a que las turbas asalten el Palacio; y si llega a suceder tal desgracia, las consecuencias serán terribles.

—¡Asaltar mi Palacio!—repuso el Emperador.—¿Quién puede tener semejante osadía?

—Señor—continuó el Ministro,—dirija la mirada V. M. hacia las murallas de su Palacio y hacia la plaza, y conocerá lo inminente del peligro.

Se asustó de tal manera el Emperador cuando vió el tumulto del pueblo, que en seguida mandó al verdugo que envainara el sable, quitase la venda de los ojos de Aladino y le dejara libre. También dió orden a los ujieres de que gritasen que el Emperador le perdonaba, y que se retirase todo el mundo.

Entonces, en vista de lo que acababa de ocurrir, abandonaron su tentativa todos los que habían subido a lo alto de las murallas del Palacio. Bajaron en pocos instantes, y llenos de alegría por haber salvado la vida de un hombre a quien amaban verdaderamente, difundieron esta noticia entre todos los que estaban a su alrededor y entre todo el gentío que ocupaba la plaza del Palacio. Los gritos de los ujieres, que anunciaban lo mismo desde lo alto de las azoteas donde habían subido, acabaron de hacerla pública. La justicia que el Emperador acababa de hacer a Aladino otorgándole el perdón desarmó al pueblo, puso fin al tumulto, y la gente fué retirándose.

Al verse libre Aladino levantó la cabeza hacia el lado del balcón, y viendo al Emperador:

—Señor—le dijo con acento conmovido,—suplico a V. M. que añada una nueva gracia a la que acaba de concederme, y es la de dignarse hacerme conocer cuál es el crimen que he cometido.

—¿Ignoras, pérfido—respondió el Emperador,—cuál es tu crimen? ¡Sube hasta aquí—continuó;—yo te lo haré conocer!

Subió Aladino, y apenas se hubo presentado:

—¡Sígueme!—le dijo el Monarca, caminando delante de él sin mirarle.

Llegaron así hasta el gabinete abierto, y ya en la puerta:

—¡Entra!—le dijo el Emperador.—Tú debes de saber dónde estaba tu palacio: mira por todos lados, y dime qué se ha hecho de él.

Grande fué el estupor de Aladino al no ver su palacio; pero como no podía adivinar de qué modo había podido desaparecer, aquel extraño acontecimiento le causó una confusión y un asombro tales, que no pudo responder al Emperador una sola palabra.

Impaciente el Emperador, volvió a preguntar:

—¡Contéstame! ¿Donde está mi hija?

Rompiendo entonces el silencio, dijo Aladino:

—¡Demasiado veo, señor, que el palacio que hice edificar no ocupa ya el sitio en que estaba! No puedo decir a V. M. en qué consiste, ni dónde puede estar; pero sí le aseguro que no tengo parte alguna en semejante acontecimiento.

—¡Me importa poco lo que ha podido hacerse de tu palacio! ¡Estimo a mi hija un millón de veces más! ¡Te exijo que la traigas aquí en seguida, y, de no hacerlo, te haré cortar la cabeza, sin que me lo impida el pueblo ni poder alguno de la Tierra.

—Señor—contestó Aladino—ruego a V. M. que me conceda cuarenta días para hacer mis diligencias; y si en ese término no logro lo que deseamos, le doy mi palabra de que traeré mi cabeza al pie del trono, a fin de que V. M. disponga de ella!

—Te doy los cuarenta días que me pides—le dijo el Emperador;—pero no creas que has de abusar de la gracia que te concedo, pensando eludir mi venganza: en cualquier sitio de la Tierra en que puedas esconderte sabré encontrarte.

Aladino se retiró de la presencia del Emperador lleno de confusión y vergüenza y en un estado lastimoso. Atravesó los patios de Palacio con la cabeza baja, sin atreverse a levantar los ojos

por efecto de la humillación que sentía. Los principales empleados de la corte, a todos los cuales había dispensado grandes beneficios, y que le habían hecho siempre desmostraciones de adhesión, en vez de aproximarse a él para consolarle o para ofrecerle un asilo en su casa, le volvieron la espalda para que no pudiesen reconocerlos. Verdad es que aun cuando se hubieran acercado a Aladino para decirle alguna palabra de consuelo o para ofrecerle sus servicios no le hubieran reconocido, pues él mismo no se reconocía: tan turbado tenía el espíritu. Bien lo demostró cuando se vió fuera del Palacio; porque, sin saber lo que hacía, iba preguntando a todos los que encontraba en las calles si habían visto su palacio o si podían darle alguna noticia de él.

Hicieron creer a todo el mundo estas preguntas que Aladino estaba loco. Algunos se reían a carcajadas al oirle; pero las personas razonables, y sobre todo las que tenían con Aladino algunas relaciones de amistad o de trato, le miraron con verdadera compasión mostrándole mucho interés.

Permaneció tres días en la ciudad, yendo y viniendo de un lado a otro, comiendo lo que le daban por caridad, y en un estado deplorable.

Comprendiendo al fin en un momento de lucidez que en el triste estado en que se hallaba ya no podía seguir por más tiempo en una ciudad en que había hecho tan brillante papel, salió de Pekin y empezó a caminar por el campo. Apartóse de los caminos principales; y después de haber atravesado muchas campiñas llegó por fin, cerrada la noche, a la orilla de un río, donde se apoderó de él un acceso de desesperación.

—¿Adónde habrá ido a parar mi palacio?—dijo para sí.—¿En qué ciudad, en qué país, en qué parte del mundo lo encontraré, así como a mi madre y a mi querida esposa, por quien el Emperador me pregunta? ¡Nunca podré conseguir hallarlos! ¡Más vale, pues, sufrir la pena que me ha impuesto el Emperador!

Dicho esto, creyó que antes debía hacer la última oración al Cielo. Para ello se arrodilló en la margen del río; pero como aquel sitio estaba muy en declive y mojado por el agua que lo azotaba, resbaló, y hubiera caído al río si no hubiera hallado sostén en una pequeña roca que salía unos dos pies del suelo. Por fortuna para él, llevaba todavía la sortija que el *Mago africano* le había

colocado en el dedo anular de la mano derecha antes de bajar a la cueva para sacar la preciosa lámpara de que acababa de apoderarse. Al sostenerse en la piedra rozó la sortija con fuerza contra ella, y al momento se le apareció el mismo genio que le sacó del subterráneo en que le había encerrado el *Mago* años atrás.

¿Qué quieres?—le dijo el genio. — *Aquí estoy pronto a servirte como tu esclavo; porque yo y otros muchos genios como yo somos esclavos de la persona que tenga ese anillo.*

Sorprendido Aladino ante una aparición tan poco esperada en el estado de desaliento a que se veía reducido, respondió:

—¡Genio, sálvame la vida nuevamente mostrándome dónde está el palacio que hice construir en Pekín, o haciendo que sea trasladado inmediatamente al sitio en que estaba!

—Lo que me pides—contestó el genio—no es de mi incumbencia: yo soy esclavo del anillo, y eso sólo puede hacerlo algún esclavo de la lámpara.

—En ese caso—dijo Aladino,—te mando en nombre del anillo que me trasportes al sitio en que está mi palacio, en cualquier lugar de la Tierra en que se halle, y que me pongas bajo las ventanas de la Princesa mi mujer.

Apenas acabó de hablar, cuando el genio le trasportó a África, cerca de una risueña pradera en que estaba el palacio, poco distante de una gran ciudad, y le dejó precisamente debajo de las ventanas de la habitación de la Princesa. Todo esto fué obra de un instante.

Apesar de la oscuridad, reconoció Aladino su palacio y la habitación de la princesa Badrulbudur; pero como estaba muy avanzada la noche y en el palacio reinaba la mayor tranquilidad, se retiró a un lugar un poco apartado, acomodándose al pie de un árbol. Allí, animado por la esperanza y reflexionando en su dicha, que debió a una pura casualidad, sentíase mucho más tranquilo que se había visto desde que, después de haber sido preso y llevado a presencia del Emperador, por milagro le fué salvada la vida. Se entretuvo algún tiempo con estos pensamientos; pero como hacía cinco o seis días que no descansaba, no pudo menos de rendirse a la fatiga que le abrumaba, y se durmió al pie del árbol.

Tan luego como comenzó a amanecer el día siguiente fué Ala-

dino despertado por el gorjeo de los pájaros que habían pasado la noche en los copudos árboles del campo y del jardín de su palacio. Dirigió desde luego la vista hacia aquel hermoso edificio, y sintió un placer inexplicable al considerar próximo el momento de poseerlo y acompañar a su querida Princesa. Se levantó, y acercándose hacia la habitación en que aquélla descansaba, estuvo paseándose algún tiempo bajo las ventanas del palacio, esperando a que se abriesen. Discurría, sin acertar a comprender cuál había sido la causa de su desgracia; y después de haberlo pensado bien, no dudó que su infortunio era efecto de haber perdido de vista su lámpara. Se acusó a sí mismo de negligencia y del poco cuidado que había tenido con ella. Lo que más le ponía en cuidado era no saber quién estaba celoso de su dicha. Lo hubiera comprendido todo si le hubiesen dicho que él y su palacio se hallaban en aquel momento en África; pero el genio esclavo del anillo no le había dicho nada de eso, ni él mismo se había informado. El solo nombre de África le hubiera recordado al *Mago africano,* su declarado enemigo.

La Princesa se levantó más temprano de lo que había acostumbrado desde que fué trasladada a África por el artificio del *Mago africano,* cuya vista había tenido que soportar una vez al día, porque él era dueño del palacio; pero le había tratado siempre con dureza tal, que no se había atrevido a alojarse en él. Tan luego como se hubo vestido la Princesa, una de sus esclavas, mirando por una ventana, divisó a Aladino, y se lo advirtió a su ama, que no quería creer una noticia tan agradable. Acudió muy ligera a la ventana, y vió, en efecto, a Aladino; abrió la celosía, y al ruido que hizo al abrirla levantó Aladino la cabeza; la reconoció, y saludándola con un aire que manifestaba el exceso de su gozo, se acercó precipitadamente.

—¡Para no perder tiempo—le dijo la Princesa,—han ido a abrir la puerta secreta! ¡Sube por ella!—Y cerró la celosía.

Encontró abierta la puerta a que se había referido su esposa, que estaba cabalmente bajo la habitación de la Princesa, y Aladino subió inmediatamente.

No cabe expresar el júbilo que sintieron ambos esposos al verse, después de haberse creído separados para siempre. Se abrazaron muchas veces, y se dieron todas las muestras de amor y de

ternura que imaginarse puede después de una separación tan triste y tan inesperada como la suya. Cuando hubieron concluído los abrazos, que habían mezclado con lágrimas de gozo, se sentaron, y tomando la palabra, dijo:

—Antes que hablemos de ninguna otra cosa, te suplico en nombre de Dios, no ya sólo por tu propio interés y el del Emperador, tu padre, sino también por el mío propio, que me digas qué se ha hecho de una lámpara vieja que yo había puesto por mi mano en la cornisa del salón de las veinticuatro ventanas antes de irme a caza.

—¡Ah, mi querido esposo!—replicó la Princesa—¡Ya había sospechado yo que esta nuestra desgracia provenía de esa lámpara! Y lo que me aflige es que yo he sido la causa.

—No te atribuyas—repuso Aladino—una culpa que es toda mía. Yo debía haber tenido más cuidado en conservar la lámpara. Pero no pensemos ahora más que en reparar, si es posible, esa falta: para ello, cuéntame lo sucedido y quién la posee.

Contó entonces la Princesa lo que había ocurrido en el cambio de la lámpara vieja por la nueva, y cómo a la noche siguiente de efectuado el cambio, después de haber advertido que el palacio había sido trasladado aquella mañana a un país desconocido, en el cual se hallaba, había ella sabido por boca misma del traidor que le había hecho trasportar por medio de su arte mágica que aquel país era el de África.

—Con sólo indicarme que estamos en África—dijo Aladino,—me has dado a conocer al traidor, que es el más pérfido de los hombres. Pero no es ahora ocasión de hacer una pintura extensa de sus maldades: sólo te ruego que me digas, si lo sabes, qué ha hecho de la lámpara ese traidor y dónde la ha puesto.

—La oculta en el seno envuelta con el mayor cuidado—contestó la Princesa:—eso lo sé porque la ha sacado y desenvuelto en mi presencia para ostentar su triunfo.

—No lleves a mal—dijo Aladino—que te importune con tantas preguntas, pues son necesarias para llegar a lo que más de cerca nos interesa. ¿Cómo te trata ese malvado?

—Se ha presentado a mí una vez cada día, y estoy convencida de que le ha satisfecho poco el resultado de sus visitas: por ese motivo no me importuna con más frecuencia. Todos sus discur-

sos se dirigen a persuadirme de que debo tomarle por esposo, pues, según sus palabras, no debía esperar volver a verte nunca, porque el Emperador, mi padre, te había hecho cortar la cabeza. Para justificar su conducta agregaba que eres un ingrato, que toda tu fortuna se la debes a él, y otras mil cosas que le he dejado decir; y como no recibiera de mí otra respuesta que mis quejas y mis lágrimas, se veía precisado a retirarse tan poco satisfecho como cuando venía a verme. No dudo, sin embargo, que su intención sea dejar pasar mis dolores, con la esperanza de que he de mudar de parecer, y, por último, emplear la violencia si persisto en rechazarle. Pero tu presencia en este sitio ha disipado mis temores.

—Querida Princesa—interrumpió Aladino,—confío en que he hallado el medio de librarte de nuestro común enemigo; pero para eso es necesario que vaya a la ciudad. Estaré de vuelta antes del mediodía, y entonces podré decirte cuál es mi designio y lo que tendrás que hacer para contribuir a su logro. Pero a fin de que no te sorprendas, te aviso que volveré con otro traje: da orden de que no me hagan esperar en la puerta secreta al primer golpe que dé.

Prometió la Princesa que estarían esperándole en la misma puerta y que ésta se abriría inmediatamente.

Bajó Aladino de la habitación de la Princesa, y apenas hubo salido por la misma puerta, miró a todos los lados, y vió a un aldeano que tomaba el camino del campo y estaba poco distante del palacio. Apresuró Aladino el paso, y cuando le alcanzó le propuso cambiar de vestido, lo que consiguió después de muchos ruegos. Efectuado el cambio, y luego que se separaron, siguió Aladino el camino de la ciudad. Una vez en ella recorrió varias calles, e internándose por las más frecuentadas, llegó a la plaza en que toda clase de comerciantes y artistas tenían su tienda. Entró en la de un droguero, y, dirigiéndose al comerciante, le preguntó si tenía ciertos polvos que le nombró.

Imaginóse el comerciante que Aladino era pobre, a juzgar por lo que indicaba su ropa; y creyendo que no poseería bastante dinero para pagarlos, respondió que los tenía, pero que eran caros. Aladino comprendió el pensamiento del comerciante, y, sacando su bolsa, le hizo ver el oro que había en ella, rogándole luego que le

despachara medio dracma de aquellos polvos. El comerciante los pesó, los envolvió, y pidió a Aladino por ellos una moneda de oro, que éste le entregó, y sin detenerse más que el tiempo preciso para tomar algún alimento, volvió a su palacio.

Apenas hubo llamado a la puerta secreta, le abrieron, y subió al cuarto de la Princesa, su esposa, a la cual dijo:

—La aversión con que miras, princesa, a nuestro común enemigo hará que te cueste alguna repugnancia seguir el consejo que me veo obligado a darte. Pero permíteme que te diga que debes violentarte y disimular, si quieres librarte de su persecución y dar al Emperador, tu padre, la satisfacción de que vuelva a verte. Si quieres seguir mis consejos—continuó Aladino,—comenzarás por ponerte uno de tus más hermosos trajes, y cuando venga el *Mago africano,* no tengas dificultad en recibirle con agrado, sin afectación ni violencia, con semblante franco y de manera que, si queda en él algún resto de aflicción, pueda echar de ver que se disipará con el tiempo. Dale a entender con cierto arte que harás esfuerzos por olvidarte de mí, y a fin de que quede persuadido de tu sinceridad, convídale a cenar contigo. Una vez aceptado el convite, manifiéstale que te sería muy agradable beber del mejor de los vinos del país, en cuyo caso se alejará para ir a buscarlo. Mientras vuelve, toma del armario un vaso, parecido a aquel en que acostumbras beber, vierte en él estos polvos que te traigo, y dejándolo aparte, avisas a la esclava que te sirve que lo traiga lleno de vino a la señal que le hagas, señal que acordarás con ella de antemano, previniéndole que ponga el mayor cuidado en no equivocarse. Cuando haya vuelto el *Mago* y os hayáis sentado a la mesa, después de haber comido y bebido hasta hartarte y hartarle, pide la copa en que estén los polvos, y cambiándola por la suya tendrá por muy singular el favor que le haces, y no lo rehusará. Apurará hasta la última gota; y no bien la haya desocupado, le verás caer desmayado. Si tienes repugnancia de beber en su copa, haz sólo el ademán, y no temas, que será tan rápido el efecto de los polvos, que no podrá fijar la atención en si bebes o no.

Cuando hubo acabado Aladino, le dijo la Princesa:

—Se me resiste consentir en eso de agasajar al *Mago,* y, sin embargo, veo que es preciso. ¿Qué resolución, por terrible que

sea, no será necesaria y justa contra enemigo tan cruel? Haré, aunque con repugnancia, lo que me aconsejas, puesto que de eso depende nuestro común reposo.

Despidióse Aladino de la Princesa, y fué a pasar el resto del día a los alrededores del palacio, esperando a la noche para llamar a la puerta secreta.

La princesa Badrulbudur estaba inconsolable, no sólo por verse separada de Aladino, su esposo, a quien tanto amaba, sino también por no ver al Emperador, su padre, a quien quería mucho y de quien era tiernamente amada; y era tanta su aflicción, que descuidó la compostura de su persona desde que comenzó aquella dolorosa separación. Había olvidado, por decirlo así, el aseo que tan bien sienta en las personas de su sexo, y muy particularmente desde que el *Mago africano* se presentó a ella por primera vez y supo por sus doncellas, que le habían reconocido, que era él quien había tomado la lámpara vieja en cambio de la nueva, por cuyo engaño le miraba con horror. Entonces se le presentaba la ocasión de vengarse de él como merecía, y más pronto de lo que pensaba, hizo este pensamiento que se resolviera a contentar a Aladino. Así que se hubo retirado éste se puso al tocador, hizo que sus doncellas la peinasen del modo que mejor le sentaba, y se puso el vestido más rico y más a propósito para su designio. Ciñóse diamantes engastados, y acompañó el cinto con un collar de perlas de preciosas formas y de colores variados: la de en medio era la más gruesa y la más preciosa; y eran tales, que las mayores sultanas y reinas se hubieran considerado felices teniendo una del tamaño de las dos más pequeñas del collar de la Princesa. Los brazaletes, llenos de diamantes y rubíes, correspondían maravillosamente a la riqueza del cinto y del collar.

Una vez que estuvo vestida, la Princesa se miró al espejo y tomó parecer de sus doncellas acerca de su adorno. Después de haber visto que no le faltaba ninguna de aquellas prendas que podían lisonjear la pasión del *Mago africano,* se sentó a esperar que llegase.

Acudió el *Mago africano* a la hora acostumbrada; y cuando la Princesa le vió entrar en el salón de las veinticuatro ventanas, donde estaba esperándole, se levantó, mostrando todos sus encantos, y le indicó con la mano el sitio en que esperaba que se pusiese

para sentarse a su lado, señalada muestra de gratitud que nunca había usado para con él.

Más deslumbrado el *Mago* por el brillo de los hermosos ojos de la Princesa que por el resplandor de las piedras preciosas, no pudo disimular su sorpresa. El talante majestuoso y el aire cortesano con que le recibía, tan distinto de la acogida que le había hecho hasta entonces, le confundieron. Al principio quería sentarse en el borde mismo del sofá; pero como vió que la Princesa no quería sentarse en el suyo en tanto que él no lo hubiese hecho donde le había indicado, obedeció.

Tan luego como se hubo sentado el *Mago,* la Princesa, para sacarle de la duda en que estaba, tomó la palabra, mirándole de una manera capaz de hacerle creer que ya no le era odioso, y le dijo:

—Quizás os maravilleis de verme enteramente cambiada; pero he de deciros que tengo un temperamento tan opuesto a la tristeza, a los pesares e inquietudes, que procuro alejarlos de mí lo más pronto que puedo, cuando veo que no puede ponérseles remedio. He reflexionado acerca de lo que me habéis dicho de Aladino, y estoy persuadida, como vos, de que mi padre no habrá podido evitar el terrible efecto de su cólera. Así es que, aunque yo me obstinase en estar llorando a mi esposo toda la vida, mis lágrimas no le harían resucitar. Por esta razón, después de haber tributado, aun hasta el sepulcro, las lágrimas que mi amor exigía que le rindiera, me ha parecido que debía consolarme. He aquí el motivo de mi mudanza. Para comenzar, pues, a alejar todo motivo de tristeza, resuelta a desterrarla enteramente, y persuadida de que tendréis a bien hacerme compañía, he mandado que nos preparen a los dos de cenar. Pero como no tengo vino más que de China, y estamos en África, deseo probar el que produce este país, y he creído que si le hay aquí, me buscaréis del mejor.

El *Mago africano,* que había creído imposible conseguir tan pronta y fácilmente la dicha de entrar en gracia de la Princesa, hizo un discurso para demostrarle que no hallaba términos suficientes con que manifestarle cuánto agradecía sus bondades; y para dar fin cuanto antes a una conversación a que no hubiera acertado a poner término si se hubiera adelantado más en ella, dijo que entre las ventajas de que el África podía gloriarse, una de ellas era la de

producir excelente vino, y muy especialmente en la parte en que se encontraban; que él tenía un tonel de siete años que no estaba aún comenzado, y que podía decir que sobrepujaba en bondad a los más excelentes del mundo.—Si me lo permitís—añadió,—iré a tomar dos botellas, y estaré de vuelta dentro de poco.

—Siento en el alma incomodaros—dijo la Princesa.—Mejor sería que enviaseis por él a alguno de mis criados.

—Necesito ir yo mismo—replicó el *Mago*.—Nadie más que yo sabe dónde está la llave del almacén, y nadie conoce tampoco el modo de abrirlo.

—Si es tan necesario—replicó la Princesa,—id, y volved pronto. Cuanto más tardéis, mayor será mi impaciencia por volver a veros, y contad con que nos pondremos a la mesa tan luego como estéis de vuelta.

El *Mago africano* fué volando, más bien que corriendo, a buscar su vino de siete años, y en tanto la Princesa echó por sí misma los polvos que le había llevado Aladino en un vaso que había puesto aparte, para que lo sirvieran a su tiempo. Se sentaron a la mesa uno frente al otro, de manera que el *Mago* tenía la espalda vuelta al armario, y presentándole lo mejor que había en aquélla, le dijo:

—Si gustáis, os proporcionaré el placer de la música; pero como estamos los dos solos, me parece que hallaremos más gusto hablando.

Cosa que el *Mago* miró como un nuevo favor.

Después de haber comido pidió de beber la Princesa. Bebió a la salud del *Mago*, y le dijo:

—Razón teníais en elogiar vuestro vino. ¡Nunca lo había bebido tan delicioso!

—Princesa—respondió, teniendo en la mano el vaso que acababan de presentarle,—mi vino adquiere nueva bondad con vuestra inmerecida aprobación.

—¡A mi salud!—dijo la Princesa alargándole la copa.—¡Veréis vos mismo que soy mujer que lo entiende!

Con efecto; bebió a la salud de la Princesa, y al volver la copa, le dijo:

—Me tengo por feliz, Princesa, en haber reservado este tonel para esta ocasión, y confieso que en mi vida he bebido un vino tan excelente por todos títulos.

Continuaron conmiendo y bebiendo. La Princesa, que había acabado de encantar al *Mago* con su cortesanía y sus maneras afectuosas, hizo la seña a la esclava que les echaba de beber, diciendo que le diera su vaso lleno de vino y que llenase también el del *Mago* y se lo presentara. Cuando tuvo cada uno su vaso en la mano, la Princesa dijo al *Mago:*

—Yo no sé cuál es el estilo usado en este país entre los que se aman cuando beben juntos. En China, el amante y la amada se presentan recíprocamente sus copas, y de este modo bebe cada uno a la salud del otro.

Y diciendo esto le presentó su copa, adelantando la mano para recibir la del *Mago,* el cual se apresuró a hacer el cambio, con tanto más placer, cuanto que la miraba como la señal más cierta de la completa conquista del corazón de la Princesa, cosa que puso colmo a su dicha. Antes de beber dijo con el vaso en la mano:

—Mucho nos falta, Princesa, a los africanos para estar tan adelantados en el arte de realzar el amor con todos sus refinamientos como los chinos; y al instruirme en una lección que ignoraba, aprendo también hasta qué punto debo agradecer el favor que recibo. ¡Nunca lo olvidaré, Princesa! Al beber en vuestra copa, vuelvo a encontrar una vida que vuestra crueldad me había hecho perder la esperanza de conservar.

La Princesa, que se fastidiaba del interminable discurso del *Mago,* le dijo interrumpiéndole:

—¡Bebamos; luego escucharé con placer las galanterías que queráis decirme!

Y al mismo tiempo se aproximo a los labios la copa, que apenas tocó, mientras que el *Mago africano* se apresuró de tal modo, que vació la suya sin dejar una gota. Al desocuparla había inclinado un poco la cabeza para mostrar su diligencia. Permaneció algunos momentos en aquel estado, hasta que la Princesa, que conservaba el borde de la copa en sus labios, vió que se le cerraban los ojos y que cayó de espaldas sin sentido.

La Princesa no necesitó mandar que fuesen a abrir la puerta secreta a Aladino, porque las esclavas que tenían ese encargo se habían colocado de trecho en trecho desde el salón hasta debajo de la escalera; de modo que apenas hubo caído hacia atrás el *Mago africano,* cuando se abrió la puerta.

Aladino subió precipitadamente, entró en el salón, y en cuanto vió al *Mago* tendido en el sofá, detuvo a la Princesa, que se había adelantado para manifestarle su gozo abrazándole.

—Esposa mía—le dijo,—espérame en tu habitación y ordena que me dejen solo, mientras yo voy a trabajar para que volvamos a Pekín con la misma diligencia con que te han sacado de allí.

Efectivamente; apenas la Princesa hubo salido del salón con sus doncellas y eunucos, cerró la puerta Aladino, y acercándose al cuerpo del *Mago africano,* que había quedado exánime, registró sus vestidos, y sacó de ellos la lámpara envuelta de la manera que le indicó la Princesa. La desenvolvió, la frotó, y al punto se presentó el genio haciendo sus cumplimientos ordinarios.

—Te he llamado, genio—le dijo Aladino,—para mandarte de parte de esta lámpara, tu ama, que aquí estás viendo, que hagas que este palacio sea colocado en China, en el mismo lugar y sitio de donde fué arrancado para traerlo aquí.

Después de haber indicado el genio con una inclinación de cabeza que iba a obedecer, desapareció.

Se hizo, en efecto, la traslación, sin haberse sentido más que dos agitaciones, y éstas ligeras; la una, cuando el palacio fué arrancado del sitio en que estaba en África, y la otra, cuando fué colocado en China, frente al palacio del Emperador, lo que sucedió en muy corto tiempo.

Aladino bajó a la habitación de la Princesa, y abrazándola entonces, le dijo:

—¡Esposa mía, puedo asegurarte que mañana por la mañana se completará nuestro gozo!

No había acabado aún la Princesa de cenar, y Aladino sentía necesidad de tomar alimento; así es que éste hizo llevar del salón de las veinticuatro ventanas los manjares que se habían presentado en él, y que casi habían quedado intactos. La Princesa y Aladino comieron juntos y bebieron del excelente vino del *Mago africano;* después de lo cual, sin hablar de sus coloquios, que no podían menos de ser satisfactorios, se retiraron a su habitación.

Después de la desaparición del palacio de Aladino y de la princesa de Badrulbudur, el Emperador, padre de ésta, estaba inconsolable por haberla perdido.

No dormía un momento ni de día ni de noche, y en vez de evi-

tar todo lo que fuese capaz de aumentar su aflicción, lo buscaba con el mayor anhelo. Así es que en lugar de ir, como antes, una sola vez por la mañana al gabinete abierto de su palacio para satisfacerse con el recreo de aquella vista, entonces iba muchas veces al día a renovar sus lágrimas y sumergirse más y más en sus pesares, con la idea de no volver a ver más lo que formaba sus delicias, y de haber perdido lo que más amaba en el mundo.

Amanecía cuando llegó el Emperador a aquel gabinete la misma mañana en que el palacio de Aladino había sido colocado en su sitio; y al entrar en él estaba tan embebecido y penetrado en su dolor, que dirigió una triste mirada por la parte donde no creía ver más que el aire, sin divisar el palacio. Pero como percibió que se había llenado aquel vacío, al principio creyó que era un efecto de la niebla.

Se fijó bien, y conoció, sin que le quedase la más leve duda, que era el palacio de Aladino.

Llenóse el Emperador de júbilo, y sustituyendo éste a los pesares, volvió aceleradamente a su habitación y mandó que le llevasen un caballo ensillado. En seguida montó, partió, y se le hizo un siglo el corto rato que tardó en llegar al palacio de Aladino.

Había previsto éste lo que había de suceder, y apenas había amanecido, después de ponerse uno de los magníficos vestidos de su guardarropa, subió al salón de las veinticuatro ventanas, desde donde vió que el Emperador salía de su palacio. Bajó, y llegó a tiempo de recibirle al pie de la gran escalera y ayudarle a apearse.

—¡No puedo hablaros—dijo—hasta haber tenido el gusto de ver y abrazar a la Princesa!

Fué el Emperador a la habitación de la Princesa, la cual, prevenida por su esposo al levantarse para que recordara que ya no estaba en África, sino en China, y en la capital del Imperio de su padre, cerca de su palacio, acababa de vestirse. El Emperador la abrazó tiernamente con el rostro bañado en lágrimas de gozo, y la Princesa por su parte le dió señales inequívocas del placer que experimentaba al verle.

Mucho se enterneció el Emperador al volver a encontrar a su querida hija después de haberla llorado sinceramente como perdida, y la Princesa por su parte vertió lágrimas de júbilo al volver a ver a su padre.

—Me persuado—dijo el Emperador—de que el gozo que te produce volver a verme es, hija mía, causa de que me parezcas tan poco demudada como si no te hubiese ocurrido ningún contratiempo; mas no por eso dejo de creer que habrás sufrido infinito. No puede uno ser trasportado con todo un palacio, como tú lo has sido, sin sufrir grandes sustos y terribles angustias. Cuéntame todo lo que ha sucedido, sin ocultarme el más leve detalle.

La Princesa tuvo un placer en dar a su padre la satisfacción que le pedía, y así, le dijo:

—Considera, padre mío, que desde ayer muy temprano comencé a respirar con la presencia de Aladino, mi esposo y libertador, que había ya mirado como perdido y muerto para mí, y que la dicha que acabo de recibir en abrazarte me vuelve poco más o menos al mismo estado que antes; así es que no estoy tan cambiada como parece que debía estarlo. Toda mi pena, sin embargo, ha provenido de verme lejos de ti y de mi esposo, no sólo por la inclinación que le profeso, sino también por la zozobra en que estaba sobre los tristes efectos de tu cólera, a la cual no dudaba que estaría expuesto, a pesar de su inocencia. No me ha hecho sufrir tanto la insolencia del infame que me robó como los discursos que me ha dirigido, pero que he podido contener con el ascendiente que he sabido tomar sobre él; así es que estaba tan poco violentada como lo estoy ahora. Respecto a mi rapto, ninguna parte ha tenido en él Aladino: yo sola he sido la causa, bien que muy inocente, de esta separación.

Hizo luego una relación circunstanciada del disfraz del *Mago africano* en comerciante de lámparas nuevas a cambío de otras viejas, y de la humorada que había tenido de cambiar la lámpara de Aladino, cuyo secreto e importancia ignoraba; del trasporte del palacio y secuestro de su persona, que había seguido a aquel cambio, y de la traslación de uno y otra a África con el *Mago*, a quien habían reconocido dos de sus doncellas y el eunuco que había hecho el cambio de la lámpara, cuando había tenido la osadía de ir a presentarse a ella después del buen resultado de su atrevida empresa para proponerle un nuevo enlace; en fin, de la persecución que había sufrido hasta la llegada de Aladino, de las medidas que de común acuerdo habían tomado para arrebatarle la lámpara que llevaba consigo, cómo lo había conseguido, principalmente ella,

tomando el partido de disimular con él y de convidarle a cenar en su compañía para hacerle beber el vaso compuesto.

—Aladino, señor y padre mío, te dará cuenta de lo demás.

—Cuando me abrieron la puerta—dijo Aladino,—subí al salón de las veinticuatro ventanas, y vi al traidor tendido en el sofá y muerto por la violencia de la droga que había tomado. Como no convenía que permaneciese allí la Princesa, le supliqué que bajara a su habitación con sus doncellas y eunucos. Me quedé solo, y después de haber sacado la lámpara del seno del *Mago,* valiéndome del mismo secreto de que él se había servido para arrebatar este palacio y robar a la Princesa, he hecho de manera que el palacio se encuentre en su mismo sitio, y he tenido el placer de volver a la Princesa a V. M., como me lo había mandado. He hecho a V. M. una relación sucinta de lo ocurrido; y si quiere subir al salón, verá en él al *Mago* castigado como merece.

Levantóse el Emperador y subió; y cuando vió muerto al *Mago africano,* con el rostro amoratado por la violencia del veneno, abrazó a Aladino con la mayor ternura, diciéndole:

—No lleves a mal, hijo mío, mi proceder para contigo, estimulado por el amor paternal: esto me disculpa, y merece que me perdones el exceso a que me ha conducido.

—Yo no tengo, señor, el menor motivo de queja contra la conducta de V. M., que no ha hecho más que lo que debía. Ese *Mago,* el más vil de los hombres, es la causa de mi desgracia. Cuando V. M. tenga lugar para ello, le haré relación de otra de las muchas picardías que me ha hecho, no menos infames que la de que me ha preservado Dios por un beneficio particular de su divina providencia.

—Antes de mucho te proporcionaré ocasión para ello—replicó el Emperador;—mas no pensemos sino en regocijarnos ¡Haz quitar de mi vista ese odioso cuerpo!

Ordenó Aladino que fuese levantado el cadáver del *Mago africano* y que lo arrojasen a un muladar para que sirviera de pasto a las alimañas. El Emperador. en tanto, después de haber mandado que los tambores, timbales y trompetas anunciaran su regocijo, hizo proclamar una fiesta de diez días en celebración de la vuelta de la princesa Badrulbudur y de Aladino con su palacio.

Así se libró Aladino por segunda vez del peligro de perder la

vida; pero no fué el último: aún corrió otro, cuyas circunstancias vamos a referir.

Vivía aún un hermano menor del *Mago,* que no era menos hábil que él en la magia, y aun puede decirse que le excedía en perversidad y en artificios perniciosos. Como no siempre vivían juntos o en la misma ciudad, y con frecuencia se hallaba uno hacia Oriente cuando el otro estaba hacia Occidente, cada uno por su parte procuraba instruirse todos los años por medio de la geomancia de en qué parte del mundo andaban, en qué estado se encontraban, y si necesitaban de sus recíprocos socorros.

Poco tiempo después que el *Mago africano* había sucumbido en su empresa con Aladino, su hermano menor, que no había tenido noticias suyas hacía un año, y no estaba en África, sino en país muy distante, quiso saber en qué parte de la Tierra se hallaba, cómo se encontraba y qué hacía. Dondequiera que estuviese, siempre llevaba consigo su cuadro geomántico, lo mismo que su hermano. Tomó su cuadrado, acomodó la arena, echó sus puntos, sacó sus figuras, formó por fin el horóscopo, y averiguó que su hermano no existía, que había sido envenenado y muerto de repente, habiendo sido llevado su cadáver a China, a una capital de aquel reino, y que el individuo por quien había sido envenenado era un hombre de bajo nacimiento que se había casado con una princesa, hija del Emperador.

Sabedor el *Mago* de cuál había sido el triste destino de su hermano, no perdió el tiempo en estériles pesares, que no le hubieran devuelto la vida. Tomada la resolución de vengar su muerte, montó a caballo y se puso en camino dirigiéndose hacia China. Atravesó valles, ríos, montañas, desiertos, y después de largo tiempo, sin detenerse en ningún sitio y pasando increíbles fatigas, llegó por fin a China, y a poco tiempo a la capital que la geomancia le había indicado. Seguro de que no se había engañado tomando un reino por otro, se detuvo en la capital, y se alojó en ella.

Al día siguiente de su llegada salió, y paseándose por la ciudad, no tanto para observar sus bellezas, que le eran indiferentes, como con la intención de tomar medidas para la ejecución de su perverso designio, entró en los parajes más concurridos, y procuró escuchar con la mayor atención lo que se decía. Al pasar por un sitio en

que había varios hombres jugando a muchas clases de juego, y donde mientras unos jugaban otros conversaban de noticias y negocios diversos, oyó que se contaban mil historias de la fama y habilidad de una mujer retirada del mundo, llamada Fátima, y de sus prodigios. Pensando que la tal mujer podía serle de alguna utilidad para lo que meditaba, llamó aparte a uno de los de la compañía, y le suplicó que tuviese a bien decirle quién era aquella famosa mujer y qué clase sortilegios hacía.

—Pues qué—le dijo aquel hombre,—¿aun no ha visto usted a esa mujer ni oído hablar de ella? Tiene asombrada a toda la ciudad con sus ayunos, sus austeridades y el buen ejemplo que da. A excepción de los lunes y viernes, no sale de su ermitilla, y los días que se deja ver por la ciudad prodiga sus beneficios, y no hay persona que sufra de dolor de cabeza que no se cure por la imposición de las manos de esa anciana.

Ya no necesitó el *Mago* saber más sobre el particular, procurando únicamente enterarse por el mismo sujeto de en qué barrio de la ciudad se hallaba la ermita de aquella buena mujer. Díjoselo el hombre, y ya con esto, después de haber concebido el detestable designio de que vamos a hablar, para obrar con más seguridad, observó todos los pasos de Fátima el primer día que le tocó salir después de esta averiguación, sin perderla de vista hasta la noche, que la vió entrar en la ermita. Se fijó bien en el sitio, se retiró a una posada, y después de haber pagado el poco gasto que había hecho, salió hacia media noche y se fué derecho a la ermita de Fátima, la buena mujer, nombre bajo el cual la conocían en toda la ciudad. Poco trabajo le costó abrir la puerta, que sólo estaba cerrada con un pestillo. Volvió a cerrarla apenas entró, y vió a Fátima a la claridad de la Luna, acostada al aire libre y durmiendo en un sofá cubierto con una mala estera. Acercóse a ella, y después de haber sacado un puñal, la despertó sacudiéndola con violencia.

Al abrir los ojos se quedó asombrada la pobre Fátima viendo a un hombre dispuesto a darle de puñaladas. Apoyando el puñal en el pecho de la anciana, pronto a atravesárselo, le dijo:

—¡Si gritas o haces el menor ruido, te mato! ¡Levántate, y haz lo que yo te diga!

Fátima, que se había acostado vestida, se levantó temblando de terror.

—No temas—le dijo el *Mago;*—no quiero más que tu vestido. Dámelo, y toma el mío.

Cambiaron de ropa, y cuando el *Mago* se hubo puesto las ropas de Fátima, le dijo:

—Píntame la cara como tú la tienes, de modo que me parezca a ti y que el color no se corra.

Al ver que seguía temblando, a fin de tranquilizarla y de que pudiera hacer mejor lo que deseaba, le dijo:

—Te repito que no tengas miedo, y además, te juro que no te quitaré la vida.

Fátima le hizo entrar en su celda, encendió su candil, y tomando un pincel mojado en cierto líquido que tenía en un vaso, le frotó con él la cara, y le aseguró que no cambiaría el color y que tenía el rostro lo mismo que ella, sin ninguna diferencia.

Después le puso la misma cofia que solía llevar, con un velo, y le enseñó cómo debía cubrirse la cara al andar por la ciudad. Por último, después de haberle colgado al cuello un grueso rosario que le llegaba por delante hasta el medio del cuerpo, le entregó el mismo bastón que solía llevar, y presentándole un espejo, le dijo:

—Mírese usted, y verá que no podemos parecernos más.

Se encontró el *Mago* como lo había deseado; pero no cumplió a la buena Fátima el solemne juramento que le había hecho. Para que no quedase rastro de sangre si la daba de puñaladas, la estranguló; y cuando vió que había muerto, arrastró su cadáver por los pies hasta el pozo de la ermita, arrojándolo dentro.

Desfigurado de esta manera, el *Mago* pasó el resto de la noche en la ermita después de haber cometido tan horrible asesinato. Al otro día, a la una o las dos de la tarde, aunque era día en que la buena mujer no acostumbraba salir, no dejó él de hacerlo, bien persuadido de que no le preguntarían nada sobre ello, y dispuesto a responder en el caso de que lo hicieran. Como una de las primeras cosas que había hecho al llegar había sido ir a reconocer el palacio de Aladino, donde había proyectado representar su papel, dirigió sus pasos hacia aquel sitio.

Apenas las gentes vieron a la buena mujer, o a la que tomaban por tal, la rodearon por todas partes. Unos se encomendaban a sus oraciones, otros le besaban la mano, los más circunspectos sólo le besaban la falda del vestido, y otros, en fin, sea que efectiva-

mente tuviesen dolor de cabeza, o sólo con el fin de preservarse de él, se inclinaban en su presencia para que les impusiese las manos, lo que hacía murmurando algunas palabras en forma de oraciones; e imitaba tan bien a Fátima, que todo el mundo creyó que era ella.

Después de haberse detenido a cada paso para satisfacer a las gentes, que no recibían bien ni mal de aquella clase de imposición de manos, llegó por fin a la plaza del palacio de Aladino, donde, como era mayor también el empeño de aproximarse a él, los más fuertes y decididos atravesaban la multitud para hacerse lugar, de lo que resultaron disputas. El ruido se oyó en el salón de las veinticuatro ventanas, donde estaba la princesa Badrulbudur, la cual preguntó qué lo originaba; y como nadie supo decírselo, mandó que fuesen a verlo y volvieran a darle cuenta. Sin salir del salón, miró por una persiana una de las doncellas, y le informó de que el ruido procedía de la multitud de gente que rodeaba a la fingida mujer para que les curase el dolor de cabeza con la imposición de las manos.

La Princesa, que había oído decir muchas cosas buenas de Fátima, pero que no la había visto aún, sintió curiosidad por verla y hablar con ella; y habiéndolo dado a entender, le dijo el jefe de los eunucos, que estaba presente, que, si lo deseaba, sería muy fácil hacerla subir, y que no tenía más que mandarlo. Consintió en ello la Princesa, y al momento envió cuatro eunucos con orden de conducirla.

Apenas salieron los eunucos del palacio de Aladino y vieron que se dirigían hacia donde estaba el *Mago* disfrazado, se disipó la multitud; y cuando se halló en libertad y vió que iban hacia él, adelantó parte del camino con tanto más gusto, cuanto que veía que comenzaba con buen éxito su artimaña. El eunuco tomó la palabra y le dijo:

—Buena mujer, la Princesa quiere ver a usted: venga y síganos.

—La Princesa me honra mucho—respondió la fingida Fátima:—estoy pronto a obedecerla.—Y siguió a los eunucos, que la llevaron al palacio.

Cuando el *Mago,* que bajo el hábito de santidad ocultaba un corazón de demonio, penetró en el salón de las veinticuatro ventanas y vió en él a la Princesa, empezó a recitar una oración que con-

tenía muchos votos y plegarias por su salud, por su prosperidad y por el cumplimiento de todos sus deseos. Utilizó en seguida toda su retórica de impostor e hipócrita para ganar el ánimo de la Princesa afectando gran piedad, lo que logró con tanta más facilidad, cuanto que la Princesa, que era naturalmente buena, creía que todas las personas eran buenas como ella, sobre todo las que hacían profesión de servir a Dios en el retiro.

Cuando la falsa Fátima concluyó su razonamiento, le dijo la Princesa:

—Mi buena madre, agradezco a usted mucho sus oraciones, en las cuales tengo gran confianza, y espero que Dios las oirá. Acérquese usted y siéntese a mi lado.

La falsa Fátima se sentó fingiendo mucho modestia, y entonces volviendo a tomar la palabra, le dijo la Princesa:

—Buena mujer, le pido a usted una cosa que le agradeceré me conceda, y es que se quede usted a vivir conmigo para que yo aprenda con sus consejos y buenos ejemplos a servir a Dios.

—Princesa—contestó la fingida Fátima,—suplico a usted que no me imponga una cosa en la que no puedo consentir sin distraerme de mis ejercicios de devoción.

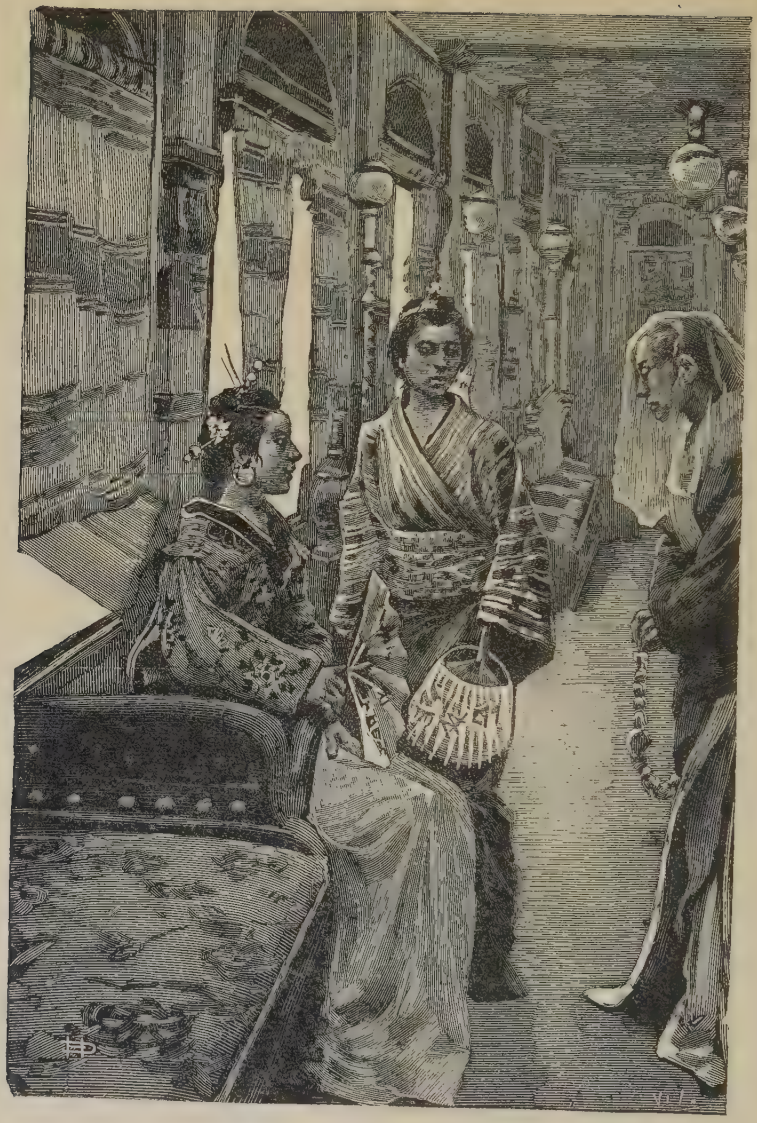
—No los abandonará usted por eso—replicó la Princesa.—Tengo varias habitaciones desocupadas: escoja usted la que más le convenga, y en ella hará todos sus ejercicios con la misma libertad que en la ermita que ocupaba.

El *Mago,* que aspiraba únicamente a introducirse en el palacio de Aladino, donde le sería más fácil ejecutar el plan infernal que meditaba estando allí bajo los auspicios y protección de la Princesa que si hubiera tenido necesidad de ir y venir del palacio a la ermita y de la ermita al palacio, no hizo muchos esfuerzos para excusarse de aceptar la obsequiosa oferta de la Princesa, y pronto se dejó convencer.

—Señora—dijo,—aunque he tomado la firme resolución de renunciar al mundo, a sus pompas y grandezas, no me atrevo a oponerme a la voluntad cariñosa y al mandato de princesa tan piadosa y caritativa como usted.

Al escuchar esta respuesta del *Mago* experimentó gran alegría la Princesa.

—Levántese usted y sígame—dijo a la falsa beata,—para que



... agradezco a usted mucho sus oraciones...

vea las habitaciones que hay desocupadas, a fin de que elija la más apropiada a mi objeto.

El *Mago* siguió a la princesa Badrulbudur; y de todas las habitaciones que ésta le hizo ver, a cuál más primorosa y bien alhajada, eligió la más modesta, diciendo hipócritamente que aún era demasiado buena para ella, y que no la elegía más que por complacer a la Princesa.

Quiso ésta llevar al malvado al salón de las veinticuatro ventanas para hacerle comer con ella; mas como para eso hubiera sido preciso descubrirse el rostro, que hasta entonces había tenido siempre tapado con el velo, y temía que la Princesa conociese que no era la mujer que ella creía, le suplicó con tantas instancias que la dispensase de ello, haciéndole presente que sólo comía pan y algunas frutas secas y que le permitiese tomar aquella pequeña colación en su cuarto, que la Princesa cedió, aunque contrariada.

—Mi buena madre—le dijo,—usted es dueña de proceder como si estuviera en su ermita. Voy a hacer que le lleven de comer; pero no olvide que la espero cuando haya concluído.

La Princesa comió sola, y la fingida Fátima fué puntual en ir junto a ella en cuanto supo por un eunuco, a quien había suplicado que se lo advirtiera, que había dejado la mesa.

—Mi buena madre—le dijo la Princesa,—estoy sumamente gozosa de tener a mi lado una mujer como usted, que va a traer la bendición del Cielo a este palacio. Y ya que hablo de este palacio, antes de que se lo haga ver pieza por pieza, dígame usted primeramente lo que opina de este salón.

Al oir esta pregunta la falsa Fátima, que para representar mejor su papel había afectado hasta entonces tener la cabeza baja, sin volverla para mirar a ningún sitio, la levantó por fin, recorrió el salón con la vista de un extremo a otro, y después que lo hubo observado bien dijo:

—Este salón es verdaderamente admirable y de sin igual suntuosidad. Sin embargo, en cuanto puede juzgar una solitaria que no entiende de las bellezas del mundo, opino que falta aquí una cosa.

—¿Y cuál es, mi buena madre?—replicó la princesa Badrulbudur.—Le ruego encarecidamente que me lo diga, pues hasta ahora he creído, y así lo había oído decir, que era inmejorable.

—Nada es inmejorable, Princesa—replicó la falsa Fátima con gravedad.—Perdóneme V. A. la libertad que me tomo: mi opinión es que si en lo alto y en medio de esta cúpula hubiese colgado un huevo de roc, este salón no tendría semejante, y el palacio de V. A. sería verdaderamente la primera de las maravillas.

—Mi venerada madre—dijo la Princesa,—¿que pájaro es ése, y cómo podría adquirirse un huevo suyo?

—Princesa—respondió la fingida Fátima,—es un ave de tamaño prodigioso, que habita en las cimas más elevadas de la cordillera del Cáucaso. De fijo, el arquitecto que ha construído este palacio podrá proporcionaros el huevo de roc.

Después de dar las gracias a la falsa Fátima por lo que creía un buen consejo, la princesa Badrulbudur siguió hablando con ella sobre otros asuntos, pero sin olvidarse del huevo de roc, del cual se propuso hablar a Aladino apenas volviese de caza, a la que había ido hacía seis días, y de cuya ausencia había querido el *Mago* aprovecharse. Volvió Aladino aquel día por la noche, cuando la falsa Fátima acababa de despedirse de la Princesa para retirarse a su cuarto. Al llegar Aladino, subió a la habitación de su esposa, la saludó y la abrazó; pero creyó notar que le recibía con cierta frialdad.

—Esposa mía—le dijo,—no observo en ti la misma alegría que siempre hermosea tu semblante. ¿Por ventura ha ocurrido durante mi ausencia algo que te haya disgustado o producido alguna contrariedad? Te suplico que no me lo ocultes. ¡Nada hay en el mundo que no sea capaz de hacer por disipar tus penas, si está en mi mano hacerlo!

—Tengo, en efecto, una preocupación, mas sin importancia—respondió la Princesa,—y no creí que me hubiera salido al rostro en términos que hubieses podido notarlo. Pero, ya que me preguntas sobre ello, no te ocultaré la causa. Yo creía, lo mismo que tú—continuó la Princesa,—que nuestro palacio era el más bello, magnífico y completo que había en el mundo; y, sin embargo, voy a decirte la idea que se me ha ocurrido después de haber examinado una vez más el salón de las veinticuatro ventanas. ¿No piensas, lo mismo que yo, que no tendríamos nada que desear si hubiese un huevo de roc colgado en medio del fondo de la cúpula?

—Esposa mía—contestó Aladino,—basta que a ti te parezca que falta un huevo de roc, para que yo piense lo mismo. Ya verás, por la prisa con que me aplicaré a reparar este defecto, que no hay nada que no sea capaz de hacer por complacerte.

Despidióse cariñosamente Aladino de la princesa Badrulbudur, subió al salón de las veinticuatro ventanas, y allí, después de haber sacado de su pecho la lámpara, que llevaba consigo a todas partes desde el peligro que había corrido por haber descuidado esta precaución, la restregó. Inmediatamente se presentó el genio delante de él.

—Genio—le dijo Aladino,—hace falta en esta cúpula un huevo de roc colgado en medio del fondo: te mando, pues, en nombre de la lámpara, que hagas de modo que se remedie este defecto.

Apenas hubo acabado de pronunciar estas palabras Aladino, cuando el genio dió un grito tan formidable y espantoso, que hizo retemblar el salón, y Aladino vaciló y estuvo a punto de caer.

—¡Cómo, hombre desconsiderado!—le dijo el genio con voz capaz de hacer temblar al hombre más valiente.—¿No te basta que mis compañeros y yo hayamos hecho tantas cosas para ti, sino que me mandas, con ingratitud inconcebible, que te traiga a mi amo y le cuelgue en medio de la bóveda en esta cúpula? ¡Ese atentado merecía que en el momento os hubiera reducido a cenizas a ti, a tu esposa y a tu palacio! Pero tienes la fortuna de que la petición no procede directamente de ti, sino que te ha sido sugerida. Voy a decirte quién es su verdadero autor: es el hermano del *Mago africano,* tu implacable enemigo, a quien has dado muerte como merecía. Se halla en tu palacio, disfrazado con el vestido de Fátima, una buena mujer a quien él mismo ha asesinado: él es quien ha sugerido a tu mujer que haga la perniciosa petición que has formulado. Su designio es matarte. ¡Sírvate de gobierno! A ti te toca precaverte. — Y sin decir más, desapareció.

No echó en olvido Aladino la más mínima palabra del genio. Había oído hablar de Fátima; y como sabía de qué modo curaba el dolor de cabeza, en opinión de las gentes, volvió a la habitación de la Princesa, y sin decirle una palabra de lo que acababa de ocurrirle, se sentó, diciendo que en aquel momento le había sobrevenido un gran dolor de cabeza. Para hacerlo creer mejor apoya-

ba la mano en la frente. Mandó en seguida la Princesa que hicieran subir a la fingida mujer, y mientras fueron a llamarla contó a Aladino la causa de que estuviese en Palacio, donde le había dado alojamiento.

Llegó aquélla, y apenas hubo entrado le dijo Aladino:

—Venga usted, excelente señora. Mucho celebro ver a usted y tener la dicha de que esté en mi palacio. Me hallo muy atormentado por un terrible dolor de cabeza, e imploro el auxilio de usted por la confianza que me inspiran sus fervorosas oraciones, esperando que no me negará la merced que dispensa a tantos otros.

Pronunciadas estas palabras, se levantó bajando la cabeza; y la falsa Fátima se le acercó por su parte, pero apoyando la mano en un puñal que tenía oculto bajo el vestido. Aladino no le perdía de vista: le cogió la mano antes que lo hubiese sacado, rápidamente le atravesó el corazón con el suyo, y le hizo caer al suelo sin vida.

—¿Qué has hecho, esposo mío?—exclamó la Princesa, llena de terror y de sorpresa.—¡Has quitado la vida a esa buena mujer!

—No, esposa mía—respondió Aladino sin alterarse:—no he muerto a Fátima, sino a un infame que iba a asesinarme, si yo no me hubiese adelantado. Este hombre perverso que estás viendo—añadió quitándole el velo—es el que ha ahogado a Fátima, cuya muerte lamentabas acusándome de ella, y se había disfrazado con las ropas de aquella infeliz para darme de puñaladas; y para que lo conozcas mejor, te diré que era hermano del *Mago africano,* el que te robó.

En seguida contó Aladino por qué medio había sabido estas circunstancias, después de lo cual hizo quitar de allí el cadáver.

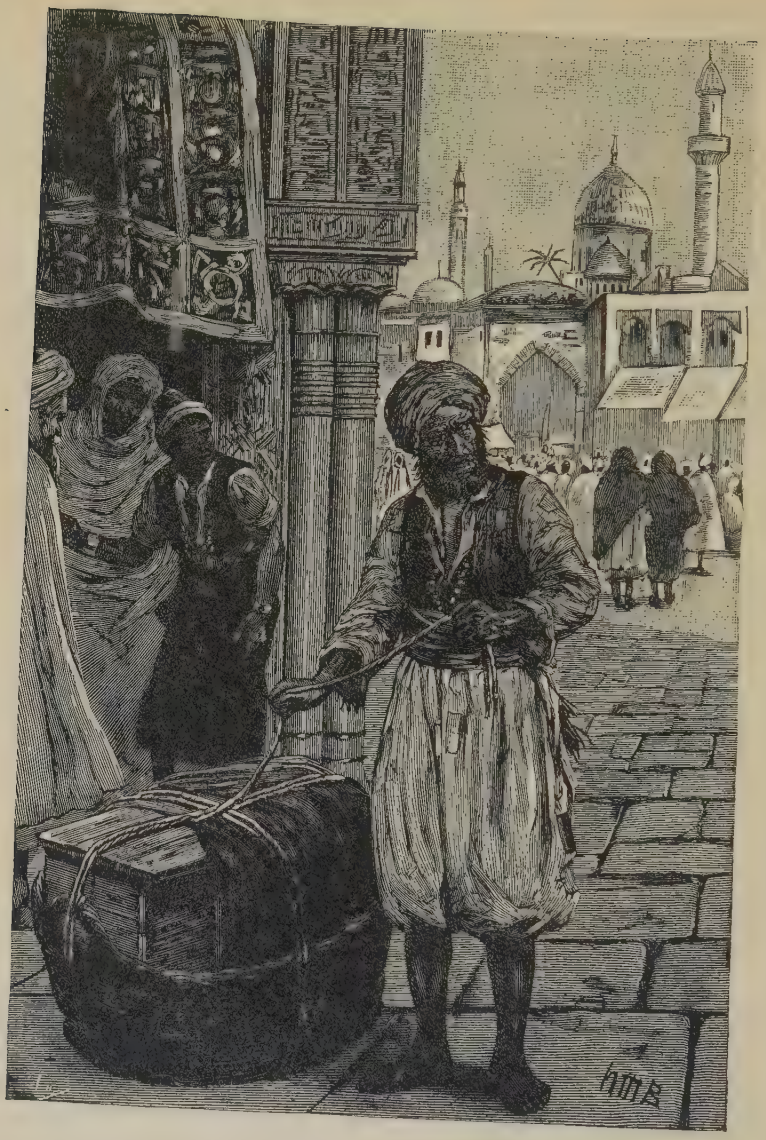
De este modo se libró Aladino de la persecución de los dos hermanos magos. Pocos años después murió el Emperador a edad muy avanzada: y como no dejó hijos varones, le sucedió su hija la princesa Badrulbudur como legítima heredera, y comunicó el supremo poder a Aladino. Reinaron juntos muchos años, hicieron felices a sus pueblos, y dejaron una posteridad ilustre y gloriosa.

CUENTO III

SIMBAD EL MARINO

HABÍA en Bagdad, antigua capital del califato árabe, un pobre mozo de cordel que se llamaba Ahmed. Una tarde que hacía excesivo calor le mandaron llevar una carga muy pesada desde un extremo a otro de la ciudad; y como en medio del camino se sintiera rendido de cansancio, y aún le faltaba mucho que andar, al llegar a una calle en que había una temperatura suave y cuyo enlosado estaba regado con agua de rosas, dejó la carga en el suelo y se detuvo a descansar cerca de un magnífico palacio, del cual se desprendían suaves perfumes y salían armoniosas melodías.

Deseó saber a quién pertenecía: se aproximó a unos criados que estaban en la puerta, y les preguntó el nombre de su señor.



... y se detuvo a descansar cerca de un magnífico palacio...

—¿Vive usted en Bagdad—le respondieron, —y no sabe que habita aquí el marino Simbad, aquel famoso viajero que ha recorrido todos los mares que alumbra el Sol?

El demandadero, que había oído hablar de las riquezas de Simbad, no pudo menos de envidiar la suerte de un hombre cuya posición contrastaba notablemente con la suya. Exasperado con las reflexiones que le sugirieron tan notables diferencias sociales, levantó los ojos al cielo, y dijo en voz alta y de modo que le oyesen:

—¡Señor, Creador y dueño de todas las cosas! ¡Considera la diferencia que hay entre ese hombre tan poderoso y tu humilde siervo! ¡Yo sufro todos los días mil fatigas y mil males, y con gran trabajo logro mantener a mi familia dándole mal pan de cebada, mientras que el feliz Simbad gasta pródigamente sus riquezas y lleva una vida llena de goces! ¿Qué ha hecho él para disfrutar un destino tan venturoso? ¿Qué he hecho yo para merecer tantos rigores?

Y diciendo estas palabras dió fuertemente con el pie en el suelo, como hombre que está desesperado.

Preocupado con sus tristes pensamientos estaba el mandadero, cuando sintió que se llegaban a él, y tomándole del brazo, le decían:

—¡Ven, sígueme; Simbad, mi amo, quiere hablarte!

Introdujo el criado a Ahmed, el demandadero, en una sala donde había un número considerable de personas alrededor de una mesa cubierta de manjares de todas clases. Estaba en el lugar preferente un anciano venerable que tenía una larga barba blanca, y detrás de él se veían de pie una multitud de dependientes y criados que se desvivían por servirle.

El demandadero, cuya turbación aumentó a la vista de tanta gente, saludó a todos temblando; pero Simbad le dijo que se acercase, y después de hacer que se sentara a su derecha, le sirvió él mismo, y mandó que le dieran de un excelente vino que estaba en el aparador.

Cuando terminó la comida, Simbad tomó la palabra, y dirigiéndose a Ahmed, a quien trató como hermano, según la costumbre de los árabes cuando se hablan familiarmente, le preguntó cómo se llamaba y qué oficio tenía.

—Yo, señor—le respondió,—me llamo Ahmed.

—Me alegro mucho de ver a usted—replicó Simbad,—y creo que estos señores le ven también con placer; pero desearía saber lo que estaba diciendo hace poco en la calle.

Simbad había oída antes de sentarse a la mesa las lamentaciones del pobre demandadero, y esto era lo que le había decidido a llamarle.

Lleno de confusión, Ahmed bajó la cabeza y respondió:

—Confieso a usted que mi cansancio me había puesto de mal humor: dije inadvertidamente algo que puede molestarle, y por lo cual le suplico que me perdone.

—No he de reconvenir a usted por sus lamentaciones. Por el contrario, me compadezco de usted; pero quiero sacarle del error en que está respecto a mí. Usted se imagina que he adquirido sin pena ni trabajo las comodidades de que me ve gozar, y está equivocado. No he llegado a este estado sino después de haber sufrido por espacio de muchos años cuantos trabajos puede concebir la imaginación. Sí—añadió dirigiéndose a todos;—puedo asegurar a ustedes que estos trabajos son tan extraordinarios, que su relación es capaz de quitar a los hombres más codiciosos de riquezas el deseo de atravesar los mares para adquirirlas. Tal vez habrán oído ustedes hablar de mis extrañas aventuras y de los peligros que he corrido en los siete viajes que he hecho; pero de seguro no conocerán éstos; y puesto que se ofrece la ocasión, voy a relatarlos, persuadido de que no les pesará escucharme.

Llamando a un criado, mandó que llevaran al sitio donde Ahmed dispusiera la carga que había dejado éste en la calle, y luego comenzó así su relato:

—A la muerte de mis padres heredé una fortuna considerable, que hubiera disipado pronto si no hubiese conocido a tiempo que las riquezas son perecederas y que se les ve pronto el fin cuando se manejan tan mal como yo lo hacía. Asimismo me hice cargo de que gastaba desgraciadamente el tiempo en una vida desarreglada, cuando el tiempo es cosa de mucho valor; y por fin, consideré que era la última y la más deplorable de todas las miserias el ser pobre en la vejez. Hechas estas reflexiones, reuní lo que restaba de mi patrimonio, vendí todos los muebles que tenía, hice amistad con algunos mercaderes que se dedicaban al comercio marítimo, y consulté a los que me parecieron capaces de darme bue-

nos consejos. En suma, resolví recobrar lo perdido y hacerme rico con el dinero que me quedaba. Al afecto fuí a Balsora, donde me embarqué, con los géneros que había comprado, en un buque que habíamos equipado a nuestra costa.

«Nos dimos a la vela, y nos dirigimos a las Indias Orientales por el golfo Pérsico, golfo que está formado por las costas de Arabia feliz a la derecha y las de Persia a la izquierda, y cuya mayor anchura es de setenta leguas, según la opinión de los que lo conocen. Fuera de este golfo se encuentra el mar de Levante, que, como el de las Indias, tiene por límites las costas de Abisinia, y cuatro mil quinientas leguas de longitud hasta las islas de Vakvak. Durante los primeros días de viaje sufrí horriblemente con esa enfermedad que se conoce con el nombre de mareo; pero muy pronto se restableció mi salud, sin que después haya vuelto a sufrirla.

«Mientras duró el viaje abordamos a muchas islas, en las cuales vendimos o cambiamos nuestros géneros. Un día de calma pasamos frente a una islita. Mandó el Capitán dar fondo, y permitió bajar a tierra a las personas que quisieran desembarcar, siendo yo del número de las que lo hicieron. Pero cuando más tranquilos estábamos descansando de la fatiga del viaje, tembló la isla y dió una recia sacudida.

«Notóse en el buque el temblor de la isla, y desde él gritaron que nos embarcáramos inmediatamente si no queríamos perecer, pues lo que al principio creímos isla no era otra cosa que una enorme ballena. Los más diligentes se salvaron en la lancha que nos había llevado; otros se echaron a nado; pero cuando yo me hallaba todavía sobre aquel animal, éste se sumergió en el mar, sin darme tiempo más que para tomar un trozo de madera que había llevado del navío para hacer fuego. Mientras tanto, el Capitán, después de haber recibido a bordo a las gentes de la lancha y a algunos de los que llegaron nadando, queriendo aprovechar el viento fresco y favorable que se había levantado, mandó desplegar las velas y seguir el viaje, dejándome sin esperanzas de salvación.

«Estuve a merced de las olas, arrastrado ora a un lado, ora a otro, siendo juguete de las aguas, a las que disputé con denuedo mi vida todo aquel día y la noche siguiente. Cuando amaneció, ya se habían agotado mis fuerzas y había perdido toda esperanza de

salvar la vida; pero una oleada me arrojó felizmente a una isla. La costa era alta y escarpada; tanto, que hubiera costado mucho trabajo subir por ella, si no me hubieran proporcionado medios para hacerlo algunas raíces que parecían haberse conservado en aquel sitio para mi salvación. Me tendí en el suelo, donde permanecí medio muerto de cansancio y hambre hasta que fué ya de día.

"A pesar de hallarme tan fatigado por lo que había sufrido, y de no haber tomado alimento alguno desde el día anterior, me arrastré como pude en busca de algunas hierbas con que alimentarme, y tuve la suerte de encontrar un manantial de agua, que contribuyó mucho a restablecerme. Habiendo recobrado las fuerzas, me adelanté por la isla andando a la ventura, hasta que entré en un llano, en el cual divisé a lo lejos un caballo que estaba paciendo. Dirigí mis pasos hacia aquella parte, fluctuando entre el temor y el gozo, pues no sabía si caminaba a mi perdición o si había salvado la vida. Al acercarme vi una yegua atada a una estaca. Su hermosura atrajó mi atención; pero, en tanto la miraba, oí a mis pies y bajo tierra la voz de un hombre. Aún no había acabado de acercarme, cuando apareció el que hablaba, y al verme se dirigió hacia mí y me preguntó quién era. Le referí mi aventura, me cogió de la mano, y me hizo entrar en una gruta, donde había otras personas, las cuales quedaron admiradas al verme.

"Después de haberme hecho comer y de entablar conversación, les pregunté qué hacían en un sitio que parecía desierto: dijéronme que eran palafreneros del rey Mihrage, soberano de aquella isla, y que todos los años en la misma estación tenían costumbre de llevar allí las yeguas del Rey.

"En tanto que hablábamos salió del mar un caballo marino, que se arrojó sobre la yegua, y quiso devorarla; metieron los palafreneros un ruido espantoso, y dejó el monstruo su presa.

"Al día siguiente emprendieron el regreso a la capital de la isla, acompañándolos yo. A nuestra llegada el rey Mihrage, a quien fuí presentado, me preguntó quién era y por qué me encontraba en sus Estados. Después de haber satisfecho su curiosidad me manifestó que sentía mi desgracia, y mandó que cuidasen de mí y que me suministraran todas las cosas de que tuviera necesidad.

... cuando apareció el que hallaba...

„Procuré entablar conocimiento con los comerciantes, por ser los de mi profesión, buscando entre ellos muy especialmente a los extranjeros, no sólo por saber de ellos noticias de Bagdad, sino también por ver si encontraba alguno con quien poder volver a aquella ciudad. Procuraba yo tratar a los sabios de las Indias, y tenía mucho gusto en oirles hablar, sin que esto me impidiese hacer la corte al Rey con mucha regularidad, ni conversar con los gobernadores y reyezuelos tributarios de aquel Rey, que estaban juntos a su persona. Hacíanme ellos mil preguntas acerca de mi país, y por mi parte, deseando instruirme, les preguntaba cuanto me parecía merecer mi curiosidad respecto de las costumbres y leyes de sus Estados.

„Hay bajo el dominio del rey Mihrage una ísla que lleva el nombre de Casel. Me habían asegurado que se oía allí todas las noches un sonido de timbales, lo que daba verosimilitud a la opinión esparcida entre los marineros de que tenía allí su residencia una fantástica ninfa llamada Degial. Me embarqué para ser testigo de aquella maravilla, y en mi viaje vi peces de doscientos metros de largo; peces que causan más miedo que daño, pues son muy tímidos y se los hace huir metiendo ruido con unas tabletas.

„A mi vuelta, estando un día en el muelle, ancló cerca de él un navío que comenzó a descargar sus géneros. Los comerciantes a quienes pertenecían los hacían trasladar a sus almacenes. Dirigiendo lo vista a algunos fardos, vi en ellos mi nombre, y después de haberlos examinado con atención, quedé convencido de que eran los que había hecho cargar en el buque donde me había embarcado en Balsora. Al propio tiempo reconocí al Capitán; pero como estaba persuadido de que me creía muerto, me llegué a él, y le pregunté a quién pertenecían los fardos que estaba viendo.

„—Tenía a bordo—me respondió—un comerciante de Bagdad, que se llamaba Simbad, y un día que estábamos cerca de una especie de isla saltó a tierra con otros pasajeros: aquella isla no era otra cosa que una enorme ballena dormida a flor de agua. No bien se sintió calentar por el fuego que habían encendido en su espalda para guisar la comida, comenzó a moverse y a hundirse en el mar. La mayor parte de las personas que estaban sobre ella se ahogaron, y de este número fué el desgraciado Simbad. Estos fardos eran suyos, y he resuelto negociarlos y reservar su produc-

to hasta que encuentre un individuo de su familia a quien poder entregárselo.

„—Yo soy—le dije—ese Simbad a quien usted cree muerto, y en realidad no lo está: esos fardos y los géneros que contienen son míos.

„Al escucharme, el capitán del buque exclamó:

„—He visto perecer a Simbad; los pasajeros que estaban a bordo en mi buque lo han visto como yo. ¿Y tiene usted el valor de decir que es el mismo Simbad? ¡Qué audacia! ¡Cualquiera diría que es usted un hombre de probidad, y, sin embargo, acaba de decir una horrible mentira para apoderarse de una hacienda que no le pertenece!

„—Tenga usted paciencia—repliqué al Capitán,—y hágame usted el favor de escuchar lo que voy a decirle.

„—¿Qué podrá usted decirme?—repuso.—¡Hable usted; ya le escucho!

„Entonces le conté cómo me había salvado del peligro de perecer ahogado, y mi llegada a la isla donde encontré a los palafreneros del rey Mihrage, que me llevaron a la corte.

„Conmovióse el Capitán al oir mi relato, y pronto quedó convencido de que yo no era un impostor, porque llegaron gentes de su navío que me reconocieron y felicitaron, manifestando el mayor contento por volver a verme.

„—¡Bendito sea Dios—dijo por fin,—que le ha librado felizmente de tan gran peligro! No encuentro palabras con que manifestar a usted el placer que me causa verle vivo. Aquí tiene usted sus géneros: tómelos, y haga de ellos lo que más le acomode, pues son suyos.

„Le dí las gracias, alabando su probidad, y en señal de mi reconocimiento le supliqué que aceptase algunos géneros; pero los rehusó.

„Elegí lo más precioso de cuanto contenían mis fardos, y con ello hice un regalo al rey Mihrage, el cual, como conocía mi desgracia, me preguntó de dónde había sacado cosas tan singulares. Le referí por qué rara casualidad acababa de recobrarlas; aceptó mi presente, y me hizo otros, después de lo cual me despedí de él y volví a embarcarme en el mismo navío, cambiando antes los géneros que me quedaban por otros del país, tales como madera de

áloe y sándalo, alcanfor, nuez moscada, clavo de especia, pimienta y jengibre. Pasamos por muchas islas, hasta que por fin llegamos a Balsora, de donde vine luego a esta ciudad con el valor de unos cien mil cequíes. Me recibió mi familia, y volví a verla con todos los trasportes de júbilo que puede producir un afecto vivo y sincero. Compré esclavos de ambos sexos, hermosas posesiones, e hice una gran casa, estableciéndome de este modo, resuelto a olvidar los trabajos que había padecido, y a gozar de los placeres de la vida.

"Tardé muy poco en disgustarme de hacer una vida tan ociosa: se despertó de nuevo en mí el deseo de viajar y de hacer el comercio por mar, y a este fin compré géneros propios para el tráfico que meditaba, y partí segunda vez en compañía de otros comerciantes cuya honradez y moralidad me eran conocidas. Nos embarcamos, y después de habernos encomendado a Dios emprendimos nuestra navegación.

"Fuimos de isla en isla haciendo negocios muy ventajosos. Un día desembarcamos en una de aquellas islas, en la cual crecían muchas clases de árboles frutales; pero tan desierta, que no descubrimos en ella habitación ni persona alguna, y nos fuimos a tomar el fresco por las praderas y a lo largo de los arroyos que la regaban.

"Mientras unos se divertían en recoger flores y otras frutas, yo tomé algunas provisiones que había llevado, y me senté junto a una corriente de agua cristalina entre unos grandes árboles que daban hermosa sombra. Comí lo que había llevado, después de lo cual se apoderó el sueño de mí. No sabré decir si estuve mucho tiempo durmiendo; pero cuando desperté no vi el buque.

"Me levanté, miré a todas partes, y no vi a ninguno de los comerciantes que habían desembarcado conmigo en la isla. Solamente divisé el navío, que se hacía a la vela; pero a tanta distancia, que a poco le perdí de vista.

"Dejo a la consideración de ustedes las reflexiones que haría viéndome en tan triste estado. Pensé morir de dolor: dí gritos espantosos, me golpeé la cabeza y me arrojé al suelo, donde permanecí largo tiempo sumergido en un mar de pensamientos, a cual más triste. Todos mis pesares eran inútiles, y mi arrepentimiento, fuera de sazón.

"Al fin me resigné con la voluntad de Dios, y, sin saber qué hacer, me subí a la copa de un árbol, desde donde miré a todas partes por ver si descubría alguna cosa que pudiera darme esperanza. Dirigiendo la vista hacia el mar, no descubrí más que agua y cielo; pero habiendo divisado por la parte de tierra una especie de casa blanca, bajé del árbol, y con las provisiones que quedaban me dirigí hacia aquel objeto blanco, tan distante, que no podía distinguir bien lo que era.

"Cuando me encontré cerca noté que era una bola blanca, de altura y grueso podigiosos. Di una vuelta a su alrededor para ver si tenía alguna abertura; pero no pude descubrir ninguna, y me fué imposible subir a ella a causa de lo liso y suave de su superficie.

"Estaba el Sol próximo a ponerse, aunque no tanto que se hiciera de noche en un instante, cuando oscureció como si se hubiera interpuesto entre el Sol y la Tierra una espesa nube. Quedé asombrado al ver aquella oscuridad repentina; pero no me sorprendí menos cuando vi que el objeto que la producía era un pájaro de tamaño extraordinario que iba volando hacia donde yo estaba. Entonces me acordé de que había un ave llamada roc, de que con frecuencia hablaban los marineros, y comprendí que la gruesa bola que tanto había admirado era un huevo de aquel pájaro.

"Se dejó caer el roc sobre él como para cubrirlo. Al verle llegar me apreté cuanto pude junto al huevo; y lo hice de tal suerte, que el pájaro puso delante de mí una pata, que era tan gruesa como un gran tronco de árbol. Me até fuertemente a él con el lienzo de que estaba rodeado mi turbante, alentando la esperanza de que cuando emprendiera el vuelo al día siguiente el roc me sacaría de aquella isla desierta. No bien hubo amanecido, echó a volar el pájaro, y me elevó tan alto, que ya no descubría la Tierra; luego se precipitó con tanta rapidez, que no sentía dónde estaba.

"Apenas me vi en el suelo desaté inmediatamente el nudo que me tenía ligado, y no bien había acabado de soltarme, cuando aquel animal se arrojó sobre una serpiente de longitud inaudita, la cogió, y remontó de nuevo el vuelo.

"El lugar en que me encontraba era un valle profundo, rodeado por todas partes de montañas tan altas, que se perdían en las nubes, y tan escarpadas, que no presentaban camino alguno por don-

de pudiera subirme a su cima; la cual me produjo un nuevo disgusto, porque, a decir verdad, comparando aquel sitio con la isla desierta que acababa de dejar, vi que había ganado muy poco en el cambio. Andando por aquel valle noté que estaba sembrado de diamantes, entre los cuales había algunos de tamaño extraordinario.

"Al principio me complacía mirarlos; pero muy pronto noté a lo lejos algo que no pude ver sin espanto. Era un gran número de serpientes tan gruesas y largas, que había algunas capaces de tragarse un elefante. Durante el día se retiraban a sus cuevas, donde se ocultaban por miedo del roc, su enemigo, no saliendo más que de noche, cuando no había temor de que se acercara.

„Pasé el día paseándome por el valle y descansando de cuando en cuando en los sitios más cómodos. En tanto se puso el Sol, y al anochecer me retiré a una gruta, en la cual creí poder estar seguro. Cerré la entrada, que era baja y estrecha, con una piedra bastante gruesa, para defenderme de las serpientes, pero que no ajustaba lo bastante para impedir que entrase un poco de luz. Cené de la provisiones que llevaba; pero me causaron tanto miedo los espantosos silbidos que daban las serpientes, que no pude pasar la noche con tranquilidad. Así que se hizo de día se retiraron las serpientes: entonces salí temblando de mi gruta, y puedo decir que anduve largo tiempo sobre los diamantes sin que excitaran mi codicia.

Me senté por fin, y a pesar de la inquietud de que me hallaba agitado, como no había cerrado los ojos en toda la noche, comencé a quedarme dormido, cuando una cosa que cayó cerca de mí con gran estrépito me despertó. Era un gran trozo de carne fresca; y luego por distintos lados vi rodar otros muchos desde la cima de las rocas.

„Siempre había creído que era un cuento forjado por pasatiempo lo que había oido decir muchas veces a los marineros y a otras personas con respecto al valle de los diamantes y la industria de que se servían algunos comerciantes para sacar de él piedras preciosas. En efecto; los comerciantes acuden a aquellos lugares en el tiempo en que las águilas tienen polluelos, cortan carne, y la tiran en trozos grandes al valle, donde los diamantes, sobre cuyas puntas caen, se pegan a ellos. Las águilas, que en aquel país son

más fuertes que en otras partes, se arrojan sobre los trozos de carne y se los llevan a sus nidos, a la cima de las rocas, para que sirvan de pasto a sus hijuelos. Los comerciantes corren entonces a los nidos, obligan con sus gritos a las águilas a alejarse, y cogen los diamantes que encuentran pegados a la carne. Sírvense de esta atucia porque no hay otro medio de sacar los diamantes de aquel valle, que es un precipicio al que no se puede bajar.

"Había creido hasta entonces que no me sería posible salir de aquel abismo, que consideraba como mi sepulcro; pero mudé de parecer, dándome ocasión lo que acababa de ver para imaginar un medio de conservar la vida.

"Principié por reunir los diamantes más gruesos que se presentaron a mi vista, y llené con ellos un saco de cuero que me había servido para llevar mis provisiones; cogí luego el trozo de carne que me pareció más largo, lo até fuertemente alrededor de mí con el lienzo de mi turbante, y me eché boca abajo, con el saco de cuero asegurado a la cintura de manera que no pudiera caerse.

"Acababa de hacer todo esto cuando bajaron las águilas, y, arrojándose sobre mí, por parecerles el trozo mayor, me trasportaron a su nido en la cima de la montaña. Pusiéronse a gritar los comerciantes para espantar a las águilas, y cuando éstas abondonaron su presa se aproximó uno de ellos a mí, causándole no poca sorpresa el verme. Se serenó, sin embargo, y en vez de informarse del motivo de mi presencia en aquel lugar, comenzó a quejarse, reconviniéndome de que le había arrebatado su hacienda.

"—Consuélese usted—le dije;—yo tengo diamantes para usted y para mí, más de los que puedan tener todos los demás comerciantes juntos. Si ellos los tienen, es por casualidad: yo he elegido en el fondo del valle los que traigo en esta bolsa que está usted viendo.

"Y esto dicho, le enseñé mi bolsa. Apenas hube acabado de hablar, se acercaron a nosotros los demás comerciantes, que me rodearon mostrándose muy asombrados de verme, y aumentando su sorpresa con la relación de mi historia. Quedaron admirados, no tan sólo de la estratagema que había imaginado para salvarme, sino también de mi atrevimiento al ponerlo en práctica.

"Me llevaron al alojamiento donde estaban todos reunidos; y

... me transportaron a su nido en la cima de una montaña...

Habiendo puesto de manifiesto mi saco de diamantes, quedaron sorprendidos al ver el tamaño de algunos de ellos, asegurándome que en cuantos sitios habían estado no habían visto uno que se les pareciese. Supliqué al mercader a quien pertenecía el nido a que había sido trasportado (porque cada comerciante tenía el suyo) que eligiera los que le acomodasen. Se contentó con tomar uno, no de los más gruesos, y eso a fuerza de insistentes ruegos y súplicas para que tomase más.

"—No—me dijo: estoy satisfecho con éste, que es bastante precioso para ahorrarme el trabajo de hacer más viajes para vivir feliz.

"Pasé la noche con aquellos comerciantes, a quienes conté mi historia para satisfacer la curiosidad de los que no la habían oído. No podía moderar mi alegría al considerarme libre de los peligros de que les había hablado, y me parecía un sueño la seguridad que me daban de que ya nada tenía que temer.

"Hacía ya muchos días que los comerciantes arrojaban pedazos de carne al valle; y como todos parecían contentos de los diamantes que les habían tocado en suerte, partimos al día siguiente, atravesando por montañas muy elevadas, donde encontramos serpientes de prodigiosa longitud, de las cuales tuvimos la dicha de librarnos. Nos dirigimos al primer puerto, desde donde pasamos a la isla de Roha, en la cual se cría el árbol de laurel que produce el alcanfor, tan grueso y frondoso, que pueden estar a su sombra cien hombres con toda comodidad. El jugo de que se forma el alcanfor destila por una abertura que se hace en lo alto del árbol, y se recibe en una vasija, donde toma consistencia; después de haber dado el jugo se seca el árbol y perece.

"En aquella misma isla se crían los rinocerontes, que son animales más pequeños que el elefante y mayores que el búfalo: tienen encima de la nariz un cuerno de una tercia de largo poco más o menos, el cual está cortado por el centro de una extremidad a otra, y en la parte superior se ven algunos rasgos blancos, que representan la figura de un hombre. El rinoceronte riñe con el elefante: le mete el cuerno por debajo del vientre, le levanta y le lleva sobre la cabeza; pero como le corre sobre los ojos la sangre y grasa del elefante y le ciegan, cae al suelo. Entonces sucede una cosa que va a asombrar a ustedes. Llega el roc, los le-

vanta a los dos con sus garras, y se los lleva para alimentar a sus pollos.

'En aquella isla cambié algunos de los diamantes que poseía por otros géneros de buena calidad; de allí nos fuimos a otras, y después de haber tocado en muchas ciudades comerciales llegamos a Balsora, de donde vine a Bagdad.

"Disfruté con mi familia de todas las felicidades de la vida, y perdí muy pronto la memoria de los peligros que había corrido en mis dos viajes anteriores. Como me hallaba en la flor de la edad, me disgusté de vivir sosegado; y procurando desvanecer de mi imaginación los probables peligros que iba a arrastrar, partí de nuevo con ricos géneros del país, embarcándome con otros comerciantes.

"Un día nos vimos acometidos por una horrible tempestad que nos hizo perder el rumbo, y fuimos arrojados por las olas a un puerto en que el Capitán no hubiera querido tocar; pero nos vimos precisados a anclar en él. Tan pronto como se hubo recogido el velamen, nos dijo el Capitán:

"—Esta isla está habitada por unos salvajes velludos, que vendrán a atacarnos tan pronto como nos vean. Aunque son enanos, no debemos hacerles resistencia, porque abundan más que las langostas, y si matásemos alguno, se arrojarían todos sobre nosotros y nos degollarían.

"El discurso del Capitán nos llenó de consternación; y bien pronto nos convencimos de que, por desgracia, era cierto lo que nos había dicho. A poco de haber dado fondo vimos llegar una multitud de salvajes horribles, de sólo dos pies de estatura, y con todo el cuerpo cubierto de pelo rojo. Se echaron a nado y rodearon nuestro navío. Nos hablaban cuando iban acercándose; pero no entendimos una sola palabra de cuanto nos dijeron. Treparon por bordas y cuerdas hasta la cubierta con tanta agilidad y ligereza, que no parecía sino que no ponían los pies en el suelo.

"Pueden ustedes imaginar el espanto con que los vimos hacer aquella maniobra, y creo excusad decirles que, siguiendo los consejos del Capitán, no opusimos resistencia ni les dijimos una sola palabra para procurar desviarlos de su designio. Desplegaron las velas, cortaron el cable del ancla sin tomarse el trabajo de retirar-

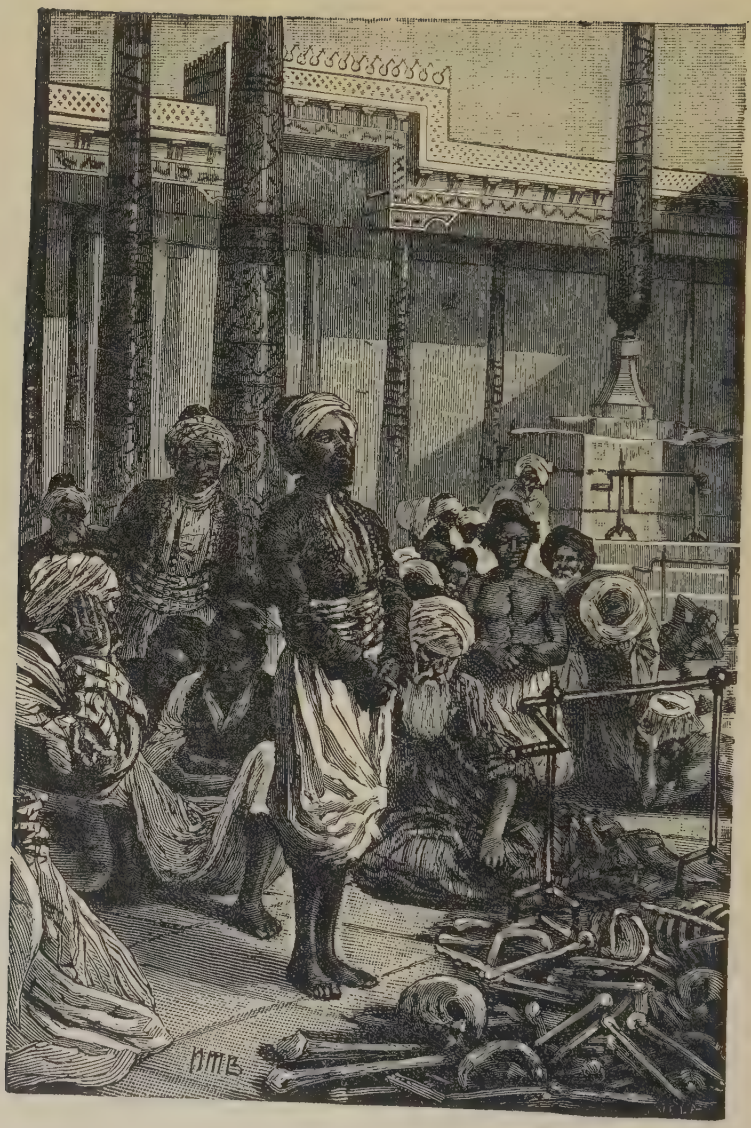
la, y después de haber acercado a tierra el navío nos obligaron a desembarcar, marchándose en seguida. Todos los navegantes procuran no tocar en la isla donde nos hallábamos, por las razones que van ustedes a oir; pero tuvimos que resignarnos con nuestro fatal destino.

"Nos alejamos de la costa, e internándonos en la isla, encontramos algunas frutas, y hierbas, de las cuales comimos para prolongar nuestra vida lo más que pudiésemos.

"A lo lejos del camino vimos un gran edificio, y hacia él dirigimos nuestros pasos. Era un palacio de buena construcción y muy elevado, cuya puerta de ébano con dos hojas abrimos sin hacer más que empujarla. Entramos en el patio, y vimos enfrente una extensa habitación con un vestíbulo, donde había, a un lado, un montón de huesos humanos, y al otro, una infinidad de grandes asadores. Temblamos ante aquel espectáculo; y como estábamos cansados de andar y nos faltaban las fuerzas, caímos al suelo sobrecogidos de mortal espanto, y permanecimos allí largo rato inmóviles.

"Iba a ponerse el Sol. Mientras que nos hallábamos en el lastimoso estado que acabo de pintar se abrió con mucho estrépito la puerta, y vimos salir un hombre negro, alto como una palmera, que tenía en medio de la frente un solo ojo, encarnado y ardiente como un carbón encendido; le salían de la boca, hendida como la de un caballo, los dientes de arriba, que eran muy largos y agudos, y el labio inferior le colgaba hasta el pecho. Sus orejas se parecían a las de un elefante y le cubrían los hombros; en las manos tenía grandes uñas retorcidas y largas como las de los tigres. Al ver un gigante tan horrible, perdimos todos el conocimiento y quedamos como muertos.

"Cuando volvimos de aquella especie de estupor estaba sentado bajo el vestíbulo, y nos miraba con singular atención. Cuando nos hubo considerado a su gusto se adelantó hacia nosotros, extendió la mano hacia mí, me cogió por la cabeza, y me dió mil vueltas con la misma facilidad que un carnicero maneja un cabrito. Después, viendo que estaba tan flaco que no tenía más que piel y hueso, me dejó. Luego fué tomando a los otros alternativamente y examinándolos de la misma manera, hasta que tropezó con el capitán, que era el más grueso de todos. Le cogió, pues, con



... y permanecimos allí largo rato inmóviles.

una mano como si fuera un gorrión, le atravesó el cuerpo con un asador, y habiendo encendido un gran fuego, le puso a asar, y se lo comió para cenar en la habitación adonde se había retirado. Acabada la cena, volvió al vestíbulo, donde se acostó y durmió, dando unos ronquidos tan estrepitosos, que parecían truenos. Su sueño duró hasta la mañana; pero no pudimos disfrutar un momento de reposo, y pasamos la noche en la mas cruel inquietud. Al amanecer despertó el gigante, que se levantó, salió y nos dejó en el palacio.

"Cuando le vimos lejos rompimos el silencio que habíamos guardado toda la noche, y afligiéndonos todos como a porfía, comenzamos a atronar el aire con nuestras quejas y gemidos. Aunque éramos bastantes en número y no teníamos más que un solo enemigo, no se nos ocurrió al principio procurar librarnos de él dándole la muerte; empresa bien difícil de ejecutar, y la única, sin embargo, en que debíamos haber fijado nuestra atención. Discutimos respecto de nuestros propósitos, pero sin tomar acuerdo alguno. Y resignándonos con lo que pluguiese a Dios hacer de nosotros, empleamos el día en recorrer la isla, alimentándonos con frutas y plantas como el día anterior. Por la noche buscamos un sitio donde poder pasarla a cubierto, sin encontrarlo, por cuya razón nos vimos precisados a volver al palacio.

"Volvió el gigante, y se cenó otro de nuestros compañeros; después de lo cual se echó a dormir y roncar, hasta que amaneció. Salió, y nos dejó como lo había hecho el día anterior. Nos pareció tan espantosa aquella situación, que muchos de nuestros compañeros estuvieron a punto de arrojarse al mar antes que esperar una muerte tan cruel, y excitaron a los demás a que siguieran su ejemplo. Pero tomando entonces la palabra uno de la compañía, dijo:

"—Nos está prohibido darnos la muerte; pero, aun cuando nos fuera permitido, ¿no sería más razonable que pensáramos en defendernos del bárbaro que nos destina a servirle de alimento?

"Como se me había ocurrido un proyecto acerca de esto, se lo comuniqué a mis compañeros, y lo aprobaron.

"—Señores míos—les dije,—ya saben ustedes que hay mucha madera a lo largo del mar: recojámosla, y construyamos unas balsas. Cuando las hajamos acabado las dejaremos en la costa hasta

que creamos oportuno hacer uso de ellas. Entretanto pondremos en ejecución el plan que he propuesto a ustedes para librarnos del gigante: si sale bien, podremos esperar aquí con paciencia a que pase algún navío que nos saque de esta isla; pero si, al contrario, erramos el golpe, nos apoderaremos inmediatamente de nuestras balsas y nos alejaremos de esta tierra. Confieso que exponiéndonos al rigor de las olas en tan débiles embarcaciones corremos riesgo de perder la vida; pera aun cuando hayamos de perecer, ¿no es más digno encontrar sepultura en el fondo del mar que en las entrañas de ese monstruo, que ha devorado ya a dos de nuestros compañeros?

"Habiendo todos aprobado mi proyecto, construímos unas balsas capaces de soportar el peso de tres personas.

"Volvimos al palacio al anochecer, y a poco llegó el gigante. Era necesario que nos resolviéramos a ver asar a otro de nuestros compañeros. Después de haber acabado su cena se echó de espaldas y se durmió. En cuanto lo oímos roncar, según su costumbre, nueve de los más atrevidos y yo cogimos un asador cada uno, lo pusimos al fuego para que se hiciese ascua la punta, y le saltamos el ojo con ellos.

"Porrumpió el gigante en un espantoso grito; se levantó bruscamente, y extendió la mano para apoderarse de alguno de nosotros, a fin de sacrificarle a su rabia; pero tuvimos tiempo para alejarnos de él y tirarnos al suelo en sitios en que no podía encontrarnos con los pies. Después de habernos buscado en vano tropezó a tientas con la puerta, y salió dando fuertes alaridos.

"Salimos del palacio detrás del gigante, y nos fuimos a la orilla del mar, donde estaban nuestras balsas, las cuales echamos desde luego al agua, esperando que se hiciese de día para colocarnos en ellas, suponiendo que veríamos llegar al gigante con algún guía de su especie. Pero nos lisonjeábamos de que si no parecía cuando saliera el Sol y no percibíamos sus alaridos, que no cesábamos de oir, sería señal de que había perdido la vida, en cuyo caso era preferible permanecer en la isla y no exponernos en las balsas. Pero no bien fué de día, divisamos a nuestro enemigo acompañado de otros gigantes, de los cuales unos le llevaban de la mano, y otros caminaban delante con rápido paso.

"Apenas los vimos no vacilamos en embarcarnos, y nos ale-

jamos de la orilla a fuerza de remos. Al notar los gigantes nuestra fuga se armaron de gruesas piedras, corrieron hacia la playa, entraron en el agua hasta la mitad del cuerpo, y las arrojaron con tanta destreza, que, a excepción de la balsa en que yo iba, todas las demás fueron derribadas, y los hombres que estaban en ellas se ahogaron.

"Mis compañeros y yo, a fuerza de remar cuanto podíamos, nos pusimos fuera del alcance de las piedras.

"Más tarde fuimos juguete del viento y de las olas, que nos arrojaban de una parte a otra, pasando aquel día y la noche siguiente en la más cruel incertidumbre. Al día siguiente arribamos a una isla, a la cual saltamos con tanto más júbilo, cuanto que encontramos en ella excelentes frutas que nos sirvieron de mucho para reparar las fuerzas que habíamos perdido.

"Poco tiempo después de habernos dormido recostados en la arena a orillas del mar, nos despertó el ruido que hacía con sus escamas al arrastrarse por el suelo una serpiente tan larga como una palmera. Llegó cerca de nosotros, y se tragó sin dificultad alguna a uno de mis compañeros, a pesar de sus gritos y de los desesperados esfuerzos que hizo para librarse de ella, pues, sacudiéndole sin cesar, le machacó contra el suelo, y acabó por tragárselo.

"Al momento echamos a huir el otro compañero y yo; y aunque nos hallábamos a bastante distancia, oímos algún tiempo después un ruido que nos hizo creer que la serpiente roía los huesos del desgraciado a quien había sorprendido.

"—¡Oh Dios mío—exclamamos;—a qué estamos expuestos! ¡Ayer nos regocijábamos de haber salvado la vida milagrosamente de la crueldad del gigante y del furor de las aguas, y hoy hemos caído en otro peligro no menos terrible!

"Al día siguiente reparamos en un árbol grueso y muy alto, y proyectamos pasar en él la noche siguiente para estar más seguros. Comimos frutas como el día anterior, y cuando llegó la noche volvimos a subir al árbol. Aún no habíamos concluído de acomodarnos en él, cuando llegó la serpiente silbando al pie del árbol en que estábamos, se elevó por el tronco, y cogiendo a mi compañero, que estaba más bajo, se lo tragó y se fué, dejándome horrorizado.

"Permanecí en el árbol hasta que fué de día, y entonces bajé más muerto que vivo, pues no podia esperar otra suerte que la de mis compañeros. Haciéndome estremecer de horror este pensamiento, dí algunos pasos con intención deliberada de arrojarme al mar; pero como siempre es agradable prolongar la vida todo lo posible, resistí aquel movimiento de desesperación, y me sometí a la voluntad de Dios para que dispusiera de mí a su gusto.

"Procuré reunir gran cantadid de leña menuda, zarzas y espinos secos, y haciendo con todo muchos haces, los até bien, rodeé con ellos el árbol y coloqué otros de parte a parte por encima para cubrirme la cabeza. Hechos estos preparativos, me encerré en mi círculo a la entrada de la noche, con el triste consuelo de haber hecho cuanto estaba de mi parte para librarme de la muerte que me esperaba. No dejó de acudir la serpiente como las noches anteriores. Púsose a dar vueltas alrededor del árbol, viendo cómo podría devorarme; pero no pudo conseguirlo por la defensa que yo había fabricado, y en vano se estuvo hasta el día en acecho, como un gato que sitia a un ratón en un asilo que no puede forzar. En fin, habiendo amanecido, se retiró; pero yo no me atreví a bajar de mi refugio hasta bien entrado el día.

"Me hallaba tan rendido del trabajo que había tomado, que, pareciéndome mil veces preferible la muerte a soportar una vida tan miserable, me arrojé del árbol, y, olvidando mi resolución del día anterior, corrí hacia el mar, con intento de arrojarme en él de cabeza.

"Dios se compadeció de mi triste situación, pues en el momento en que iba a tirarme al mar vi un navío que pasaba no lejos de la costa. Grité cuanto pude para hacerme oir, y extendí los lienzos de mi turbante para que me percibieran; y no sin provecho, pues, habiéndome visto la tripulación, me envió una lancha el Capitán. Cuando llegué a bordo me preguntaron los comerciantes y marinos por qué me encontraba en aquella isla desierta; y después de haberles contado cuanto me había sucedido, los de más edad me dijeron que habían oído hablar muchas veces de los gigantes que habitaban en aquella isla, los cuales, según decían, eran antropófagos y se comían a los hombres asados. En cuanto a las serpientes, añadieron que las había en abundancia en aquella isla, que se ocultaban de día y salían de noche.

"Después de expresar todos su alegría por haberme librado de tantos peligros; y suponiendo, con razón, que tendría necesidad de comer, se apresuraron á obsequiarme con lo mejor que tenían; y notando el Capitán que mi vestido estaba hecho jirones, tuvo la generosidad de regalarme uno de los suyos.

"Corrimos por algún tiempo los mares, tocamos en muchas islas, y abordamos por fin en la de Salahat, de la cual se saca el sándalo, madera de que se hace mucho uso en Medicina. Entramos en el puerto, y anclamos en él. Comenzaron los comerciantes a desembarcar sus géneros para venderlos o cambiarlos, y en este trabajo estaban cuando me llamó el Capitán y me dijo:

"—Yo tengo en depósito unos géneros que pertenecen a un comerciante que navegó hace mucho tiempo en mi buque; pero como ha muerto, voy a comerciar con ellos, con el fin de dar cuenta de su producto á sus herederos, si llego a encontrarlos.

"Estaban ya sobre cubierta los fardos de que acababa de hablar, y me los enseñó, diciendo:

"—Estos son los géneros de que se trata: espero que se encargue usted de comerciar con ellos, en la inteligencia de que se le pagará bien la comisión.

"Le dí gracias, porque me proporcionaba ocasión de no estar ocioso.

"Andaba anotando el sobrecargo del buque todos los fardos con los nombres de los comerciantes a que pertenecían, y preguntando al Capitán a qué nombre quería que se anotasen los de que acababa de encargarme.

"—Póngalos usted—le dijo el Capitán—a nombre de Simbad.

"No pude oir mi nombre sin emoción; y mirando bien al Capitán, recordé que era el que me había abandonado en mi segundo viaje en la isla donde me había dormido a la orilla de un arroyo, dándose a la vela sin esperarme ni hacerme buscar. No le había reconocido al principio, por lo mucho que había cambiado su fisonomía desde el tiempo que dejé de verle.

"El Capitán, que me creía muerto, no era posible que me reconociera.

"—Capitán—le dije,—¿se llamaba Simbad el comerciante a quien pertenecían estos fardos?

"—Sí—me respondió;—así se llamaba. Era de Bagdad, y se

había embarcado en Balsora. Un día desembarcamos en una isla para hacer aguada: no sé por qué descuido, ni los comerciantes que con él se habían embarcado ni yo le echamos de menos al darnos a la vela, y cuando lo advertimos hacía ya cuatro horas que estábamos navegando. Teníamos el viento en popa, y tan fresco, que no nos fué posible volver a virar de bordo para ir a recogerle.

"—¿Conque usted le cree muerto?—repuse.

"—¡Seguramente!—me respondió.

"—Pues bien, Capitán—repliqué;—míreme usted, y reconozca a ese pobre Simbad que dejó usted en aquella isla desierta: me quedé dormido a la orilla de un arroyo, y cuando desperté me encontré solo.

"Al oir esto, comenzó el Capitán a mirarme con atención.

"—¡Alabado sea Dios!—dijo.—¡La fortuna ha reparado mi falta! Ahí tiene usted sus géneros, que he tenido cuidado de conservar y de hacer producir en todos los puertos en que he abordado. Se los devuelvo a usted con todas las utilidades que han producido.

"Yo los acepté, manifestando al Capitán todo mi reconocimiento.

"De la isla de Salahat fuimos a otra, donde me proveí de clavo, canela y otras especias. Cuando nos alejábamos vimos una tortuga que tenía, por lo menos, diez varas de largo y otro tanto de ancho, y un pescado que se parece mucho a la vaca, y cuya piel es tan dura, que se hacen de ella broqueles; asimismo, vimos también otro que tenía la figura y el color del camello.

"Llegué por fin a Balsora después de una larga navegación, y de allí volví a esta ciudad cargado de inmensas riquezas, que yo mismo no sabía a cuánto ascendían. Dí a mi regreso a los pobres una buena parte de la fortuna que llevaba, y aumenté considerablemente mis bienes.

"Las muchísimas ocupaciones que me habían proporcionado tantas riquezas como trajé de mi tercer viaje no fueron motivo bastante poderoso para determinarme a no emprender otros; así es que me dejé llevar aún de la pasión de traficar y ver cosas nuevas. Areglé mis negocios, y, habiendo acopiado buena cantidad de géneros de fácil salida en los sitios donde tenía designio de ir, partí, tomando el camino de Persia, de la que atravesé muchas

provincias, y llegué a un puerto de mar, donde me embarqué. Nos dimos a la vela; y habíamos tocado ya en muchos puertos de tierra firme y en algunas islas orientales, cuando un día nos sorprendió una gran ráfaga de viento que obligó al Capitán a hacer amainar las velas y a dar las órdenes necesarias en prevención del peligro que nos amenazaba. Pero fueron inútiles todas las precauciones: no salió bien la maniobra; las velas se hicieron mil pedazos, y, no pudiendo ya gobernar el buque, se abrió, de manera que se ahogaron gran número de comerciantes y marineros, perdiéndose también la carga que llevábamos a bordo.

"Tuve la suerte, lo mismo que otros comerciantes y marineros, de agarrarme a una tabla, y a todos nos arrebató una corriente hacia una isla que teníamos delante, en la cual encontramos fruta y agua de un manantial, lo que contribuyó a que recobrásemos pronto las fuerzas. Pasamos la noche en el mismo sitio en que el mar nos había dejado, sin atrevernos a tomar partido alguno respecto de lo que debíamos hacer.

"Apenas ameneció el día siguiente nos alejamos de la playa, e internándonos en la isla, vimos habitaciones, hacia las cuales enderezamos nuestros pasos. ¡Eran chozas de antropófagos! Conforme nos acercábamos a ellas se dirigieron hacia nosotros gran número de negros; nos rodearon, se apoderaron de nuestras personas, hicieron de nosotros una especie de partición, y nos condujeron a sus casas.

A mí y a otros compañeros nos llevaron a un mismo sitio, en el cual nos hicieron sentarnos, y presentándonos ciertas hierbas, nos invitaron a comer de ellas. Consultando sólo con su estómago, mis compañeros comieron con afán de aquellas hierbas, sin reparar que no las comían los que nos las presentaban. Por lo que a mí hace, sospechando alguna superchería, ni aun quise probarlas; y no me arrepentí, porque poco después noté que a los demás se les había trastornado la cabeza, de manera que cuando hablaban no sabían lo que decían.

"Luego nos sacaron arroz preparado con aceite de coco, y mis compañeros, que habían perdido ya la razón, comieron de él extraordinariamente. Yo también comí; pero muy poco. Los negros nos presentaron primero las hierbas para turbarnos la razón, y con intento de que no pudiéramos conocer el fin que nos esperaba

y procuraramos con razón evitarlo; y si luego nos dieron arroz, fué con objeto de que engordáramos, porque tenían intención de comernos cuando estuviésemos cebados. Mis compañeros, que ignoraban el destino que la suerte les deparaba, porque habían perdido el conocimiento, fueron comidos unos tras otros por aquellos bárbaros; pero yo, en lugar de engordar como los demás, me puse aún más flaco de lo que era.

"El temor de la muerte, que no podía apartar de la imaginación, convertía en veneno cuantos alimentos tomaba; así es que cada día estaba más delgado, descarnado y seco: tanto, que no creyeron oportuno hacer conmigo lo que habían hecho con mis desgraciados compañeros, y me dejaron para mejor ocasión.

"Mientras tanto disfrutaba bastante libertad, y apenas reparaban en mi negligencia, que me proporcionó un día la ocasión de alejarme de las habitaciones de las negros y escaparme. Un viejo que me vió, sospechando el propósito que guiaba mis pasos, se desgañitó gritándome que volviese; pero, en lugar de obedecerle, redoblé mis pasos, y tardé bien poco en perderle de vista. No había entonces más que aquel viejo en las habitaciones, pues todos los demás estaban ausentes y no debían volver hasta el fin del día, lo que solían hacer con bastante frecuencia. Así es que, con la seguridad de que ya no estarían a tiempo de seguirme cuando supieran mi fuga, estuve caminando hasta la noche. Entonces me detuve para descansar un poco y comer algunos víveres, de que había hecho provisión. Pero muy pronto volví a emprender mi camino, y continué andando por espacio de siete días, procurando huir de los sitios que me parecían habitados. Me mantenía con cocos, que me suministraban a un mismo tiempo alimento y bedida.

"El octavo día llegué cerca del mar, y de repente me encontré con gentes blancas que estaban ocupadas en recoger pimienta, de que había gran abundancia en aquellos sitios. Pareciéndome de buen agüero aquella ocupación, no tuve dificultad en acercarme a ellos.

"Salieron a mi encuentro los que estaban recogiendo pimienta, y así que estuvieron cerca me preguntaron en árabe quién era y de dónde venía. Loco de contento al oirlos hablar en mi lengua, satisfice su curiosidad contándoles de qué manera había naufragado en aquella isla, donde habíamos caído en manos de los negros.

Salieron a mi encuentro...

"—¡Pues esos negros—exclamaron interumpiéndome—se comen a los hombres! ¿Por qué milagro ha escapado usted de su cruel voracidad?

"Entonces les hice la relación que acaban ustedes de oir, con lo cual quedaron admirados.

"Permanecí con ellos hasta que hubieron recogido la cantidad de pimienta que necesitaban, y después me hicieron embarcar en el buque que los había llevado, a fin de regresar a su patria. Llegados a la capital, me presentaron al Rey, que tuvo la paciencia de oir la relación de mis aventuras, quedando sorprendido de mi relato. Luego hizo que me dieran ropas y mandó que me cuidasen.

"La isla en que me hallaba estaba muy poblada, era muy fértil, producía toda clase de riquezas, y en la ciudad en que vivía el Rey se hacía un gran comercio. Comencé, pues, a consolarme de mi desgracia, y las bondades que tenía para conmigo el príncipe que gobernaba aquel Estado acabaron de devolverme la alegría. Así en la corte como en la ciudad, todos buscaban ocasión de complacerme; de modo que muy pronto me miraron como si fuera natural de la isla, más bien que como extranjero.

"A poco de estar en la isla noté con gran extrañeza que todo el mundo, incluso el mismo Rey, montaba a cabello sin estribos. Pregunté un día al Rey por qué no se servía de aquellas comodidades, a lo que él me respondió que le hablaba de cosas cuyo uso se ignoraba en sus Estados.

"Fuí a casa de un carpintero, y le mandé trabajar la madera para una silla según el modelo que le presenté; concluída la armazón, la guarnecí de borra y cuero y la adorné con una franja de oro. Luego me dirigí a un herrero, que me hizo un freno por el molde que le dí, y después le mandé también hacer unos estribos.

"Cuando estuvieron acabadas todas estas cosas se las presenté al Rey, que hizo el ensayo de ellas en uno de sus caballos. El Príncipe quedó tan satisfecho de mi invención, que me dió pruebas de su júbilo con grandes liberalidades. No pude excusarme de hacer muchas sillas dedicadas a los caballos de los Ministros y para los principales oficiales de la Casa Real: los palaciegos me hicieron grandes regalos, que me enriquecieron en poco tiempo.

"Las hice también para las personas más notables de la ciudad,

lo cual me produjo gran reputación, y fué causa de que todo el mundo me respetase.

"—Simbad—me dijo un día el Rey,—ya sabes que te aprecio y que todos mis súbditos te respetan: voy a pedirte un favor.

"—Señor—le respondí,—nada hay que no esté dispuesto a hacer para manifestar mi obediencia.

"—Quiero casarte—replicó el Rey, a fin de que el matrimonio te retenga en mis Estados y no te acuerdes más de tu patria.

"No me atreví a contradecir al Príncipe, el cual me dió por mujer una señora de su corte, noble, hermosa, discreta y rica. Después de las ceremonias de las bodas me establecí en casa de mi mujer, con la cual viví algún tiempo en perfecta unión, pero sin que por eso estuviera contento con mi suerte.

"Tenía intención de escaparme a la primera ocasión que encontrase, y volver a Bagdad, cuya memoria no podía hacerme olvidar mi posición, á pesar de ser tan risueña.

"Poco tiempo después de mi matrimonio cayó enferma y murió la mujer de un vecino mío con quien había contraído gran amistad.

"Fuí a su casa con el fin de consolarle, y hallándole sumergido en la mayor tristeza, le dije:

"—¡Dios le conserve y le dé larga vida!

"—¿Cómo quiere usted—me respondió—que obtenga la dicha que me desea, si no tengo más que una hora de vida?

"—Espero que no sucederá tal desgracia, y que tendré el placer de verle por largo tiempo.

"—Por lo que a mí toca, ya se acabó todo, pues ha de saber usted que hoy me entierran con mi mujer. Tal es la costumbre que nuestros antepasados establecieron en esta isla, y que se ha conservado inviolablamente. El marido vivo se entierra con la mujer muerta. Nada es capaz de salvarme: todo el mundo está sujeto a esta ley.

"Aun estaba contándome esta extraña barbarie, cuya noticia me causó cruel espanto, cuando llegaron los parientes, amigos y vecinos para asistir a los funerales, vistieron el cadáver de la mujer con los vestidos más ricos, como el día de las bodas, y lo adornaron con todas sus joyas.

"Pusiéronle luego en un féretro descubierto, y comenzó a caminar el acompañamiento del entierro, yendo el marido a la cabeza

del duelo e inmediato al cuerpo de su mujer. Dirigiéronse a una montaña que había a la salida de la ciudad, y así que hubieron llegado a ella levantaron una gran piedra que cubría la abertura de un pozo, al cual bajaron el cadáver sin quitarle los vestidos ni las joyas; después abrazó el marido a sus parientes y amigos, se dejó poner sin resistencia en un ataúd, con un jarro de agua, algunos panes y alguna comida. Le bajaron después de una lúgubre y ridícula ceremonia, de la misma manera que habían bajado a su mujer. La montaña se extendía a lo largo y servía de límites al mar; el pozo era muy profundo. Enterrados la muerta y el vivo, pusieron la piedra en la abertura, y todos volvimos a la ciudad.

"No hay necesidad, señores, de que diga a ustedes la tristeza que me causaron semejantes funerales, que en las demás personas que asistieron a ellos apenas causaron impresión, por el hábito de ver con frecuencia aquello mismo.

"—Señor—dije al Rey en la primera ocasión que tuve,—estoy extraordinariamente admirado de una costumbre de que ayer me he enterado, y que, por lo que veo, se observa en los Estados de V. M.; y es la de enterrar a los vivos con los muertos. Yo he viajado mucho, he tratado con gentes de varias naciones, y nunca he oída hablar de semejante barbaridad.

"—Simbad—me replicó,—esa es una ley general, a la cual está sometido desde el esclavo al Rey. Así es que a mí me enterrarán vivo con la Reina, mi esposa, si muere antes que yo.

"—Señor—le pregunté,—¿están obligados a observar esta costumbre los extranjeros?

"Sonrióse el Rey al oir mi pregunta, y contestó:

"—Los extranjeros que contraen matrimonio en esta isla están sujetos a la misma ley que los naturales.

"Volví a mi casa contristado con el conocimiento de tales cosas, temiendo que mi mujer muriese la primera y me enterraran vivo con ella. ¿Qué medio podía emplear para remediar semejante mal? Fué preciso tener paciencia y resignarse a la voluntad de Dios.

"A la más leve indisposición de mi mujer, temblaba como un azogado. Pronto tuve que apurar hasta las últimas heces del cáliz de mi amargura. Mi esposa cayó gravemente enferma, y murió pocos días después.

"Pueden ustedes juzgar cuál sería mi dolor. Ser enterrado vivo me parecía una manera de morir tan deplorable como ser devorado por los antropófagos; y, sin embargo, era preciso pasar por ello. El Rey, acompañado de toda su corte, quiso honrarme presidiendo el duelo, y las personas más notables de la ciudad me hicieron también el honor de asistir a la horrible ceremonia de enterrarme vivo.

"Cuando todo estuvo preparado pusieron el cuerpo de mi mujer en un féretro con todas sus joyas y sus más preciosos vestidos, y comenzó a andar la comitiva. Como parte principal en aquella lastimosa tragedia, seguía inmediatamente al cuerpo de mi mujer con los ojos llenos de lágrimas y deplorando mi triste destino. Antes de llegar a la montaña, queriendo tentar fortuna, me incliné ante el Rey hasta el suelo para besar la falda de su vestido, suplicándole que me compadeciese.

"—¡Consideren ustedes—les dije —que yo soy un extranjero, que no debo estar sujeto a una ley tan rigurosa, y que tengo mujer e hijos en mi país!

"A pesar de que pronuncié estas palabras con tono patético, a nadie enternecieron: antes por el contrario, se apresuraron a bajar al pozo el cuerpo de mi esposa, y un momento después me bajaron a mí en otro féretro descubierto, con un jarro lleno de agua y siete panecillos. En fin, después de haber acabado la ceremonia pusieron la piedra en la abertura del pozo, sin escuchar mi llanto, mis quejas ni los gritos que daba.

"Conforme iba acercándome al fondo, a favor de la poca luz que se introducía de lo alto, descubría la disposición de aquel lugar subteráneo.

"Era una gruta que tenía unos cincuenta pies de profundidad, y de la cual salía un hedor insoportable. A derecha e izquierda había multitud de cadáveres, y me pareció oir dar el último suspiro a algunos de los últimos que habían bajado. Cuando descansó el féretro en tierra salí inmediatamente de él, y me alejé de los cadáveres tapándome las narices; me arrojé al suelo, y lloré desconsoladamente mucho tiempo.

"Es cierto que Dios dispone de nosotros según los decretos de su providencia. Pero ¿tengo yo la culpa de verme reducido a morir de modo tan extraño? ¡Pluguiese al Cielo que hubiera perecido

en alguno de los naufragios de que me he librado! ¡No tendría que morir de una muerte tan lenta y tan terrible! ¡Ah, desgraciado; más me hubiera valido permanecer en casa y gozar tranquilamente del fruto de mis trabajos!

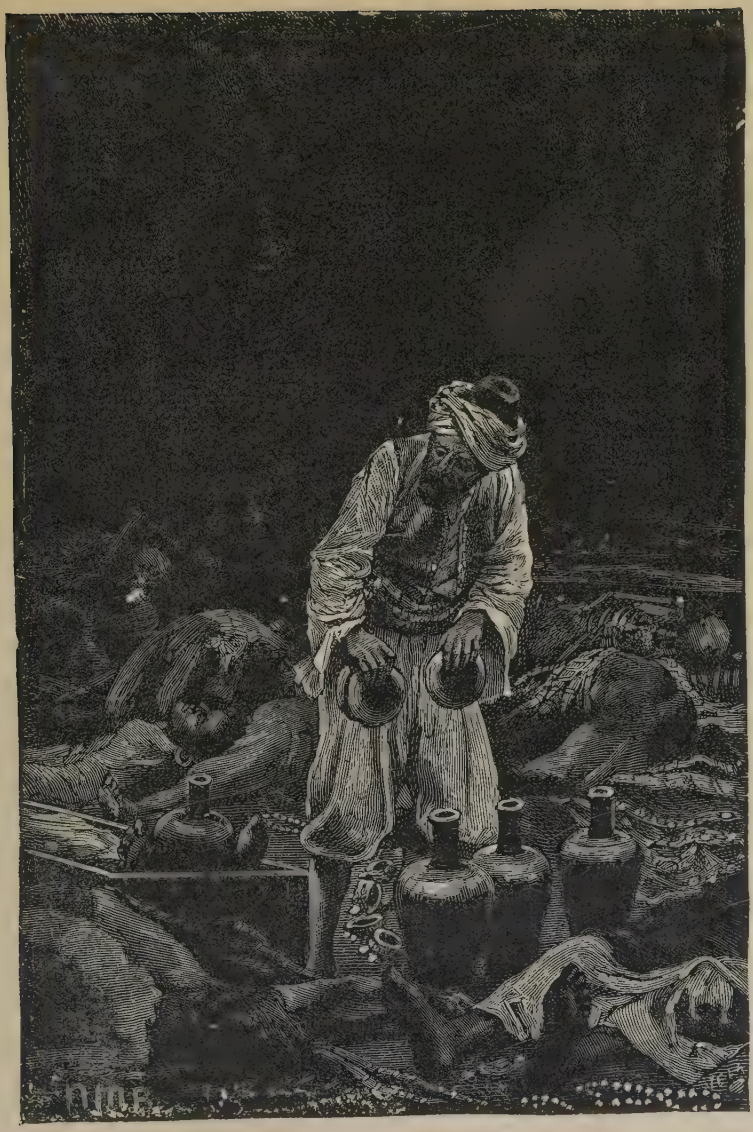
"Tales eran las inútiles quejas con que atronaba la gruta, al mismo tiempo que me golpeaba la cabeza y el pecho de rabia y desesperación, entregándome enteramente a los más dolorosos pensamientos. Sin embargo, por más miserable que fuese el estado en que me veía, sentí en mí el amor a la vida, amor que me indujo a prolongar mis días; por lo cual, a tientas y tapándome las narices, me fuí a tomar el pan y el agua que había en mi féretro, y comí de él.

"Aunque reinaba en la gruta oscuridad tan profunda que no se distinguía el día de la noche, no dejé de encontrar mi féretro; y me pareció que la gruta era más espaciosa, y que estaba más llena de cadáveres de lo que al principio había creído. Viví algunos días alimentándome de pan y agua; pero, una vez concluídas mis provisiones, me preparaba a morir. Para retardar cuanto pudiera los malos días, comí la mitad que los días anteriores.

"Ya no tenía esperanza de salvación, cuando levantaron la piedra, y vi que bajaban un cadáver, y con él una persona viva. El muerto era un hombre. En los grandes apuros parece cosa natural que se tomen resoluciones extremas; así es que al tiempo que bajaban a la mujer me aproximé al sitio en que debía caer su ataúd. Cuando advertí que habían tapado la abertura del pozo, dí a la infeliz dos o tres golpes en la cabeza con un hueso que usaba por báculo, y quedó muerta.

"Cometí aquella acción inhumana para aprovecharme del pan y del agua que había en su féretro. Tuve provisiones para algunos días, al cabo de los cuales volvieron a bajar una mujer muerta y un hombre vivo. Maté al hombre de la misma manera, y como, por dicha mía, hubo gran mortandad en la ciudad, no me faltaron víveres, gracias al mismo ardid.

"Un día oí no lejos de mí soplar y andar. Me acerqué al sitio por donde sentía el ruido; oí resollar con fuerza, y me pareció entrever alguna cosa que emprendía la fuga. Seguí a aquella especie de sombra, que se detenía de cuando en cuando y resollaba siempre, huyendo a medida que me aproximaba. La seguí duran-



... para aprovecharme del pan y del agua...

te gran rato, y fuí tan lejos, que al fin advertí una luz que parecía una estrella. Seguí caminando hacia aquella luz, perdiéndola de vista algunas veces según los obstáculos que me la ocultaban; pero pronto volvía a encontrarla, hasta que al fin descubrí en la roca una abertura bastante ancha para pasar por ella.

"En vista de aquel descubrimiento, me detuve un momento para reponerme de la violenta emoción que acababa de experimentar, y habiendo adelantado hasta la abertura, salí por ella, y me encontré en la orilla del mar. Como ustedes pueden figurarse, tal fué el exceso de mi júbilo, que me costó trabajo persuadirme de que no era una ilusión.

"Examiné la montaña, y vi que estaba situada entre la ciudad y el mar, sin comunicación con ningún camino, porque era de tal manera escarpada, que la Naturaleza la había hecho inaccesible. Me arrodillé en la playa para dar gracias a Dios por la merced que acababa de hacerme, y luego entré en la gruta para ir a tomar pan, que volví a comer a la claridad de la Luna, con mejor apetito del que había tenido desde que me habían enterrado en aquel antro de tinieblas.

"Volví a introducirme en la gruta, y a tientas recogí en los féretros todos los diamantes, rubíes, perlas, brazaletes de oro y todas las telas que encontré a mano, y fuí llevándolas a la orilla del mar. Hice con aquellos objetos muchos fardos, y después de bien atados con las cuerdas que había en la gruta y que sirvieron para bajar los féretros, los dejé en la playa, esperando que Dios me proporcionaría ocasión para embarcarme sin temor de que sufrieran desperfectos, porque no era la estación de la lluvias.

"Al cabo de dos o tres días vi un navío que acababa de salir del puerto, y que pasó cerca del sitio donde yo estaba. Le hice señas con el lienzo de mi turbante, gritando al mismo tiempo cuanto podía para que me oyesen los marineros, y, habiendo visto las señales, me enviaron la lancha para recogerme.

"Pregutándome los marineros por qué desgracia me encontraba en aquel sitio, respondí que me había salvado de un naufragio hacía dos días con los fardos que estaban viendo. Por fortuna, sin examinar aquellas gentes el sitio en que me encontraba ni si era verosímil lo que les decía, se dieron por satisfechos con mi respuesta, y me llevaron al navío juntamente con mis fardos.

"Cuando llegamos a bordo, sitasfecho el Capitán del servicio que me hacía, y ocupado en el mando del buque, tuvo la bondad de dar crédito a mi supuesto naufragio. En pago de mi pasaje le ofrecí algunas de mis piedras preciosas; pero no quiso aceptarlas.

"Con buen viento pasamos por delante de muchas islas, entre otras las Campanas, distantes diez días de navegación de la de Serendib, y abordamos en la de Kela. En esta isla hay minas de plomo, cañas de India y alcanfor muy excelente.

"El rey de la isla de Kela es muy rico y poderoso, y su autoridad se extiende a todas las islas de las Campanas, que tienen dos jornadas de extensión, y cuyos habitantes son tan bárbaros como los que comen carne humana. Después que hubimos hecho algunos negocios en aquellas islas volvimos a darnos a la vela, y abordamos en otros muchos puertos. Por fin llegué felizmente a Bagdad con muchas riquezas. Para dar gracias a Dios por los beneficios que me había dispensado hice grandes limosnas, y me dediqué enteramente a mis parientes y amigos, divirtiéndome y partiendo con ellos mi mesa.

"Los placeres de la vida regalada borraron una vez más de mi memoria las penas y los tormentos que había sufrido, y me inspiraron deseos de emprender nuevos viajes. Compré géneros, que hice enfardar y cargar en carruajes, y partí con ellos dirigiéndome al primer puerto de mar. A fin de no depender de un capitán y tener un buque a mi disposición, me entretuve en hacer construir y equipar uno a mis expensas. Cuando estuvo acabado le hice cargar y me embarqué en él; y como no tenía carga suficiente para ocuparlo todo, recibí a muchos comerciantes de diferentes naciones.

"El primer día de viento favorable que tuvimos se emprendió el viaje, y después de larga navegación abordamos en una isla desierta, donde encontramos el huevo de un roc de tamaño semejante al de que me han oído ustedes hablar, y que contenía un pollo pronto ya a salir del cascarón.

"Los comerciantes rompieron el huevo a hachazos, e hicieron en él una abertura, por donde sacaron a pedazos la cría del roc, que resolvieron asar, a pesar de mis órdenes para que no tocasen al huevo; pero no quisieron escucharme.

"No bien hubieron acabado el banquete, cuando se presentaron

a bastante distancia de nosotros como dos densas nubes. Sabiendo por experiencia lo que aquello significaba, el Capitán dijo que eran los padres del roc, y nos mandó que volviéramos al buque lo más pronto posible, para evitar la desgracia que estaba previendo. Nos apresuramos a seguir su consejo, y precipitadamente nos dimos a la vela.

"Mientras tanto, los dos enormes pájaros se aproximaron dando espantosos graznidos, que redoblaron cuando vieron el huevo roto y que su cría no estaba en el cascarón. Volvieron a alzar el vuelo, y desaparecieron, mientras procurábamos alejarnos en prevención de lo que no por eso dejó de suceder.

"Volvieron, llevando cada uno entre las garras un trozo de roca de enorme tamaño; y cuando estuvieron sobre nuestro buque, detuvieron el vuelo sosteniéndose en el aire. Dejó el uno caer el trozo de roca que llevaba; pero gracias a la destreza del timonel, que hizo dar una bordada al buque, cayó a nuestro lado en el mar, con tanta fuerza, que al golpe se abrió de tal modo, que casi vimos el fondo. Por desgracia, el otro pájaro dejó caer su peñasco en medio del buque con tanto acierto ,que le rompió en mil pedazos.

"Todos los marineros y pasajeros fueron machacados o sumergidos. Yo fuí del número de estos últimos; pero saliendo a la superficie del agua, tuve la dicha de agarrarme a una tabla que flotaba, y sin dejarla un momento, y ayudándome tan pronto con una mano como con otra, favorecido por el viento y la corriente, llegué por fin a una isla cuya costa era muy escarpada; dificultad que, sin embargo, pude vencer, y me salvé. Me senté en la hierba para reponerme de la fatiga que me había producido el viaje, y así que hube dormido un rato me fuí hacia el interior de la isla para reconocer el terreno. Me pareció que me hallaba en un jardín delicioso: por todas partes había árboles cargados de frutas maduras, y arroyos de agua dulce y cristalina. Comí de aquellas frutas que me parecieron excelentes, y bebí de aquel agua, que me convidaba a repetir.

"Cuando llegó la noche me acosté en la hierba en un sitio bastante cómodo; pero no pude dormir una hora seguida, pues con frecuencia interrumpía mi sueño el espanto que me causaba verme solo en aquel desierto. Empleé la mayor parte de la noche en

meditar acerca de la imprudencia que había cometido al emprender aquel viaje, y me afligía tanto la reflexión de mi imprudente afán de viajar, que llegué a pensar seriamente en quitarme la vida. La luz del día disminuyó mi desesperación. Me levanté y comencé a andar por entre los árboles, no sin temor de que me sucediera alguna desgracia.

"No lejos de la costa vi a un viejo, que me pareció muy enfermo, sentado a la orilla de un arroyo. Suponiendo que fuese alguno que había naufragado como yo, me acerqué a él y le saludé, a lo que me contestó tan sólo con una leve inclinación de cabeza. Le pregunté qué hacía allí, pero, en lugar de responderme, me hizo señas de que le cargase sobre mis hombros y le pasara al otro lado del río.

"Creí que tenía necesidad de que le hiciera aquel servicio. Me lo eché a cuestas, pasé el río, y luego le dije que bajase, inclinándome de modo que pudiera hacerlo con facilidad. Pero, en lugar de dejarse caer al suelo (¡no puedo dejar de reirme cada vez que me acuerdo!), el tal viejo me pasó ligeramente alrededor del cuello sus dos piernas, cuya piel vi que se parecía a la de una vaca, y se puso a horcajadas sobre mis hombros, apretándome con tanta fuerza la garganta. que a poco más me ahoga. De tal modo me sobrecogió el espanto, que caí desmayado.

"A pesar de mi desmayo, el infame viejo continuó agarrado a mi cuello, separando solamente un poco las piernas para que pudiera respirar. Cuando hube recobrado el espíritu me apoyó fuertemente sobre el estómago un pie, y pegándome rudamente con el otro en el costado, me obligó a levantarme a pesar mío. Cuando estuve de pie me hizo andar por debajo de los árboles, obligándome a detenerme de vez en cuando para recoger y comer las frutas que encontrábamos. De día no abandonaba su presa, y cuando por la noche quería descansar, hacía que me tendiese, teniéndome siempre agarrado por el cuello. Todas la mañanas, para despertarme, me empujaba y me hacía levantar arreándome con los pies. Figúrense ustedes el trabajo que tendría al verme cargado con aquel peso y sin poder desprenderme de él.

"Un día encontré por el camino muchas calabazas secas. Cogí una bastante gorda, y después de haberla limpiado bien, exprimí dentro el jugo de muchos racimos de uvas, fruto que producía la

isla en abundancia y que encontrábamos a cada paso. Cuando la hube llenado la puse en sitio a propósito, al cual tuve la destreza de hacerme llevar por el viejo algunos días después. Cuando llegué a él cogí la calabaza, y bebí un excelente vino, que me hizo olvidar el disgusto que me abrumaba, hasta el punto de ponerme a cantar y saltar cuando caminaba.

"El viejo, que notó el efecto que había producido en mí aquella bebida, y viendo que le llevaba con más ligereza de la acostumbrada, me hizo señas para que le diese de beber; y habiendo tomado la calabaza que le presenté, le pareció tan agradable aquel licor, que lo apuró hasta no dejar gota. Había bastante cantidad para embriagarse, y se embriagó hasta el punto de que, subiéndosele al vino a la cabeza, comenzó a cantar a su modo y a zarandearse sobre mis hombros. Sus piernas fueron aflojando poco a poco. Viendo que ya no me apretaba, le arrojé al suelo, y, habiendo quedado sin movimiento, tomé una gran piedra, y con ella le machaqué la cabeza.

"Así me libré para siempre de aquel maldito viejo, y caminé hacia la orilla del mar, donde encontré las gentes de un navío que estaban haciendo aguada y tomando algún refresco. Quedaron muy admiradas de verme, y al oir el pormenor de mi aventura me dijeron:

"—Había caído usted en poder del *Viejo del Mar,* y es el primero a quien no ha ahogado, pues no se ha dado el caso de que haya abandonado a sus víctimas hasta después de haberlas sofocado, haciendo famosa esta isla por el número de náufragos que en ella han muerto; de tal modo, que los marineros y comerciantes que desembarcan aquí no se atreven a internarse.

"Me llevaron con ellos al buque, cuyo capitán se alegró de recibirme a bordo cuando supo lo que me había sucedido. Después de algunos días de navegación anclamos en el puerto de una gran ciudad, cuyas casas estaban construídas con buena piedra.

"Uno de los comerciantes del navío, que había contraído amistad conmigo, me obligó a que le acompañase, y me condujo a un alojamiento destinado a servir de asilo a los mercaderes extranjeros. Me dió un saco, y suplicó a algunas gentes de la ciudad que me llevasen a recoger cocos, con lo cual podría ganarme la vida.

... y habiendo quedado sin movimiento...

"—Vaya usted con estos señores—me dijo; sígalos, y haga lo que les vea hacer: sin separarse de ellos, porque peligraría su vida.

"Me dió víveres con que alimentarme aquel día, y partí con aquellas buenas gentes.

"Llegamos a una gran selva cuyos árboles eran sumamente altos y rectos, y cuyo tronco estaba tan liso, que no era posible agarrarse a él para subir hasta las ramas en que estaba el fruto. Todos los árboles eran cocoteros, cuyos frutos queríamos derribar y llenar de ellos nuestro saco. Al entrar en la selva vimos gran número de monos de todos tamaños, que al divisarnos echaron a correr y subieron a la copa de los árboles con extraordinaria ligereza.

"Los comerciantes con quienes yo estaba cogieron algunas piedras, y tiraron con ellas a los monos a lo alto de los árboles. Siguiendo yo su ejemplo, vi que los monos contestaban a nuestra agresión arrojándonos los cocos que tenían a mano, haciendo gestos que manifestaban su cólera y animosidad. Recogíamos los cocos, y repetíamos de cuándo en cuándo nuestras pedradas para irritar a los monos, con lo cual llenamos los sacos de aquellos frutos.

"Una vez conseguido nuestro objeto volvimos con ellos a la ciudad, donde el comerciante que me había enviado a la selva me compró los cocos que había recolectado, rogándome que todos los días hiciera otro tanto hasta que ganase con qué volver a mi casa. Le dí las gracias por el consejo que me daba, e insensiblemente fuí reuniendo tan gran montón de cocos, que con ellos gané una suma considerable.

"El buque que me había recogido se había hecho a la vela, y tuve que esperar a que tocase otro en aquel puerto. En el primero que llegó hice embarcar todos los cocos que me pertenecían, y cuando estuvo dispuesto para partir, fuí a despedirme del comerciante a quien debía tantos favores.

"Nos dimos a la vela con rumbo a la isla de Comari, que produce la mejor especie de madera de áloe. Cambié en ella mis cocos por pimienta y madera de áloe, y de allí me fui en compañía de otros comerciantes a la pesca de perlas. Tomé buzos asalariados por mi cuenta, y tuve la fortuna de que recogiesen para mí gran número de ellas muy gruesas y perfectas. Me embarqué muy contento en un navío que llegó con toda felicidad a Balsora, y de

allí vine a Bagdad, donde vendí con ventaja la pimienta, la madera de áloe y las piedras que había traído. Distribuí en limosnas la décima parte de mis ganancias, y procuré descansar y reponerme de mis fatigas con toda suerte de diversiones.

"Después de un año de descanso me preparé a hacer un nuevo viaje, a pesar de las súplicas de mis parientes y amigos, que hicieron cuanto les fué posible por detenerme.

"En lugar de emprender la marcha por el golfo Pérsico, atravesé muchas provincias de Persia y de las Indias, y llegué a un puerto de mar, donde me embarqué en un buen buque cuyo capitán estaba resuelto a hacer una larga travesía. Algunos meses después de nuestra partida el capitán y el piloto perdieron el rumbo, hasta el punto de ignorar dónde nos hallábamos.

"Estudiaron sus mapas, y después de algunas horas vimos con gran asombro al capitán abandonar su puesto dando gritos. Arrojó el turbante al suelo, se arrancó la barba y se dió golpes en la cabeza, como hombre a quien la desesperación ha vuelto loco. Le preguntamos por qué se afligía de aquella manera, y su respuesta fué anunciarnos que estábamos en el paraje más peligroso de todos los mares, que una corriente rápida arrebataba el navío, y que íbamos a perecer todos.

"—¡Rueguen ustedes a Dios—dijo—que nos libre de este peligro, que no podemos evitar los mortales!

"Dicho esto, dió orden de que se recogiesen las velas; pero se rompieron las jarcias en la maniobra, y, sin que fuera posible evitarlo, el buque fué arrastrado por la corriente al pie de una montaña inaccesible, donde encalló y se hizo pedazos. Sin embargo, pudimos salvarnos todos, y aun tuvimos tiempo de desembarcar los víveres y las más preciosas mercancías.

"Después nos dijo el capitán:

"—Dios acaba de hacer, como siempre, su santa voluntad: ya podemos abrir aquí nuestra sepultura y dar el último adiós a la patria y a la vida, porque nos hallamos en un sitio tan funesto, que de cuantos han sido arrojados a él antes que nosotros, ninguno ha vuelto a su casa.

"Este discurso produjo en todos aflicción mortal; nos abrazamos mutuamente con lágrimas en los ojos, deplorando nuestra desgraciada suerte.

"La montaña a cuyo pie nos hallábamos formaba la costa de una isla muy larga y extensa, y toda ella estaba llena de despojos de buques náufragos. Veíase también gran cantidad de mercancías y riquezas esparcidas por aquellas playas inhospitalarias, que se presentaban a nuestra vista por todas partes, lo que aumentó el desconsuelo y la aflicción en que nos hallábamos. Sucedía allí lo contrario de lo que en todas sucede, es decir, que los ríos recorren la tierra para precipitarse en el mar: un río muy caudaloso de agua dulce se internaba en tierra, y penetraba en la costa por una oscura gruta, cuya boca era extremadamente alta y ancha. Tenía aquel sitio la particularidad de que las piedras de la montaña eran de cristal, de rubíes y de otras piedras preciosas. Había allí un manantial de betún, que, mezclándose con las aguas del mar, tragaban los pescados, devolviéndolo en seguida convertido en ámbar gris, que las olas arrojaban sobre la playa, la cual estaba cubierta de esta materia. También había áloes que no desmerecían en hermosura de los de la isla Comari.

"Para completar le descripción de aquel sitio debo decir que no es posible que los buques puedan evitar el peligro de ser arrastrados, una vez cerca de la corriente. Si son empujados por el viento del mar, el viento y la corriente los pierden; y si, por el contrario, sopla el viento de tierra, lo que podría favorecerlos, la altura de la montaña los detiene, produciendo una calma que deja obrar a la corriente, la cual los arrastra hacia la costa, donde se hacen astillas, como le sucedió a nuestro barco; y, para colmo de desgracia, no es posible trepar a la cima de la montaña ni salvarse por ningún sitio.

"Todos permanecimos en la costa como gentes que han perdido la esperanza, y estábamos aguardando la muerte, que se acercaba a paso de gigante. Habíamos repartido los víveres por partes iguales, y así, cada uno vivió más o menos tiempo que los demás según el uso que hizo de sus provisiones.

"Los que murieron primero—prosiguió Simbad—fueron enterrados por los demás, y habiendo yo sobrevivido a todos mis compañeros, les tributé los últimos consuelos. No debe admiraros esto si os digo que, además de haber economizado mucho las provisiones que me habían tocado en suerte, aún tenía particularmente otras, de las cuales tuve buen ciudado de no hacer partícipes a

mis compañeros. Sin embargo, cuando enterré al último me quedaban ya tan pocos víveres, que tenía la certeza de que no podría sobrevivir muchos días a mis últimos camaradas. En este supuesto, yo mismo abrí mi sepultura, resuelto a meterme dentro en la hora suprema, puesto que ya no quedaba nadie que pudiese enterrarme. Aseguro a ustedes que al ocuparme en aquel trabajo no pude dejar de recapacitar que era yo mismo la causa de mi perdición, y tardíamente me arrepentía de haber hecho aquel último viaje.

"Aun no se había agotado la piedad de Dios para conmigo, cuando me inspiró la idea de ir hasta el río, que se introducía por debajo de la bóveda de la gruta; y después de haber estado examinándola con mucha atención, dije para mí:

"—Por algún sitio debe de salir este río que se oculta así bajo la tierra. Construyendo una balsa y dejándome llevar en ella por la corriente del agua, llegaré a tierra habitada, o pereceré; en último caso, no habré hecho más que cambiar de género de muerte; y si, por el contrario, salgo de este sitio fatal salvando la vida, quizás halle nueva ocasión de enriquecerme. ¿Quién sabe si me espera la fortuna al salir de este espantoso subterráneo, para indemnizarme con usuras de mi naufragio?

"No vacilé un momento, y me puse a construir una balsa con buenas piezas de madera y gruesos cables, ligándolas tan fuertemente, que hice un barquichuelo bastante sólido. Cuando la hube acabado cargué en ella algunos fardos de rubíes, de esmeraldas, de ámbar gris, de cristal de roca y de telas preciosas. Equilibrados los pesos, y habiéndolos atado bien, me embarqué en la balsa sin olvidar dos pequeños remos, y, dejándome llevar por la corriente del río, me entregué a la voluntad de Dios.

"Desde el momento en que estuve bajo la bóveda, ya no vi más luz; me arrastró la corriente del agua, sin que pudiese notar adónde me llevaba, y anduve bogando por aquellas oscuridades sin divisar el menor rayo de luz. Una vez encontré la bóveda tan baja, que poco faltó para que me hiriese en la cabeza; lo que hizo que en lo sucesivo pusiera cuidado para evitar semejante peligro.

"Durante aquel tiempo no comí más que lo absolutamente necesario para sostener la vida; pero, por más frugalmente que comiese, acabé por consumir mis provisiones. Entonces, sin poder-

... sin olvidar dos pequeños remos, y dejándome llevar por...

lo resistir, se apoderó de mis sentidos un dulce sueño, cuya duración no puedo determinar; y al despertar me encontré en una vasta campiña, a orilla de un río, donde estaba atada mi balsa y rodeada por gran número de negros.

"No sabía si creerme despierto o dormido; pero, convencido de que no dormía, exclamé, recitando unos versos árabes que dicen:

"¡Invoca a la Omnipotencia; ella acudirá en tu socorro, sin necesidad de que te ocupes en otra cosa! ¡Cierra los ojos, y mientras tú duermes, Dios cambiará el mal en bien!,,

"Habiéndome oido hablar así uno de los negros, que comprendía el árabe, se adelantó y tomó la palabra.

"—Hermano mío—me dijo,—nosotros habitamos esta campiña, y hoy hemos venido, como de costumbre, a regar nuestros campos con el agua del río que sale de la montaña vecina. Habiendo notado que en él agua flotaba una balsa, uno de nosotros se arrojó a la corriente y la trajo a esta orilla, donde la hemos detenido y atado como usted la ve. Suplicamos a usted, pues, que nos cuente cómo se ha aventurado a entregarse así a merced de este agua, y de dónde viene.

"Les supliqué que primero me diesen de comer, y les prometí que después satisfaría su curiosidad.

"Presentáronme muchas clases de manjares, y tan pronto como hube satisfecho la necesidad de alimentarme les hice una relación fiel de lo que me había sucedido. Cuando hube acabado mi discurso me dijeron por medio del intérprete, que les había explicado lo que acababa de decir:

—"He aquí una historia singular. Es preciso que usted informe al Rey de lo ocurrido: la cosa es demasiado extraordinaria para que deba contarlo otro que el mismo a quien le ha sucedido.

"Les contesté que estaba pronto a hacer cuanto quisiesen, e inmediatamente enviaron los negros por un caballo, en el cual me hicieron montar; y en tanto que algunos de ellos marchaban delante de mí para enseñarme el camino, los más robustos cargaron sobre sus hombros la balsa, según estaba con los fardos, y siguieron detrás de mí.

"No tardamos en llegar a la ciudad de Serendib, que era la capital de la isla donde nos hallábamos, y habiéndome presentado los negros al Rey, me acerqué al trono en que estaba sentado, y le

saludé prosternándome a sus pies y besando la tierra. El Príncipe me mandó levantar, y haciendo que me acercase, me preguntó mi nombre. Respondí que me llamaba Simbad, por sobrenombre el *Marino,* a causa de los muchos viajes que había hecho por mar, y añadí que era habitante de la ciudad de Bagdad.

"—Pero—me replicó—¿cómo se encuentra usted en mis Estados, y por dónde ha venido a ellos?

"Sin ocultar nada al Rey, le hice la misma relación que acaban ustedes de oir, y se sorprendió y admiró tanto, que mandó escribir mi aventura con letras de oro para que se conservara en los archivos de su reino. Luego llevaron la balsa, y habiéndose abierto los fardos en su presencia, quedó admirado al ver la cantidad que contenía de madera de áloe y ámbar gris; pero sobre todo de los rubíes y esmeraldas, porque en todos sus tesoros no había cosa semejante.

"Notando que contemplaba mis piedras con placer e iba examinando sucesivamente las más singulares, me arrodillé de nuevo, diciendo:

"—Señor, no solamente está mi persona al servicio de V. M., sino también la carga de la balsa, y le suplico que disponga de ella como de cosa que le pertenece.

"El Rey me contestó sonriéndose:

"—Simbad, lejos de mí semejante deseo y la idea de quitar a usted nada de lo que Dios le ha dado. En vez de disminuir sus riquezas, pretendo aumentarlas, y no quiero que salga usted de mis Estados sin que lleve consigo muestras de mi liberalidad.

"Encargó a uno de sus oficiales que cuidase de mi persona. El oficial ejecutó con toda fidelidad las órdenes de su amo, e hizo trasportar al alojamiento que me destinaron todas los fardos de la balsa.

"Todos los días iba yo a ciertas horas a hacer la corte al Rey, empleando lo demás del tiempo en visitar la ciudad y cuanto había en ella digno de curiosidad y estudio.

"La isla de Serendib está situada justamente bajo la línea equinoccial: por eso los días y las noches son allí de doce horas. La capital está situada al extremo de un hermoso valle en el centro de la isla, y no lejos del valle se encuentra la montaña más alta del mundo. Esta montaña se ve desde el mar, se descubre a tres

jornadas de distancia, y en ella se encuentran rubíes y muchas clases de minerales: por lo general todas las rocas son de esmeril, piedra de que se hace uso para pulir las piedras preciosas.

"En aquella isla se pescan perlas a todo lo largo de sus costas y en las embocaduras de sus ríos, y algunos de sus valles producen diamantes. Por devoción hice un viaje a la montaña, al sitio donde suponen los árabes que Adán fué desterrado después del pecado, y tuve la curiosidad de subir hasta la cima.

"Cuando estuve de vuelta en la ciudad supliqué al Rey que me permitiera regresar a mi país, lo que me concedió.

"Me obligó a recibir un rico regalo sacado de su tesoro, y cuando fuí a despedirme de él me honró con el encargo de que llevase otro de gran valor, al que acompañaba una carta, para el Comendador de los creyentes, nuestro Soberano, diciéndome:

"Presente usted de mi parte este regalo y esta carta al califa Haroun-Al-Raschid, como prueba de mi amistad.

"Tomé el regalo y la carta con respeto, prometiendo ejecutar puntualmente sus órdenes. Antes de que me embarcase envió a buscar el Príncipe al capitán y a los comerciantes que debían hacer la navegación conmigo, y les mandó que me tratasen con las mayores consideraciones.

"La carta del rey de Serendib estaba escrita en la piel de un animal muy raro. Los caracteres de aquella carta eran de lapislázuli, y estaba concebida en lengua india en estos términos:

"EL REY DE LAS INDIAS, ANTE QUIEN CAMINAN MIL ELEFANTES, QUE HABITA EN UN PALACIO CUYO TECHO BRILLA CON EL RESPLANDOR DE CIEN MIL RUBÍES, Y QUE POSEE EN SU TESORO VEINTE MIL CORONAS ENRIQUECIDAS CON DIAMANTES, AL CALIFA HAROUN-AL-RASCHID.

"Aunque el regalo que os enviamos no sea de mucha consideración, no dejéis, sin embargo, de recibirlo como muestra de la amistad que os conservamos en nuestro corazón y de que con él os damos testimonio, esperando por vuestra parte iguales sentimientos, en atención a que creemos merecerlos. Os conjuramos a ello en calidad de hermano. Adiós.,,

"El regalo consistía en un vaso de un solo rubí trabajado en

forma de copa, que tenía medio pie de altura, y sus bordes el grueso de un dedo. Estaba llena de perlas muy redondas y de media dracma de peso cada una; una piel de serpiente con escamas del tamaño de una moneda de oro, y cuya propiedad era preservar de enfermedad a los que se acostaban sobre ella; cincuenta mil piezas de madera de áloe con treinta granos de alcanfor del grueso de una nuez, y una esclava de extraordinaria hermosura, cuyos vestidos estaban cubiertos de piedras preciosas.

"Nos hicimos a la vela, y después de larga y feliz navegación, desembarcamos en Balsora, desde donde me dirigí a Bagdad. Lo primero que hice a mi llegada fué desempeñar la comisión de que venía encargado.

"Tomé la carta del rey de Serendib, y fui a presentarme al Comendador de los creyentes, seguido de la hermosa esclava y de las personas de mi familia que llevaban los regalos que debía entregar. Habiendo manifestado el objeto que llevaba, me condujeron ante el Califa. Le hice una reverencia prosternándome, y después de haberle dirigido un pequeño discurso le presenté la carta y el regalo. Así que hubo leído lo que decía el rey de Serendib, me preguntó si aquel príncipe era tan poderoso y rico como manifestaba en su carta.

"—Comendador de los creyentes—le respondí,—puedo asegurar a Vuestra Majestad que no exagera sus riquezas. Nada es capaz de causar tanta admiración como la magnificencia de su palacio. Cuando quiere presentarse en público, le erigen un trono, en el cual se sienta, y marcha sobre un elefante entre dos filas compuestas de sus ministros, favoritos y otras personas de su corte.

"Delante de él, y en el mismo elefante, lleva un oficial una lanza de oro en la mano, y detrás del trono otro oficial de a pie lleva una columna de oro, sobre la cual hay una esmeralda como de medio pie de largo. Le precede una guardia de mil hombres vestidos de paño de seda y oro, que van montados en elefantes ricamente enjaezados. Durante la marcha del Rey, el oficial que va en el mismo elefante grita de vez en cuando:

"—¡He aquí el gran monarca, el poderoso sultán de las Indias, cuyo palacio está cubierto de cien mil rubíes, y que posee veinte mil coronas de diamantes! ¡He aquí un monarca más grande que el gran Solimán y el gran Mihrage!

... desembarcamos en Balsora, desde donde me...

"Pronunciadas estas palabras, el oficial que va detrás del trono grita a su turno:

"—¡Este monarca tan poderoso ha de morir, ha de morir, ha de morir!

"El oficial de delante vuelve a gritar:

"—¡Alabado sea el que vive y no muere!

"Además de esto, es tan justo el rey de Serendib, que no hay jueces en sus Estados, pues no tienen necesidad de ellos sus pueblos. Saben y observan por sí mismos con toda exactitud las leyes, sin apartarse nunca de sus deberes, por lo cual son inútiles entre ellos los tribunales y los magistrados.

"El Califa quedó satisfecho de mi discurso, y dijo:

"—En la carta de ese príncipe se echa de ver su discreción: es digna de sus pueblos, y sus pueblos dignos de ella—dicho lo cual me despidió, haciéndome un rico presente.

"De vuelta de mi sexto viaje renuncié absolutamente al pensamiento de emprender otros, pues me hallaba ya en la edad en que sólo se desea el descanso, y me había propuesto no volver a exponerme a los peligros que había corrido tantas veces; así es que sólo pensaba en pasar tranquilo el resto de mi vida.

"Un día que festejaba a varios amigos vino a avisarme un criado mío que un oficial del Califa preguntaba por mí; y habiendo dejado la mesa, le salí al encuentro, y me dijo:

"—El Califa me ha encargado que venga a decir a usted que quiere hablarle.

"Seguí a Palacio al oficial, que me presentó al Príncipe.

"—Simbad—me dijo,—es necesario que lleves mi respuesta y mis regalos al rey de Serendib, pues es muy justo que corresponda a la cortesanía que ha usado conmigo.

"El mandato del Califa me dejó anonadado. Así es que le contesté:

"—Comendador de los creyentes, estoy pronto a ejecutar cuanto ordene V. M.; pero le suplico humildemente que se haga cargo de que estoy muy cansado de las fatigas que he sufrido; tanto, que había hecho voto de no salir de Bagdad.

"Con tal motivo le hice una relación detallada de mis aventuras, que tuvo la paciencia de escuchar hasta el fin. Cuando hube acabado de hablar me dijo:

"—Confieso que son muy extraordinarias las aventuras que me has contado; pero es necesario hacer dicho viaje para complacerme. No se trata más que de ir a la isla de Serendib.

"Como vi que el Califa exigía de mí aquel sacrificio, le respondí que estaba pronto a obedecerle, de lo que quedó muy complacido, y mandó que me diesen mil cequíes para los gastos del viaje.

"En pocos días me preparé para la expedición, antes de emprender la cual me fueron entregados los regalos del Califa con una carta escrita de su propia mano. Partí, tomando el camino de Balsora, donde me embarqué. Llegué a la isla de Serendib después de una navegación feliz, y habiendo hecho presente a los ministros la comisión que llevaba, supliqué que me concediese el Rey una audiencia: obtenida ésta, me condujeron a Palacio con la mayor consideración, y arrodillándome, según es costumbre, saludé al Rey.

"Al punto me reconoció el Príncipe, y manifestó su contento por verme otra vez en sus Estados.

"—¡Ah, Simbad; sea usted bien venido! ¡Me he acordado muchas veces de usted desde su partida!

"Después de haberle dado las gracias por la bondad con que me trataba, le presenté la carta y los regalos del Califa, que recibió con muestras de la mayor satisfacción.

"Nuestro soberano le enviaba una cama completa con cubierta de paño de oro, valuada en mil cequíes; cincuenta vestidos de tela muy rica; otros ciento de tela blanca de las más fina del Cairo, de Suez, de Alejandría y de Jafa; otra cama carmesí; un vaso de ágata, cuya abertura era de medio pie, en cuyo fondo había un bajorrelieve representando un hombre con la rodilla en tierra, apuntando un arco y una flecha, pronto a disparar contra un león, y, por último, le enviaba una mesa que se suponía perteneció al gran Salomón.

"La carta del Califa estaba concebida en estos términos:

"AL PODEROSO Y FELIZ SULTÁN DE SERENDIB, DE PARTE DE ABDHALLA HAROUN-AL-RASCHID, A QUIEN DIOS HA COLOCADO EN EL LUGAR DE LA DICHA DESPUÉS DE SUS ANTEPASADOS, DE FELIZ MEMORIA.

"Hemos recibido con alegría vuestra carta, y os enviamos ésta, que esperamos os será grata, pues es la muestra de nuestra atención y afecto. Adiós.„

"Admirado quedó el rey de Serendib al ver que el Califa correspondía a la amistad que él le había manifestado. Poco tiempo después de esta audiencia solicité la de mi despedida, en la cual me hizo el Rey un magnífico regalo. Volví a embarcarme, con intento de volver a Bagdad; pero no tuve la dicha de llegar felizmente.

"Tres o cuatro días después de nuestra partida nos atacaron unos corsarios, a quienes costó poco trabajo apoderarse de nuestro buque, que no se hallaba en situación de defenderse. Algunas gentes de la tripulación quisieron hacer resistencia; pero pagaron con la vida su arrebato. En cuanto a mí y todos los que dejamos hacer a los corsarios, fuimos hechos esclavos.

"Después que nos despojaron de nuestras ropas nos dieron unos malos vestidos, y nos llevaron a una gran isla, donde nos vendieron.

"Yo caí en poder de un rico comerciante, el cual me llevó a su casa, donde me hizo comer bien y me dió un traje de esclavo. Algunos días después de tenerme en su compañía me preguntó si sabía algún oficio: le respondí que no era artesano, sino comerciante de profesión, y que los corsarios que me habían vendido se habían llevado cuanto tenía.

"—¿No sabría usted tirar al arco?—me preguntó.

"Le contesté que aquél había sido uno de los ejercicios de mi juventud. Oída mi respuesta, me dió un arco y flechas, me hizo montar en un elefante, y me llevó a una selva distante algunas leguas de la ciudad. Nos internamos en ella; cuando lo juzgó oportuno me hizo bajar, y mostrándome un árbol grande, me dijo que me subiese a él y tirase a los elefantes que viera pasar por aquella selva, encargándome que si caía alguno, fuese inmediatamente a darle aviso. Dicho esto, me dejó víveres para algunos días, y volvió a tomar el camino de la ciudad.

"Durante toda la noche no vi pasar elefantes; pero al día siguiente, así que salió el Sol, vi dirigirse hacia mí una gran manada. Disparé mis flechas con tanto acierto, que a los primeros disparos cayó uno por tierra; se retiraron los demás, y pude ir a dar

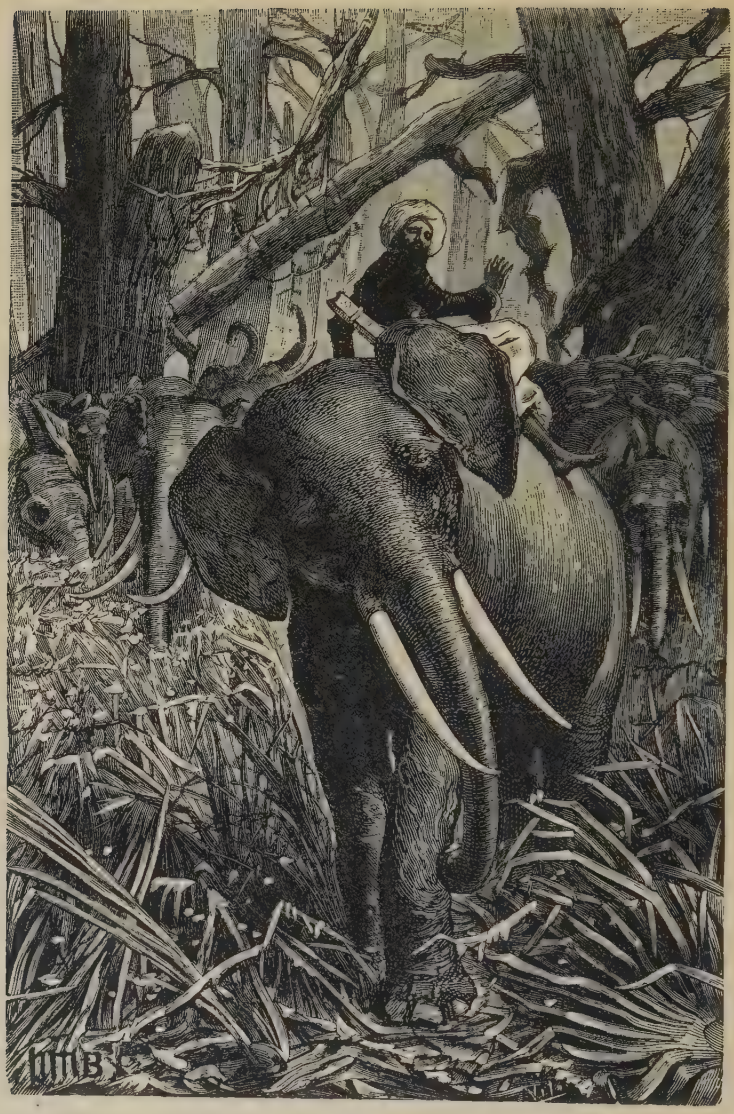
aviso a mi patrón de la caza hecha. En premio de aquella noticia me regaló con una buena comida y alabó mi destreza. Luego volvimos al monte, abrimos una zanja y enterramos al elefante muerto, para cuando se hubiese podrido el animal desenterrarle y quitarle los colmillos.

"Seguí dedicado a aquella caza por espacio de dos meses, y no se pasaba día sin que matara uno de estos animales. No siempre me ponía en acecho en el mismo árbol: por el contrario, tan pronto me colocaba en uno como en otro. Una mañana que estaba esperando que llegasen los elefantes, noté con el mayor asombro que, en lugar de pasar por delante de mí atravesando la selva como acostrumbraban, se dirigieron hacia donde estaba, haciendo horrible estrépito. Acercáronse al árbol en que me había subido, y formaron un círculo alrededor de él con la trompa extendida y los ojos fijos en mí. Ante tan asombroso espectáculo quedé inmóvil, sorprendido, y tan lleno de miedo, que se me cayeron de las manos el arco y las flechas.

"No era vano el temor que me había sobrecogido: los elefantes estuvieron mirándome algún tiempo; uno de los más grandes abrazó el árbol con la trompa, e hizo un esfuerzo tan poderoso, que lo desarraigó arrojándolo por tierra. Yo caí con el árbol; pero el animal me cogió con la trompa y me cargó sobre la espalda, donde me senté, más muerto que vivo, con mi carcaj atado al hombro. Luego se puso a la cabeza de todos los demás, me llevó hasta un sitio, y habiéndome dejado en el suelo, se retiró con todos los que le acompañaban.

"Después de haber estado algún tiempo tendido en el suelo me levanté, y noté que me hallaba en una colina toda cubierta de huesos y colmillos de elefante. Admiré el instinto de aquellos animales; no dudando que aquél fuese su cementerio, y supuse que me habían llevado allí expresamente para enseñármelo, a fin de que cesara de perseguirlos, puesto que lo hacía con la mira de llevarme sus colmillos.

"Sin detenerme en la colina dirigí mis pasos hacia la ciudad, y después de haber caminado todo un día y una noche llegué a casa de mi patrón, sin encontrar ningún elefante en el camino, lo cual me dió a conocer que se habían internado en la selva para dejarme en libertad de volver sin obstáculo.



.. me llevó hasta un sitio...

"Luego que me vió mi patrón me dijo:

"—¡Ah, pobre Simbad; me tenías con mucho cuidado sin saber qué habría podido ser de ti! He estado en la selva, y he visto un árbol recién arrancado, un arco y unas flechas en el suelo. Después de haberte buscado inútilmente, había perdido la esperanza de volver a verte: así, pues, cuéntame lo que te ha sucedido.

"Satisfice su curiosidad; y habiendo ido al día siguiente a la colina, cargamos el elefante en que habíamos ido con cuantos colmillos podía llevar, y cuando estuvimos de vuelta en casa me dijo:

"—Hermano mío, ya no quiero tratar a usted como esclavo después del servicio que me ha hecho. ¡Que Dios le colme de toda suerte de bienes y prosperidades! Doy a usted la libertad. Los elefantes de la selva nos hacen perecer todos los años infinidad de esclavos que enviamos a buscar marfil, sin que basten cuantos consejos les damos, para que tarde o temprano dejen de perder la vida por la astucia de esos animales. Dios ha librado a usted de su furía, y ha sido el único a quien ha concedido esta gracia. Usted me proporciona una ventaja increíble, pues hasta el presente sólo podíamos conseguir marfil exponiendo la vida de nuestros esclavos, y desde ahora será rica la ciudad por este medio. No crea usted que me parece haberle recompensado bastante con la libertad que acaba de recibir, pues quiero añadir a ella considerables bienes.

"A este discurso tan obsequioso respondí:

"—Patrón, la libertad que me concede es muy suficiente para pagar todos mis servicios: en recompensa del que acabo de hacerle sólo pido permiso poro volverme a mi país.

"—Pues bien—me replicó,—cuando venga Mousón a cargar marfil le enviaré a usted, dándole con qué hacer el viaje haste su casa.

"De nuevo le dí las gracias por la libertad que acababa de concederme y por sus buenas intenciones para conmigo; seguí viviendo en su casa esperando a Mousón, y durante aquel tiempo hicimos tantos viajes a la colina, que llenamos de marfil sus almacenes. Lo mismo hicieron todos los que en la ciudad negociaban en él, porque no pudo ocultárseles mucho tiempo.

"Por fin llegaron los navíos, y habiendo elegido mi patrón por sí mismo el en que había de embarcarme, lo cargó la mitad de

marfil por mi cuenta, y sin olvidarse de poner provisiones en abundancia para mi viaje, me obligó además a aceptar otros regalos de gran precio. Después que hube manifestado mi agradecimiento del mejor modo que pude por los beneficios que había recibido de él, me embarqué, y durante el viaje llevaba siempre ocupada la imaginación en la extraordinaria aventura que me había porporcionado la libertad.

"Nos detuvimos en algunas islas para hacer aguada, y luego seguimos nuestro camino hasta llegar a las costas de la India, donde desembarqué para evitar los peligros del mar. Hice desembarcar el marfil que me pertenecía, resuelto a continuar mi viaje por tierra. Saqué del marfil gran cantidad de dinero, con el cual compré muchas cosas raras para hacer regalos, y me reuní a una numerosa caravana de comerciantes. Mucho tiempo invertí en el camino, y sufrí mucho; pero todo lo sobrellevaba con paciencia, considerando que ya no tenía que temer tempestades, corsarios, serpientes, ni cuantos peligros me habían sobrevenido.

"Acabaron por fin todas estas fatigas, y habiendo llegado con felicidad a Bagdad, fuí a presentarme al Califá para darle cuenta de mi embajada. Este príncipe me dijo que mi tardanza le había tenido con cuidado; pero que siempre había esperado que Dios no me abandonaría. Cuando le referí la aventura de los elefantes quedó tan sorprendido, que se hubiera resistido a darle crédito a no haber estado satisfecho de mi sinceridad. Esta historia y las demás que le había contado le parecieron tan curiosas, que mandó a un secretario suyo que las hiciese escribir con caracteres de oro para conservarlas en su tesoro. Yo me retiré muy contento del honor con que me trató y de los regalos que me hizo, y luego me dediqué enteramente a mi familia, parientes y amigos.

CUENTO IV

A GALOPE POR LOS AIRES

En los tiempos de la grandeza del Imperio romano regía la Persia un poderoso monarca llamado Sapor, que poseía inmensos territorios y reinos y numerosos ejércitos, que más de una vez derrotaron a las huestes de Roma. Además, era muy afamado por la virtud esclarecida que acompañaba a su grandeza y señorío, pues no sólo era profunda su sabiduría, sino extremada su sensibilidad, al par que su despejo y perspicacia; su mano era siempre dadivosa para los necesitados, y tremenda y ejecutiva para los perversos. Era el consuelo de toda desventura, y el amparo de los desvalidos y atropellados. Amábale entrañablemente

su familia. Era cariñoso con los extraños, y no cabía que un querellante acudiera en balde a su equidad en demanda de justo desagravio. Tenía tres hijas y un hijo, y completaba esta dicha la de ser amado por todo un pueblo con cariño que rayaba en adoración.

El Rey celebraba anualmente dos grandes fiestas, la del primer día de la primavera y la del primer día del otoño, en las cuales participaba hasta la última chocilla de la más pequeña aldea. Cuantas gentes podían acudían a las funciones, y durante más de un mes los caminos estaban llenos de viajeros, unos en carruajes, otros a caballo, y los demás a pie, que se dirigían a la capital; y el Rey, tanto por calles y plazas, en la misma ciudad como por las llanuras cercanas, disponía lo necesario para que se alojase tantísimo gentío.

Repartíanse al pueblo muchos millares de monedas de oro y plata, tela y mercancías costosísimas, y se rebajaba la condena a todos los encarcelados. Retirábanse los guardias y celadores del Palacio y sus cercanías, y así, todo el mundo andaba entrando y saliendo por salones y tránsitos magníficos, y luego por los jardines, y aun por la tesorería y guardarropa, donde se ostentaban hacinadas asombrosas riquezas. Sentábase el Rey en el riquísimo salón de recepciones en un trono de oro, y desde la madrugada hasta la noche acudía el pueblo a saludarle y le deseaba mil prosperidades. El que podía, ofrecía al Monarca algún regalo, ya de joyas, ya de artefactos, o bien, alguna flor de extraordinaria hermosura, u otro primor semejante, que siempre era bien recibido.

Todo iba tomándolo el Rey, hasta lo más insignificante, con afecto y bondad; pero se complacía particularmente con algún invento nuevo o alguna obra de ingenio, pues se mostraba amantísimo de las Bellas Artes y de la Indusria.

En una de aquellas grandes festividades llegaron a la corte de Sapor tres sabios eminentes, procedentes de diversos países y que hablaban diferentes idiomas, siendo uno indio, otro griego, y el tercero persa.

El indio estaba en su mayor lozanía, era gallardo y valeroso, y descollaba entre todos por su bizarría. Llevaba un traje elegantísimo, y mostraba en sus ademanes gran soltura.

El Rey celebraba anualmente dos grandes fiestas...

Alguna más edad tenía el griego, que parecía aún más inteligente, y manifestaba nobleza y talento en sus facciones.

En cambio, el persa era odiosísimo, aunque parecía el más sabio de todos. Reflejaba en su espantoso rostro las malas pasiones, y llevaba un traje verdaderamente lúgubre. Ostentaba un turbante negro y empinado, afianzado con varios cordones a la cabeza; luego un sayo oscuro y larguísimo, y tenía en la mano un bastón de hechicero, de modo que no podía ser más repulsivo su conjunto.

El primero que se adelantó hacia el trono fué el indio, que entregó al Rey un presente verdaderamente extraño. Era una estatua pequeñita, de oro, adornada con costosísima pedrería, y que tenía una trompa, también de oro, en la mano. Todos las circunstantes prorrumpieron en exclamaciones de asombro por tantísimo primor y magnificencia; y el mismo Rey, después de haber examinado detenidamente el regalo, dijo al indio:

—Ingenioso artífice, por muy linda que sea la estatua, no alcanzo con qué objeto la has fabricado, pues hermosura sin utilidad viene a ser capricho sin importancia.

—Altísimo rey y señor—contestó el indio,—la estatuíta que ves tiene una virtud que ahorra miles de soldados y guardias, y con su posesión queda más afianzada la vida que en medio de un gran ejército, pues este hombrecillo de oro apunta el peligro más lejano antes que nadie lo sospeche. Hace todavía más primores, pues evita y destruye el peligro antes de que el malvado lleve su propósito a la práctica.

Al oir estas palabras se miraron mutuamente los palaciegos; luego todos los circunstantes miraron al Rey, después al sabio, y se sonrieron e hicieron señas, como si dijeran:

—¡Este charlatán no sabe lo que se dice!

El Rey se detuvo, y después de meditar un rato preguntó al artífice cómo cabía tan maravillosa propiedad en una cosa tan pequeña.

—Señor—contestó el indio sonriéndose y mirando en derredor,— la estatua es para vos un compendio de infinitas virtudes, pues en asomando un espía por vuestra capital, o si se conspira en cualquier parte contra vuestra vida, suena la trompa de oro que en la mano lleva, su eco retumba en el corazón del malvado,

y lo estremece aun cuando esté una legua de aquí o en punto aun más lejano; de modo que empieza a temblar, siente ardor y angustia insufribles, y acaba por morir entre grandes tormentos.

Al oir estas palabras palidecieron los palaciegos; y como el indio les preguntara sonriendo si querían experimentarlo, se excusaron, a fuer de leales cortesanos, protestando que, aun cuando quisieran, les era imposible dar cabida en su pecho al menor impulso que no redundase en ventaja de su soberano. Asombrado el Rey con las palabras del indio, le dijo entonces:

—Aunque espero de la bondad de Dios que no he de oir el eco de la trompa, no dejo de admitir el regalo; y como no acierto con qué pueda corresponderte, doy mi real palabra de otorgarte cuanto me pidieres.

Paróse el indio a reflexionar, y antes que pudiera contestar se adelantó entre los concurrentes el sabio griego, que se echó a los pies del Monarca, y le alargó una bandeja primorosamente labrada, en la cual un pavo real estaba cercado de veinticuatro pavitos. Las plumas de estas aves eran de oro finísimamente hilado, salpicadas de diamantes y de otras piedras de gran valor, y los ojos del plumaje de la cola estaban imitados con perlas hermosísimas. Aquella admirable imitación de la Naturaleza causó al Rey tanto asombro como la estatua, y después de haber admirado grandísimo rato su preciosidad, preguntó al artista cuál era el objeto de aquella obra maestra del arte, cuya sola ejecución requería casi la vida de un hombre.

—Poderoso señor—dijo entonces el griego,—aun cuando la edad de un hombre llegase a doscientos años, no se sacrificaría en balde aunque no hubiera hecho más que esta obra, la cual, por medio de estas aves, está retratándonos el vuelo de nuestra vida y nos recuerda la necesidad de que la utilicemos. Cada hora que pase, este pavo ha de tragarse uno de sus polluelos, y así nos manifiesta la duración de un día. Cuando se los haya tragado todos, no hay más que apretar esos nudos que forman los diamantes, y al punto vuelven a salir. Al vencer las veinticuatro horas, cada cual tiene que abrir el pico y mostrar allí la Luna con la misma fase que aquel día ostente en el cielo.

Después de oir esta explicación del griego le dijo el Monarca:

—Aunque es mortal y de poca duración el hombre, puede ha-

cer obras que perpetúen su memoria. Este artefacto—añadió,—¡oh sabio artífice!, es un don que no acierto a recompensar dignamente: dime, pues, lo que deseas, y quedarás colmadamente satisfecho.

Mientras el griego meditaba cuál había de ser su petición, se adelantó el sabio persa, y, doblegándose hasta el suelo, presentó al Rey un caballo con alas de oro.

Admiración general causó el primor y la hermosura del caballo, que estaba cuajado todo de perlas y pedrería, y enjaezado ricamente con ostentosa silla, riendas y estribos. Al ir tocándolo, los palaciegos se hicieron cargo de que no era natural, sino fabricado de ébano, y no pudieron menos de prorrumpir en una exclamación de asombro y complacencia. Entonces el Monarca les dijo:

—¡Insensatos, un trozo de madera os admira más que la obra de la Naturaleza, y la obra de un hombre os arrebata más que la del Supremo Hacedor! ¡Os digo que el ínfimo caballo de carreta del más pobre campesino vale mucho más que el ostentoso e inservible que se reduce a un trozo de madera primorosamente labrada!

Entonces el viejo persa tomó la palabra, y dijo:

—Aunque no me atrevo a competir en maestría con los otros dos inventores que están presentes, no por eso deja mi caballo de tener propiedades muy superiores a las de todos los caballos naturales. La estatua de oro del sabio indio te escuda la vida, el pavo que te ofrece el artista griego te advierte que no la dejes pasar infructuosamente; pero mi caballo proporciona el medio de trasladarse en un día adonde otro no podría llegar en un año, pues vuela por los aires con más rapidez que un águila. No hay mar tan dilatado y tempestuoso, no hay cumbre tan elevada e inaccesible, que no podáis remontar fácilmente con este caballo. Haré la prueba cuando gustéis. Mandad, pues, señor, y me remontaré a vuestra vista por los aires, y atravesaré las nubes con más rapidez que ninguno de vuestros alazanes correría por la mejor carretera.

Es difícil dar una idea del asombro del Monarca ante la coincidencia de aquellos tres prodigios reunidos en un solo día; así, lleno de satisfacción, dijo al persa:

—Si es cierto lo que me dices y cumples tu palabra, desde luego te concedo la petición que quieras hacerme, por grande que sea. Y dirigiéndose a los demás, añadió: Os espero mañana sin falta, sabios e ingeniosos varones, y deseo que me mostréis el mecanismo de vuestros asombrosos inventos y me pidáis por ellos cuanto se atreva a idear vuestra imaginación.

No faltaron los tres individuos al otro día a Palacio, donde el Rey, con todos sus cortesanos, los esperaba en una espaciosa azotea. Después que el indio y el griego sacaron sus artefactos y los pusieron en movimiento, el viejo persa afianzó un pie en el estribo del caballo, montó, y preguntó al Rey si quería que procediese al cumplimiento de su palabra. Hizo el Rey un ademán afirmativo, y después de poner un lazo al cuello del caballo, el persa se remontó en él con increíble velocidad. Toda la corte enmudeció de asombro viendo elevarse al jinete, que en poco tiempo se vió del tamaño de un águila, después de una paloma, y por último de un mosquito, hasta que se ocultó en el cielo. Al poco rato apareció nuevamente, y bajando hasta la altura de la techumbre, estuvo haciendo giros y primores sobre el palacio; cogió una rama de la cima de una altísima palmera, y apeándose de nuevo en la azotea, la depositó a los pies del Rey.

El Monarca estaba fuera de sí de asombro y de gozo al ver tal portento, y dijo a los sabios:

—Habéis cumplido vuestra palabra y salido airosos de vuestros compromisos: ahora me corresponde cumplir yo mi promesa. Pedid cuanto queráis, y será vuestro.

Los inventores habían conferenciado el día antes sobre cuáles habían de ser sus respectivas peticiones al Rey. El indio tenía intención de pedir un gobierno, y el griego había resuelto solicitar cien camellos cargados de mercancías; pero el persa los escuchó sonriendo, y les dijo:

—Del gobierno puede destituirnos el Rey cuando le plazca, y del dinero y de las mercancías pueden despojarnos los salteadores; hemos de evitar uno y otro peligro, y afianzar nuestra recompensa por un medio que tengo ideado, y que voy a participaros. El Rey tiene tres hijas, a cuál más hermosa: pidámoslas en matrimonio. Entonces tendremos gobiernos y dinero de sobra, sin la con-

...viendo elevarse al jinete...

tingencia del menor peligro. Yo escojo la menor de las Princesas, y vosotros podéis elegir la que os guste entre las otras dos.

Meditaron un rato el indio y el griego, y por fin aceptaron la proposición de su previsor compañero.

Así es que el persa contestó al Monarca:

—Puesto que el Rey, nuestro señor, acepta nuestros regalos y nos permite pedirle una merced, nosotros, confiados en que el Rey no ha de quebrantar su palabra, solicitamos que nos dé sus tres hijas en matrimonio, pues ningún honor puede igualar al de ser yernos de tan ilustre soberano.

Frunció el Rey las cejas al oir tan osada petición; mas luego, reponiéndose, dijo:

—Tengo que cumplir mi palabra real, y estoy pronto a hacerlo.

Dicho esto, mandó llamar al notario para que extendiera los contratos matrimoniales.

Las Princesas habían estado oyendo esta conversación detrás de una cortina, y al conocer el desenlace de aquel asunto, se volvieron para mirar a sus novios. No llevaron a mal las dos mayores su suerte, pues así el indio como el griego eran de buena presencia y aun no habían llegado a la edad madura; pero al contemplar la menor al horrible persa, se estremeció viendo las arrugas, las canas y el repugnante aspecto de su futuro esposo, que era calvo de cabeza, barba y cejas, y representaba cien años; tenía los párpados encendidos; los ojos, amarillentos; las mejillas, descarnadas y hundidas, y todos los huesos, visibles y salientes; su nariz parecía una berenjena, y no tenía más que dos dientes grandes, negros y movibles; sus labios eran azulados y colgantes como el belfo de un camello, y toda su piel estaba arrugada y era de color ceniciento. En suma, aquel hombre era un portento de odiosidad, un verdadero espantajo, capaz de ahuyentar a las aves de sus nidos.

Era triste cosa que semejante mostruo fuera esposo de aquella niña tan preciosa, más vivaracha que una ardilla, más halagüeña que el perfume de las flores, y rival de la Luna en esplendor y en apacible hermosura, que tenía la esbeltez de la palmera, y no había cierva que la ganase en agilidad y soltura: tal era la exquisita gentileza de su persona. También eran hermosas sus hermanas; pero la belleza de ambas palidecía en su presencia, como la luz de la Luna ante la del Sol.

Al ver la Princesita la espantosa fealdad de su novio, llorando huyó a su cuarto, prorrumpió en sollozos y lamentos, y se lastimó el pecho y el rostro. Su hermano, que la amaba en extremo, y más que a las otras, regresaba en aquel momento de una cacería. Al ver que se lamentaba de aquel modo, le preguntó la causa de tan gran quebranto. La joven estuvo sollozando largo rato, hasta que al fin, cediendo a tan entrañables instancias dijo:

—¡Ay, hermano mío! ¡No sé qué culpa he cometido para que mi padre quiera hacerme la más desgraciada de las mujeres! ¡Triste suerte la mía!

No comprendía el hermano la razón de aquellas quejas lastimeras, y así, trató de sosegarla, instándole a que se explicase con más claridad.

—Sabe, hermano mío—le dijo,—que mi padre me tiene prometida en matrimonio a un brujo que le ha regalado un caballo negro de madera y le ha embaucado con sus hechicerías. ¡Se me hace insufrible ese viejo de más de cien años, cuyo semblante horroriza, y que tiene el cuerpo encorvado! ¡Antes prefiero la muerte que ser suya!

Dichas estas palabras, la desventurada Princesa volvió a sus lágrimas y lamentos. Trató de consolarla su hermano, y le dirigió palabras cariñosas prometiéndole poner remedio a todo.

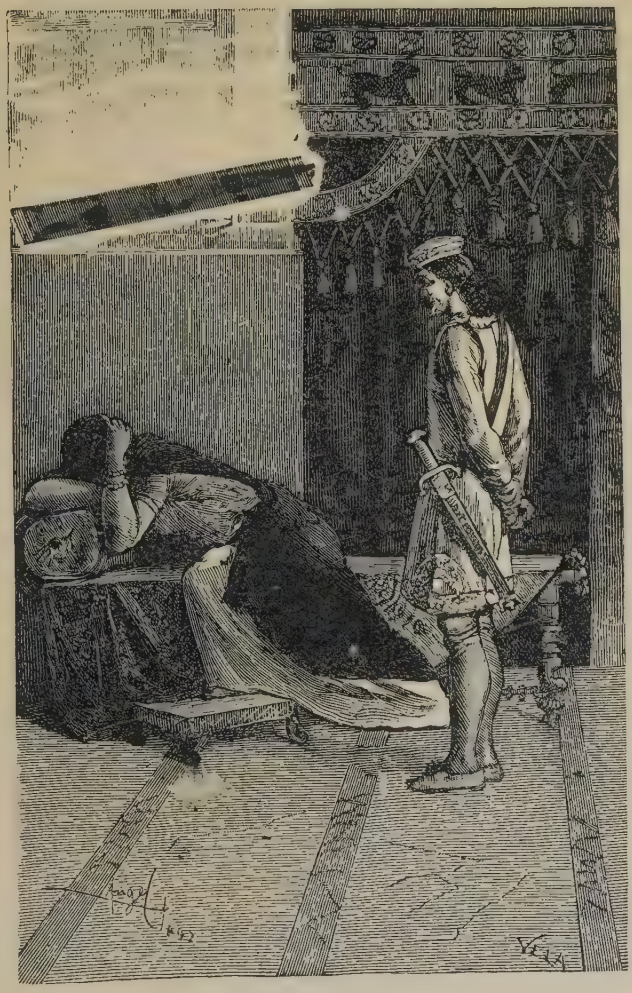
Después se encaminó al encuentro de su padre, y le habló en estos términos:

—Padre mío, ¿cómo es posible que quieras hacer infeliz a mi hermana menor casándola con un brujo horrible? ¿Cuál es el regalo por el cual vas a matar de horror y desconsuelo a tu propia hija? Reflexiona, en nombre de Dios, que no debes hacer tal cosa: mi hermana es acreedora a casarse con un príncipe gallardo, y no puede ser compañera de un mísero hechicero.

El viejo persa, que estuvo oyendo esta conversación concibió odio hacia el Príncipe, y se dió a meditar algún medio para deshacerse de él en venganza de aquel desacato. Pero el Rey trató de apaciguar a su hijo diciéndole:

—En cuanto veas el caballo y sus primores, vas a quedar fuera de ti de asombro, y ya no te causará extrañeza mi proceder.

Dicho esto, mandó a un sirviente que lo llevara. Al verlo el Príncipe quedó efectivamente absorto ante su hermosura; y al de-



...estuvo sollozando largo rato...

cirle el padre que era más veloz aquel caballo de madera que los naturales, saltó sobre la silla y le apretó los estribos. Como el caballo no se movía, dijo el Rey al artífice persa:

—Enséñale cómo se pone en movimiento, y así no intentará oponerse a mi palabra y a tus deseos.

El persa, que ya profesaba odio mortal al Príncipe, le dirigió una mirada llena de maldad y de dañina complacencia, y postrándose hasta el suelo dijo para sí:

—¡Venga acá el gallardo Príncipe que quiere privarme de su hermana! ¡A ver lo que hace cuando se vea en los aires en el lomo del caballo, que no tardará en arrojarle desde las alturas al abismo!

El Príncipe, que era de carácter impetuoso, no se cuidó de enterarse del modo de manejar el tornillo, ni hizo al viejo la menor pregunta; así, pues; se elevó con el caballo con tanta rapidez, que a poco no era más que un punto en el espacio, y en breve desapareció de la vista de su padre. Todo esto fué cuestión de algunos momentos.

Repuesto ya de su primer arrebato, el Rey se alarmó por la suerte de su hijo, y preguntó al persa:

—¿Cómo haremos para que el caballo baje a la tierra? ¿Sabrás hacerlo?

—Señor—contestó el hechiciero con mal encubierto júbilo,—no alcanza a tanto mi arte, y no es culpa mía si no vuelve a ver más a su hijo. Por altanería y presunción no quiso preguntarme de qué modo manejaría el caballo para traerlo aquí de nuevo, y tampoco me acordé de advertírselo en aquel momento.

Enardecióse el Rey de cólera ante tal contestación y mandó encarcelar al viejo persa, jurando que le quitaría la vida si en el plazo de dos semanas no volvía a ver a su hijo. Después de lo cual se entregó a los mayores extremos de dolor.

Cerráronse las puertas de Palacio y cesaron las fiestas, pues no tan sólo el Rey, sino también la Reina y sus hijas, se mostraban traspasados de pena, como igualmente todo el pueblo, por la desgracia ocurrida al joven Príncipe, que era muy querido.

Mientras así se entregaban todos a manifestaciones de dolor, veamos lo que había sido del Príncipe.

Arrebatado rapidísimamente por los aires, pues ya la Tierra había desaparecido a su vista, bien pronto se sintió cansado, y cre-

yó cercana su muerte. Mas como eran grandes su valor e intrepidez, trató de reanimarse y registró el caballo repetidas veces, diciendo para sí:

—Ya que voy morir, antes debo intentarlo todo para salvarme. Esta extraña máquina no puede menos de tener algún secreto para encaminarla de nuevo a la Tierra.

Estuvo tanteando el caballo en todos sentidos, y por fin halló al lado izquierdo del lomo un segundo tornillo muy pequeño, que empezó a aflojar. Entonces advirtió que el caballo moderaba la velocidad de su vuelo e iba incliándose a la Tierra; luego descubrió con sumo regocijo el mar y las cumbres iluminadas por el Sol. Acercosé más y más a la Tierra, y se encaminó a ella; pero le era desconocido el país donde trataba de apearse.

Anochecía ya, cuando divisó un elevado y ostentoso castillo, en medio de una llanura de espléndida vegetación, por la cual corrían arroyuelos plateados y susurrantes, y que estaba matizada de hermosísimas flores. A poca distancia vió una grandiosa ciudad con fortísima ciudadela, y al otro lado de la ciudad, un alcázar alto y grandísimo, en cuyas almenas se veían ochenta guerreros armados con lanzas, arcos y espadas.

Después de meditar breves momentos dijo el Príncipe:

—¡Si a lo menos supiese en qué país me hallo! Pero ya es de noche, y no tengo albergue.

Después de algunas vacilaciones resolvió apearse en la azotea del alcázar para pasar la noche, darse a conocer desde luego a sus habitantes e implorar su amparo. Llevó a cabo su proyecto; y hambriento y sediento, logró apearse. En cuanto se lo permitía la oscuridad de la noche, procuró darse cuenta del sitio donde estaba, hasta que por fin halló una escalera que conducía al interior del palacio. Silenciosa y pausadamente fué bajando por ella, y llegó a un pasadizo anchuroso, con pavimento de mármol blanco e iluminado por la Luna. No tardó en ver una luz que resplandecía en una habitación próxima. Adelantóse; llegó a una puerta ante la cual estaba durmiendo un esclavo gigantesco, alto como un árbol y ancho como un colchón; a su lado ardía una luz, y cerca de la mano tenía una larguísima espada. Cerca de aquel sitio había una mesa cubierta con exquisitos manjares; hallazgo harto precioso para el Príncipe, que estaba hambriento.

Otro cualquiera se habría asustado ante el aspecto de aquel gigante, y el mismo Príncipe estuvo indeciso entre retroceder y seguir; mas cobró ánimo y dijo:

—¡Imploro el auxilio de Dios! ¡Tú, Señor, que me has librado ya de un peligro más grave, concédeme tu ayuda para terminar felizmente mi empresa!

Dicho esto se sentó a la mesa, y fué tomando manjares hasta satisfacer su apetito y su sed. Después de comer se encaminó por otras habitaciones, sin saber lo que le depararía la suerte, no sin haber tomado antes el alfanje del esclavo dormido. Al fin percibió una luz que resplandecía en una puerta que estaba tapada con una oscura y espesa cortina. Acercóse a ella, la levantó, penetró en el aposento, y allí se le ofreció un espectaculo admirable, En medio de la estancia alzábase un trono de marfil tachonado de perlas y rubíes, a cuyo pie estaban durmiendo cuatro lindísimas esclavas, lozanas como frescas rosas. Se aproximó cuidadosamente al mismo solio para ver quién lo ocupaba, y vió una beldad dormida, tan hermosa como la misma Luna. Su negra y larguísima cabellera extendíase por sus hombros nevados hasta los ricos almohadones donde descansaba, y su belleza era tal, que el Príncipe quedó absorto.

—¡Nunca concebí—pensaba—tal hermosura y embeleso, tanto primor y encanto!

En efecto; era tan irresistible el atractivo de la dama dormida, que inspiró amor ardiente en el corazón del Príncipe, quien olvidó el peligro que corría, y hasta la misma muerte. Acercóse trémulo y palpitante, y, sin saber lo que hacía, empezó a dirigirle cariñosas palabras. Entonces despertó la hermosa joven; abrió los ojos, cuya mirada parecía el destello de un lucero; los fijó en el Príncipe, y le preguntó:

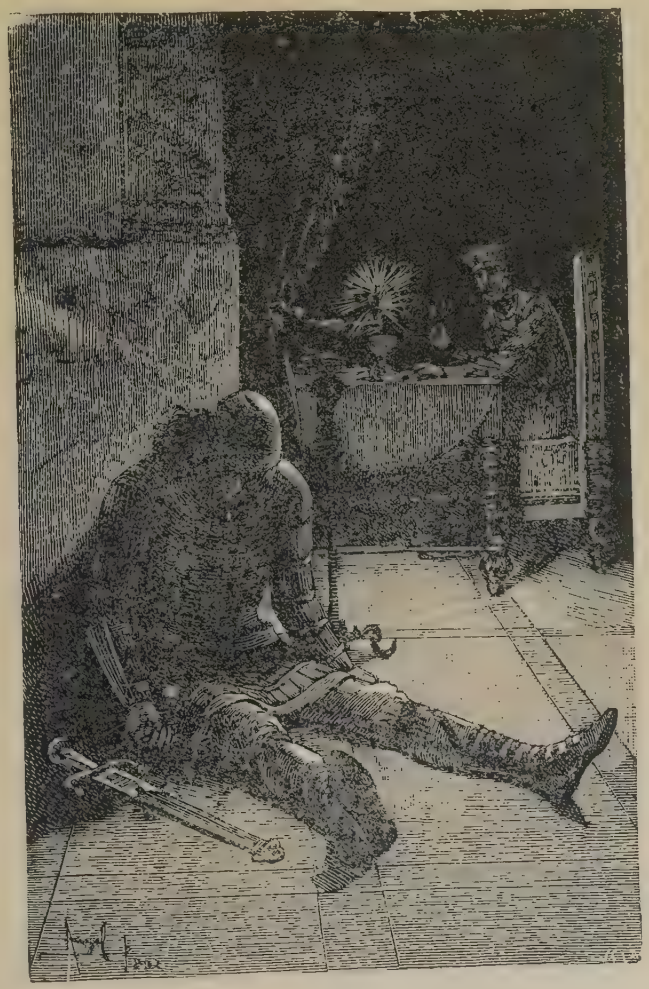
—¿Quién eres, joven, y cómo has venido?

—¡Hermosísima princesa—contestó él doblando una rodilla ante ella,—soy tu esclavo, y tuya es mi vida!

—¿Cómo has venido aquí?—pregunto ella de nuevo, toda ruborizada, mas sin dar muestras de enojo.—¿Quién te ha conducido a este palacio?

—¡Dios y mi destino!—respondió el Príncipe.

La Princesa, que estaba prometida en matrimonio a uno de



...fué tomando manjares hasta satisfacer su apetito...

los príncipes vecinos, creyó que aquel joven era su novio, a quien aun no había visto, y, por lo tanto, le preguntó:

—¿Eres acaso el galán que mi buen padre me destina en matrimonio?

—Sin duda—contestó impensadamente el Príncipe;—soy el mismo.

Con esto desechó la Princesa toda desconfianza; y como le agradaba la gallardía del Príncipe, le instó a que se sentara a su lado junto al trono, y entablaron afectuosa conversación, en la que ambos quedaron enamorados; mas, por desgracia, se despertaron las esclavas. Al ver éstas al Príncipe sentado junto a su señora, se asombraron. Apenas podían dar crédito a sus ojos, y preguntaron con bastante mal reprimida sorpresa:

—¿Quién es, señora nuestra, ese joven que está hablando contigo?

—No lo sé—contestó la Princesa sobrecogida.—Se me apareció aquí hace un rato, por lo cual me desperté. Sin duda, es mi novio; pero ¿cómo ha podido atreverse a venir a nuestro palacio?

—¡Ay, señora!—dijeron las esclavas.—Vuestro novio no puede por ningún título rivalizar en gallardía con este joven. ¡Es necesario que salga de aquí en seguida!

Dicho esto se levantaron apresuradamente, y desaparecieron antes que la Princesa pudiese detenerlas, y despertando al gigantesco esclavo, le gritaron:

—¡Buen modo tienes de guardar el castillo! ¡Dejas a los extraños que entren aquí mientras tú duermes!

Oyendo esto, el esclavo se levantó despavorido y acudió a empuñar el alfanje; pero le echó de menos. Confuso y angustiado llegó al aposento de su señora, y al ver al Príncipe sentado al lado de la Princesa, se fué hacia él lleno de ira y desesperación, gritando:

—¿Quién te ha traído aquí, malvado salteador? ¡Pagarás tu atrevimiento con la vida!

Al oir tales insolencias y amenazas el Príncipe se encolerizó de tal modo, que se arrojó, alfanje en mano, sobre el esclavo, el cual, evitando el golpe, huyó dando gritos espantosos hacia el dormitorio del Rey. La guardia y los palaciegos de servicio le impusieron silencio, advirtiéndole que el Rey dormía y que, sin peligro de la

...doblando una rodilla ante ella.

vida, nadie podía turbarle el sueño. Pero el esclavo seguía gritando más y más, diciendo:

—¡Llevadme ante el Rey; su decoro y su vida peligran, pues hay salteadores en el Alcázar!

Con aquel estrépito despertó sobresaltado el Rey, y llamó al oficial mayor para que se enterase de la causa de semejante alboroto. Cuando supo que el esclavo de la Princesa había estado voceando que había salteadores en el Alcázar, se levantó alarmado, empuñó su sable, y dirigéndose al esclavo le dijo:

—¿Qué gritos son ésos, malvado? ¿Cómo te atreves a alborotar de ese modo?

—Respetable señor—contestó el esclavo,—me había quedado dormido un momento ante la puerta de la cámara de la Princesa, cuando al despertarme he visto a un joven de aspecto arrogante y gentil sentado junto a mi señora, y que me había arrebatado el sable. Por eso me he creído en el caso de ponerlo en conocimiento de Vuestra Majestad.

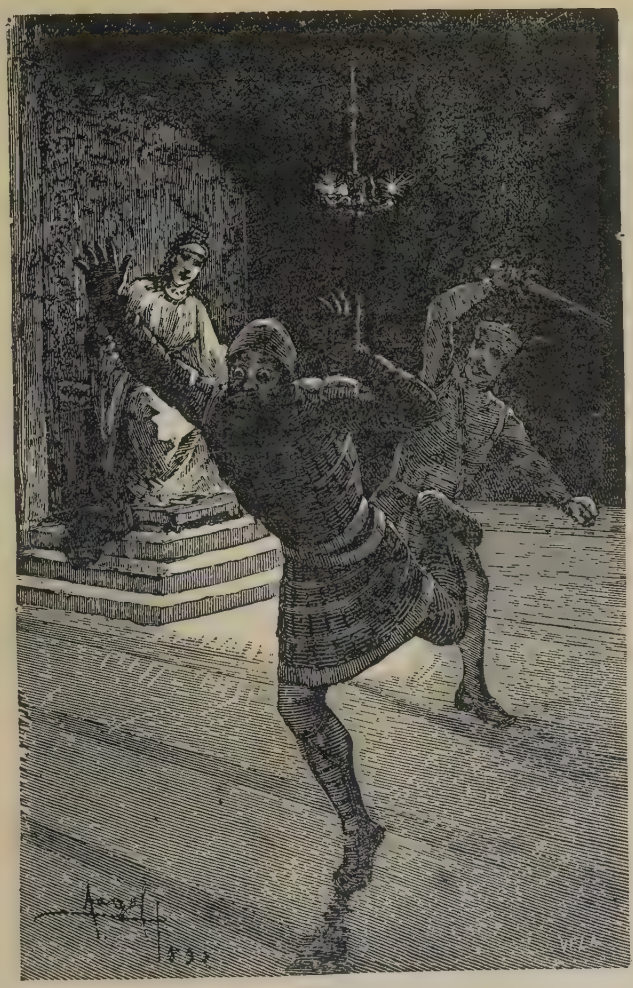
Al oir esto el Rey se dirigió apresuradamente hacia la habitación de la Princesa para cerciorarse de tan grande acontecimiento. Penetró en la estancia, y al ver al joven Príncipe conversando familiarmente con la Princesa, se dejó llevar de la ira, esgrimió el alfanje, y se abalanzó al Príncipe en ademán de cortarle la cabeza. Entonces el Príncipe se levantó, detuvo el golpe con su sable, y dijo al Rey:

—¡No me parece éste un procedimiento muy cortés para recibir a los forasteros! ¡Detén tus ímpetus y hablemos como personas razonables, pues de otra suerte me pondrás en el caso de defenderme, y quizás tengas que sentirlo!

Impresionado a su pesar por la prudencia y firmeza del Príncipe, el Rey bajó el sable, y le dijo:

—¿Quién eres, joven atrevido, y cuál es tu linaje, que te atreves a hablarme de igual a igual, a penetrar en la estancia de mi hija y venir a sorprenderla? ¿Ignoras, desgraciado, que soy uno de los más poderosos monarcas de la Tierra? ¿No comprendes que tu comportamiento merece la muerte?

—Señor—dijo el Príncipe,—reconozco el derecho que te asiste, y comprendo que te parezca desusada y poco correcta mi presentación; pero antes de juzgarme tan severamente, bueno es que



...huyó dando gritos espantosos...

nos expliquemos. Aun cuando estuviera en tu mano avasallarme y darme muerte, ¿qué ganarías con ello? Más bien perderías, pues las gentes, exagerando y falseando los hechos, dirían que habías sorprendido a tu hija con un amante, y nadie te respetaría, pues caerían sobre ti el escarnio y la afrenta. Dios nos ve y nos juzga, y te castigará si tratas de hacerme daño y ofender mi pundonor. Mientras tanto, bueno es que sepas que tu hija no descendería lo más mínimo en categoría si se hiciera mi esposa, pues si es princesa, yo también soy príncipe y heredero del rey de Persia.

Fácilmente se comprende cuánto se sorprendería el buen Monarca al oir estas razones; así es que, cambiando de tono, dijo con bastante comedimiento:

—Pues si eres un príncipe de tan ilustre dinastía, ¿cómo te has atrevido a entrar así en el palacio de mi hija, en vez de presentarte a mí antes, como lo ordena el decoro?

En vista de la desconfianza del Rey, el Príncipe no creyó oportuno referirle entonces su aventura y el misterio del caballo, y así, le contestó:

—No es ésta ocasión de referirte la extraña aventura que aquí me ha traído, y en que nada hay indecoroso para tu hija ni para mí. Por ahora me limitaré a hacerte una proposición, que te mostrará quién soy y hasta dónde llega mi poder. Reúne todas tus tropas y dirígelas contra mí; en la inteligencia de que si logran avasallarme, me reconoceré tu esclavo y podrás disponer de mí a tu arbitrio.

Lleno de curiosidad, el Rey no dudó en aceptar tan extraño reto.

Al amanecer del siguiente día reunió un regimiento de sus tropas en una llanura que se extendía junto al Palacio, y mandó que condujesen al Príncipe, a quien tenía custodiado en un aposento, y que le diesen un caballo y las armas que pidiera. Mas el príncipe rechazó el caballo y dijo:

—Gran rey, deseo cabalgar en el mismo corcel que traje; y así, ten la bondad de mandar que me lo bajen de la azotea, donde está descansando de las fatigas del viaje.

Asombróse el Rey al ver que, efectivamente, el caballo estaba en la azotea más alta; y creyó que era justo que se lo entregasen.

Montó el Príncipe en el caballo mecánico, y con arrogante ademán hizo seña al Rey para que mandara a sus tropas empeñar la refriega. Le cercaron y acorralaron por todas partes para aprisionarle o matarle. El Príncipe los dejó llegar a pocos pasos de él, templó el tornillo del costado derecho de su mágico caballo, y repentinamente se remontó por los aires con la velocidad de una flecha. Tan espesa era la polvareda, que ni los jinetes ni el Rey vieron por el pronto aquel vuelo, de modo que el Rey gritaba:

—¡Cogedle sin hacerle daño, y traedle atado a mis plantas!

Acelerábanse los soldados, corrían de un lado a otro dando voces y alaridos, y nadie sabía el paradero del Príncipe. De pronto exclamaron algunos de ellos:

—¡Oh gran Rey! ¿Cómo hemos de apresar a ese guerrero? Sin duda, es el mismo Demonio o algún duende. ¡Demos gracias al Señor, que nos ha librado de su presencia!

Abrió los ojos el Rey, y con la admiración que puede suponerse vió al Príncipe remontando más y más el vuelo por las nubes. Levantó las manos atónito, y mostró a sus cortesanos aquel prodigio.

Nadie se atrevió a proferir una palabra sobre tan extraño acontecimiento, y todos volvieron asombrados a Palacio. Pasó el Rey a la habitación de su hija, y la encontró bañada en lágrimas y rogando al Cielo que librase al Príncipe, de quien ya se sentía enamorada. Al contarle el Rey su padre lo ocurrido, la Princesa sonrió de gozo, con lo cual el padre comprendió lo que pasaba en el corazón de su hija. Él mismo se sentía impresionado por la gallardía y nobleza del mancebo; pero no dejaba de estar ofendido por su comportamiento, pues no comprendía su extraña conducta. Así, pues, hizo las convenientes reflexiones a su hija, y se volvió a Palacio; mas al verse sóla, la Princesa soltó la rienda a sus lágrimas y lamentos, y se olvidó de todo para no pensar más que en el Príncipe.

Mientras tanto, el afortunado jóven vagaba por los aires, y dirigiendo con habilidad su extraña cabalgadura, llegó al territorio de su padre. Se apeó en la azotea del Palacio, y al bajar por la escalera vió ceniza ante el umbral, de donde infirió que había algún difunto en su familia. Lleno de sobresalto, se apresuró a penetrar en lo interior para enterarse del motivo de aquel duelo, y encontró a sus padres y hermanas pálidos, melancólicos y vestidos de luto.

El padre fué el primero en verle, y sintió tal júbilo, que cayó desmayado dando un grito de sorpresa y alegría. Pasados algunos momentos volvió en sí, y se arrojó en brazos de su hijo derramando copioso llanto. La Reina y las Princesas, que, sumidas en su tristeza, nada habían visto ni oído, acudieron presurosas al oir las exclamaciones del Rey, y fué inmensa su satisfacción al verle abrazado con su hijo, a quien ya lloraban por muerto. Lanzáronse a él, le abrazaron y besaron, y otra vez volvió a renacer la alegría en sus corazones. Al preguntarle lo que le había acontecido, les refirió todas sus aventuras.

Rápidamente cundió la nueva por la ciudad, y todo fué en ella júbilo y regocijo. Sonaron los clarines y timbales, y los palaciegos, arrojando las ropas de luto, vistieron sus mejores galas. Encendieron luminarias, tendieron en los balcones los más ricos tapices, y acudió la multitud a participar de la alegría de la Real familia. Ordenó el Rey que se reanudaran las suspendidas fiestas, indultó a los presos, y durante siete días convirtiéronse las plazas en fondas, donde todos comían y bebían cuanto les acomodaba, sin pagar el gasto. El Rey salió a pesear por las calles acompañado de su hijo para que todos le vieran. Terminaron las fiestas, y vuelto el vecindario a sus ordinarias faenas, celebró el feliz regreso de su hijo con algunas reuniones, a las cuales sólo asistían los individuos de su familia. En una de éstas el Rey ordenó a una esclava que tañía el laúd con mucho arte que cantara una de las muchas piezas que sabía.

La canción de la esclava recordó al Príncipe el objeto de su amor, y el desconsuelo se apoderó de su alma. Suponiendo, con razón, que su padre le negaría el necesario permiso para ausentarse, salió sin que nadie lo advirtiera, montó en el caballo de madera, y emprendió el viaje aéreo hasta el palacio de la Princesa. Según lo había hecho la vez anterior, se apeó en el terrado, y bajó por la escalera, donde encontró dormido al esclavo. Llegó al dormitorio de la Princesa, y se detuvo un instante ante el tapiz que cubría su puerta. Levantó éste un poquito, y vió a la Princesa recostada en su trono, despierta y anegada en lágrimas. La Princesa despertó a sus doncellas, las cuales, al verla tan afligida, le dijeron:

—Señora, ¿a qué viene llorar de ese modo por quien ya no se acuerda de vuestro nombre y os abondona? ¡Pagadle con la misma

...una esclava que tañia el laúd con mucho arte...

moneda, y procurad olvidarle, como él se olvida de vuestros encantos!

La Princesa les replicó muy enojada:

—¡Insensatas, callad! ¡Mi corazón me dice que el Príncipe me es fiel; y aun cuando así no fuera, no puedo ni quiero olvidarle!

De nuevo volvió a sus lamentos. Oyéndolo todo estaba el Príncipe desde la puerta, y su corazón latía con tal ímpetu y estaba tan oprimido, que no acertaba a dar un paso. Sin embargo, resolvióse al fin a entrar en el aposento, y se acercó al trono donde estaba la Princesa. Hallábase ésta tan absorta en sus pensamientos, que ni siquiera reparó en el Príncipe hasta que éste pronunció cariñosamente su nombre. Entonces abrió los ojos, y vió al Príncipe de rodillas a su lado. No se fiaba del testimonio de su vista, y creía que era todo un sueño, hasta que el mancebo le dijo con acento de ternura:

—¿Por qué lloras y estás tan desconsolada?

A estas palabras contestó la Princesa, no sin sonrojarse:

—¿Por qué no confesarlo? ¡Lloraba al verme separada de ti!

Entonces el Príncipe le refirió todo lo ocurrido, y la Princesa le escuchó absorta. Cuando llegó el momento de separarse, creyó morir de dolor. El Príncipe le aseguró que volvería con mucha frecuencia; pero ella, deshecha en lágrimas, le dijo:

—¡Te suplico que me lleves contigo adondequiera que vayas; porque si vuelvo a experimentar otra vez la amargura de la separación, moriré de pena!

Esforzóse el Príncipe en consolarla, e hizo todo lo posible por disuadirla de su intento pintándole el dolor que sufriría su padre y el peligro del viaje, y prometiéndole que no dejaría pasar una sola semana sin volver a visitarla.

Nada pudo conseguir, pues siempre le contestaba:

—¡Llévame contigo, pues sin ti no puedo vivir, ni quiero morir sin ti!

Viendo el Príncipe que era en vano tratar de quebrantar su resolución, y como su propio corazón estaba interesado en tenerla siempre a su lado, se avinó a sus instancias, y le dijo que se dispusiera para el viaje, no sin dejar al padre de la Princesa una carta en que le explicaba lo ocurrido y le decía que, no pudiendo vivir

uno sin otro, marchaban juntos en el caballo mágico a la capital de Persia, donde inmediatamente contraerían matrimonio, por lo cual solicitaban su perdón y su bendición.

La Princesa fué a recoger lo más precioso que tenía en joyas y vestidos; pasaron en silencio junto a las doncellas dormidas hasta llegar a la puerta, pasaron también por encima del negro sin despertarle, y subieron a escape a la azotea, donde el Príncipe tenía su caballo. Colocada la Princesa en la silla, el Príncipe se sentó detrás, y templando el tornillo, se disparó el caballo por los aires como una flecha. Al pronto asustóse mucha la Princesa; pero luego, haciéndose cargo de la mansedumbre y suavidad del caballo, no la arredró ya aquel género de viaje: antes bien, iba muy complacida, pues amaba mucho al joven Príncipe y estaba libre de espías que la acechasen y sorprendieran. Además, iba en busca de la dicha, pues, con la voluntad de Dios, muy pronto el Príncipe sería su esposo.

Felicísimo fué el viaje aéreo de ambos enamorados, que en muy poco tiempo llegaron a la capital de Persia, y se detuvieron en la azotea de Palacio. Su padre, que aquel día se había levantado muy temprano, y a la sazón se hallaba en la azotea, se sorprendió en extremo al ver llegar a su hijo con aquella dama tan hermosa. Apenas se hubo apeado el Príncipe, cuando apresuradamente se dirigió hacia su padre, y postrándose a sus plantas le dijo:

—¡Padre y señor mío, perdonadme el secreto que guardé la otra vez no diciéndoos nada de la beldad que reina en mi corazón, y mostraos indulgente permitiéndome que la tome por esposa!

Abrazó el Rey a su hijo y a la Princesa, les dió su consentimiento, e inmediatamente mandó hacer los preparativos para las bodas, tanto del Príncipe como de las Princesas sus hermanas, que se casaron respecivamente con el indio, el griego y el persa.

Pronto se difundió por la ciudad tan venturosa noticia, y todos se regocijaron con la dicha del Príncipe. Al punto comenzaron las funciones, y el vecindario, los ministros y las tropas se dispusieron a celebrar tan fausto acontecimiento.

Enviáronse sin demora embajadores al Rey, padre de la Princesa, con el anuncio de la llegada de la Princesa y el Príncipe, pidiéndole al mismo tiempo su consentimiento para solemnizar el desposorio. Le aseguraban la intimidad del rey de Persia, y

... al ver llegar a su hijo con aquella dama tan hermosa.

acompañaban la embajada con riquísimos presentes. Solemnizáronse las bodas con festivadades de siete semanas y repartiendo cuantiosas sumas a los necesitados. El caballo encantado se guardó en el gabinete de preciosidades para memoria perpetua y para utilizarle cuando llegara el caso. Sólo una persona permanecía triste en medio de la universal alegría, y era la hija menor del rey de Persia, condenada a casarse con el hombre viejo, inventor del caballo misterioso. Su hermano, que tanto debía a los buenos oficios de aquella máquina voladora, había cambiado de opinión, y lejos de condolerse del sacrificio de la Princesita, le dijo que estaba obligada a obedecer a su padre. Con el alma traspasada de dolor fué la niña a la nupcial ceremonia, y no pudo reprimir las lágrimas al verse unida en indisoluble lazo con aquel monstruo de fealdad.

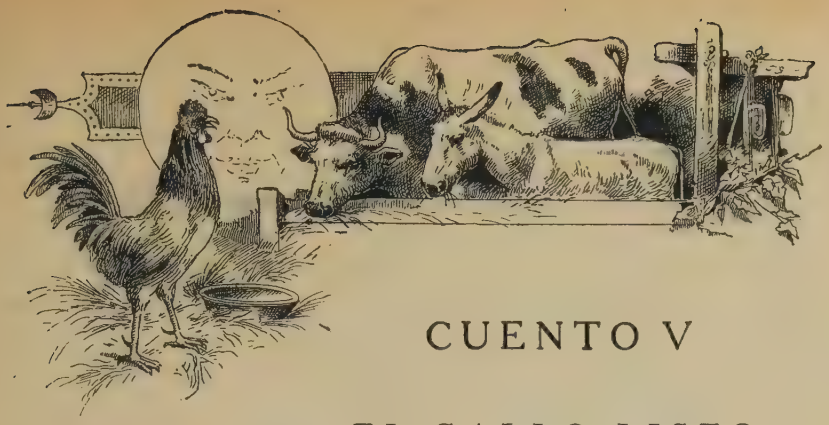
Sin embargo, el Destino le reservaba una grata sorpresa.

Al regresar a Palacio, y en presencia de toda la corte, el fingido persa se despojó de una máscara de piel que llevaba cuidadosamiente ceñida al rostro, la arrojó al suelo, y dejó ver un semblante de varonil belleza, en que brillaban el fuego de la juventud y la noble expresión del talento y del estudio.

—Yo no soy persa ni anciano—exclamó;—soy heredero del trono de Egipto, y habiéndome dedicado a la ciencia desde la niñez, he logrado arrancar a la Naturaleza muchos secretos. Amaba con ternura a la encantadora Princesa que hoy es mi esposa, y quise probar si el ascendiente de mi saber bastaría para atraerme su simpatía, prescindiendo de mi aspecto físico, por la cual me disfracé de este modo. No he salido airoso en este detalle; pero algo hay que dispensar a las niñas: no puede exigirse a todas que amen la ciencia por sí misma.

—¡Qué disgusto tuve, esposo mío!—dijo llena de júbilo la Princesita.—Admiraba tu ciencia, es verdad; ¡pero me parecías tan feo! Mas, por fortuna, lo sabio no quita siempre a lo buen mozo.

Este feliz incidente aumentó la alegría de todos, y desde entonces ninguna nube empañó la dicha de los recién casados, que alcanzaron cuanta felicidad es posible lograr en la Tierra.



CUENTO V

EL GALLO LISTO

Un labrador muy rico tenía muchas casas de labor, en las cuales criaba toda clase de ganado. Vivía retirado con su mujer e hijos en una de sus posesiones, que administraba por sí mismo. Tenía este labrador el don de entender el lenguaje de sus bestias; pero le había sido impuesta la condición de no poder comunicárselo a nadie sin exponerse a perder la vida.

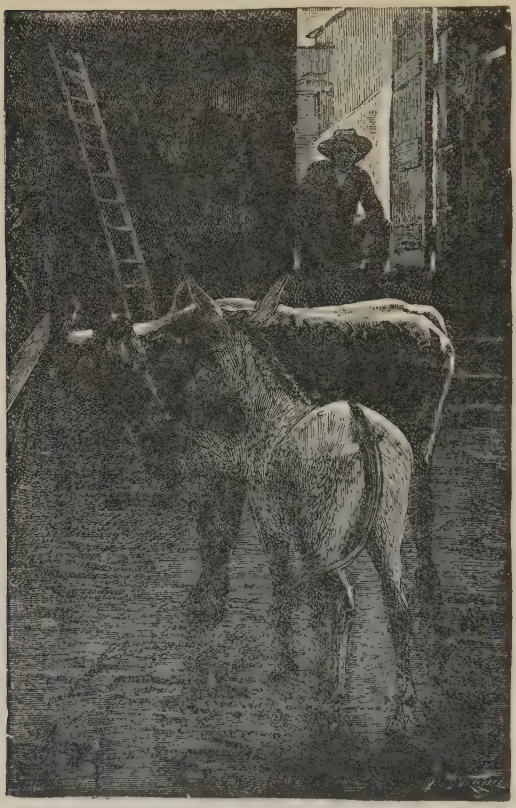
En un mismo pesebre comían un buey y un hermoso asno. Un día que el labrador estaba sentado junto a ellos y se divertía en ver jugar a sus hijos, oyó que el buey decía al asno:

—¡Qué feliz me pareces, amigo, si se considera lo poco que te hacen trabajar! Un hombre se ocupa en limpiarte con cuidado, te lava, te da cebada y agua fresca y limpia. Tu único trabajo consiste en llevar a nuestro amo cuando le ocurre hacer algún viaje. ¡De cuán diferente modo me cuidan a mí! Aun no es la media noche, cuando ya me unen a un arado, del cual me hacen tirar todo el día para abrir la tierra, lo que a veces me cansa hasta el punto de faltarme las fuerzas, y el labrador que va detrás de mí no cesa un momento de aguijonearme. A fuerza de tirar del arado, tengo la cerviz despellejada. Por fin, después de haber trabajado desde que amanece hasta que anochece, cuando vengo a casa me dan de comer un poco de paja, a la que ni siquiera se han tomado el trabajo de quitar la tierra, y, para colmo de miseria, después de alimentado con un manjar tan poco apetecible, me veo precisado a pasar

la noche en mi propio estiércol. ¡Ya ves si tengo razón en envidiar tu suerte!

El asno dejó hablar al buey cuanto quiso, y apenas hubo acabado le dijo:

—¡No desmereces el nombre de idiota que dan! ¡Eres muy simple! ¡Te dejas llevar adondequiera, y no aciertas a tomar una resolución salvadora! Sin embargo, ¿qué ventaja te resulta de todo lo que sufres? Tú mismo te matas por la prosperidad, el placer y provecho de quien no te lo agradece. ¡De otro modo te tratarían si tuvieses tanto valor como fuerza! ¿Por qué no haces resistencia cuando van a atarte al pesebre? ¿Por qué no tiras buenas cornadas? ¿Por qué no manifiestas tu cólera escarbando la tierra con los pies? ¿Por qué, en fin, no inspiras terror con bramidos espantosos? La Naturaleza te ha provisto de medios para hacerte respetar, y no te vales de ellos. Si te dan malas hierbas y mala paja, no se comen: se huelen y se dejan. Si sigues mis consejos, no tardarás en experimentar sus resultados, y por ellos me darás las gracias.

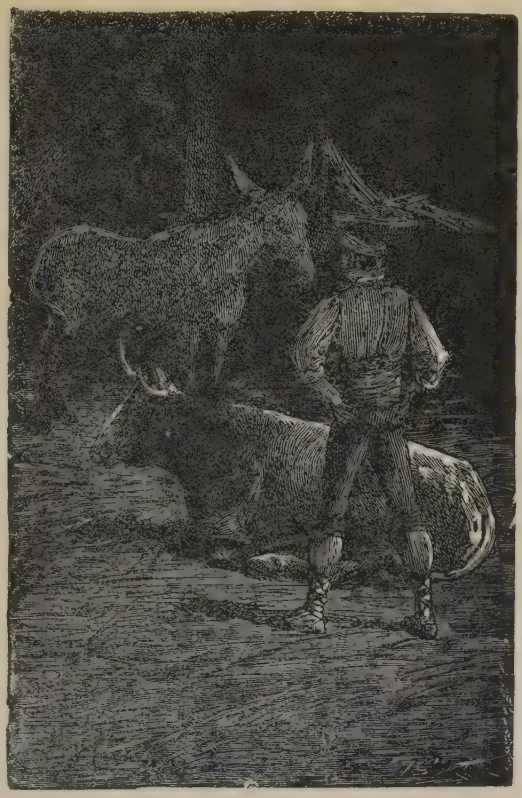


El asno dejó hablar al buey...

Agradeció el buey el consejo del asno, y le manifestó cuán obligado le quedaba, diciéndole:

—Querido amigo, no dejaré de hacer cuanto me has dicho, y ya verás cómo me porto.—Callaron después de esta conversación, de la cual no perdió una sola palabra el labrador, su amo.

A la mañana siguiente el mozo de labor fué a coger el buey, le unció al arado, y le llevó al trabajo ordinario. El buey, que no había olvidado el consejo del asno, hizo muy bien el marrajo todo aquel día; y por la noche, cuando el mozo quiso atarle al pesebre, como de costumbre, en lugar de presentar mansamente los cuernos, comenzó a retroceder bramando, y aun bajó las astas como para herirle, con todos los ademanes de furor que el asno le había aconsejado. Al día siguiente fué a cogerle el mozo de labor para llevarle a trabajar; pero hallando el pesebre lleno aún de las hierbas y paja que le había echado por la noche, y al buey tirado en el suelo, con los pies tendidos y jadeando de una manera extraña, le creyó enfermo, tuvo lástima de él, y juzgando que sería inútil sacarle al campo, se fué a prevenir al amo.



Al día siguiente fué a cogerle el mozo...

El labrador conoció que los malos consejos del asno habían producido su efecto; y para castigarle según merecía, dijo al mozo:

—Ve, coge al asno en lugar del buey, y hazle trabajar mucho.

Obedeció el gañan, y es asno tuvo que tirar el arado todo aquel día, lo que le causó grandísima fatiga, pues no estaba acos-

tumbrado al trabajo. Además de eso llevó tantos palos, que cuando volvió a casa no podía sostenerse.

Mientras tanto el buey, estaba muy contento: había comido cuanto había en el pesebre, y había estado descansando todo el día; se regocijaba consigo mismo de haber seguido los consejos de su amigo, le bendecía mil veces por el beneficio que le había proporcionado, y no dejó de darle las gracias cuando le vió llegar.

No respondió una palabra el asno: tal era su despecho por haber sido maltratado.

—¡Por mi imprudencia—se decía—me he acarreado esta desgracia! Yo vivía feliz; todo se me presentaba con semblante risueño; tenía cuanto podía desear. ¡Mía es la culpa del deplorable estado en que me veo! Y si mi talento no me sugiere alguna astucia para salir de él, es segura mi pérdida.

Al decir esto se encontraron sus fuerzas de tal manera apuradas, que se dejó caer como muerto junto al pesebre.

Habiendo sabido el dueño de la casa que el asno se hallaba en estado lastimoso, tuvo curiosidad de saber lo que pasaba entre él y el buey; así, después de cenar fué a sentarse junto a ellos acompañado de su mujer.

Cuando llegó, oyó que el asno decía al buey:

—Dime, compadre: ¿qué piensas hacer cuando el labrador te traiga mañana el pienso?

—Lo que haré—respondió el buey—será continuar haciendo lo que tú me has enseñado: me estiraré desde luego, presentaré los cuernos como ayer, me haré el enfermo, y fingiré que estoy muriéndome.

—¡Guárdate bien de hacer tal cosa! interrumpió el asno.—Eso sería el medio de perderte, porque al llegar esta noche he oído decir al labrador, nuestro amo, una cosa que me hace temblar por ti.

—¡Hola! ¿Pues qué has oído?—le dijo el buey.—Hazme el favor de no ocultarme nada, mi querido amigo.

—Nuestro amo—respondió el asno—decía al mozo de labor estas palabras: "Puesto que el buey no come y no puede sostenerse, será mejor que le maten mañana; con su carne daremos una limosna a los pobres, y su pellejo se lo darás al curtidor a fin de que pueda sernos útil. No dejes de llamar al carnicero,,. Esto

es lo que tenía que decirte—añadió el asno:—el interés que tomo por tu conservación y la amistad que te profeso me obligan a advertírtelo y a darte un nuevo consejo. En cuanto te traigan las hierbas y la paja, levántate y arrójate a ellas con ansia: así creerá el amo que te has curado, y no dudo que revocará la sentencia de muerte. Ten en cuenta que si te portas de otro modo, ya llegó tu última hora.

Este consejo produjo el efecto que había propuesto el asno, pues al oirlo el buey, bramó de espanto. El labrador, que había estado escuchando a los dos con mucha atención, porrumpió entonces en una carcajada.

—Dime—le dijo su mujer sorprendida:—¿por qué te ríes de tan buena gana?

—Esposa mía—le dijo el labrador,—conténtate con oirme reir.

—No—replicó ella;—quiero saber el motivo de tu risa.

—¡Imposible!—contestó el marido.—Lo único que puedo decirte es que me río de lo que el asno acaba de decir al buey: lo demás es un secreto que no me es permitido revelar.

—¿Y quién te impide descubrirse ese secreto?—replicó ella.

—Si te lo dijese—repuso—me costaría la vida.

—¡Tú te burlas de mí!—exclamó la mujer.—No puede ser cierto lo que me cuentas. Si no me dices inmediatamente por qué te has reído, y te niegas a enterarme de lo que el asno y el buey se han dicho, te juro que no viviremos más tiempo juntos.

Dichas estas palabras, la mujer entró en casa y se fué a un rincón, donde pasó la noche llorando a gritos.

Acostóse el marido; y al día siguiente, viendo que su mujer no cesaba de lamentarse, le dijo:

—Esposa mía, haces mal en afligirte de ese modo; el asunto no merece la pena de que pases tan mal rato. No pienses más en ello: te lo suplico encarecidamente.

—Pienso tanto—respondió la mujer,—que no cesaré de llorar hasta que hayas satisfecho mi natural curiosidad.

—Pues yo te digo que me costaría la vida ceder a tus indiscretas instancias.

—¡Que suceda lo que Dios quiera!—repuso ella—¡No desistiré de mi empeño!

—Bien conozco—replicó el marido—que no hay medio de ha-

certe ceder; y como preveo que tu obstinación te acarreará la muerte, voy en busca de tus hijos para que tengan el consuelo de verte antes que mueras.

En efecto, hizo venir a sus hijos, y también envió a buscar al padre, a la madre y a los parientes de la mujer. Cuando estuvieron reunidos y les explicó el caso, todos emplearon su elocuencia en hacer comprender a la mujer que no tenía razón para persistir en su terquedad; pero ella los escuchó, y dijo que primero moriría que ceder. Por más que el padre y la madre le hablaron en particular y le representaron que lo que deseaba saber no tenía importancia, no adelantaron gran cosa, ni por los razonamientos empleados, ni interponiendo su autoridad. Cuando vieron sus hijos que se empeñaba en desatender las razones con que atacaban su obstinación, se echaron a llorar amargamente. El labrador mismo no sabía qué hacer, y sentado solo junto a la puerta de su casa meditaba si sacrificaría su vida por salvar la de su mujer, a quien amaba de un modo extraordinario.

Aquel labrador tenía cincuenta gallinas, un gallo y un perro muy fiel; y mientras el pobre hombre estaba sentado, embebido en sus meditaciones, vió el perro correr hacia el gallo, que estaba alegremente jugando con sus gallinas, y oyó que le hablaba en estos términos:

—¡Oh gallo! ¿No te avergüenzas de estar alegre y de jugar en este día, que tan desdichado es para los habitantes de esta casa?

El gallo se volvió muy incomodado hacia el perro, y le respondió con orgullo:

—¿Por qué he de avergonzarme de hacer hoy lo que otros días?

—Puesto que lo ignoras—replicó el perro,—sabe que nuestro amo se halla en grave apuro. Su mujer está empeñada en que le revele un secreto de tal naturaleza, que le costará la vida descubrirlo. En este estado se hallan las cosas, y es de temer que no tenga bastante firmeza para resistir la obstinación de su mujer, porque la ama, y le tienen muy conmovido las lágrimas que no cesa de derramar. Quizás perezca: todos en casa estamos con el mayor ciudado, y tú eres el único que, insultando nuestra tristeza, tienes la impudencia de divertirte con tus gallinas.

El gallo contestó a la reprimenda del perro con estas palabras:

—¡Qué insensato es nuestro amo! ¡No tiene más que una mu-

jer y no puede sujetarla! Yo cuido de cincuenta gallinas, y todas hacen mi voluntad. Que apele a su razón, y muy pronto hallará medios para salir del apuro en que se halla.

—¿Y qué quieres que haga?—dijo el perro.

—Que entre en el cuarto donde está su mujer—respondió el gallo, — y después de haberse encerrado con ella, que tome un buen garrote y le sacuda el polvo; yo le aseguro que después de esto será más cuerda y no le importunará más para que le diga lo que no debe revelarle.

—¡Oh gallo! ¿No te avergüenzas de estar alegre en este día?

No bien hubo oído el labrador lo que acababa de decir el gallo, cuando se levantó de donde estaba y fué en busca de su mujer, a quien encontró llorando; se encerró con ella, y la sacudió tan bien, que a poco gritaba:

—¡Basta, por Dios, esposo mío; basta! ¡Déjame, que no te molestaré más con mis preguntas!

Entonces el marido, viendo que se arrepentía de su intempestiva curiosidad, cesó de maltratarla, abrió la puerta, entró toda su parentela, todos se regocijaron de que hubiera desistido de saber lo que no le importaba, y felicitaron al marido por el feliz expediente de que se había servido para hacerla entrar en razón.

En lo sucesivo se enmendó tanto, que no volvió a mostrar curiosidad por nada, y así vivieron felices.

El labrador premió la lealtad del perro con toda clase de halagos y cuidados, y a todos los trató como en justicia merecían según su comportamiento, pues, más pronto o más tarde, el bueno encuentra justa recompensa, y el malo, su justo castigo.

CUENTO VI

LA CIERVA ENCANTADA

SENTADOS a la sombra de un gran árbol estaban un joven que, a juzgar por su aspecto, debía de ser un gran personaje, y un viejo que tenía una cierva. El último refirió al primero su historia de este modo:

—Te suplico, joven—decía el viejo,—que me escuches atentamente. Esta cierva que estás viendo es mi hermana. No tenía más que doce años cuando quedamos huérfanos, y ella a mi cuidado; así, puedo decir que debe mirarme más como a padre que como a hermano.

"Hemos vivido juntos unos treinta años, y a pesar de su carácter dominante e imperioso, siempre la traté con cariño. El solo deseo de tener sucesión me hizo contraer matrimonio con una virtuosa joven, de quien tuve un hijo que prometía mucho. Viendo que mi mujer tomaba las riendas de la casa, mi hermana le cobró odio, así como a mi hijo; pero ocultó tan bien sus sentimientos, que yo no los conocí hasta que dieron sus frutos.

"Entretanto mi hijo iba creciendo, y ya tenía diez años cuando me vi obligado a emprender un viaje. Antes de mi partida recomendé a mi hermana, de quien no desconfiaba, mi mujer y mi hijo,

y le supliqué que cuidara de ellos durante mi ausencia, que fué de un año. Ella se aprovechó de este tiempo para satisfacer su deseo de venganza. Se dedicó a la magia, y cuando estuvo bastante diestra en esta arte diabólica llevó a mi hijo a un lugar oculto, donde por medio de sus encantamientos le convirtio en ternero y se lo dió a mi arrendatario, con orden de que le criase, diciéndole que era un ternero que había comprado. No limitó su odio a esta acción abominable, sino que convirtió a mi mujer en vaca, y también la entregó a mi arrendatario.

"A mi regreso le pedí noticias de mi mujer y de mi hijo.

"—Tu mujer ha muerto—me respondió;—y en cuanto a tu hijo, hace dos meses que ha desaparecido, y no sé qué ha sido de él.

"Mucho sentí la muerte de mi mujer; pero como mi hijo no había hecho más que desaparecer, concebí esperanzas de volver a verle muy pronto. Sin embargo, pasáronse ocho meses sin que volviera, y en este tiempo llegó la fiesta del pueblo. Para celebrarla ordené a mi arrendatario que me llevase una vaca de las más gordas, la cual había de ser degollada. Para cumplir mi encargo me presentó a la desgraciada madre de mi hijo. La até a un poste; y cuando me preparaba a sacrificarla comenzó a dar bramidos lastimeros, y de sus ojos empezaron a brotar raudales de lágrimas, lo que me pareció muy extraordinario. Sintiéndome movido a piedad, no tuve valor bastante para descargar el golpe, y dispuse que el arrendatario se llevara aquella vaca y me trajese otra.

"Mi hermana, que se hallaba presente, se opuso a que se cumpliera esta orden, que echaba por tierra sus propósitos.

"—¿Qué haces, hermano mío?—exclamó.—¡Sacrifica esa vaca, que es la más hermosa que tiene el arrendatario y la más propia para el uso a que la destinamos.

"Por complacer a mi hermana me aproximé a la vaca; y ya me disponía a dar el golpe mortal, cuando la víctima, redoblando sus lágrimas y sus berridos, me desarmó por segunda vez. Entonces entregué el mazo al arrendatario, diciéndole:

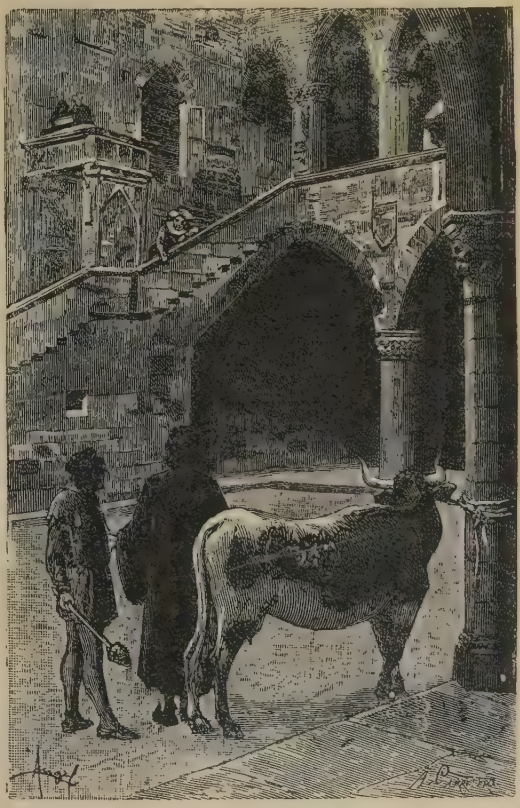
"—Toma, y sacrifícala tú mismo; yo no puedo hacerlo por mi propia mano.

"El arrendatario se disponía a obedecerme; pero habiéndosela

llevado a su casa, también se sintió movido a compasión, y le conservó la vida.

"—Tómala para ti—le dije al arrendatario,—y si tienes un ternero bien gordo, tráemelo en lugar suyo.

"Cumplió mis ordenes, y poco después le vi llegar con el ternero que le había pedido. Aunque yo ignoraba que aquel ternero era mi hijo, no por eso dejé de sentirme conmovido; y en cuanto al animalito, desde el momento que me vió hizo tan grandes esfuerzos para acercarse a mí, que rompió la cuerda a que estaba atado. Se arrojó a mis pies poniendo la cabeza en el suelo, como si hubiera querido excitar mi compasión y pedirme que no hiciese la maldad de matarle, advirtiéndome en cuanto estaba de su parte que era mi hijo.



La até a un poste . . .

"Aquel inesperado acto de sumisión me sorprendió tanto, que logró conmoverme más aún que las lágrimas de la vaca.

"—Vete—dije al arrendatario.—Vuelve este ternero a tu casa, cuídale bien, y tráeme otro en su lugar.

"—¿Qué disparate estás haciendo? ¡Créeme: no sacrifiques otro ternero más que ése!—dijo mi hermana.

"—Hermana mía—le respondí,—no lo sacrificaré: quiero concederle esta gracia, y te suplico que no te opongas a ello.

"Pero la malvada mujer no accedió a mi súplica. Odiaba a mi hijo lo bastante para no consentir que le salvase: me pidió el sacrificio en tanta obstinación, que me vi precisado a complacerla.

...se presentó mi arrendatario...

"Até al ternero a un poste, tomé el cuchillo, y ya iba a meterlo por la garganta de mi hijo, cuando, volviendo éste hacia mí lánguidamente sus ojos bañados en lágrimas, me enterneció hasta el punto de que no tuve valor para sacrificarle. Dejé caer el cuchillo, y dije a mi hermana que quería absolutamente matar otro ternero. No perdonó ella recurso alguno para hacerme mudar de resolución; pero permanecí sordo a sus instancias, si bien tan sólo por apaciguarla le prometí que le sacrificaría en la fiesta del próximo año.

"Al día siguiente se presentó mi arrendatario pretendiendo hablarme a solas.

"—He venido—me dijo—a comunicar a usted una noticia que me agradecerá. Tengo una hija que posee algunos conocimientos en la magia, y ayer, al volver a mi casa con la vaca y el ternero que no había usted querido sacrificar, noté que se rió al verlos, y que inmediatamente después se echó a llorar. Yo le pregunté por qué hacía al mismo tiempo dos cosas tan contrarias.

"—Padre mío—respondió,—esta vaca y este ternero que usted trae son la mujer y el hijo de nuestro amo. Me río de gozo porque los veo todavía vivos, y he llorado acordándome de los sufrimientos que habrán pasado ambos cuando parecía inminente su sacrificio. Estas dos trasformaciones las han hecho los encantamientos de la hermana de nuestro amo, que odiaba tanto a la madre como al hijo.—Esto es lo que dijo mi hija—prosiguió el arrendatario,—y vengo, porque así lo creo de mi deber, a comunicar a usted esta noticia, para que vea lo que hace.

"Inmediatamente partí con mi arrendatario para interrogar a su hija, a fin de saber lo que había de verdad en el asunto.

"No bien hube llegado, me fuí en derechura al establo donde estaban la vaca y el ternero; y aunque no pudieron corresponder a mis abrazos, los recibieron de manera que comprendí que eran dos seres humanos.

"Habiendo bajado la hija del arrendatario, le dije:

"—Niña, ¿puedes volver a mi esposa y mi hijo a su forma primitiva?

"—Sí que puedo—me respondió.

"—Si tal logras, te hago dueña de todos mis bienes.

"—Señor—me replicó sonriéndose,—usted es nuestro amo, y yo sé muy bien cuánto le debo; pero le advierto que si es sencillo desencantar a su mujer, en cambio, no puedo deshacer el encanto de su hijo sino con dos condiciones: la primera, que ha de dármelo usted por esposo, y la segunda, que me permita castigar a la persona que le trasformó en ternero.

"—Acepto—le dije;—y aun digo más: prometo darte todos los bienes de que yo pueda disponer. Haz lo que te pido, y ya verás de qué modo agradezco el servicio que vas a prestarme. En cuanto al castigo que piensas dar a la autora de estos encantos, debo decirte que quien ha sido capaz de cometer una acción tan criminal, bien merece ser castigada. Te la entrego; haz de ella lo que te acomode: sólo te pido que no le quites la vida.

"—Yo quiero tratarla—respondió—de la misma manera que ella ha tratado a su mujer y a su hijo de usted.

"—Consiento en ello—le respondí;—pero antes vuélvemelos a su forma natural.

"Entonces tomó la joven un vaso lleno de agua, pronunció

algunas palabras que no entendí, y dirigiéndose a la vaca y al ternero:

"—¡Oh vaca, oh ternero!—les dijo.—¡Si habéis sido creados por el Todopoderoso tal y como aparecéis en este momento, permaneced bajo esa misma forma; pero si sois seres humanos y habéis sido trasformados en vaca y ternero por medio de alguna arte mágica, volved a vuestra figura natural, con permiso de Dios!

...tomó la joven un vaso lleno de agua...

"Al acabar estas palabras echó el agua sobre ellos, y en el instante volvieron a tomar su primitiva forma.

"—¡Esposa mía, hijo mío! —exclamé al punto abrazándolos con un frenesí que no pude dominar. ¡Dios es el que nos ha enviado esta joven para destruir el horrible encanto que os tenía trasformados, y vengaros del mal que os han hecho! ¡No dudo, hijo mío, que, en reconocimiento, tendrás a bien tomar a esta joven por mujer, conforme se lo he ofrecido!

"Mi hijo se conformó gustoso con esta condición; pero antes de casarse la joven trasformó a mi hermana en cierva, y es ésta que veis aquí. Yo me alegré de que tuviese esta forma en vez de otra más desagradable, a fin de que la viésemos sin repugnancia entre la familia. A la vuelta de algún tiempo quedó viudo mi

hijo, y se fué a viajar. Como hace muchos años que no he tenido noticias suyas, me he puesto en camino con objeto de ver si puedo adquirirlas; y no habiendo querido confiar a nadie el cuidado de mi hermana durante mi viaje, he juzgado más acertado llevarla por todas partes conmigo. Ésta es mi historia y la de esta cierva. ¿No es de las más singulares y maravillosas?

El joven convino en ello, y le pareció muy justo el castigo de la perversa hermana; pero al mismo tiempo, y teniendo en cuenta los muchos años que este castigo había durado, suplicó al anciano que hiciera lo posible para volverla a su forma natural.

Prometió el anciano hacer cuanto estuviera en su mano para lograrlo; pero como ignoraba los secretos de la magia, no sabía a qué medio apelar para conseguir su deseo.

Tampoco el joven era mago; pero se le ocurrió hacer la siguiente reflexión:

—Dios, autor de todo lo creado, es mucho más poderoso que todos los hechiceros habidos y por haber, y además, su bondad es infinita. Arrodillémonos, pues, y pidámosle que vuelva a su forma natural a esa desgraciada, si en su alta justicia cree que ha expiado ya bastante su delito.

El anciano y el joven cayeron de rodillas y elevaron sus oraciones al Altísimo. Cuando se alzaron de nuevo la cierva había desaparecido, y en su lugar estaba una anciana, que, hundiendo la frente en el polvo, y después de dar gracias a Dios, pidió a su hermano perdón de sus crímenes, y manifestó el deseo de ver a su cuñada y a su sobrino para que igualmente la perdonasen. No tardó en realizarse una parte de su propósito, pues a lo lejos vieron llegar un jinete, en quien el anciano reconoció a su hijo, y el joven a uno de sus amigos más estimados. Todos volvieron juntos a la cuidad, donde en lo sucesivo vivieron.

CUENTO VII

LOS PERROS NEGROS

Un pobre viejo llevaba dos perros negros por un camino. Habiéndole preguntado un viajero qué causa le obligaba a viajar con ellos a su edad, respondió de esta manera:

—Señor, por extraño que os parezca, estos perros y yo somos hermanos, y yo soy el menor de todos. Al morir nos dejó nuestro padre diez mil pesetas a cada uno. Con esta suma nos dedicamos los tres al comercio. Poco tiempo después de haber abierto nuestra tienda, mi hermano mayor resolvió viajar por países extranjeros. Para realizar este pensamiento reunió todo su capital, y lo empleó en géneros propios para el negocio que quería emprender.

"Partió, y estuvo fuera un año entero, al cabo del cual se presentó en mi tienda en ademán de pedirme una limosna un pobre, a quien dije:

"—¡Dios te socorra, hermano!

"—¡Dios te favorezca también! ¿Ya no me conoces?

"Le miré con atención, y le reconocí.

"—¡Ah, hermano mío!—dije abrazándole.—¿Cómo había de reconocerte en semejante estado?

"Le hice entrar en casa, y le preguntó cómo estaba y qué tal le había ido en su viaje.

"—¡No me hagas esa pregunta!—dijo.—¿No lo dice bastante el estado en que me ves? Sería renovar mi pena referirte detalladamente todas las desgracias que me han sucedido de un año a esta parte; circunstancias que me han reducido a la miseria en que me ves.

Se reunió a una caravana, partió...

"Al momento cerré mi tienda, y abandonando todos los cuidados que acarrea la profesión del comercio, lo conduje al baño, y luego le hice ponerse mis mejores vestidos. Inmediatamente examiné mis libros de venta y compra, y resultando de ellos que había duplicado mi capital, es decir, que éste ascendia a veinte mil pesetas; le di la mitad, diciéndole:

"—Hermano mio, quiero que olvides la pérdida que has sufrido.

"Aceptó con júbilo los dos mil duros, restableció sus negocios, y vivimos felices, como lo habíamos sido hasta entonces.

"Poco tiempo después mi segundo hermano quiso también dar otro empleo a su capital. Mi hermano mayor y yo hicimos cuanto estuvo a nuestro alcance por disuadirle de esta idea; pero no hubo medio de conseguirlo. Llevó adelante su intento, y el dinero que reunió lo empleó en géneros propios para la clase de negocio que

quería emprender. Se reunió a una caravana, partió, y al cabo de un año volvió en el mismo estado que mi hermano mayor. Le hice vestir; y como tenía aún diez mil pesetas sobrantes de mi capital, se las dí, y con ellas puso tienda y continuó ejerciendo su profesión.

"Cierto día fueron a buscarme mis dos hermanos con objeto de proponerme hacer un viaje e ir a traficar con ellos, proposición que desechó desde luego, haciéndoles presente lo poco que habían adelantado en sus anteriores viajes.

"—¿Quién me asegura que he de ser yo más feliz que vosotros?—les dije.

"En vano quisieron convencerme alegando razones que ellos creían prudentes: yo persistí en mi propósito. Pero fué tal su empeño, su obstinación, y tantas súplicas me hicieron, que, después de haber resistido por espacio de cinco años, accedí, por fin, a sus instancias. Mas cuando fué preciso hacer los preparativos del viaje y se trató de comprar los géneros que necesitábamos, me encontré con que mis hermanos habían disipado todo su caudal, y no les quedaba una sola peseta de las diez mil que había dado a cada uno. No les reconvine por ello; antes al contrario, como mi caudal había subido a sesenta mil pesetas, partí la mitad con ellos, diciéndoles:

"—Hermanos míos, no arriesguemos más que estos seis mil duros, y ocultemos los demás en sitio seguro, a fin de que si nuestro viaje no es más feliz que los hechos por vosotros anteriormente, tengamos con qué consolarnos y volver a emprender nuestro negocio.

"Dí, pues, dos mil duros a cada uno, guardé otros tantos para mí, y enterré los otros seis mil en un rincón de mi casa. Compramos géneros, y después de haberlos embarcado en un buque que fletamos entre los tres, nos dimos a la vela con tiempo favorable en dirección al Cairo.

"Después de un mes de navegación llegamos felizmente a un puerto, donde desembarcamos y vendimos todos nuestros géneros. Yo vendí también los míos, gané diez por uno, y luego compramos géneros del país para trasportarlos y venderlos en el nuestro.

"Cuando ya estábamos preparados para emprender nuestro re-

greso, encontré en la orilla del mar a una dama bastante hermosa, aunque muy pobremente vestida. Se llegó a mí, me besó la mano, y me suplicó que la tomase por mujer y la embarcase conmigo. Tuve algún reparo en concederle lo que me pedía; pero tantas y tales cosas me dijo para persuadirme, que al fin me dejé vencer. Mandé hacerle vestidos aseados y decentes, y después de habernos desposado en debida forma nos embarcamos los cuatro y nos hicimos a la vela.

...encontré en la orilla del mar a una dama...

"Durante nuestra navegación observé tan hermosas cualidades en la mujer que acababa de tomar por esposa, que la amaba más y más cada día. Entretanto, mis dos hermanos, que no habían hecho tan buen negocio como yo y envidiaban mi prosperidad, me tenían mala voluntad, y su furor llegó hasta el punto de conspirar contra mi vida: así, una noche, cuando mi mujer y yo dormíamos, nos arrojaron al mar.

"Mi mujer, que era hada, no se ahogó, y yo hubiera perecido sin su socorro. No bien había caído al agua, me arrebató y trasportó a una isla. Cuando llegó el nuevo día me dijo:

"Esposo mío, salvándote la vida he recompensado el bien que

me has hecho. Yo me encontraba a la orilla del mar cuando ibas a embarcarte, y sentí por ti suma inclinación y afecto; quise experimentarte, y al efecto me presenté a tus ojos disfrazada. Fuiste generoso, y estoy satisfecha de haber hallado ocasión de manifestarte mi reconocimiento; pero tus hermanos me tienen muy irritada, y no quedaré satisfecha hasta haberles quitado la vida.

"Oí con asombro el discurso del hada, y, agradeciendo lo que había hecho en mi obsequio, le dije:

"—Señora, por lo que respecta a mis hermanos, os suplico que los perdonéis. Por muchos motivos que tenga para quejarme de ellos, no soy tan cruel que desee su muerte.

"Y le conté lo que había hecho por uno y por otro, consiguiendo con mi relación aumentar su odio contra ellos, y no el fin que me proponía.

"—Es indispensable—dijo mi esposa—que inmediatamente vuelva en busca de esos hermanos ingratos y tome de ellos ejemplar venganza: voy a sumergir su navío, y a sepultarlos en el fondo del mar.

"—¡No!—respondí yo.—¡Por Dios os pido que no hagáis tal cosa! ¡Contened vuestro enojo! ¡Acordaos de que son mis hermanos, y de que es propio de almas nobles y generosas como la vuestra volver bien por mal!

"Conseguí apaciguar a mi esposa, y al poco rato nos encontramos en el terrado de mi casa, de donde ella desapareció pocos momentos después. Inmediatamente fuí a la plaza donde estaba mi tienda, la abrí, y los comerciantes vecinos me felicitaron por mi vuelta. Al bajar a la casa vi estos dos perros negros, que se llegaron a mí con ademán sumiso. Como no sabía lo que aquello significaba, pregunté al hada.

"—No te soprenda—me dijo—ver estos dos perros negros en tu casa: son tus hermanos.

"Al oir estas palabras me estremecí horrorizado, y le pregunté por qué se encontrabatn en aquel estado.

"—Una de mis hermanas, a quien referí lo ocurrido con esos pícaros, los ha tornado en animales y ha echado a pique el buque. Has perdido los géneros que traías en él; pero yo te recompensaré de otro modo. Por lo que toca a tus hermanos, están condenados

a permanecer diez años en esta forma: bien merece su perfidia esta penitencia.—Y después de haberme manifestado dónde podría adquirir noticias suyas desapareció.

"Hoy se cumplen los diez años, y me he puesto en camino para ir a buscarla.

...estos perros negros son tus hermanos.

No bien hubo dicho esto, se estremeció la Tierra, y apareció la esposa del viejo.

—Ya ha pasado el plazo—dijo—que tenía marcado para castigar la perfidia de estos perros. Los verás en su estado primitivo dentro de un momento, y en adelante serán mucho mejores hermanos.

Y pronunciando algunas palabras incomprensibles, desapareció, al tiempo que los animales recobraban la forma humana.

Inmediatamente abrazaron a su hermano con grandes muestras de cariño y regocijo, le dieron las más afectuosas pruebas de reconocimiento por la bondad con que los había tratado mientras duró el castigo a que habían estado sometidos, y le prometieron portarse en lo sucesivo de tal manera, que le dasagraviaran por completo y le mostrasen hasta qué ponto le estaban obligados por sus muchos beneficios. El viejo que había presenciado tan extraña escena no pudo menos de asombrarse y conmoverse ante desenla-

ce tan inesperado y se, separó de aquellos tres ancianos deseándoles la mayor tranquilidad y dicha posible para el resto de sus días.

El castigo es muchas veces indispensable y necesario para salvar de la perdición a algunos niños y a muchos hombres.

CUENTO VIII

EL MÉDICO Y EL REY

ABÍA en Persia un rey lleno de lepra, y sus médicos, después de haber empleado inútilmente todos los remedios para curarle, no sabían qué hacer, cuando llegó a la corte otro médico muy hábil, llamado Bambolín.

—Señor—le dijo al presentarse,—sé que todos los médicos de que se ha servido V. M. no han podido curarle la lepra; pero si Vuestra Majestad se digna honrarme admitiendo mis servicios, me comprometo a quitársela sin medicina ni molestias.

Oída por el rey esta proposición, le dijo:

—Si eres tan hábil como dices, prometo enriquecerte a ti y a tu familia. ¿Me aseguras que me curarás esta enfermedad sin hacerme tomar ninguna medicina y sin aplicarme ningún remedio exterior?

—Sí, señor—respondió el médico;—y espero conseguirlo con la ayuda de Dios. Desde mañana haremos la prueba.

En efecto, el médico Bambolín se retiró a su casa, e hizo un mazo, cuyo mango agujereó por dentro, y puso allí la pócima de

que pensaba servirse. Hecho esto, preparó también una bola como él quería, con la cual fué al día siguiente a presentarse al Rey, y prosternándose a sus pies, besó la tierra.

Se levantó el médico Bambolín, y después de haber hecho una profunda reverencia, dijo al Rey que montase a caballo y se fuera a la plaza. Hizo el Rey lo que se le decía, y cuando estuvo en el sitio destinado para toda clase de juegos a caballo, se le aproximó el médico y le dijo:

...hizo correr a su caballo...

—Ejercítese V. M. con este mazo tirando esta bola con él por la plaza, hasta que sienta empapados en sudor el cuerpo y la mano. Cuando se haya calentado con la mano de V. M., el remedio que he encerrado en el mango de este instrumento le penetrará por todo el cuerpo. En cuanto V. M. comience a sudar, abandone ese ejercicio, porque el remedio habrá surtido su efecto. Cuando V. M. vuelva a su palacio, tomará un baño y se hará lavar y frotar muy bien; en seguida se acostará V. M., y al levantarse mañana por la mañana estará curado.

Tomó el Rey el mazo, e hizo correr a su caballo detrás de la bola que había arrojado; la arrojó, y le fué devuelta por los oficiales que jugaban con él; y así siguió el juego hasta que comenzó a

sudarle la mano, y poco después todo el cuerpo. De este modo el remedio encerrado en el mango produjo el efecto que el médico se había propuesto. Entonces cesó de jugar el Rey y se volvió a su palacio. Entró en el baño, y observó con la mayor exactitud cuanto el médico le había prescrito, con tan feliz resultado, que al día siguiente notó, con tanta admiración como júbilo, que se había curado de su enfermedad. Luego que se vistió entró en la sala de la audiencia pública, subió al trono y se hizo ver de todos los cortesanos, a quienes el anhelo de saber el resultado del nuevo remedio había hecho concurrir muy temprano, y cuando vieron al Rey perfectamente curado, prorrumpieron en vivas y aclamaciones.

Entró en la sala el médico Bambolín, y fué a arrodillarse al pie del trono con el rostro pegado al suelo. Habiéndole visto el Rey, le llamó, le hizo sentarse a su lado, y le dió públicamente las gracias; y no satisfaciéndose con esto, aquel día le hizo comer con él.

No se contentó el Rey con honrar al médico Bambolín sentándole a su mesa, sino que al terminar el día, cuando pidió permiso para irse, hizo darle una ropa talar muy preciosa, semejante a la que llevaban sus cortesanos, y además cien mil pesetas. Por último, creyendo el Rey que nunca agradecería bastante el beneficio que le había dispensado un médico tan hábil devolviéndole la salud, que es la principal riqueza en esta vida, todos los días le colmaba de honores.

Ahora bien, aquel rey tenía un ministro avaro, envidioso y capaz de toda clase de crímenes. No había visto con indiferencia los regalos hechos al médico, cuyos triunfos y sabiduría comenzaban a hacerle sombra, y resolvió perderle en el ánimo del Rey. Para conseguir su intento solicitó una audiencia privada, diciendo que tenía que darle un aviso de la mayor importancia. Habiéndole preguntado el Rey qué era lo que tenía que decirle:

—Señor—respondió,—es muy peligroso para un monarca depositar su confianza en un hombre cuya fidelidad no tiene experimentada. Al paso que V. M. colma de beneficios al médico Bambolín, no sabe V. M. que éste es un traidor que se ha introducido en su corte con objeto de asesinarle.

—¿Como? ¡Mira bien lo que dices!—respondió el Rey.—¡No aventures ideas que no estoy dispuesto a tolerar!

—Señor—replicó el Ministro,—tengo la certeza de que es ver-

dad cuanto tengo el honor de manifestarle. No tenga V. M. en el médico una confianza que puede serle peligrosa. El médico Bambolín ha salido de su país y venido a establecerse a la corte de V. M. para ejecutar el horrible designio de que le he hablado.

—¡No, no!—interrumpió el Rey.—Estoy seguro de que ese hombre es el más virtuoso y el mejor de los hombres, y no hay en el mundo una persona más apreciable que él. Tú sabes cómo me ha curado la lepra. Si desease quitarme la vida, no necesitaba más que haberme abandonado; yo no hubiese podido vivir mucho, pues mi vida estaba medio consumida. Desiste de tu empeño de inspirarme recelos injustificados, pues en lugar de escucharlos, te prevengo que desde hoy le concedo una pensión vitalicia de veinte mil pesetas. Aunque partiese con él todas mis riquezas y Estados, no le pagaría como merece lo que ha hecho conmigo. Su virtud y saber excitan tu envidia; pero no creas que he de dejarme prevenir injustamente contra él.

—Señor, esa confianza podrá ser funesta a V. M.: sé por buen conducto que Bambolín es un espía enviado por los enemigos de nuestro país para atentar contra vuestra vida. Dice V. M. que le ha curado. ¿Y quién puede asegurarlo? ¿Quién sabe si ese remedio producirá un efecto pernicioso, si es que nuestros enemigos necesitan apresurar el momento de que V. M. deje este mundo?

El Rey, que era de pocos alcances, no tuvo bastante penetración para echar de ver la mala intención de su ministro, ni bastante firmeza para persitir en su primera idea. Aquel discurso le estremeció.

—Ministro—le dijo,—tienes razón: ha podido venir de intento para quitarme la vida, lo que le será fácal ejecutar con el olor de una de sus pócimas. Es preciso pensar lo que debamos hacer en semejante situación.

Cuando el Ministro vió al Rey en semejante estado de ánimo, le dijo:

—Señor, el medio más cierto y pronto de asegurar el reposo de Vuestra Majestad y poner su vida a salvo es enviar a buscar inmediatamente al médico, y hacerle cortar la cabeza en el instante que llegue.

Llamó el Rey a uno de sus oficiales, y le mandó que fuese a buscar a Bambolin, el cual, ignorando para qué le llamaba, acudió al momento a Palacio.

—¿Sabes—le dijo el Rey cuando le vió—para qué te llamo?

—No, señor—respondió el médico; espero que V. M. se dignará decirmelo.

—Te he hecho venir—repuso el Rey—para librarme de ti quitándote la vida.

No es posible expresar el asombro del desgraciado cuando oyó de labios del monarca su sentencia de muerte.

»..quitándote la vida.

—Señor—le dijo,—¿qué motivo puede tener V. M. para mandar matarme? ¿Qué crimen he cometido?

—He sabido de una manera que no me deja lugar a dudas que eres un espía, y que el único objeto que te ha traído a mi corte ha sido asesinarme; para que no lo logres, quiero antes quitarte la vida. ¡Dale muerte—dijo al verdugo, que estaba presente,—y líbrame de un pérfido que se ha introducido aquí para asesinarme!

Al oir esta orden cruel pensó el médico que los honores y beneficios que había recibido le habían suscitado la envidia de los grandes, y que el Rey se había dejado guiar por las imposturas de éstos. Se arrepintió de haber curado al Monarca; pero era tardío su arrepentimiento.

—¿De este modo me recompensáis, señor, el bien que os he hecho?

No le escuchó el Rey, y mandó segunda vez al verdugo que matase al médico.

—¡Ah, señor—exclamó Bambolín;—respete V. M. mi vida, y Dios prolongará la de V. M.! ¡No me haga matar V. M., no sea que Dios trate a V. M. de la misma manera!

Diciendo esto, el médico derramaba lágrimas quejándose lastimosamente de ver tan mal pagado el servicio que había hecho, y se preparó a morir. El verdugo le vendó los ojos, le ató las manos, y se dispuso a cumplir las órdenes del Rey.

Entonces los cortesanos, movidos a compasión, suplicaron al Rey que le perdonase, asegurando que no era culpable y respondiendo de su inocencia; pero el Rey se mantuvo inflexible y les habló en términos tales, que no se atrevieron a replicar.

Puesto el médico de rodillas, con los ojos vendados y pronto a recibir el golpe que debía acabar con su vida, se dirigió por última vez al Rey de este modo:

—Señor, puesto que V. M. no quiere revocar una sentencia tan injusta, le suplico que a lo menos me conceda algunas horas de vida para ir hasta mi casa a dar órdenes relativas a mi entierro, despedirme de mi familia, hacer limosnas y legar mis libros a personas capaces de hacer de ellos buen uso. Tengo uno, entre otros, que deseo regalar a V. M.: es un libro muy precioso, y que merece ser guardado en los archivos de V. M.

—¿Y qué tiene ese libro?—preguntó el Rey.

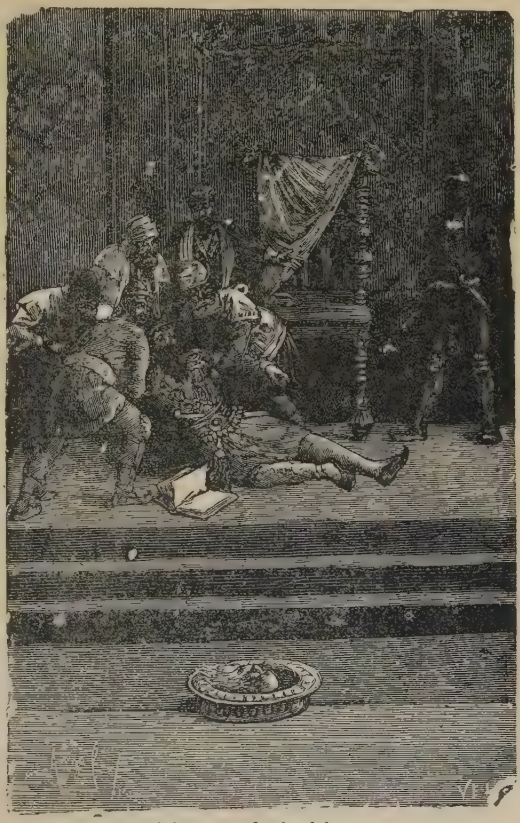
—Señor—respondió el médico,—contiene una infinidad de cosas curiosas, siendo la principal de ellas que cuando me hayan cortado la cabeza, si V. M. quiere tomarse el trabajo de abrirlo por la hoja sexta, en la línea tercera de la página impar, mi cabeza responderá a todas las preguntas que V. M quiera hacerle.

Teniendo el Rey curiosidad de ver una cosa tan prodigiosa, aplazó la muerte hasta el día siguiente, y le envió a su casa custodiado por un guardia.

Durante este tiempo el médico arregló sus negocios; y como se había esparcido el rumor de que a su muerte había de suceder un prodigio nunca visto, los ministros, los gobernadores, los oficiales de la guardia, en fin, toda la corte, se presentó al día siguiente en la sala de audiencia para ser testigo de tan singular acontecimiento.

Llegó el médico a Palacio, se adelantó hasta el pie del trono con un grueso libro en la mano, hizo que le llevasen una palangana, sobre la cual extendió la cubierta en que estaba envuelto el libro, y presentándolo al Rey le dijo:

—Señor, tome V. M., si gusta, este libro, y tan pronto como me haya sido cortada la cabeza, mande V. M. que la pongan en la palangana sobre la cubierta del libro: entonces cesará de correr la sangre. Vuestra Majestad abrirá el libro, y mi cabeza responderá a cuantas preguntas le hagáis. Pero, señor — añadió,— permítame Vuestra Majestad que implore aún por última vez su clemencia. ¡En nombre de Dios humildemente se lo pido, y protesto que soy inocente del crimen de que se me acusa!



...se dejó caer al pie del trono...

—Tus súplicas— respondió el Rey— son inútiles: aunque no fuese más que por oir hablar a tu cabeza después de muerto, quiero que mueras.

Al decir esto tomó el libro de las manos del médico, y mandó al verdugo que cumpliera con su obligación.

El verdugo cumplió su cometido con tanta destreza, que la cabeza quedó colocada en la palangana, y no bien hubo tocado la cubierta, cesó de correr la sangre. Entonces, con gran sorpresa

del Rey y de todos los concurrentes, abrió los ojos, y tomando la palabra dijo:

—¡Señor, abra V. M. ese libro!

Hízolo así el Rey; y viendo que la primera hoja estaba adherida a la segunda, a fin de volverla con más facilidad llevó el dedo a la boca y lo mojó con saliva; haciendo lo mismo hasta llegar a la sexta hoja, no vió nada escrito en la página indicada

—Médico—dijo,—no hay aquí nada escrito.

—Vuelva aún V. M. algunas hojas—replicó inmediatamente la cabeza.

Siguió el Rey pasando hojas, llevándose siempre el dedo a la boca, hasta que, llegando a hacer su efecto el veneno en que estaban impregnadas las hojas, se sintió atacado repentinamente de un malestar extraordinario, se le turbó la vista, y se dejó caer al pie del trono, sintiendo que se le iba la vista.

—Señor—dijo entonces la cabeza,—me habéis matado sin razón ni justicia, y Dios os castiga del modo que estáis viendo. Injustamente matáis, y morís con justicia, porque el derecho de los príncipes a castigar a sus súbditos debe entenderse sólo de un modo racional y justo, cuando esté probado el delito de que hayan sido acusados, y no por capricho y voluntad.

Y cerró los ojos para no volver a abrirlos más.

CUENTO IX

HISTORIA DE UN REY TUERTO

Un rey ya anciano, rodeado de sus hijos, refirió un día su historia en los términos siguientes:

—Mi padre—les dijo—tenía un hermano, que, como él, reinaba en un Estado vecino. Este hermano tuvo dos hijos, un príncipe y una princesa: el Príncipe y yo éramos, poco más o menos, de la misma edad.

"Una vez terminada mi educación, el Rey, mi padre, me concedió una prudente libertad. Todos los años iba a ver a mi tío, y pasaba en su corte uno o dos meses, después de lo cual me volvía al lado del Rey, mi padre. Estas frecuentes visitas dieron lugar a que contrajera con mi primo una amistad íntima y constante. La última vez que le vi me recibió con grandes demostraciones de cariño, y, queriendo festejarme, un día hizo para ello preparativos extraordinarios. Estuvimos largo tiempo en la mesa, y después de haber cenado perfectamente me dijo:

"—¿A que no adivinas en qué me he ocupado desde tu marcha?

"—No, no puedo adivinarlo—le contesté.

"—He hecho construir un edificio, que ya está acabado y se

puede habitar desde luego. No te pesará verlo; pero es necesario que antes me jures que callarás lo que veas.

"Presté el juramento que mi primo deseaba, y entonces me dijo:

"—Espérame aquí; vengo en seguida.

...le vi entrar con una dama de singular hermosura...

"No tardó en volver, y le vi entrar con una dama de singular hermosura y magníficamente vestida. No me dijo quién era, y no creí deber informarme de ello. Nos sentamos a la mesa, y permanecimos en ella algún tiempo hablando de cosas indiferentes. Después me dijo el Príncipe:

"—Es preciso aprovechar el tiempo: hazme el favor de acompañar a esta dama, y conducirla a un sitio donde verás una tumba en forma de cúpula, recientemente construída. Fácilmente la conocerás. La puerta está abierta: entrad juntos y esperadme, que no tardaré en llegar.

"Cumpliendo mi juramento, no pretendí saber más. Ofrecí la mano a la dama, y sin extraviarme la conduje hasta el lugar indicado. Apenas hubimos llegado a la tumba, vimos aparecer al Príncipe cargado con un cantarillo lleno de agua, un azadón y un saco de yeso.

"Sirvióse del azadón para demoler el sepulcro vacío que había en medio de la tumba. Luego quitó las piedras. Cuando las hubo quitado todas cavó la tierra, hasta que apareció una trampa que había bajo el sepulcro, levantada la cual, se presentaron los primeros peldaños de una escalera de caracol. Entonces mi primo, dirigiéndose a la dama, le dijo:

"—Ved aquí, señora mía, por dónde se va al sitio de que os he hablado.

"Se acercó la dama y bajó. El Príncipe se dispuso a seguirla; pero volviéndose hacía mí, me dijo:

"—Primo, te estoy agradecido por el trabajo que te has tomado, y te doy por él las gracias.

"—¿Qué significa esto, querido primo?—exclamé.

"—Acuérdate de tu juramento—me respondió,—y vuelve a tomar el camino por donde has venido, sin pretender averiguar nada más.

Cuando me desperté al día siguiente reflexioné lo que me había sucedido por la noche; y después de haber hecho memoria acerca de todas las circunstancias que rodeaban tan extraña aventura, me pareció un sueño. Queriendo saber si me había engañado, mandé preguntar si el Príncipe, mi primo, quería recibirme. Pero cuando supe que no había dormido en Palacio, que no había parecido y que por esta causa estaban con el mayor cuidado, me persuadí de que el extraño suceso de la tumba era cierto, lo que me afligió en extremo. Ocultándome de todo el mundo, me fuí al cementerio, donde había multitud de tumbas semejantes a las que yo había visto. Pasé el día observándolas detenidamente; pero no pude distinguir la que buscaba. Durante cuatro días seguidos repetí inútilmente las mismas investigaciones.

"Conviene advertir que el Rey, mi tío, se había ido de caza algunos días antes de la desaparición de su hijo. No quise esperar más, y rogué a los ministros que me excusaran a su regreso. A no ser por el juramento que tan locamente había prestado, antes de partir hubiera revelado el lugar donde se encontraba mi primo.

"Apenas había llegado a la capital en que residía mi padre, me vi rodeado de soldados que me prendieron.

"Pregunté la razón, y tomando la palabra el oficial que los mandaba, me respondió:

"—El ejército ha reconocido como rey al Gran Visir; vuestro padre ya no existe, y os hago prisionero de orden del Rey.

"Dicho esto, se apoderaron de mí, y me condujeron ante el nuevo Soberano.

"El Visir rebelde me odiaba porque cierto día que me divertía tirando a la ballesta en el terrado de Palacio se presentó un pájaro: le apunté; pero, errando el tiro, la flecha fué a clavarse en el ojo del Visir, que estaba tomando el aire en el terrado de au casa. Cuando supe esta desgracia, presenté mis disculpas al Visir; pero él no olvidó aquella involuntaria falta mía. En el momento que me vió se acercó a mí como un loco furioso, y metiéndome los dedos en el ojo derecho, me lo arrancó.

"Llevado a cabo semejante acto de venganza, mandó encerrarme en una caja, y dispuso que el verdugo me llevase lejos de Palacio y me abandonara a merced de las aves de rapiña después de haberme cortado la cabeza. El verdugo, acompañado de un ayudante, montó a caballo cargado con la caja, y se detuvo en el campo con objeto de cumplir la orden recibida; pero tales fueran mis súplicas y mis lágrimas, que excité su compasión.

"—¡Salga usted inmediatamente del reino—me dijo,—y guárdese de volver a él, porque eso traería aparejada la perdición de usted y la mía!

"Después de darle las gracias por el beneficio que acababa de dispensarme, apenas me vi solo me consolé de la pérdida del ojo recordando que me había librado de una desgracia mucho mayor.

"En la situación en que me encontraba no podía andar mucho. Me ocultaba durante el día, y andaba por la noche todo lo que mis fuerzas me permitían: así pude llegar a los Estados del Rey, mi tío, y fuí a verle.

"Le di cuenta de lo ocurrido y del triste estado a que me veía reducido.

"No bien me hubo escuchado, exclamó:

"—¿No era bastante haber perdido a mi hijo? ¿Era necesario que supiese a un tiempo la desaparición de éste, la muerte del hermano que tanto amaba, y que te viese en tal estado?—Y al decir esto, el desdichado padre lloraba. Me enternecí de tal modo, que, no pudiendo resistir su dolor, no fuí dueño de mí, y quebran-

tando el juramento que había hecho al Príncipe, mi primo, conté a mi tio cuanto sabía. Cuando hube acabado, me dijo:

"—La relación que acabas de hacer me da alguna esperanza. He sabido que mi hijo había mandado construir una tumba; poco más o menos, sé el lugar donde se encuentra, y con la idea que puedas conservar de ella, creo que la encontraremos. Pero como la ha hecho construir en secreto y ha exigido de ti que no lo reveles, soy de parecer que vayamos a buscarle los dos solos para evitar el escándalo.

—¡Salga usted inmediatamente del reino!—me dijo.

"Salimos de palacio por una puerta del jardín que daba al campo, y tuvimos la suerte de encontrar muy pronto lo que buscábamos. Reconocí la tumba, entramos en ella, y hallamos la trampa de hierro caída a la entrada del subterráneo. Nos costó trabajo levantarla, porque el Príncipe la había asegurado con yeso amasado con agua; pero al fin logramos nuestro propósito.

"Entró primero mi tío, y yo le seguí; bajamos algunos escalones, y al fin de la escalera nos encontramos en una especie de antesala alumbrada por una hermosísima araña.

"De allí pasamos a un cuarto muy espacioso sostenido por gruesas columnas e iluminado por multitud de arañas e infinitas luces eléctricas. Seguimos visitando aquella especie de palacio

subterráneo, en el cual unas paredes eran de brillantes, otras de amatistas, otras de topacios, y en donde no se notaba la falta de la luz solar, suplida por infinitos focos eléctricos.

"Llegamos por último a un gran salón, en el cual vimos sentados en un diván a mi primo y a una hermosísima mujer.

Llegamos a un gran salón...

"Se levantó mi primo, abrazó con efusión a su padre, y en seguida me abrazó a mí. Después de esto nos dijo:

—Ésta es mi esposa, ¡oh padre!, hija del genio de la Tierra, en cuyas entrañas vive; y estoy tan satisfecho de mi matrimonio, que no pienso volver a ver la luz del Sol, por lo cual te ruego que reconozcas como tu sucesor a mi primo, y me dejes a mí gozar de la felicidad que aquí disfruto sin afanes ni sobresaltos.

"Sólo os ruego que no digáis a nadie el secreto de mi retiro, para que no vengan a importunarnos con visitas extemporáneas. Ya estamos enterados de tus desgracias, querido primo, y te aseguro que serás vengado.

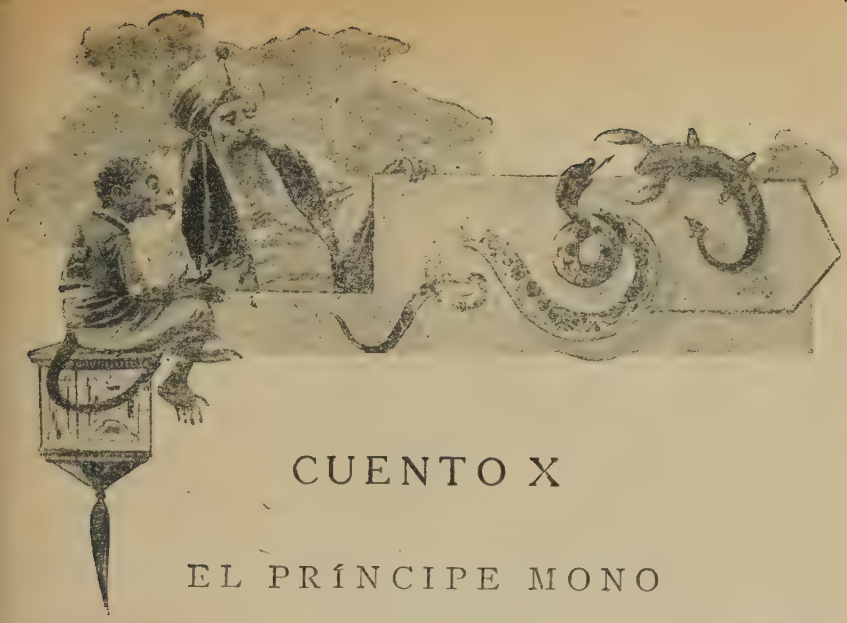
"Después nos invitaron a cenar, y cuando hubimos concluído nos sentimos repentinamente trasportados al Palacio del Rey, mi tío.

"Algunos días después el Visir que había arrebatado el reino

a mi padre entró por las tierras de mi tío con resolución de arrojarle del trono.

"Salimos al campo con objeto de detener su marcha, y en una batalla decisiva, en la cual nos ayudaron de una manera prodigiosa unas legiones de genios, derrotamos al invasor y le cogimos prisionero.

"Mi tío se lo envió a su hijo para que hiciera de él lo que le pareciese, y cuando fuimos a verle para darle las gracias por su ayuda, le vimos convertido en una araña que producía rayos de luz vivísima. A la muerte de mi tío heredé su trono, y he vivido feliz hasta el día.



CUENTO X

EL PRÍNCIPE MONO

UNA bruja enamorada de un príncipe le perseguía con sus pretensiones amororsas por todas partes, hasta que un día, desesperado el joven, le dió una contestación que hubo de lastimar el orgullo de la hechicera.

Para vengarse de los desdenes del galán, la bruja le convirtió en mono, y le trasportó a un reino que se encontraba a muchos miles de leguas de su país.

Andaba el pobre mono con el rabo entre piernas buscado asilo, cuando acertó a dar con un organillero que le tomó bajo su protección.

Púsole el organillero una chaqueta vieja que le sentaba muy bien, y en la cabeza un gorro colorado que le sujetó por debajo de la barba con un bramante a modo de barboquejo, y así fueron de pueblo en pueblo pidiendo limosna, que ascendía a bastantes pesetas, pues el mono solía hacer algunas gracias que no eran naturales en un animal.

Un dia acertó a subir al balcón del Palacio Real, donde estaban asomados el Rey y su hija. Les hizo el mono tanta gracía, que el Rey se lo compró por mil duros al organillero.

No bien se le hubo quitado el gorro y la chaqueta y puesto otro traje más decoroso, fuése el mono a una mesa en que había recado de escribir, y compuso una oda en honor del Príncipe dándole las gracias por sus favores.

Entregó al Rey el pergamino; así que lo hubo leído, se quedó admirado de los conocimientos del animal.

...fue...on de pueblo en pueblo...

Sirviéronle de comer en una mesa por ver cómo se portaba y lo que sabía hacer, y comió como las personas, lo que concluyó de maravillar al Rey.

Después de comer escribió nuevos versos que explicaban el estado en que se encontraba. Los leyó el Príncipe, y dijo:

—El que fuese capaz de hacer otro tanto, sería superior a los más grandes hombres.

Lleváronle luego un juego de ajedrez, y preguntó al mono por señas si sabía jugar y si quería hacerle la partida. El mono besó la tierra, y poniéndose la mano en la cabeza, manifestó que estaba pronto a hacer cuanto se le ordenara. Ganó el Rey la primera partida; pero perdió la segunda y la tercera. Notando el mono que no le hacía gracia, a fin de consolarle hizo una cuarteta, la cual le presentó, diciéndole en ella que dos poderosos ejércitos se habían batido todo el día con mucho ardor; pero que hicieron la paz

al anochecer y habían pasado la noche felices en el mismo campo de batalla.

Todas estas cosas le parecieron al Rey muy superiores a cuanto se había visto ni oído jamas de la destreza y talento de los monos, y no quiso ser el único testigo de semejantes prodigios.

—Haced que venga vuestra ama—dijo al jefe de los criados destinados al servicio de la Princesa,—pues quiero que participe del placer que yo disfruto.

Ganó el Rey la primera partida...

Salió el jefe de los eunucos, y a poco volvió con la Princesa, que se presentó con el rostro descubierto; pero apenas hubo entrado en el cuarto, cuando se lo cubrió con el velo, diciendo al Rey:

—Vuestra Majestad se ha distraído, pues, a no ser así, no me hubiera hecho venir a presentarme delante de los hombres.

—Aquí, hija mía—respondió el Rey.—no hay más que el esclavito, el paje y yo, y todos tenemos libertad de verte la cara. Sin embargo, te bajas el velo y te quejas de que te haya hecho venir.

—El mono que está viendo V. M.—dijo la Princesa—es un príncipe joven, hijo de un rey, que ha sido trasformado en mono por una encantadora. Por eso me cubro el rostro con el velo y me he quejado a Vuestra Majestad.

El Sultán se volvió hacia el mono y le preguntó si era cierto lo que acababa de decir su hija. Como el joven no podía hablar, se

puso la mano sobre la cabeza, para manifestarle que la Princesa había dicho la verdad.

—¿Cómo sabes tú que este Príncipe ha sido trasformado en mono por arte de una encantadora?—preguntó el Rey.

—Mi aya—repondió la Princesa—era una mágica muy hábil, y me enseñó setenta reglas de su ciencia, por cuya virtud pudo en un momento llevar la capital de V. M. en medio del Océano, más allá del monte Cáucaso. Por estas reglas conozco cuándo están encantadas las personas, con sólo verlas; sé quiénes son, y por qué han sido encantadas: así, pues, no se sorprenda V. M. de que haya descubierto a este Príncipe, a pesar del encanto que ha sufrido.

—Yo no te creía tan hábil, hija mía.

—Siempre es bueno, padre mío, saber estas cosas—dijo la joven.

—¿Y puedes disipar el encanto del Príncipe?

—Puedo restituirle a su primitiva forma.

—Haz ese milagro, hija mía, porque quiero que sea mi primer ministro y que se case contigo.

Fué la Princesa a su habitación, y tomó un cuchillo que tenía grabadas en la hoja unas palabras misteriosas. Hizo bajar a los presentes y al mono a un amplio patio de Palacio, y allí, dejándolos en una galería que lo rodeaba, se adelantó hacia el centro del patio, donde describió un gran círculo y trazó muchas palabras en caracteres desconocidos.

Apenas acabó esta ceremonia, y preparado el círculo de la manera que deseaba, se colocó en el centro de él y recitó ciertos versos.

Poco a poco se fué oscureciendo el aire de modo tal, que parecía de noche.

Un terror pánico se apoderó de todos, y creció aún más cuando vieron aparecer al Genio bajo la forma de un león de espantoso tamaño.

Apenas le hubo visto la Princesa, le dijo:

—¿Tienes la osadía, perro, de presentarte bajo ese especto horrible porque crees que así me espantas?

—Pues qué, ¿no temes faltar al tratado que tenemos hecho y confirmado mediante juramento solemne de no perjudicarnos ni hacernos daño uno a otro?—preguntó el león.

—A ti es a quien debo hacer yo esa reconvención—dijo la Princesa.

—¡Ahora verás—interrumpió bruscamente el león—cómo pagas las molestias que me has ocasionado con tu llamada intempestiva.

Y se adelantó hacia la Princesa abriendo una boca espantosa. Pero la Princesa dió un salto hacia otrás, se arrancó un cabello, y pronunciando dos o tres palabras, lo trasformó en un machete cortante, con el cual dividió al león en dos. Ambas partes del león desaparecieron, quedando sólo la cabeza, que se convirtió más tarde en un escorpión colosal. La Princesa se trasformó entonces en serpiente, y sostuvo un terrible combate con el escorpión, que, no pudiendo vencerla, tomó la forma de un águila y se fué volando; pero la serpiente se metamorfoseó en otra águila negra más fuerte, y la persiguió, perdiéndose de vista una y otra.

... abriendo una boca espantosa.

No había pasado mucho tiempo, cuando se entreabrió la Tierra, y salió de ella un gato negro y blanco cuyo pelo estaba erizado, y que maullaba espantosamente. Un lobo negro le siguió de cerca sin darle lugar a descansar. El gato se convirtió en gusano, y se ocultó en una granada, la cual se hinchó hasta tener el tama-

ño de una inmensa calabaza, y se elevó hasta el techo de la galería, desde donde, después de haber dado algunas vueltas rodando, cayó al patio y se hizo muchos pedazos.

La princesa se había trasformado en gallo; se arrojó sobre los granos de la granada, y comenzó a tragarlos y picotearlos hasta concluirlos. Todavía quedaba uno en el borde del canal. Corrió a cogerlo; pero al echarle el pico encima rodó el grano al canal, y apareció bajo la forma de un pececillo.

Arrojóse el gallo al canal, y se convirtió en un sollo, el cual persiguió al pececillo. Uno y otro estuvieron dos horas bajo el agua. Poco tiempo después salían el Genio y la Princesa, convertidos en fuego y lanzándose llamas por la boca uno al otro. Después arrojaron un humo espeso e inflamado, que se elevó muy alto. Habiéndose desembarazado el Genio de la Princesa, fué hasta la galería en que estaban el Sultán y el mono, y los envolvió en torbellinos de fuego. Hubiera llegado su última hora, si la Princesa no los hubiera obligado con sus gritos a guardarse de ella. Sin embargo, por mucha prisa que quiso darse, no pudo impedir que se quemara la barba y la cara del Rey, su padre; que el jefe de los eunucos fuese ahogado y consumido al momento, y que entrando una chispa en el ojo derecho del Príncipe se lo abrasara.

De pronto se oyó gritar: "¡Victoria, victoria!„; y apareció la Princesa en forma natural, y el Genio, reducido a un montón de cenizas.

Acercóse a los espectadores la Princesa, y, para no perder tiempo, pidió una taza llena de agua, que le llevó el joven esclavo a quien el fuego no había hecho daño. La tomó, y después de algunas palabras pronunciadas sobre ella tiró el agua sobre el mono, diciendo:

—¡Muda de figura, si eres mono por arte de encantamiento, y toma la de hombre que antes tenías!

Apenas hubo acabado de decir estas palabras la Princesa, el joven recobró el aspecto que tenía antes. Dió las gracias a la Princesa y al Rey por el trabajo y el interés que se habían tomado, y aceptó gustoso la mano de su salvadora. Algunos meses después se casaban con el permiso del padre del joven, y vivieron felices hasta su muerte.

CUENTO XI

LA MONTAÑA DE IMÁN

PASEANDO cierta tarde un poderoso príncipe por las afueras de su corte, vió a un hombre arrodillado que se golpeaba furirosamente con unas disciplinas cuyas puntas de hierro estaban ensangrentadas. Queriendo conocer la causa de tan cruel tormento, se acercó a él y le invitó a que le contara su historia, refiriendo también la causa por que se imponía una pena tan cruel.

Entonces el penitente habló de este modo:

—Yo, señor, me llamo Afán, y soy hijo de un rey que se llamaba Perafán. Después de su muerte le sucedí en el trono, y establecí mi residencia en la misma ciudad en que él había vivido. Mi reino se componía de muchas hermosas provincias en tierra firme y considerable número de islas, casi todas situadas a vista de mi capital, que está a orillas del mar y tiene un puerto hermoso y seguro, con un arsenal bastante grande para proveer al armamento de considerables escuadras.

"Visité las provincias, luego hice armar y equipar toda mi flota, y fuí a visitar mis islas para ganar con mi presencia el afecto de mis súbditos.

"Algunos años después repetí la expedición; y como en estos viajes iba adquiriendo conocimientos de navegación, me aficioné tanto a ella, que resolví internarme mar adentro más allá de mis islas. Al efecto, haciendo equipar diez navíos, me embarqué y nos dimos a la vela. Fué feliz nuestra navegación por espacio de un mes; pero una noche cambió el viento, y llegó a ser tan furioso, que nos vimos acometidos por una violenta tempestad, la cual a poco nos sumerge. Al amanecer se serenó el viento, disipáronse la nubes, y habiendo recobrado el mar la calma, abordamos a una isla, donde nos detuvimos dos días con objeto de hacer la aguada y tomar provisiones de refresco, después de lo cual nos hicimos de nuevo a la vela.

..vió a un hombre arrodillado que se golpeaba...

"A los diez días de navegación esperábamos ver tierra, porque la tempestad que habíamos sufrido me disuadió de mi primer designio y nos hizo dar vuelta a mis Estados; pero advertí que mi piloto no sabía dónde nos hallábamos.

"El décimo día un marinero, apostado para hacer la descubierta

en el palo mayor, dijo que delante de él, por el lado en que teníamos la proa, se veía un objeto muy negro.

"Al oir esta relación mudó de color el piloto y exclamó:

"—¡Ah, señor; somos perdidos! ¡Ninguno de nosotros puede escapar del peligro en que nos hallamos: a pesar de toda mi experiencia, no está a mi alcance evitar el riesgo!

"Esto dicho, comenzó a llorar como un hombre que creía su pérdida inevitable, lo cual produjo gran turbación en todo el buque.

"Le pregunté qué razón había para desconfiar de Dios de aquella manera.

—"¡Ah, señor!—me respondió.—No desconfío de la divina misericordia; pero tampoco hay que pedir a Dios milagros. La tempestad que hemos sufrido nos ha hecho perder el rumbo de tal modo, que mañana a mediodía nos hallaremos cerca de ese objeto negro, que no es otra cosa que una mina de imán que desde este momento atrae toda nuestra flota, a causa de los clavos y el hierro que entran en la construcción de los navíos.

"Cuando lleguemos mañana a su vista será tan violenta la fuerza del imán, que todos los clavos, desprendiéndose de su sitio, irán a pegarse a la montaña; se desharán los navíos, y se hundirán en el mar.

"Como el imán tiene la virtud de atraer el hierro hacia sí y de fortificarse por esta atracción, esta montaña, por la parte que corresponde al mar, está cubierta de los clavos de infinidad de navíos que ha hecho perecer; lo que conserva y al mismo tiempo aumenta esa virtud. Esa montaña—prosiguió el piloto—es muy escarpada, y en la cima hay una cúpula de bronce sostenida por columnas del mismo metal; en lo más elevado de ella se encuentra un caballo, también de bronce, con un jinete que tiene el pecho cubierto por una plancha de plomo con caracteres talismánicos. Hay quíen asegura que esa estatua es la causa principal de la pérdida de los navíos que se han sumergido en este sitio, y que no dejará de ser funesta a todos los que tengan la desgracia de aproximarse a ella, hasta que sea derribada.

"Terminado este discurso, el piloto comenzó a llorar, y sus lágrimas excitaron las de toda la tripulación. Yo creía llegado el fin de mis días. Cada pasajero sólo pensaba en su propia conservación, y a este fin tomaba todas las medidas posibles.

"A la mañana siguiente descubrimos con toda claridad la montaña de imán, que nos pareció aún más horrorosa de lo que era, por la idea que de ella habíamos formado.

"Hacia el mediodía nos hallamos tan cerca de ella, que no tardamos en sentir los efectos conforme nos había predicho el piloto. Volaron los clavos y todos los hierros hacia la montaña, a la cual se pegaron con espantoso ruido. Los navíos se entreabrieron y se sumergieron en el mar. Ahogáronse todas mis gentes; pero Dios tuvo compasión de mí, y permitió que me salvase agarrándome a una tabla que, empujada por el viento, fué derecha al pie de la montaña. No me hice daño alguno, y fué tal la dicha, que abordé a sitio donde había escalones para subir a la cima.

"Di gracias a Dios por haberme salvado, y después comencé a subir la escalera, tan estrecha, penosa y difícil en aquel lugar, que por poca violencia que hubiese tenido el viento, me habría derribado y precipitado al mar.

"Por fin llegué hasta lo último sin accidente, entré bajo la cúpula, y prosternándome en tierra, de nuevo di gracias a Dios por la merced que me había hecho.

"Pasé la noche bajo la cúpula, y mientras dormía se presentó ante mi un venerable viejo, que me dijo:

"—Escucha, Afán: cuando hayas despertado, cava la tierra bajo tus pies, y encontrarás un arco de bronce y tres flechas de plomo fabricadas exprofeso para librar al hombre de los males que aquí le amenazan. Dispara las tres flechas contra la estatua: el jinete caerá al mar, y el caballo hacia tu lado. Enterrarás a este último en el mismo sitio donde encuentres el arco y las flechas. Hecho esto, se hinchará el mar y subirá hasta el pie de la cúpula, a la altura de la montaña. Cuando haya subido hasta aquí verás llegar una lancha, en la cual vendrá un solo hombre con un remo en cada mano. Ese hombre será de bronce, pero en todo distinto del que derribes. Embárcate con él; pero ten cuidado de no hablar una sola palabra, y déjate conducir.

"En diez días te llevará a otro mar, donde encontrarás medio de volver a tu casa sano y salvo, con tal que no hables en todo ese tiempo.

"Tal fué el discurso del viejo. Cuando desperté estaba más consolado por aquel ensueño, y no dejé de hacer lo que entendí

que me había mandado. Desenterré el arco y las flechas, y las asesté contra el jinete.

"Al tercer flechazo le derribé al mar, y habiendo caído el caballo por mi lado, le enterré en el sitio indicado. En aquel intervalo se hinchó el mar y fué elevándose poco a poco, hasta que, llegando al pie de la cima, a la altura de la montaña, vi de lejos en el mar una lancha que se dirigía hacia mí, por todo lo cual bendije a Dios por tantos beneficios recibidos. Abordó la chalupa al pedazo de tierra que quedaba sin sepultar, y viendo en ella al hombre de bronce, me embarqué con él, guardándome bien de hablar una sola palabra.

"Tomé asiento, el hombre de bronce comenzó a remar, y nos alejamos de la montaña. Estuvo bogando hasta el noveno día, en que llegué a ver unas islas, lo cual me hizo creer que estaba libre de todo peligro. El exceso de mi júbilo me hizo olvidar la prohibición que se me había hecho, y pronuncié unas palabras de alegría.

"No bien hube acabado de decirlas, cuando la lancha se sumergió en el mar con el hombre de bronce, y habiendo quedado yo sobre el agua, estuve nadando el resto del día hacia el lado donde la tierra me pareció más próxima. Se hizo de noche; y, como no sabía dónde me hallaba, nadé a la ventura, hasta que, habiéndose agotado mis fuerzas, comencé a desesperar de poder alcanzar tierra. Pero de pronto una ola mayor que una montaña me arrojó a una playa, y allí me dejó al retirarse. Luego me apresuré a alejarme de aquellos lugares, por miedo a que llegara otra ola y me volviese al mar. Lo primero que hice fué desnudarme, exprimir el agua de mi ropa y tenderla para que se secase sobre la arena, caliente aún por los ardorosos rayos del Sol, que abrasa en aquellas regiones.

"Cuando amaneció el día siguiente estaba seca mi ropa. Me vestí, y procuré reconocer dónde me hallaba. Vi que estaba en una islita distante de tierra, lo cual disminuyó mucho mi alegría. Cuando estaba pidiendo a Dios que me sacase de allí, y poniendo en sus manos el ciudado de mi vida conforme a su voluntad, noté que una pequeña embarcación se dirigía hacia la isla donde estaba.

"Como desconocía los fines de la tripulación, creí no deber mostrarme desde luego, y me subí a un árbol muy frondoso, donde sin peligro observaría qué clase de gente era. La embarcación fué

a dar fondo en una pequeña ensenada, donde desembarcaron diez esclavos que llevaban instrumentos propios para remover la tierra. Dirigiéronse hacia el centro de la isla, y allí se detuvieron algún tiempo removiendo la tierra; luego levantaron una trampa. Volvieron al buque, desembarcaron muchas clases de provisiones y de muebles, y llevándolos al sitio donde habían removido la tierra, desaparecieron, lo que me hizo conocer que allí había un subterráneo.

...noté que una pequeña embarcación...

"Volvieron a la embarcación, y poco después salieron de ella acompañados por un anciano que llevaba consigo a un joven de catorce o quince años. Todos bajaron al lugar donde habían levantado la trampa, y cuando salieron la colocaron en su lugar, la cubrieron de tierra y se embarcaron. Noté que faltaba el joven, de donde inferí que se había quedado en el subterráneo, circunstancia que me asombró extraordinariamente.

"Cuando el buque estuvo tan distante que la tripulación no podía verme, bajé del árbol, fuí al sitio donde había visto mover la tierra, y habiendo hecho la misma operación, hallé una piedra. La levanté, y vi que cubría una escalera: bajé por ella, y cuando llegué a su fin me encontré en un cuarto ricamente amueblado, y allí sentado en un cojín y rodeado de flores, estaba el joven, que al verme

no pudo dejar de admirarse; pero para tranquilizarle le dije al entrar:

"—No tenga usted temor: soy incapaz de hacerle el menor daño. Por el contrario, aquí me tiene dispuesto para sacarle de este sepulcro en que le han enterrado vivo. He sido testigo de su llegada, y no puedo concebir cómo se ha dejado usted sepultar sin hacer la menor resistencia.

"Mi padre—contestó el joven—es un comerciante que ha ganado muchas riquezas con su trabajo y habilidad. Hacía mucho tiempo que estaba casado sin haber tenido hijos, y así, cuando después de algunos años nací yo, todos los cuidados le parecían pocos, no sólo para sostener mi pobre vida, sino hasta para que no sufriera enfermedad alguna.

"Me ha educado en la niñez y enseñado lo concerniente a mi edad y aspiraciones en el mundo, hasta el presente año, que es el décimoquinto de mi vida.

"Como nunca faltan envidias y malas pasiones entre los hombres, supo mi padre que algunos querían atentar contra mí, como si yo fuera un criminal; y para procurar conservarme la vida, hace mucho tiempo que tomó la precaución de mandar construir esta habitación a fin de ocultarme en ella cuando fuere necesario. Me ha traído, creyendo que aquí nadie entraría, y me ha dejado entregado en cierto modo a la ventura. Me creía seguro; pero al ver entrar a usted, deduzco que también podrán entrar otros, y tal vez alguno de mis enemigos. Mas, no obstante, por lo que a mí toca —añadió—tengo esperanzas, pues no creo que nadie venga a buscarme bajo tierra en una isla desierta. Esto es cuanto tengo que decirle.

"Así que el hijo del comerciante me contó su historia, creyéndome muy distante de realizar un acto inicuo contra él, le dije:

"—Querido joven, tenga usted confianza en la bondad de Dios, y no tema nada. Aquí estoy yo para defenderle contra los que quieran atentar contra su vida, y no le abandonaré mientras esté a su lado.

"Comimos juntos, y continuamos hablando algún tiempo, hasta que nos acostamos.

"Al día siguiente preparé la comida, y después de comer inven-

té un juego para distraernos, no sólo aquél día, sino también los siguientes.

"De esta manera fuimos contrayendo amistad. Noté que me tenía inclinación, y por mi parte la había concebido tan fuerte por él, que me contaba todas sus intimidades y las de su familia sin temor alguno. En fin, pasamos treinta y nueve días muy agradablemente en aquel subterráneo.

"Al siguiente día, al despertarse el joven por la mañana, me dijo con un trasporte de júbilo que no podía contener:

"—Príncipe, llevamos aquí cuarenta días con salud, gracias a Dios y la buena compañía que usted me ha hecho. Desde luego, mi padre no dejará de manifestarle su reconocimiento y suministrarle todos los medios y comodidades posibles para volver a su reino. Príncipe, en albricias, hágame usted el favor de traer un melón y azúcar: comeremos un poco para refrescarnos, porque el calor se deja sentir hoy muy vivamente.

"Elegí el que mejor me pareció, lo puse en un plato, y no hallando a mano el cuchillo para cortarlo, pregunté al joven si sabía dónde había uno.

"—En esta cornisa, encima de mi cabeza, hay uno—me respondió.

"Efectivamente, le vi allí; pero me apresuré tanto para cogerle, que cuando ya le tenía en la mano, se me enredó el pie en el cobertor, me escurrí, y caí tan desgraciadamente sobre el joven, que le clavé el cuchillo, de modo que al momento expiró. En vista de semejante espectáculo desgarré mi vestido, penetrado del más vivo dolor y de inexplicables remordimientos, y exclamé:

"—¡Ay! ¡Tal vez no le faltaban más que algunas horas para estar fuera del peligro contra el cual había buscado un asilo; y cuando yo contaba haber pasado aquel mismo peligro, entonces es cuando me convierto en su asesino, sin quererlo, ni aun pensarlo! ¡Pero, Señor—añadí levantando la cabeza y las manos al cielo,—os pido de ello perdón; y si por imprudencia soy culpable de su muerte, no me dejéis vivir más tiempo sin castigo!

"Reflexionando después que mis lágrimas y mi dolor no resucitarían al joven y que dentro de unos días podía sorprenderme su padre, tiré el melón, salí de aquella morada subterránea, subí la escalera, coloqué en la entrada la gruesa piedra, y la cubrí de tierra,

"No bien hube acabado esta operación, cuando vi la embarcación que iba a buscar al joven. Entonces, considerando lo que debía hacer, dije para mí mismo: "Si me ve, no dejará el viejo de hacer que me cojan sus esclavos, y acaso que me degüellen. ¡Vale más que me ponga en salvo!„

"Cerca del subterráneo había un árbol grueso cuyo frondoso ramaje me pareció propio para ocultarme. Subí a él, y así que me hube colocado de modo que no pudiera ser descubierto, vi abordar la embarcación en el mismo sitio que antes.

"Desembarcó el anciano con los esclavos, y se dirigió hacia el subterráneo con la natural esperanza; pero cuando vieron la tierra recién movida, mudaron de aspecto, muy particularmente el viejo. Levantaron la piedra, bajaron, le buscaron con ansia, y por fin le hallaron muerto.

...penetrado del más vivo dolor...

En vista de este triste espectáculo el viejo cayó desmayado, y à fin de que respirase el aire libre, sus esclavos le subieron, le sacaron en brazos del subterráneo y le pusieron al pie del árbol donde yo estaba; pero, a pesar de todos sus cuidados, el desgraciado padre permaneció largo tiempo en aquel estado, haciéndolos desconfiar de su vida más de una vez.

"Volvió por fin de su largo desmayo, y entonces los esclavos

sacaron el cuerpo de su hijo, vestido con sus más hermosas ropas, e hicieron un hoyo, en el cual le depositaron.

"Sostenido por dos esclavos y con el rostro bañado en lágrimas, el viejo echó un poco de tierra en la fosa, que en seguida quedó llena.

"Después, allí mismo hice promesa de ir peregrinando sin volver a mis reinos, vivir de la limosna de los hombres, y azotarme todos los días a la caída de la tarde con estas disciplinas.

El Príncipe quedó encantado de tan maravillosa historia, y dándole una buena limosna, se despidió del peregrino, deseándole que saliera pronto de aquella triste situación, acarreada por sí mismo, pues a nadie puede culpar el hombre que abusa de la libertad que Dios le ha dado para servirle y para ser un miembro útil a la sociedad en que vive.

CUENTO XII

EL JOROBADO

HABÍA en una ciudad un sastre casado con una mujer muy hermosa, a quien amaba mucho. Un día fué a sentarse a la puerta de su tienda un jorobado, y comenzó a cantar acompañándose con una pandereta.

Así que le hubo visto el sastre resolvió llevarle a su casa, diciendo para sí:

—¡Nos divertirá esta noche con sus canciones!

Hizo la proposición al jorobado, y habiéndola aceptado éste, cerró el sastre su tienda y se llevó a casa al cantor.

La mujer del sastre, que tenía puesta la mesa, porque era hora de cenar, presentó un buen plato de pescado cocido. Sentáronse los tres a la mesa, y se pusieron a comer. Hacia el fin de la comida el jorobado se tragó una espina, y murió a los pocos momentos, sin que el sastre ni su mujer pudiesen remediarlo. Quedaron ambos esposos espantados de aquel suceso, y tenían motivo para temer que si llegaba a saberlo la justicia los castigaran. Pensando cómo remediarían aquella desgracia, el marido encontró medio de deshacerse del muerto. Vivía en la vecindad un médico judío: co-

gieron marido y mujer el cadáver del jorobado, y lo llevaron hasta la casa del médico. Llamaron a su puerta, abrió la criada, y les preguntó qué querían.

—Diga usted a su amo—contestó el sastre—que le traemos un hombre enfermo para que le dé algún remedio. Tome usted—añadió, poniéndole en la mano una moneda de plata: — déle usted esto, para que no crea que no pensamos pagarle.

...acompañándose con una pandereta...

En tanto que la criada entró a avisar al médico, el sastre y su mujer llevaron el cuerpo del jorobado a la alto de la escalera; dejáronle allí, y se volvieron a su casa.

La criada anunció al médico que un hombre y una mujer le esperaban en la puerta para que viera a un enfermo, y que le habían dado dinero. Trasportado de gozo al verse pagado de antemano, creyó el judío que le llevaban un buen negocio, y salió precipitadamente, sin esperar a que le alumbrasen. Una vez en el descansillo de la escalera tropezó con el jorobado, al que dió con el pie en el costado con tanta fuerza, que le hizo rodar hasta el último escalón.

—¡Traiga usted una luz!—gritó a la criada el pobre médico.

Cuando se la llevaron y vió que lo que había rodado era un hombre, se quedó helado de espanto.

—¡Infeliz de mí—decía.—¿Por qué me he empeñado en bajar sin luz? !Yo soy la causa de su muerte! ¡Estoy perdido! ¡Ay de mí! ¡Pronto vendrán a prenderme!

A pesar de su aturdimiento, tuvo la precaución de cerrar la puerta, temeroso de que alguien que pasara por la calle advirtiese la desgracia de que él se creía causa. Luego tomó el cuerpo del jorobado, y lo llevó al cuarto de su mujer, a quien faltó poco para desmayarse viéndole entrar con tan fúnebre carga.

—¡Ah! ¡Somos perdidos—exclamó la mujer—si no hallamos medio de sacar de casa a este jorobado! ¡Seguramente nos costará la vida! ¡Infeliz! ¿Cómo has hecho para matar a este hombre?

—¡No se trata de eso—respondió el judío,—sino de buscar remedio a tan urgente mal!

—¡Se me ocurre una idea!—dijo la mujer.—Subamos al jorobado al terrado de la casa, y bajémosle por la chimenea a casa de nuestro vecino, el proveedor del Sultán, pues con él tendrán más consideraciones.

El médico aprobó el proyecto. Cogieron al jorobado, le llevaron al terrado, y después de haberle pasado unas cuerdas por los sobacos le bajaron por la chimenea tan suavemente, que quedó de pie contra la pared como si estuviese vivo.

No bien habían concluído esta operación, cuando entró en su cuarto el proveedor, que volvía de un banquete a que había sido convidado aquella noche. Tenía un farol en la mano, y viendo a favor de su luz un hombre de pie en la chimenea, quedó sorprendido e imaginando que era un ladrón, cogió un palo y se fué hacia el jorobado.

—¡Yo me figuraba—dijo—que eran las ratas las que se comían la manteca y mis guisos, y eres tú, que bajas por la chimenea a robarme! ¡No creo que vuelvas a venir aquí otra vez!—Y dicho esto, molió al jorobado a palos.

Cayó el cadáver boca abajo, y el proveedor redobló sus golpes; pero notando que el hombre a quien maltrataba no hacía ningún movimiento, se detuvo, y observó con verdadero espanto que estaba muerto.

—¿Qué he hecho, miserable?—dijo.—¡Acabo de matar a un hombre! ¡Ah! ¡Me he excedido en mi venganza! ¡Malditas sean

las grasas y los aceites, que son la causa de que haya cometido este crimen! ¡Maldito jorobado! ¡Pluguiese a Dios que me hubieras robado todas mis grasas y que no te hubiese encontrado aquí! ¡No me hallaría ahora en el compromiso en que me has puesto!

Al decir esto cargó con el jorobado al hombro, salió de su cuarto, fué hasta el extremo de la calle, donde le puso de pie y apoyado contra la puerta de una tienda, y se retiró corriendo a su casa, sin volver la vista atrás.

...apoyado contra la puerta de una tienda...

Algunos momentos antes de amanecer se le ocurrió al dueño de la tienda salir de su casa. Tropezó con el jorobado, que cayó sobre la espalda del comerciante, el cual, creyendo que era algún ladrón que le atacaba, le echó a tierra de un puñetazo en la cabeza, y dándole en seguida otros muchos, comenzó a gritar: "¡Al ladrón!,,

Llegó la guardía del barrio, y los vigilantes le preguntaron:—¿Por qué pega usted a ese hombre?

—Ha querido robarme—respondió el comerciante,—y se ha echado sobre mí para agarrarme del pescuezo.

—¡Bastante se ha vengado usted!—replicó uno de los guardias tirándole del brazo.—¡Quite usted de ahí!—Al mismo tiempo ten-

dió la mano al jorobado para ayudarle a levantarse; pero notando entonces que estaba muerto, dijeron al comerciante:

—¿Cómo te has atrevido a dar muerte a este hombre?—Y dicho esto, cogieron preso al pobre hombre hasta que se presentase el juez para interrogar al acusado.

Ateniéndose al informe de la guardia, el juez interrogó al comerciante, el cual no pudo negar el delito, que, sin embargo, no había cometido, por más que él creyera lo contrario.

Como el jorobado era uno de los bufones de la corte, no quiso el Juez condenar al comerciante sin conocer primero la voluntad del Sultán. Al efecto se fué al Palacio Real a darle cuenta de lo que pasaba.

—Vé—le dijo por toda respuesta el Sultán,—y cumple con tu deber.

Al oir esto hizo el juez levantar una horca, y envió pregoneros por la ciudad para que publicasen que iban a ahorcar a un comerciante por haber muerto a un bufón del Rey.

Ya iba a cumplirse la sentencia, cuando se abrió paso por entre la multitud el proveedor del Sultán, gritando al verdugo:—¡No hay que darse prisa, buen hombre! ¡Yo soy quien ha hecho la muerte! ¡Ese pobre hombre es inocente!

El juez interrogó al proveedor, que le contó de qué manera había dado muerte al jorobado, y acabó diciendo que había llevado su cuerpo al sitio donde le encontró el comerciante sentenciado.

—Señor juez—añadió el proveedor,—iba usted a hacer perecer a un inocente, pues ese hombre no ha podido matar a un sujeto que ya estaba muerto de antemano.

Habiéndose acusado a sí mismo el proveedor, el juez no pudo menos de hacer justicia al comerciante.

—Deja—dijo al verdugo,—deja ir libre a ese infeliz, y cuelga en su lugar a este hombre, pues él mismo confiesa que es el asesino.

Púsose en libertad al comerciante, y ya iba a ejecutarse la sentencia en la persona del proveedor, cuando se oyó la voz del médico judío, que rogaba con instancias se suspendiese la ejecución, y hacía esfuerzos por abrirse paso para llegar al pie de la horca.

Cuando estuvo delante del juez, le dijo:

—Este hombre que iba a ser ahorcado no merece la muerte:

yo soy el único criminal. Ayer por la noche un hombre y una mujer que no conozco fueron a llamar a mi puerta para que curase a un enfermo que me llevaban. Mi criada les abrió la puerta, y recibió de ellos una moneda de plata como pago de mi trabajo. Mientras la criada me hablaba subieron al enfermo a la parte superior de la escalera, le dejaron allí y desaparecieron. Yo bajé sin esperar a que me alumbrasen, y en medio de la oscuridad tropecé con el enfermo, al que hice rodar por la escalera abajo. Vi que estaba muerto; cogimos el cadáver entre mi mujer y yo, le subimos al terrado de nuestra casa, desde allí le pasamos al del proveedor, nuestro vecino, y le bajamos a su cuarto por la chimenea. Habiéndole encontrado el proveedor, le trató como a un ladrón; le dió de palos, y creyó haberle muerto. Yo soy, pues, el único autor de este delito; y aunque lo he sido contra mi voluntad, he resuelto expiar mi crimen para no tener que echarme en cara la muerte de dos semejantes. No permito que quite usted la vida al proveedor del Sultán, cuya inocencia acabo de demostrar, y en lugar de la suya ofrezco mi cabeza a la justicia.

...tenía ya el médico el cordel al cuello...

Cuando el juez se persuadió de que el médico era el asesino, mandó al verdugo que se apoderarse de su persona y dejara en liber-

tad al proveedor. Ya tenía el médico el cordel al cuello, e iba a dejar de existir, cuando se oyó la voz del sastre, que suplicaba al verdugo no ahorcase al médico, y al juez que mandase hacerle paso para adelantarse hacia él. Habiendo podido franquear la barrera humana que le separaba del lugar del suplicio, dijo:

—Señor juez, ayer por la tarde trabajaba yo en mi tienda, y, como siempre, tenía ganas de divertirme, cuando llegó el jorobado medio borracho y se sentó frente a mi tienda. Estuvo cantando delante de mi puerta, y habiéndole propuesto que fuese a divertirnos un rato, consintió en ello y le llevé conmigo. Nos sentamos a la mesa, y habiéndose puesto a comer un trazo de pescado, se le atravesó una espina en la garganta, y a poco murió, sin que mi mujer ni yo pudiéramos evitarlo. Nos afligimos, como es consiguiente, al verle muerto; y temiendo que nos prendiesen, llevamos el cadáver a la puerta del médico judío. Llamé, y dije a la criada que salió a abrir que suplicara a su amo de nuestra parte que bajase a ver un enfermo que llevábamos. A fin de que no se negara a bajar, le di una moneda de plata. En cuanto subió llevé al jorobado a lo más alto de la escalera, le dejé en la primera grada, y nos retiramos a nuestra casa. Al bajar el médico hizo rodar al jorobado, y esto le indujo a creer que era la causa de su muerte. Así, pues—añadió,—deje usted libre al médico, y hágame morir a mí en su lugar.

—Suelta al médico—dijo el juez al verdugo,— y cuelga al sastre, pues confiesa su delito.

Habiendo el verdugo puesto en libertad al médico, pasó el cordel por el cuello al sastre.

Apenas hubo hecho esto se presentó delante del juez un cirujano de luenga barba, que dijo al magistrado:

—Antes de matar a nadie, ¿se os ha ocurrido averiguar si el jorobado está muerto?

—¡No tal; no se me había ocurrido!—contestó el juez.—Pero, ahora que decís eso, me parece muy extraño que un hombre se haya muerto tan de repente por haberse clavado una espina de pescado.

Mandó llevar el juez al jorobado, y poniéndole a los pies del cirujano, le dijo:

—Ved si está muerto.

El cirujano abrió la boca del jorobado, metió por ella sus dedos largos y flacos, y tiró hacia fuera, sacando entre las uñas una espina larga y corva.

Apenas hubo hecho esta operación, el jorobado se levantó, y haciendo una pirueta escapó corriendo, sin decir siquiera "¡gracias!"

Pusieron en libertad al sastre, y todo el mundo quedó satisfecho del proceder de aquellos hombres, a quienes mandó llamar el Sultán, y después de regalarles grandes riquezas les dió los mejores y más honrosos empleos del reino, por la nobleza que demostraron confesándose autores de la muerte del jorobado para que no fuera castigado ningún inocente.

CUENTO XIII

EL CASTIGO DE UN BRIBÓN

En un pueblo cuyo nombre no hace al caso vivía un pobre hombre ciego que, reducido por su mala suerte a la mendicidad, iba de puerta en puerta pidiendo limosna. Tanto se había acostumbrado a caminar solo por la calle, que no tenía necesidad de lazarillo. Este tal acostumbraba llamar a las puertas y no responder hasta que las sentía abiertas.

Cierto día llamó a la puerta de una casa; su dueño, que estaba solo, gritó desde la habitación del piso superior, donde leía un libro:

—¿Quién está ahí?

El ciego no respondió, y llamó segunda vez. El dueño de la casa volvió a preguntar quién llamaba; pero nadie le contestó. Bajó, abrió, y preguntó al ciego qué era lo que deseaba, que llamaba con tanta prisa.

—Qué me dé usted una limosna por el amor de Dios—le contestó.

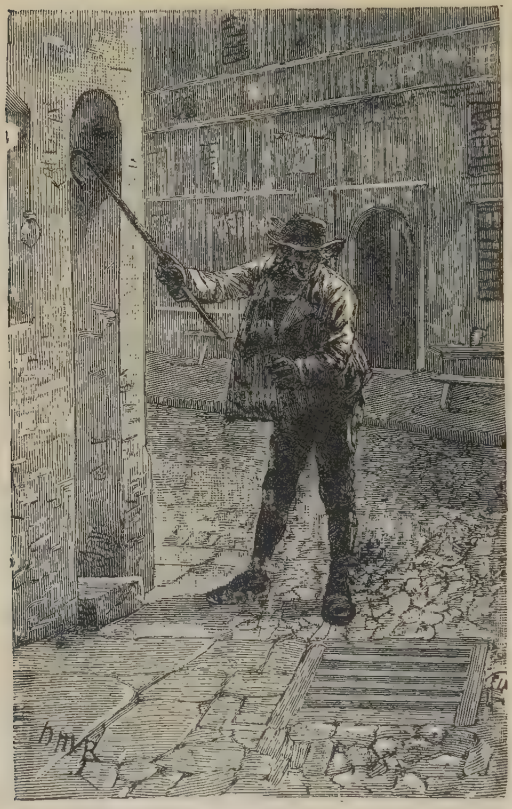
—¿Es usted ciego?—replicó el dueño.

—Sí, señor.

—Déme usted la mano.

Se la presentó el pobre, creyendo que iba a recibir la limosna:

pero el dueño de la casa se la cogió tan sólo para ayudarle a subir a su cuarto. Pedro, que así se llamaba el ciego, se figuró que lo hacía para que comiese con él, como le había sucedido con bastante frecuencia en otras partes. Cuando ambos estuvieron en el cuarto, el patrón le soltó la mano y se sentó, preguntándole de nuevo qué deseaba.



...llamó a la puerta de una casa...

—Ya se lo he dicho a usted—contestó Pedro:—le pido una limosna por amor de Dios.

—Buen ciego, todo lo que puedo hacer por usted es desearle que Dios le devuelva la vista.

—¡Bien podía usted habérmelo dicho a la puerta, ahorrándome de ese modo el trabajo de subir!

—¡Qué tonto es usted! Contésteme a la pregunta que voy a hacerle: ¿Por qué no responde usted desde la primera vez que llama y le preguntan quién está ahí? ¿Por que hace que se tomen la molestia de abrirle las personas que le responden?

—Esas reflexiones son muy acertadas; pero, ya que me ha hecho usted subir, déme usted una limosna.

—No tengo qué darle.

—Entonces, ayúdeme usted a bajar la escalera, como me ha ayudado a subirla.

—La escalera está enfrente: baje usted, si gusta.

Pedro el ciego comenzó a bajar; y como no conocía la casa, se le deslizó un pie a la mitad de ella y rodó hasta el fin, haciéndose mucho daño en el cuerpo y en la cabeza. Se levantó con bastante trabajo, y fuése quejando y murmurando contra el dueño de la casa, que sin compasión se reía de su caida.

Estaba a la puerta misma de la casa, cuando acertaron a pasar dos ciegos camaradas suyos, que le conocieron por la voz y se detuvieron para preguntarle qué tenía. Pedro les contó cuanto le había pasado, y después de decirles que en todo el día no había podido recibir un céntimo, añadió:

—Ruego a ustedes que me acompañen hasta casa, a fin de que pueda tomar alguna cosa del dinero que nos pertenece, para pagar mi cena.

Consintieron en ello los ciegos, y se fueron a su casa.

El dueño de la casa donde Pedro el ciego había sido tan maltratado era un hombre diestro y malicioso. Oyó desde la ventana todo lo que el pobre había dicho a sus camaradas; bajó, y siguiéndolos, se metió con ellos en una casa ruin, donde vivía Pedro. Habiéndose sentado los ciegos, les dijo éste:

—Amigos, no estaría de más cerrar la puerta; y tened cuidado no se haya entrado alguien con nosotros.

Al oir estas palabras el intruso tuvo miedo de que le descubriesen; pero reparando en una cuerda que por casualidad pendía del techo de la casa, se cogió a ella manteniéndose en el aire colgado, en tanto que los ciegos cerraron la puerta y registraron alrededor del cuarto tentando con los palos. Concluída que fué esta pesquisa, y habiéndose sentado todos ellos, soltó la cuerda, y, procurando no hacer ruido, fué a sentarse al lado de Pedro, que, creyéndose solo con los demás ciegos, les dijo:

—Como ustedes me han hecho despositario del dinero que recibimos los tres, quiero hacerles conocer que no soy indigno de su confianza.

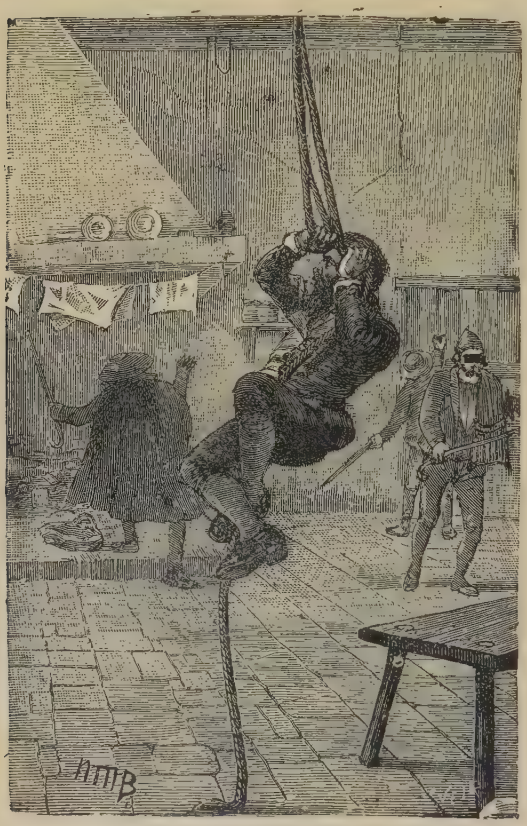
"La última vez que contamos, saben ustedes que teníamos trescientas pesetas en plata, y las metimos en tres taleguillos, que voy a mostrar a ustedes intactos.

Al decir esto metió la mano debajo de unos andrajos que estaban cerca de él, y sacando los taleguillos uno a uno, se los entregó a sus camaradas.

—Ahi están—prosiguió:—por su peso pueden ustedes conocer que están cabales; o si no, vamos a contarlos, si gustan.

Habiéndole contestado los otros que se fiaban de él, abrió uno de ellos y sacó cinco pesetas, y cada uno de los dos ciegos tomó otro tanto.

Pedro volvió a poner los taleguillos en su lugar, y entonces uno de los ciegos le dijo que no necesitaba gastar nada aquel día para cenar, que él tenía provisiones bastantes para todos, por la caridad que le hacían las buenas gentes. Al mismo tiempo sacó de su zurrón pan, queso y algunas frutas, y poniéndolo todo sobre la mesa, comenzaron a comer. El ladrón, que estaba a la derecha de Pedro, escogía lo que le parecía mejor y comía con ellos; pero, a pesar del mucho cuidado que puso para no hacer ruido, el ciego le oyó mascar y exclamó al momento:



... manteniéndose en el aire colgado ...

—¡Somos perdidos!

Y diciendo esto tendió la mano, cogió al intruso por el brazo, y tirándose sobre él gritaba sin cesar: "Al ladrón,,, dándole grandes pellizcos. Los otros ciegos empezaron también a gritar y golpear al ladrón, que por su parte se defendió lo mejor que pudo. Como tenía la ventaja de ver adónde dirigía sus golpes, dábalos terribles, ora al uno, ora al otro, cuando podía

hacerlo, y gritaba como ellos: "¡Al ladrón!,, Los vecinos acudieron al ruido. Como no les abrían, echaron le puerta abajo; pero les costó mucho trabajo separar a los combatientes. Una vez conseguido esto, les preguntaron el motivo de su contienda.

—Señores—dijo Pedro, que no había soltado al ladrón,—este hombre que tengo agarrado es un ladrón, que ha entrado aquí con nosotros para robarnos.

El ladrón, que había cerrado los ojos tan pronto como vió comparecer a los vecinos, fingió ser ciego también, y contestó entonces:

—Eso es falso, señores: juro a ustedes que soy su compañero, y que rehusan darme la parte que legítimamente me pertenece. Los tres se han puesto contra mí, y pido justicia.

Los vecinos no quisieron mezclarse en tales disputas, y llevaron a los cuatro ante un magistrado.

Cuando estuvieron en presencia de ése, el ladrón, sin esperar a que le interrogasen, y fingiéndose ciego, dijo:

—Señor, pues que es usted el encargado de la administración de justicia, le declararé que mis tres camaradas y yo todos somos criminales. Pero como nos hemos obligado por juramento a no confesar nada sino por la fuerza, si usted quiere saber nuestro crimen, no tiene más que mandar que nos den de palos, comenzando por mí.

Pedro quiso hablar; pero se le impuso silencio.

Pusieron al ladrón en un potro, y tuvo la serenidad de dejarse dar veinte o treinta palos; pero aparentando que se dejaba vencer por el dolor, abrió un ojo, primeramente, y poco después el otro, pidiendo misericordia y suplicando al juez que mandara cesar los golpes.

Viendo aquél que el ladrón tenía los ojos abiertos, se quedó asombrado y le dijo:

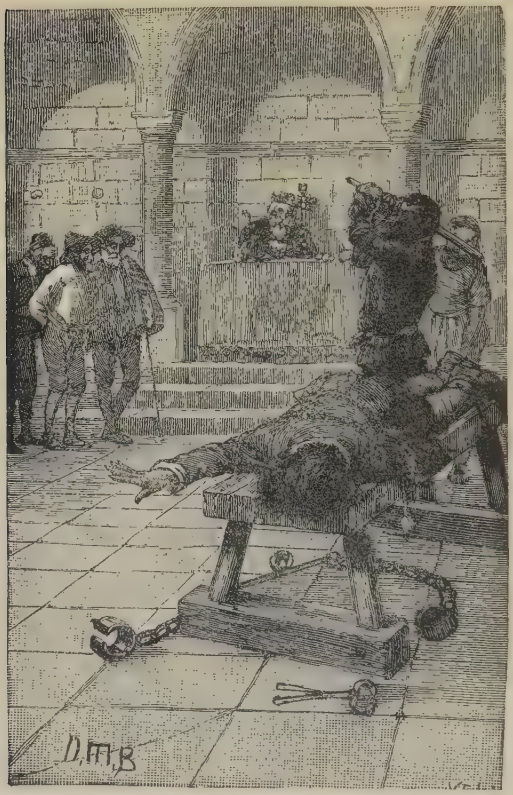
—¡Malvado! ¿Qué significa ese milagro?

—Señor—contestó el ladrón,—un secreto. Si usted se digna perdonarme, estoy pronto a revelarle todo el misterio de esta farsa.

El Juez mandó cesar el castigo, y prometió el perdón.

—Bajo la fe de esa promesa—repuso el ladrón confesaré a usted, señor, que mis camaradas y yo vemos perfectamente los cua-

tro. Fingimos ser ciegos para entrar con libertad en las casas. Valiéndonos de este artificio hemos ganado trescientas pesetas en compañía. Hoy he pedido a mis consocios las setenta y cinco que me corresponden; me las han negado, porque les he declarado que quería separarme, y han tenido miedo de que los acuse; se han echado sobre mí, y me han maltratado del modo que podrán justificar las personas que nos han conducido ante usted, cuyo testimonio reclamo.



dejarse dar veinte o treinta palos...

"Espero de su justicia, señor, que usted mismo me mandará entregar las setenta y cinco pesetas que me pertenecen. Si quiere usted que mis camaradas confiesen la verdad de cuanto declaro, haga usted que les den tres veces tantos palos como he recibido, y verá usted cómo abren los ojos lo mismo que yo.

Pedro y los otros ciegos quisieron justificarse de tal impostura; pero el juez no se dignó escucharlos.

—¿Es cierto—les dijo—que os fingís ciegos y que engañáis a las gentes so pretexto de excitar su caridad, cometiendo acciones inícuas?

—¡Es una impostura—exclamó Pedro,—y es falso que ninguno de nosotros vea! Ponemos a Dios por testigo!

Todo lo que dijo Pedro fué inútil: sus camaradas y él recibieron cada uno doscientos palos.

El juez esperaba que abriesen los ojos, y atribuía a su obstina-

ción lo que tan sólo era efecto de una absoluta impotencia. Entretanto el ladrón decía a los ciegos:

—¡No seáis tontos; abrid los ojos, y no deis lugar a que os maten a palos!

Después, dirigiéndose al juez de policía, le dijo:

—Señor, esos pícaros llevarán hasta el cabo su malicia, y no consentirán en abrir los ojos. Sin duda, quieren evitar la vergüenza que les causará leer su sentencia en las miradas de los que verían a su alrededor. Más vale perdonarlos y enviar a alguien a tomar las trescientas pesetas que tienen escondidas en un rincón de la casa de Pedro.

Hizo el juez que acompañase al ladrón uno de sus alguaciles, que llevó los tres taleguillos. Mandó contar las setenta y cinco pesetas que, según dijo, pertenecían al ladrón, y retuvo el resto para pago de costas.

En cuanto a Pedro y sus camaradas, se compadeció de ellos, contentándose con desterrarlos.

Sucedió que, una vez dictada la sentencia, y cuando iba a marcharse triunfante el pícaro y castigados los inocentes, apareció en la puerta de la sala en que se hacía tal injusticia el señor del feudo, y mandó detener a todos hasta enterarse de la ocurrencia, pues el suceso había llegado hasta su noticia por uno de los pajes.

Por fortuna de Pedro y de los otros dos ciegos, los padres del primero habían servido en vida en el castillo donde aquél había nacido, y le constaba de una manera positiva ser cierta la ceguera del pobre; constábale también que el malvado a quien el juez había dado la razón era un bribón que merecía cualquier castigo. Mandó que compareciesen los testigos y que se averiguara dónde vivía cada uno, y se vino en conocimiento de que nunca se había visto al ladrón en compañía de los tres pobres, que este tal vivía en una casa él solo, que tenía mala fama, y que nadie le había visto haciéndose el ciego.

Al oir el nombre de la casa donde vivía el malvado, Pedro cayó en la cuenta de que aquél era el pícaro que no quiso ayudarle a bajar la escalera y que se rió cuando le vió rodar los escalones; que a la puerta de su casa se había encontrado a sus amigos y les había hablado del dinero, y que, por tanto, había oído la con-

versación, y siguiéndolos, había dado lugar al desafuero cometido.

Preguntado el pícaro por el señor, no se atrevió a seguir mintiendo: fué, pues, contenado a ser desterrado, y confiscados sus bienes en favor de los tres ciegos; y en cuanto al juez, el señor del feudo dispuso que durante un mes sustituyera al mulo que daba vueltas en la noria del castillo.

CUENTO XIV

UN BANQUETE EXTRAÑO

Había en una ciudad un hombre que al morir sus padres heredó una buena suma con la cual se encontró regularmente acomodado. Un revés de fortuna le redujo al extremo de pedir limosna. Se manejaba de tal modo, estudiando los medios de proporcionarse entrada en las casas por la protección de los criados, que podía ver a los amos y excitar su compasión.

Cierto día que pasaba por delante de un palacio en cuyo interior había un patio muy espacioso y en la puerta multitud de criados, se llegó a uno de ellos preguntándole cómo se llamaba su amo.

—¿De dónde viene usted, que hace semejante pregunta? ¿No conoce usted, por su magnificencia, que esta casa es del marqués de la Salbadera?

Juan—así se llamaba el pobre,—que conocía la liberalidad de este señor, se dirigió a los porteros pidiéndoles una limosna.

—Entre usted—le dijeron;—nadie se lo impide. Hable usted mismo con el amo, que le recibirá bien.

Aquel pobre hombre no esperaba tanta atención, y dándoles las gracias, entró con su licencia en la casa. Empleó mucho tiempo

en recorrerla, buscando las habitaciones particulares del Marqués.

Por fin penetró en un departamento elegantemente amueblado, y entró en una antecámara desde la cual se descubría un jardín delicioso, cuyas calles estában empedradas de piedrecitas de diferentes colores, formando dibujos tan preciosos, que alegraban la vista.

... elegantemente amueblado ...

Un sitio tan agradable habría excitado su admiración si hubiera tenido el espíritu más tranquilo.

Siguió adelante, y entró en una sala ricamente amueblada y adornada de pinturas y rosetones de oro y azul, en la cual distinguió un anciano de luenga barba blanca. De su porte dedujo que sería el dueño de la casa.

En efecto; era el Marqués, que le hizo mil cumplidos, y después de invitarle amablemente a que se sentara le preguntó qué quería.

—Señor — le contestó Juan,—soy un pobre hombre que implora la compasión de las personas pudientes y generosas como V. E.

En verdad, no podía dirigirse a persona más recomendable por sus hermosas cualidades.

El Marqués se manifestó sorprendido de su respuesta, y llevándose la mano al pecho como para rasgarse la ropa, exclamó:

—¿Es posible que, siendo yo quien soy, se encuentre usted en la necesidad que expone? ¡He aquí lo que no puedo tolerar!

Suponiendo Juan al ver tales demostraciones que iba a darle pruebas de su liberalidad, le deseó toda clase de felicidades.

—¡No se dirá—continuó el Marqués—que le abandono; pero no quiero que se me engañe!

—¡Señor, juro a usted que estoy en ayunas!

—¿A esta hora está usted en ayunas? ¡Ah, desdichado! ¡Se morirá usted de hambre! ¡Hola! — añadió alzando la voz.—¡Que traigan la palangana y agua para lavarnos las manos!

...soy un pobre hombre que implora...

A pesar de que Juan no vió a ningún criado, ni la palangana, ni el agua, el Marqués no dejó de frotarse las manos como si estuviera lavándose, y al mismo tiempo decía a Juan:

—¡Acérquese usted y lávese conmigo!

Juan se imaginó que el Marqués quería divertirse; y como sabía llevar adelante una chanza, y además, que los pobres deben ser condescendientes con los ricos si quieren sacar partido, se acercó a él e hizo lo mismo.

—¡Vamos—dijo el Marqués;—que traigan la comida y no nos hagan esperar!

Y al decir estas palabras, aunque no habían llevado nada, co-

menzó a hacer como que tomaba alguna cosa de un plato; llevándosela a la boca y haciendo que masticaba gustosamente un sabroso manjar, le dijo:

—¡Coma usted, se lo suplico, y obre con entera libertad, como si estuviera en su casa! ¡Coma usted, pues se me figura que, para un hombre que tiene hambre, come usted muy poco!

—Perdone usted, señor—le contestó Juan imitando sus acciones;—note usted que desempeño muy bien mi deber.

—¿Qué dice usted de este pan? ¿No le parece excelente?

Apesar de que no veía semejante pan ni tal carne, le contestó:

—No lo he comido nunca más blanco ni tan delicado.

—Coma usted de él hasta hartarse. Si el pan es bueno, mi dinero me cuesta, pues he pagado quinientas piezas de oro a la panadera que lo hace.

Después de haber hablado de su panadera y ponderado el pan que Juan comía, exclamó el Marqués:

—¡Muchacho, tráenos otro plato!

Y sin embargo de que no se presentó el criado ni el plato, apesar de su llamamiento, añadió:

—¡Pruebe usted este nuevo plato, y diga usted si ha comido en su vida carnero con guisantes mejor guisado!

—¡Está exquisito—le contestó;—así es que cargo de él la mano!

—Me complace usted en eso—replicó el Marqués,—y es una satisfacción para mí verle comer con tanto apetito. ¡Póngase más de este plato, puesto que le parece tan bueno!

De allí a poco pidió un ganso relleno y con salsa, que le llevaron lo mismo que el plato de carnero.

—El ganso está muy rico—le dijo.—Sin embargo, coma usted de él sólo una patita y un alón, pues será preciso que vaya usted reservando ganas, porque aún nos faltan muchas cosas que comer.

Efectivamente; pidió otros muchos platos diferentes, de los cuales hizo Juan que comía, por más que se moría de hambre. Pero lo que ponderó más que todo fué un cordero que mandó servir, y que se presentó como los antecedentes.

—¡Oh!—dijo el Marqués.—¡Este plato no se come nada más que en mi casa! ¡Quiero que se harte usted de él!

Y hacía como si tuviese un pedazo en la mano; y acercándolo a la boca de Juan, le dijo:

—¡Tenga usted; coma de esto! ¡Va a decirme si tengo razón en ponderar este guiso!

Juan alargó la cabeza y abrió la boca, fingiendo que tomaba el pedazo y lo mascaba y tragaba con extremado gusto.

—¡Bien sabía yo—repuso el Marqués—que a usted le parecería excelente!

—¡En el mundo no se encuentra más exquisito!—contestó Juan.—Hablando con franqueza, no he visto cosa más deliciosa que su mesa, mi querido protector.

—Ahora, que nos traigan un guisado—exclamó el Marqués.—Creo que le gustará tanto como el carnero. Y bien; ¿qué le parece a usted?

—¡Maravilloso!—contestó Juan.—Se perciben a un tiempo los clavos de especia, la nuez moscada, el jengibre, la pimienta y las hierbas más fragantes; y todos estos olores están tan bien manejados, que ninguno impide que se sienta el otro. ¡Qué delicioso está!

—¡Llene usted bien la andorga de este guisado; se lo suplico! ¡Hola, muchacho—añadió alzando la voz;—que nos traigan otra cosa!

—¡Basta, si usted gusta!—le interrumpió el pobre Juan.—En verdad, señor, que estoy harto, y ya no puedo más.

Y diciendo esto se le abría la boca y desfallecía de hambre.

—Que levanten la mesa—dijo el Marqués—y traigan las frutas.

Esperó un momento, como para dar a los criados lugar para levantarla, y después, volviendo a tomar la palabra, continuó:

—Pruebe usted estas almendras. Son muy buenas, y están cogidas hace muy poco.

Uno y otro hicieron como que las mondaban y comían. En seguida, invitando el Marqués a Juan para que tomase de otras cosas, le dijo:

—Ahí tiene usted toda clase de frutas, pasteles, confites y compotas; escoja usted lo que guste.

Después, alargando la mano como si le presentasen algunas cosas, continuó:

—Tome usted; aquí tiene una onza de chocolata, que es excelente para hacer la digestión.

Juan hizo ademán de tomarlo, fingió que lo comía, y le dijo:

—¡Es magnífico! No carece de vainilla.

—Esta clase de pastillas se hacen en mi casa—le contestó;—y tanto en esto como en lo demás que se hace en ella, nada se economiza.

Y al hablar así instaba a Juan a que comiese.

—Para un hombre—prosiguió—que aun estaba en ayunas cuando entró aquí, me parece que no ha comido usted gran cosa.

—Señor—le respondió el pobre hombre, a quien le dolían las encías en fuerza de mascar sin provecho,—aseguro a usted que estoy tan harto, que no me atrevería a comer un solo pedazo más.

—Después de haber comido tan opíparamente—dijo el Marqués,—es preciso que bebamos. ¿Le gusta a usted el vino?

—Señor—le contestó,—me permitirá que no lo beba, porque me está prohibido.

—¡No sea usted tonto; haga usted lo que yo!

—Beberé sólo por complacer a usted, pues, según veo, no quiere usted que falte circunstancia a su banquete; pero, como no estoy acostumbrado a beber, temo faltar al decoro y respeto que usted merece. Por lo mismo, le pido que me dispense: yo me contentaré con beber agua.

—¡No, no; usted beberá vino!

Y mandó que se lo llevasen; pero fué tan real y verdadero como la carne y las frutas. Hizo ademán de que llenaba un vaso y bebía el primero, y haciendo que lo llenaba de nuevo, le dijo presentándoselo:

—¡Beba usted a mi salud, y veamos si le parece bueno!

Juan tomó el vaso, la miró al trasluz para cerciorarse de que el color era bueno, y se lo llevó a la nariz para ver si el olor era agradable; después hizo al Marqués una profunda reverencia con la cabeza, dándole a entender que se tomaba la libertad de brindar a su salud; por último hizo ademán de beber, con todas las demostraciones de un hombre que bebe con gusto.

—Me parece excelente este vino—dijo;—pero se me figura que no es muy fuerte.

—Si usted lo desea, no tiene más que pedirlo: en mi bodega tengo de muchas calidades. ¡Vea usted si le acomoda éste!

Al decir esto hizo como que echaba de otro vino para él y después para Juan, y repitió la operación tantas veces, que éste,

fingiendo que el vino le había calentado, se hizo el borracho y, levantando la mano, dió un golpe tan fuerte al Marqués, que le derribó en tierra. Quiso secundar el golpe; pero aquél, evitándolo, gritó:

—¿Está usted loco?

Entonces Juan le contestó:

—Señor marqués, usted ha tenido la bondad de recibirme en su casa y darme un gran banquete: debió usted contentarse con darme de comer, y no era necesario que me hiciese beber vino, porque, ya se lo advertí, podía muy bien faltarle al respeto. Me pesa en el alma, y pido a usted mil perdones.

Cuando acabó de hablar, el Marqués, en vez de enfadarse, se echó a reir estrepitosamente, y alargando a su comensal cordialmente la mano.

... sirvieron vino ...

—Hace mucho tiempo—le dijo—que busco a un hombre de humor para que me haga compañía. No tan sólo le perdono a usted el golpe que me ha dado, sino que en adelante quiero que seamos buenos amigos y que no tenga usted más casa que la mía. Ha sido usted tan condescendiente, que, acomodándose a mi genio, tuvo la calma de sostener la chanza hasta el fin; pero ahora vamos a comer en realidad.

Al decir estas palabras dió unas cuantas palmadas, y mandó a muchos criados que acudieron que les sirviesen la comida. Obede-

ciéronle al momento, y Juan fué regalado con las mismas entradas que antes había comido en fantasía. Cuando alzaron los manteles sirvieron vino, y entrando al mismo tiempo multitud de hermosas esclavas vestidas con el mayor lujo, cantaron varias canciones al son de diversos instrumentos.

Por último, Juan tuvo motivos de celebrar las bondades y atenciones del Marqués, que quedó muy complacido, le trató con la mayor familiaridad, y mandó que le pusiesen un traje de su guardarropa.

El Marqués descubrió en él tanta penetración y agudeza en todas las cosas, que a los pocos días le confió el manejo de su casa y de todos sus negocios.

Juan desempeñó perfectamente su empleo por espacio de veinte años, al cabo de los cuales murió su protector de puro viejo, y como no tenía familia, le nombró su heredero.

El pobre Juan vivió feliz hasta que Dios quiso llamarle a disfrutar la parte que le correspondía en el Paraíso.

CUENTO XV

SOÑAR DESPIERTO

Un comerciante árabe que a fuerza de afanes y trabajos había reunido un cuantioso capital, murió cuando más le sonreía la fortuna y cuando parecía próximo a realizar más fecundas empresas.

Dejó al morir esposa y un hijo de diez y seis años, llamado Alí, que tenía excelentes sentimientos, pero que ignoraba lo difícil que es hacer una fortuna, pues como nada le había faltado mientras vivió su padre, no sabía que el dinero se marcha fácilmente y se adquiere con mucho trabajo.

La madre de Alí amaba a su hijo con exceso, y no tuvo suficiente energía para detenerle en la senda de las prodigalidades, a las cuales se entregó desde luego con falsos amigos que le adulaban mientras los festejaba con regalos y convites.

En pocos años perdieron así la mitad de su fortuna; y comprendiendo que de continuar gastando sin medida caminaban al precipicio, tuvieron la fuerza de voluntad necesaria para hacer un alto y reservar la otra mitad de su capital, que emplearon en tierras a fin de que les rindiesen lo necesario para poder vivir con decoro.

A fin de que Alí comprendiese cuán poco valían los supuestos

amigos, la madre le recomendó que se dirigiera a ellos suponiéndose arruinado y les pidiera algún socorro. Hízolo así el joven: los visitó uno por uno, manifestándoles que se hallaba en la situación más angustiosa; pero todos le respondieron con excusas, y algunos tuvieron el descaro de decirle que si hubiera administrado mejor sus bienes en vez de dar comilonas, no se vería en tan triste situación.

Marchó Alí a su casa, muy triste ante tan palmario desengaño, con el propósito de no volver a saludar nunca a tan pérfidos amigos. Es más; exagerando su desconfianza hacia todos los hombres, se prometió no volver a intimar con ninguno, ni convidar jamás a ningún habitante de la población; pero como le habría sido muy penoso privarse de la sociedad de sus semejantes y de los placeres de la conversación, dos o tres veces por semana se colocaba el extremo de un puente que daba entrada a la ciudad, y saludando al primer forastero que veía llegar y cuyo aspecto le parecía de hombre decente, le invitaba a cenar en su casa y hospedarse en ella, con la condición de que había de marcharse a la siguiente mañana y de que, aun cuando volvieran a encontrarse, no se saludarían y harían como si nunca se hubieran visto, pues no quería contraer estrecha amistad con nadie, para no exponerse a nuevos desengaños.

Cumplió exactamente este propósito que se había impuesto, y durante más de un año hospedó en su casa a multitud de viajeros, a los cuales proporcionaba excelente cena y buena cama, bien que despidiéndoles cortésmente al siguiente día y pidiéndoles que no hicieran en lo sucesivo la menor demostración de conocerle.

Sucedió cierto día que el califa Harún-al-Raschid, que en ocasiones gustaba de viajar disfrazado de comerciante para conocer por sí mismo las necesidades de sus súbditos, acompañado de un esclavo y modestamente vestido, llegó a la ciudad donde residía Alí. Éste, muy lejos de sospechar que se las hubiera con un poderoso monarca, y creyéndole un modesto tratante, le invitó a ir a su casa a cenar, exponiéndole la extraña condición que proponía a todos sus huéspedes.

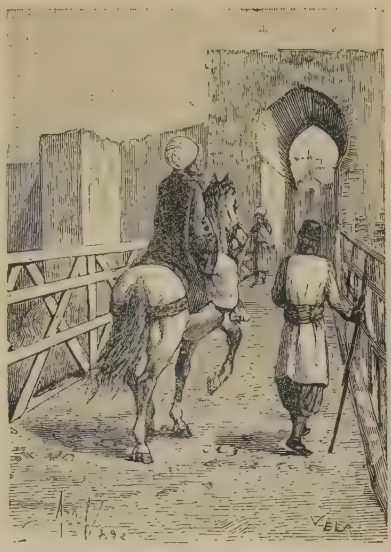
Aceptó el Califa, a quien no dejó de divertir aquella originalidad, y marchó con Alí, que le dió de cenar muy bien y le entretuvo con su conversación hasta después de las diez de la noche, no sin

que Alí observase la gravedad y discreción con que su huésped trataba todos los asuntos.

Como le refiriese toda su historia, el Califa le elogió por la prudencia que había mostrado al reservarse la mitad de su fortuna, y luego le pidió que le indicase en qué podía servirle, pues, aunque modesto comerciante, estaba muy bien relacionado y podría serle más útil de lo que él quizás creía.

A estas generosas ofertas del Califa contestó Alí:

—Mi buen señor, estoy persuadido de que no me hace usted tan generosas ofertas por mero cumplimiento; pero, a fe de hombre de bien, puedo asegurar que no tengo ninguna pena, negocio ni deseo, y que a nadie pido nada.



...acompañado de un esclavo...

"No tengo ambición alguna, y estoy contento con mi suerte; así, pues, nada más tengo que hacer que dar a usted las gracias, no solamente por sus valiosas ofertas, sino por la complacencia que ha tenido en hacerme el singular honor de venir a tomar una mala cena en mi casa.

"Sólo hay una cosa que me causa alguna pena, pero sin que llegue hasta el punto de turbar mi reposo. Ya sabrá usted que esta ciudad está dividida en barrios, y que en cada uno de ellos hay una mezquita con un santón para hacer la oración a las horas ordinarias a la cabeza del cuartel que se reúne en ella.

"El santón es un viejo, alto, de semblante austero, y el mayor hipócrita que ha habido en el mundo. Tiene como consejeros a cuatro enredadores, gentes poco más o menos de su calaña, que, por lo regular, se reúnen todos los días en su casa, y en su conciliábulo no hay murmuración, calumnia ni picardía de que no echen mano contra mí y contra todo el barrio para turbar en él la tranquilidad y fomentar las disputas. Se hacen temer de unos y amenazan

a otros. Quieren, en fin, hacerse los amos y que todos se gobiernen por su capricho, cuando no saben gobernarse ellos mismos. En una palabra, ejercitan una odiosa tiranía.

"Si he de decir la verdad, no puede tolerar que se mezclen en lo que no les incumbe y que no dejen a nadie del barrio vivir en paz.

—Según eso—replicó el Califa,—¿usted querría, sin duda, hallar algún medio de atajar el curso de este desorden?

El santón es un viejo, alto...

—Usted lo ha dicho—contestó Alí,—y lo único que desearía para el efecto es que Dios me hiciese Califa en lugar del comendador de los creyentes Harún-al-Raschid, nuestro soberano señor y amo, solamente por un día.

—¿Qué haría usted si eso se realizara?—preguntó el Califa.

—Haría una cosa que serviría de gran ejemplo y causaría satisfacción a todas las gentes honradas. Mandaría dar cien palos en las plantas de los pies a cada uno de esos cuatro enredadores, y doscientos al santón, para enseñarles que no es propio de su ministerio turbar y apesadumbrar a su vecinos ni inmiscuirse en cosas que para nada les atañen.

Al Califa le pareció muy divertida la idea de Alí; y como le gustaban las aventuras extraordinarias, quiso sacar partido de la ocasión para divertirse. Así, pues, elogió el capricho de su anfitrión, y le dijo que, a buen seguro, cosas más dificiles de realizar había en el mundo.

—¿Se burla usted?—preguntó Alí.

—Yo no me burlo—replicó el Califa.—¡Dios me guarde de tener un pensamiento tan fuera de razón para con una persona como usted, que me ha obsequiado tan bien, siendo yo un sujeto del todo desconocido! Creo que tampoco el Califa se burlaría si

nos oyese. Mas pare aquí este discurso: es ya bastante tarde, y debemos acostarnos.

—Cortemos, pues, aquí la conversación—dijo Alí;—no quiero poner obstáculo alguno a su descanso. Pero como todavía queda vino en la botella, es preciso, si a usted le parece, que la desocupemos antes de acostarnos. Lo único que le recomiendo es que al salir por la mañana, en el caso de que yo no me haya despertado, no deje la puerta abierta, sino que se tome el trabajo de cerrarla, porque tengo la costumbre de incomunicarme.

El Califa le prometió ejecutar esto con toda fidelidad.

Mientras Alí hablada, el Califa se había apoderado de la botella y de dos vasos. Se echó de beber el primero, haciendo conocer a Alí que era en señal de reconocimiento. Apenas hubo bebido, echó con disimulo en la taza de Alí una corta porción de unos polvos que llevaba consigo, y sobre ellos desocupó el resto de la botella. Al presentársela le dijo:

Se echó de beber el primero...

—Usted se ha tomado el trabajo de echarme de beber toda la noche: lo menos que yo debo hacer es ahorrarle este trabajo por la última vez. Le suplico que tome esta taza de mi mano y que beba este trago a mi salud.

Tomó Alí la taza; y para manifestar más a su huésped con cuánto placer recibía el honor que le dispensaba, bebió apurándola casi toda de un sorbo. Pero apenas la hubo dejado sobre la mesa, cuando los polvos hicieron su efecto.

Apoderóse de él profunda somnolencia, y cayó su cabeza sobre las rodillas tan repentinamente, que el Califa no pudo menos de reirse. El esclavo de quien se había hecho servir había vuelto apenas cenó, y hacía rato que estaba pronto a recibir sus órdenes.

—Cárgate este hombre a la espalda—le dijo el Califa;—pero procura señalar bien el sitio donde está esta casa, a fin de traerle cuando yo te lo mande.

Dicho esto salió de la casa el Califa seguido por el esclavo, que había cargado con Alí; pero sin cerrar la puerta, como éste se lo había suplicado, lo que hizo a propósito.

Apenas llegó a Palacio, entró por una puerta secreta, e hizo que le siguiese el esclavo hasta su habitación, donde lo esparaban todos los empleados de su cámara.

—Cárgate este hombre a la espalda.

—Desnudad a este hombre—les dijo,—y acostadlo en mi cama: luego os manifestaré mis intenciones.

Desnudaron a Alí los empleados del Califa, le pusieron el vestido de cama del Califa, y lo acostaron conforme a su orden. Nadie se había acostado aún en Palacio, y el Califa hizo llamar a todos los demás despendientes y a las damas. Cuando todos estuvieron en su presencia, les dijo:

—Mando que todos los que acostumbran estar en mi cuarto cuando me levanto no dejen de hallarse mañana por la mañana junto a ese hombre que estáis viendo acostado en mi cama, y que cada uno desempeñe para con él cuando se despierte las mismas funciones que se observan ordinariamente por mí. Mando también que se tengan con él los mismos miramientos que con mi misma persona, y que se le obedezca en cuanto ordene. Que no se le niegue nada de cuanto pida, ni se le contradiga en cuanto diga o desee. Siempre que haya que hablarle o responderle, es necesario darle el tratamiento de comendador de los creyentes.

Desde luego comprendieron todos que el Califa quería divertirse, y no respondieron más que con una profunda inclinación, preparándose a contribuir cada uno con verdadero entusiasmo a desempeñar bien su papel.

Al entrar en su palacio el Califa había enviado a llamar al gran Ministro con el primer oficial que había encontrado.

—Te he hecho venir—le dijo—para advertirte que no te asombres cuando mañana al entrar en mi audiencia veas a ese hombre que está acostado en mi cama, sentado en mi trono en traje de ceremonia.

"Llégate a él con los mismos miramientos y el mismo respeto que acostumbras tributarme, tratándolo también de comendador de los creyentes. Escucha y ejecuta puntualmente cuanto te mande como si te lo mandase yo. No dejará de ejercer algunos actos de liberalidad y de encargarte su distribución: haz sin vacilar todo lo que te mande acerca de esto. Acuérdate también de advertir a todos los emires, ujieres y demás empleados de fuera de Palacio que mañana le tributen en la audiencia pública los mismos honores que a mi persona, y que lo hagan de manera que no pueda notar la menor cosa que sea capaz de turbar la diversión que quiero proporcionarme. Nada más tengo que ordenarte.

Que no se le niegue nada...

Apenas se hubo retirado el gran Ministro, pasó el Califa a otra habitación, y al acostarse dió al mayordomo las órdenes que debía ejecutar por su parte a fin de que todo resultase como esperaba para satisfacer el deseo de Alí y ver qué uso hacía del poder y autoridad de califa en el corto tiempo que había deseado. Sobre todo, le mandó que no dejase de ir a despertarlo antes que despertase Alí, porque quería ver lo que sucedía y de qué manera el soberano improvisado hacía uso del poder.

No dejó el mayordomo de despertar al Califa a hora apropósito, y luego entró en el cuarto donde dormía Alí; se colocó en un gabinetito elevado, desde donde sin ser visto podía ver por una celosía todo lo que pasara.

Todos los empleados y todas las damas que debían estar presentes cuando se levantase Alí entraron al mismo tiempo y se colocaron cada uno en su sitio acostumbrado según su clase, y en el mayor silencio, como si fuera el Califa el que debía levantarse, y prontos a desempeñar el papel que se les había encomendado.

Como ya iba a amanecer, era tiempo de levantarse para hacer la oración de antes de salir el Sol. El oficial que estaba más próximo a la cabecera de la cama acercó a las narices de Alí una esponjita mojada en vinagre.

...se colocó en un gabinetito elevado...

Estornudó Alí, volvió la cabeza y abrió los ojos; y en cuanto lo permitía la poca luz que arrojaba el día, se vió en medio de un gran cuarto magnífico y suntuosamente alhajado, con muchas molduras de diversos gustos, adornado con muchos jarrones de oro macizo, mamparas y alfombras de seda y terciopelo, y rodeado de damas jóvenes, muchas de las cuales tenían diferentes clases de instrumentos de música, dispuestas a tocarlos, y encantadoras todas por su hermosura; esclavos negros, todos ricamente vestidos, y de pie con la mayor humildad.

Al dirigir la vista hacia la sobrecama, vió que era de brocado de oro con fondo encarnado, realzada de perlas y diamantes; junto a él, un vestido de la misma tela y del mismo adorno, y a su lado, sobre un cojín, un turbante de califa. La vista de tan resplandecientes objetos produjo en Alí asombro y confusión inexplicables. Lo miraba todo como si fuera un sueño.

—¡Bueno!—pensó.—¡Ya estoy convertido en califa! Pero—añadió un poco después recapacitando—¡no nos forjemos ilusiones! Esto es un sueño, efecto del deseo de que hace poco hablaba con mi huésped.

Y volvió a cerrar los ojos como para dormir.

Al mismo tiempo se aproximó un esclavo.

—Comendador de los creyentes—le dijo con el mayor respeto, —no se duerma V. M. Ya es tiempo de levantarse para hacer oración; comienza a amanecer.

...se aproximó un esclavo...

Al oir estas palabras, que le causaron la mayor sorpresa, se preguntó nuevamente:

—¿Estoy despierto, o duermo? ¡Pero estoy durmiendo—se decía aún, teniendo los ojos bien abiertos;—no debo dudarlo!

Un momento después,

—Comendador de los creyentes—repitió el esclavo, al ver que no le respondía ni daba señal alguna de querer levantarse,—Vuestra Majestad llevará a bien que le repita que es tiempo de levantarse, a no ser que quiera dejar pasar el momento de hacer su oración de la mañana. Va a salir el Sol, y V. M. no acostumbra faltar a ella.

¿Estoy despierto, o duermo?

—¿Qué es lo que me pasa?—pensó Alí.—¡No duermo! ¡Los que duermen no oyen, y yo oigo que me hablan!

Volvió a abrir los ojos; y como ya era de día claro, vió con toda precisión lo que sólo había entrevisto confusamente.

Se incorporó con aire risueño, como hombre lleno de júbilo al verse en un estado muy superior a su condición, y el Califa, que le

observaba sin ser visto, penetró su pensamiento con el mayor placer.

Arrodilláronse entonces las damas jóvenes de Palacio con el rostro inclinado hacia el suelo delante de Alí, y las que tenían instrumentos de música le saludaron con un concierto de flautas, cítaras, violines y otros instrumentos armoniosos, de que quedó encantado y como en éxtasis; de manera que no sabía dónde se hallaba, y estaba fuera de sí. Volvió nuevamente a su primera idea, y dudaba aún si todo lo que veía y oía era sueño o realidad. Se puso las manos delante de los ojos, y bajando la cabeza decía para sí:

—¿Qué quiere decir todo esto? ¿Qué palacio es éste? ¿Qué significan estos esclavos, estos oficiales tan lujosos, estas damas tan hermosas y estos músicos que me encantan? ¿Es posible que no pueda distinguir si sueño o si estoy en mis cinco sentidos?

Por fin separó las manos de delante de los ojos, las abrió, y levantando la cabeza, vió que el Sol vibraba ya sus primeros rayos por entre las ventanas del cuarto.

En aquel momento entró el mayordomo de Palacio, que se prosternó profundamente delante de Alí, y le dijo al levantarse:

—Comendador de los creyentes, permítame V. M. que le haga presente que no acostumbra levantarse tan tarde, y que ha dejado pasar el tiempo de hacer su oración. A menos que V. M. haya pasado mala noche y esté indispuesto; ya es la hora de subir a su trono para celebrar Consejo y hacerse ver, según costumbre. Los ministros, los generales de sus ejércitos, los gobernadores de sus provincias y demás altos funcionarios de su corte esperan que se abra la puerta de la sala del Consejo.

Las palabras del Mayordomo persuadieron a Alí de que no dormía y de que el estado en que se hallaba no era un sueño; pero se sintió tan embarazado como confuso sobre el partido que debía tomar. En fin, miró al Mayordomo de reojo, y en tono serio y reposado le dijo:

—¿A quién habláis, señor mayordomo, y quién es la persona a quien llamáis comendador de los creyentes, vos, a quien nunca he visto? Sin duda os equivocáis tomándome por quien no soy.

Acaso a cualquiera otro que al Mayordomo le hubiera desconcertado la pregunta de Alí; pero, instruído por el Califa, desempeñó perfectamente su papel.

—Mi respetable señor y amo—exclamó,—sin duda que Vuestra Majestad habla hoy así por probarme. ¿Quién puede dudar de que es V. M. el comendador de los creyentes, el monarca del mundo, de Oriente a Occidente, y el vicario en la Tierra del Profeta enviado por Dios, dueño de este mundo terrestre y del celeste?

Al oir las palabras del Mayordomo porrumpió Alí en tan terrible carcajada, que se cayó de espaldas sobre la cabecera de la cama, con grande alegría del Califa, que se hubiera reído del mismo modo si no hubiera temido poner fin a la divertida escena que había resuelto proporcionarse.

Después de haber estado bastante rato en esta postura, Alí se incorporó, y dirigiéndose a un esclavo negro,

—Escucha—le dijo:—dime quién soy.

—Señor—respondió el esclavo con aire de sorpresa,—V. M. es el comendador de los creyentes.

—¡Eres un embustero, cara de color de pez!—contestó Alí.

En seguida llamó a una de las damas que estaban más próximas a él.

—Acercaos, hermosa señora—dijo presentándole la mano.—Tomad: mordedme la punta del dedo, para que yo conozca si duermo o estoy despierto.

La dama se acercó a Alí con toda la gravedad posible, y apretando ligeramente entre los dientes la punta del dedo que le había acercado, le hizo sentir ligero dolor.

—¡No duermo!—dijo al punto Alí retirando con prontitud la mano.—¡Ciertamente que no duermo! ¿Por qué milagro, pues, me he convertido en califa en una noche? ¡He aquí la cosa más maravillosa y más singular del mundo!

Inmediatamente le vistieron los ayudas de cámara; y cuando hubieron acabado, como los demás empleados y las damas se habían colocado en dos filas hasta la puerta por donde debía entrar en la sala del Consejo, marchó delante el Mayordomo y le siguió Alí.

Un ujier tiró de la mampara y abrió.

Entró el Mayordomo en la sala del Consejo y anduvo delante de él hasta el pie del trono, donde se detuvo para ayudarle a subir, tomándole por un brazo, al paso que otro oficial que le seguía le ayudaba del mismo modo a subir cogiéndole por el otro.

Sentóse Alí, en medio de las aclamaciones de los ujieres, que

le desearon toda clase de dichas y prosperidades. Dirigiendo la vista a los lados, vió a los oficiales de guardia colocados en fila.

Mientras tanto el Califa, que había salido del gabinete donde estaba oculto en el momento en que Alí había entrado en la sala del Consejo, pasó a otro gabinete que daba vista a la misma sala, desde donde podía ver y oir todo lo que pasaba en el Consejo cuando el Ministro lo presidía en su nombre por impedirle alguna incomodidad asistir en persona.

Lo que desde luego le gustó fué ver que Alí estaba en el trono con tanta gravedad como él mismo.

Apenas tomó asiento Alí, el primer Ministro se prosternó delante de él al pie del trono; luego se levantó, y dirigiéndose a su persona le dijo:

—Comendador de los creyentes, Dios colme a V. M. de sus favores en esta vida, le reciba en la otra, y castigue a sus enemigos,

En vista de lo que le había sucedido desde que se había despertado y de lo que acababa de oir de boca del primer Ministro, ya no dudó Alí que fuese el Califa, como lo había deseado.

Así, sin pararse a examinar cómo o por qué aventura o cambio de fortuna tan poco esperado había sucedido aquello, desde luego tomó el partido de ejercer el poder.

Preguntó también al primer Ministro, mirándole con mayor gravedad, si tenía alguna cosa que decirle.

—Comendador de los creyentes—contestó el Ministro,—los emires, los dignatarios y los demás oficiales que tienen asiento en el Consejo de V. M. están en la puerta, y sólo esperan el momento en que V. M. les dé permiso para entrar y venir a tributarle los acostumbrados respetos.

Alí dijo al punto que se les abriese, y volviéndose el Ministro y dirigiéndose al jefe de los ujieres, que estaba esperando la orden, le dijo:

—Jefe de los ujieres, el Comendador de los creyentes manda que hagáis vuestro deber.

Se abrió la puerta, y entraron en buen orden los emires y principales oficiales de la corte, todos con magníficos trajes de ceremonia; se adelantaron hasta el pie del trono y tributaron sus respetos a Alí, cada uno según su clase, con la rodilla en tierra y la frente sobre la alfombra, como a la misma persona del Califa, y le

saludaron dándole el título de comendador de los creyentes, según la instrucción que el Ministro les había dado, y todos iban ocupando su lugar a medida que desempeñaban aquel deber.

Terminada la ceremonia, y una vez colocados todos, reinó un gran silencio.

Entonces el Ministro, siempre en pie y delante del trono, comenzó a hacer la relación de muchos negocios, según el orden de los papeles que tenía en la mano.

Los negocios eran, a la verdad, ordinarios y de poca consecuencia; mas no por eso dejó Alí de hacerse admirar del mismo Califa.

En efecto; no se cortó, ni pareció embarazado sobre ninguno de ellos. Sobre todos decretó en términos justos, según se lo dictaba el buen sentido.

Antes que el Ministro hubiese acabado su relación divisó Alí al Juez de policía, a quien conocía de vista, sentado en su correspondiente lugar.

—¡Esperad un momento!—dijo al Ministro interrumpiéndole.—Tengo que dar una orden urgente al Juez de policía.

El Juez de policía, que estaba con los ojos fijos en Alí, notó que le miraba con atención, y al oirse nombrar al punto se levantó de su sitio y se aproximó con gravedad al supuesto califa, delante del cual se prosternó con el rostro inclinado al suelo.

—Juez de policía—le dijo Alí después que se hubo levantado,—en el momento y sin perder tiempo, id al barrio del comercio, calle del Rey. En esa calle hay una mezquita, en la cual encontraréis al santón y a cuatro bribones con barba blanca. Apoderados de sus personas, y haced dar a cada uno de los cuatro tunantes cien vergajazos, y doscientos al santón. Después de esto los haréis montar a cada uno en un camello, vestidos de andrajos y con el rostro vuelto hacia la cola del camello: de este modo los haréis pasear por todos los barrios de la ciudad, precedidos por un pregonero que irá diciendo en voz alta:

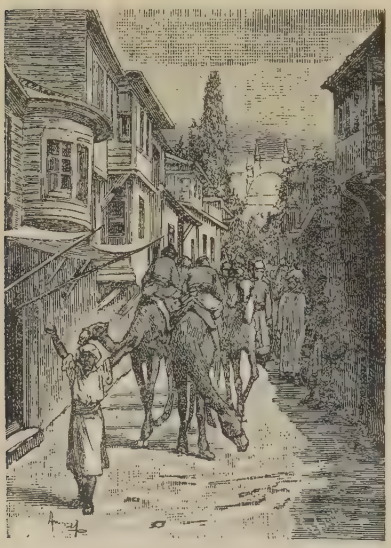
—¡Éste es el castigo de los que se mezclan en negocios que no les importan y se ocupan en introducir la turbación en las familias de sus vecinos y causarles todo el mal que pueden!

Quiero además que los mandéis mudarse de barrio, con prohibición de que jamás pongan el pie en el de que han sido echados.

Mientras vuestro teniente los hace dar el paseo que acabo de ordenar, volveréis a recibir órdenes.

El Juez de policía se puso la mano sobre la cabeza para indicar que iba a ejecutar la que acababa de recibir, bajo la pena de morir si faltaba a ella. Prosternóse por segunda vez delante del trono, y después de haberse levantado, marchó.

Esta orden, dada con tanta firmeza, produjo al califa tanta más sensación, cuanto que conoció por ella que Alí no dejaba pasar un momento sin aprovechar la ocasión de castigar al santón y a los malos vecinos de su barrio, pues era lo primero que había pensado viéndose califa.



...de este modo los haréis pasear...

Mientras tanto el Ministro siguió su relación; y ya estaba para concluirla, cuando el Juez de policía se presentó nuevamente para dar cuenta de su comisión.

Acercóse al trono, y después de la ceremonia ordinaria de prosternarse,

—Comendador de los creyentes—dijo a Alí,—he encontrado al santón y a cuatro bribones en la mezquita que V. M. me ha indicado. En prueba de que he desempeñado fielmente la orden, he aquí la sumaria, firmada por muchos testigos de los principales del barrio.

Al mismo tiempo sacó un papel del seno y se lo presentó al supuesto califa.

Tomó Alí la sumaria y la leyó toda ella, sin dejar los nombres de los testigos, gentes todas conocidas por él.

—¡Bien está!—dijo al Juez de policía sonriendo cuando hubo acabado.—Estoy contento, y me habéis dejado satisfecho. Volved a vuestro sitio.

Alí se dirigió en seguida al Ministro, y le dijo:

—Haced que os dé el tesorero general una bolsa con mil mo-

nedas de oro y llevadla al mismo barrio a que he enviado al Juez de policía, entregándola a la madre de un tal Alí, por sobrenombre *el Derrochador*. Es un hombre conocido en todo el barrio por ese nombre: cualquiera os enseñará su casa.. Partid, y volved luego.

Después de haberse prosternado delante del trono el Ministro salió y fué a casa del tesorero general, que le entregó la bolsa.

Hizo que la tomase uno de los esclavos que le seguían, y fué a llevarla a la madre de Alí, a la cual dijo, sin entrar en más explicaciones, que el Califa le enviaba aquel regalo.

... fué a llevarlo a la madre de Alí...

Fácil es comprender la sorpresa y el júbilo de la excelente señora, que no podía sospechar la causa de semejante liberalidad.

Mientras tanto Alí siguió desempeñando su papel de Califa con la mayor corrección, y resuelto a no sorprenderse de nada.

Llegada la hora de comer, le sirvieron la comida en un salón lujosísimo siete damas de primoro— sa belleza, que no consintieron en sentarse apesar de sus instancias, y que le dieron las mayores pruebas de respeto.

Al terminar la comida le presentaron una palangana de oro, una jarra del mismo metal y agua perfumada para que se lavase las manos, y mientras tomaba el café, una banda de música le embelesó con sus acordes.

Después de la comida durmió la siesta hasta que el Sol empezó a mitigar sus ardores, y luego tomó un baño en un elegantísimo departamento.

Seguido siempre de su comitiva, recorrió las habitaciones de Palacio, que le encantaron por su magnificencia, y al anochecer penetró en un salón muy suntuoso iluminado por siete grandes arañas de oro, y en el cual se ostentaba una hermosa mesa cubier-

ta con siete fuentes de oro llenas de pastelillos, dulces secos y delicados fiambres, apropósito para excitar el apetito.

Púsose a comer, servido siempre por las bellísimas damas, a las cuales obedecían muchos esclavos negros, y no hay para qué decir que si el almuerzo había sido espléndido, la comida fué superior a cuanto pudiera descarse.

...recorrió las habitaciones de Palacio...

Alí preguntó a las siete damas su nombre, y vió con gusto que correspondían a la belleza de todas. Una se llamaba *Ramillete de flores;* otra, *Estrella de la mañana;* otra, *Luz del día;* otra, *Luna llena;* otra, *Sol de estío;* otra, *Aurora celeste,* y la última, *Rosa de cien hojas.*

Todas le sirvieron exquisitos vinos, que él bebió a la salud de las siete; pero la última le colocó disimuladamente en el vaso de oro en que bebía unos polvos narcóticos; de modo que apenas hubo apurado Alí el exquisito licor al son de armoniosas músicas, quedó profundamente dormido.

...quedó profundamente dormido.

El Califa, que había pasado durante el día muy buenos ratos con aquella broma, mandó inmediatamente que despojaran a Alí de sus regias vestiduras para ponerle el traje que llevaba en su casa, e hizo que le trasportasen a ésta y le colocaran en el sofá.

Fácil es de suponer el estupor que sintió Alí al despertar en su casa.

En vano llamó por sus nombres a las siete damas: sólo consiguió que su madre le creyera loco, sobre todo cuando vió que se empeñaba en demostrarle que era el Califa, y no su hijo.

Las razones de la madre acabaron por hacer fuerza en su ánimo, y creyó que todas aquellas escenas de Palacio habían sido un sueño; pero al decirle la buena mujer que el día anterior habian dado doscientos vergajazos al santón del barrio y ciento a cada uno de los que formaban su tertulia, y que a ella le habían regalado de parte del Califa una gran suma de oro, volvieron a confundirse las ideas del pobre Alí, e insistió en decir a grandes voces que él era el Califa.

Acudieron los vecinos; y como seguía afirmando aquel disparate, el cadí, o alcalde de barrio, le hizo dar cien azotes y le encerró en una casa de locos, donde estuvo dos meses atormentado por los médicos, que no le dejaron en paz hasta que le hicieron declarar que no era el Comendador de los creyentes ni cosa parecida.

Entonces le pusieron en libertad, y salió de allí flaco, desmejorado y con el cuerpo lleno de cardenales, pero no convencido; pues, a pesar de todo, no acababa de persuadirse de que aquello hubiera sido un sueño. Sin embargo, poco a poco volvió a su antiguo género de vida.

El Califa, que se había enterado de todo lo ocurrido, y aun se había reído algo a costa del pobre Alí, llegó a compadecerle, y se propuso premiar sus sufrimientos.

Al efecto volvió a disfrazarse y se presentó en casa de Alí, que quedó asombrado al verle. Dijo el Califa que aquella noche iba a convidarse a cenar, pues conservaba excelentes recuerdos de la hospitalidad que le había dado algunas semanas antes. Al principio Alí se negaba a dejar entrar en su casa a aquel desconocido, tanto por no faltar a su juramento, cuanto porque le creía algún hechicero autor de su encanto. Sin embargo, al fin cedió, y después de contar al Califa lo que llamaba su sueño y encomiarle la hermosura de las damas que le habían servido, sobre todo de *Ramillete de flores,* habló con él largo rato.

Viendo el Califa que era más de media noche, volvió a echar

disimuladamente el narcótico en la taza de Alí, y previno a dos esclavos que había llevado para que hiciesen lo mismo que la otra vez.

Apenas hubo bebido Alí su taza llena, cuando se apoderó de sus sentidos una profunda modorra, como las otras dos veces, y de nuevo quedó el Califa árbitro de su suerte.

Los esclavos tomaron a Alí, y cuando hubieron llegado al palacio del Califa, éste hizo que le acostasen en un sofá en el cuarto salón de donde le había hecho llevar a su casa amodorrado y dormido la vez anterior.

Ocurrió lo que la vez anterior.

Antes de acostarle mandó que le vistiesen el mismo traje que le habían puesto por su orden para hacerle representar el papel de califa, lo que se ejecutó en su presencia; en seguida mandó a todos que fueran a acostarse, y encargó al jefe y demás empleados de su cuarto, a los músicos y a las mismas damas que se habían hallado en el salón cuando había bebido el último vaso de vino que le había producido el letargo, que estuviesen allí sin falta al día siguiente al amanecer cuando despertase, recomendando a todos que desempeñaran bien su papel, no olvidando ninguna de las instrucciones que habían recibido.

Ocurrió lo que la vez anterior. Un esclavo despertó a Alí acercándole a la nariz una esponja con vinagre aromatizado.

En aquel momento siete coros de músicos mezclaron sus voces encantadoras con el son de los violines, de las flautas y otros instrumentos, y comenzaron un concierto muy agradable.

Grande fué la sorpresa de Alí al oir una música tan armoniosa, y aumentó considerablemente cuando al abrir los ojos vió a las damas y oficiales que le rodeaban, y que él creyó reconcer.

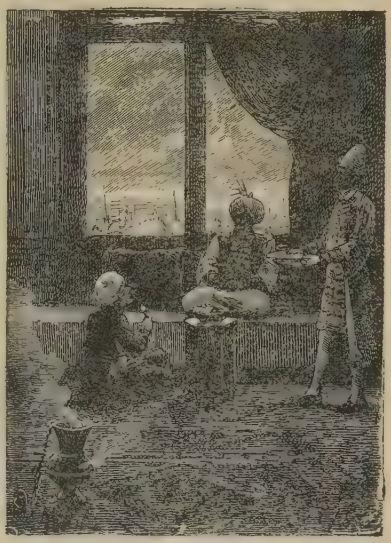
El salón donde se hallaba le pareció el mismo que había visto en

su primer sueño, y también echaba de ver la misma iluminación, los mismos muebles e iguales adornos.

Hizo un alto la música a fin de dar lugar al Califa de observar el continente de su nuevo huésped y cuanto pudiera decir en su sorpresa.

Las damas, el mayordomo y todos los empleados del cuarto del Califa permanecieron cada uno en su sitio con el mayor respeto.

—¡Ay!—exclamó Alí mordiéndose los dedos y en tono tan alto que el Califa lo oyó con el mayor placer.—¡Ya he caído en la misma



...le convidó a almorzar con él...

...hizo ir a la hermosa joven...

ilusión que hace dos meses! ¡Ya puedo disponerme otra vez a sufrir los vergajazos en el hospital de los locos y estar encerrado en la jaula de hierro! ¡Dios Omnipotente — añadió, — me encomiendo a vuestra divina Providencia! ¡Aquel pícaro brujo que recibí en mi casa ayer noche es la causa de esta ilusión y de las penas que van a sobrevenirme!

Al oir esto el Califa no pudo menos de soltar una carcajada.

Alí fijó entonces la mirada en la celosía, y al ver asomado al que había juzgado comerciante, lo comprendió todo; y sin reparar

que estaba en calzoncillos, saltó de la cama y se arrodilló en medio de la habitación.

Aquella escena hizo reir más y más, no sólo al Califa, sino a los cortesanos, hasta que el Califa, penetrando en la habitación, hizo levantar a Alí, le abrazó, le hizo vestir un magnífico traje, y le convidó a almorzar con él.

Terminado el banquete, hizo que el tesorero entregase a Alí diez mil monedas de oro, y le preguntó si quería casarse con *Ramillete de flores;* y como Alí contestase que sería para él una gran dicha, hizo ir a la hermosa joven, que acogió con placer su proposición, y anunció que sería padrino de aquella boda, que, en efecto, se celebró pocos días después con gran pompa.

Alí obtuvo un alto cargo, llegó a ser ministro del Califa, y vivió muchos años tranquilo y feliz con su madre y su esposa, que era tan discreta y amable como bella.

CUENTO XVI

EL CIEGO POR SU CULPA

Un príncipe salió una tarde a pasear con su primer ministro por la ciudad capital de sus Estados. Al atravesar una calle de extramuros se les presentó pidiendo limosna un ciego de edad avanzada, al cual dió el Monarca una moneda de oro.

Al tomar la moneda, el ciego le detuvo diciéndole:

—Señor, quienquiera que seáis, ya que Dios os ha inspirado para que hagáis esta obra de caridad, no me neguéis otro favor, que es darme un bofetón. Merezco este castigo y aun otro mayor.

Al acabar de decir èstas palabras soltó la mano del Rey, que tenía cogida, para que pudiera darle lo que le suplicaba; pero, temiendo que se fuese, le cogió de la ropa.

—Buen hombre—le dijo el Monarca,—no puedo concederte lo que me pides: me guardaré muy bien de quitar el mérito a la limosna que acabo de hacerte, accediendo a tu súplica.

Diciendo esto se esforzaba por desasirse del mendigo.

Éste, que sin duda esperaba la resistencia de su bienhechor, no le dejó partir, y continuó:

—Perdonad mi atrevimiento e inoportunidad; pero os suplico que me deis el bofetón, o de lo contrario, os devuelvo vuestra limosna. No puedo recibirla sino de este modo, so pena de faltar

a una promesa que he hecho a Dios. Si conocieseis el motivo, convendríais conmigo en que este castigo es muy leve.

El Rey cedió por fin a las exigencias del ciego, rozándole tan sólo la cara con la punta de los dedos, y continuó su marcha con el Ministro, seguido por las bendiciones que el ciego le prodigaba.

Seguido por las bendiciones que el ciego le prodigaba...

Apenas anduvieron unos cuantos pasos, dijo el primero:

—Es preciso que un motivo de gran importancia obligue a ese ciego a conducirse de semejante modo con los que le favorecen. Me alegraría de saberlo; conque así, volvámonos a preguntarle.

Volvieron atrás hasta encontrar de nuevo al ciego, a quien dijo el Ministro:

—Buen hombre, el Rey, que es quien antes te socorrió, y que está aquí, desea que le refieras el motivo que te ha impulsado a hacer semejante promesa: en la inteligencia de que, según sean las causas que me manifiestes, permitirá o no que sigas ejerciendo un oficio que da tan malos ejemplos. Así, pues, nada ocultes, porque el Rey quiere saberlo todo, todo absolutamente.

El ciego se puso de rodillas ante el Rey, y después de levantarse por mandato del Monarca, habló así el mendigo:

—Señor, nací en Persia, y heredé una regular fortuna por la

muerte, casi seguida, de mis padres. Aunque de pocos años, no me conduje como hubiera hecho otro joven cualquiera de mi edad, disipando mis bienes; al contrario, hice cuanto pude para aumentar mi capital e industria por medio del trabajo, y llegué a reunir hasta ochenta camellos de mi pertenencia, los cuales cedía en alquiler a los mercaderes de las caravanas, y esos alquileres me producían fuertes sumas cada viaje.

"Cierto día, veniendo de la India con mis camellos, adonde había ido con cargas de mercancías, los dejé para que pastasen en un sitio retirado, cuando un peregrino se acercó adonde yo me hallaba, y se sentó a mi lado a fin de tomar algún descanso. Le pregunté de dónde venía y adónde iba; él me hizo las mismas preguntas, y luego que hubimos satisfecho nuestra curiosidad, reunimos nuestras provisiones y comimos juntos.

"Cuando concluímos de hacer nuestra comida, y después de hablar de diferentes cosas, me dijo el peregrino que a cierta distancia del sitio donde nos hallábamos había escondido un tesoro, con el cual podía cargar de oro y piedras preciosas a mis ochenta camellos sin que se notase en él falta alguna.

"Esta nueva me sorprendió, causándome mucho contento. No creí al peregrino capaz de engañarme, y le dije:

"—Buen peregrino, por vuestro estado sé que tenéis poco apego a los bienes terrenales; ¿de qué, pues, os serviría ese tesoro? Vos solo no podríais llevaros gran cosa: enseñadme dónde se halla, y cargaré mis ochenta camellos, de los cuales os regalaré uno en recompensa del beneficio que me habéis hecho.

"El peregrino, que advirtió mi extraordinaria codicia, no se escandalizó de la poco razonable oferta que acababa de hacerle.

"—Hermano—me dijo,—la proposición que me hacéis no es proporcionada al servicio que exigís de mí. Yo pudiera no haberos descubierto este secreto; pero al comunicároslo os he dado una prueba de que deseo hacer vuestra fortuna y la mía.

"Decís que tenéis ochenta camellos. Pues bien; iremos con ellos donde se halla el tesoro, los cargaremos con todo el oro y pedrería que puedan sostener, con la condición de que cada uno nos llevaremos la mitad, después de lo cual nos iremos adonde nos parezca. Creo que la proposición no puede ser más equitativa, porque si bien es verdad que vos me dais cuarenta camellos, tam-

bién es cierto que yo os proporciono un medio de poder comprar cien mil.

"Yo no dejaba de conocer que lo que me proponía el peregrino era justo; pero no teniendo en cuenta las grandes riquezas que podía adquirir por aquel medio, sólo atendí a la pérdida de la mitad de mis camellos, sobre todo cuando consideraba que el peregrino había de quedar tan rico como yo. Sin embargo, era preciso que aceptase la condición, o que me resolviese a arrepentirme toda mi vida de haber perdido la ocasión de adquirir una fortuna inmensa.

"Acepté, pues; reuní mis camellos, y emprendimos juntos el camino. Después de andar algún tiempo llegamos a un valle cuya entrada era tan estrecha, que mis camellos tuvieron que pasar de uno en uno. Las dos montañas que formaban aquel valle eran tan altas, escarpadas e intransitables, que no había miedo de que alguien pudiera decubrirnos.

"Cuando estuvimos entre aquellas dos montañas me dijo el peregrino:

"—Haced pasar a vuestros camellos, y ponedlos de modo que podamos cargar más fácilmente; así que hagáis esto entraremos en el lugar donde se encierra el tesoro.

"Hice lo que el peregrino me había dicho, y me reuní con él en seguida. Le encontré juntando un poco de leña seca para encender fuego, en el cual arrojó un perfume, diciendo algunas palabras cuyo sentido no comprendí, y se levantó una espesa humareda. Disipóse ésta, y en el acto descubrimos una puerta de dos hojas, abierta en la misma roca con admirable artificio.

"Aquella abertura nos dejó ver en la profundidad de la roca un palacio que no parecía ser obra humana, pues no era creíble que ningún hombre pudiera ni aun pensar en obra tan maravillosa y sorprendente.

"Entonces, sin admirar siquiera las infinitas riquezas que veía por todas partes, y sin pararme a contemplar el orden con que estaban arreglados tan preciosos tesoros, caí como el águila sobre su presa sobre la primera vasija que vi llena de monedas de oro, y empecé a echar en un saco, de que iba provisto, cuantas podía llevar.

"El peregrino no se ocupaba por su parte en llenar los sacos,

pues advertí que le agradaba más la pedrería; y como me dijese por qué lo tomaba éste con preferencia al oro, seguí su ejemplo, por lo cual llevamos más cantidad de piedras preciosas que de oro. Por último, después de llenos nuestros sacos, los cargamos en los camellos.

"Antes de cerrar de nuevo la puerta el peregrino entró en la gruta. Observé que sacó de un jarrón una cajita y se la guardó, después de haberme enseñado una especie de pomada que había en ella. El peregrino volvió a cerrar la puerta, y la roca me pareció tan entera como antes.

...llena de monedas de oro...

"Distribuímos nuestros camellos, me puse a la cabeza de los cuarenta que me pertenecían, y el peregrino a la de los otros cuarenta que yo le había cedido.

"Salimos del valle por donde habíamos entrado, y fuimos juntos hasta el camino real, donde debíamos separarnos. Le di gracias por el beneficio que me había hecho, nos abrazamos, y después de habernos despedido una y mil veces nos apartamos uno de otro.

"Apenas anduve unos cuantos pasos para alcanzar a mis camellos, que seguían marchando, cuando la envidia se apoderó de mi corazón, y empecé a sentir la pérdida de mis cuarenta camellos y de las riquezas de que estaban cargados. "El peregrino—decía yo—

no necesita de todas estas riquezas, porque, siendo dueño de los tesoros, puede tener cuantas quiera.„

"Por lo tanto, me decidí a arrebatarle los camellos y cargas que se llevaba.

"Hice parar a mis camellos y eché a correr en busca del peregrino, dándole voces para que me esperarse. Al oirme detuvo sus camellos y me aguardó en medio del camino.

"Una vez a su lado, le dije:

"—Al separarnos hace un momento he reflexionado que sois un hombre acostumbrado a vivir tranquilo, ajeno a las cosas del mundo: ignoráis, por tanto, el trabajo que os habéis impuesto al encargaros de la conducción de esos camellos. Si queréis seguir mi consejo, no debéis llevar más que treinta, y aun con ésos será difícil vuestra tarea.

—"Tenéis razón—contestó el peregrino:—no había pensado en ello. Elegid los diez que más os plazcan, y lleváoslos en paz y en gracia de Dios.

"Separé diez, y los encaminé hacia donde se hallaban los míos. No creí haber hallado tanta docilidad en el peregrino, y esto aumentó mi codicia, por lo cual supuse que con la misma facilidad podría obtener otros diez; así fué que, en vez de darle las gracias por el presente que acababa de hacerme, volví a decirle:

"—Es tan grande el interés que me tomo por vos, que no puedo resolverme a dejaros sin haceros presente la gran dificultad que ofrece el manejo de treinta camellos. Más cuenta os tendría cederme otros diez, sin que os figuréis que al haceros esta observación me mueva el interés, sino únicamente el deso de seros útil: dejad el cargo de otros diez camellos a un hombre como yo, a quien lo mismo le cuesta manejar ciento que uno.

"El peregrino me cedió otros diez camellos sin la menor resistencia, por manera que sólo le quedaban ya veinte, al paso que yo era dueño de sesenta, cuyo valor excedia a las riquezas de muchos soberanos.

"Lejos de contentarme con esto, y alentado por la facilidad con que lo había alcanzado, semejante a un hidrópico que cuanto más bebe más sed tiene, sentí deseos de adquirir los veinte camellos que le restaban.

"Redoblé mis instancias y mis súplicas para que me cediese

otros diez de los veinte que le quedaban, y consintió gustoso; en vista de lo cual, no titubeé en pedirle los diez restantes.

"—Servíos bien de esas riquezas, hermano—me dijo,—y acordaos de que Dios puede disponer de ellas como nos las ha dado, si no las empleamos en socorrer a los pobres.

"Ocurrióseme la idea de que la cajita de pomada que guardó el peregrino podía valer más que todas mis riquezas, y que por eso me había cedido tan fácilmente su parte. El sitio de donde la ha tomado—decía yo—y el empeño que tuvo en apoderarse de ella me hacen creer que esto oculta algún misterio; así es que me dispuse a hacerme dueño de la cajita. Acababa de darle un abrazo de despedida, cuando me volví hacia él y le dije:

"—¿Qué queréis hacer con la cajita de pomada? Es cosa tan insignificante, que no vale la pena de que os quedéis con ella. Así como así, un peregrino como vos, que ha renunciado a las vanidades mundanas, no necesita pomada.

"Lejos de rehusármela, como esperaba, el peregrino la sacó y me la ofreció con la mayor afabilidad.

"—Ahí la tenéis, hermano mío: ved si puedo hacer algo más por vos—me dijo.

"Así que tuve la caja en las manos, la abrí, y le dije:

"—Ya que sois tan complaciente, os suplico que me digáis cuál es el uso de esta pomada.

"—Si os aplicáis un poco de ella sobre el ojo izquierdo, veréis los tesoros que hay ocultos en el seno de la Tierra; pero si os la ponéis sobre el derecho, os quedaréis irremediablemente ciego.

"—Tomad la caja—le dije,—y aplicadme la pomada sobre el ojo izquierdo: vos entenderéis eso mejor que yo. ¡Estoy impaciente por saber una cosa que me parece increíble!

"El peregrino se apresuró a complacerme, y habiéndome hecho cerrar el ojo izquierdo, me aplicó la pomada. Una vez hecho esto, me quedé sorprendido al ver tantos tesoros de tan distintas riquezas, que me sería imposible describirlos. Pero como era preciso que tuviera el ojo derecho tapado con la mano, y esto me fatigaba, supliqué al peregrino que me aplicase la pomada igualmente sobre este ojo.

"—Debo recordaros—me contestó el peregrino—que poniéndo-

doos la pomada sobre el ojo derecho quedaréis ciego al instante, pues tal es la virtud de este específico.

"—Hermano mío—le repliqué, creyendo que me engañaba,—no parece natural que esta pomada cause dos efectos tan contrarios.

"Tomad la caja — le dije..."

"—Os ruego—me contestó él peregrino—que me creáis, pues nunca falto a la verdad.

"No lo creí, a pesar de sus protestas. El deseo de recrearme contemplando todos los tesoros de la Tierra me impedía escuchar sus consejos, y no me persuadía de que aquello fuera cierto.

"En el estado en que me hallaba, me figuré que si aquella pomada aplicada sobre el ojo izquierdo tenía la virtud de hacerme ver todos los tesoros de la Tierra, tal vez aplicándola sobre el derecho podría tenerlos a mi disposición. Aferrado a esta idea, obligué al peregrino a que me la aplicase sobre el ojo derecho, a lo que él se opuso constantemente, diciéndome:

"—Después de haberos hecho, hermano mío, un beneficio tan grande, no puedo resolverme a causaros un mal mucho mayor. Pensad lo triste que es verse privado de la vista, y no me pongáis en la necesidad de complaceros.

"Hermano—le repliqué,—dejad a un lado todas esas dificultades, y concededme el último favor que os pido.

"El peregrino se resistió aún cuanto pudo; pero como viese que estaba dispuesto a que me complaciera a la fuerza, me dijo:

"—Voy a obedeceros, ya que así lo queréis.

"Tomó un poco de la pomada, y me la aplicó sobre el ojo derecho, que yo había cerrado; pero, ¡ay!, cuando lo abrí, estaba completamente ciego.

"—¡Fatal curiosidad!—exclamé.—¡Insaciable deseo de riquezas! ¿En qué abismo tan insondable de desventuras me has sumergido? Querido hermano—exclamé dirigiéndome al peregrino, —tan caritativo como sois, ¿no conocéis algún medio para volverme la vista?

—¡Infeliz!—me contestó.—Es verdad que poseo secretos, pero ninguno para volverte la vista. Dirígete a Dios: sólo Él puede darte lo que has perdido. Te había dado riquezas, de la que eras indigno, y te las ha quitado para dárselas por mi mano a otros menos desagradecidos que tú.

"Nada más habló el peregrino, y después de haber reunido mis ochenta camellos, prosiguió su marcha dejándome solo.

"Todas mis súplicas fueron vanas: el peregrino siguió su camino sin escucharme. En aquella situación, privado de la vista y de cuanto poseía en la Tierra, hubiera muerto de hambre y de dolor si una caravana no me hubiese recogido por caridad y conducídome a esta población.

"De ser igual a un príncipe en riquezas y en magnificencia, me vi reducido a la mendicidad, y, no teniendo recursos, me fué preciso pedir limosna. Pero a fin de expiar mi falta, me he impuesto el castigo de no recibir una limosna si no va acompañada de un bofetón.,,

El Rey entonces se compadeció de aquel desdichado, le señaló una pensión con la cual pudiera vivir sin mendigar su sustento, y le dió habitación en su palacio para que concluyera tranquilo el resto de sus días.

CUENTO XVII

LA FORTUNA DE UN CORDELERO

VIVÍAN en Túnez dos amigos, llamado el uno Saad y el otro Saadi. Saad pertenecía a esa clase de seres que viven contentos y dichosos con su suerte; y aunque Saadi era mucho más rico que él, no obstante, su amistad era sincera, y el más acomodado no se consideraba superior al otro. Tan sólo diferían sus opiniones en un punto, y era en el modo de adquirir las riquezas, pues mientras Saadi decía que el dinero sólo se adquiere con dinero, Saad opinaba que el dinero no siempre da la fortuna ni hace ricos a los hombres. Suponía Saadi que los pobres lo eran porque habían nacido en la pobreza, o porque, habiendo nacido ricos, habían perdido sus bienes, ya por desarreglo, o ya por alguna desgracia.

—Mi parecer—decía en cierta ocasión a su amigo—es que los pobres sólo lo son en cuanto no pueden juntar una cantidad suficiente para librarse de la miseria, empleando su industria en hacerla producir; y estoy persuadido de que si llegando a adquirir esa suma por cualquier concepto hicieran de ella el uso conveniente, llegarían a ser, no sólo ricos, sino hasta opulentos.

Saad le contestó:

—El medio que indicas para hacer que un pobre haga su fortuna no me parece tan seguro como crees; y estás tan equivocado, que me sería facilísimo alegar en contra razones que te convencerían. Creo que un pobre puede llegar a ser rico por cualquier otro medio lícito que no sea dándole dinero, pues por casualidad suele adquirirse algunas veces una fortuna mayor y más maravillosa que con él, por mucha que sea la economía con que se la maneje para multiplicarla por medio del comercio.

Saad le contestó:

—Saad — contestó Saadi,—ya veo que nada podré conseguir de ti; y a fin de convencerte, quiero hacer la experiencia dando la cantidad que me parezca bastante a uno de esos artesanos pobres que al cabo del día apenas ganan el necesario sustento, y mueren tan desnudos como nacieron. Si por este medio no consigo mi intento, veremos si tú lo consigues del modo que has manifestado.

Algunos días después de esta polémica los dos amigos pasaron por la calle en que trabajaba en su oficio de cordelero un pobre hombre llamado Hassán.

Acordándose Saad al verle de la apuesta de Saadi, le dijo:

—Si no has olvidado lo que me indicaste días pasados, he aquí un hombre—añadió señalándole—a quien hace mucho tiempo veo ejercer el oficio de cordelero, y siempre en el mismo estado de pobreza. Es digno de tu liberalidad, y muy apropósito para hacer la experiencia que intentas.

—Me acuerdo tanto de lo que tenemos apostado — respondió Saadi,—que llevo conmigo la cantidad destinada para este fin: sólo aguardaba la ocasión de que estando nos dos juntos fueses testigo de mi regalo. Lleguémonos a él, y sepamos si verdaderamente lo necesita.

..trabajaba en su oficio de cordelero...

Se dirigieron hacia el cordelero los dos amigos, y después de haberle saludado ambos le preguntaron cómo se llamaba.

—Señores—les dijo,—mi nombre es Hassán, y con motivo de mi profesión me conocen vulgarmente por Hassán el cordelero.

Hassán — replicó Saadi,— como no hay oficio alguno que ejercido honradamente no dé de comer a su dueño, no dudo que el vuestro os producirá lo bastante para vivir cómodamente; pero me admira que, haciendo tanto tiempo que lo ejercéis, no tengáis algún ahorro ni hayáis hecho una buena provisión de cáñamo para engrandecer vuestra industria.

—Señor—les contestó,—dejaréis de admiraros cuando sepáis

que trabajando desde por la mañana hasta la noche apenas me produce lo necesario para sostenerme y mantener a mi familia con pan y algunas legumbres. Tengo mujer y cinco hijos, ninguno de los cuales puede aún ayudarme. Aunque el cáñamo no está muy caro, se necesita dinero para comprarlo, y el que me produce la venta lo necesito para comer. Juzgad, señor —añadió,—si me será posible hacer acopios para vivir con más comodidad. Es preciso contentarnos con lo poco que Dios nos da, y que su Divina Majestad nos quite el deseo de lo que nos hace falta; pero al fin no echamos de menos lo que no disfrutamos cuando para vivir tenemos lo que estamos acostumbrados a tener y no nos hallamos en la necesidad de pedir a nadie nada.

—Señores—les dijo,—mi nombre es Hassán...

Así que concluyó esta relación, le dijo Saadi:

—Hassán, comprendo las razones que os obligan a estar contento con vuestro estado; pero si yo os regalase una bolsa con doscientas monedas de oro, ¿no haríais buen uso de ellas y llegaríais en corto plazo de tiempo a ser tan rico, a lo menos, como los principales de vuestra profesión?

—Señor—le contestó,—me parece que no queréis burlaros de mí, y que la oferta que me hacéis es cierta; por lo tanto, me atrevo

a aseguraros que una cantidad mucho menor me bastaría, no sólo para igualarme con los principales de mi profesión, sino para llegar dentro de poco a ser más rico por mí solo que todos los de esta ciudad juntos, a pesar de lo grande y poblada que es.

Inmediatamente Saadi, sacando un bolsillo y poniéndolo en manos de Hassán, le dijo:

—Tomad; aquí tenéis una bolsa. En ella encontraréis las doscientas monedas de oro. Dios os dé su bendición, y os conceda la gracia de hacer de ellas el buen uso que deseo. Creed que mi amigo Saad y yo nos alegraremos muchísimo cuando sepamos que han servido para haceros más dichoso de lo que sois.

Guardó Hassán la bolsa, y fué tal su alegría y su reconocimiento, que, faltándole las palabras, no hizo a su bienhechor otra demostración que cogerle la punta del vestido y besársela; pero él la retiró al instante, y prosiguió su camino con su amigo.

Hassán volvió a su trabajo cuando los amigos se alejaron, y su primer cuidado fué ver dónde pondría la bolsa de modo que estuviera segura, pues en su pequeña y pobre casa no había cofre, armario u otro sitio cerrado en que poder guardarla.

Esta idea le hizo estar un rato sin saber qué hacerse; pero como acostumbraba guardar el dinero en los pliegues del turbante, dejó el trabajo, y volvió a entrar en su casa con pretexto de limpiarlo. Tomó tan bien sus precauciones, que, sin haberlo notado su familia, sacó de la bolsa diez monedas, que separó para los gastos más urgentes, y envolvió el resto en los pliegues del lienzo con que estaba forrado aquél.

Compró una buena provisión de cáñamo; y como hacía mucho tiempo que no había entrado carne en su casa, fué a la carnicería y compró la necesaria para comer.

Al volver llevaba la carne en la mano, cuando un milano hambriento, sin darle tiempo, se arrojó sobre ella, y se la hubiera arrancado de la mano a no haberla tenido bien agarrada. Pero ¡cuánto mejor hubiera sido dejársela llevar! Cuanto mayor era su resistencia, tantos más esfuerzos hacía el pájaro por llevarse la carne; y sosteniéndose en el aire sin soltarla, hacía al cordelero moverse de un lado para otro, de tal modo que al infeliz se le cayó al suelo el turbante.

El milano, soltando la carne, se arrojó sobre él, y se lo llevó en-

tre las garras. Entonces Hassán empezó a dar gritos tan espantosos y penetrantes, que todas las gentes del barrio se alarmaron y salieron de sus casas, uniendo a los lamentos del cordelero los suyos, procurando por este medio hacer soltar al ave su presa, pues así es como algunas veces aquellos pájaros suelen abandonarla. Pero en aquella ocasión, en vez de asustarse el milano con los gritos, se llevó el turbante tan lejos, que a poco se le perdió de vista.

...más esfuerzos hacia el pájaro...

Volvió Hassán a su casa sumamente triste por haber perdido el dinero con el turbante; y habiéndole sido preciso comprar otro, disminuyó con este gasto la cantidad que había reservado; de modo que con lo que ya había invertido en la compra de aquél, la del cáñamo y la de la carne, no le quedaba suficiente dinero para ver cumplidas las esperanzas que había concebido.

Pero lo que más le mortificaba era la idea de lo que respondería a su bienhechor cuando éste le preguntase, pues la historia del turbante más parecía fábula que realidad.

Mientas duró el poco dinero que le había quedado, lo pasaron menos mal él y su familia; pero pronto volvieron los malos días, y con ellos las recriminaciones consiguientes por su falta de previsión.

Sin embargo, no por eso se desesperó, sino que, por el contrario, solía decirse en los momentos de más apuro:

—Dios ha querido experimentarme poniendo a mi alcance medios para hacerme rico cuando menos lo esperaba. Si casi al mismo tiempo me los ha quitado, disponiendo de lo suyo, bendito sea Él; y pues me ha favorecido con sus bondades, hágase su voluntad.

...su mujer estaba inconsolable...

En cambio, su mujer, a quien no pudo ocultar la pérdida experimentada, estaba inconsolable. También se le había escapado decir a sus vecinos que juntamente con el turbante había perdido una bolsa con ciento noventa monedas de oro; pero como sabían su pobreza y no podían presumir que con su trabajo hubiese ganado tan gran suma, se reían de él hasta los muchachos.

Seis meses después los dos amigos pasaron por las inmediaciones del barrio en que vivía Hassán, y acordándose del cordelero, dijo Saad a su amigo:

—Supuesto que estamos cerca de la calle donde vive Hassán, pasemos por su casa, y veamos si el dinero que le diste ha contribuído a ponerle en camino de hacer fortuna.

—¡Muy bien!—respondió Saadi.—Justamente hace pocos días

que pensaba en él. Vas a verle completamente trasformado, y creo que aun nos costará trabajo reconocerle.

Volviéronse los dos amigos, y cuando entraban en la calle donde vivía el cordelero, Saad vió a éste y dijo a su amigo:

—Me parece que no ha dado resultado tu experiencia, porque veo a Hassán tan pobre como antes. La única diferencia que noto es que su turbante no es tan viejo. ¡Veamos si me engaño!

Al acercarse conoció Saadi que Saad tenía razón; y no sabiendo a qué atribuirlo, se quedó tan confuso, que, aun después de haber llegado, tuvo Saad que decirle:

—Y bien, Hassán; excusamos preguntaros cómo van los negocios. Suponemos que irán bien, y que las doscientas monedas de oro deben haber contribuído a ello.

—Señores—respondió,—mucho siento verme en la precisión de deciros que vuestros deseos, vuestros propósitos y vuestras esperanzas, del mismo modo que las mías, no han tenido el resultado que esperaban y yo me había prometido. Conozco que os será difícil dar crédito a la extraordinaria aventura que me ha sucedido; pero a fe de hombre de bien os aseguro que es muy cierto lo que voy a referiros.—Y les contó la aventura del milano.

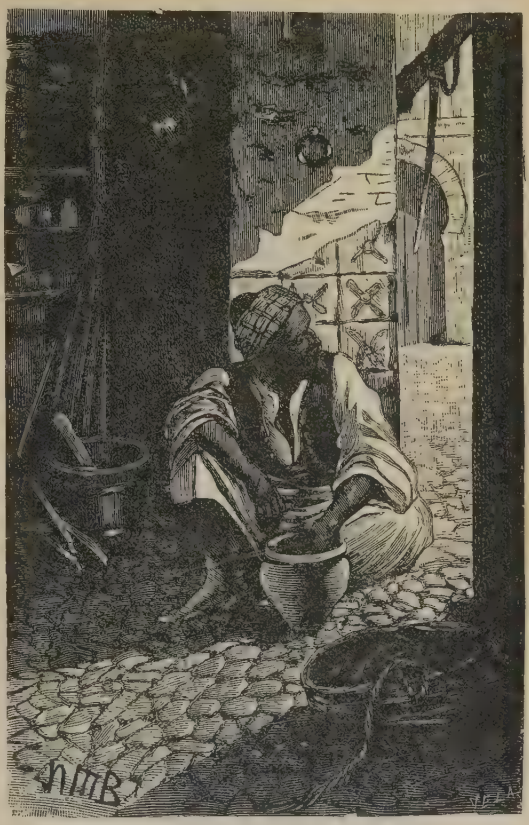
No queriendo Saadi darle crédito, le dijo:

—Hassán, estáis burlándoos de mí, y sin duda pensáis engañarme. Los milanos no roban turbantes ni otra cosa que aquellas con que puedan saciar su hambre. Supongo que habéis hecho lo que otros muchos cuando se les proporcionan medios de hacer fortuna; habréis abandonado el trabajo, os habréis divertido, regalado y comido bien mientras duró el dinero, y después de haberlo consumido todo os encontráis en la misma escasez y con las mismas necesidades que antes. Sois pobres porque lo merecéis, y os hacéis indignos de los beneficios que os dispensan.

—Señor—le contestó,—sufro todas esas reconvenciones y sufriré cuantas me hagáis, por grandes que sean; pero las sufro con tanta más paciencia, cuanto que no las merezco. La aventura es tan pública en todo el barrio, que cualquiera de los vecinos puede dar fe de ella; preguntadlo vos mismo, y veréis cómo no trato de engañaros. Confieso que nunca había oído decir que los milanos robasen turbantes; pero lo cierto es que así ha sucedido, del mismo

modo que acontecen todos los días otras muchas cosas verdaderamente extraordinarias.

Saad se puso de parte del cordelero, y refirió a su amigo tantas ocurrencias de estos pájaros, y todas tan maravillosas, que por fin Saadi sacó un bolsillo, y dió otras doscientas monedas de oro al cordelero.



...en el fondo de una pequeña tinaja...

—Hassán—le dijo Saadi, — procurad guardar ese dinero de modo que no lo perdáis como el otro.

Contestó que su reconocimiento por aquel favor era tanto mayor, cuanto que no lo merecía después de lo que había sucedido, y que tendría presentes sus advertencias a fin de aprovecharse de sus consejos.

Cuando se despidieron, entró en su casa; y no encontrando en ella a su mujer ni a sus hijos, separó, como la vez primera, diez monedas, y envolvió las ciento noventa restantes en un lienzo con muchos nudos. Después de haber reflexionado dónde lo guardaría, se le ocurrió ponerlo en el fondo de una pequeña tinaja llena de salvado que estaba en un rincón del cuarto, y se marchó luego a hacer las compras que creyó necesarias. De allí a poco llegó la mujer. Mientras el cordelero estuvo fuera de su casa pasó por la calle un hombre que vendía tierra de quitar manchas; y como la mujer la necesitaba,

llamó al vendedor, al cual ofreció en cambio el salvado. Conformes los dos en el trueque, el hombre se llevó el tiesto, y la mujer se quedó con la tierra.

Volvió el cordelero, seguido de cinco mozos cargados de cáñamo, de que llenó un camaranchón que había desocupado en el cuarto, pagó el porte, y cuando se hubieron marchado aquéllos, dirigió la vista hacia el lado donde estaba la vasija, y la echó de menos.

...empezó a lamentarse...

No es posible explicar la sorpresa que experimentó ni lo que por el pasó en aquel momento. Preguntó a su mujer qué había hecho de ella, y la mujer le contó el cambio como una cosa en que creía haber ganado mucho.

—¡Infeliz!—exclamó.—¡Nos has perdido, y me has dejado sin recursos! ¡Tú creíste dar sólo salvado, y con él has entregado al vendedor ciento noventa monedas de oro que acababan de regalarme!

Poco faltó para que la mujer se volviese loca. Cuando supo la falta que había cometido, empezó a lamentarse, arrancándose los cabellos y desgarrando sus vestidos.

—¡Desventurada de mi!—exclamó.—¿Merezco vivir después de haber cometido tan grave falta? ¿Dónde encontraré ahora al ven-

dedor de esta tierra, que tan cara me ha costado? ¡Yo no le conozco, ni ha pasado por esta calle más que una sola vez! ¡Ah, esposo mío! ¡Tuya es la culpa! ¿Por qué me has ocultado lo que no tenías necesidad de callar?

—Mujer—le contestó,—cálmate y reflexionna que llamas la atención de todo el vecindario con tus lamentos. No hay necesidad de que los vecinos se enteren de nuestras desgracias, pues, lejos de tomar interés en ellas o consolarnos, se burlarían de nosotros. Lo que más nos conviene hacer en este caso es disimular la pérdida, sufrirla con paciencia y someternos a la voluntad de Dios. Bendigámosle, porque de las doscientas monedas que nos había dado sólo nos ha quitado ciento noventa, dejándonos otras diez, que, con el destino que acabo de darles, no dejarán de proporcionarnos algún alivio.

Aunque sus razones eran muy atendibles, su mujer no se hallaba en estado de conocerlo, hasta que el tiempo, que calma los mayores males, la hizo olvidar su desgracia.

—Es cierto que vivimos pobremente—le decía el cordelero;—pero ¿qué poseen los ricos que no tengamos nosotros? ¿No respiramos el mismo aire? ¿No compartimos la misma luz y el mismo sol? Las comodidades de que disfrutan pudieran hacernos envidiar su dicha si al cabo no muriesen como nosotros. Bien reflexionado, es tan pequeña la diferencia, que no vale la pena de pensar en ella.

El cordelero continuó su trabajo con tanta tranquilidad como si no hubiese experimentado dos pérdidas de tanta consideración, y sufrió con paciencia su pobreza.

Lo único que le ponía en cuidado era la idea de lo que respondería a Saadi cuando fuera a pedirle cuenta del destino que había dado a su dinero y de los progresos de su fortuna, pues en tal caso no hallaba más remedio que soportar la vergüenza que pasaría, apesar de que esta segunda vez, lo mismo que la primera, en nada había contribuido por su culpa a aquel infortunio.

Mucho tiempo tardaron los dos amigos en visitar al cordelero para conocer el estado en que se encontraba, pues aunque Saad se lo había insinuado muchas veces a Saadi, éste se negaba, diciéndole:

—Cuanto más tiempo tardemos, tanto más rico será Hassán, y

tanto mayor, por consiguiente, mi satisfacción al ver que no han sido en vano los beneficios que en virtud de nuestra apuesta me he determinado a hacerle.

No siendo Saad de este parecer en cuanto al efecto producido por la liberalidad de su amigo, le decía:

—¿Acaso crees que tu regalo ha sido mejor empleado por Hassán en esta ocasión que en la primera? Te aconsejo que no cantes victoria tan pronto, para que no sea tan grande la mortificación si, como espero, ha sucedido lo contrario. De seguro le habrá ocurrido otro percance.

—Pero no todos los días sucede—replicaba Saadi—que un milano se lleve un turbante; y pues que Hassán está prevenido, es natural que haya tomado sus precauciones para que no le ocurra por segunda vez.

—No lo dudo—respondió Saad;—pero puede haber sucedido alguna otra cosa que no podemos imaginar ni tú ni yo. Así, pues, te aconsejo de nuevo que no creas más en la felicidad de Hassán ni en su desdicha. A decirte lo que pienso y lo que siempre he pensado, aunque juzgue infundada mi persuasión, tengo cierto presentimiento de que no has de acertar, y yo sí, a demostrar que un pobre puede llegar a ser rico, más que con el dinero, de otro modo cualquiera.

Uno de los días que salieron de paseo los dos amigos se dirigieron, cuestionando como siempre, a casa de Hassán. Éste los vió llegar, y pensó en abandonar su trabajo y esconderse para no presentarse ante ellos. Sin embargo, pensándolo mejor, los esperó trabajando, fingiendo que no los había visto, y no apartó los ojos del cáñamo hasta que le saludaron. Correspondió a su cortesía, y sin mirarlos les refirió la última desgracia con todas sus circunstancias, haciéndoles comprender por qué razón se encontraba tan pobre como la primera vez que le vieron.

Así que acabó su relato añadió:

—Ya sé que puede objetársenie que debía haber escondido las ciento noventa monedas de oro en otro sitio cualquiera que no fuese una vasija de salvado que habían de llevarse de mi casa aquel mismo día; pero hacía ya muchos años que estaba en aquel rincón destinada para aquel uso, pues cuando mi mujer vendía salvado a medida que iba llenándose, quedaba siempre la vasija. ¿Podía yo

adivinar que aquel día había de pasar un vendedor de tierra, que mi mujer se encontraría sin dinero, y que había de hacer con él el trueque referido? Me diréis que debía habérselo prevenido; pero estoy persuadido de que sois bastante sensatos, y que no me aconsejaríais que lo hiciese. Y por lo que hace a ocultar el dinero en otra parte, ¿qué certeza podía tener de que en ella estaría más seguro?

... se dirigieron a casa de Hasán.

—Señor — dijo dirigiéndose a Saadi.— Dios no ha querido que vuestra liberalidad sirviese para enriquecerme, por uno de sus incomprensibles decretos que no debemos tratar de averiguar. Parece ser su voluntad que yo sea pobre; pero, a pesar de todo, no dejo de profesaros el mismo agradecimiento que si vuestra generosidad hubiera producido los efectos que apetecíais.

—Hassán—respondió Saadi,—aunque quisiera persuadirme de que es cierto cuanto acabáis de decirnos y de que no lo hacéis por ocultar vuestros desarreglos o vuestra mala vida y costumbres, me libraría muy bien de seguir adelante en una experiencia capaz de arruinarme. No siento la pérdida de las cuatrocientas monedas de que me he privado para sacaros de la miseria, porque lo he hecho por amor de Dios, y sin esperar más recompensa que el placer de haberos hecho un bene-

ficio: si alguna cosa hay capaz de hacerme arrepentir, es únicamente el haberme dirigido a vos con preferencia a otro cualquiera, que tal vez se hubiera aprovechado mejor.

Al acabar estas palabras se volvió a su amigo, y le dijo:

—Saad, ya comprenderás por lo que acabo de decir que no estoy del todo convencido. Sin embargo, puedes hacer la experiencia que me propones tanto tiempo hace: dame a conocer que hay otros medios distintos del dinero para enriquecer a un pobre del modo que yo entiendo y tú también entiendes; pero no busques otra persona que Hassán, pues, sea el que fuere el recurso que le des, creo que nunca será mejor que el haberle regalado cuatrocientas monedas de oro.

Saad tenía en la mano un pedazo de plomo, y enseñándoselo a Saadi, le dijo:

—Ya has visto que lo he cogido del suelo: pues voy a dárselo a Hassán, y verás lo que le vale.

Saadi dió una carcajada burlándose de su amigo.

—¡Un pedazo de plomo!—exclamó.—Y eso ¿qué puede valer, ni qué hará Hassán con ello?

Saad le presentó el plomo, y le dijo:

—Dejad reir a Saadi, y tomadlo, que algún día nos daréis noticias de la fortuna que os ha traído.

Hassán creyó que Saad se chanceaba y sólo trataba de divertirse a costa de su amigo; pero apesar de esto recibió el plomo, dándole gracias, y lo puso entre los pliegues de su vestido. Después ambos amigos se marcharon, y él prosiguió su trabajo.

Llegó la noche. Al desnudarse el cordelero cayó al suelo el plomo, del cual no había vuelto a acordarse, y, habiéndole cogido, le puso en un rincón.

Al mismo tiempo sucedió que un pescador vecino suyo, al componer las redes, notó que le faltaba un pedazo de plomo y que no tenía otro con qué reemplazarle, ni era ya hora de ir a comprarlo, porque todas las tiendas estaban cerradas; y como le era preciso ir a la pesca dos horas antes que amaneciese para ganar el sustento de su familia, contó a su mujer lo que le pasaba, y la envió a buscar el plomo por toda la vecindad. La mujer fué a pedirlo de puerta en puerta; pero, no encontrándolo, dió cuenta a su marido

del mal resultado de su excursión, y éste le preguntó si había estado en casa de Hassán.

—No he llegado a ella—respondió,—porque está muy lejos, y porque creo que no lo hubiera encontrado, pues los pobres carecen de todo.

—No importa—respondió el pescador:—es menester que vayas allá, pues aunque hayas estado cien veces sin encontrar lo que ibas a buscar, pudiera suceder que ahora tuvieran el plomo que necesito.

...llamó a la puerta de Hassán...

La mujer del pescador salió gruñendo, y llamó a la puerta de Hassán cuando ya hacía rato que éste estaba durmiendo; pero se despertó, y preguntó quién era.

—Hassán—le dijo la pobre mujer,—mi marido necesita un plomo para componer la red: si lo tenéis, haced el favor de dármelo.

Tenía el cordelero tan presente la ocurrencia del pedazo de plomo, que, no habiendo podido olvidarla, le respondió que aguardara un instante, que su mujer se lo daría.

La mujer de Hassán, que también se había despertado, se levantó, buscó a tientas el plomo en el sitio donde le dijo su marido que lo encontraría, abrió la puerta, y se lo dió a la vecina, la cual, contenta con no haber hecho el viaje en balde, dijo a la mujer:

—Vecina, es tan grande el favor que nos hacéis a mi marido y a mí, que os ofrezco toda la pesca que éste recoja de la primera vez que tienda la red mañana.

Contento el pescador con haber encontrado el plomo que le faltaba, aprobó la promesa que su mujer había hecho, acabó de componer la red, y se fué a la pesca dos horas antes de amanecer, según costumbre. La primera vez que echó la red sacó un pez como de media vara de largo; las demás veces que tendió aquélla sacó otros muchos peces; pero entre todos ellos no había uno siquiera que se aproximase en magnitud al primero.

Así que hubo acabado la pesca y volvió a su casa, lo primero que hizo fué cumplir su palabra; y, ciertamente, el cordelero se quedó admirado al verle llegar cargado con aquel pez.

—Vecino—le dijo el pescador,—mi mujer os prometió anoche la primera pesca que yo recogiese, en recompensa del favor que nos hicisteis; pero Dios no ha querido que sacase más que este pez, que espero recibiréis, en la seguridad de que si hubiera sacado la red llena, toda la pesca sería para vos de igual modo. Os ruego que le toméis como si fuese de mayor valor, en gracia a la buena voluntad con que os lo ofrezco.

—Vecino—le contestó,—el pedazo de plomo que os envié anoche no merece que le estiméis en tanto. Los vecinos deben socorrerse en sus necesidades, y he hecho por vos lo que podía esperar de vos mismo en otra ocasión semejante. Por esa razón me negaría a recibir vuestro regalo, si no temiese ofenderos no aceptándolo: lo admito, pues, ya que os empeñáis en ello, y no puedo menos de daros las gracias.

Marchóse el pescador a vender la pesca, y el cordelero llevó el pez a su mujer, diciéndole:

—El vecino acaba de hacerme este regalo como muestra de gratidud por el pedazo de plomo que envió a buscar anoche: esto es lo único que sacaremos del presente que me hizo Saad prometiéndome la fortuna.

Al ver la mujer un pez tan grande le dijo:

—¿Qué quieres que hagamos de él? Nuestra sartén es tan pequeña, que sólo sirve para freir los peces chiquitos, y no tenemos ninguna cazuela para hacerle cocer.

—Eso es negocio tuyo—le respondió:—componlo como me-

jor te parezca. Asado o cocido, de todos modos me gustará.

Al limpiar el pez sacó la mujer del vientre un grueso diamante, que le pareció un pedazo de vidrio, aun después de limpio, pues aunque había oído hablar de diamantes, o no los había visto ni manejado, o conocía muy poco esta clase de piedras; y así, se lo dió al hijo más pequeño para que jugara con sus hermanos, los cuales, queriendo tenerle y admirarle unos después de otros, iban pasándolo de mano en mano para admirar su brillo y su belleza.

... el cordelero llevó el pez a su mujer ...

Cuando por la noche se encendió la lampara continuaron los chicos sus juegos, y cediéndose respectivamente el diamante para verlo despacio uno después de otro, notaron que daba luz a medida que la madre les ocultaba la del candil con los movimientos que hacía para acabar de componer la cena, y esto los obligaba a quitárselo unos a otros para hacer la experiencia; pero los pequeños lloraban cuando los mayores no les dejaban tenerlo todo el tiempo que ellos querían, y para acallarlos tenían necesidad de cedérselo. Como cualquier futesa divierte a los niños u ocasiona entre ellos una disputa, cosa que sucede con frecuencia, ni la mujer ni el marido pararon la atención en la causa del estrépito y la gritería con que los aturdían. Cesaron, en fin, cuando se pusieron a cenar.

Después de la cena volvieron a juntarse los niños, empezaron la fiesta que antes, y entonces, queriendo el padre saber sus disputas, llamó al mayor, y le preguntó la causa por que hacían tanto ruido. Respondió que consistía en que aquel vidrio alumbraba cuando le miraban de espaldas a la luz. Hizo que se lo llevasen, y se convenció de que sus hijos decían verdad, lo cual, pareciéndole una cosa muy extraordinaria, le llevó a preguntar a su mujer si sabía qué era aquello.

—Eso—le dijo—es un pedazo de vidrio que he sacado esta mañana del vientre del pescado que nos regaló el vecino.

Queriendo apurar aún más la experiencia hecha por sus hijos, dijo a su mujer que escondiera el candil en la chimenea.

—He aquí—exclamó—otra ventaja que nos proporciona el regalo de Saad, haciéndonos ahorrar aceite.

Cuando vieron los chicos que el vidrio suplía la falta de la luz, dieron tales gritos de admiración, que resonaron en toda la vecindad. El padre y la madre aumentaron el ruido queriendo hacerlos callar; pero no pudieron conseguirlo hasta que se quedaron dormidos, después de haber estado largo rato admirando la prodigiosa luz que daba el vidrio. Por fin se acostaron todos, y al día siguiente muy temprano, sin pensar en tal ocurrencia, se puso a trabajar el cordelero. No es extraño que sucediera esto a un hombre que nunca había visto diamantes ni conocía su valor.

Al lado de la casa de Hassán, y sin más separación que un endeble tabique, vivía un judío muy rico y diamantista de profesión. El cuarto en que dormían él y su mujer correspondía cabalmente a la alcoba en que dormía el matrimonio; de modo que, no habiendo podido dormir la noche pasada por la gritería de los niños, al día siguiente fué la mujer en nombre de su marido y en el suyo a quejarse de ques les habían interrumpido el sueño.

Para satisfacerla le dijo la esposa:

—Mi querida Raquel (que así se llamaba), siento mucho haberos incomodado, y os pido mil perdones; pero ya sabéis lo que son los niños: cualquiera cosa les hace reir o llorar indiferentemente. Entrad, y os enseñaré el motivo de vuestras quejas y de la algazara de anoche.

La judía entró, con efecto, y la cordelera le presentó el vidrio, que era un diamante de extraordinaria rareza.

—Esta piedra que veis ha sido la causa de todo el ruido.

Mientras que la judía examinaba el diamante con admiración, la mujer le refirió de qué modo la había encontrado en el vientre del pez, y todo lo que después había sucedido.

Así que acabó, le dijo la judía devolviéndole el diamante:

—Aisnack, creo, en efecto, que es un pedazo de vidrio; pero como es más bonito que el vidrio regular y tengo otro semejante, con el cual me adorno algunas veces, si queréis vendérmelo, os lo compraré para que sirva de compañero al que ya tengo.

...fué la mujer a quejarse...

Los niños, que oyeron que se trataba de vender su juguete, interrumpieron la conversación y rogaron a la madre que se lo guardase, oponiéndose a la venta de tal modo, que para apaciguarlos tuvo necesidad de prometérselo así.

Salió la judía; pero antes de separarse de la cordelera, que le había acompañado hasta la puerta, le rogó que en el caso de tratar de vender aquel vidrio, no lo hiciera sin avisarla.

El diamantista había salido muy de mañana a su tienda, y a ella fué inmediatamente su mujer a buscarle, dándole parte del descubrimiento que acababa de hacer, de la magnitud y peso del dia-

mante, de su brillo, y sobre todo de la singularidad que tenía de alumbrar por la noche.

Apenas la hubo escuchado su esposo, la hizo volver a la cordelería para que, contratando la compra, fuese ofreciendo primero muy poco, aumentado después a proporción de las dificultades que encontrase, y concluyendo, en fin, la contrata a cualquier precio.

Efectivamente; según la orden de su marido, la judía habló a la cordelera, y sin aguardar a que se determinase a venderlo, le ofreció por él veinte medallas; pero aunque aquélla creyó que esta cantidad era considerable, no se atrevió a resolver, y le dijo que no podía escucharla sin hablar antes con su esposo.

Entretanto acabó este su trabajo, y al entrar en el cuarto vió que las dos mujeres estaban hablando. Tan pronto como le vieron le llamó Aisnack, y le preguntó si consentía en vender el vidrio en veinte monedas de oro, que ofrecía por él la judía.

Acordóse Hassán entonces de la seguridad con que le prometió Saad que el pedazo de plomo había de hacer su fortuna, y guardó silencio un rato. Esto mismo fué causa de que la judía, atribuyendo el silencio a desprecio de su oferta, le dijese:

—Vecino, os daré por el vidrio cincuenta monedas. ¿Estáis contento?

Apenas vió que desde veinte medallas había ofrecido tan pronto hasta cincuenta, le dijo que estaba muy distante del precio en que quería vender la alhaja.

—Vecino—replicó,—tomad por ella cien monedas, aunque es demasiado y no sé si mi marido consentirá.

El cordelero, arriesgándose sin saber, le dijo que quería por el diamante cien mil medallas de oro, pues aunque conocía que valía más, para satisfacer su deseo y el de su mujer se limitaba a pedir aquella cantidad, de la cual nada rebajaría, puesto que si rehusaban darla, había diamantistas que le darían más.

La misma compradora hizo luego comprender al cordelero, por el anhelo con que quería concluir el contrato, llegando a ofrecer hasta cincuenta mil monedas, que debía rehusar e insistir en su petición.

—No puedo ofrecer más—dijo la judía—sin el consentimiento de mi marido; pero supuesto que él viene pronto, os pido por

favor que aguardéis a que vea el diamante y que con nadie os comprometáis a venderlo.

Así lo prometió el cordelero, y la vecina se retiró muy contenta.

Cuando el judío volvió a su casa supo por su mujer que nada había conseguido, a pesar de haber ofrecido cincuenta mil medallas. Aguardó a que Hassán dejara el trabajo, y al ir a entrar en la casa se llegó a él y le dijo:

—Vecino, haced el favor de enseñarme el diamante que no habéis querido vender a mi mujer.

Hassán le hizo entrar y se lo enseñó; pero como había ya bastante oscuridad y aún no estaba encendido el candil, desde luego conoció el diamante por la luz que arrojaba y por su extremado brillo. Lo tomó, y después de haberlo examinado largo rato sin cesar de admirarlo,

—Y bien, vecino—dijo;—mi mujer me ha dicho que os ha ofrecido cincuenta mil monedas de oro, y para que veáis que quiero dejaros contento, os ofrezco veinte mil más.

—Vecino—le contestó,—también os habrá dicho vuestra esposa que quiero por él cien mil. O me las dais, o me quedo con el diamante: aquí no hay otro remedio.

El judío estuvo regateando un buen rato, con la esperanza de que se lo daría por algo menos; pero no habiendo podido conseguirlo, y temiendo, por otra parte, que lo vendiese a otro de su profesión, se vió precisado a concluir la compra en el precio pedido. Dijo al cordelero que no tenía en su casa las cien mil monedas; pero que dentro de las primeras veinticuatro horas le llevaría toda la cantidad, dejándole en prenda aquella misma tarde dos talegos de a mil monedas cada uno.

Al día siguiente entregó al cordelero el resto de la cantidad convenida, y en su consecuencia se llevó el diamante.

Concluída la venta, y encontrándose infinitamente más rico de lo que podía esperar, dió gracias a Dios, y hubiera ido a arrojarse a los pies de Saad para manifestarle su reconocimiento, a no haber ignorado dónde vivía.

Inmediatamente empezó a pensar en el destino que había de dar a una cantidad tan considerable. Su mujer, llena de vanidad, le propuso comprar ricos vestidos para ella y sus hijos, y asimismo

una casa que habían de amueblar ostentosamente; pero el cordelero le contestó:

—Esposa mía, no son ésos los gastos por donde debemos principiar. Déjalo a mi cuidado, y con el tiempo tendrás todo lo que deseas; pues aunque el dinero sólo se ha hecho para gastarlo, es preciso invertirlo de modo que produzca algo con que se puedan satisfacer las necesidades sin que se agote, y eso es cabalmente lo que pienso hacer desde mañana mismo.

...entregó al cordelero el resto de la cantidad...

Al día siguiente fué a ver a todos los cordeleros que, según lo que se podía conocer, se hallaban casi en la misma situación que hasta entonces había él tenido, y dándoles dinero anticipado, hizo que trabajasen por su cuenta diferentes obras de cordelería, según la habilidad y facultades de cada uno, con firme promesa de ser exacto en el pago de su trabajo a medida que fuesen entregándole la obra. Se dedicó a hacer que trabajasen también por su cuenta los preparadores de cáñamo, y desde entonces cuanta cordelería se vendió en Bagdad era hecha por los oficiales de Hassán, muy contentos por la exactitud con que éste les pagaba.

Como este gran número de operarios debía producir obra proporcionada, estableció almacenes en distintos lugares, y en cada

uno de ellos puso un comisionado, tanto para recibirla como para venderla por mayor y por menor; por este medio adquirió rentas considerables.

En seguida trató de reunir en un solo sitio todos los almacenes, y para ello compró una gran casa que ocupaba mucho terreno, pero que amenzaba ruina. La hizo derribar, y construyó otra que, aunque por fuera tenía mucha apariencia, sin embargo, sólo se componía de almacenes, todos ellos necesarios, y de las habitaciones indispensables para él y su familia.

Ya hacía algún tiempo que Hassán había abandonado su antigua y pequeña casa para establecerse en la nueva, cuando Saadi y Saad se acordaron del cordelero. Una tarde que salieron a paseo fueron a buscarle. Admirados de no encontarle en su acostumbrado trabajo, preguntaron qué era de él. Creció su admiración al saber que aquel por quien preguntaban era un famoso comerciante que había hecho edificar en una calle, cuyas señas le dieron, una gran casa con todas las apariencias de un palacio.

Fueron los dos amigos a buscarle, y en el camino, no pudiendo Saadi figurarse que el pedazo de plomo regalado por Saad fuera la causa de tan rápida y extraordinaria fortuna, le decía:

—Experimento un completo placer por haber labrado la felicidad de Hassán; pero no puedo aprobar que para sacarme cuatrocientas monedas en lugar de doscientas que pensé darle, me engañase dos veces; porque ni yo ni nadie podrá atribuir su fortuna al pedazo de plomo que le diste.

—No sé por qué razón haces a Hassán la injusticia de suponerle embustero. Estoy persuadido de que nos ha dicho la verdad, de que en nada ha pensado menos que en disfrazarla, y de que el pedazo de plomo que le regalé es la única causa de su felicidad. El mismo Hassán nos sacará pronto de la duda.

Hablando de esta manera llegaron los dos amigos a la calle en que vivía el antiguo cordelero; preguntaron cuál era su casa, y cuando se la mostraron, apenas pudieron creer que fuese aquélla. Llamaron a la puerta, y abrió un esclavo.

Temiendo Saadi cometer algún error si aquel edificio pertenecía a otro dueño, dijo al portero:

—Nos han asegurado que vive aquí Cogia Hassán: haz el favor de decirnos si estamos equivocados.

—No, señor; no os han engañado—respondió el portero abriendo la puerta:—aquí vive. Entrad y pasad a la sala, donde encontraréis alguno de sus esclavos que os anuncie.

Hizo Hassán que pasaran, y apenas los vió, se levantó de su asiento y fué corriendo a cogerles el vestido para besárselo; pero se lo impidieron, y le obligaron a que se dejara abrazar. Los invitó a sentarse en el sitio más preferente, sentóse él, y les dijo:

...se levantó de su asiento...

—Señores, no he olvidado que soy el pobre Hassán el cordelero; y aun cuando fuese más y no os debiese los respetos que os debo, conozco lo que merecéis, y así, os suplico que me honréis descansando en esta casa, que es vuestra.

Sentáronse en el lugar que les había indicado, y él se colocó frente a ellos.

Entonces Saadi tomó la palabra, y le dijo:

—Hassán, no puedo pintaros la alegría que me da veros, poco más o menos, en la situación que yo apetecía cuando os regalé las doscientas monedas, así la primera como la segunda vez; y estoy persuadido de que ambas cantidades han producido en vos la maravillosa mudanza que noto con placer. Una sola cosa me da pena, y es que por dos veces ocultarais la verdad alegando pérdidas y

contratiempos que me han parecido y aún me parecen fabulosos. ¿Consistirá quizás eso en que cuando os vi la última vez se hallaban poco adelantados vuestros negocios y tuvisteis vergüenza de confesármelo? Estoy persuadido de que es así, y sólo espero que confirméis mi opinión.

Saad escuchó impaciente el discurso de su amigo, por no decir indignado; sin embargo, le dejó hablar hasta el fin sin interrumpirle, y así que acabó le dijo:

—Perdona, Saadi, si antes que Hassán te manifiesto la extrañeza que me causa tu tenacidad en no dar crédito a las seguridades que te ha dado antes de ahora. Ya te he dicho, y lo repito, que desde luego he creído verídica la relación de los dos accidentes; y apesar de cuanto digas, estoy en la firme persuasión de que éstos han sido ciertos. Pero por lo que él mismo diga veremos quién de nos dos le hace más justicia.

Entonces, tomando Hassán la palabra, les dijo:

—Señores, me condenaría a perpetuo silencio si no estuviera seguro de que la disputa que sostenéis por lo que respecta a mi fortuna no es capaz de romper los fuertes lazos de amistad que os unen; pero, pues os empeñáis en ello, voy a explicarme, previniéndoos de antemano que mi relación será tan sincera como lo han sido las anteriores.

Y acto seguido les refirió lo ocurrido, punto por punto y sin olvidar la más leve circunstancia.

Semejantes razonamientos y la sencilla y verídica relación de lo acaecido no convencieron a Saadi, pues así que acabó Hassán le dijo:

—La aventura del pez y del diamante encontrado en su vientre me parece tan poco creíble como el robo del turbante por un milano y el trueque de la vasija de salvado por la tierra de quitar manchas. Pero, sea lo que fuere, lo cierto es que ya no sois pobre; y como mi intención fué siempre que lo consiguieseis, experimento gran placer en ver logrado mi intento.

Como ya era tarde, se levantaron para despedirse; pero Hassán los detuvo diciéndoles:

—Señores, tengo que pediros una gracia: consiste en que me dispenséis el honor de sentaros a mi mesa, y haciendo noche en mi casa, os conduzca mañana embarcados a una casita de campo. Volveremos el mismo día por tierra a caballo.

—Si Saad no tiene alguna ocupación precisa—respondió Saadi, —por mi parte no tengo inconveniente.

—Ni yo tampoco—respondió Saad;—pero será necesario advertir en nuestras casas que nos vamos de excursión, para que no nos aguarden.

Inmediatamente llamó Hassán a un esclavo, y mientras ellos le dieron el recado dictó las disposiciones necesarias para la cena.

...llamó Hassán a un esclavo...

Mientras ésta se preparaba enseñó la casa a sus huéspedes, a los cuales les pareció muy hermosa. Después los condujo a la sala, y habiéndole hecho los dos amigos muchas preguntas relativas al pormenor de su comercio, les respondió con tal precisión, que quedaron satisfechos de la conducta y felices disposiciones de su favorecido.

Cuando anunciaron que estaba preparada la cena pasaron a otra sala, donde estaba puesta la mesa, cuya limpieza y elegancia agradaron a los huéspedes, así como la iluminación de la pieza, la buena disposición de ésta, y sobre todo los manjares servidos, que les gustaron muchísimo.

También fueron obsequiados durante la cena con un concierto y otras diversiones, pues el cordelero procuraba darles a conocer en cuanto le era posible su gratitud y reconocimiento.

Al día siguiente por la mañana muy temprano, antes de salir el Sol, se embarcaron en una lancha muy bien adornada que tenía dispuesta el cordelero, y en menos de hora y media de navegación llegaron a la casa de campo de Cogia Hassán.

Saltaron a tierra, y los dos amigos se pararon a considerar la belleza de aquella finca, su ventajosa situación y sus excelentes vistas; les enseñó Hassán las habitaciones de la casa, que los huéspedes calificaron de admirables.

Después pasaron al jardín, donde lo que más les agradó fué un gran bosque de naranjos y limoneros cargados de frutas y flores que embalsamaban el aire, plantados de modo que formaban calles perfectamente alineadas, y regados con el agua del río por medio de un canalillo que había entre árbol y árbol. Aquel sitio sombrío y fresco en medio de los ardientes rayos de un Sol abrasador, el dulce murmullo del agua, el trino armonioso de infinidad de pajarillos, y otra multitud de cosas agradables, les gustaron de tal modo, que a cada momento se paraban para darle la enhorabuena por aquella adquisición.

Fueron hasta el fin de aquella selva, que era muy grande, y allí les hizo ver otro bosque de árboles grandes con que terminaba el jardín; los condujo a un cenador formado con palmeras de tal modo que no impedían la vista por ningún lado y recibía sombras por todas partes, y los hizo sentarse en un sofá de césped que había dentro de él.

Dos hijos de Hassán que había enviado a la casa de campo hacía algún tiempo con su preceptor para que convalecieran de una enfermedad, se separaron de los huéspedes para entrar en el bosque. Su diversión favorita era coger nidos de pájaros; y como percibieran uno entre las ramas de un árbol muy elevado, al momento intentaron alcanzarlo. Pero, careciendo de la fuerza y habilidad necesarias para ejecutarlo, dijeron a un esclavo que los acompañaba que les alcanzase el nido y les diese los pajaritos.

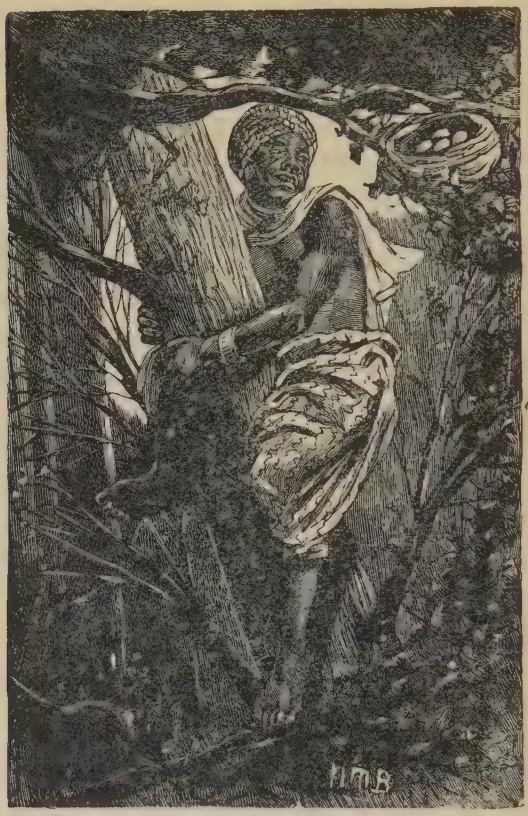
Subió al árbol el esclavo, y cuando llegó al nido se quedó admirado de ver que estaba hecho en un turbante. Lo cogió tal como estaba, bajó, y se lo enseñó a los niños; pero como presumió que por la novedad se alegrarían su amo y los huéspedes de ver un nido tan raro, se lo dió al hijo mayor para que se lo enseñara.

Desde lejos los vió el cordelero ir hacia él con la alegría natu-

ral de los muchachos cuando encuentran algo raro, y le hicieron ver el hallazgo, diciéndole:

—¡Padre mío, ved qué nido hay en este turbante!

Saadi y Saad se quedaron admirados con aquella novedad; pero aún quedó Hassán más atónito al reconocer el turbante que le había quitado el milano. En medio de su admiración, y después de haberlo examinado y mirado bien por todas partes, exclamó:



Se subió al árbol el esclavo...

—Señores, ¿recordáis el turbante que llevaba puesto el día que me disteis las primeras doscientas monedas? ¡Pues es éste!

—Creo—respondió Saad—que ni Saadi ni yo podemos acordarnos de eso; pero no nos sería posible dudar si estuviesen escondidas en él las ciento noventa monedas.

—Señor—replicó Hassán,—no dudéis que es el mismo, pues, además de que lo reconozco muy bien, por su peso juzgo que no puede ser otro.

—No pongo en duda vuestro dicho—contestó Saadi; pero quedaría más convencido si encontrase en él las ciento noventa monedas de oro.

—Señor—replicó el cordelero,—os suplico que tengáis en cuenta que este turbante debe de hacer mucho tiempo que se en-

cuentra en el árbol, y que el estado en que le halláis y el nido hecho en él son pruebas evidentes de que, probablemente, permanecen aquel sitio desde el día en que me fué arrebatado. No llevéis a mal que os haga notar estas circunstancias, pues tengo interés en manifestaros que no hay fraude por mi parte en esta aventura.

Saad apoyó sus reflexiones diciendo:

—Saadi, sólo a vos toca examinar si se hallan dentro las monedas, pues por mi parte estoy bien persuadido de que Cogia Hassán no es capaz de engañarnos.

En tanto que decía esto Saad, quitó Hassán la tela en que estaba envuelto el turbante; y habiendo sacado el bolsillo, no pudo menos Saadi de confesar que era el mismo que le había dado; lo vació delante de ellos sobre el césped, y les dijo:

—Aquí tenéis, señores, las monedas de oro: contadlas, y ved si falta alguna.

Saadi las contó, y no pudiendo ya negar una verdad tan manifiesta, le dijo:

—Convengo en que esta cantidad no ha contribuído a labrar vuestra fortuna; pero estoy persuadido de que las otras ciento noventa monedas que, según habéis dicho, ocultasteis en la vasija del salvado, habrán servido para enriqueceros.

—Señor—le respondió,—del mismo modo que os he dicho la verdad respecto de esta primera suma, es verdadera la relación que os he hecho de la segunda; y no creo que intentaréis obligarme a deciros una falsedad por complaceros.

—Hassán—le dijo entonces Saad,—dejad a Saadi en su opinión, pues yo consiento con gusto que viva en la seguridad de que le sois deudor de la mitad de vuestra fortuna por la última cantidad, con tal que convenga en que el pedazo de plomo que os regalé ha contribuído a la otra mitad, y crea en el hallazgo del diamante en el vientre del pescado.

—Saad—replicó Saadi,—convengo en todo lo que gustéis, con tal que creáis que el dinero se adquiere solamente con dinero.

—Pues qué—dijo Saad,—si la casualidad me hiciera encontrar un diamante que valiese cinco mil monedas de oro, y me diesen por él esta suma, ¿la habría adquirido con dinero?

No pasó adelante la cuestión, porque se levantaron y volvie-

ron a la casa, donde ya tenían preparada la mesa. Después de comer durmieron la siesta, mientras Hassán daba algunas órdenes al mayordomo y al jardinero. En cuanto se despertaron volvió a hacerles compañía, y estuvieron hablando de cosas diferentes hasta la hora de ponerse el Sol; entonces todos tres montaron a caballo, y acompañados por algunos criados volvieron a la ciudad.

Por el camino el caballo de Saadi comenzó a sentirse fatigado y dió señales de tener mucha sed; y como en el trayecto no encontraran arroyo ni fuente en que pudiese apagarla, se resolvieron a entrar en la primera casa que encontraron y a pedir al dueño que les diese un poco de agua.

—Agua no falta—dijo éste;—pero es el caso que no tengo vasija donde echarla.

—Busquemos alguna, buen hombre, pues es el caso que este pobre animal no puede proseguir su marcha.

Encontraron en un rincón una vasija llena de salvado y se dispusieron a desocuparla; mas cuál no sería la sorpresa de todos cuando al vaciarla salió serrín, y debajo apareció un lio formado por un lienzo blanco que tenía hechos unos nudos. Reconocido aquél por Hassán, dijo a sus acompañantes:

—Dios no ha querido dejar a Saadi en la duda acerca de su participación en mi fortuna, pues en este lienzo es donde guardé las ciento noventa monedas últimas que me disteis, y esta vasija, si no me engaño, es la que cambió mi mujer por tierra de quitar manchas.

Desenvuelto el lío, encontraron que estaban las monedas justas que había dicho Hassán, y el dueño de aquella casa manifestó que, con efecto, aquella vasija la había cambiado por tierra de quitar manchas a la esposa de un cordelero pobre de la ciudad, y que, como no había tenido necesidad de ella, no la había tocado, ni sabía que estuviera allí semejante dinero, y que, como no era suyo, no lo quería.

Entonces Hassán dijo:

—Si la vasija es mía, debe de tener en uno de sus adornos mi nombre.

Miróse esto, y en efecto, tenía grabadas estas palabras: *Hassán Alhabal;* con esta prueba no dudó un momento Saadi,

quedando convencido de que no siempre el dinero se adquiere con dinero.

Volvieron a la ciudad contentos, satisfechos y convencidos de que Dios es el único que dispone según su voluntad de la suerte de las criaturas, pero dejando enteramente libre la voluntad humana y responsable de sus actos, y en lo sucesivo Saad ni Saadi no volvieron a disputar respecto a este particular.

CUENTO XVIII

EL PRÍNCIPE GENEROSO

Un rey de Siria, casado, según la costumbre de los países orientales, con muchas mujeres a la vez, llegó a tener la friolera de cincuenta hijos. El menor de todos, llamado Muza, fué criado y educado lejos de su padre, en la provincia más distante de la capital del reino, porque había nacido tan débil, que los médicos le recetaron las aires de la sierra, y hubo que enviarle con su madre a una región montañosa. No solamente se salvó así la existencia del niño Muza, sino que se hizo extraordinariamente fuerte y robusto. Aprendió gimnasia, supo muy en breve y con la mayor perfección la esgrima y el manejo de toda clase de armas, montaba a caballo con la seguridad y maestría del más consumado jinete; en una palabra, a los diez y ocho años era modelo de fuerza, agilidad y gallardía, al mismo tiempo que de varonil belleza. No iban en zaga sus prendas morales respecto de las físicas, pues había aprendido con la mayor perfección la Gramática, la poesía y las ciencias, sabía varios idiomas, y atesoraba una porción de conocimientos que le habrían envidiado algunos sabios. Sin embargo, su principal voca-

ción era la carrera de las armas. Su padre no quería llamarle a la corte hasta que hubiese cumplido los veinte años, y, por consiguiente, aún no le conocía; pero el joven, que anhelaba hallar ocasión de distinguirse, dijo a su madre un día:

—Querida madre, empiezo a disgustarme de esta vida ociosa e inútil. Sé que mi padre, el rey de Siria, tiene enemigos y que los reyes circunvecinos pretenden cercenar los Estados que le pertenecen. ¿Por qué no ha de utilizar la fuerza de mi brazo? ¿Por qué no me llama a su corte? En los dos años que aún me faltan para cumplir la edad que ha fijado para nuestra primera entrevista, ¿no podré acaso librarle de serios peligros?

En vano le exhortó su madre Amina a que tuviese paciencia. El joven estaba ansioso de dar muestras de su brío al frente del ejército, y tuvo la idea de presentarse a su padre sin manifestarle quién era, y ofreciéndole sus servicios como si fuera un joven desconocido ganoso de distinguirse en la guerra. Su madre no pudo menos de aprobar tan magnánima resolución, y aunque sentía mucho despedirse de su hijo, al fin le dió licencia para emprender el viaje.

El joven Muza partió montado en un hermoso caballo negro, veloz como el viento y lujosamente enjaezado, con bridas y estribos de oro y silla con mantilla de raso azul y piedras preciosas. Después de cuarenta días de viaje llegó a la corte del Rey su padre, y no tardó en hallar medio de presentarse a él en Palacio. Impresionado el viejo Monarca por la arrogante figura de aquel joven, a quien no conocía, le recibió con mucha amabilidad, y le preguntó quién era y de qué país procedía.

—Señor—respondió Muza,—soy hijo de un general árabe. El deseo de viajar me ha hecho abandonar mi patria; y como al pasar por los Estados de Vuestra Majestad he sabido que estaba en guerra con algunos reyes fronterizos, he venido a su corte para ofrecerle el concurso de mi brazo.

El Rey se le mostró agradecido, y le dió el mando de algunas tropas.

Poco tardó el Príncipe en hacer notar su valor; se atrajo la estimación de los oficiales, excitó la admiración de los soldados, y, como no tenía menos talento que valor, de tal manera supo granjearse el afecto del Rey, que en breve llegó a ser su favorito. Los

ministros y demás cortesanos cortejaban frecuentemente al joven Muza, y solicitaban con tanto anhelo su amistad como disputaban la de los demás hijos del Rey. No pudieron mirar aquello con indiferencia los otros cuarenta y seis príncipes, que envidiosos de aquel extranjero, conciliaron todos contra él el mayor encono.

Mientras tanto el Rey, que cada día le amaba más, no cesaba de darle pruebas de su cariño. Quería tenerle siempre a su lado, admiraba sus razonamientos llenos de juicio y sabiduría, y para manifestar hasta qué punto le creía sabio y prudente, le confió el cuidado de los demás príncipes, aunque era de menor edad; de manera que Muza llegó a ser ayo de sus hermanos.

... un caballo negro ...

Esta nueva distinción sólo sirvió para aumentar el odio de aquéllos.

—¡Es insufrible—decían—que, no contento el Rey con amar a un extranjero más que a nosotros, todavía quiera que sea nuestro ayo y que no hagamos nada sin su permiso! De ninguna manera debemos tolerar semejante humillación! ¡Es preciso deshacernos de ese extranjero! ¡No tenemos—añadió uno,—más que ir a buscarle juntos y matarle! ¡De esa manera no volveremos a presenciar el insoportable espectáculo del ascendiente que ejerce en daño nuestro!

—¡No, no! exclamó otro.—Guardémonos bien de sacrificarle

nosotros mismos! Su muerte nos haría odiosos al Rey, que para castigarnos nos declararía a todos indignos de reinar. Es mejor que le pidamos permiso para ir a caza, y cuando estemos lejos de este palacio tomaremos el camino de otra ciudad, adondo iremos a pasar algún tiempo. Nuestra ausencia alarmará a nuestro padre, que, no viéndonos volver, perderá la paciencia, y quizás condenará a muerte al extranjero, o por lo menos le despedirá de su corte por habernos permitido salir de Palacio sin una gran comitiva.

Aprobaron este plan todos los Príncipes. Fueron a buscar a Muza, y le rogaron que les permitiera ir a divertirse cazando, prometiéndole volver el mismo día. Cayó en el lazo el hijo de Amina, y les concedió el permiso que pedían. Partieron, y no tornaron. Ya hacía tres días que estaban ausentes, cuando preguntó el Rey a Muza dónde estaban los Príncipes, pues que llevaba tanto tiempo sin verlos.

—Señor—respondió el joven,—tres días hace que fueron a caza, prometiéndome que volverían inmediatamente.

El Rey se mostró muy inquieto, y aumentó su desasosiego cuando vió que no comparecían tampoco al día siguiente. Sin poder reprimir la cólera, dijo a Muza:

—Imprudente extranjero, ¿por qué has permitido marchar a mis hijos sin acompañarlos? ¿Así desempeñas el cargo que te había confiado? ¡Marcha a buscarlos inmediatamente, y traémelos; de lo contrario, cuenta que tu perdición es segura!

Estas palabras impresionaron dolorosamente al desgraciado joven, que, tomando sus armas, montó prontamente a caballo. Salió de la ciudad, y, lo mismo que un pastor que ha perdido su rebaño, buscó por todas partes a sus hermanos en el campo. Se informó en varios pueblos de si los habían visto, y, no adquiriendo ninguna noticia, se entregó al más profundo dolor.

—¡Ah, hermanos míos!—exclamó.—¿Qué habrá sido de vosotros? ¿Habréis caído en poder de vuestros enemigos? ¿Habré venido a la corte de mi padre para causarle un disgusto tan sensible?

Después de haber empleado algunos días en buscarlos inútilmente, llegó a una llanura de prodigiosa extensión, en medio de la cual había un palacio construído con mármol negro. Se aproximó a él, y vió en una ventana una dama muy hermosa que tenía

los cabellos sueltos, y en cuyo semblante se notaban muestras de profunda aflicción.

Apenas vió a Muza y juzgó que podía oirla, le dirigió estas palabras:

—¡Oh joven! ¡Aléjate de este funesto palacio, o caerás muy pronto en poder del monstruo que lo habita! Un negro que se alimenta de carne humana tiene aquí su residencia; detiene a todas las personas a quienes su fatal destino hace pasar por esta llanura, y las encierra en oscuros calabozos para devorarlas.

...vió en una ventana una dama muy hermosa...

—Señora—le respondió Muza,—decidme quién sois, y no os dé pena lo demás.

—Soy una joven de familia noble, natural del Cairo—contestó la dama.—Pasaba muy cerca de este palacio para ir a Bagdad, y tuve la desgracia de encontrar a ese negro, que mató a todos mis criados y me encerró aquí, donde me tiene prisionera. ¡Salvaos; aún es tiempo! El negro va a volver muy pronto: ha salido a perseguir a algunos viajeros que ha visto desde lejos en la llanura. No tenéis que perder momento, y aun no sé si podréis libraros de él con una fuga inmediata.

Apenas había acabado de decir estas palabras, cuando se presentó el negro. Era un hombre de estatura descomunal y de figu-

ra espantosa. Montaba un robusto caballo tártaro, y llevaba una cimitarra tan ancha y tan pesada, que sólo él era capaz de manejarla. Al verle el Príncipe, se admiró de su monstruosa estatura. Dirigió una súplica al Cielo para que le fuese favorable, y en seguida sacó su sable y esperó a pie firme al negro, el cual, despreciando a tan débil enemigo, le intimó a que se rindiera sin pelear; pero Muza hizo conocer que quería defender su vida, y acercándose a él, le dió un terrible sablazo en la rodilla. Viéndose herido, el negro dió un grito tan espantoso, que resonó en toda la llanura. Púsose furioso, y echando espumarajos de rabia, se levantó sobre los estribos, y quiso herir a su vez a Muza con su terrible cimitarra. Lanzó el golpe con tanta violencia, que habría partido en dos al joven Príncipe si éste no hubiera tenido la destreza de evitar el sablazo por medio de un movimiento del caballo. La cimitarra produjo en el aire un terrible chasquido, y entonces, sin dar lugar al negro a que descargara un segundo golpe, le descargó Muza uno en el brazo derecho con tanta fuerza, que se lo cortó. Cayó la terrible cimitarra con la mano que la sostenía, y el negro, cediendo a la violencia del golpe, abandonó los estribos, e hizo resonar la tierra con el ruido de su caída. Entonces, apeándose el Príncipe, se arrojó sobre su enemigo y le cortó la cabeza. La dama, que había presenciado el terrible combate, y que dirigía ardientes votos al Cielo por aquel joven héroe que la llenaba de admiración, dió un grito de gozo, y dijo a Muza, su inesperado libertador:

—¡Valeroso joven, terminad vuestra hazaña! El negro tiene las llaves de esta prisión: tomadlas y ponedme en libertad.

El Príncipe registró los bolsillos del miserable que estaba tendido en el suelo, y halló en ellos muchas llaves.

Abrió la primera puerta y entró en un extenso patio, donde encontró a la dama, que salía a recibirle. Quiso arrodillarse ante él para manifestarle mejor su reconocimiento; pero él no lo consintió. Elogió la dama su valor elevándole sobre todos los héroes del mundo, cumplidos a que el Príncipe correspondió con gran modestia.

Su conversación fué interrumpida por gritos y gemidos.

—¿Qué es lo que oigo?—exclamó Muza.—¿De dónde provienen esas voces lastimeras que llegan a mis oídos con acento de desolación?

—Señor—dijo la dama mostrándole con el dedo una puerta baja que había en el patio,—vienen de aquel sitio, donde hay una porción de desgraciados a quienes su desventura ha hecho caer en manos del negro: todos están encadenados, y cada día sacaba uno ese monstruo para comérselo.

...le cortó la cabeza.

—Es un nuevo motivo de satisfacción para mí—repuso el joven Príncipe—saber que mi victoria salva la vida a esos desgraciados. ¡Venid, señora; venid á participar conmigo del placer de ponerlos en libertad!

Diciendo esto se dirigieron a la puerta del calabozo, y conforme iban acercándose oían con más claridad los lamentos de los prisioneros.

Impaciente por terminar cuanto antes sus penas, inmediatamente aplicó una de las llaves a la cerradura; no siendo la primera la de aquella puerta, tomó otra, y al ruido que hacía, todos aquellos desgraciados, creyendo que era el negro que, según costumbre, iba a llevarles de comer y apoderarse al mismo tiempo de uno de los compañeros, redoblaron sus gritos y sus gemidos. Se oían voces dolorosas, que parecían salir del centro de la Tierra.

Abrió el Príncipe la puerta, y encontró una escalera muy pendiente, por la cual bajó a una vasta y profunda cueva que recibía

luz por una abertura, y donde había mas de cien personas amarradas a postes y con las manos atadas.

—¡Infelices viajeros—les dijo,—desgraciadas víctimas, que no esperabais más que el momento de una muerte cruel: dad gracias al Cielo, que hoy os libra por medio de mi brazo! He dado muerte al horrible negro cuya presa debíais ser, y vengo a quebrantar vuestras cadenas.

...encontró a la dama, que salía a recibirle...

No bien hubieron oído estas palabras los prisioneros, cuando todos a la vez dieron un grito, mezcla de sorpresa y de júbilo. Muza y la dama comenzáron a desatarlos. Y a medida que iban haciéndolo, los que se veían libres de sus cadenas ayudaban a soltar las de los demás, de manera que en poco rato todos estuvieron en libertad.

Entonces se pusieron de rodillas, y después de haber dado las gracias a Muza por lo que acababa de hacer, salieron de la cueva. Cuando estuvieron en el patio, ¡cuál fué el asombro del Príncipe al ver entre aquellos prisioneros a sus hermanos, a los cuales andaba buscando, y a quienes ya no esperaba encontrar!

—¡Ah, queridos príncipes!—exclamó al verlos.—¿No me engañan mis ojos? ¿Sois vosotros, en efecto, los que estoy viendo? ¡Puedo lisonjearme de poder volveros al Rey vuestro padre, que

está inconsolable por haberos perdido! ¿No habrá que llorar a ninguno? ¿Vivís todos? ¡Ay, la muerte de uno solo de vosotros bastaría para emponzoñar el júbilo que me causa haberos salvado!

Todos los cuarenta y nueve Príncipes se hicieron reconocer por Muza, que fué abrazándolos uno por uno, y les manifestó la profunda inquietud que su ausencia causaba al Rey. Tributaron a su libertador todas las alabanzas que merecía, así como los demás prisioneros, que no encontraban términos bastantes expresivos para manifestar el reconocimiento de que se hallaban penetrados. En seguida, en unión de todos ellos hizo Muza el registro del palacio, donde había inmensas riquezas en lienzos finos, brocados de oro, alfombras de Persia, rasos de China e infinidad de preciosas mercancías que el negro había cogido a las caravanas que había robado, y cuya mayor parte pertenecía a los prisioneros a quienes Muza acababa de librar. Todos reconocieron lo que era suyo, y lo reclamaron. El Príncipe hizo tomar a cada uno sus fardos, y aun partió entre ellos el resto de los géneros. Pero luego les dijo:

Abrió el Príncipe la puerta...

—¿Cómo haréis para llevaros vuestras mercancías? Estamos en un desierto, y no hay esperanza de que se encuentren caballos.

—Señor—respondió uno de los prisioneros,—quizás se hallarán en las cuadras de este palacio los camellos que nos robó el negro juntamente con nuestros géneros.

—Muy bien puede ser así—contestó Muza:—vamos a verlo.

En efecto; fueron a las cuadras, y allí encontraron, no sólo los camellos de los comerciantes, sino también los caballos de los hijos del rey de Siria, lo que colmó a todos de júbilo. Había en las cuadras algunos esclavos negros, que viendo libres a todos los prisioneros, y juzgando a vista de eso que habían muerto al negro, se llenaron de espanto, y huyeron por algunas salidas ocultas que ellos conocían, sin que nadie pensara en perseguirlos. Llenos de júbilo todos los comerciantes por haber recobrado con la libertad sus camellos y sus géneros, dispusiéronse a partir; pero antes de efectuarlo dieron nuevas gracias a su libertador.

...los caballos de los hijos del Rey...

Luego que se hubieron alejado, dirigiéndose Muza a la dama le dijo:

—Señora, ¿a qué sitio deseáis ir? ¿Adónde os encaminabais cuando fuisteis sorprendida por el negro? Me propongo acompañaros hasta el sitio que habéis elegido para vuestro asilo, y no dudo que todos estos Príncipes tengan la misma resolución.

Los hijos del rey de Siria afirmaron a la dama que no la dejarían hasta habérsela entregado a sus parientes en plena y absoluta seguridad.

—Príncipes—les dijo la dama,—soy de un país muy distante de aquí, y, aparte de que sería abusar de vuestra generosidad obligaros a hacer un viaje tan largo, os confesaré que me he alejado para siempre de mi patria. Hace poco os dije que era una dama del Cairo; pero en vista de las bondades que me dispensáis y de la gratitud que os debo, haría muy mal en ocultaros la verdad. Soy hija del Rey. Un usurpador se ha apoderado del trono de mi padre después de haberle quitado la vida, y para conservar la mía me he visto precisada a huir.

Después de esta confesión, Muza y sus hermanos suplicaron a la Princesa que les contara su historia, asegurándole que se interesaban mucho en cuanto se relacionaba con ella.

Entonces la joven comenzó de esta suerte la relación de sus aventuras:

—En una isla muy lejana de aquí hay una gran ciudad, llamada Chipre, que ha sido gobernada largo tiempo por un rey poderoso, virtuoso y rico. Este rey no tenía hijos, y esto era lo único que faltaba a su dicha. Dirigía sin cesar súplicas al Cielo; pero el Cielo no las escuchó sino a medias, porque tras largos años sólo se dignó concederle una hija.

"Yo soy esa desgraciada princesa, y mi nacimiento causó a mi padre más pena que gozo, porque esperaba un varón; pero se sometió a la voluntad divina. Me hizo criar con todo el cuidado imaginable, resuelto, pues que no tenía hijos, a enseñarme el arte de reinar y hacerme ocupar su puesto después de él.

"Cierto día que estaba divirtiéndose en la caza, su ardor le llevó tan lejos, que, sin pensar en que se extraviaba, estuvo galopando hasta la noche. Entonces se apeó del caballo, y se sentó a la entrada de un bosque en que se había metido la caza. Cuando oscureció notó entre los árboles una luz que le hizo juzgar que no se hallaba lejos de algún pueblecillo, de lo cual se alegró, con la esperanza de pasar allí la noche y encontrar alguna persona con quien enviar a decir a la gente de su comitiva dónde estaba. Se levantó y se dirigió hacia la luz, que le servía de faro para guiarse.

"Pronto conoció que se había engañado: aquella luz no era

otra cosa que lumbre encendida en una cabaña. Habiéndose acercado a ella, vió, con no poco asombro y terror, un negrazo, o más bien un espantoso gigante que estaba sentado en el tronco de un árbol. Tenía el monstruo delante un gran cántaro de vino, y estaba asando sobre los carbones encendidos un buey que acababa de desollar. Tan pronto llevaba el cántaro a la boca como trinchaba trozos de aquel buey y se los iba comiendo. Pero lo que más llamó la atención del Rey mi padre fué una mujer muy hermosa que vió en la cabaña. Parecía estar sumergida en profunda tristeza; tenía las manos atadas, y a los pies un niño de dos o tres años, que como si hubiera podido darse cuenta de las desgracias de su madre, no cesaba de llorar y atronaba el aire con sus gritos.

...se apeó del caballo y se sentó...

"Conmovido mi padre ante tal escena, desde luego estuvo tentado de entrar en la cabaña y atacar al gigante; pero reflexionando que sería un combate muy desigual, se contuvo, y como no le bastara la fuerza, resolvió deshacerse de aquel monstruo por sorpresa. Mientras tanto el gigante, después de haber vaciado el cántaro y haberse comido la mitad del buey, se volvió hacia la Princesa y le dijo:

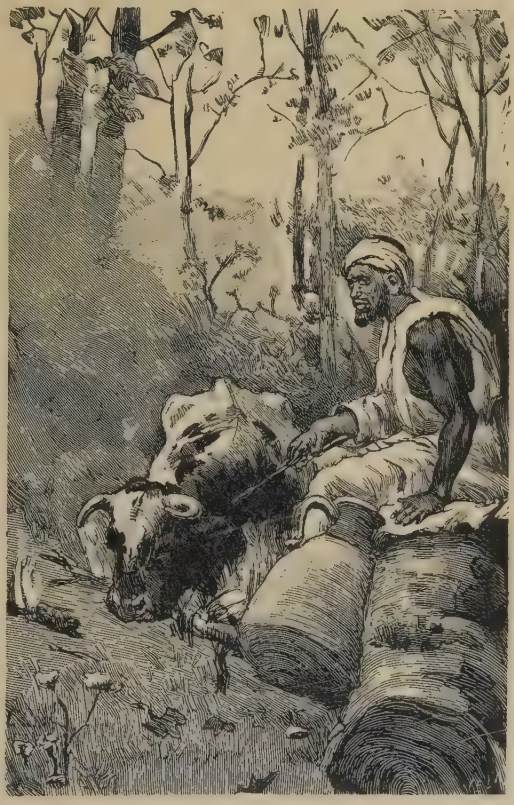
"—Hace ya algunos días que no como carne humana, y no me

vendría mal tomarme de postre tu hijo. Así, pues, con tu permiso voy a hacerlo. Después de restaurar las fuerzas, halagaré el paladar.

"—¡Infame!—dijo aquella infeliz.—¡Dame antes cien veces la muerte!

"—Ya que eres tan franca conmigo—respondió el negrazo,—te confesaré que sólo por cortedad no te pedía que te dejases tú misma comer; pero la verdad es que con tu niño me habría quedado con hambre. ¡Voy, pues, a comerte!

"Al acabar estas palabras tomó a la desgraciada por los cabellos, la mantuvo con una mano en el aire, y sacando el sable con la otra si disponía a cortarle la cabeza, cuando el Rey mi padre disparó una flecha que atravesó el vientre del gigante, el cual se tambaleó y al punto cayó sin vida.



...estaba asando un buey...

"Mi padre entró en la cabaña, y desatando las manos de la mujer, le preguntó quién era y por qué circunstancia se encontraba allí. La desventurada señora le refirió que era esposa de un príncipe árabe, y que aquel negrazo la había arrebatado en unión de su hijo y conducido a la isla cierto día que su esposo se había alejado para ir a una partida de caza. Desde que estaba en poder del negro no había dejado de temblar por su suerte y por la de aquella pobre criatura.

"Esta es, señor—continuó la mujer del Príncipe de los sarracenos,—mi historia, y creo que os parecerá bastante digna de lástima.

"—Sí, señora—le dijo mi padre.—Vuestras desgracias me han enternecido, y no dejaré de hacer cuanto esté de mi parte por mejorar vuestra suerte. Mañana, apenas la luz del día haya disipado las sombras de la noche, saldremos de este bosque, buscaremos el camino de la gran ciudad de Chipre, cuyo soberano soy, y, si queréis, habitaréis en mi palacio hasta que el Príncipe vuestro esposo, a quien escribiremos, venga a reclamaros.

...se disponía a cortarle la cabeza...

"La dama aceptó con gratitud aquella proposición. Al día siguiente se fué con el Rey mi padre, y a la salida del bosque encontraron a todos sus oficiales, que habían pasado la noche buscándole, y que estaban con la más viva inquietud por su ausencia. Quedaron tan contentos de hallarle como asombrados de verle con una dama, cuya belleza les sorprendió. Les contó el Rey de qué manera la había encontrado y el peligro que había corrido al acercarse a la cabaña, donde, sin duda, habría perdido la vida si le hubiese visto el gigante. Uno de los oficiales tomó a la dama a la grupa, y otro llevó al hijo.

"Llegaron en breve al palacio del Rey mi padre, que hospedó en él a la hermosa sarracena e hizo criar a su hijo con el mayor esmero. No fué insensible la dama a las bondades del Rey, a quien manifestó todo el reconocimiento que podía desear. Al principio se había mostrado bastante inquieta e impaciente de que su marido no la reclamase; pero aún no habían trascurrido dos meses, cuando supo que había perecido en un combate con unas tribus vecinas. Le lloró mucho; pero el tiempo fué mitigando su pesar.

"Mientras tanto fué creciendo el hijo de aquella dama, que era muy arrogante, y como no le faltaba talento, supo agradar al Rey mi padre, que le cobró mucho afecto. Todos los cortesanos le halagaban, pensando que aquel joven podía casarse conmigo; de modo que, mirándole ya como el heredero de la corona, todos se esforzaban por ganar su confianza. Conociendo el joven el motivo de aquella adhesión, y olvidando la distancia que mediaba en nuestras respectivas condiciones, se lisonjeó con la espezanza de que, en efecto, mi padre le amaba bastante para preferir su alianza a la de todos los príncipes del mundo. No se contentó con esto: pareciéndole que el Rey tardaba en ofrecerle mi mano, tuvo la osadía de pedírsela. Por más que su atrevimiento mereciese un castigo, mi padre se contentó con decirle que tenía otras miras, sin ponerle por eso mal semblante. Irritóse el joven, y su orgullo se ofendió por el desaire que se hacía a su pretensión, de tal manera, que resolvió vengarse de mi padre y de mí; y con ingratitud de que hay pocos ejemplos, conspiró contra él, le encerró en una mazmorra, y se hizo proclamar rey de Chipre por gran número de personas descontentas, cuyo disgusto supo utilizar. Después de haberse deshecho de mi padre, su primer cuidado fué ir él en persona a mi habitación a la cabeza de una parte de los conjurados, con el propósito de quitarme la vida u obligarme por fuerza a que me casara con él. Pero yo había tenido tiempo de escaparme mientras él estaba ocupado en sujetar a mi padre. El primer Ministro, que siempre había sido fiel a su amo, fué a sacarme de Palacio, y me puso en seguridad en la casa de uno de sus amigos, donde me retuvo hasta que estuviera en disposición de hacerse a la vela un navío preparado por su solicitud. Entonces salí de la isla acompañada solamente de un aya y del generoso Ministro, que prefirió

seguir a la hija de su amo y asociarse a sus desgracias antes que obedecer al tirano.

"El Ministro se proponía llevarme a las cortes de los reyes vecinos para implorar su asistencia y excitarlos a libertar a mi padre; pero no pudo lograr tan noble designio. Después de algunos días de navegación se levantó una tempestad tan furiosa, que, apesar de la habilidad de nuestros marineros, agitado el navío por la violencia de los vientos y de las olas, se hizo pedazos contra una roca. Perdí el conocimiento, y, sea que algunos restos del navío me condujesen hasta la costa, sea que el Cielo hubiese hecho un milagro para salvarme, al volver en mí me encontré en la playa.

"Muchas veces nos hacen injustos las desgracias; y así, en vez de agradecer a Dios el favor particular que recibía de él, no alcé los ojos al Cielo sino para reconvenirle por haberme salvado. Lejos de llorar al Ministro y a mi aya, envidiaba su destino, y, cediendo poco a poco a las espantosas imágenes que turbaban mi cerebro, tomé la resolución de arrojarme al mar. Ya estaba dispuesta a lanzarme en él, cuando oí detrás de mí gran ruido de hombres y de caballos. Volví al punto la cabeza para informarme de lo que era, y vi muchos hombres armados, entre los cuales había uno montado en un caballo árabe, el cual tenía un vestido bordado de plata con un cinto de piedras preciosas, y llevaba en la cabeza una corona de oro. Aunque no hubiera juzgado por su vestido que era el amo de todos, lo hubiera echado de ver por el aire de grandeza que se advertía en toda su persona. Era un joven arrogante y gallardo. Sorprendido de ver en aquel sitio una dama sola, destacó alguno de sus oficiales para que fuesen a preguntarme quién era. No pude responderles sino llorando; y como la playa estaba cubierta de los restos de nuestra embarcación, juzgaron que algún navío acababa de hacerse pedazos en la costa, y que yo, sin duda, me había librado del naufragio. Esta conjetura y el dolor que yo manifestaba aumentaron la curiosidad de los oficiales, que comenzaron a hacerme mil preguntas, asegurándome que su rey era un príncipe muy generoso, y que hallaría consuelo en su corte.

"Impaciente aquél por conocerme, no quiso esperar la vuelta de sus oficiales. Se aproximó, me miró con atención, y, como yo no cesaba de llorar y de afligirme, sin poder responder a lo que

me preguntaban, les prohibió que me molestasen más con sus interrogaciones, y dirigiéndose a mí.

"—Señora—me dijo,—os suplico encarecidamente que moderéis el exceso de vuestra pena. Si el Cielo os hace experimentar su rigor, no por eso debéis desesperar. ¡Animaos! La fortuna es inconstante; vuestra suerte puede cambiar, y aun me atrevo a aseguraros que si vuestras desgracias son susceptibles de algún alivio, lo encontraréis en mis Estados. Os ofrezco mi palacio: viviréis en compañía de la Reina, mi madre, que se esforzará en aliviar vuestras penas con sus halagos y su ternura. Todavía no sé quién sois; pero vuestra suerte me interesa mucho.

...no cesaba de llorar y de afligirme...

"Di las gracias al joven Rey por sus bondades, acepté las obsequiosas ofertas que me hacía, y para hacerle ver que no era indigna de ellas le descubrí mi condición y le referí mi historia. Luego que hube cesado de hablar, tomó el Príncipe la palabra asegurándome de nuevo la mucha parte que tomaba en mi infortunio, y en seguida me condujo a su palacio, donde me presentó a la Reina, su madre. Fué necesario comenzar de nuevo el relato de mis aventuras y renovar las lágrimas. La Reina se mostró muy sensible a mis pesares, y concibió hacia mí particular ternura. El Rey, su hijo, por su parte se enamoró perdidamente de mí, y al punto

me ofreció su corona y su mano. Llena de reconocimiento, no me negué a hacerle feliz, y se celebró nuestro matrimonio con toda la pompa imaginable.

"Por desgracia, mientras todo el mundo estaba acupado en celebrar las bodas del Soberano, un príncipe vecino y enemigo hizo una noche un desembarco en una isla con gran número de combatientes: aquel terrible enemigo era el rey de Trípoli, que nos sorprendió, y destrozó al ejército del Príncipe, mi marido. En poco estuvo que nos cogiera a ambos, pues ya había llegado a Palacio con parte de sus gentes; pero hallamos medio de escaparnos y de llegar a la orilla del mar, donde nos metimos en una barca de pescadores que tuvimos la fortuna de encontrar. Bogamos a merced de los vientos por espacio de dos días sin saber en qué vendríamos a parar, y al tercero divisamos un navío que iba hacia nosotros a velas desplegadas. Al principio nos alegramos, porque creímos que sería algún navío mercante que podría recogernos; pero no puedo expresaros cuál sería nuestro asombro cuando, habiéndose aproximado a nosotros, se presentaron sobre cubierta diez o doce corsarios armados. Llegaron a nosotros, se arrojaron cinco o seis a la barca, se apoderaron de nos dos, ataron al Príncipe, mi marido, y nos hicieron pasar a su navío, donde me quitaron el velo. Llamá-

...nos metimos en una barca...

ronles la atención mi juventud y mis facciones; todos los piratas se mostraron encantados al verme, y en lugar de echarme a la suerte, todos pretendieron que les perteneciese. Mi esposo, que logró romper sus ligaduras, se lanzó contra ellos; pero le llenaron de heridas y le arrojaron al mar, después de lo cual lucharon unos con otros como leones. En un instante la cubierta del navío se llenó de cuerpos muertos; de modo que llegaron a matarse todos, a excepción de uno, que, viéndose solo conmigo, me dijo con extremada efusión:

"—¡Ya sois mía! ¡Voy a conduciros al Cairo para entregaros a un amigo mío a quien he prometido una esclava hermosa!

Indudablemente me habría arrojado a las ondas si no me hubiese detenido el pirata. Bien conoció que quería matarme, y para evitarlo me ató al palo mayor; luego, dándose a la vela, dirigió el rumbo hacia tierra para desembarcar. Me desató y me llevó hasta una pequeña ciudad, donde compró camellos, tiendas y esclavos; luego tomó el rumbo del Cairo con el designio de venderme allí, pues, por lo visto, había desistido de regalarme a su amigo.

"Ya hacía algunos días que caminábamos, cuando al pasar ha cinco días por esta llanura dimos con el negro que habitaba este palacio. Desde lejos le tuvimos por una torre, y, cuando se halló cerca de nosotros, apenas podíamos creer que fuese un hombre. Sacó su ancha cimitarra e intimó al pirata que se rindiera prisionero con todos sus esclavos y la dama que conducía. Era valiente el corsario, y con el apoyo de sus esclavos acometió al negro. Mucho tiempo duró el combate; pero por fin cayo el pirata a los golpes de su enemigo, así como también todos sus esclavos, que prefirieron morir a abandonarle. Una vez vencedor el negro me condujo a su palacio, adonde se llevó el cuerpo del pirata, que le sirvió para cenar aquella noche. Terminada la terrible cena me dijo viendo que no hacía más que llorar:

"—Joven, no te aflijas de esa manera, porque enflaquecerás y no me gusta comer huesos y pellejo. No te ocultaré que reservo para almorzarte algún día de fiesta, y como nadie puede librarte de parar en mi estómago, harás mal en desesperarte, porque lo mismo has de conseguir.

„En seguida me condujo a una elegante habitación y él se retiró a otra, después de haber cerrado por sí mismo las puertas del

palacio. Así hemos estado varios días, hasta que esta mañana ha salido para correr tras algunos viajeros que ha visto desde lejos; pero sin duda se le han escapado, puesto que volvía solo y sin sus despojos cuando le habéis atacado.„

Cuando la Princesa hubo acabado la relación de sus aventuras, Muza manifestó que le habían conmovido vivamente sus desgracias.

—Pero, señora—añadió,—en vuestra mano está vivir tranquilamente en lo sucesivo. Los hijos del rey de Siria os ofrecen un asilo en la corte de su padre: haced el favor de aceptarlo. En ella seréis estimada por el Príncipe y respetada por todo el mundo; y si no desdeñáis la mano de vuestro libertador, permitid que os la ofrezca y que me case con vos en presencia de todos estos príncipes, que serán testigos de nuestro enlace, del cual espero para mí un porvenir tan venturoso como lo había soñado.

La princesa consintió muy gustosa, y al día siguiente se celebró la boda en el palacio del negro, donde se encontraron toda suerte de provisiones: las cocinas estaban llenas de carnes y otros manjares de que acostumbraba alimentarse el negro cuando estaba harto de carne humana. También encontraron muchas frutas excelentes en su clase, y, para colmo de delicias, gran cantidad de licores y vinos exquisitos.

Después de haber comido y bebido bien, todos se llevaron el resto de las provisiones y salieron del palacio con dirección a la corte de Siria. Caminaron muchos días, acampando siempre en los sitios más agradables que podían encontrar, y ya no distaban más que una jornada de la corte, cuando, habiéndose detenido y acabado de beber el vino, como gentes que ya no necesitaban economizarlo, tomó Muza la palabra.

—Príncipes—les dijo—, demasiado tiempo os he ocultado quién soy. Me tomabais por un extranjero; pero soy vuestro hermano Muza: lo mismo que vosotros, debo el ser al rey de Siria, y mi madre es la princesa Amina. Señora—añadió dirigiendose a la princesa de Chipre—, perdonad que a vos también os haya hecho un misterio de mi nacimiento. Tal vez descubriéndooslo más pronto hubiera evitado algunas reflexiones desagradables que os habrá producido un casamiento que habréis creído desigual.

—¡De ningún modo, esposo mío!—le respondió la Princesa.

Los sentimientos que me inspirasteis desde un principio han ido arraigándose de momento en momento. Para hacer mi dicha no necesitabais ser príncipe: vuestras prendas morales valen más que todas las noblezas de origen y las preeminencias de un nacimiento privilegiado.

Los príncipes felicitaron a Muza por su nacimiento, dando a entender que les causaba mucho gozo; pero en el fondo de su corazón aumentó el odio que ya tenían a un hermano tan amable. Se reunieron por la noche y se retiraron a un sitio apartado mientras Muza se entregaba al sueño. Aquellos ingratos y envidiosos hermanos, olvidando que sin el valeroso hijo de Amina hubieran todos sido presa del negro, resolvieron asesinarle.

—No tenemos otro partido que tomar—dijo uno de aquellos malvados—, pues apenas sepa el Rey nuestro padre que este extranjero a quien él amaba tanto es su hijo, y que ha tenido bastante fuerza para derribar él solo un gigante a quien no hemos podido vencer todos juntos, le llenará de caricias y le declarará su heredero, en desprecio de todos los demás hijos, que nos veremos precisados a humillarnos delante de él y a obedecerle.

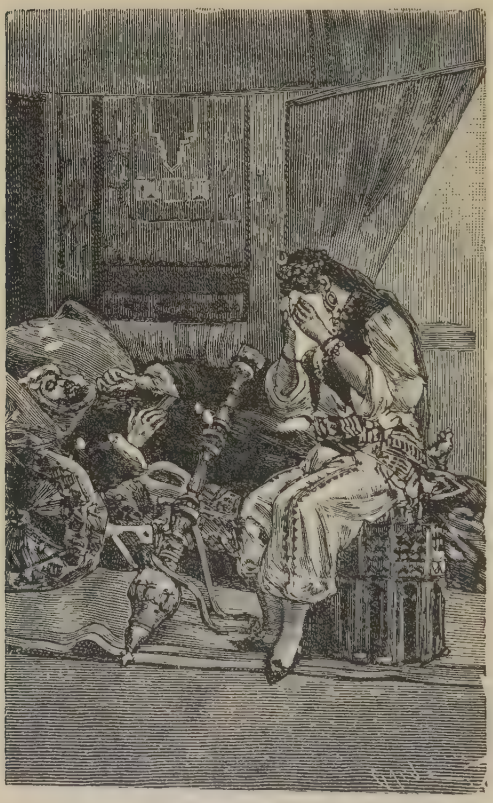
A estas palabras añadió otras, las cuales hicieron tanta impresión en aquellos espíritus envidiosos, que al momento fueron a buscar a Muza, y habiéndole encontrado dormido, le traspasaron a puñaladas. Dejándole sin sentido en los brazos de la Princesa, partieron para restituirse a la capital de Siria, adonde llegaron el día siguiente.

Su llegada produjo tanto más gozo al Rey, su padre, cuanto que ya iba perdiendo la esperanza de volver a verlos. Les preguntó la causa de su tardanza; pero se guardaron muy bien de decírsela, y sin hacer la más leve mención del negro ni de Muza, solamente dijeron que, no pudiendo vencer la curiosidad de ver el país, se habían detenido en algunas ciudades vecinas.

Mientras tanto el desventurado Muza, nadando en su propia sangre y como muerto, estaba en su tienda con la Princesa, su mujer, que no era menos digna de lástima que él. Llenaba el aire de gritos espantosos, se arrancaba los cabellos, y mojando con lágrimas el cuerpo de su marido:

—¡Ah, mi querido Muza!—exclamaba a cada momento.—¡Eres tú el que estoy viendo tan próximo a morir! ¿Qué manos crueles

te han reducido al estado en que te veo? ¿Quién podrá creer que son tus propios hermanos los que te han despedazado tan vilmente, esos hermanos a quienes ha salvado tu valor? ¡Ah! ¡Más bien son demonios que bajo formas humanas han venido a arrancarte la vida! ¡Ah, bárbaros! Quienquiera que seáis, ¿cómo habéis podido pagar con tan negra ingratitud el servicio que os ha hecho?



Llenaba el aire de gritos espantosos...

Con estas lamentaciones y otras más patéticas todavía expresaba su dolor la princesa de Chipre mirando al infeliz Muza, que no podía oirla.

No estaba muerto, sin embargo; y habiendo advertido su mujer que todavía respiraba, corrió hacia un pueblo que vió en la llanura, para buscar en él un cirujano.

Le enseñaron uno muy anciano y muy entendido, que inmediatamente partió con la Princesa; pero cuando llegaron a la tienda ya no encontraron en ella a Muza: esto les hizo creer que alguna fiera se lo había llevado para devorarle. La Princesa emprendió de nuevo sus llantos y lamentos de la manera más lastimosa, lo que enterneció al cirujano, el cual, no queriendo abandonarla en el triste estado en que la veía, le propuso que se volviera con él al pueblo, y le ofreció una habitación y hospitalidad en su casa.

Aun sin saber quién era la Princesa, el viejo cirujano la trató con toda la consideración y todo el respeto imaginables. Procu-

raba consolarla con sus razonamientos; pero, por más que hacía para combatir su dolor, en lugar de aliviarla, la exasperaba más.

—Señora—le dijo un día,—enteradme, por favor, de todas vuestras desgracias; decidme de qué país y de qué linaje sois. Quizá pueda daros buenos consejos cuando esté enterado de vuestro infortunio. No hacéis más que afligiros, sin pensar que aun los males más desesperados son susceptibles de remedio.

El cirujano hablaba con tanta elocuencia, que persuadió a la Princesa a contarle sus aventuras; y cando hubo acabado su relación, él tomó la palabra y le dijo:

—Señora, en vista de lo que acabáis de contarme, permitidme que os diga que no debéis entregaros a vuestra aflicción. Por el contrario, armaos de constancia y haced lo que exige el nombre y el deber de esposa, que es vengar a vuestro marido. Si lo permitís, voy a serviros de escudero. Vamos a la corte del rey de Siria: este monarca es bueno y muy equitativo; os bastará pintarle con vivos colores el trato que el príncipe Muza ha recibido de sus hermanos, y estoy seguro de que no dejará de haceros justicia.

—Cedo a vuestras razones—respondió la Princesa.—¡Sí, debo tomar venganza de los infames que han asesinado a Muza; y puesto que os mostráis bastante generoso para querer acompañarme, estoy pronta a partir!

Adoptada esta resolución, el cirujano hizo preparar dos camellos, y se pusieron en camino para la corte de Siria.

En el primer parador público que encontraron preguntaron al posadero qué noticias corrían por la corte.

—La corte—les dijo—está sumida en la mayor consternación, porque no se sabe qué se ha hecho de un hijo que tenía el Rey, y que ha vivido junto a él mucho tiempo como un desconocido. Una mujer del Rey, llamada Amina, es su madre; y por más diligencias que ha hecho en su busca, todas han sido inútiles. Todo el mundo siente en el alma la pérdida de este Príncipe, por sus muchos méritos. El Rey tiene otros cuarenta y nueve hijos, todos de madres diferentes; pero entre ellos ninguno posee bastantes virtudes para consolarle de la muerte de Muza.

Al oir la relación del ventero, el cirujano creyó que la princesa de Chipre no tenía mejor partido que tomar que ir a presentarse a Amina; pero no dejaba de ser peligroso este paso, que

exigía muchas precauciones. Era de temer que si los hijos del Rey de Siria llegaban a saber la llegada y el designio de su cuñada, la secuestrasen antes que pudiera hablar a la madre de Muza. Hizo el cirujano todas estas reflexiones, sin dejar de representarse lo que arriesgaba él mismo; por lo cual, deseando conducirse con prudencia en semejante empresa, suplicó a la joven que permaneciera en el parador mientras él iba a Palacio a indagar el medio de que pudiese hablar sin temor con Amina.

...preguntaron al posadero qué noticias corrian por la corte.

Dirigióse, pues, hacia Palacio como un hombre únicamente atraído por la curiosidad de ver la corte, cuando divisó una mujer montada en una mula ricamente enjaezada, seguida por muchas damas, montadas también en mulas, y gran número de guardias y esclavos negros. Las gentes se colocaban en fila para verla pasar, y la saludaban prosternándose con el rostro junto al suelo. El cirujano la saludó de la misma manera, y luego preguntó a un guardia que estaba a su lado si era mujer del Rey equella dama.

—Sí—le dijo el guardia:—es una de sus mujeres, y la más honrada y querida del pueblo, porque es la madre del príncipe Muza, de quien no habrá usted dejado de oir hablar.

Sin querer saber más, el cirujano siguió a Amina hasta una mezquita, en la cual entró para repartir limosnas y asistir a las rogativas públicas que había ordenado el Rey para que volviese Muza. El pueblo, que amaba mucho a este joven Príncipe, corría en tropel a unir sus súplicas con las de los sacerdotes; de manera que la mezquita estaba llena de gente. Abrióse paso el cirujano por entre la multitud y se adelantó hasta los guardias de Amina, asistió a todas las preces, y al salir la Princesa se llegó a uno de sus esclavos y le dijo al oído:

—Tengo un secreto importante que revelar a la princesa Amina. ¿No hallaríais medio de que obtuviese una entrevista con vuestra señora?

—Si ese secreto—respondió el esclavo—tiene relación con el príncipe Muza, de seguro que hoy mismo obtendréis la audiencia que deseáis; pero si es relativo a cualquier otro asunto, es inútil que intentéis haceros presentar a la Princesa, porque sólo se preocupa de su hijo, y no piensa en otra cosa.

—Precisamente acerca del Príncipe quiero hablar con ella—replicó el cirujano.

—En ese caso—dijo el esclavo,—no tenéis más que seguirme hasta Palacio, y bien pronto podréis hablarla.

En efecto; apenas había vuelto Amina a su habitación, le dijo el esclavo que un hombre desconocido tenía que hacerle una revelación importante relativa al príncipe Muza. No bien hubo dicho esto el esclavo, cuando Amina manifestó la más viva impaciencia por ver al desconocido.

El esclavo hizo entrar al cirujano en el gabinete de la Princesa, que despidió a todas sus camareras a excepción de dos con quienes tenía gran confianza. Apenas vió al cirujano, le preguntó con precipitación qué noticias tenía que comunicarle acerca de Muza.

—Señora—respondió el cirujano después de haberse inclinado hasta tocar con el rostro en el suelo,—larga es la historia que tengo que contaros, y he de decir cosas que os sorprenderán.

En seguida hizo una relación detallada de todo lo que había pasado entre Muza y sus hermanos, la que escuchó Amina con ansiosa atención; pero cuando llegó a referir el asesinato, cayó desmayada la infeliz madre.

Las dos camareras que habían permanecido a su lado la hicieron volver en sí. Entonces continuó su relación el cirujano, y apenas hubo acabado le dijo Amina:

—Anunciad de mi parte a la esposa de mi desventurado hijo que muy pronto la reconocerá el Rey por su nuera. En cuanto a vos, serán bien recompensados vuestros servicios.

Apenas hubo salido el cirujano, cayó Amina sobre el sofá derramando lágrimas y con la postración que se puede imaginar tratándose de un hijo que le era tan querido.

—¡Hijo de mi alma!—decía sollozando.—¡Ya no volveré a verte más! Cuando te dejé partir para venir a esta corte y recibir tu última despedida, ¡ay, no creía que esperase lejos de mí una muerte tan funesta! ¡Oh desgraciado Muza! ¿Por qué me has dejado? ¡Ciertamente, a mi lado no habrías adquirido tanta gloria; pero vivirías aún, y no costarías tantas lágrimas a tu madre!

Diciendo esto lloraba amargamente, y sus dos ayas, conmovidas por su dolor, mezclaban sus lágrimas con las de su ama.

Mientras que las tres se afligían de este modo entró el Rey en el gabinete, y, viéndolas en aquel estado, preguntó a Amina si había recibido tristes noticias del príncipe Muza.

—¡Ah, señor; mi hijo ha perdido la vida! ¡Y, para colmo de pena, no puedo darle sepultura, porque, según todas las apariencias, le han devorado las fieras!

Entonces contó cuanto le había dicho el cirujano, pintando con vivos colores la escena en que Muza había sido asesinado por sus hermanos.

El Rey no dió tiempo a Amina para acabar su relación: sintióse inflamado de cólera, y cediendo a su primer arranque:

—¡Señora—dijo a la Princesa,—los infames que hacen correr vuestras lágrimas y que causan a su padre un dolor mortal, van a experimentar el merecido castigo!

Dicho esto, el Rey, con el furor pintado en el rostro, se fué a la sala de audiencia, donde estaban sus cortesanos y otros particulares que tenían que hacerle alguna súplica. Todos quedaron asombrados al verle presentarse con ademán tan furioso. Subió al trono, y haciendo acercarse al primer ministro:

—Tengo una orden que darte—le dijo.—Vé al momento por mil de mi guardia, y arresta a todos los Príncipes mis hijos; en-

ciérralos en la torre destinada a los asesinos, y haz que todo esto se haga sin pérdida de momento.

Oyendo una orden tan extraordinaria, todos los que se hallaban presentes se estremecieron. El Ministro, sin responder una sola palabra, se puso la mano sobre la cabeza para manifestar que estaba pronto a obedecer, y salió de la sala para ir a desempeñar una comisión que le llenaba de asombro. Entonces despidió el Rey a las personas que habían acudido a pedir audiencia, y declaró que en un mes no quería oir hablar de ningún negocio. Todavía estaba en la sala cuando llegó el primer Ministro, el cual regresaba de ejecutar la orden que había recibido.

—¿Están ya en la torre todos mis hijos?—le preguntó con furor.

—Sí, señor—respondió el Ministro;—he cumplido la orden de Vuestra Majestad.

—No basta eso—repuso el Rey;—todavía tengo otra orden que darte.

Diciendo esto salió de la sala de audiencia, y, volviendo a la habitación de Amina con el Ministro, que le seguía, le preguntó dónde estaba hospedada la viuda de Muza. Las camareras de Amina se lo dijeron, porque no lo había olvidado en su relación el cirujano. Entonces el Rey, volviendo hacia su Ministro, le dijo:

—Marcha en seguida a ese parador, y trae aquí a una joven princesa que está hospedada en él; pero trátala con todo el respeto debido a una persona de su alta condición.

El Ministro se apresuró a hacer lo que se le mandaba: montó a caballo con todos los emires y demás cortesanos, y se fué al parador donde estaba la princesa de Chipre, a la que manifestó su orden, presentándole de parte del Rey una hermosa mula blanca, con silla y brida de oro sembrada de rubíes y esmeraldas. Montó en ella la Princesa y se encaminó a Palacio en medio de todos aquellos señores, acompañándola también el cirujano, montado en un hermoso caballo que le había hecho dar el Ministro. Todo el mundo se asomaba a las ventanas o salía a las calles para ver pasar tan hermosa cabalgata; y como se había esparcido el rumor de que aquella princesa que conducían a la corte con tanta pompa era mujer de Muza, se oían vivas y aclamaciones. Resonó el

aire con mil gritos de alegría, que sin duda se habrían convertido en gemidos si se hubiera sabido la triste suerte de aquel joven Príncipe.

La princesa de Chipre encontró al Rey, que estaba esperándola en la puerta de Palacio para recibirla; le dió la mano y la condujo a la habitación de Amina, donde pasó una escena muy patética. La mujer de Muza sintió renovarse su aflicción viendo el dolor de los padres de su marido, así como éstos no pudieron ver a la esposa de su hijo sin sentirse hondamente conmovidos. Arrojóse la Princesa a los pies del Rey, y después de haberlos bañado en lágrimas, le sobrecogió un dolor tan vivo, que no tuvo fuerza para hablar una sola palabra. No estaba Amina en estado menos deplorable, y el Rey no pudo contener las lágrimas. Aquellas tres personas, confundiendo sus suspiros y sus lágrimas, guardaron algún tiempo un silencio tan tierno como lastimero. Habiendo vuelto por fin la princesa de Chipre de su postración, contó la aventura del palacio y la desgracia de Muza, y en seguida pidió justicia contra la traición de los Príncipes.

»...para ver pasar tan hermosa cabalgata...

—¡Se hará justicia!—le dijo el Rey.—¡No tardarán en morir esos ingratos! Pero antes es necesario publicar la muerte de

Muza, a fin de que el castigo de sus hermanos no parezca a mis vasallos una horrible iniquidad. Por otra parte, aunque no tengamos el cuerpo de mi hijo, no por eso hemos de dejar de tributarle solemnes exequias.

Dicho esto se dirigió a su Ministro, y le mandó que hiciese construir una cúpula de mármol blanco en una hermosa llanura en medio de la cual estaba la capital de Siria, y mientras tanto dió en su palacio una hermosísima habitación a la princesa de Chipre, a quien reconoció por su nuera. El Ministro hizo trabajar con tanta diligencia y empleó tantos obreros, que en pocos días estuvo concluída la cúpula, colocándose bajo ella una tumba sobre la cual había una figura que representaba a Muza. Apenas estuvo concluída la obra, ordenó el Rey rogativas y señaló día para los funerales de su hijo.

...en pocos días estuvo concluída la cúpula...

Llegado que hubo el día, esparciéronse por la llanura todos los habitantes de la ciudad para presenciar la ceremonia, que se hizo de esta manera:

El Monarca se dirigió hacia la cúpula seguido de su primer Ministro y de los principales señores de su corte, y cuando hubo llegado a ella entró, y se sentó con ellos en alfombras de raso con flores de oro; en seguida se acercó a la cúpula una tropa numerosa

de guardias a caballo con la cabeza baja. Le dieron vuelta dos veces, guardando profundo silencio; pero a la tercera se pararon delante de la puerta.

—¡Oh hijo mío!—dijo el Rey.—¡Si pudiéramos proporcionar algún alivio a tu mal, por el filo de nuestras cimitarras, por la sangre de nuestras venas y por el valor humano, te haríamos ver la luz! ¡Pero el Rey de los reyes ha mandado, y el ángel de la muerte ha obedecido!

Dichas estas palabras se retiraron, y ocuparon su lugar cien ancianos, montados todos en mulas negras, y que llevaban largas barbas blancas.

Eran ermitaños que durante el curso de sus días estaban ocultos en grutas y nunca se mostraban a los ojos de los hombres sino para asistir a las exequias de los reyes de Siria y de los príncipes de su casa.

Aquellos venerables ancianos, que llevaban sobre la cabeza un grueso libro que contenía los textos sagrados, dieron tres veces la vuelta alrededor de la cúpula sin decir nada, y deteniéndose luego en la puerta, uno de ellos pronunció estas palabras:

—¡Oh valeroso príncipe! ¿Qué podemos hacer por ti? Si por medio de la oración o de la ciencia se te pudiese devolver la vida, restregaríamos nuestras barbas blancas a tus pies y recitaríamos oraciones; pero el Creador del Universo te ha arrebatado para siempre.

Después de haber hablado así los ancianos se alejaron de la cúpula, y a punto se acercaron cincuenta jóvenes de admirable hermosura, cada una de las cuales iba montada en un caballito blanco: estaban sin velos, y llevaban canastillos de oro llenos de toda clase de piedras preciosas. Dieron también tres vueltas alrededor de la cúpula, y habiéndose detenido en el mismo sitio que los demás, tomó la palabra la más joven y dijo:

—¡Oh príncipe, en otro tiempo tan hermoso! ¡Si los encantos de la belleza pudieran reanimarte, nos haríamos tus esclavas! Pero ¿qué puede nuestra hermosura ante la muerte?

Habiéndose retirado las jóvenes, se levantaron el Rey y los cortesanos, y después de haber dado tres vueltas por la tumba tomó el Rey nuevamente la palabra, y dijo:

—¡Oh mi querido hijo, luz de mis ojos! ¿Es posible que te haya perdido para siempre?

Acompañó estas palabras con suspiros, regó la tumba con sus lágrimas, y a su ejemplo también lloraron los cortesanos; en seguida se cerró la puerta de la cúpula, y todas las gentes volvieron a la ciudad. Al día siguiente hubo en los templos preces públicas que duraron ocho días consecutivos.

Al noveno día resolvió el Rey hacer cortar la cabeza a los príncipes sus hijos. Indignado todo el pueblo ante el infame comportamiento que habían tenido con el príncipe Muza, parecía que esperaba con impaciencia su suplicio. Comenzaron a levantarse los cadalsos; pero tuvo que suspenderse la ejecución, porque de repente se supo que los príncipes vecinos, que habían hecho la guerra al rey de Siria, se adelantaban con tropa más numerosa que la primera vez, y no estaban muy distantes de la ciudad. Hacía mucho tiempo que se sabía que se preparaban a hacer la guerra; pero aún no habían inspirado temor sus preparativos. La noticia de aquella invasión causó general zozobra e hizo deplorar más vivamente la pérdida de Muza, porque este príncipe se había distinguido extraordinariamente en la guerra anterior contra aquellos mismos enemigos.

—¡Si viviese todavía el generoso Muza—decían las gentes,—poco cuidado nos darían esos Príncipes que vienen a atacarnos!

Mientras tanto el anciano Rey, en vez de entregarse al temor, formó un ejército bastante considerable, y, demasiado animoso para esperar dentro de sus muros a que fueran a buscarle sus enemigos, les salió al encuentro. Al ver los enemigos que avanzaba para combatirlos el rey de Siria, se detuvieron en una llanura y formaron su ejército en batalla.

El Rey por su parte arregló también y dispuso sus tropas para el combate. Mandó tocar los clarines y atacó con gran energía, hallando mucha resistencia en el enemigo. Mucha sangre se derramó por ambas partes, y la victoria estuvo incierta largo tiempo; pero por fin iba a declararse por los enemigos del rey de Siria, que, siendo más en número, se desplegaban ya para envolverlos, cuando apareció en la llanura un ejército de soldados de a caballo que se acercaban en buen orden de combate. La vista de aquellos nuevos soldados asombró a los dos bandos, que no sabían qué pensar. Pero no estuvieron mucho tiempo en la incertidumbre: aquella tropa de a caballo fué a tomar el flanco a los enemigos

del rey de Siria, y cargó sobre ellos con tanta furia, que muy pronto los puso en desorden, y luego en derrota. No se contentaron con eso los nuevos combatientes, sino que los persiguieron vivamente e hicieron en ellos gran matanza.

El rey de Siria, que observó con mucha atención y no menos asombro todo lo que había pasado, admiraba la audacia de aquellos soldados, cuyo inesperado socorro acababa de decidir la victoria en su favor. Sobre todo había quedado maravillado de su jefe, a quien había visto pelear con extraordinario valor, pues cada uno de sus golpes aniquilaba a un enemigo, y anhelaba saber el nombre de aquel generoso héroe. Impaciente por verle y darle las gracias, procuró reunirse con él, y observó que avanzaba en su busca. Cuando el Rey le tuvo cerca, reconociendo a su hijo Muza en aquel valiente guerrero que acababa de socorrerle, o más bien, de salvarle de sus enemigos, quedó inmóvil de sorpresa y de gozo.

—Señor—le dijo Muza,—con justa causa y sobrado fundamento me creía muerto V. M., y no dudo que habrá quedado admirado al verme vivo en su presencia. El Cielo me ha conservado la vida para servir aún a V. M. contra sus enemigos.

—¡Ah, hijo mío!—exclamó el Rey.—¿Es posible que vuelva a tenerte a mi lado? ¡Ya había perdido la esperanza de volver a verte!

Y al decir esto tendió los brazos al joven Príncipe, que se precipitó en ellos.

—¡Todo lo sé, hijo mío!—continuó el Rey, después de haberle tenido largo rato abrazado.—Sé de qué modo te han pagado tus hermanos el servicio que les habías hecho librándolos de las manos del negro; pero mañana serás vengado. En tanto, vamos a Palacio. Tu madre, que aún te llora inconsolable, estará esperándome impaciente. ¡Qué gozo le causaremos haciéndole saber que mi victoria es obra tuya!

—Señor—dijo Muza,—permítame V. M. que le pregunte cómo ha podido saber la aventura del asesinato. ¿Se lo ha confesado a V. M. alguno de mis hermanos?

—No—respondió el Rey;—la princesa de Chipre es quien me ha informado, porque vino a Palacio con objeto de pedir justicia.

Muza se puso muy contento al saber que su esposa estaba en la corte.

—¡Vamos, señor—exclamó;—vamos a ver a mi madre, que nos está esperando! ¡Estoy impacientísimo por enjugar sus lágrimas, así como también las de la Princesa, mi esposa!

Volvió el Rey a la capital de sus Estados, donde licenció a su ejército, y entró victorioso en su Palacio en medio de las aclamaciones de su pueblo, que le seguía entusiasmado, rogando al Cielo que prolongara sus años y aclamando a Muza.

Los dos príncipes encontraron a Amina y su nuera, que estaban esperando al Rey para felicitarle; pero no hay modo de expresar los gritos y alabanzas a Dios en que prorrumpieron cuando vieron al joven Príncipe que le acompañaba. Diéronle mil abrazos mezclados con lágrimas, muy diferentes de las que hasta entonces habían derramado por él, y después de estos trasportes preguntaron al hijo de Amina por qué modo singular había conservado la vida.

Respondió él que habiendo entrado por casualidad en la tienda en que estaba un hombre del campo, y viéndole solo y lleno de heridas, le había cargado sobre la mula que montaba y le había llevado a su casa; que allí le había aplicado a las heridas ciertas hierbas machacadas, con las cuales se había restablecido en pocos días.

—Cuando me vi curado—prosiguió—hice presente mi agradecimiento a mi bienhechor, y le di todos los diamantes que tenía. En seguida me aproximé a la capital de Siria; pero habiendo tenido noticia en el camino de que algunos Príncipes vecinos habían reunido tropas y venían a precipitarse sobre los Estados de V. M., me di a conocer en los pueblos, y excité el celo de sus habitantes para emprender su defensa. Armé gran número de jóvenes, y poniéndome a su cabeza, llegué en el momento crítico en que los dos ejércitos peleaban.

Apenas hubo acabado el joven de hablar, dijo el Rey:

—Doy gracias a Dios porque me ha conservado tu vida, mi amado hijo: pero es necesario que los traidores que han querido matarte perezcan hoy mismo.

—Padre mío—replicó el generoso hijo de Amina,—por ingratos y malos que sean, hágase cargo V. M. de que tienen su misma

sangre. Son mis hermanos: yo les perdono su crimen, y pido a V. M. que los perdone también.

Tan nobles sentimientos arrancaron lágrimas de ternura al Rey, que hizo reunir al pueblo y declaró su heredero a Muza. En seguida mandó que hiciesen ir a los cuarenta y nueve príncipes presos, que estaban cargados de cadenas, y el hijo de Amina fué quitándoselas y abrazando a todos, uno tras otro, con tan buena voluntad como lo había hecho en el patio del palacio del negro.

Encantado quedó el pueblo del buen natural de Muza, y le llenó de aplausos; y luego se colmó de riquezas y honores al cirujano, en reconocimiento de los servicios que había hecho a la princesa de Chipre, a cuyo padre restituyeron poco después la libertad y el reino las tropas de Siria, mandadas por el valeroso Muza.

CUENTO XIX

LOS CUARENTA LADRONES

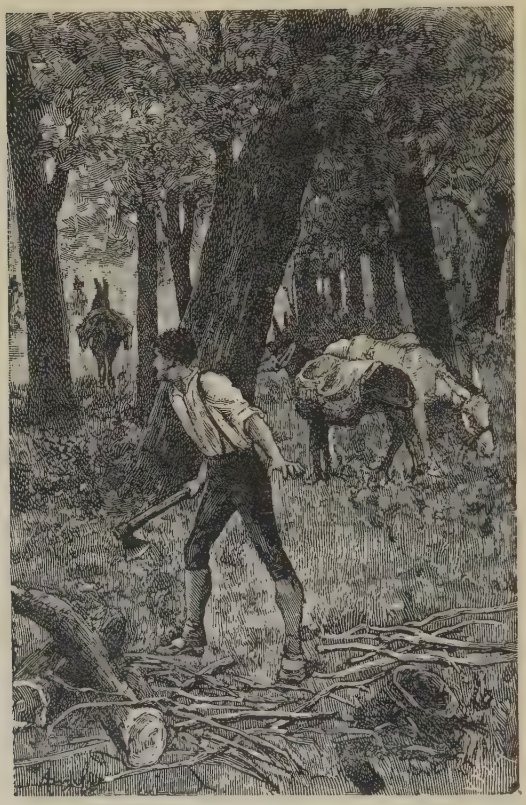
En una ciudad muy poderosa vivían dos hermanos, uno de los cuales se llamaba Cassim, y el otro Alí. Su padre les había dejado pocos bienes de fortuna, y ellos se los habían distribuído por iguales partes.

Cassim se unió con la heredera de un rico patrimonio, y por esta razón se vió de repente elevado a un rango superior al que tenía y lleno de comodidades, convirtiéndose, por tanto, en uno de los comerciantes más ricos de la ciudad.

Alí se había casado con una mujer tan pobre como él: vivía en una casa miserable, y para ganarse la vida y mantener a su familia no tenía otra industria que cortar leña en un bosque vecino y llevarla a vender a la ciudad con tres asnos, que formaban todo su caudal.

Un día estaba Alí en el bosque, y acababa de cortar la leña suficiente para la carga de sus asnos, cuando vió que se elevaba en el aire y se adelantaba hacia la parte en que él estaba una gran nube de polvo. Miró con atención, y distinguió entre ella una numerosa cuadrilla de gentes a caballo.

Aunque en el país no se hablaba de ladrones, sin embargo, a Alí se le ocurrió el pensamiento de que podrían serlo; y sin reflexionar en lo que ocurriría a sus asnos, sólo pensó en salvar su persona. Se subió a un árbol grueso, cuyas ramas estaban tan unidas unas a otras, que sólo las separaba un corto espacio. Se colocó en medio, con tanta más seguridad, cuanto que podía ver sin ser visto y el árbol se elevaba al pie de una roca aislada y escarpada, de manera que no se podía subir a la cima por parte alguna. Desde aquella atalaya se propuso averiguar qué gentes eran las que se acercaban y poner en claro los asuntos que llevaran entre manos, los cuales desde luego no dejaron de parecerle sospechosos.



Miró con atención...

Los de a caballo, fuertes y robustos, todos bien montados y bien armados, llegaron junto a la roca, donde se apearon; y Alí, que contó cuarenta, en vista de su traza y equipo no dudó que eran ladrones. No se engañaba; pues si bien, para seguridad de su tesoro, no hacían daño en los alrededores, iban muy lejos a ejercer su triste oficio.

Los recién llegados quitaron las bridas a los caballos, los ataron, les pusieron al cuello un saco de cebada que llevaban a la grupa, y cada uno cargó en su respectiva maleta, pareciéndole a Alí tan pesadas, que juzgó que estaban llenas de oro y plata.

El que hacía de cabeza, cargado con su maleta como todos los demás, a quien Alí tuvo por capitán, se acercó a la roca, muy cerca del árbol donde se había refugiado, y después de haberse abierto paso por entre algunos arbustos, pronunció en voz alta estas palabras: "¡Sésamo, ábrete!" Dicho lo cual se abrió una puerta, y después de haber hecho pasar a toda su gente delante entró también él mismo, e inmediatamente se cerró la puerta.

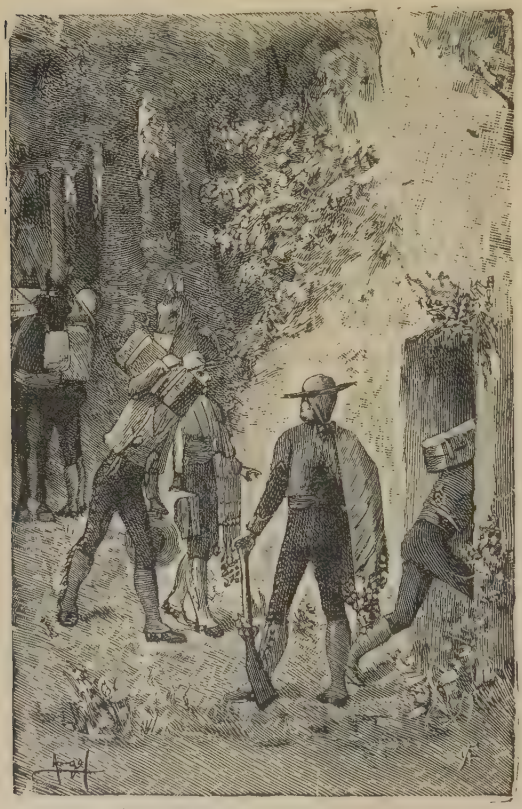
Se subió a un árbol grueso...

Los ladrones permanecieron encerrados durante largo tiempo; y temiendo Alí que saliese alguno de ellos, se vió precisado a permanecer en el árbol y esperar con paciencia. Tuvo, sin embargo, tentaciones de bajar y apoderarse de dos caballos, montar en uno, y cogiendo al otro de la brida, marchar a la ciudad, llevando delante de él sus tres asnos; pero el temor le obligó a estarse quieto.

Abrióse por fin la puerta, salieron los cuarenta ladrones, y después de haber desfilado delante del capitán, oyó Alí que se cerraba la puerta, pronunciando estas palabras: "Sésamo, ciérrate!" Volvieron a coger sus caballos, les pusieron las bridas, ataron las maletas y montaron. Cuando el capitán vió que todos estaban dispuestos para marchar, se puso a la cabeza, y volvió a tomar con todos ellos el camino por

donde habian ido. Allí se quedó un rato más en el árbol, diciéndose:

—Pueden haber olvidado alguna cosa que los obligue a volver, y si eso aconteciera, me sorprenderían: por consiguiente, debo permanecer aquí hasta que se hayan alejado cierto trecho, y entonces podré descender de mi observatorio con entera seguridad.



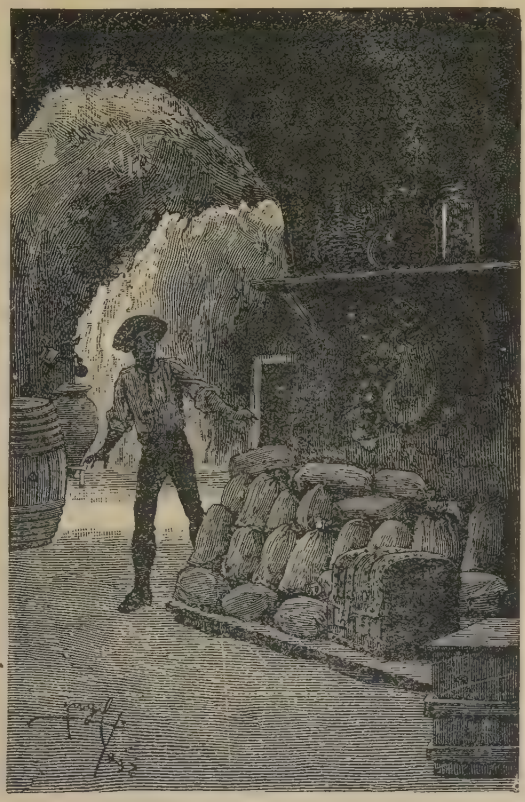
... pasar a toda su gente delante ...

Estuvo mirándolos hasta que los perdió de vista, y no bajó hasta pasado un gran rato. Como se acordaba de las palabras mediante las cuales el capitán de los ladrones había hecho abrirse y cerrarse la puerta, tuvo la curiosidad de experimentar si pronunciándolas él producirían el mismo efecto. Pasó por entre las arbustos, y, viendo la puerta, dijo: "¡Sésamo, ábrete!"; y en el instante mismo se abrió la puerta de par en par, mostrando a su vista atónita el interior de la caverna.

Allí contaba con encontrar un sitio tenebroso y oscuro; pero quedó muy sorprendido al ver uno muy claro, vasto y espacioso, abierto a mano por aquellos hombres, con una bóveda muy elevada, y que recibía la luz de lo alto de la roca por una abertura hecha en la cúspide de la cima. Vió muchas provisiones de boca, fardos de ricos géneros apila los de telas de seda y de brocado, de alfombras de gran precio, y, sobre todo, oro y plata acuñada en monto-

nes y en sacos, y grandes bolsas de cuero colocadas unas sobre otras. Al ver todas aquellas cosas vino en conocimiento de que hacía, no sólo muchos años, sino también siglos, que aquella gruta servía de guarida a ladrones que se habían sucedido unos a otros.

Alí entró en la gruta, y apenas lo hubo hecho se cerró la puerta; pero esto no le inquietó, pues que ya sabía el secreto para hacerla abrir. Recogió todo el oro acuñado que estaba en los sacos. Tomó tantos de éstos cuantos podía llevar, y en cantidad suficiente para cargar a sus tres asnos hasta el punto de abrumarlos con la carga. Salió a reunirlos, porque estaban dispersos, y habiéndolos hecho acercarse a la roca, arregló la carga de los sacos. Para ocultarlos acomodó leña por encima de manera que no pudieran verse. Así que hubo acabado esta operación se presentó delante de la puerta, y no bien hubo pronunciado estas palabras: "¡Sésamo, ciérrate!", cuando se cerró; porque se cerraba por sí misma cuando se entraba en la gruta, y permanecía abierta cuando se salía de ella.



Vió muchas provisiones de boca...

Hecho esto, Alí tomó el camino de la ciudad, y al llegar a su casa hizo entrar a sus asnos en un patio y cerró la puerta con gran cuidado. Quitó la poca leña que cubría los sacos, y llevando éstos

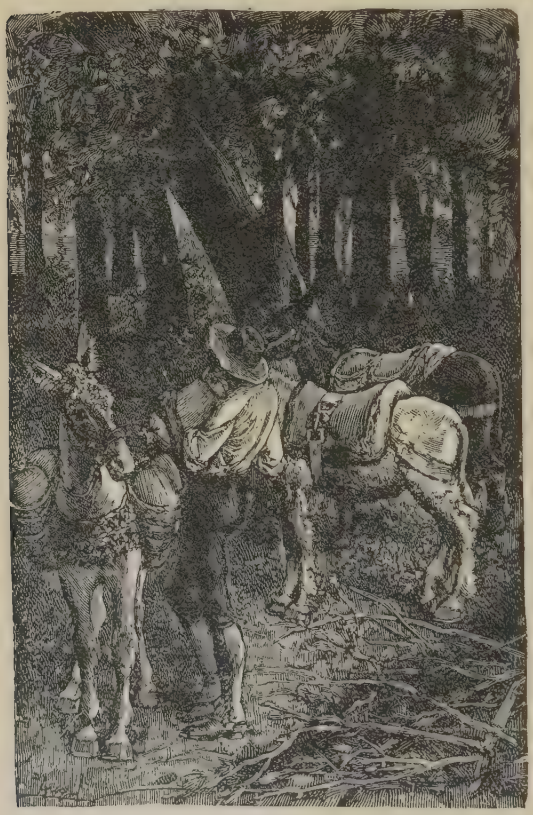
a su cuarto, los colocó y arregló delante de su mujer, que estaba sentada en el sofá.

Manoseó la mujer los sacos, y viendo que estaban llenos de dinero, sospechó que su marido los había robado, de manera que cuando acabó de llevarlos todos no pudo dejar de decirle:

—Alí, la pobreza te ha llevado al extremo de...

Alí la interrumpió:

—¡Calla, mujer, no te alarmes! No soy ladrón, al menos que merezca ese título, porque, en todo caso, he robado a ladrones. Cuando te cuente lo que ha sucedido, se desvanecerán tus dudas.



...para cargar a sus tres asnos...

Vació los sacos para formar un gran montón de oro, ante el cual quedó deslumbrada su mujer, y luego le refirió su aventura desde el principio hasta el fin. Cuando acabó, le encargó mucho que guardara secreto.

Vuelta en sí y curada de su espanto, la mujer se alegró, y quiso contar pieza por pieza todo el oro.

—Esposa mía—le dijo Alí,—¡qué poco cuerda eres! ¿Qué pretendes hacer? ¿Cuándo acabarás de contar? Voy a cavar un hoyo y a meter en él todo ese dinero; no debemos perder tiempo.

—Bueno es—replicó la mujer—que sepamos poco más o menos

la cantidad que hay. Voy a buscar en la vecindad una medida pequeña, y lo mediré mientras tú cavas el hoyo.

—Mujer—repuso Alí,—de nada sirve lo que quieres hacer, y mejor sería que no hicieras semejante cosa. Sin embargo, haz lo que quieras; pero sobre todo, cuidado con hablar de ello.

Para satisfacerse salió la mujer de Alí, y fué a casa de su cuñado. No estaba Cassim en casa, y en su defecto se dirigió a su mujer suplicándole que le prestase una medida. La cuñada le preguntó si la quería grande o pequeña, y la mujer de Alí le contestó que pequeña.

Al día siguiente salió con diez machos...

—Con mucho gusto—dijo la cuñada:—espere usted un momento, que voy a traérsela.

Fué la cuñada a buscar la medida; y como conocía la pobreza de Alí, curiosa de saber qué clase de grano quería medir la mujer de éste, se le ocurrió poner un poco de sebo debajo de la medida. Volvió, y al presentarla a la mujer de Alí se excusó de haberla hecho esperar tanto, diciendo que le había costado mucho trabajo encontrarla.

Volvió a su casa la mujer de Alí con la medida, la puso junto al montón de oro, la llenó y la vació sobre el sofá hasta que acabó, quedando muy contenta del número de medidas que resultaron, de

lo que dió parte a su marido, el cual acabó de hacer su faena de abrir un hoyo en el suelo.

Mientras Alí enterró el dinero, su mujer, para manifestar su exactitud y diligencia a su cuñada, fué a llevarle su medida; pero sin reparar en que se había pegado en el fondo una moneda de oro.

—Cuñada—le dijo,—ya ve usted que no he tenido mucho tiempo su medida: se la vuelvo, y le doy gracias por el favor que ha tenido a bien hacerme.

Apenas hubo vuelto la espalda la mujer de Alí, cuando la de Cassim miró la medida por debajo, y no es posible espresar la admiración que le causó encontrar pegada en ella una moneda de oro. En el momento la envidia se apoderó de su corazón. Ella, la rica, no pudo saber sin pena que la pobre medía el dinero.

—¡Cómo! ¡Alí tiene el oro a montones! ¿De dónde lo ha sacado ese miserable?

No estaba en casa su marido; hallábase en la tienda, de donde no debía volver hasta la noche. Todo el tiempo que tuvo que esperar fué un siglo para ella.

Cuando Cassim llegó a su casa le dijo su mujer:

—Crees ser más rico que tu hermano; pero te equivocas. Alí lo es infinitamente más que tú: no cuenta el oro, sino que lo mide.

Casim pidió que se explicase aquel enigma; ella lo hizo, comunicándole de qué medios se había valido para hacer el descubrimiento, y le enseñó la moneda de oro que había encontrado pegada debajo de la medida, pieza tan antigua, que le era desconocido el nombre del príncipe que señalaba.

Lejos de alegrarse de la prosperidad de su hermano, Cassim concibió envidia mortal; de tal modo, que pasó casi toda la noche sin dormir. Al día siguiente fué a casa de Alí antes de salir el Sol, llamándole hermano, nombre que había olvidado desde que se había casado con la viuda rica, a la sazón su mujer.

—Alí,—le dijo al verle,—en verdad que eres reservado en tus negocios. ¿Te haces el pobre, el miserable, el mendigo, y mides el oro?

—Hermano mío—le contestó Alí,—no entiendo de qué me hablas: explícate más claramente, si deseas que te comprenda.

—¡No te hagas el ignorante!—replicó Cassim; y enseñándole la moneda de oro que su mujer le había dado,—¿Cuántas mone-

das tienes—añadió—semejantes a esta, que mi mujer ha encontrado pegada debajo de la medida que prestó a la tuya ayer?

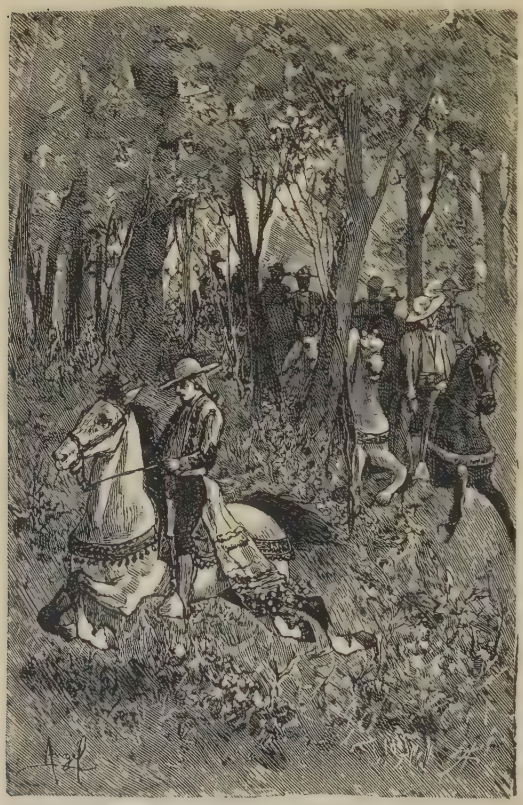
Al oir esto conoció Alí que, por la obstinación de su esposa, Cassim y su mujer sabían ya lo que él tenía tanto interés en ocultar; pero la falta estaba hecha y no podía repararse. Sin hacer la menor señal de admiración ni disgusto, confesó a su hermano lo que había, y le contó por qué casualidad había descubierto la guarida de los ladrones y en qué sitio estaba, ofreciéndole, si quería guardar el secreto, darle parte del tesoro que desde la caverna había llevado a su casa.

—Sí que quiero—contestó Cassim con aire altanero;—pero quiero saber dónde está ese tesoro, con todos los pelos y señales, y como podré entrar en él yo mismo si quisiera hacerlo: de otro modo, voy a denunciarte a la justicia. Si te niegas, perderás lo que has sacado, y yo tendré mi parte por haberte denunciado.

Más por efecto de su buen corazón que intimidado por las insolentes amenazas de su hermano, Alí le instruyó de cuanto deseaba y de las palabras de que era necesario servirse, tanto para entrar en la gruta como para salir de ella.

Sin preguntar más, Cassim se fué a su casa resuelto a apoderarse del tesoro él solo. Al dia siguiente antes de amanecer salió con diez machos cargados de grandes cofres, y con ánimo de llevar mayor número de éstos en un segundo viaje, a proporción de las cargas que encontrase en la gruta. Tomó el camino que Alí le había indicado, llegó cerca de la roca, y reconoció el lugar y el árbol en que Alí se había ocultado. Buscó la puerta, y frente a ella pronunció las palabras "¡Sésamo, ábrete!". Se abrió la puerta, entró, y al examinar la gruta se quedó admirado al ver muchas más riquezas de las que él había sospechado encontrar por la relación de Alí. A seguir los impulsos de su avaricia, por lo amante que era de las riquezas, hubiera pasado el día recreando la vista con tanto oro, si no hubiera recapacitado que había ido para sacarlo y cargar sus diez machos. Tomó todos los sacos que pudo llevar, y se dirigió a la puerta para hacerla abrir; pero, llena su imaginación de otras ideas, había olvidado la palabra necesaria, y en lugar de "Sésamo", dijo: "Cebada, ábrete!"; y se quedó admirado de ver que la puerta permanecía cerrada. Nombró otras clases de granos distintos del que era necesario, y la puerta no se abrió.

No contaba Cassim con semejante acontecimiento, y en el peligro en que se hallaba, se apoderó el miedo de su persona: cuantos más esfuerzos hacía para acordarse de la palabra "Sésamo", más se embrollaba su memoria, llegando a ser para él esta palabra como si no la hubiera oído pronunciar en la vida. Arrojó al suelo los sacos de que estaba cargado, se paseó precipitadamente por la gruta, ora hacia un lado, ora hacia otro, y todas las riquezas de que se veía rodeado no excitaban lo más mínimo su codicia.

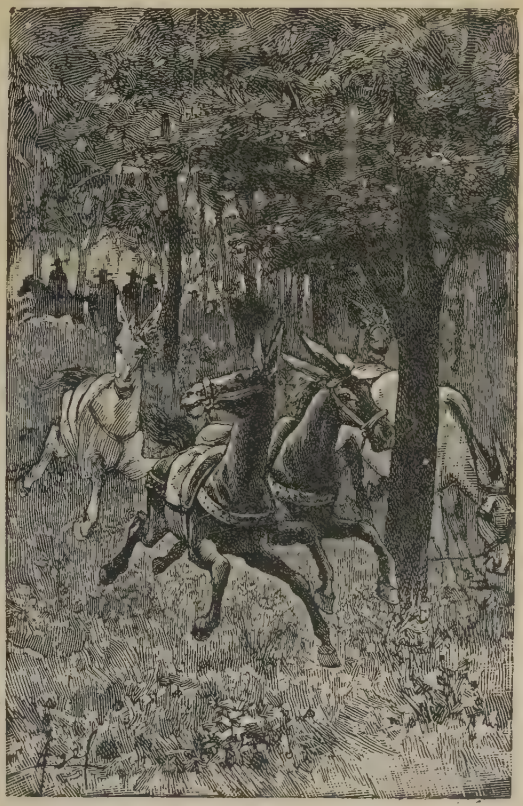


...avanzaron a todo escape...

Los ladrones volvieron a su guarida hacia el mediodía, y cuando estuvieron a poco distancia de ella vieron los machos de Cassim alrededor de la roca y cargados de cofres. Inquietos por aquella novedad, avanzaron a todo escape, con lo cual hicieron huir a los machos, que estaban pastando libremente; de manera que se dispersaron en el bosque, y tan de prisa, que muy pronto se perdieron de vista. No se tomaron las ladrones el trabajo de correr tras de los machos: más les importaba encontrar a su dueño. Mientras algunos rodeaban la roca para buscarle, se apeó el capitán con los demás, fué derecho a la puerta, pronunció las palabras sacramentales, y la puerta se abrió.

Cassim, que oyó el ruido de los caballos, supuso que serían

los de la partida de ladrones, y creyó próxima su última hora. Resuelto a hacer un esfuerzo para escapar de sus manos y salvarse, se había dispuesto a arrojarse al campo tan luego como se abriera la puerta. Apenas la vió abierta se abalanzó a ella, saliendo tan bruscamente, que derribó al capitán al suelo. Pero no pudo escapar de los demás ladrones, que estaban sable en mano, y que inmediatamente le quitaron la vida.



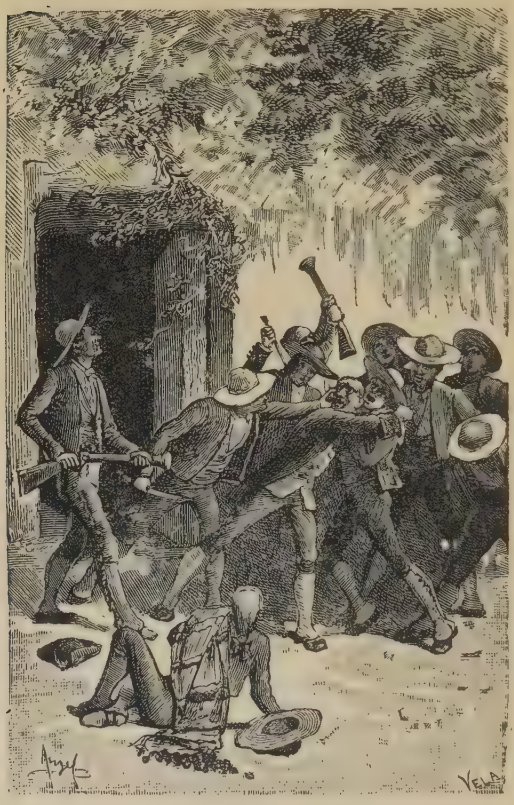
...se dispersaron en el bosque...

El primer cuidado de los ladrones después de esta ejecución fué entrar en la gruta. Cerca de la puerta encontraron los sacos que Cassin había comenzado a mover para cargar con ellos los machos, y los pusieron en su lugar, sin reparar en los que Alí se había llevado antes. Deliberando entre sí, y como se trataba de poner a salvo sus riquezas, convinieron en hacer cuatro cuartos el cadáver de Cassim y ponerlos cerca de la puerta, a la parte adentro de la gruta, dos a un lado y dos a otro, para espantar a cualquiera que tuviese el atrevimiento de acometer otra vez empresa semejante, y no volver a la gruta hasta después de algún tiempo, para dar lugar a que hubiese desaparecido el mal olor del cadáver.

Tomada esta resolución, la ejecutaron; y cuando nada tuvieron que hacer dejaron su retiro bien cerrado, se pusieron a caballo, y

fueron a recorrer los caminos más frecuentados por las caravanas, para atacarlas y ejercer sus latrocinios acostumbrados.

Cuando la mujer de Cassim vió que ya había cerrado la noche y que su marido no había vuelto, fué muy alarmada a casa de Alí, con la esperanza de que su cuñada podría darle algunos informes, y le dijo:



... derribó al capitán al suelo.

—Supongo que no ignora usted que Cassim ha ido al bosque. Aún no ha vuelto, a pesar de estar tan adelantada la noche, lo cual me hace temer que le haya sucedido alguna desgracia.

Alí sospechaba que aquel día había ido su hermano a visitar la gruta, y por lo mismo se abstuvo de ir aquel día al bosque, por no causarle mala obra. Sin hacerle objeción alguna por la cual pudiera ofenderse, ni su marido si vivía, dijo que aún no debía alarmarse, pues Cassim habría juzgado del caso no entrar en la ciudad hasta muy avenzada la noche.

La mujer de Cassim lo creyó con tanta más facilidad, cuanto que consideró la importancia de que su marido hiciera el alijo con el mayor secreto. Volvió a su casa, y estuvo esperando con impaciencia hasta media noche. Pero a esta hora se redoblaron sus cuidados con un dolor tanto más sensible, cuanto que no podía aliviarlo con gritos. Entonces se arrepintió de la loca curiosidad que

había tenido, del vituperable deseo de penetrar en los negocios de sus cuñados. Pasó la noche llorando; al amanecer fué corriendo a casa de Alí, y dijo el motivo que la llevaba, más bien con lágrimas que con palabras.

No esperó Alí a que su cuñada le suplicase que se tomara el trabajo de ir a ver qué había sido de Cassim.

Inmediatamente partió con sus tres asnos. Al aproximarse a la roca, después de no haber visto en el camino a su hermano ni a los diez machos, advirtió la sangre que manchaba la tierra, pronunció las palabras, y se abrió la puerta, quedando asombrado del triste espectáculo que se presentó a sus ojos: su hermano dividido en cuatro cuartos. No vaciló acerca del partido que debía tomar, olvidando el poco afecto que su hermano le había tenido. En la gruta encontró con qué hacer dos líos de los cuatro cuartos, y con ellos arregló la carga de uno de sus asnos, echando leña encima para ocultarlos. Sin perder tiempo, cargó los otros dos asnos con sacos de oro y leña, y cuando hubo acabado y mandado a la puerta que se cerrase, tomó el camino de la ciudad; pero tuvo la precaución de detenerse bastante tiempo a la salida del bosque para no entrar hasta que fuese de noche. Al llegar no hizo entrar en su casa más que los dos asnos cargados de oro; y después de haber dejado a su mujer el cuidado de descargarlos y de haberle dado parte en pocas palabras de lo que había sucedido a Cassim, condujo el otro asno a casa de su cuñada.

Llamá Alí a la puerta, que le abrió Morgiana, hábil esclava capaz de llevar a cabo las cosas más difíciles. Cuando entró en el patio descargó del asnò la leña y los dos líos, y llamando aparte a la esclava le dijo:

—Morgiana, te encargo que guardes secreto de lo que voy a decirte. Aquí está el cuerpo de tu amo en estos dos líos: se trata de hacerle enterrar como si hubiese muerto de muerte natural. Haz de modo que hable yo a tu ama y escuches cuanto le diga.

Advirtió Morgiana a su ama la llegada del hermano de su murido, y Alí entró donde estaba su cuñada.

—Y bien, hermano—preguntó ésta a Alí,—¿qué noticias me trae usted de mi marido?

—Hermana—respondió Alí,—nada puedo decir a usted sin que antes me haya prometido escucharme desde el principio hasta el

fin sin abrir la boca. No le importa a usted menos que a mí callar, para bien y reposo de usted y mío.

—¡Ah!—exclamó la cuñada sin levantar la voz.—Ese preámbulo me hace conocer que mi marido ha dejado de existir; pero al mismo tiempo conozco también la necesidad del secreto que usted me encarga. Mucha violencia tengo que hacerme; pero diga usted, que ya le escucho.

Alí contó a su cuñada el resultado de su viaje hasta su encuentro con el cuerpo de Cassim.

—Esto es un motivo de aflicción para usted, tanto mayor, cuanto que no lo esperaba. Aunque el mal no tiene remedio, sin embargo, si alguna cosa es capaz de consolar a usted, yo le ofrezco juntar con los de usted los pocos bienes que Dios me ha enviado, y me atrevo a asegurar que todos viviremos en la mayor armonía. Si no le desagrada a usted la proposición, es preciso obrar de modo que parezca que mi hermano ha muerto de muerte natural: yo por mi parte contribuiré en cuanto esté a mi alcance para conseguirlo.

No rehusó; antes bien, lo miró como un motivo razonable de consuelo. Enjugándose las lágrimas que había empezado a derramar en abundancia, manifestó que aceptaba la oferta.

Alí dejó a la viuda, y después de haber encargado a Morgiana que desempeñara bien su papel, volvió a su casa con el asno.

No lo echó Morgiana en olvido; y saliendo al mismo tiempo que Alí, fué a casa de un boticario que vivía en la vecindad, y le pidió unas pastillas muy saludables en las enfermedades peligrosas. Se las dió el boticario, preguntando quién estaba enfermo en casa de su amo.

—¡Ah!—respondió Morgiana dando un gran suspiro.—¡Es el mismo Cassim, mi buen amo! ¡Tenemos muy pocas esperanzas de salvarle! ¡Ni habla ni puede comer!

Dicho esto se llevó sus pastillas, de las cuales no se hallaba Cassim en estado de hacer uso.

Al día siguiente volvió Morgiana a casa del mismo boticario, y le pidió con lágrimas en los ojos una esencia que no se acostumbraba a dar a los enfermos sino en el último trance.

—¡Ay!—dijo con la mayor aflicción al recibirla de manos del boticario—¡Mucho temo que este remedio no produzca más efecto que las pastillas! ¡Ay! ¡Qué amo tan bueno pierdo!

Por otra parte, como todo el día se vió a Alí y a su mujer con aire triste hacer muchos viajes a casa de Cassim, no causó admiración oir por la noche los gritos lamentables de su mujer, y principalmente de Morgiana, que anunciaban que Cassim había muerto.

Al otro día al amanecer, Morgiana, que sabía que había en la plaza un buen hombre, zapatero remendón y muy viejo, que abría su tienda mucho antes que los demás, salió y fué a buscarle; y al llegar a él, dándole los buenos días, le puso una moneda de oro en la mano.

Mustafá, conocido de todo el mundo por este nombre, era naturalmente alegre y tenía dichos graciosos. Miró la moneda, porque todavía no se veía muy claro, y conociendo que era de oro, dijo:

—¡Buen estreno! ¿De qué se trata? ¡Aquí me tiene usted listo para cualquier cosa de provecho!

—Mustafá—le dijo Morgiana,—tome usted todo lo necesario para coser, y venga usted conmigo; pero a condición de que he de vendarle a usted los ojos cuando estemos en cierto sitio, para que no sepa adónde va.

Al oir estas palabras puso Mustafá algunas dificultades.

—¡Oh, oh!—repuso.—¿Quiere usted ponerme en el caso de hacer alguna cosa contra mi conciencia o contra mi honor?

Poniéndole en la mano otra moneda de oro, contestó Morgiana:

—¡Dios me libre de que le exija nada que no pueda hacer sin faltar al honor! Venga usted, y no tema nada.

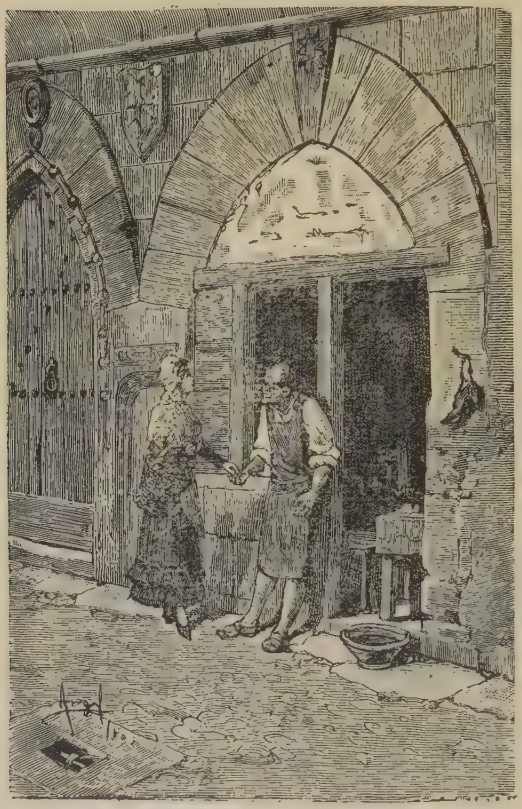
Dejóse conducir Mustafá, y Morgiana, después de haberle vendado los ojos con un pañuelo en el sitio que había indicado, le llevó a casa de su difunto amo, y no le quitó el pañuelo hasta que llegaron al cuarto donde habían puesto el cuerpo. Luego le dijo:

—Mustafá, le ha traído a usted aquí para que cosa las piezas que está viendo. No pierda usted tiempo; y cuando haya acabado le daré otra moneda de oro como las anteriores.

Cuando Mustafá acabó su operación, volvió Morgiana a vendarle los ojos en el mismo cuarto, y después de haberle dado la tercera moneda de oro que le había prometido, y de insistir en recomendarle el secreto, volvió a llevarle hasta el sitio en que le

había vendado los ojos la primera vez, y allí, después de quitarle el pañuelo, le dejó volver a su casa.

Morgiana había hecho calentar agua para lavar el cuerpo de Cassim, y así que llegó Alí, le lavó, le perfumó con incienso y le amortajó con las ceremonias acostumbradas.



...poniéndole en la mano otra moneda de oro...

Una vez dispuesto todo se procedió al entierro del pobre Cassim.

Cuatro vecinos reunidos cargaron el ataúd a hombros, y siguiendo al imán, que iba recitando algunas oraciones, lo llevaron al cementerio. Morgiana, deshecha en lágrimas, como esclava del difunto, seguía con la cabeza descubierta, dando gritos lastimosos, pegándose grandes golpes en el pecho y arrancándose los cabellos. Alí caminaba después acompañado de algunos vecinos que de cuando en cuando se destacaban a su turno para relevar a los que llevaban el ataúd, hasta que llegaron al cementerio.

Por lo que hace a la mujer de Cassim, se quedó en su casa, afligiéndose y dando gritos lastimosos con las mujeres de la vecindad, que, según costumbre, concurrieron durante la ceremonia del entierro, y que juntando sus lamentos con los de la viuda, llenaron de tristeza el barrio y los alrededores.

De esta manera se ocultó y disimuló la funesta muerte de Cassim entre Alí, su mujer, la viuda y Morgiana, con tal maña, que no se concibió la más leve sospecha.

Tres o cuatro días después del entierro de Cassim trasladó Alí los pocos muebles que tenía, con el dinero que había sacado del tesoro de los ladrones, que procuró llevar de noche, a la casa de la viuda para establecerse en ella.

En cuanto a la tienda de Cassim, Alí tenía un hijo que hacía algún tiempo había acabado su aprendizaje en casa de un comerciante rico, al cual había dado siempre pruebas de su buena conducta, y se la cedió, prometiéndole que si continuaba gobernándose con juicio y prudencia, no tardaría mucho en casarle según su estado.

Dejemos a Alí gozar de su fortuna, y hablemos de los cuarenta ladrones. Volvieron a su retiro del bosque al tiempo en que habían convenido; pero quedaron muy admirados de no encontrar el cuerpo de Cassim, y creció su admiración cuando notaron la disminución de sus sacos de oro.

—¡Estamos descubiertos y perdidos!—dijo el capitán.— Si no miramos este asunto con atención y no procuramos poner remedio, insensiblemente vamos a perder las riquezas que nuestros antepasados y nosotros hemos reunido a costa de tantos trabajos y fatigas. No podemos calcular el daño que nos han hecho: el ladrón a quien hemos sorprendido conocía bien el secreto de hacer abrir la puerta, y hemos llegado felizmente al tiempo mismo en que iba a salir. Ahora vemos que no era solo, y que algún otro está iniciado en el secreto. Su cuerpo, que se han llevado, y nuestro tesoro disminuído, son pruebas indudables. Y como es posible que estén en el secreto tan sólo dos personas, después de haber hecho perecer a la primera, es preciso que también hagamos perecer a la otra. ¿Qué decís, camaradas? ¿Sois del mismo modo de pensar que yo?

Muy razonable pareció a la compañía la proposición del capitán, y la aprobaron todos, manifestando unánimemente que era necesario abandonar toda empresa para dedicarse exclusivamente a aquélla, y no desistir de ella hasta haber acabado la obra que se proponían.

—No esperaba menos de vuestro valor—prosiguió el capitán;

pero ante todo es preciso que alguno de vosotros, atrevido, diestro y emprendedor, vaya a la ciudad sin armas y en traje de viajero y extranjero, empleando toda su habilidad en descubrir si se habla de la extraña muerte del que hemos degollado como merecía, quién era y dónde vivía. Esto es lo que nos importa saber desde luego, para no hacer nada de que tengamos que arrepentirnos. Pero a fin de animar al que se ofrezca a desempeñar esta comisión, e impedir que nos engañe viniendo con una relación falsa en lugar de una verdadera y que pueda ser causa de nuestra ruina, os pregunto si no juzgáis oportuno que en tal caso se le someta a la pena de muerte.

Sin esperar a que los demás dieran su parecer, dijo uno de los ladrones:

—Yo me someto a ella, y hago alarde de exponer mi vida encargándome de esa comisión. Si no salgo con mi intento, a lo menos os acordaréis de que no me ha faltado buena voluntad ni valor por el bien común.

Después de haber escuchado elogios del capitán y de sus camaradas, aquel ladrón se disfrazó de manera que nadie podía tenerle por lo que en realidad era. Separándose de la cuadrilla, partió por la noche; y tomó tan bien sus medidas, que entró en la ciudad cuando comenzaba a amanecer. Se adelantó hasta la plaza, donde no halló más tienda abierta que la de Mustafá.

Estaba éste sentado en una silla y con la lezna en la mano, dispuesto a trabajar en su oficio. Se llegó a él el ladrón, y reparando al darle los buenos días que tenía mucha edad, le dijo:

—Buen hombre, comienza usted a trabajar muy temprano. No es posible que todavía vea usted bien, tan anciano como es; y aun cuando sea bien de día, dudo que tenga usted bastante buena vista para coser.

—Tan viejo como me ve, no por eso dejo de tener excelentes ojos; y no le quedará a usted duda de ello cuando sepa que no hace mucho tiempo que he cosido un muerto en un sitio que apenas estaba más claro que ahora.

Alegróse el ladrón de haberse dirigido a un hombre que desde luego le daba noticias de lo que era objeto de su viaje.

—¿Un muerto?—replicó con asombro y para buscarle la lengua.—¿Para coser un muerto?—añadió.—Sin duda, querrá usted decir que ha cosido la mortaja en que le envolvieron.

—¡No, no!—replicó Mustafá.—Bien sé lo que quiero decir. Usted quiere hacerme hablar; pero no sabrá más sobre el particular.

No tenía necesidad el ladrón de mayor explicación para persuadirse de que había descubierto lo que buscaba. Sacó una moneda de oro, y poniéndola en la mano de Mustafá, le dijo:

—Me guardaré muy bien de querer penetrar ese secreto, aunque puedo asegurarle que sabría reservarlo si usted me lo confiase. Lo único que le suplico es que haga usted el favor de enseñarme desde aquí o venir a mostrarme la casa donde ha cosido ese muerto.

... comienza usted a trabajar muy temprano ...

—Aunque tuviese voluntad de conceder a usted lo que me pide—contestó Mustafá con la moneda de oro en la mano dispuesto a devolvérsela, — aseguro que no podría hacerlo; y puede usted creerme bajo mi palabra, porque me llevaron hasta cierto sitio, donde me vendaron los ojos, y desde allí me dejé conducir hasta la casa: después de haber concluído me sacaron de la misma manera hasta el propio sitio. Ya ve usted la imposibilidad en que me encuentro de prestarle ese servicio.

—Por lo menos, debe usted acordarse—replicó el ladrón—del camino que le hicieron andar con los ojos vendados. Hágame us-

ted el favor de venir conmigo: le vendaré los ojos en el mismo sitio, e iremos juntos y daremos los mismos rodeos que pueda usted recordar; y como no hay trabajo que no merezca su recompensa, aquí tiene usted otra moneda de oro.

Aquellas monedas de oro tentaron un poco la codicia de Mustafá: estuvo mirándolas un rato en la mano sin decir palabra y consultando consigo mismo lo que debía hacer. Por fin sacó su bolsa del seno, y poniéndolas dentro,

—Puedo asegurar a usted—dijo al ladrón—que no recuerdo el camino que me hicieron andar; pero, supuesto que así lo quiere usted, haré todo lo que pueda por acordarme.

Levantóse Mustafá, y sin cerrar su tienda, en la cual no había cosa de valor que perder, llevó consigo al ladrón hasta el sitio donde Morgiana le había vendado los ojos. Cuando llegaron a él dijo Mustafá:

—Éste es el sitio donde me vendaron, y estaba yo en la misma postura en que me ve usted.

El ladrón, que tenía dispuesto su pañuelo, le vendó los ojos y caminó a su lado, en parte conduciéndole y en parte dejándole que fuese él mismo, hasta que se detuvo después de dar bastantes rodeos por varias calles.

—Si no recuerdo mal—dijo Mustafá,—no pasé muy lejos de aquí.

Con efecto; se encontraban delante de la casa de Cassim, donde a la sazón vivía Alí. Antes de quitarle el pañuelo de los ojos hizo el ladrón una señal en la puerta con un yeso que llevaba prevenido, y luego le preguntó si sabía a quién pertenecía aquella casa. Mustafá le respondió que no era de aquel barrio y que nada podía decirle.

Viendo el ladrón que nada más podía saber de Mustafá, le dió gracias por el trabajo que se había tomado, y después de haberle dejado para que volviera a su tienda, tomó el camino del bosque, persuadido de que sería bien recibido.

A poco de haberse separado el ladrón de Mustafá, salió Morgiana de casa de Alí, y habiendo notado la señal al volver, se detuvo preguntándose:

—¿Qué significa esta señal? ¿Es que alguien quiere mal a mi amo, o lo han hecho para divertirse? ¡Bueno es precaverse!—Y

arrancando un pedazo de yeso de la pared, señaló dos o tres puertas inmediatas, que eran muy parecidas, y entró en casa sin hablar a nadie de lo que acababa de hacer. En tanto el ladrón llegó al bosque, se reunió con la cuadrilla, e hizo relación de su viaje.

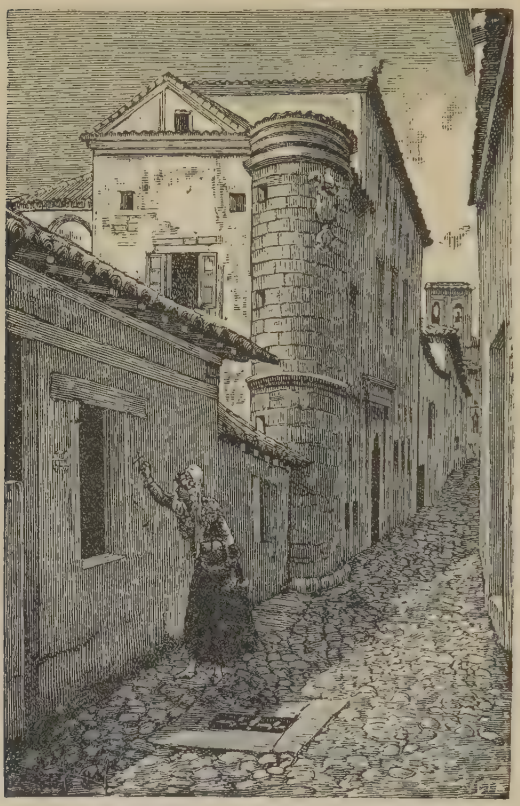
Todos le escucharon con atención, y tomando el capitán la palabra, después de haber elogiado su diligencia:

— Camaradas — dijo,—no tenemos que perder tiempo. Partamos bien armados, sin que se conozca que lo estamos; y cuando hayamos entrado en la ciudad, separados y unos tras otros para no dar que sospechar, nos reuniremos en la Plaza Mayor. Entretanto iré a reconocer la casa con el camarada que acaba de traernos tan buena noticia, a fin de que pueda tomar sobre el campo de acción las medidas que más nos convengan.

...a quién pertenecía aquella casa

Habiendo aceptado todos la proposición del capitán, fueron desfilando de dos en dos y de tres en tres, y caminando a distancia proporcionada unos de otros, entraron en la ciudad. El que había ido por la mañana llevó al capitán a la calle donde había marcado la casa de Alí, y cuando estuvo delante de una de las puertas que habían sido señaladas por Morgiana, se la hizo notar, diciéndole que era aquélla; pero, continuando su camino, observó el capitán que la puerta

que seguía estaba marcada del mismo modo: se lo hizo reparar a su conductor, y le preguntó si era aquélla o la primera. Quedóse admirado el conductor, que no supo qué responder; y menos aún cuando vió que las cuatro o cinco puertas que seguían tenían también la misma señal. Aseguró al capitán que él no había marcado más que una.



... señaló dos o tres puertas ...

—Yo no sé—añadió—quién ha podido marcar las otras con tanta semejanza; pero, en esta confusión, confieso que no sé cuál es la que yo he marcado. Indudablemente, nos han hecho una jugarreta.

El capitán, que vió desvanecido su designio, se fué a la Plaza Mayor, y con el primero que se encontró avisó a todos los compañeros que habían perdido el trabajo haciendo un viaje inútil, y que no les quedaba otro remedio que volverse a su común retiro. Él les dió el ejemplo, y todos le siguieron en el mismo orden en que habían ido.

Cuando se hubo reunido en el bosque toda la cuadrilla, les explicó el capitán el motivo por el cual los había hecho volver, y al punto fué declarado el conductor digno de la muerte. Él mismo se condenó, reconociendo que hubiera debido tomar mejor sus precauciones.

Tratándose, como se trataba, de la conservación de la banda,

otro ladrón ofreció salir más airoso, y salió al frente pidiendo la gracia de ser preferido. Marchó a la ciudad; sobornó, como el primero, a Mustafá, y éste le llevó a la casa de Alí.

Marcó el ladrón con encarnado la casa en un sitio menos visible, contando con que era un medio seguro para distinguirla de las demás, que lo estaban con blanco.

Poco tiempo después salió Morgiana de casa, como el día anterior, y cuando volvió no se ocultó a sus perspicaces ojos la señal encarnada. Hizo el mismo raciocinio que el día anterior, y en seguida señaló con encarnado las demás casas vecinas en el mismo sitio.

Cuando el ladrón se incorporó con su cuadrilla, pintó como infalible la precaución que había tomado para no confundir la casa de Alí con las demás, y de la misma opinión fueron el capitán y los demás compañeros. Llegaron a la ciudad en el mismo orden y con las mismas precauciones que antes, armados también de la misma manera, prontos a dar el golpe que meditaban, y al llegar se encontraron con la misma dificultad que la primera vez.

El capitán se vió precisado a retirarse con sus gentes tan poco satisfecho como el día anterior, y el ladrón, como autor del engaño, sufrió del mismo modo el castigo a que se había sujetado voluntariamente.

En este trance, el mismo capitán quiso encargarse de aquella comisión, y al efecto se fué a la ciudad, y con la ayuda de Mustafá, que le hizo el mismo servicio que a los otros dos compañeros que le habían precedido, no se entretuvo en hacer señal alguna para reconocer la casa de Alí, sino que la examinó bien, pasando y repasando diversas veces por delante, de modo que le fuera imposible equivocarse.

Satisfecho de su viaje el capitán de los ladrones, e instruído de lo que deseaba, volvió al bosque; y habiendo llegado a la gruta donde le esperaba la cuadrilla, les dijo:

—Camaradas, por fin, nada puede impedirnos tomar completa venganza del daño que se nos ha hecho. Conozco la casa del culpable, y por el camino he venido discurriendo los medios de hacérsela sentir sin que nadie pueda tener conocimiento del lugar de nuestro retiro ni de nuestro tesoro. Para conseguirlo es preciso que, dividiéndonos por los pueblos y aldeas cercanas, y aun por

las ciudades, compremos hasta diez y nueve machos y treinta y ocho cueros para trasportar aceite, uno lleno y los demás vacíos.

Dos o tres días tardaron en hacer estas compras los ladrones; y como los cueros vacíos eran un poco estrechos por la boca, el capitán los hizo ensanchar un poco, y después de haber hecho meter en cada cuero, con las armas que había juzgado necesarias, un ladrón, dejó abierto lo que había descosido, a fin de que pudiesen respirar; los cerró de manera que pareciese que estaban llenos de aceite, y para disimular mejor los frotó por fuera con aceite que tomó del cuero que estaba lleno.

Preparadas así la cosas, cuando los machos estuvieron cargados con los treinta y siete ladrones, sin comprender al capitán, oculto cada uno en un cuero, y con el otro que estaba lleno de aceite, el capitán, como conductor, tomó el camino de la ciudad al tiempo que había resuelto, y llegó de noche y a cosa de una hora después de puesto el Sol, como se había propuesto. Entró en ella, y fuése derecho a la casa de Alí, con el designio de llamar a la puerta y pedirle que le permitiera hospedarse allí con sus machos. Se excusó el trabajo de llamar, pues halló a Alí en la puerta tomando el fresco.

Hizo parar a los machos y le dijo:

—Traigo de muy lejos el aceite que está usted viendo para venderlo mañana en el mercado, y a estas horas no sé dónde ir a hospedarme. Si no tiene usted inconveniente, hágame el favor de recogerme en su casa para pasar en ella la noche; se lo agradeceré infinito.

Por más que Alí había visto en el bosque al que le estaba hablando, y hasta oído su voz, ¿cómo hubiera sido posible reconocerle bajo el disfraz de mercader de aceite?

—Sea usted bien venido—le dijo;—entre usted.

Y al decir estas palabras se levantó para dejarle entrar con los machos.

El supuesto vendedor entró con su numerosa recua, y empezó a descargar la fingida mercancía.

Alí llamó a un esclavo que tenía, y le mandó que cuando los machos estuviesen descargados, no sólo les pusiera en la cuadra, sino que les diese también paja y cebada. Mandó a Morgiana que dispusiera cena para el huésped y que le preparase una cama.

Cuando vió que el capitán de los ladrones había descargado sus machos, que éstos estaban acomodados en la cuadra como había mandado, y que buscaba un sitio donde pasar la noche al sereno, fué a buscarle para hacerle entrar en la sala donde recibía sus visitas, diciéndole que no permitiría que se acostase en el patio. El capitán de los ladrones se resistió mucho, con pretexto de no ser incómodo; pero en realidad era para ejecutar con más libertad lo que había meditado, y no cedió a los ofrecimientos de Alí sino a fuerza de ruegos.

...para dejarle entrar con los machos.

No contento Alí con hacer compañía al que atentaba contra su vida, continuó dándole conversación sobre diferentes materias hasta que Morgiana le hubo servido la cena, y no le dejó hasta después de haber cenado. Al cabo de una larga plática se despidió de su huésped afablemente.

—Si necesita usted algo—le dijo,—no tiene más que pedirlo: todo lo que hay en mi casa está a su disposición.

El capitán de los ladrones se levantó al mismo tiempo que Alí para acompañarle hasta la puerta, y mientras Alí fué a la cocina a hablar con Morgiana, él se fué al patio.

Después de haber recomendado de nuevo a Morgiana que tuviese mucho cuidado de su huésped y que no le dejase carecer de

nada, pues deseaba que quedara satisfecho de su hospitalidad, Alí añadió:

—Te prevengo que mañana voy al baño antes de amanecer. Ten cuidado de que esté dispuesta mi sábana de baño: dásela a Abdalla (que así se llamaba el esclavo), y hazme un buen caldo para la vuelta.

Después de dadas estas órdenes se retiró a acostarse.

Entretanto el capitán de los ladrones fué avisando a sus gentes lo que debían hacer, y comenzando desde el primer cuero hasta el último, les dijo a todos:

—Cuando yo tire piedrecillas desde el cuarto de mi alojamiento, haced inmediatamente una abertura, rompiendo el cuero de arriba abajo con el cuchillo que tenéis a prevención.

Hecho esto volvió, y habiéndose presentado en la puerta de la cocina, Morgiana tomó la luz y le acompañó a la habitación que le había preparado, donde le dejó después de haberle preguntado si necesitaba alguna cosa.

Para no dar que sospechar, apagó la luz y se acostó vestido, dispuesto a levantarse tan pronto como fuera posible.

No olvidó Morgiana las órdenes de Alí: preparó la sábana de baño; se la encargó a Abdalla, que aún no había ido a acostarse; puso el puchero al fuego para el caldo, y mientras lo espumaba se le apagó el candil. No había más aceite en casa, ni tampoco vela. ¿Qué hacer en aquel caso? Morgiana necesitaba luz para espumar su puchero, y manifestó su pena a Abdalla.

—¡Por poco te apuras!— le dijo Abdalla.—Vé a tomar aceite a uno de los cueros que hay en el patio.

Morgiana dió las gracias a Abdalla por el consejo, y mientras éste fué a acostarse cerca del cuarto de Alí para seguirle al baño, ella tomó la aceitera y se fué al patio. Cuando se acercó al primer cuero que encontró, el ladrón que estaba oculto dentro preguntó en voz muy queda:

—¿Es ya la hora de dar principio al zafarrancho?

Aunque el ladrón habló bajo, sin embargo, Morgiana percibió la voz con tanta más facilidad, cuanto que el capitán de los ladrones, después de haber descargado los machos, había abierto, no solamente aquel cuero, sino también los demás, para que diese el aire a sus compañeros, que estaban muy incómodos.

Morgiana se hizo cargo del peligro en que se hallaban Alí, su familia y ella misma, y comprendió la necesidad de aplicar pronto remedio sin meter ruido. Su entendimiento le sugirió al punto los medios para conseguirlo, e inmediatamente se resolvió a ponerlo en ejecución.

Sin manifestar temor, haciendo las veces del capitán de los ladrones, respondió a la pregunta diciendo:

—¡Todavía no; ya avisaré cuando llegue el momento oportuno!

Luego se acercó al cuero inmediato, y le hicieron la misma pregunta; y así consecutivamente hasta que llegó al penúltimo, que también le hizo la misma pregunta, y a todos les dio idéntica respuesta.

Llenó a toda prisa la aceitera en el último cuero, y volvió a la cocina. Allí, después de haber echado aceite al velón y haberlo encendido, cogió una caldera grande y se fué a la cuadra, donde la llenó de aceite. La puso al fuego, y aplicó debajo mucha leña. Hirvió, por fin, el aceite; tomó la caldera, y derramó sucesivamente en todos los cueros cantidad de aceite hirviendo bastante para ahogar y quitar la vida a los ladrones.

Terminada esta operación, volvió a la cocina con la caldera vacía y cerró la puerta. Apagó el fuego que había encendido, y no dejó más que lo necesario para acabar de cocer el puchero de Alí. En seguida apagó el candil y esperó, resuelta a no acostarse hasta haber observado lo que sucedía por una ventana de la cocina que daba al patio.

Apenas hacía un cuarto de hora que Morgiana estaba esperando, cuando se despertó el capitán de los ladrones. Miró por la ventana, que abrió él mismo; y como no percibiera luz alguna, dió la señal tirando piedrecitas, muchas de las cuales cayeron sobre los cueros. Aplicó el oído; y no oyendo nada que le hiciera conocer que sus gentes se ponían en movimiento, tiró piedrecitas segunda y tercera vez: los ladrones no dieron la menor señal de vida, sin que el capitán pudiera comprender la causa. Bajó al patio haciendo el menor ruido posible, se acercó con precaución al primer cuero, y cuando preguntó al ladrón, que él creía vivo, si estaba durmiendo, percibió el olor del aceite caliente y quemado que exhalaba el cuero, por donde conoció que se había malogrado su empresa. Desesperado salió por la puerta del jardín de Alí, que

daba al patio, y de jardín en jardín, pasando por encima de las tapias, escapó, comprendiendo que su plan se había frustrado por alguna causa desconocida.

No oyendo Morgiana ruido alguno, y viendo que el capitán de los ladrones no volvía, después de haber estado esperando algún tiempo no dudó del partido que había tomado, más bien que procurar escaparse por la puerta de la casa, que estaba cerrada con doble vuelta. Satisfecha y llena de gozo por haber salido tan bien con su intento de poner toda la casa a salvo, se acostó por fin y se durmió.

Alí salió antes de amanecer, y fué al baño seguido de su esclavo, sin saber nada del singular acontecimiento que había ocurrido en su casa mientras dormía.

Ya era de día cuando de vuelta del baño entró en su casa, y quedó tan sorprendido de ver todavía los cueros de aceite en su lugar y de que el mercader no hubiera ido al mercado con sus mulos, que preguntó la causa a Morgiana, la cual había acudido a abrirle y había dejado todas las cosas en el estado en que las veía, para ofrecerle aquel espectáculo y explicarle lo que había hecho por su vida.

—Buen amo—dijo Morgiana respondiendo a Alí,—venga usted conmigo, y le daré cuenta de un acontecimiento extraordinario.

Alí siguió a Morgiana, que después de haber cerrado la puerta le llevó al primer cuero.

—Mire usted—le dijo,—y vea si hay aceite en este receptáculo.

Miró Alí, y viendo un hombre dentro del cuero, se retiró espantado.

—No tema usted—le dijo Morgiana. Este hombre no se halla en estado de hacer mal a usted ni a nadie: ya no existe.

—Morgiana—exclamó Alí,—¿qué significa lo que acabo de ver? ¡Explícamelo! No comprendo una palabra de lo que puede haber sucedido.

—Ya se lo explicaré a usted.

Morgiana relató a su amo cuanto había sucedido la noche anterior.

—¡No moriré sin haberte recompensado como mereces!—dijo Alí cuando la esclava hubo terminado.—Te debo la vida; y para comenzar a darte una señal de mi reconocimiento, desde ahora te

concedo la libertad, mientras completo la obra de la manera que me he propuesto. Lo mismo que tú, estoy persuadido de que los cuarente ladrones me habían armado una asechanza. Dios me ha librado por tu medio: espero que continuará preservándome de su perversidad, y de que, acabando de desviarla de mi cabeza, librará al mundo de su persecución y de su maldita ralea. Lo que tenemos que hacer es enterrar inmediatamente los cuerpos de esta peste del género humano, con tan gran secreto, que nadie pueda sospechar nada acerca de su destino, en lo que voy a trabajar con Abdalla con gran sigilo desde este mismo momento.

Hízose como lo había dicho Alí, y poco a poco fueron vendiéndose en el mercado los mulos que habían dejado en la casa los ladrones.

Mientras Alí tomaba todas estas medidas para ocultar por qué medio se había hecho rico en poco tiempo, el capitán de los ladrones había vuelto al bosque con una pena inconcebible.

La soledad en que se encontró cuando entró en la gruta le pareció espantosa, por su contraste con la animación que antes reinaba en ella.

—¿Dónde estáis—exclamó,—valientes camaradas, compañeros de mis vigilias, de mis correrías y de mis trabajos? ¿Qué puedo hacer sin vosotros? ¿Cuándo podré reunir otra cuadrilla de gentes de tanto valor? ¡No puedo ni debo pensar en ello sin antes haber quitado la vida al causante de mis desgracias! Lo que no he podido hacer con mis amigos, lo haré solo; y cuando haya puesto este tesoro a buen recaudo, trabajaré por hacer de modo que no quede sin sucesores ni dueño, y que vaya en aumento hasta el fin de los siglos!

Tomada esta resolución y lleno de esperanza, con el espíritu tranquilo pasó algo más sosegadamente el resto de la noche.

Al día siguiente se puso un traje muy apropósito para el designio que había meditado, y fué a la ciudad, donde tomó una habitación en el kan; y como creía que lo que había pasado en casa de Alí habría metido ruido, preguntó al portero, como por vía de conversación, si había algo de nuevo en la ciudad. El portero le habló de todo menos de lo que le importaba saber. De aquí infirió que Alí guardaba un gran secreto porque no quería que se divulgase el conocimiento que tenía del tesoro y los medios de en-

trar en él, y porque no ignoraba que por este motivo se atentaba contra su vida.

El capitán se proveyó de un caballo, del cual se sirvió para trasportar a su alojamiento muchas clases de telas ricas y finos lienzos, haciendo muchos viajes al bosque con las precauciones necesarias para ocultar el sitio adonde iba a tomarlas. Para despachar estos géneros cuando hubiese reunido los que juzgara a propósito, buscó una tienda; la halló, la guarneció de géneros, y se estableció en ella.

Después de haberse establecido trabó conocimiento con el hijo de Alí, y le convidó muchas veces a comer en su compañía.

No quiso el hijo de Alí dejar sin correspondencia los convites de Hussain. Habló de este a su padre, haciéndole notar que no sería decoroso estar más tiempo sin mostrarse reconocido a los obsequios de Hussain.

Alí se encargó con gusto del convite, determinando que éste se celebrara el viernes de la siguiente semana.

Llegado el día designado se reunieron el hijo de Alí y Hussain, y se fueron juntos a pasear. Al volver el hijo de Alí, procuró hacer pasar a Hussain por la calle donde vivía su padre, y cuando llegaron delante de la casa le detuvo, y llamando a la puerta le dijo:

—Esa es la casa de mi padre, el cual, mediante la relación que le he hecho de la amistad con que usted me honra, me ha encargado que le proporcione el honor de conocer a usted. Suplícole, pues, que añada esta complacencia a las muchas de que le soy deudor.

Aunque Hussain hubiese llegado al objeto que se había propuesto, que era tener entrada en casa de Alí para poder quitarle la vida sin aventurar la suya y sin meter ruido, no dejó de excusarse; pero como el esclavo de Alí acababa de abrir la puerta, el hijo tomó a Hussain de la mano, y entrando él primero, le obligó en cierto modo a entrar.

Alí recibió a Hussain con agrado y le dió las gracias por las bondades que dispensaba a su hijo, añadiendo que uno y otro le estaban tanto más obligados, cuanto que su hijo era un joven que aún no conocía el mundo, y que él no se desdeñaba de contribuir a darle experiencia de la vida, cosa tan necesaria a un joven que no tardaría en tener que valerse por sí mismo.

Hussain correspondió a estos cumplidos de Alí asegurándole que su hijo tenía recto juicio, que equivalía a la experiencia de un hombre.

Después de una corta conversación sobre otros asuntos indiferentes quiso despedirse Hussain; pero Alí le detuvo.

—Caballero—le dijo,—suplico a usted que me haga el honor de cenar conmigo. La cena que daré a usted es muy inferior a la que merece; mas espero que la aceptará con tanto gusto como el que tengo en ofrecérsela, y que no quedará descontento de la acogida que le he dispensado.

—Señor—contestó Hussain,—le pido a usted por favor que no lleve a mal que me retire sin aceptar la generosa oferta que me hace, suplicándole que crea que no lo hago por desprecio ni por falta de cortesía, sino porque tengo para ello una razón que usted mismo aprobaría si le fuese conocida.

—¿Y cuál puede ser esa razón?—replicó Alí.—¿Se puede saber?

—No hay inconveniente en decirla—replicó Hussain:—es que yo no como carne ni guisado que tenga sal.

—Si no tiene usted otra razón—insistió Alí,—ésa no debe privarme del honor que solicito, a menos que usted se niegue absolutamente. En primer lugar, el pan que se come en mi casa no tiene sal; y en cuanto a la carne y los guisados, le prometo que no la tendrá la porción que a usted se le sirva, pues al efecto voy a dar las órdenes correspondientes. Mi cocinera es en extremo inteligente, y quedará usted satisfecho de su habilidad.

Alí fué a la cocina, y mandó a Morgiana que no echase sal a la carne que tenía que servir, y que preparara inmediatamente dos o tres guisados entre los que le había mandado, sin echarles sal. Morgiana, que ya estaba dispuesta para sacar la cena, no pudo menos de manifestar su descontento al oir aquella extraña orden.

—¿Quién es ese hombre—dijo Morgiana—que no gasta sal? ¡No se podrá comer la cena si tardo en servirla!

—No te enfades, Morgiana—contestó Alí.—Es un hombre de bien: haz lo que te digo, y transige con la rareza de nuestro convidado.

Obedeció Morgiana, aunque de mala gana; y teniendo curiosidad de conocer a aquel hombre, después que acabó de preparar la

cena y hubo puesto la mesa Abdalla, le ayudó a llevar los platos. Mirando a Hussain, le reconoció a pesar de su disfraz, y examinándole con atención, notó que tenía un puñal oculto bajo el vestido.

—¡Ya no me admiro—dijo para sí—de que el malvado no quiera comer sal con mi amo! Es su más mortal enemigo, y quiere asesinarle; pero yo impediré que consume algún horrible atentado.

Cuando Morgiana hubo acabado de servir la cena, o hacerla servir por Abdalla, mientras cenaban aprovechó el tiempo en hacer los preparativos necesarios para la ejecución de un golpe de los más atrevidos; y acababa de disponerlo cuando Abdalla fué a advertirle que ya era tiempo de servir los postres. Los llevó ella misma, colocando cerca de Alí una mesita, en la cual puso vino y tres tazas. Al salir se llevó al esclavo para cenar juntos y dejar a Alí, según costumbre, en libertad de conversar con su huésped y hacerle beber bien. Entonces Hussain creyó que había llegado la ocasión de quitar la vida a Alí.

—Voy—dijo para sí—a hacer que se emborrachen padre e hijo, y éste, a quien quiero conceder la vida, no me impedirá llevar a cabo mi intento. Después me escaparé por el jardín, como ya lo he hecho otra vez, mientras la cocinera y el esclavo estén cenando o se hayan dormido en la cocina.

En lugar de cenar, Morgiana, que había penetrado la intención del falso Hussain, no le dió tiempo de ejecutar su maldad. Se vistió de bailarina y se ciñó un cinto de plata sobredorada, al que colgó un puñal, cuya vaina y mango eran del mismo metal, y con esto se puso una hermosa máscara en el rostro. Disfrazada de este modo dijo al esclavo:

—Abdalla, toma tu pandereta, y vamos a dar al huésped de nuestro amo la diversión que le damos a él algunas veces.

Tomó Abdalla la pandereta y comenzó a tocarla, caminando delante de Morgiana. Al entrar aquélla detrás de él hizo una profunda reverencia con aire resuelto y capaz de llamar la atención, como pidiéndo permiso para ostentar lo que sabía hacer.

Como Abdalla vió que Alí quería hablar, cesó de tocar la pandereta.

—Entra, Morgiana, entra—dijo Alí:—Hussain juzgará de lo que eres capaz y nos dirá lo que piensa. Caballero—dijo a Hussain

volviéndose hacia él,—no crea usted que me comprometo en gastos para dar a usted esta diversión. Todo lo encuentro en mi casa, y ya está usted viendo que son mi esclavo y mi cocinera, despensera al mismo tiempo, los que me la dan. Espero que no le será a usted desagradable.

No contaba Hussain con que Alí añadiera aquella diversión a la cena que le había dado, lo que le hizo temer que no podría aprovecharse de la ocasión que creía habérsele venido a la mano. En caso de que así sucediera, se consoló con la esperanza de encontrarla otro día. Así, aunque hubiera deseado que Alí se dispensara de dárselo, aparentó que se lo agradecía, y le contestó qua tenía la complacencia de manifestarle que lo que le daba gusto no podía dejar de dárselo también a él mismo.

Cuando vió Abdalla que Alí y Hussain habían cesado de hablar, comenzó de nuevo a tocar la pandereta y cantó un aria a propósito para bailar, y Morgiana, que no cedía a ninguna bailarina de profesión, bailó admirablemente.

Después de haber emprendido muchos géneros de bailes con la misma elegancia y el mismo brío, por último sacó el puñal, y teniéndolo en la mano emprendió un baile en el cual se sobrepujó a sí misma por las diferentes figuras, por los movimientos ligeros, por los saltos maravillosos y los singulares ademanes con que lo acompañó, tan pronto presentando el puñal por delante como para herir, tan pronto aparentando que se hería ella misma en el seno.

Al fin, como si estuviese ya falta de aliento, arrancó la pandereta de las manos de Abdalla con la mano izquierda, y teniendo el puñal en la derecha, fué a presentar la pandereta por su concavidad a Alí, imitando a los bailarines y bailarinas de profesión, que acostumbran hacerlo así para solicitar la liberalidad de los espectadores.

Alí echó una moneda de oro en la pandereta de Morgiana, y el hijo siguió el ejemplo de su padre. Hussain, que vió que también iba a presentarse a él, había sacado ya el bolsillo para hacerle un regalo, y estaba metiendo la mano en él, cuando Morgiana, con valor digno de la firmeza y resolución que había mostrado hasta entonces, le metió el cuchillo en medio del corazón tan profundamente, que no lo retiró hasta después de haberle hecho exhalar la vida.

Aterrados ante aquella acción, Alí y su hijo prorrumpieron en un gran grito.

—¡Ah, infame!—exclamó Alí.—¿Qué has hecho? ¿Quieres perdernos a mí y a mi familia?

—No quiero perder a usted—respondió Morgiana:—lo he hecho para salvarlos.

..., bailó admirablemente...

Entonces, abriendo y mostrando a Alí el puñal de que estaba el traje de Hussain armado, le dijo:

—Vea usted con qué cruel enemigo iba a habérselas: mírele usted bien el rostro, y reconocerá en él al fingido mercader de aceite y al verdadero capitán de los ladrones. ¿No recuerda usted también que no ha querido comer carne salada con usted? ¿Qué más quiere usted todavía para persuadirse de su criminal designio? Antes de haberle visto entré en sospechas en el momento en que me dijo usted que tenía semejante convidado, y ya ve usted que mi sospecha era bien fundada.

Alí, que conoció la nueva obligación de que era deudor a Morgiana por haberle salvado la vida por segunda vez, no pudo menos de abrazarla con verdadera efusión y ternura.

—Morgiana—le dijo,—cuando te di la libertad te prometí que no pararía en eso mi reconocimiento y que bien pronto le haría

llegar a su colmo. Ha llegado ya ese tiempo, y te hago mi nuera.

Dirigiéndose en seguida a su hijo:

—Hijo mío—añadió Alí,—te creo bastante buen hijo para que no extrañes que te dé a Morgiana por mujer sin consultarte. No le debes tú menos obligaciones que yo. Ya ves que Hussain había solicitado tu amistad con el propósito de conseguir mejor quitarme la vida a traición; y si hubiera salido con su intento, no dudes que también te hubiera sacrificado a su venganza. Considera además que casándote con Morgiana te casas con el sostén de mi familia mientras yo viva, y con el apoyo de la tuya hasta el fin de tus días.

Lejos de manifestar el hijo ningún reparo, indicó que consentía en aquel casamiento, no solamente porque no quería desobedecer a su padre, sino porque le inducía a él su propia inclinación.

En seguida se ocuparon en la casa de Alí en enterrar el cuerpo del capitán junto a los de los otros ladrones, y se hizo con tanto secreto, que no se tuvo conocimiento de ello hasta después de muchos años, cuando ya nadie se hallaba interesado en la publicación de esta historia memorable.

Pocos días después Alí celebró las bodas de su hijo y de Morgiana con grande solemnidad y con un magnífico banquete, acompañado de danzas, espectáculos y otras muchas diversiones.

No hay que decir que vivieron muy felices, y que así ellos como sus descendientes utilizaron el conocimiento de aquel tesoro para vivir en la opulencia y hacer al mismo tiempo la dicha de muchos menesterosos que bendijeron su nombre, pues emplearon en limosnas la mayor parte de aquellos bienes.

CUENTO XX

EL BARRIL DE ACEITUNAS

En una ciudad de la India había un comerciante llamado Balandrán, que, si bien no era de los más ricos, tampoco formaba parte de los de la última clase. Vivía en casa propia y solo, pues era soltero. En la época en que pasaba su vida satisfecho con lo que le producían sus negocios, durante tres noches consecutivas tuvo un sueño, en el cual se le aparecía un anciano venerable que, reprendiéndole severamente, le increpaba porque no había hecho aún su romería a la Meca, como es uso y costumbre en todos los adoradores del Profeta.

Este sueño llenó de duelo a Balandrán y le dejó confuso. Como buen musulmán, sabía que estaba obligado a hacer aquella peregrinación; pero al considerar que dejaría sola su casa y su tienda, se figuraba que esto era motivo poderoso para ser dispensado de ella, y procuraba evadir tal obligación, haciendo, en cambio, obras de caridad; mas desde que tuvo aquel sueño su conciencia le acusaba de tal modo, que se resolvió a no diferirla por más tiempo.

Para cumplirla aquel mismo año, comenzó por vender sus muebles y traspasar su tienda con los géneros que contenía, excep-

tuando los que podían ser vendidos en la Meca, y arrendó su casa a otro comerciante. Arregladas así las cosas, se dispuso a partir, procurando antes poner en parte segura mil piezas de oro que había reunido, y que le hubieran embarazado en su peregrinación. Separó el dinero que creyó necesario para los gastos del viaje, y escogió un barril a propósito para lo que se proponía hacer: metió en él las mil piezas de oro, concluyó de llenarle con aceitunas, y después de tapar bien la boca, lo llevó a la casa de otro comerciante que era amigo suyo, y le dijo:

... metió en el barril las mil piezas de oro ...

—No ignora usted que debo partir para hacer mi peregrinación a la Meca, y necesito que me haga el favor de guardarme este barril de aceitunas y que me lo conserve hasta mi vuelta.

El comerciante le contestó con la mayor cordialidad y franqueza:

—Tome usted las llaves de mi almacén, y ponga el barril donde más le plazca, que allí lo hallará cuando vuelva.

Llegó Balandrán a la Meca con toda felicidad, visitó con los demás peregrinos el templo, y cuando hubo cumplido todos sus deberes y prácticas religiosas expuso al público, según la costumbre de la época, y a las puertas del templo, los géneros que llevaba para vender o cambiar.

A dos comerciantes que los vieron les parecieron tan hermosos, que se detuvieron para contemplarlos, y luego uno de ellos dijo al otro a tiempo que se retiraba:

—Si este comerciante supiera lo que podía ganar en el Cairo con esos géneros, los llevaría allá antes que venderlos aquí, donde sacará de ellos poca utilidad.

Oyó Balandrán esta conversación: había oído referir mil veces las maravillas de Egipto, y resolvió aprovechar aquella ocasión.

Después de empaquetar sus géneros tomó el camino de Egipto. Cuando llegó al Cairo no se arrepintió de su resolución, porque le salieron tan bien los negocios, que a los pocos días había vendido todos sus géneros con mayor beneficio del que se había prometido. Compró luego otros con el designio de pasar a Damasco, y esperando a otra caravana que debía partir pocos días después, visitó todas las cosas notables que hay en el Cairo; fué a admirar las pirámides, remontó el Nilo hasta cierta distancia, y recorió las ciudades más célebres situadas en las orillas del famosísimo río.

Con objeto de dirigirse a su patria fué a Alepo, pasó el Éufrates y tomó el camino de Musul; pero, defiriendo a las instancias de otros comerciantes con quienes había trabado amistad, fué con ellos a Schiraz, visitando antes infinidad de poblaciones de la India.

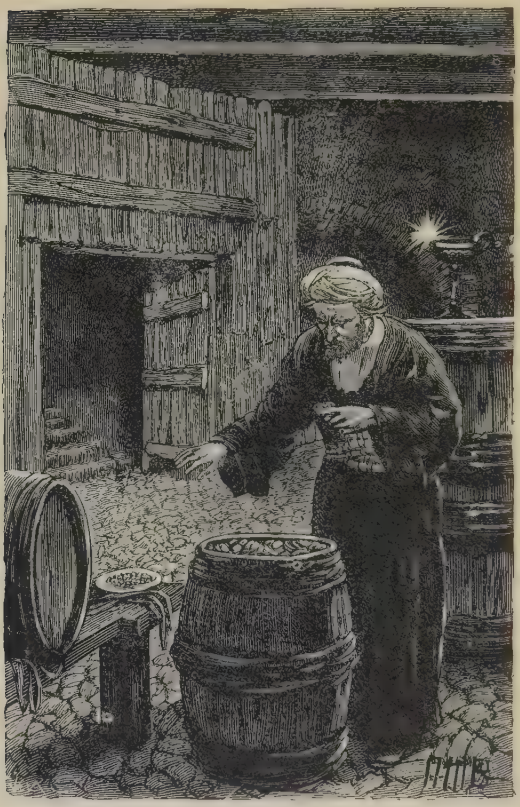
En este viaje invirtió cerca de siete años, al cabo de los cuales emprendió al fin la vuelta a su patria.

El comerciante a quien había confiado Balandrán su barril con las mil piezas de oro y las aceitunas ya no se acordaba de él ni de su dueño; pero una noche, mientras cenaba, recayó la conversación sobre las aceitunas, y su mujer manifestó deseos de comerlas.

—Ahora que hablas de aceitunas—dijo el marido,—cuando Balandrán se fué a la Meca me dejó un barril para que se lo guardase. Pero ¿quién sabe adónde habrá ido desde que partió? Es probable que haya muerto, pues ya tenía lugar de haber vuelto al cabo de siete años; por consiguiente, nos comeremos las aceitunas, si es que están buenas. Dame un plato: iré por ellas, y las probaremos.

—¡Guárdate—dijo la mujer—de cometer una acción tan fea,

pues sabes que no hay cosa más sagrada que un depósito! Es verdad que hace siete años que Balandrán se fué a la Meca, y que no ha vuelto; pero luego has sabido que había ido a Egipto. Puede venír mañana u otro día. ¿Qué vergüenza no sería para ti y para nosotros si volviese y no encontrara el barril como te lo ha confiado?



...casi todo era oro...

A pesar de lo razonable de este discurso, el marido no escuchó consejos. Se levantó, tomó una luz y un plato, y se fué al almacén. Cuando estuvo ya dentro tomó el barril, y descubriéndolo, removió las aceitunas, que estaban podridas; mas para asegurarse de si las de abajo lo estaban tanto como las de encima, las volcó en el plato, y al empuje que hizo cayeron algunas monedas de oro.

Así que vió las piezas de oro, el comerciante miró a la parte de adentro del barril, y echó de ver que casi todo era oro, y buena moneda. Volvió a meter en él las aceitunas, y tapándole de nuevo salió del almacén, y fué donde estaba su familia, diciendo con aire de desconsuelo:

—Tenías razón: las aceitunas están podridas, y he vuelto a tapar el barril, de modo que Balandrán no lo conocerá.

—¡Dios quiera que no tengas que sentir!—le contestó la mujer.

Al día siguiente el comerciante se levantó muy temprano, com-

pró aceitunas frescas, fué a su casa, vació el barril, guardó el oro, volvió a llenar aquél con las aceitunas que había comprado, lo tapó como antes estaba, y lo puso de nuevo en el sitio donde lo dejó Balandrán.

Poco tiempo después volvió Balandrán de su viaje. Como había alquilado su casa, fué a parar a un mesón, donde pensaba vivir hasta que despachara a su inquilino y éste encontrara casa para mudarse.

Al día siguiente de su llegada fué a ver al comerciante, que le recibió con los brazos abiertos, manifestando mucha alegría por su vuelta, de la cual ya había desesperado.

Después de esto Balandrán le pidió que tuviese la bondad de devolverle el barril que le había confiado.

—Mi querido amigo—le contestó,—tome usted la llave del almacén; vaya usted por él, y lo encontrará en el mismo sitio en que lo dejó.

Balandrán bajó al almacén y tomó su barril, y después de entregarle la llave se volvió al mesón. Destapó allí el barril, y metiendo la mano hasta la parte en que debían estar las mil piezas de oro que había escondido, se quedó sorprendido de no encontrarlas.

No podía creerlo, y para desengañarse más pronto tomó algunos cacharros y vertió en ellos todo el barril de aceitunas, sin encontrar ni una sola moneda de oro. Se quedó asombrado, y levantando las manos y mirando al cielo exclamó:

—¡Cómo! ¡Un hombre a quien tenía por mi mayor amigo me ha hecho tan grande felonía!

Apesadumbrado por el temor de haber experimentado una pérdida tan grande, Balandran volvió a casa del comerciante, y le dijo:

—Amigo mío, debo decirle que el barril que he tomado de su almacén es el mismo que yo dejé; pero con las aceitunas había metido en él mil piezas de oro, y ahora no las hallo. ¿Las ha necesitado usted para algún negocio y las ha tomado? Si es así, ha hecho usted muy bien, y sólo le pido que me dé un recibo: ya me pagará usted cuando le venga bien.

El comerciante esperaba que Balandrán había de hacerle semejante reclamación, y, por tanto, había meditado lo que debía contestarle. Se excusó en estos términos:

—Amigo mío, cuando usted me trajo el barril de aceitunas, ¿le toqué siquiera? ¿Lo ha encontrado en el mismo estado y tapado como usted lo dejó? Si usted hubiese metido oro dentro, allí lo hubiera hallado. Me dijo usted que eran aceitunas, y yo lo creí. Es cuanto puedo decirle: yo no las he tocado.

—No quiero que regañemos—le contestó Balandrán,—y me sabría mal tener que tomar medidas que le harían a usted poco favor, y de las cuales me serviría con harto sentimiento mío.

—¡Confiesa usted que ha traído a mi casa un barril de aceitunas y que es el mismo que ha llevado, y ahora viene usted a pedirme mil piezas de oro! ¡Retírese, y no dé lugar a que se paren las gentes delante de mi tienda.

Algunos se habían quedado ya parados, y las últimas expresiones del comerciante, pronunciadas con rabia, hicieron que las gentes se detuvieran ante la tienda y que los comerciantes vecinos salieran de su casa para enterarse de la disputa y tratar de que hiciesen las paces.

La contienda amenazaba por momentos tomar caracteres de gravedad.

Cuando Balandrán expuso el motivo de su disputa, el comerciante contestaba que él había guardado el barril de Balandrán en su almacén, pero que no le había tocado, jurando que sólo sabía que tenía aceitunas porque él se lo había dicho.

—Usted mismo se acarrea su desgracia—contestó Balandrán cogiendo al comerciante por el brazo;—y puesto que persiste en su negativa, veremos si tiene la desvergüenza de decir lo mismo delante del Juez.

—¡Vamos allá!—le contestó el comerciante.—¡Veremos quién lleva la razón!

Presentáronse ante el Magistrado ambos contendientes exponiendo cada uno sus razones; y como no tenía otras pruebas que la afirmación de uno y otro, el Juez hizo jurar al comerciante, y cuando éste lo hubo hecho le dió la razón y le dejó ir.

Protestó contra esta sentencia Balandrán, y acudió con su queja al Rey, que le recibió al salir de paseo, escuchándole detenidamente y citándole para el siguiente día.

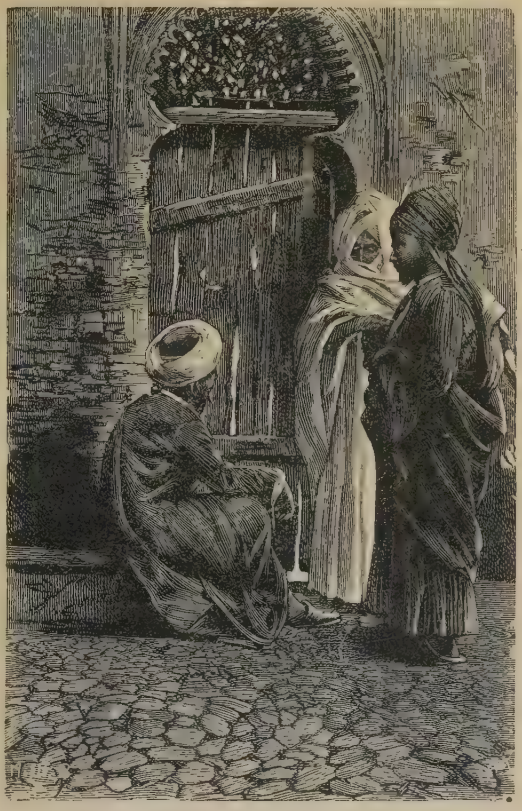
Aquella misma noche el Rey, su primer Ministro y el jefe de la guardia real, los tres disfrazados, salieron a dar una vuelta por

la ciudad, como acostumbraban hacerlo de cuando en cuando. Al pasar por una calle sintió el Rey ruido: apretó el paso, y llegó a una puerta por la cual se entraba a un patio donde jugaban a la claridad de la Luna diez o doce muchachos que aún no se habían recogido a su respectivo domicilio.

Deseoso de saber cuál era su juego, se sentó en un banco de piedra que estaba al lado de la puerta, y oyó que uno de los chicos, el más despejado de todos, dijo:

—¡Juguemos! ¡Yo soy el juez! ¡Traedme a Balandrán y al comerciante que le ha robado las mil piezas de oro!

Al oir las palabras del chiquillo el Rey se acordó de la súplica que le habían presentado aquel mismo día, y esto hizo que redoblase la atención para saber en qué vendría a parar aquel juicio simulado.



...se sentó en un banco de piedra...

Cuando le presentaron los dos chicos que hacían de Balandrán y comerciante, el fingido juez tomó la palabra, y preguntó con gravedad al primero de los dos comparecientes que disputaban su derecho:

—Balandrán, ¿qué tiene usted que exponer contra este comerciante que está presente?

El fingido Balandrán, después de hacer una reverencia, informó al que hacía de juez del hecho punto por punto.

Después de haber escuchado al que hacía de Balandrán, se dirigió al fingido comerciante, y le preguntó por qué no le devolvía la suma que su adversario con tanto ahinco le pedía.

El fingido comerciante expuso las razones que había alegado el verdadero, y pidió afirmar por medio de juramento que lo que decía era cierto.

—¡No nos precipitemos tanto!—replicó el juez.—Antes que lleguemos al caso de que preste usted juramento quisiera ver el barril de aceitunas. Balandrán, ¿ha traído usted el barril?

Y como aquél contestase que no, replicó:

—Vaya usted por él.

El fingido Balandrán desapareció por un momento, y cuando volvió hizo como que ponía un barril delante del falso juez, diciendo que era el mismo que había depositado en poder del acusado y retirado de su casa. Entonces el chico preguntó al que hacía el papel de comerciante si lo reconocía; y como éste manifestase que no podía negarlo, mandó que lo destapasen.

—¡He aquí—dijo—unas aceitunas hermosas! ¡Voy a probarlas!

Aparentó como que cogía una y la comía, y añadió:

—¡Son excelentes! Pero—continuó el fingido juez—se me figura que las aceitunas guardadas por espacio de siete años no deben de ser tan buenas. ¡Que se presenten dos tratantes de aceitunas y las reconozcan!

Se presentaron dos muchachos.

—¿Son ustedes tratantes de aceitunas?—les preguntó el falso juez.

Y como le contestasen que tal era su oficio, les replicó:

—¿Cuánto tiempo pueden conservarse las aceitunas en disposición de poder comerse, cuando están acomodadas por personas que entienden de esto?

—Señor—dijeron los fingidos aceituneros,—por mucho trabajo que se tome en conservarlas, no valen nada al tercer año, porque no tienen sabor ni color.

—Vean ustedes este barril, y díganme cuánto tiempo tienen las que están dentro.

Los aceituneros hicieron como que examinaban y probaban las aceitunas, y dijeron al juez que eran recientes y buenas.

—Se equivocan ustedes—replicó:—ahí tienen ustedes a Balandrán, que declara haberlas metido dentro del barril hace siete años.

—Señor—repusieron los fingidos tratantes,—lo que podemos asegurar a usted es que las aceitunas son de este año, y sostendremos que entre todos los tratantes de Bagdad no se encuentra uno tan sólo que no diga lo mismo.

El fingido comerciante acusado por Balandrán intentó oponerse a lo que declaraban los peritos; pero el juez no le dió lugar, y dijo:

—¡Que le ahorquen!

Los muchachos dieron por terminado el juego, dando palmadas de alegría, y empujando al supuesto criminal como para llevarle al suplicio.

Una vez acabado el juego, el Rey dijo al Ministro:

—Mañana harás que este chico me sea presentado a la hora en que ha de verse el asunto de Balandrán. Harás que comparezca también el juez que declaró inocente al comerciante, y ordenarás a Balandrán que lleve consigo el barril de aceitunas y dos peritos aceituneros.

Al día siguiente el Ministro fué por el muchacho, y le presentó al Rey a la misma hora en que estaban citados Balandrán y el comerciante.

El Rey, que vió al niño un poco cortado, trató de prepararle para lo que se prometía de él, diciéndole:

—Acércate, niño. ¿Eres tú el que juzgó ayer la demanda de Balandrán contra el comerciante que le ha robado su oro? Te he visto y escuchado, y me has gustado muchísimo.

El niño no se sobresaltó, y con la mayor modestia le contestó que, efectivamente, se había entretenido la noche anterior en sentenciar aquel pleito.

—Hijo mío—le replicó el Rey,—yo trato de que veas hoy al verdadero Balandrán y a su contrario. Ven, y siéntate a mi lado.

Entonces el Rey tomó al niño de la mano, y ayudándole a subir al trono, le sentó a su lado, y en seguida preguntó dónde estaban las partes. Hicieron que avanzasen, y se las nombraron en el interin que tocaban con la frente la alfombra que cubría el trono. Concluídas las ceremonias, les dijo el Rey:

—Exponed cada uno vuestras razones: este niño que está aquí os escuchará y hará justicia; y si en alguna cosa faltare, yo le supliré.

Balandrán y el comerciante hablaron por su turno, y cuando llegó el caso de pedir que se les recibiese juramento, el niño contestó que aún no era tiempo y que antes era preciso ver el barril.

Balandrán lo descubrió poniéndolo a los pies del Rey. Éste tomó una aceituna para probarlas, e inmediatamente fué entregado a los peritos que habían sido llamados para que lo examinasen, y su informe fué que las aceitunas eran del año.

El niño les dijo que Balandrán aseguraba que las había metido hacía ya siete años, a lo que los verdaderos peritos contestaron lo mismo que los muchachos que habían hecho su papel.

Cuando el comerciante acusado vió que los dos peritos acababan de pronunciar su sentencia, trató de alegar alguna cosa para justificarse; pero el niño, mirando al Rey, le habló en estos términos:

—Señor, esto no es un juego, y el condenar a un hombre es una cosa muy seria, que toca a V. M., y no a mí, que si lo hice ayer, fué por divertirme.

Convencido el Rey de la mala fe del comerciante, le entregó a los ministros de la justicia para que le llevaran a presidio, mandando que las mil piezas de oro fuesen devueltas a Balandrán.

Por último, el Monarca, después de haber advertido al juez que había sentenciado el primer juicio, y que estaba presente, que aprendiese de un niño a ser en lo sucesivo más justo, abrazó a este último, le entregó gran cantidad en monedas de oro, y le hizo entrar en el Colegio Real con objeto de que estudiase las leyes del reino, a fin de que andando el tiempo pudiera desempeñar un cargo importante, que le prometió para cuando tuviera la edad indispensable para ejercerlo con el tino y discernimiento que requieren las funciones públicas en todo país bien regido y ordenado por leyes inspiradas en prudencia y sabiduría.

El sentimiento de la justicia no es exclusivo de profesiones determinadas ni de edades precisas, como lo demuestra el hecho aquí narrado.

CUENTO XXI

LA FUENTE DE ORO

En tiempos ya muy remotos había en la corte de Persia tres hermanitas, las cuales, hablando un día, manifestaron deseos de ser esposas: la mayor, del panadero del Sultán; la segunda, del cocinero, y la menor, del mismo Sultán. Sorprendió éste aquella conversación, y, andando el tiempo, para satisfacer los deseos por aquéllas manifestados, hizo a la pequeña su esposa, y dió en matrimonio las otras dos a su panadero y cocinero.

... las cuales, hablando un día ...

No bien hubieron visto las mayores los adelantos de la menor, sintieron envidia, y concertaron entre sí el modo de perder a la favorecida por la suerte.

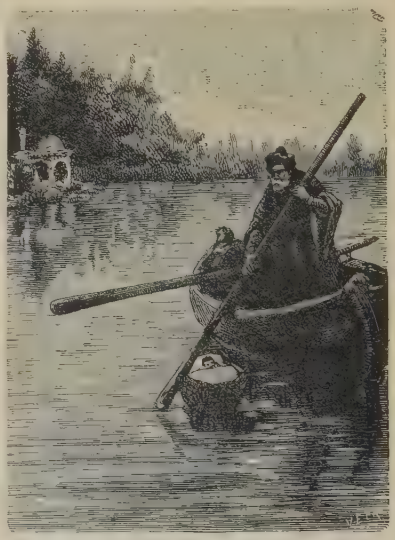
Había pasado un año de su matrimonio, cuando la Sultana, pronta a ser madre, solicitó del Sultán que la acompañaran sus hermanas. Estaban las tres en la cámara solas, y en vez del pequeñuelo que había nacido, y que era

hermoso como un sol, presentaron al Sultán un perro negro, diciéndole que aquel feísimo animalucho era el hijo que le acababa de nacer.

... presentaron al Sultán un gatito ...

Tanto se enfureció el Príncipe, que ordenó dar muerte a la Princesa; pero el primer Ministro le hizo conocer la injusticia de tan severa sentencia, y la Princesa fué perdonada.

Al año, poco más, se repitió el caso, y las hermanas obraron de igual suerte, presentando al Sultán un gatito negro, diciéndole que era su hijo; y sucedió lo propio la tercera vez, presentándole una mona. Pero disgustó tanto al Sultán esta especie de familia que sus cuñadas le regalaban, que condenó a su esposa a ser encerrada en un cajón, el cual había de ser colocado a la puerta de una mezquita, imponiendo a los fieles la obligación de injuriar a la Princesa antes de entrar en la iglesia siempre que pasaran a su lado.



El Intendente de los reales jardines ...

Entretanto las hermanas envidiosas habían cogido los dos niños y la niña, verdaderos hijos del Rey, y conforme nacían los colocaban en una cestita, envolviéndolos de cualquier modo, y los arrojaban al río que atravesaba el jardín del palacio del Sultán.

El intendente de los reales jardines fué recogiéndolos; y como

no tenía hijos, aunque los deseaba, los adoptó y crió con cuidado y esmero, amándolos como si fueran suyos.

Aprendieron fácilmente los dos hermanos cuanto les enseñaban, llegando a admirar a sus mismos maestros; pero más prodigios hacía la hermana en las artes y las letras, y hasta en la difícil ciencia de la Medicina, que aprendió al propio tiempo que sus hermanos: como sus hermanos, manejaba el arco, tiraba la espada y el venablo, y montaba a caballo con la misma destreza que ellos.

... como sus hermanos, manejaba el arco ...

Mandó entonces el intendente construir un magnífico palacio, que tenía un precioso y grande jardín, al cual se fueron a vivir en tanto que Dios les concediera vida.

Murieron el intendente y su esposa, dejando por herederos a los tres hermanos, y quedando la hermana encargada del cuidado de los jóvenes.

Un día se presentó en la casa una peregrina, y después de haber comido bien y despacio visitó la casa y el jardín, siempre acompañada de la joven. Cuando terminaron la visita ésta le preguntó:

—¿Qué tal, madre? ¿Le ha gustado a usted lo que ha visto?

—Señora, la casa es hermosa y alegre; está muy bien repartida, y sus adornos muy bien dispuestos. En cuanto al jardín, no puede encontrarse otro más hermoso. Sin embargo, faltan en él tres cosas.

—¿Y cuáles son?

—El pájaro que habla, el árbol que canta y el agua color de oro. El primero tiene la propiedad de atraer a todos los pájaros del contorno para acompañarle con sus cantos; el segundo tiene en sus hojas otras tantas bocas, que forman un concierto armonioso de diferentes voces que no cesan jamás, y la tercera tiene la propiedad de que, poniendo en un estanque hecho a propósito una sola

gota, crece de tal modo, que lo llena inmediatamente y se eleva en el centro formando un canastillo, subiendo y bajando a cada instante, sin que rebose.

—Agradezco a usted esas noticias—dijo la niña,—y más le agradecería que me dijera dónde se encuentran esos portentos.

—Señora, esas tres cosas se encuentran en un mismo sitio. La persona que usted envíe por ellas no tiene más que tomar el camino que pasa por delante de esta casa, seguirle durante veinte días, y al cabo de ellos preguntar a quien encuentre.

—Señora, esas tres cosas...

Y dicho esto, desapareció la peregrina.

Cuando volvieron de paseo los dos jóvenes encontraron a su hermana triste y pensativa; y al preguntarle el porqué de su tristeza, ella les refirió la conversación que había tenido con una pobre peregrina, y mostró deseos de tener las tres extrañas y admirables cosas de que aquélla le había hablado.

El hermano menor, que quería mucho a su hermana, al ver el empeño que tenía, se ofreció a ir en busca de aquellos tres objetos; pero el hermano mayor se opuso, diciendo que le correspondía a él semejante empresa. Así acordado, preparó la marcha, y al despedirse dijo a la Princesa:

—Toma este puñal, y sácalo de la vaina de vez en cuando. Mientras lo veas limpio, es señal de que vivo; pero si está teñido en sangre, ten por cierto que he muerto, y reza por mí.

Partió el hermano mayor, bien montado y equipado; atravesó Persia, y a los veinte días encontró en las lindes del camino un horrible viejo que estaba sentado a la sombra de un árbol, y no lejos de él, una chocita que le servía de albergue.

Tenía las cejas, los cabellos, los bigotes y la barba blancos como la nieve, las cejas le llegaban hasta la punta de la nariz, los

bigotes le cubrían la boca, y la barba, con los cabellos, le caía hasta los pies; tenía las uñas de los pies y de las manos largas y encorvadas como las de los gatos. Una especie de sombrero chato y muy ancho le cubría la cabeza en forma de quitasol, y todo su traje consistía en una estera arrollada al cuerpo.

El Príncipe se apeó, y dirigiéndose al hombre de las uñas largas, le preguntó:

—Buen hombre, ¿podría usted decirme dónde se encuentran el pájaro que habla, el árbol que canta y el agua color de oro?

Apenas pudo entender lo que le dijo, pues los bigotes del anciano impedían oir lo que decía. Entonces el Príncipe, sacando unas tijeras de su neceser de viaje, cortó algunos pelos del bigote y de las cejas del viejo, que de esta manera quedó expedito para contestarle.

... al hombre de las uñas largas ...

Dióle las gracias el anciano por el servicio que le había prestado, y respondió a la pregunta del mancebo de este modo:

—Caballero, conozco el camino por que usted me pregunta; pero el cariño que le he tomado desde que le he visto, y que se ha aumentado por el servicio que acaba de prestarme, me tiene sin saber si debo darle la noticia que me pide.

—¿Qué motivo puede impedírselo?—replicó el Príncipe.

—Diré a usted—contestó el anciano:—es que el riesgo que va usted a correr es mayor de lo que usted se figura. Otros muchos, que no tenían menos resolución ni menos valor que usted pueda tener, han pasado por aquí y me han hecho la misma pregunta. Apesar de cuantas reflexiones les hice para desviarlos de pasar adelante, no han querido creerme; les mostré el camino contra mi gusto, cediendo a sus instancias, y puedo asegurar a usted que todos han perecido. Por poco que usted ame la vida y que me crea,

dará pruebas de singular cordura volviéndose a su casa y renunciando a la difícil empresa que se propone acometer.

Insistió el joven en su resolución, y entonces el anciano, sacando una bola de un saco, le dijo:

—Puesto que no puedo conseguir que aproveche usted mis consejos, tome usted esta bola, y cuando esté a caballo, tírela delante de sí, y sígala hasta el pie de la montaña en que se detenga. Entonces apéese usted del caballo, que dejará suelto, sin miedo de que se mueva de aquel sitio hasta que usted vuelva, si es que vuelve.

"Al subir por la montaña verá usted a todos lados gran cantidad de gruesas piedras negras, y oirá una confusión de voces que le dirán mil injurias para desanimarle y hacer de modo que no suba hasta la cumbre; pero guárdese usted bien de asustarse, y sobre todo de volver la cabeza para mirar atrás: tan pronto como lo hiciese, sería convertido en piedra negra, como las que usted verá, que son otros tantos caballeros que no han salido con su empresa, como yo se lo previne. Si evita usted el peligro, que pinto muy ligeramente a fin de que reflexione a lo que se expone, y consigue llegar a la cima de la montaña, encontrará allí una jaula, en la cual está encerrado el pájaro que busca. Pregúntele por el árbol que canta y el agua dorada, y él se los enseñará. He aquí lo que tiene usted que hacer y lo que debe evitar; pero, si quiere creerme, siga el consejo que le doy, y no se exponga a perder la vida. Por última vez, puesto que todavía tiene usted tiempo para pensar en ello, considere que esta pérdida es irreparable, y que ya nunca podría usted volver a su país ni ver a sus dos hermanos, como podrá comprenderlo.

—Por lo que hace al consejo que acaba usted de darme, y por el cual le queda reconocido—replicó el príncipe Bahmán después de haber recibido la bola,—no puedo seguirle; pero trataré de aprovecharme de las advertencias que me hace y de no mirar atrás cuando suba, confiando en que bien pronto me verá usted volver y darle las gracias con más amplitud, cargado con los despojos que busco.

Al pronunciar estas palabras, a las cuales el anciano no respondió otra cosa sino que se alegraría de volver a verle y que deseaba que fuera así, montó a caballo, y, despidiéndose ambos

con una inclinación de cabeza, tiró el Príncipe la bola consabida delante de sí.

Ésta rodó con tal violencia, que el joven se vió obligado a acomodar la carrera de su caballo a la misma velocidad, a fin de no perderla de vista. Con efecto; la siguió, y cuando estuvo en la falda de la montaña, como el viejo le había dicho, se paró la bola. Entonces el Príncipe se apeó del caballo, el cual no se movió de aquel sitio ni aun cuando le echó la brida al cuello.

Reconoció cautelosamente la montaña, y vió las piedras negras de que le habló el viejo de las barbas.

Comenzó a subir, y apenas había dado cuatro pasos, oyó las voces que el anciano le había indicado, pero sin que por eso se viera en aquellos lugares ninguna persona. Unas voces decían:

—¿Adónde va ese loco? ¿Adónde va? ¿Qué pretende? ¡No le dejéis pasar! ¡Retroceda el intruso que invade nuestros dominios!

Otras repetían con monótono estribillo:

—¡Detenedle, prendedle, matadle! ¡Detenedle, prendedle, matadle!

Otras gritaban con terrorífica voz de trueno:

—¡Al ladrón, al asesino, al renegado!

Otras, al contrario, gritaban con tono de mofa y sangrienta burla:

—¡No, no le hagáis mal! ¡Dejadle pasar, que va por el pájaro, el árbol y el agua ocultos en la montaña!

El joven no hacía caso y seguía andando. De pronto comenzó a sentir las voces bajo los pies, a su espalda, a su lado, y comenzó a temblar; y no acordándose de los consejos que le habían dado, volvió la cabeza. No bien lo hubo hecho, quedó convertido en piedra, del mismo modo que su caballo.

Aquel mismo día la Princesa sacó el puñal, y al mirarlo advirtió que corría sangre por la punta. El hermano menor, al saber la noticia de la desgracia ocurrida a su hermano, sin escuchar los consejos y súplicas de su hermana, montó a caballo y se fué, decidido a vengar la muerte de Bahman y llevar a su hermana el pájaro, el árbol y el agua color de oro. Al marcharse dió a la Princesa un rosario, advirtiéndole que cuando las cuentas no corriesen sería señal de que le había sucedido una desgracia.

Llegó el joven al pie de la montaña sin dificultad, y le sucedió lo mismo que a su hermano, quedando convertido en piedra. El día que ocurrió esta desgracia la Princesa notó que las cuentas del rosario no se movían, y entonces, vistiéndose un traje de hombre, montó a caballo y fué a buscar a sus hermanos y a morir con ellos, o a salvarlos si lograba vencer los riesgos y dificultades de la empresa.

... vistiéndose un traje de hombre, montó a caballo ...

Preguntó al viejo de las uñas largas, que le hizo idénticas observaciones que a sus hermanos, y entonces la Princesa dijo:

—¡Pues si no es más que eso, buen anciano, las voces se evitan tapándose los oídos con algodones!

Hízolo así la joven; tomó la bola, la siguió, llegó al pie de la montaña, y comenzó a subir. Gritaban, la insultaban, se burlaban de ella; pero como tenía tapados los oídos, las voces no llegaban a asustarla.

Gritaban, la insultaban...

Así llegó a la cima de la montaña, donde encontró al pájaro, que le dijo:

—Ha sabido usted conquistarme, y soy su esclavo. Corte usted una hoja del árbol que está a mi derecha, y que reconocerá por la música que sale de él, y plán-

tela usted en su jardín: dos días después estará hecho un árbol corpulento y con las mismas condiciones que el árbol que aquí está plantado; al pie de éste encontrará usted un frasco que contiene el agua de color de oro que ha venido a buscar.

—¿Y cómo podré volver la vida a mis hermanos?

está bajo mi jaula, y vaya regando con su agua todas las piedras negras que encuentre: se irán

—Tome usted un cántaro que volviendo hombres, y entre ellos encontrará a sus hermanos.

Cortó la Princesa una rama del árbol, se guardó en el seno el frasco, tomó con la mano izquierda la jaula del pájaro que habla, y con la derecha el cántaro, y fué bajando y derramando en cada piedra negra un poco de agua: tan pronto como la recibían, las piedras se convertían en hombres. Las dos primeras piedras sobre que vertió el agua se tornaron en hombres, y estos hombres eran los Príncipes sus hermanos. Dió al uno la jaula y al otro la rama del árbol, y siguió convirtiendo cada piedra negra que encontraba en un hombre.

. . . tomó la jaula . . .

. . . siguió convirtiendo cada piedra . . .

Así llegaron al pie de la montaña. Seguidos de numeroso cortejo de agradecidos, montaron todos en sus caballos, que también

habían sido desencantados, y llegaron hasta la quinta donde vivían los tres hermanos. Allí despidieron los caballeros, después de haberlos hecho descansar y darles un banquete, asistiendo todos a la inauguración del estanque, en el cual vertió el agua color de oro, que formaba unos canastillos encantadores, de haber plantado la rama del árbol que canta, y colocado el pájaro que habla en una preciosa pajerera construída en el centro del jardín.

Ya hacía algunos días que habían partido para su país los caballeros que había desencantado, cuando llegó a noticias del Sultán la existencia de aquellas maravillas; y deseando verlas, fué a la quinta en que vivían los tres hermanos.

A lo que contestó el pájaro:

Al tener noticias la Princesa de la visita que habían de recibir aquella tarde, consultó con el pájaro que habla con qué festejarían al Sultán.

El pájaro dijo después de pensar un poco la respuesta que había de darle: "Ponle calabacines rellenos con perlas, que encontrarás al pie de un árbol que hay a mi espalda.,,

Hízolo así la joven, y cuando llegó el Sultán y vió el jardín con todas las maravillas que encerraba, subieron a visitar la casa, donde de antemano se había llevado al pájaro que habla.

Estaba puesta la mesa, y la joven invitó al Soberano que aceptó el convite; y sentándose a su lado, púsose a partir los calabacines. Se sorprendió al ver que estaban rellenos de perlas.

—¿A qué viene esta especie de guisado, cuando no se puede comer?—preguntó el Sultán.

A lo que contestó el pájaro:

—Más difícil de tragar eran las mentiras de que tu esposa había tenido por hijos un perrito negro, un gato y una mona, y, sin embargo, lo has creído.

—Lo creí porque las comadres me lo aseguraron.

—Porque eran dos hermanas envidiosas, que querían perder a la Sultana. A tus hijos los tienes aquí presentes, recogidos del rio a cuyas aguas los habían arrojado, y triados por el jardinero recién muerto. Dios ha querido conservártelos para que tengas la satisfacción de abrazarlos y tenerlos en tu compañía.

Las dos hermanas sufrieron el castigo.

Levantóse el Sultán, abrazó a sus hijos, les dijo que le siguieran a Palacio, donde mandó llamar a las dos hermanas, y las hizo declarar la verdad dándoles tormento. Una vez puesta en claro la verdad mandó conducir a Palacio a la Sultana, a la cual abrazaron el Sultán y sus hijos, y en el cajón que dejó aquélla a la puerta de la mezquita fueron metidas las dos hermanas por espacio de tres mil cuatrocientos ochenta y cuatro años con algunos meses, condenadas a no comer otra cosa que pan duro y agua por todo alimento hasta su muerte; el castigo mismo que había sufrido la desdichada esposa del Sultán, víctima de las alevosas imposturas de aquellas dos furias perversas y enredadoras.

Los demás vivieron tranquilos y muy felices durante muchísimos años.

CUENTO XXII

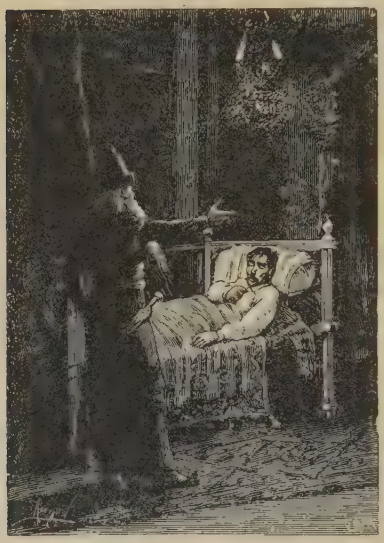
LA ESTATUA PRODIGIOSA

Había en Balsora un rey moro muy poderoso y muy amado de sus vasallos; pero estaba muy triste, porque sentía aproximarse la hora de su muerte y no tenía ningún hijo. Hizo grandes penitencias rogando al Cielo que le concediese un hijo, y no fueron inútiles sus oraciones, pues poco tiempo después la Reina dió a luz con toda felicidad un hermoso príncipe, que se llamó Zeyn Alasnara, cuyo nacimiento fué recibido por todo el reino con extremada alegría y festejado con bulliciosos regocijos.

Poco tiempo después cayó el Rey en cama con una penosa enfermedad, que le causó la muerte. Viéndose próximo a morir, mandó llamar a su hijo, y le recomendó que procurara hacerse amar de todos sus vasallos.

En cuanto murió el Rey se vistió de luto el príncipe Zeyn, y lo llevó por espacio de siete días. Al octavo subió al trono y empezó a reinar. Al ver que sus vasallos doblaban la rodilla en su presencia, se creyó sin deberes para con el pueblo, y no se ocupó más que en lo que sus ministros le aconsejaban. Se entregó a la ociosidad y a los mayores excesos, repartiendo los primeros empleos de su Estado entre jóvenes viciosos como él. Todo fué un continuo desarreglo; y, como era natural, en poco tiempo agotó todo su tesoro. Aún vivía la Reina madre, princesa

tan sabia como prudente, que varias veces había intentado detener a su hijo en el camino de los vicios haciéndole presente que si no cambiaba de conducta, no solamente gastaría sus riquezas, sino que provocaría una revolución que quizás le costaría la corona y la vida. Entonces el joven Príncipe confió el ministerio a ancianos prudentes que supieron contener a sus vasallos, y empezó a modificar algo su desarreglada conducta, que tenía escandalizado a todo el reino y muy disgustados a los partidarios de su dinastía.



Soñó Zeyn con un venerable anciano...

Para mejorarle le sirvió eficazmente el siguiente extraño sueño que tuvo en una ocasión.

Soñó que se le había presentado un venerable anciano, el cual con majestuoso tono le había dicho:

—Si quieres ver el fin de tu aflicción, levántate, parte para Egipto y ve al Cairo, que allí te espera una gran fortuna.

Cuando despertó fué al cuarto de la Reina, su madre, a la que contó cuanto había soñado.

—¿Y serás capaz, hijo mío, de ir a Egipto tan sólo por un sueño?

—¿Y por qué no, señora? El anciano que se me ha aparecido no era sólo respetable por su vejez, sino porque se traslucía en su persona una majestad verdaderamente divina. Me entrego a la confianza que me ha inspirado, y seguiré su voz, que me ha augurado tantas dichas.

Dejó el Príncipe el cuidado de sus reinos a su madre, salió una noche de Palacio y tomó el camino del Cairo, sin permitir que nadie le acompañase en la arriesgada expedición que emprendía.

Llegó por fin a aquella famosa ciudad, y como era de noche y estaba muy cansado, se durmió a la puerta de una mezquita, y volvió a soñar con el mismo anciano que ya otra vez se le había aparecido, el cual le dijo:

—Estoy muy contento de ti, pues has dado crédito a mis palabras. Vuelve a Balsora, y en tu palacio encontrarás riquezas como nunca las habrá tenido ningún rey.

Cuando despertó volvió a tomar el camino de su pueblo, y al llegar contó a su madre todo lo que le había sucedido.

Entonces su madre le aconsejó que no volviera a hacer caso de los sueños, porque eran engañosos.

Prometió el príncipe Zeyn que seguiría en adelante los consejos de su madre. Pero a la noche siguiente, soñó por tercera vez con el anciano, que le dijo con tono profético:

...salió una noche de Palacio...

...había diez urnas de porcelana...

—Ha llegado por fin el tiempo de tu prosperidad: mañana cuando despiertes vé a cavar bajo las losas del despacho de tu padre, y encontrarás un gran tesoro allí enterrado.

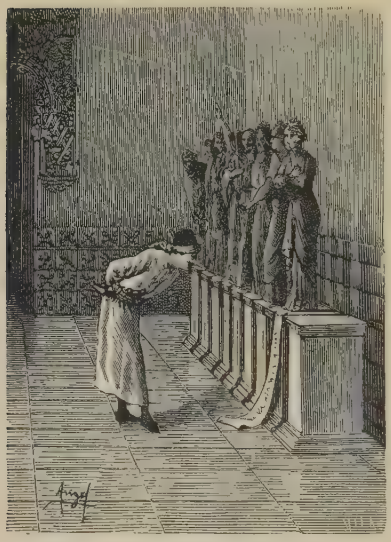
A la mañana siguiente, en cuanto despertó, se dirigió el Príncipe al despacho de su padre con un azadón, y empezó a levantar las baldosas, debajo de las cuales encontró una puerta con un candado de acero. Lo rompió a golpes y abrió la puerta, que ocultaba una escalera de mármol blanco, por la cual bajó a un cuarto donde había diez urnas de porcelana llenas de oro, plata y piedras

preciosas. En la más pequeña halló una llave de oro que correspondía a una cerradura que había en uno de los artesonados.

Hizo la prueba, y al punto se abrió una puerta, que le dió entrada a otro cuarto donde había ocho estatuas de oro macizo.

Lo que más le llamó la atención fué que la octava estatua estaba rodeada por una banda de raso, y en ella había la siguiente inscripción:

"Mi querido hijo, si quieres encontrar la novena estatua, vete al Cairo y pregunta por Mobarec, que te conducirá al sitio donde se encuentra dicha estatua. „



...estaba rodeada por una banda de raso...

Después de haber leído el Príncipe estas palabras mandó preparar sus equipajes; pero no quiso llevar consigo más que un corto número de servidores.

No le ocurrió accidente alguno en el camino. Llegó al Cairo, donde preguntó por Mobarec: le dijeron que era uno de los vecinos más ricos de la ciudad, y que su casa estaba abierta particularmente para los extranjeros. Fué, pues, a ella, y habiéndose presentado a Mobarec, se dió a conocer a él como hijo del difunto rey de Balsora.

—Ese rey—dijo Mobarec—fué en otro tiempo mi amo; pero señor, yo no le he conocido ningún hijo. ¿Qué edad tenéis?

—Tengo veinte años—respondió el Príncipe.—¿Cuánto tiempo hace que salisteis de la corte de mi padre?

—Cerca de ventidós años—respondió Mobarec.—Pero ¿cómo me persuadiréis de que sois su hijo?

Entonces el joven Zeyn le refirió cuanto había visto en el subterráneo de su palacio.

No bien hubo concluído de contar esto, cuando Mobarec se inclinó ante él, y besándole repetidas veces las manos, exclamó:

—Os reconozco por el hijo del rey de Balsora; y si queréis ir

al sitio donde está la estatua maravillosa, yo os conduciré a él. Pero antes es necesario que descanséis aquí algunos días. Hoy doy un banquete a los grandes del Cairo: estábamos en la mesa cuando han venido a avisarme vuestra llegada. ¿Os desdeñaréis, señor, de venir a reuniros con nosotros y acompañarnos en nuestro festín?

—No—respondió Zeyn:—me consideraré muy honrado en participar de vuestro banquete.

Le condujo Mobarec bajo una cúpula donde estaban los convidados, le hizo sentarse a la mesa, y comenzó a servirle con acatamiento y solicitud, todo lo cual sorprendió a los grandes del Cairo, que se preguntaban por lo bajo unos a otros:

—Quién será este extranjero a quien Mobarec sirve con tanto respeto?

Cuando acabaron de comer tomó éste la palabra, y dijo:

—Grandes del Cairo, no os admiréis de haberme visto servir de esta manera a un joven extranjero. Sabed que es hijo del rey de Balsora, mi amo. Su padre me compró con su dinero y murió sin haberme concedido la libertad; así es que todavía soy su esclavo, y, por consiguiente, todos mis bienes pertenecen a este joven Príncipe, su único heredero.

Zeyn le interrumpió al llegar aquí, diciéndole:

—¡Oh Mobarec! Declaro delante de estos señores y de un modo solemne que desde este momento os manumito, y separo de mis bienes vuestra persona y cuanto os pertenece. Además de esto, ved lo que queréis que os dé.

Al oir este discurso Mobarec se echó a sus pies y dió al Príncipe mil gracias. En seguida se sacó vino, estuvieron de fiesta todo el día, y a la noche se distribuyeron regalos a los convidados, y éstos se retiraron.

Al día siguiente dijo Zeyn a Mobarec:

—He descansado bastante. No he venido al Cairo para vivir en medio de los placeres: quiero a toda costa poseer la novena estatua, y ya es tiempo de que partamos para ir a conquistarla.

—Señor—respondió Mobarec,—estoy dispuesto a acceder a vuestros deseos; pero no sabéis los peligros que hay que correr para hacer esa conquista.

—Por grandes que sean—replicó el Príncipe,—estoy resuelto

a emprenderla: pereceré, o saldré vencedor. Todo cuanto sucede es porque Dios lo dispone: sólo deseo que me acompañéis y que vuestra firmeza sea igual a la mía.

...Mobarec se echó a sus pies...

Viendo Mobarec que estaba decidido a partir, llamó a sus criados, les mandó que preparasen el equipaje, y se pusieron en camino. Fueron notando en él infinidad de cosas singulares y maravillosas. Caminaron por espacio de algunos días, al cabo de los cuales, habiendo llegado a un sitio delicioso, se apearon, porque habían llegado al término de su viaje.

Llegaron a la orilla de un gran lago...

Entonces dijo Mobarec a los criados que los acompañaban:

—Permaneced en este sitio, y guardad con cuidado los equipajes hasta que volvamos, sin que os impacientéis por nuestra tardanza.

Luego dijo a Zeyn:

—Señor, adelantémonos solos: estamos cerca del paraje donde se guarda la novena estatua, y en el cual necesitaréis de todo vuestro valor.

Llegaron a la orilla de un gran lago, y Mobarec se sentó en la playa, diciendo al Príncipe:

—Tenemos que pasar este pequeño mar: esta es la primera dificultad.

—¿Y cómo lo haremos—replicó Zeyn—no teniendo un barco?

—Pronto veréis aparecer uno—repuso Mobarec:—el barco encantado del Rey de los genios va a venir a pasarnos. Pero no olvidéis lo que voy a deciros. Es necesario guardar profundo silencio: no hablóis al barquero, por más singular que os parezca su figura; aunque notéis en él cosas muy extraordinarias, no digáis nada, porque os advierto que si pronunciáis una sola palabra cuando estemos embarcados, se hundirá el barco bajo las aguas.

—Callaré—dijo el Príncipe.—Mandad lo que debo hacer, y lo ejecutaré con toda exactitud.

Hablando de esta manera, apareció de repente en el lago un barco de madera de sándalo encarnado, que tenía un mástil de ámbar fino con una banderola de raso azul. No había dentro de él más que un barquero, cuya cabeza se parecía a la de un elefante, y su cuerpo tenía la forma de un tigre. Habiéndose aproximado el barco al Príncipe y a Mobarec, el barquero los cogió uno tras otro con la trompa, los puso en su barco, los pasó en un instante al otro lado, volvió a cogerlos del mismo modo, los dejó en la playa, y desapareció con su barco.

Habiéndose aproximado el barco...

—Ahora ya podemos hablar—dijo Mobarec.—La isla en que estamos es la del Rey de los genios: no hay otra semejante en todo el mundo. Mirad por todos lados, Príncipe. ¿Se puede ver una mansión más encantadora? Ved esos campos adornados con flores y toda clase de hierbas odoríferas. Admirad esos hermosos árboles, cuyas deliciosas frutas hacen doblar las ramas hasta el suelo. Disfrutad del placer que causan los armoniosos cantos de mil pájaros de mil especies desconocidas en la mayor parte de los países que forman el globo terráqueo.

Llegaron al cabo delante de un palacio construído con esmeraldas finas y rodeado por un ancho foso, sobre cuyos bordes había

plantados de trecho en trecho árboles tan altos, que cubrían todo el palacio con su sombra. Frente a la puerta, que era de oro macizo, había un puente construído con una sola escama de pescado, aunque tenía doce metros de largo por cinco de ancho; a la cabeza del puente una cuadrilla de genios de desmesurada altura defendían la entrada del castillo con gruesas mazas de acero de China.

—Detengámonos aquí—dijo Mobarec.—Estos genios nos matarían si pretendiéramos continuar nuestra marcha; y si queremos impedirles que vengan a nosotros, es necesario hacer una ceremonia mágica.

Al mismo tiempo sacó de una bolsa cuatro fajas de tafetán amarillo. Se rodeó una a la cintura, se echó otra a la espalda, y dió las otras dos al Príncipe, que hizo el mismo uso de ellas. Después extendió en el suelo dos alfombras, por cuyo borde esparció algunas piedras preciosas con almizcle y ámbar. En seguida se sentó en una de aquellas alfombras, y Zeyn en la otra. Luego dijo Mobarec al Príncipe, recomendándole muy especialmente que se atuviera a sus indicaciones:

—Señor, ahora voy a llamar al Rey de los genios, que habita el palacio que tenemos a la vista. ¡Quiera Dios que venga a nosotros sin cólera! Si le desagrada nuestra llegada a su isla, se presentará bajo la figura de un monstruo espantoso; pero si aprueba nuestro designio, se mostrará bajo la forma de un hombre bien parecido. Así que llegue delante de nosotros será necesario que os levantéis y le saludéis sin salir de vuestro manto, porque pereceríais, y después de saludarle le diréis:

"—Soberano señor de los genios, mi padre, que era vuestro admirador, ha sido arrebatado por el ángel de la muerte. Dígnese Vuestra Majestad protegerme, como protegió siempre a mi padre."

Después de haber instruido Mobarec al príncipe Zeyn, comenzó a llamarle. Apenas hubo concluído, hirió los ojos del Príncipe un prolongado relámpago, al cual siguió un trueno terrible. Toda la isla se cubrió de densas tinieblas, se levantó un furioso viento, se oyó un espantoso grito, y se estremeció la Tierra como si hubiera sucedido un gran terremoto.

Sintió Zeyn alguna emoción, y comenzó a temer de aquel ruido una desgracia, cuando Mobarec, que sin duda sabía lo que iba a ocurrir, comenzó a sonreirse y le dijo:

—¡Serenaos, príncipe mío; todo va bien!

En efecto; pocos instantes después se dejó ver el Rey de los genios bajo la forma de un hombre de buen aspecto.

Su aparición era, por consiguiente, presagio de un acontecimiento feliz.

Así que le vió, el príncipe Zeyn le hizo el cumplido que le había dictado Mobarec. Sonrióse el Rey de los genios y respondió:

—¡Oh hijo mío! Yo amaba a tu padre, y cada vez que venía a tributarme sus respetos le regalaba una estatua que se llevaba. No te profeso a ti menos amor. Obligué a tu padre a que escribiese algunos días antes de su muerte lo que has leído en la pieza de raso blanco. Le prometí tomarte bajo mi protección y darte la novena estatua, que sobrepuja en hermosura a las suyas. Ya he comenzado a cumplir mi palabra. Soy el que has visto en sueños bajo la forma de un anciano. Te he hecho descubrir el subterráneo donde están las urnas y las estatuas. Tengo mucha parte en todo lo que te ha sucedido, o más bien, soy la causa de ello; sé quién te ha hecho venir. Obtendrás lo que deseas. Aun cuando no hubiese ofrecido a tu padre dártela, te la concedería con gusto; pero antes es necesario que me prometas por todo lo que hace inviolable una promesa formal que volverás a esta isla y me traerás una joven de quince años que sea perfectamente buena y hermosa y digna de que yo la prohije.

...se dejó ver el Rey de los genios...

Hizo Zeyn la promesa que se le exigía.

—Pero, señor—dijo luego,—suponiendo que sea bastante feliz para encontrar una joven tal como la pedís, ¿cómo podré saber que la he encontrado tal como la deseáis?

—Confieso—respondió el Rey de los genios sonriéndose—que

podrían engañarte las apariencias, porque no ha sido dado por Dios a los hombres este conocimiento; así, no pienso referirme a tu dictamen sobre este particular, sino guiarte en la elección.

"Yo te daré un espejo, con el cual no podrás equivocarte. Cuando hayas visto una joven de quince años perfectamente hermosa, mira tu espejo, y verás en él la imagen de aquella joven. La luna se conservará pura y limpia si la joven es virtuosa; y si, por el contrario, se empaña, será señal de que la joven no lo es.

He aquí el espejo de que debes servirte.

No olvides, pues, la promesa que me has hecho, y cúmplela como hombre de honor; de otro modo, te quitaré la vida, a pesar del afecto que te profeso.

Protestó de nuevo el príncipe Zeyn que cumpliría exactamente su palabra y que, ateniéndose a las instrucciones que acababa de recibir, no descansaría un momento hasta realizar el encargo que le había sido confiado.

—¡Oh hijo mío! Puedes volver cuando quieras. He aquí el espejo de que debes servirte.

Despidiéronse del Rey de los genios Zeyn y Mobarec, y marcharon hacia el lago. Se acercó a ellos el barquero de cabeza de elefante con su barco, y volvió a pasarlos de la misma manera que los había llevado. Se reunieron con las personas de su comitiva, y volvieron con ellas al Cairo.

Descansó el Príncipe algunos días en casa de Mobarec, y al cabo de ellos le dijo:

—Partamos para Bagdad: vamos a buscar allí una joven para que la prohije el Rey de los genios.

—Pues qué, ¿no estamos en el Cairo?—respondió Mobarec.—¿No encontraremos aquí muchachas buenas y hermosas?

—Tenéis razón; pero ¿cómo haremos para descubrir los sitios donde puedan estar?

—No tengáis cuidado por eso, señor—replicó Mobarec:—conozco una persona que nos pondrá en relación con todas las jóvenes de esta ciudad, entre las cuales habrá, sin duda, beldades muy exquisitas.

Efectivamente: el Príncipe vió gran número de hermosísimas muchachas de quince años; pero cuando después de haberlas mirado iba a consultar su espejo, siempre se empañaba la luna, fatal piedra de toque de su virtud.

Viendo que no podía encontrar en el Cairo lo que necesitaban, fueron a Bagdad, y alquilaron un magnífico palacio en uno de los más hermosos barrios de la ciudad. Comenzaron a darse muy buen trato; tenían buena mesa, de la cual participaban los derviches, monjes mahometanos que por este medio vivían cómodamente.

Habitaba en el mismo barrio un imán o sacerdote mahometano llamado Bubekir Muscín, hombre vano, altanero y envidioso. Odiaba a los ricos tan sólo porque él era pobre, y la miseria le indisponía contra su prójimo. Oyó hablar de Zeyn, de la abundancia de su casa, y esto bastó para que concibiera aversión contra este Príncipe, llegando hasta el extremo de que un día en la mezquita dijo al pueblo después de la oración de la tarde:

—Hermanos míos, he oído decir que ha venido a alojarse en nuestro barrio un extranjero que gasta todos los días inmensas sumas. ¿Quién sabe si ese desconocido será quizás algún malvado que haya robado en su país considerables caudales y venga a esta ciudad a darse buena vida? ¡Cuidado, hermanos míos; si llega a saber el Califa que hay un hombre de esa clase en nuestro barrio, es de temer que nos castigue por no habérselo advertido! Por lo que a mí hace, os declaro que me lavo las manos sobre este particular, y si algo sucede, no será culpa mía.

El pueblo, que se deja persuadir fácilmente, gritó dirigiéndose a Bubekir, que trataba de exaltar sus pasiones con infundadas alarmas:

—Eso os pertenece, doctor: hacédselo saber al Consejo.

Entonces el imán se retiró a su casa muy satisfecho, y se puso a redactar una Memoria, resuelto a presentársela al día siguiente al Califa.

Pero Mobarec, que había estado en la oración y había oído

como los demás el discurso del Doctor, puso quinientos cequíes de oro en un pañuelo, hizo un lío con muchas telas de seda, y se fué con ellos a casa de Bubekir.

El Doctor le preguntó en tono brusco qué quería.

—¡Oh Doctor!—le respondió Mobarec entregándole el oro y las telas.—Yo soy vecino y servidor vuestro. Vengo de parte del príncipe Zeyn, que vive en este barrio. Ha oído hablar de vuestro mérito, y me ha encargado que venga a deciros que desea entablar conocimiento con vos. En el ínterin, os suplica que admitáis este regalo.

...os suplica que admitáis este regalo...

Trasportado de júbilo, Bubekir respondió a Mobarec:

—Señor, hacedme el favor de pedir perdón en mi nombre al Príncipe. Estoy avergonzado de no haber ido aún a verle; pero repararé mi falta, y mañana iré a cumplir mis deberes.

Y a consecuencia del obsequio recibido, al día siguiente, después de la oración de la mañana, dijo al público:

—Sabed, hermanos míos, que a nadie le faltan enemigos, y la envidia tiene principalmente por blanco a los que poseen muchos bienes de fortuna. El extranjero de quien os hablé ayer tarde no es un hombre malo, como habían querido hacérmelo creer algunos mal intencionados; es un joven príncipe lleno de virtudes. Guardémonos muy mucho de ir a dar al Califa informes desfavorables de él.

Habiendo desvanecido en el espíritu del pueblo con este discurso la opinión que había hecho formar del príncipe Zeyn la tarde anterior, Bubekir se volvió a su casa, tomó su traje de etiqueta, y se fué a ver al joven Príncipe, que le recibió con el mayor agrado.

Después de muchos cumplidos por ambas partes, dijo Bubekir al Príncipe:

—Señor, ¿os proponéis permanecer mucho tiempo en Bagdad?

—Permaneceré—le contestó Zeyn—hasta que haya encontrado una joven de quince años perfectamente hermosa y muy amante de la virtud; un verdadero dechado de perfecciones físicas y morales.

—Buscáis, sin duda, una cosa bastante rara—replicó el imán,—y casi os aseguraría que todas las diligencias que hicierais a ese fin serían inútiles, si no supiera yo dónde hay una que reúne esas circunstancias. Su padre fué visir en otro tiempo; pero ha dejado la corte, y vive hace ya bastante tiempo en una casa de campo, en la cual se dedica exclusivamente a la educación de su hija. Voy, señor, si lo deseáis, a pedirla para vos: no dudo que se dará por muy satisfecho de tener un yerno de vuestro nacimiento.

...le mandó que se quitase el velo...

—¡No nos apresuremos!—contestó el Príncipe.—Yo no me casaré con esa joven sin saber antes si me conviene En cuanto a su hermosura, podré fiarme de vos; pero ¿qué seguridades podéis darme en orden a su virtud?

—¿Y qué seguridades queréis tener?—dijo Bubekir.

—Es necesario que le vea la cara: no exijo otra cosa para tomar mi determinación.

—¿De modo que sois buen fisonomista?—repuso el imán sonriéndose.—Pues bien; venid conmigo a casa de su padre: le suplicaré que os deje verla un momento en su presencia.

Condujo Muecín al Príncipe a casa del Visir, quien, después de saber el nacimiento y designio de Zeyn, le presentó su hija, a la que mandó que se quitase el velo. Nunca se había presentado a los ojos del joven rey de Balsora tan gran hermosura. Luego sacó su espejo, y la luna se conservó pura y limpia.

Cuando vió que había hallado por fin una joven tal como

la deseaba, suplicó al visir que se la concediera. Al momento enviaron a buscar al cadí, y se hizo el contrato y la oración del matrimonio. Concluída esta ceremonia, Zeyn llevó al visir a su casa, donde le obsequió magníficamente, y le hizo regalos considerables. Luego envió infinidad de joyas a la novia, que fué a su casa, donde se celebraron las bodas con la pompa que convenía a la clase de Zeyn.

Cuando se retiró todo el mundo, dijo Mobarec a su amo:

—Señor, no nos detengamos durante más tiempo en Bagdad: tomemos el camino del Cairo, y acordaos de la promesa que hicisteis al Rey de los genios de regresar en cuanto os fuera posible.

—Partamos: es preciso desempeñarla con fidelidad. Os confieso, sin embargo, mi querido Mobarec, que me cuesta no poco trabajo obedecer al Rey de los genios. La joven con quien acabo de casarme es encantadora, y estoy tentado de llevarla a Balsora para colocarla sobre el trono.

—¡Ah, señor — replicó Mobarec; — guardos bien de seguir vuestro deseo! Dominad vuestras pasiones, y aunque os cueste el mayor sacrificio, cumplid la palabra que habéis dado al Rey de los genios.

Hechos por Mobarec los reparativos del viaje, volvieron al Cairo, y de allí tomaron el camino de la isla del Rey de los genios.

Al llegar a ella la joven, que había hecho el viaje en litera y no había visto al Príncipe desde el día de la boda, dijo a Mobarec:

—¿En qué sitio nos hallamos? ¿Llegaremos pronto a los Estados del Príncipe mi esposo?

—Señora—respondió Mobarec,—es ya tiempo de desengañaros. El Príncipe Zeyn sólo se ha casado con vos para sacaros del lado de vuestro padre. No os ha prometido su fe para haceros soberana de Balsora, sino para entregaros al Rey de los genios.

Al oir esto la jovén comenzó a llorar amargamente, lo cual enterneció mucho al Príncipe y a Mobarec.

—¡Tened piedad de mí! les—decía.—¡Yo soy una extranjera! ¡Ante Dios responderéis de la traición que me habéis hecho!

Fueron inútiles sus lágrimas y lamentos. Presentáronsela al

Rey de los genios, el cual, después de haberla mirado con atención, y no sin cierta amorosa complacencia, dijo a Zeyn:

—Estoy satisfecho; la joven que me has traído es lindísima, y me es muy agradable el esfuerzo que has hecho para cumplir tu palabra. Vuelve a tus Estados, y cuando entres en el cuarto subterráneo donde están las ocho estatuas, encontrarás en él la novena que te he prometido. Voy a hacerla trasportar por medio de mis genios.

Zeyn dió las gracias al Rey, y tomó el camino del Cairo con Mobarec; pero permaneció poco tiempo en esta ciudad, porque la impaciencia de recibir la novena estatua le hizo precipitar la partida. Mientras tanto no dejaba de pensar continuamente en la joven con quien se había casado, echándose en cara la traición que le había hecho, y considerándose causa e instrumento de su desgracia.

la joven comenzó a llorar amargamente..

—¡Ay!—se decía a sí mismo.—¡La he arrebatado el cariño de su padre para sacrificarle a un genio!

Ocupado en estos pensamientos llegó el príncipe Zeyn a Balsora, donde, muy contentos sus vasallos con su regreso, prepararon grandes festejos. Fué a dar cuenta de su viaje a la Reina su madre, que se alegró mucho de saber que había obtenido la novena estatua que tanto había deseado.

—Vamos, hijo mío—le dijo;—vamos a verla, porque, sin duda, estará en el subterráneo, supuesto que el Rey de los genios te ha dicho que la encontrarías en él.

El joven Rey y su madre bajaron al subterráneo, y entraron en el cuarto de las estatuas. ¡Pero cuál fué su sorpresa cuando en lugar de una estatua de diamantes vieron en el noveno pedestal una joven perfectamente hermosa, que el Príncipe reconoció ser la misma que había conducido a la isla de los genios!

—Príncipe—le dijo la joven,—sin duda os quedáis asombrado de verme aquí. Contabais con hallar alguna cosa más preciosa que yo, y temo que en este momento os arrepintáis de haberos tomado tanto trabajo, porque os prometeríais una recompensa más hermosa.

vieron una joven perfectamente hermosa

—¡No, señora! —respondió Zeyn.—¡El Cielo es testigo de que más de una vez pensé faltar a la palabra que había dado al Rey de los genios por conservaros en mi compañía! ¡Os prefiero a todos los diamantes y a todas las riquezas del mundo!

Al mismo tiempo se oyó un trueno que hizo temblar el subterráneo, de lo que se espantó la madre de Zeyn; mas, presentándose entonces el Rey de los genios, desapareció el temor que aquel estrépito le había causado.

...yo protejo y amo a vuestro hijo...

—Señora—le dijo,—yo protejo y amo a vuestro hijo, y he querido probar si era capaz de dominar sus pasiones. Bien sé que le han hecho impresión los encantos de esta joven y que no ha cumplido exactamente la promesa que me había hecho de no desear su posesión; pero conozco la fragilidad de la naturaleza humana, y he quedado satisfecho de su moderación. Ésta es la novena estatua que le destinaba, mucho más rara y preciosa que las demás. Vive, Zeyn—prosiguió, di-

rigiéndose al Príncipe;—vive feliz con esta joven: es tu esposa; y si quieres que te guarde fe pura y constante, ámala siempre, y ama únicamente a ella. Yo respondo de su fidelidad.

Al decir esto desapareció el Rey de los genios, y Zeyn, encantado de la joven, celebró el matrimonio el mismo día, haciéndola proclamar reina de Balsora. Los dos esposos, siempre fieles y cada día más enamorados, vivieron juntos gran número de años.

Cuando Zeyn despertó de su largo sueño se propuso aprovechar la enseñanza que de él se deducía, a fin de asegurar su felicidad.

—Efectivamente—dijo;—para ser bueno y feliz es necesario vencerse a sí mismo sobreponiéndose a todo género de pasiones.

CUENTO XXIII

AVENTURAS DE UN NÁUFRAGO

Un marinero que estaba ausente de su país natal hacía algunos años, y a quien ya se tenía por muerto, al fin desembarcó un día en el pueblo donde vivía su familia, y se presentó a ésta, que le acogió con verdadero regocijo. Véase la relación que hizo de sus maravillosas aventuras.

"—En el primer viaje que hice tuve la desgracia de que el buque en que iba se fuese a pique. Subí entonces con algunos marineros a una balsa, en la cual navegamos un mes entero, hasta que otra tormenta, por voluntad del Altísimo, nos arrojó a una isla. Desembarcamos atropelladamente, pues el hambre nos acosaba; nos dirigimos a unos árboles, y empezamos a comer fruta. En esto nos vimos rodeados por multitud de hombres que parecían demonios, los cuales subieron sobre nuestros hombros y nos dijeron:—¡Corred ahora, que sois nuestros jumentos!—Le pregunté al que se había encaramado sobre mis hombros:—¿Quién eres, y por qué te has subido sobre mí?—Pero él me apretó el pecho con el talón de un pie con tal violencia, que me hizo caer desfallecido de dolor con el rostro contra el suelo, pues el hambre y el cansancio habían acabado con mis fuerzas. Cuando advirtió que el hambre me había postrado, me tomó la mano, y conduciéndome a un árbol cargado de fruta, me dijo que comiese cuanta quisiera. Así lo hice hasta que estuve harto, y me desvié; pero apenas hube andado

tres pasos, cuando se encaramó otra vez sobre mis hombros, y me forzó a correr sigún su antojo. El maldito se reía de mi pesadumbre, y decía:—¡Nunca en mi vida he tenido tan buen asno!—En aquel estado permanecimos algunos años con los extraños habitantes de la isla. Un día que vimos vides cargadas de uvas, cogimos algunas, las pusimos en un tonel, y las pisamos para exprimir el jugo, que al día siguiente fué vino; y bebimos en tan gran cantidad, que nos mareó y nos movió a cantar y a bailar con muchísima algazara.—¿Qué tenéis — nos preguntaron, - que estáis tan acalorados y bulliciosos? — ¿Por qué nos lo preguntáis y qué os importa? — les contestamos— De todos modos, queremos saberlo—dijeron.—El vino es quien nos ha puesto en este estado—les respondimos.—Pues vamos a verlo—dijeron:—dejádnoslo probar.—¡Se acabaron las uvas!—dijimos.—¡No

Subí entonces con algunos marineros a una balsa...

hay cuidado!—respondieron.—¡Venid con nosotros!—Y dicho esto nos condujeron a un valle tan largo y tan ancho, que no se veía dónde empezaba ni dónde acababa, y todo él estaba lleno de vides cargadas de tales racimos, que el que menos pesaba un quintal. Nos dijeron que cogiésemos cuanta uva quisiéramos, como, en efecto, lo hicimos, llenando un tonel tamaño como un estanque; la pisamos luego, y dejamos fermentar el licor por espacio de un mes, hasta que se convirtió en excelente vino.

"Cuando el vino estuvo en sazón les dijimos que ya estaba en su punto, y les preguntamos con qué querían beberlo. Nos contestaron que les hiciéramos vasos con las cortezas de algunos cocos, pues este fruto abundaba allí extraordinariamente. Así lo hicimos: cortamos algunos cocos en dos mitades; ellos se comieron el fruto, y los pusimos a secar al sol.

"Fuimos llenando de vino aquellos vasos, que alargábamos a los monstruos, los cuales, después de haberlo probado, decían: —¡Amargo está!—¡Cuidado con lo que decís—repuse,—pues el que dice eso y no bebe diez tragos seguidos a lo menos, muere forzosamente en el mismo día! Con esto, temerosos de la muerte, fueron bebiendo más y más, no ya con repugnancia, sino con afán, hasta que por fin se embriagaron en términos que no podían sostenerse sobre nuestros hombros. Apenas los vimos en aquel estado echamos a correr, hasta que les entró sueño y quisieron reposar. Pero nosotros no quisimos, y seguimos corriendo con más ahinco que antes, hasta que, durmiéndose sobre nosotros y no apretándonos ya el cuello, los arrojamos al suelo, los juntamos todos, amontonamos sobre ellos y por los lados cargas enteras de sarmientos, luego les pegamos fuego, y nos desviamos un poco para ver el resultado. En un instante se levantó una llama voraz, y todos ellos, sin que se escapara uno solo, quedaron reducidos a cenizas.

"Alegres sobremanera tributamos gracias a Dios, que tan portentosamente nos había salvado; nos encaminamos a la playa, y allí nos separamos. Yo me quedé con dos compañeros, con quienes entré en un bosque para comer frutas. Mientras estábamos comiendo se llegó a nosotros un gigante con larguísima barba, orejas descomunales y ojos encendidos, el cual llevaba delante un rebaño de carneros que estaba apacentando. Luego que nos vió nos dió

la bienvenida, manifestó mucho gozo de vernos, y nos dijo:—Venid conmigo, que quiero asaros uno de estos carneros.—¿Dónde vives?—le preguntamos.—En una cueva—contestó el gigante—cuya entrada hallaréis luego que hayáis dado la vuelta a este monte. Vamos, pues, y allí hallaréis otros convidados que se os parecen.—Confiados en que nos decía la verdad, nos pusimos en camino en busca de la cueva.

...llevaba delante un rebaño de carneros..

"Cuando por fin llegamos a la habitación del gigante encontramos muchos hombres que se nos parecían, sólo que todos eran ciegos, y luego que nos hubimos incorporado a ellos oímos que uno decía:—¡Estoy malo!; que otro exclamaba: — ¡Estoy muy débil! — Pasmados de aquellas exclamaciones, les preguntamos qué tenían. —¿También venís vosotros a participar de nuestra suerte? — nos contestaron. — ¿Cómo habéis caído en poder de aquel maldito? ¡No hay amparo ni poder más que en Dios! El gigante que nos tiene en su poder es un monstruo que nos somete a los trabajos más duros, nos condena a dar vueltas sin cesar a la rueda de un molino, y para que no podamos distraernos nos priva de la vista.—¿Cómo os ha cegado a todos?—les preguntamos. —Luego os cegará a vosotros también con un vaso de leche—respondió uno de ellos.—Ya veréis cómo cuando llegue os dirá que

bebáis leche mientras os prepara el asado prometido, y tan pronto como bebáis, se apagará la luz de vuestros ojos.—Cuando hube oído tan triste explicación dije para mí:—¡Sólo la astucia puede salvarme!—Me metí en un rincón, y al cabo de un rato llegó el gigante con tres vasos de leche, diciéndonos:—Sin duda, tendréis hambre y sed después de lo mucho que habéis andado; conque tomad esta leche mientras os preparo el asado.—Y me alargó uno, lo mismo que a mis dos compañeros. Tomé el vaso, lo llevé a los labios, y lo derramé con disimulo; luego, aplicándome las manos a los ojos, exclamé:—¡Dios mío, he perdido la vista! Y eché a llorar; pero el maldito gigante con voz burlona me dijo:—¡Necio, hete aquí reducido al mismo estado de tus compañeros!; pues pensaba el malvado que estaba tan ciego como mis dos amigos. Dicho esto se levantó, cerró la puerta de la cueva, degolló tres carneros, llevó un asador, donde los clavó, los arrimó al fuego, y cuando los tuvo asados se los comió; en seguida empinó un gran jarro de vino, lo vació de un sorbo, se tendió boca abajo, se durmió, y empezó a dar estrepitosos ronquidos. Apenas le vi dormido, recapacité entre mí sobre el mejor medio de matarle, cuando fijé la vista en dos asadores de hierro que había en el fuego, y

...los arrimó al fuego...

que ya estaban rojos como ascuas. Al punto y sin titubear me abalancé a ellos, los agarré, y los hundí entrambos a un tiempo y con todo mi ahinco en los ojos del gigante. El acerbo dolor que le causó la herida le hizo dar un bote tremendo en busca del que le había malparado; pero yo burlé sus rabiosos esfuerzos. Con todo, como iba acosándome, ya no sabía cómo evitarle, pues me hallaba cerca de la puerta de la caverna, que estaba cerrada, cuando uno de los ciegos, a quien pregunté lo que debía hacer, me dijo:—Salta a la ventana. Allí hallarás una espada: empúñala al instante, dale una cuchillada con todas tus fuerzas en la mitad del cuerpo, y verás cómo muere en seguida.—Apenas oí estas palabras, con la ayuda de Dios me encaramé de un salto a la ventana, cogí la espada, me tiré al suelo, y fuí hacia él con el brazo en alto. La rabia con que me había perseguido, juntamente con el dolor de las heridas, había agotado sus fuerzas; así es que me fué muy fácil darle un sablazo que le partió en dos, viniendo al suelo con horroroso estruendo. En aquella situación empezó a gritar desaforadamente: —¡Remátame, dame otro golpe!—Ya tenía yo levantado el brazo para descargarle otro golpe en la cabeza, cuando el mismo hombre que me había dado tan saludables consejos me detuvo, diciendo: —¡Guárdate de repetir el golpe! Con otro que le dés recobrará la vida, y nos matará a todos!—Seguí el consejo de aquel buen hombre, y el malvado murió a los pocos instantes. Entonces el mismo ciego de antes me dijo: — Abre la puerta de la caverna; quizás Dios nos hará la merced de libertarnos.—¡Ya estamos salvos!—le contesté.—¡No tengáis miedo! Los carneros que aquí tenemos nos sustentarán por mucho tiempo, y podremos beber el vino de esos toneles.—Con efecto; pasamos otros dos meses en aquel sitio comiendo buena carne de carnero, bebiendo vino y regalándonos con las ricas frutas de los árboles, hasta que un día, estando en la orilla del mar, vi a lo lejos un gran bajel. Al punto le hicimos señas y gritamos pidiendo socorro. Pero como los navegantes tenían noticia del maldito gigante que moraba en la isla, no hacían caso de nuestras voces. Persuadido de esto, esforcé más la voz, exclamando:

"—¡El malvado ha muerto! ¡Venid sin temor, que cuanto tenía será vuestro!

"Por fin se acercó a nosotros una lancha con algunos marineros, los cuales tomaron tierra. Luego los condujimos a la caverna, donde vieron muerto al gigante y se apoderaron de cuanto poseía, así en oro como en alhajas y ganado. Después de haber cogido cuanta fruta pudimos, subimos a bordo del buque, y con él llegamos a una ciudad bien gobernada y poblada de buena gente, y en ella hace ya siete años que vivo como corredor de barcos, alabando a Dios, que me ha conducido a tan venturoso término. Mi único pesar era no saber de vosotros, y rogaba a Dios sin cesar que me concediese vida bastante para hallaros: figuraos, pues, cuál será ahora mi gozo en volver a abrazaros después de las mil peripecias que he tenido que padecer en las varias situaciones a que el Destino me condenó después de nuestro naufragio.„

Inútil es decir cuán grande fué el regocijo de la familia. El marino la condujo a la ciudad en que vivía, y allí pasaron todos muy felices el resto de su existencia. Siempre es grato verse rodeado de personas que tienen nuestra misma sangre; pero los goces de la familia suben de punto y se hacen inestimables cuando llegamos a recobrarla habiéndola llorado ya como perdida.

CUENTO XXIV

EL ALCÁZAR DE LA DICHA

Un joven de buena familia, llamado Rogelio, siendo aún muy niño, había tenido la desgracia de perder a su padre. Su buena madre, que quedó a su cuidado, y que le amaba con apasionada ternura, le dió esmerada educación y le hizo adiestrarse en todos los conocimientos que convienen a un joven, uniendo al cultivo de las ciencias el de los ejercicios corporales. Por desgracia, Rogelio se hizo algo calavera, y guiado por el afán de no mostrarse inferior a sus amigos, hizo grandes gastos, que su madre por exceso de cariño le toleró sin reprenderle. Esta debilidad, tan natural en una madre, fué poco conveniente para Rogelio, pues a la vuelta de algunos años, y cuando apenas contaba diez y ocho, ya había disipado por completo, no sólo los bienes que le dejó su padre, sino la fortuna materna. Sin embargo, como era de muy buen natural a pesar de sus extravíos, lejos de seguir la senda de la pereza y del vicio, buscó algún trabajo que le permitiera atender a su subsistencia y a la de su madre, y siguió el oficio de joyero. Su laboriosidad era ejemplar, y a fuerza de trabajo y perseverancia prometía recobrar pronto el caudal que había perdido.

Haría como dos años que estaba aprendiendo el arte en el cual

había realizado ya progresos muy notables, cuando una mañana, y en ocasión de hallarse ausente el dueño, penetró en la joyería un anciano de larga barba blanca y mirada maligna y sagaz, que no era otra cosa que un hechicero. Trabó conversación con Rogelio mostrándose muy interesado en protegerle, y al cabo de un rato sacó un gran trozo de cobre de un bolsillo, y después de echarlo en el crisol, mandó a Rogelio que lo pusiera al fuego para derretirlo. Cuando estuvo fundido sacó el hechicero de un papel un polvillo rojizo, y puso una corta porción en el crisol. Al poco rato el cobre fué amarilleando hasta convertirse en oro, y el hechicero formó con él una barrita.

»...penetró en la joyería un anciano...

—¿Estás casado?— preguntó al joven.

Rogelio le contestó que no, y el anciano le dijo entonces sonriendo:

—Ahí tienes con qué casarte.

Marchóse al decir esto, sin dar tiempo al joven para que le mostrara su agradecimiento. No hay que decir que quedó gozoso y estupefacto con lo que había visto, esperando con impaciencia la vuelta del extranjero. En efecto: al otro día volvió éste a aparecer en el taller; se acercó a Rogelio y le saludó. El joven le ofreció asiento, el otro lo aceptó, y le habló de este modo, mirándole con aire de bondad:

—Hijo mío, me has parecido tan juicioso, que te quiero en el alma. Puesto que Dios no me ha dado hijos, te adopto desde ahora, y ya que he llegado a conocer un arte que nadie sabe, quiero comunicártela para librarte de una vez de la pobreza, con lo que podrás quedar libre de fragua, yunque y martillo.

—¿Qué arte es ésa?—dijo Rogelio manifestando vivísima sorpresa.

—Mañana—le contestó el hechicero—volveré a convertir el cobre en oro a tu presencia, para que aprendas a efectuar esa trasformación.

Alegróse el joven en extremo al oir esto, y dió mil gracias al hechicero, con quien siguió conversando hasta el anochecer; se despidieron, y volvió Rogelio a su casa, donde abrazó entrañablemente a su madre. Le llevó algunos comestibles escogidos, y cenó con ella. Rogelio estaba muy preocupado, pensando en lo que le había ocurrido con el hechicero. Le preguntó su madre por qué estaba tan pensativo, y entonces le refirió cuanto le había pasado. Al oirlo su madre se echó a temblar, y estrechándole contra su pecho le dijo:

—¡Guárdate de esos magos embaucadores y alquimistas, que andan a caza de almas para conducirlas al Infierno!

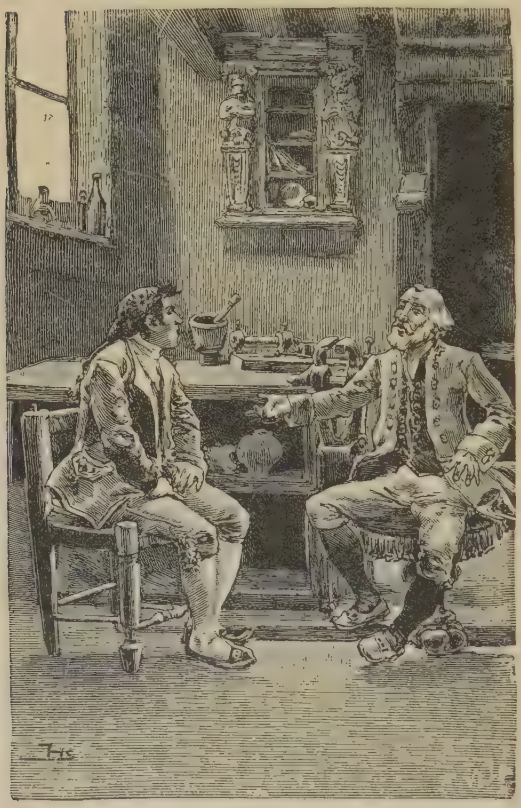
—¡Ay, madre mía¡—le contestó Rogelio.—Somos tan pobres, que nada tenemos que pueda mover a nadie a engañarnos. Y luego, ese anciano parece muy bondadoso. Sin duda, Dios le ha infundido lástima para con nosotros en tanto grado, que me ha llamado hijo y ha manifestado intención de adoptarme.

Calló la madre, conmovida, y Rogelio pasó la noche sin pegar los ojos. Al amanecer se levantó, tomó la llave y se marchó al taller. No bien hubo abierto, cuando vió aparecer al hechicero. Dirigióse a él y fué a besarle la mano; pero le rechazó, tomó asiento y le dijo:

—¡Ea, hijo mío; coloca el crisol y arregla los fuelles!

Rogelio obedeció. Encendió el carbón; y como el anciano preguntara si tenía cobre, le enseñó una cacerola rota, y haciéndola pedacitos, la echó en el crisol hasta que se derritió enteramente. Sacó luego el hechicero un cucuruchito de papel, lo desenvolvió, tomó unos polvillos rojos, y echó como dos adarmes en el cobre, mandando a Rogelio que avivara más el fuego. Lo hizo así, y resultó una barra de oro puro.

Viendo esto Rogelio fué tan grande su alegría, que casi no pudo creer lo que estaba viendo. Tomó la barrita, la miró y remiró por todas partes dándole vueltas; cogió una lima, la raspó, y se convenció de que era oro purísimo. Después de este examen le dijo el hechicero:



...coloca el crisol y arregla los fuelles!

—Vé a ver a cualquier joyero, dale la barra, y que te pague su importe sin que lo adviertan las gentes.

El joyero pesó y probó la barra. Viendo que era de oro legítimo, empezó ofreciéndole diez mil reales; y como otros que se habían acercado iban pujando, quedó el ajuste en quince mil. Rogelio vendió además en ocho mil la del día anterior, que era más pequeña; corrió a su casa, contó a su madre lo ocurrido, y le dijo:

—¡Este es el arte que acabo de aprender! ¡Ahora sí que seremos ricos!

Sonrióse tristemente la madre, y le contestó:

—¡No hay amparo ni potestad fuera de Dios justo y misericordioso!

Pero Rogelio, todo arrebatado, tomó una gran almirez, volvió al taller, y encontró allí sentado al anciano, que al verle dijo:

—¿Para qué es ese almirez?

—¡Para convertirlo en oro!—respondió el joven con entusiasmo.

—¿Estás loco?—repuso el hechicero.—¿Quieres hacer dos fundiciones en un día? ¿No piensas que pueden estar escuchándonos, y que basta acudir a las urgencias de la vida? Hijo mío, en cuanto estés al corriente en esta arte misteriosa, empléala una sola vez al año, y así te irá bastando para pasar la vida sin excitar sospechas.

A Rogelio le parecieron atendibles estas razones, y en seguida colocó el crisol al fuego. El anciano le preguntó qué era lo que iba a hacer, y contestó el joven:

—Enséñeme el arte de convertir el cobre en oro.

—Un arte tan sublime no se aprende así tan a las claras y en la calle, pues dirán las gentes: "¡Aquí habitan fabricantes de oro!" Acudiría la autoridad, y nos quitaría de en medio; conque, si deseas aprenderla, ven conmigo a casa.

El primer impulso de Rogelio fué seguir inmediatamente al anciano, y así, cerró atropelladamente el taller para plantarse en la calle; pero mientras se afanaba en esta diligencia recordó y repasó las palabras de su madre, y cavilando más y más, permaneció quieto.

Viendo el hechicero el semblante dudoso de Rogelio, exclamó:

—¿Qué zozobras son ésas? Yo tengo en el pecho un corazón sano, ¡y tú estás ahí maliciando diabluras!

Al decir esto se le acercó, inclinó la cabeza y dijo:

—Puesto que te muestras temeroso de mí, vamos a tu casa, y allí te enseñaré mi arte. ¡Vamos, llévame!

Rogelio se encaminó a su casa, siguiéndole el anciano. Se adelantó el joven para avisar a su madre la visita del anciano, y ésta se esmeró en asear y arreglar la casa. Cuando llegó le hizo tomar asiento, y entretanto marchó su hijo al mercado en busca de una buena comida. Al volver puso la mesa, y dijo al anciano:

—Tomad, señor, mi sal y mi pan en prenda de intimidad, y Dios desampare a quien quebrante vínculo tan sagrado.

—Tienes razón, hijo mío—contestó.—¡Malhaya quien afrenta la santa hospitalidad!

Para no estorbarlos, su madre se marchó a visitar a una amiga, encargando a su hijo que fuese luego a buscarla.

Después de haber comido y bebido mandó el hechicero a Rogelio que preparase lo necesario, y el joven llevó todo el ajuar del taller, poniéndolo delante del anciano. Éste sacó un papel, y dijo:

—Créeme, querido Rogelio: por el pan y por la sal, si no te amase entrañablemente, no te comunicaría esta arte. Contiene este papel cuanto me queda de los polvos, y, sin embargo, voy á mostrarte mi secreto. Sabes, pues, hijo mío, que en echando sobre diez libras de cobre un adarme de estos polvos, resulta al punto oro finísimo. Escucha—añadió:—en este papel hay todavía media onza, y antes que se consuma tengo que proporcionarme nuevos polvos.

Examinó Rogelio el papel, y halló unos polvos rojos, todavía más menudos que los anteriores, y así, preguntó al hechicero:

—Señor, ¿cómo se llama esto? ¿Dónde se encuentra? ¿Como se obtiene? ¿De qué manera puede fabricarse en gran cantidad?

—Pregunta más bien—le dijo el hechicero sonriéndose—por qué eres un mozo tan preguntón. ¡Haz oro, y calla!

Llevó Rogelio una fuente de cobre, la destrozó con las tenazas, la revolvió en el crisol, echó polvos del papel, y bien pronto todo se convirtió en una barrita de oro.

Viendo nuevamente tal prodigio, se llenó de regocijo y de asombro.

Mientras Rogelio estaba afanadísimo con su barra, el mago sacó una bolsa que contenía un trozo de opio capaz de adormecer por dos noches a un elefante, derramó un poco sobre las golosinas que había en la mesa, y volviéndose a Rogelio le dijo:

—Rogelio, hijo mío, te quiero con toda mi alma; aun más que a mi propio espíritu. Tengo una hija tan sumamente linda y gallarda, que no le hallo semejante. Estoy viendo que sólo tú le corresponde en gallardía, como ella a ti. Con la voluntad de Dios, cásate al punto con ella. Te aseguro que seréis felices, y yo por mi parte también viviré contento.

—Soy tu esclavo—contestó Rogelio;—y puesto que me la ofreces, a la mano de Dios, y por hecho.

—Alégrate, hijo mío—añadió el anciano,—que todo te saldrá a las mil maravillas.

Dichas estas palabras, le alargó el dulce con el opio: lo tomó el joven, le besó la mano, y se lo comió sin sospechar lo que le esperaba. Apenas lo hubo tragado, cayó al suelo instantáneamente.

Al verle el mago ya en el suelo se levantó y dijo:

—¡Ya caíste! ¡Mi trabajo me ha costado, pues eres maliciosillo de veras!

Lo ató de pies y manos, lo metió en una caja vacía, y luego la barra de oro en otra menor y cerrada. Salió a la calle, alquiló dos caballerías, e hizo que sus conductores llevaran la caja al muelle del río, donde había amarrado un barco, propiedad del mago. Cuando el patrón y la marinería le vieron llegar acudieron y se llevaron la caja a bordo, diciéndoles el hechicero que levasen anclas; después añadió:

—Vamos bien, pues el asunto está corriente y se ha logrado el intento.

... cayó al suelo instantáneamente ...

El capitán voceó a su gente; desplegaron las velas, y el barco marchó con viento favorable.

La madre de Rogelio estuvo esperando a su hijo hasta muy tarde; pero al ver que no parecía, se volvió a su casa, y la encontró abierta. Entró, no halló a nadie, y se convenció de que ya

había perdido a su hijo. Se lastimó el rostro, se rasgó las ropas y lloró amargamente.

—¡Oh hijo mío, hijo del alma, fruto de mis entrañas!—exclamaba.

Pasó toda la noche llorando, hasta que llegó el día; acudieron los vecinos, y le preguntaron por su hijo. Les dijo lo ocurrido y que creía que ya no volvería a verle más, y siguió lamentándose.

Los vecinos trataron de consolarla, pero inútilmente. La infeliz mandó labrar un sepulcro en su propia casa, y esculpir encima el nombre de Rogelio, con el día de su desaparición, que fué para ella el más amargo de su vida.

La pobre madre no hallaba en nada consuelo eficaz para su aflicción.

Mientras tanto el mago, siempre aborrecedor de los cristianos, como adorador del fuego, alquimista y astrólogo que era, hizo amarrar al joven a un palo del buque, y después de estar atormentándole todo el día hasta que despertó, mandó anclar cuando fué de noche.

Al abrir Rogelio los ojos se mostró sorprendido de encontrarse en medio de los mares; fijó su vista en el hechicero, y al advertir por sus miradas de odio que le había tendido un lazo, recordó lo que le había anunciado su madre, y cayendo de rodillas exclamó:

—¡Oh Dios mío; ten piedad de mí, y dame fortaleza en mis desengaños!

Y dirigiéndose al anciano, añadió humildemente:

—Señor, ¿qué viene a ser todo esto? ¿En dónde está aquel vínculo con aquellas protestas que me jurastes? ¡Desleal has sido al pan y a la sal!

—¡Calla, perro!—le contestó el malvado viejo.—¿A que me vienes ahora con el pan y la sal? ¡Llevo ya muertos noventa y ocho mozos como tú, y ahora te toca a ti hacer el número noventa y nueve!

Rogelio enmudeció de terror al ver la suerte que le esperaba. Mandó el malvado que le desataran y le dieran un poco de agua, diciéndole después:

—¡Por el fuego y la luz, que no creía afianzarte! Pero el fuego me ha favorecido proporcionándome ocasión para cumplir

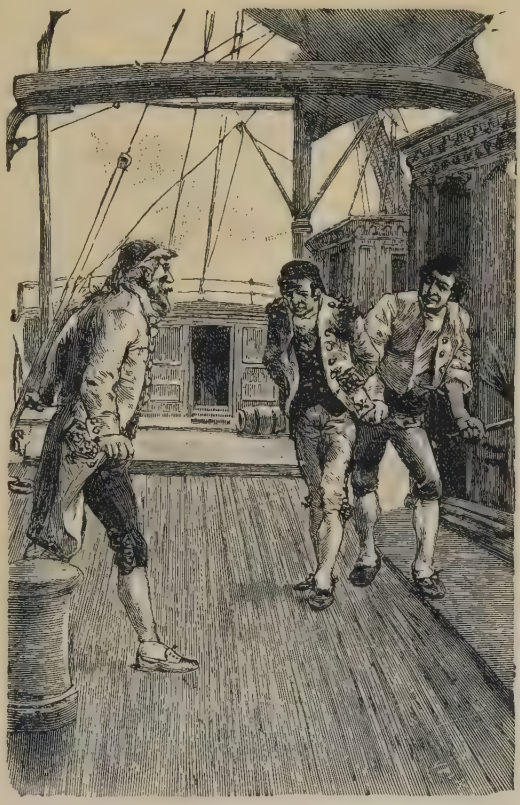
con mis obligaciones; a él voy a sacrificarte, para que me sea siempre favorable.

Dicho esto, mandó a un esclavo que encendiera fuego. Asustado Rogelio, le preguntó qué era lo que pensaba hacer con él.

—Mira ese fuego—le contestó,—manantial de luz y símbolo del poder divino; adórale como yo, y te doy la mitad de mis bienes, con mi hija por esposa.

—¡Oh; malhayas tú--exclamó Rogelio,—que adoras al fuego, y no al Señor Todopoderoso! ¿Qué abominable religión es la tuya?

Encolerizóse el mago, se postró ante el fuego, y mandó al esclavo que azotara a Rogelio. Así lo ejecutó, descargando sobre el joven crueles latigazos. Clamó éste misericordia; mas nadie acudió en su auxilio, y el esclavo siguió maltratándole largo rato.



... siguió maltratándole largo rato.

Después mandó el mago que le dieran de comer y de beber; mas Rogelio rehusó uno y otro. El malvado siguió atormentándole durante todo el viaje; pero el joven aguantó sufridamente, y siguió orando al que conocía su situación y estaba velando por él. Tras un viaje de tres meses dispuso el Cielo que descargara una tormenta sobre la nave; el mar se alborotó y alzó inmensas oleadas; el patrón y la marinería se alarmaron y dijeron:

—¡Todo esto nos sucede por causa de ese pobre mozo, que este mago está martirizando contra la voluntad de Dios!

Uniéronse, y maltrataron al esclavo del mago. Temiendo por su vida, el mago desencadenó al infeliz joven, le quitó la ropa sucia y le aseó con otra, y hablándole cariñosamente, le ofreció enseñarle su arte y devolverle a su patria, añadiendo:

—¡Hijo mío, perdóname lo hecho, pues en adelante vas a vivir alegremente!

—¿Cómo es posible—le contestó Rogelio—que me fíe de ti?

—No hay ya culpa donde media el desagravio—dijo el hechicero:—he hecho todo esto para probar tu tesón.

El patrón y los marineros celebraron verle ya en salvo. Rogó el joven por ellos, y dió gracias al Todopoderoso; el viento se aplacó y cedió la tempestad, levantándose viento favorable, que era nuncio de proxima bonanza. En efecto; no tardó en despejarse el firmamento, la navegación siguió prósperamente, y Rogelio dijo al mago:

—Señor, deseo haceros una pregunta. ¿Hacia dónde caminamos?

—A Sierra Nublada—le respondió,—donde se hallan los polvos misteriosos que ya conoces.

Despues le juró por el fuego y la luz, por las tinieblas y el calor, que ya no había de engañarle más.

Después de tres meses de navegación llegaron a un gran desierto cuajado de piedras blancas, negras, amarillas y azules. Apenas fondearon se levantó el mago y dijo a Rogelio:

—Ven conmigo, pues ya hemos llegado a nuestro paradero.

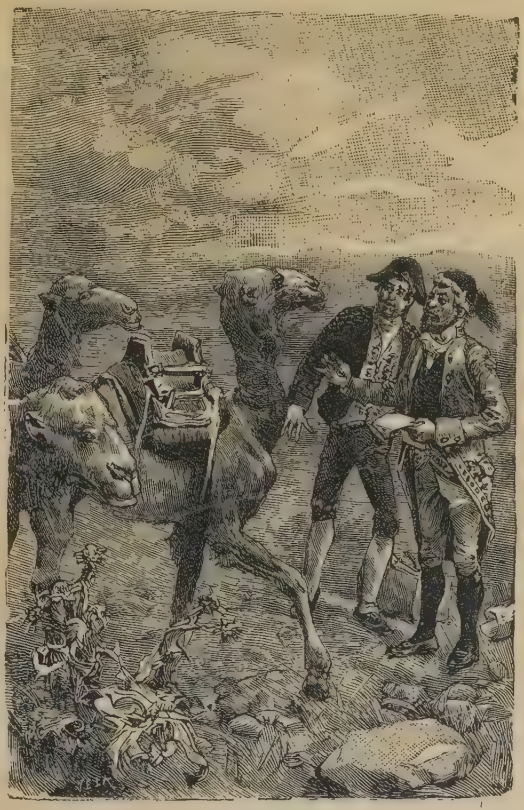
El mago desembarcó con Rogelio, encargando al capitán que le esperase un mes cabal.

Desviados ya de la nave, sacó el mago del bolsillo una lámina de cobre donde había estampados todo género de nombres y conjuros; la golpeó, y se levantó una gran polvareda por todo aquel yermo. Asombrado Rogelio, sintió temor, y se arrepintió ya de haber desembarcado. Entonces el mago, al verle pálido, le dijo:

—Hijo mío, por el fuego y la luz te repito que nada tienes ya que temer de mí; y a no tener que desempeñar mi intento en tu nombre, no te trajera conmigo; cuenta con el mejor éxito. La polvareda que estás viendo es un espíritu sobre el cual cabalgare-

mos para registrar estos páramos y descubrir los misterios que necesitamos conocer.

Al poco rato el polvo se trasformó en tres grandiosos camellos: cabalgó Rogelio en uno, el mago en el segundo, y en el tercero colocaron sus abastos. A los siete días divisaron un grandioso edificio con cúpula alzada sobre cuatro columnas de oro. Apeáronse, entraron, y descansaron después de haber comido. Luego Rogelio miró en derredor, y advirtió un bulto muy encumbrado. Preguntó al mago qué venía a ser aquello, y le contestó que un castillo; propúsole Rogelio ir allá para verlo y descansar de las fatigas de aquel penoso viaje, y enojándose el mago, le dijo:



...tres grandiosos camellos...

—¡No hay que hablarme del tal castillo, que es la morada de mi enemigo, con el cual tuve una aventura muy desagradable!

Dichas estas palabras, asió de la mano a Rogelio, le desvió de allí, y golpeó la lámina de cobre.

En seguida acudieron los camellos; los montaron, y volvieron a viajar otros siete días. Al octavo prorrumpió el mago:

—Rogelio, ¿qué es lo que estás viendo?

—No veo más que nubarrones—le contestó—por Levante y por Poniente.

—Pues no son nieblas—le replicó—ni nubes, sino una cumbre tan empinada, que descuella sobre las nubes, y nada se le iguala. Esa montaña es nuestro objeto; allí se halla lo que andamos buscando. Voy a partirlo contigo, ya que por ti lo alcanzo.

Temiendo Rogelio por su vida, le preguntó:

Todavía anduvieron durante cuatro días...

—Por quien adores, por tu creencia, ¿qué es lo que en realidad andamos buscando por aquí?

—No puede prosperar nuestra arte misteriosa sin el auxilio de una planta a la cual ninguna nube acude, y que sólo se cría en estos cerros. Trato de encumbrarte tan sólo para imponerte en estos arcanos que estás ansiando conocer.

Angustiadísimo Rogelio al oir esto, tuvo el presentimiento de que se acercaba el fin de su vida, y, llorando por la separación de su madre y de su patria, se reconvino a sí mismo por desobediencia a los consejos maternales.

Todavia anduvieron durante cuatro días; llegaron al cerro, y se detuvieron en su falda. Rogelio vió allí un castillo, y dijo al mago:

—¿Cómo es posible edificar allá arriba un castillo?

—Esa es la morada del genio de los lobos infernales y del Diablo.

Pronunciadas estas palabras, se acercó a Rogelio y le dijo:

—Perdóname mi primera desconfianza! te juro que nunca volveré a desampararte. Júrame tú igualmente que, sobrevenga lo que ocurriere, nunca has de abandonarme, y siempre alternarás conmigo en dicha o en desventura.

Prometióselo así Rogelio, y entonces el mago tomó un molinete, sacó trigo de un saquillo, lo molió, y amasó tres panes; en seguida encendió fuego, y los coció. Luego tomó el timbal de cobre y lo golpeó. Acudieron los camellos; mató a uno de ellos, lo desolló, y luego dijo a Rogelio:

—Oye lo que te encargo, sin lo cual es inevitable nuestra muerte.

—Vé diciendo—contestó el joven,—que procuraré no olvidarme de ello.

—Envuélvete en esa piel, en la cual voy a coserte y a dejarte ahí tendido. Acudirá el ave roc, y te conducirá a la cumbre. En estando arriba, toma este cuchillo, vé cortando la piel, con lo cual huirá el ave, y entonces bájate aquí, que te diré lo que has de hacer.

Dicho esto, le dió tres panes y un pellejo de agua, le cosió la piel, y se desvió. Acudió al punto un pollo de roc, que le condujo a la cumbre. Advirtió el joven la llegada, hendió la piel, se apartó, y habló con el mago desde la cumbre.

Este, al oir su voz, se puso a danzar de gozo y le dijo:

—Aléjate un tanto, y dime lo que ves.

Rogelio anduvo dos pasos, y descubrió huesos podridos y madera encima. El mago le voceó desde abajo:

—¡Se logró el intento! ¡Coge siete trozos de esa madera!

Después prosiguió:

—¡Ea, sanguijuela, perro, ya logré lo que quería: muérete como puedas!

Al decirle esto, se volvió de nuevo por donde había ido, dejando allí a Rogelio, que no cesaba de decir, comprendiendo la perfidia del mago:

—¡No hay amparo sino en Dios! ¡El malvado vuelve a hacerme traición!

Se levantó Rogelio, anduvo paseando por la cumbre en derredor, y al verla enteramente estéril, se dió por perdido. Llegó al extremo de la tristeza, y descubrió a sus pies un mar negro-azula-

do, que infundía terror. Se sentó entonces, y estuvo rogando a Dios que le concediera una muerte suave o que le libertase de aquel conflicto, y se arrojó al mar. El Dios misericordioso fué llevándole favorablemente por las aguas, y le depositó de nuevo en tierra. Rogelio se arrodilló y le tributó gracias; alzóse luego en busca de frutas para aplacar el hambre, y en seguida advirtió que se hallaba en el mismo sitio donde antes había estado con el mago. Siguió andando, y descubrió un castillo grandísimo, el mismo que el mago le había dicho que era la morada de su enemigo.

»...estaban jugando al ajedrez...«

Se acercó más, y entró en el castillo. Se adelantó, y vió en el atrio dos muchachas como dos soles que estaban jugando al ajedrez. Alzó una de ellas la cabeza, y al ver a Rogelio dió un grito y dijo:

—¡Ay, Dios; un hombre! ¡Me parece el mismo que trajo este año el mago Bahram!

Al oir aquello Rogelio cayó a los pies de la joven y exclamó:

—¡Mi linda señora, yo soy aquel mismo desventurado!

—¡Prometo solemnemente—dijo entonces la menor de las jóvenes—que pacto con este joven vínculo de estrecha amistad, alternando con él en dichas y desventuras, y hasta en la misma muerte!

La dama le tomó de la mano y le acompañó por el castillo,

donde había varios gallardos mancebos casados con aquellas jóvenes, a excepción de la menor, que estaba soltera.

Rogelio cambió sus pobres ropas por otras tan elegantes como las de un príncipe; le brindaron con exquisitos manjares, comieron con él, y le dijeron:

—Refiérenos cómo te ha ido con ese perverso y malvado brujo, y luego te contaremos nuestras aventuras, para que te guardes siempre de él si vuelves a verle

Al ver Rogelio tansísimo agasajo y al oir aquellas palabras, recobró las despejadas potencias de su alma, les contó cuanto había padecido con el mago, y añadió:

—Pregunté al mago por este alcázar, y me contestó: "¡No me hables de él, pues lo habitan brujas y diablos!"

Los jóvenes y las damas se encolerizaron y dijeron:

—¿Conque ese perro nos llama brujas y diablos? ¡Vive Dios, que ha de morir desastradamente!

—¿Cómo os arreglaréis para matarle?—preguntó Rogelio.

—Suele detenerse en un jardín cercano—contestó uno de los príncipes,—y allí ha de morir a mis manos.

—¡Vive Dios, que cuanto refiere Rogelio de ese perro es muy positivo!—dijo uno de los mancebos.—Mas cuéntale nuestra historia para que se entere de todo.

—Sabe, hermano mío—comenzó la menor de aquellas muchachas,—que somos hijas de un poderoso rey de los genios, que tiene sinnúmero de esclavos y voladores espíritus por sirvientes; sus dos hermanos mayores son hechiceros. Tuvo hasta siete hijas de una sola mujer; mas por orgullo y altanería no quiso casarlas con ningún hombre. Un día convocó a sus ministros y amigos, y les preguntó si sabían algún sitio donde no acudiesen hombres ni genios, y le contestaron: "Hay una cumbre de las nubes con un castillo, edificado por un espíritu, cual no se ha ideado jamás, y desde su fallecimiento permanece desierto. Cércanle frutales y rodéanle arroyos cuyas corrientes son más dulces que la miel y más frescas que la nieve, y nunca las bebió doliente que no sanase al punto. Enterado nuestro padre, al momento nos envió acá con sus tropas, surtiéndonos de todo lo indispensable para vivir. Nuestras cinco hermanas están todavía cazando por este valle florido, por donde retozan en rebaños las gacelas y otros

animales monteses, y ahora nos toca cuidar la casa y cocinar por ellas. Siempre hemos rogado a Dios que nos deparase compañía; ya han llegado seis jóvenes de distinción, con quienes se han casado mis hermanas, previo el permiso de nuestro padre, y ahora Dios nos ha favorecido con tu presencia."

...le mostró todo género de telas y alfombras.

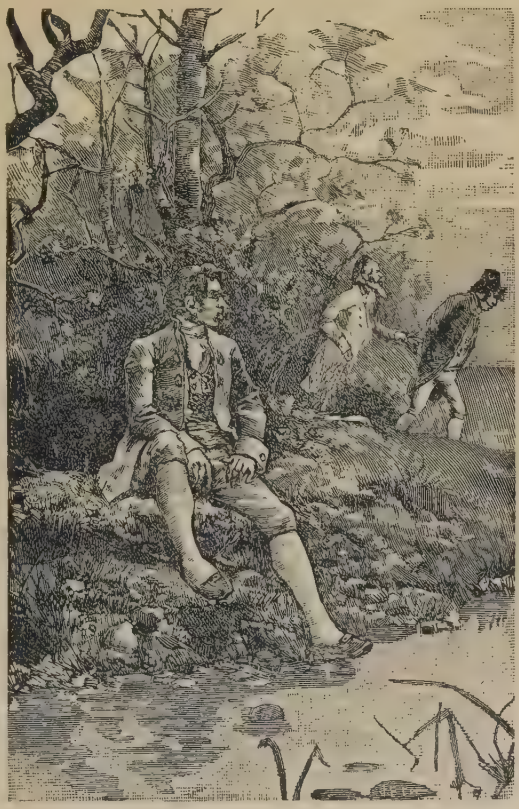
Dicho esto, le condujo a una estancia donde le mostró todo género de telas y alfombras. A poco rato llegaron las cazadoras y los cazadores, y se alborozaron al noticiarles la llegada de Rogelio. Le saludaron cariñosamente, y celebraron con mil albricias su salvamento. Allí vivió placentera y regaladamente en la agradable intimidad de sus jóvenes amigos; iba con ellos a caza, y todos se complacían y alegraban con su compañía.

La hermana menor contó a sus acompañantes la historia del mago que los trataba de brujas y diablos, y todos juraron acabar con él.

Al año siguiente, el inicuo mago Bahram volvió por aquellos contornos con otro mozo muy gallardo a quien llevaba atado, y pasó por las cercanías del castillo. Hallábase Rogelio junto a un arroyo a la sombra de varios árboles, y al ver aquel espectáculo ardió de indignación. Encaminóse a los esposos de aquellas jóvenes, y les dijo:

—¿Vamos, queridos hermanos, a exterminar a ese malvado,

que está ahí con otro joven preso a quien atormenta? ¡Venganza de muerte ha de ser la mía! ¡Voy a matarle, y a recrear mi corazón y el de ese mancebo en su exterminio, antes de que le encumbre un roc sobre una cima y luego le desampare! ¡Voy a él con la mayor ligereza, y he de concluir mi empresa devolviendo al desventurado mozo patria, parentela y amigos! ¡A vosotros os dedico un hecho tan digno, que será para bien de la sociedad, supuesto que exterminaré a un malvado!



Hallábase Rogelio junto a un arroyo...

—Aquí nos tienes prontos a ayudarte, hermano Rogelio—dijéronle los jóvenes.

Dicho esto se ciñeron las armas, llevaron a Rogelio un caballo con una armadura completa y grande alfanje, y el joven marchó en busca del mago, mientras sus amigos le esperaban emboscados a corta distancia.

Al acercársele pudo ver que ya había muerto y desollado un camello, y que el mancebo estaba acongojado y temblaba, mientras le decía el viejo: "¡Métete en esa piel!"

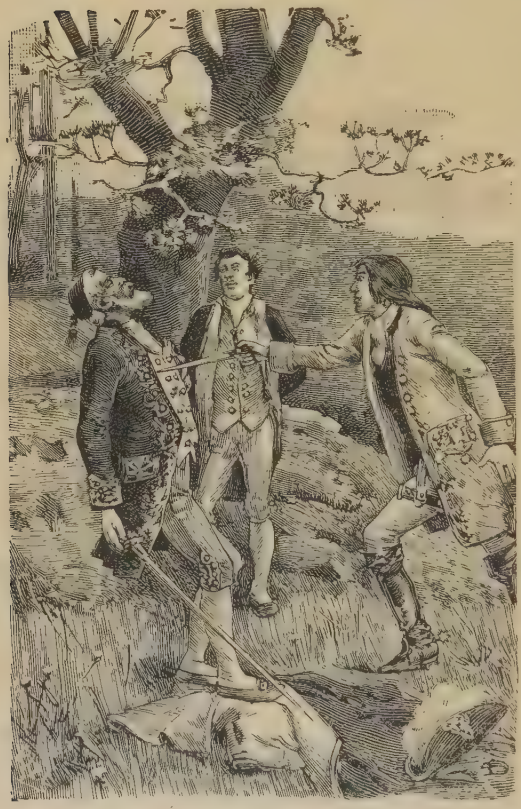
Rogelio se le acercó a hurtadillas, y de pronto gritó con voz atronadora:

—¡Deja en paz a ese mancebo, malvado, enemigo de Dios y de los cristianos! ¡Tú, perro, alevoso malhechor, infame adorador del fuego y de la luz!

Volvióse asustado el inicuo; y al ver a Rogelio, quiso halagarle y seducirle con zalamerías, diciéndole:

—Hijo mío, ¿cómo lograste salvar la vida? ¿Cómo bajaste de la cumbre?

—¡Aquel—respondió Rogelio—que ha puesto tu vida en mis manos fué mi Redentor! ¡Ahora voy a atormentarte cuanto tú estuviste atormentándome, impío, desalmado! ¡Ya que te desviaste del camino de la rectitud, justo es que tengas tu castigo! ¿No decías que el que es traidor contra la sal y el pan ha perdido a Dios? ¡Fuiste traidor conmigo, y Dios te ha entregado en mi poder!



«...le traspasó de una estocada...»

—¡Hijo mío—exclamó el mago,—te aprecio más que a mi propia vida; eres la luz de mis ojos!

Pero Rogelio se abalanzó a él, desenvainó la espada, y le intimó que se defendiera si no quería morir como un perro. El mago se echó entonces atrás y tiró de un enorme sable, con el cual dió un tajo tan tremendo a Rogelio, que si éste no se hubiera desviado, allí terminara su vida. Volvió contra el mago, y antes de que secundara el golpe le traspasó de una estocada, y viéndole tendido, le cortó la cabeza. Tomó en seguida el saquillo del mago, lo abrió, y sacó el tambor y los palillos. Golpeó, y acudieron a la carrera los camellos

Rogelio desató al mancebo, ensilló su camello, le abasteció para su viaje, y le despidió cariñosamente. Todos celebraron el exterminio del mago por Rogelio, satisfechos con que así acabara aquel malvado.

Cierto día que estaba Rogelio con las siete hermanas y sus seis maridos cazando y divirtiéndose, vieron por el desierto una gran polvadera que oscurecía la atmósfera. Entonces dijeron a Rogelio las doncellas y sus maridos:

—¡Anda, Rogelio; márchate, y escóndete en los bosques del jardín!

En efecto, fué Rogelio a esconderse, se disipó la polvareda, y centellearon las armas de una numerosa hueste de guerreros. Hospedaron y agasajaron las damas por tres días a la tropa, preguntando a los jefes por su padre y qué era lo que traían de nuevo.

—Venimos por vosotras—dijeron los caudillos—por disposición del Rey, pues un príncipe vecino casa a su hija, y quiere vuestro padre que os holguéis en el desposorio.

—¿Y cuánto durará nuestra ausencia?—volvieron a preguntarles.

—Entre ida y vuelta y estancia allá, cosa de un mes.

Las damas y sus esposos participaron aquella novedad a Rogelio, y le dijeron:

—Rogelio, tuyo es este sitio; huélgate en él serenamente, sin zozobra de trastorno alguno; tan sólo te encargamos que no abras esta puerta, pues para nada la necesitas.

Despidiéronse de él, y se marcharon con las tropas. Al verse Rogelio solo no pudo menos de sentir gran tristeza, porque amaba a la menor de las hermanas y estimaba mucho a todas las demás y a sus esposos, que eran para él excelentes amigos.

Cabalgaba y cazaba a diario, y así, aunque muy desabridamente, pasó hasta cuatro semanas. Siempre con su tristeza, iba y venía por el castillo, entraba y salía por las estancias, examinaba una por una las habitaciones de la vivienda, y no tardó en sentir el más vivo afán de abrir la puerta vedada.

—Seguramente—pensó,—en esa prohibición se cifra algún arcano que nadie debe presenciar. Por supuesto, no será oro lo que aquí se encierra, pues tengo aquí patentes y a mi albedrío

todas sus alhajas y preseas. Voy a abrir la puerta y a registrar el contenido del aposento, aunque me cueste la vida. ¡No puedo resistir a la tentación que me incita de continuo!

Tomó la llave, abrió la puerta, y encontró una escalera de piedra exquisita en medio de la estancia; trepó por ella, y se halló en la azotea del castillo; se paseó allí, y deleitó la vista con lozanas praderas, pensiles, arboledas, flores y arroyos. Siguió dando vueltas y registrándolo todo, hasta que por fin llegó a un aposento realzado hasta lo sumo con pedrería de rubíes, diamantes y esmeraldas, y el piso labrado de plata y oro. En el centro había un estanque con agua, y en medio, una tendezuela de sándalo, áloe y otras maderas olorosas; sobre ellas, un enrejado de oro con racimos como rubíes, y cada uva gruesa como un huevo de paloma. A un lado del estanque había un solio de áloe tachonado de pedrería y ricamente adornado de oro.

...se halló en la azotea del castillo...

Estaba Rogelio absorto mirando aquellos prodigios de riqueza, cuando vió que iba volando hacia él una avecilla enteramente blanca, cuyo plumaje, herido por los rayos del Sol, relucía con el brillo de la plata más pura. Entró la avecilla en la habitación donde estaba Rogelio, se sumergió varias veces en el estanque, y

de improviso se trasformó en la mujer más encantadora que pudiera soñar la más privilegiada fantasía, y se sentó en el trono de áloe, dirigiendo a Rogelio una sonrisa que acabó de enloquecerle. El joven, que no había contemplado en su vida una criatura tan hermosa, quedó ante ella con las manos unidas como en éxtasis, y le dirigió palabras que reflejaban la profunda impresión que aquella sin igual belleza había causado en su ánimo. Nada contestó la hermosa, limitándose a sonreir cariñosamente; pero como Rogelio tratase de llegar hasta ella, la joven bajó apresuradamente del trono, se adelantó hasta el mirador, que daba a los jardines, y se arrojó desde allí. Rogelio dió un grito de terror, creyendo que aquella encantadora joven había caído destrozada al suelo; pero vió que apenas cayó del balcón, volvió a traformarse en ave y huyó por los aires con pasmosa celeridad.

...se trasformó en una mujer...

Al perder de vista tan hechicera imagen, Rogelio no pudo menos de prorrumpir en sollozos. Allí permaneció todo el día y toda la noche, sin poder conciliar el sueño; pero ya no volvió a ver a tan deliciosa criatura, lo que le sumió en tan profundo desconsuelo, que permaneció tres días sin comer ni beber, como si la vida le fuera odiosa una vez perdido el objeto de su amor.

Al amanecer del cuarto día vió a lo lejos una gran polvareda, causada por la comitiva de las Princesas y sus esposos, que regresaban de la caza.

Entonces volvió casi arrastrándose a su habitación; pero estaba tan débil, que se dejó caer sin aliento en un diván. La primera que llegó a su presencia fué la menor de las hermanas, que, viendo a Rogelio tan desmejorado y triste, le preguntó cariñosamente cuál era la causa de su quebranto y de la pena que parecía dominarle.

...se dejó caer sin aliento en un diván.

—Manifiéstamelo, hermano mío—añadió,—pues aquí está mi vida pronta en tu auxilio.

Rogelio lloró amargamente, y nada contestó.

Viendo la joven que nada decía Rogelio, añadió:

—¡Ay, amigo mío! ¿Qué género de infortunio te aqueja, que derramas tantas lágrimas? ¡Por el pan que hemos comido juntos, ponme de manifiesto tu situación y nada me encubras! ¡Dime lo que te ha pasado en mi ausencia, pues me desazona en el alma el estado en que te veo, y nada sería tan venturoso para mí como tener la dicha de consolarte!

—Estoy temiendo, hermana mía—contestó él,—que no has de acompañarme en mis sufrimientos, y que voy a morir desesperado sin remedio.

Mas ella le dijo:

—¡Por Dios santo, hermano mío, que no te desamparo, aunque me cueste la vida!

Entonces le refirió Rogelio cómo abrió sa puerta prohibida, con todo cuanto había presenciado, y cuánto le atormentaba su pasión por la misteriosa dama, hasta el punto de que hacía tres días que no comía, ni bebía, ni dormía, y redobló tan desesperadamente sus ayes y lamentos, que su amiga se sintió conmovida, y le dijo:

—Serénate, amigo mío, pues he de terciar contigo a todo trance e idear medios para que vuelvas a ver a esa dama, por más que aventure mi vida en el intento.

"Sin embargo, encubre ese misterio a mis hermanas y a sus maridos, sin lo cual estamos perdidos entrambos. Si te preguntan si abriste la puerta, diles que no; pero que te ha trastornado tanto la soledad en este alcázar, que se te hacía insufrible en nuestra ausencia y continuamente implorabas a gritos nuestro inmediato regreso.

—Precioso es tu consejo—le contestó Rogelio,—y lo seguiré al pie de la letra.

Con esto empezó a consolarse. Por respeto a las damas evitó abrir aquella puerta en su presencia, y se mostró tan satisfecho como antes. Lo advirtió con alegría su amiga, y fué llevándole de comer y de beber; habló luego con sus hermanas y sus cuñados, y les dijo que Rogelio había estado tres días sin tomar ningún género de alimento, y que por eso se hallaba tan abatido. Le preguntaron qué clase de enfermedad era la suya, y contestó que nada más que la de carecer de su presencia, a la cual se había habituado de tal modo, que su ausencia le afligía.

—El infeliz—añadió—quiere permanecer solo, sin trato ni esparcimiento. Como es tan joven, la separación de su madre, que es anciana y estará llorándole, y que ya tenía como olvidada con nuestra presencia, le trae acongojado.

Oyendo esto, las demás hermanas y sus esposos se condolieron igualmente; acudieron todos al lado de Rogelio y le saludaron, manifestando su quebranto al verle tan desfigurado. Le distrajeron refiriéndole las cosas que habían presenciado en su viaje, y cuánto suelen padecer los novios en los casamientos de gran etiqueta. Esmeráronse en halagarle para ahuyentar su desconsuelo,

y lo consiguieron en gran parte. Pero se hallaba tan embebecido en sus recuerdos, que le era desabrida la compañía de sus amigos, y siempre ansiaba trepar a lo más alto del alcázar. No pudo satisfacer este capricho, pues no le desampararon un punto por un mes entero, y le asediaban y compadecían más al ver que su dolencia iba cada día en aumento. Pasado el mes, las hermanas y sus esposos trataron de volver al recreo de la caza, y preguntaron a la menor si pensaba acompañarlos.

—Hermanas mías—les contestó,—no puedo complaceros mientras esté mi hermano tan malparado.

Todos aplaudieron el rasgo de la menor, y le dijeron:

—Tendrás el debido premio por ese extremo de fineza para con un extranjero.

Dichas estas palabras se despidieron, y se marcharon con provisiones para veinta días.

Agradecido Rogelio a la abnegación de su amiga, no tardó en sentir hacia ella un agradecimiento entrañable, que paró luego en cariño. Hubo de confesarle, pues, que la amaba y que sería feliz siendo su esposo. Entonces la hermosa joven sonrió con dulzura, su rostro se trasfiguró, ¡y cual no sería el asombro de Rogelio al observar que las facciones de su amiga eran las mismas de aquella desconocida encantadora a quien sorprendió en la misteriosa estancia! Ella entonces le hizo saber que tenía la propiedad de cambiar de rostro y de hacerse cada vez más hermosa; pero que nunca le hubiera revelado aquel misterio si él no la hubiese amado bajo el aspecto que ordinariamente tenía. No hay que decir que Rogelio, feliz con el cariño de aquella beldad, sólo anhelaba que llegase el momento de poder llamarla su esposa. Sobrevino por entonces un acontecimiento poco grato para los jóvenes. Los caudillos que mandaban la escolta de las damas a su regreso notaron la ausencia de la hermana menor durante su breve mansión en el castillo, y sospechando desde luego alguna intimidad amorosa, a su vuelta se lo noticiaron al Rey su padre.

El Rey se encolerizó, dispuso una visita en persona, y marchó acompañado del Príncipe, su hijo, hermano de las desterradas. Llegó, registró, preguntó, y nada descubría; pero la enamorada, siempre bienquista con su hermano, se franqueó con él y le insinuó el misterio. Viéronse el Príncipe y Rogelio, y, prendados

mutuamente de su igual bizarría, dispuso aquél una partida de caza. En ella sobresalieron uno y otro en denuedo y tino; pero el Príncipe quiso adelantarse en pos de un jabalí descomunal, cuando reparó Rogelio que otro no menos poderoso asomaba por un costado. Advirtiendo Rogelio el sumo peligro del Príncipe, se abalanzó a la fiera, y le clavó mortalmente un venablo; el Príncipe logró igual suerte con el otro, y entrambos se regocijaron, con toda su compañía, de aquel triunfo. Regresaron al castillo ostentando su doble trofeo al Rey, quien desde luego se prendó de la traza de aquel desconocido, y más con las noticias que le dió su hijo de las prendas y el valor que le realzaban.

...se abalanzó a la fiera...

En esto ocurrió la novedad de que un potentado, confidente y vasallo del Rey, ya de suyo díscolo, amenazaba con guerra. Marcharon allá todas las tropas del acompañamiento regio a las órdenes del Príncipe, y éste le llevó consigo a Rogelio. Descolló el joven por su arrojo e inteligencia, y en el primer encuentro derrotaron y prendieron al rebelde. Con este nuevo trofeo, más esclarecido que el primero, el Príncipe descubrió todo el misterio de Rogelio y de su hermana al embelesado padre, que consintió en el deseado enlace y favoreció con mil finezas a los novios,

augurándoles felicidades sin término con su bendición paternal.

El soberano prisionero se mostró sumamente arrepentido de su rebeldía, y después de muchos ruegos Rogelio y el Príncipe consiguieron que el Rey le perdonase. Desde entonces no volvió a dar motivo alguno de queja.

...abrazó larga y fuertemente...

Con tanta prosperidad en el logro de todos los anhelos del amor y de la amistad, se solemnizaron los desposorios de Rogelio y su amada, y todo se volvieron fiestas y regocijos en el castillo y la comarca. Entonces, enterado el Príncipe de que el Rey prisionero tenía una hija de peregrina hermosura, rogó a su padre que le concediera la gracia de aquel enlace, y a poco se celebró la boda con júbilo y esplendor.

En medio de sus placeres, Rogelio no dejaba de recordar el desamparo de su desventurada madre. Manifestó, pues, su ardiente deseo de ir en su busca, así a su esposa como al Rey su suegro, y éstos se adhirieron a su viaje encareciendo aquel rasgo de cariño filial.

Marchó Rogelio con numerosa comitiva, llegó a su país, y encontró todavía viva, pero en extremo desmejorada, a su madre. Desmayóse la infeliz de gozo al presentársele su hijo; pero vuelta

en sí, lloró copiosamente de alegría, y abrazó larga y fuertemente a quien no pensaba volver a ver más. Rogelio le refirió todas sus aventuras, y la animó a acompañarle en su regreso al reino de su suegro. Así lo hizo con gran alegría su cariñosa madre. Volvieron allí después de un largo viaje sin contratiempos, y vivieron felices por espacio de largos años.

CUENTO XXV

EL COLLAR DE DIAMANTES

En la corte del rey de Egipto vivían tres hermanos zapateros, que estaban enterados de la desaparición de las tres hijas del Rey, y de que se hallaban escondidas en una torre encantada. Como el Monarca había ofrecido un premio al que las sacase de aquella prisión, los tres hermanos se pusieron de acuerdo para pedir una audiencia al Rey, y en ella, una vez obtenida, le ofrecieron libertar a las Princesas del poder de los encantadores.

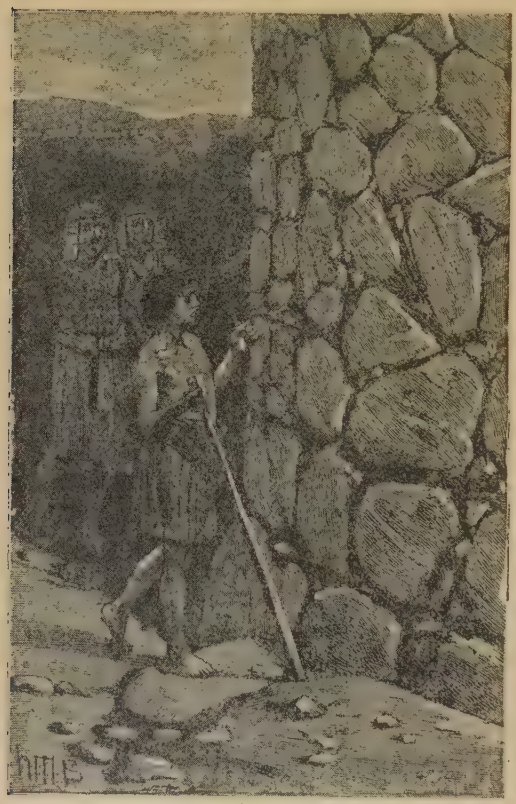
—Ved a lo que os exponéis—dijo el Rey.—pues si no lográis vuestro intento, os costará la vida, y si lo conseguís, os casaréis con mis hijas.

—Señor—dijo el más pequeño de los tres hermanos,—sabemos los términos de nuestros compromisos; pero ahora debemos haceros presente que para lograr nuestro intento necesitamos algunos recursos, pues somos tan pobres, que aun para lo más preciso nos falta.

—Está bien—dijo el Rey;—se os dará lo que pidáis.

Pidieron los jóvenes, siempre por indicación del hermano menor, una suma bastante crecida, y cuando les fué entregada, salieron a inspeccionar la torre.

Era ésta de forma circular; no había en ella puertas ni ventanas, y tenía una altura de trescientos metros, lo mismo que la torre Eiffel, de París.



...salieron a inspeccionar la torre.

Apenas la vieron los dos hermanos mayores, porrumpieron en descompasados gritos y se desataron en improperios contra su hermano menor, que, a su juicio, los había comprometido y expuesto a perder la vida.

—No os desaniméis—les dijo éste,—pues pronto veréis que lo que creéis difícil es cosa fácil y sólo requiere paciencia y un poco de corazón.

Volvieron todos a la ciudad, y en ella compraron en las tiendas de cordelería todas las cuerdas que tenían hechas; con ellas llenaron diez carros; en todos los almacenes de ferretería adquirieron clavos de veinticinco centímetros de largo, y con esta mercancía cargaron otros cinco carros.

Después de adquirido este material pagaron a sus dueños el importe de los carros y mulos, y ellos mismos los condujeron al pie de la torre encantada.

Una vez en aquel sitio, el hermano menor comenzó a fijar los clavos alrededor de la torre. Cuando tenía una vuelta, ayudado por sus hermanos, fué anudando la cuerda a los clavos, y siguió rodeando la torre con ella, formando de este modo una escala segura y sólida de vuelta en vuelta, por la cual ascendieron insensiblemente hasta una altura de cien metros. Una vez llegados a ella, descubrieron una ventana que por su tamaño no podía ser vista desde el suelo, y bien situada para sus fines.

El hermano menor hizo que se anudasen las cuerdas suficientes para bajar desde la ventana por la parte interior al fondo de la torre, y amarrándose por la cintura se hizo descolgar, advirtiendo a sus hermanos que cuando sintieran que tiraba de la cuerda fueran recogiéndola hasta subir a las personas que a ella estuvieran amarradas, y volviesen a echarla dentro de la torre.

Colocáronse en el alféizar o rebajo de la ventana, y comenzaron a bajar a su hermano menor.

Cuando llegó al fondo de aquel pozo, el joven se encontró en una antesala lujosamente amueblada, en la cual las paredes estaban cubiertas de porfido, mármol y piedras preciosas; pero lo que más le llamó la atención fué ver que había tanta claridad como si las paredes fuesen de cristal.

Entró luego en otras habitaciones decoradas y amuebladas con un lujo para él desconocido por lo deslumbrador e inusitado, y, por último, vió una gran puerta de oro que le cerraba el paso. Llamó a ella, y aunque apenas tocó a una de sus hojas, sonó de tal manera, que quedó aterrado.

Abrióse la puerta, y salió una de las Princesas.

—¿Cómo habéis llegado hasta aquí, desdichado joven?—le preguntó.—¿No sabéis que puede costaros la vida?

—Vengo, ¡oh princesa!—replicó aquél,—a salvaros; y aunque hubiese de costarme, no una vida, sino cien que tuviera, haría lo que he hecho, con intención de devolveros a vuestro amantísimo y acongojado padre.

—Pues bien; aprovechemos la ausencia del Genio que guarda esta torre. Pero antes venid.

Y le llevó a una sala donda había muchas armas.

—¿Veis todas estas espadas? Pues si el Genio llega antes de que nos marchemos, apenas le veáis venir, tomad esta espada

mohosa y mellada, y con ella procuraréis tocarle, evitando en cuanto podáis que él os toque con su lanza, pues si tal sucediera, estáis perdido.

Dicho esto fué adentro a buscar a sus hermanas, y todas salieron a la antesala. El joven amarró a la cuerda a la Princesa de más edad, e hizo que la subieran. Luego tocó el turno a la que le seguía, y en tanto que llegaba ésta a la ventana, la más pequeña dijo a su salvador:

Subió la Princesa...

—Toma este collar, que tiene unos diamantes especiales, los cuales no pueden falsificarse, ni es posible encontrar otros semejantes; por él te reconoceré, pues no he de casarme con otro que no seas tú. No olvides mis recomendaciones respecto al modo de librarte del Genio; y si quieres evitarte un peligro, cuando yo haya subido amarra a la cuerda uno cualquiera de estos objetos, y verás lo que sucede.

Subió la Princesa, y siguiendo el joven zapatero sus instrucciones, amarró a la cuerda un mueble que vendría a tener próximamente su peso.

Apenas habría llegado aquel mueble a la mitad de la distancia que tenía que recorrer, cuando se rompió la cuerda, y cayó al suelo hecho pedazos.

—¡De buena me he librado!—pensó el joven.—¡Para poder

decir que a ellos se debe la salvación de las Princesas, mis hermanos han cortado la cuerda y me han dejado aquí por muerto!

Apenas había terminado de hacerse estas consideraciones, cuando se presentó ante su vista un gigante horrible. Tenía lo menos catorce metros de estatura, cabeza de buitre, forma corporal de hombre, y al extremo de los brazos, en vez de manos, garras de buitre, y por pies, enormes pezuñas de buey.

—¿Cómo has venido hasta aquí, hombre infame?—graznó aquel monstruo.—¡Vas a morir ahora mismo, y tu cuerpo servirá de pasto a mis pájaros favoritos!

El joven no se asustó, y fué retrocediendo hasta llegar al cuarto donde se hallaba instalada la armería. Una vez en ella fuése como un relámpago al rincón donde había visto la espada mohosa, y sin dar lugar al Genio a tomar otra, le hirió con ella.

Apenas le hubo tocado con la espada, dió aquel espantoso fenómeno un graznido y cayó al suelo.

En el lugar que antes ocupaba el Genio apareció una hermosa joven, que dijo al zapatero:

—¿Qué es lo que quieres? Tengo el deber de servirte en cuanto pidas.

—En primer término, sácame de aquí; dame después armas de caballero, un caballo negro que no tenga igual, y luego dime dónde están mis hermanos.

Apenas había manifestado su deseo, el joven se encontró fuera de la torre, armado de todas armas y montado en un magnífico caballo.

—Tus hermanos—le dijo aquella joven—se casan mañana con las dos Princesas mayores. Como a ellos se les atribuye el buen éxito de la empresa, el Rey los ha colmado de honores, y mañana se celebra un torneo para festejar sus bodas. La Princesa menor no hace más que llorar: y habiendo querido el Rey, su padre, que se celebren a un tiempo las bodas de las tres hermanas, le ha ordenado que elija por esposo un caballero de su corte. Ante esta orden la Princesa ha dicho que se casará con el que le presente la mitad de un collar que ha perdido; y como esa mitad tú la tienes, te casarás con la Princesa.

—Pues bien—replicó el joven;—necesito que se retrasen las bodas unos días, y que hagas que cualquier platero de la ciudad se

presente al Rey diciendo que él tiene un collar semejante al de la Princesa, y pida que le sea entregada en matrimonio.

—Vé descuidado a la ciudad, que ya está hecho lo que pides.

Entró en la ciudad nuestro joven, y fuése a una posada, donde mudó de traje, y se dirigió a la ventura hacia el lugar donde los plateros tenían establecidas sus tiendas. A la puerta de una de éstas encontró a un pobre hombre afligido, y dirigiéndose a él le preguntó:

—¿Qué tenéis, señor?

—¿Qué he de tener? ¡El demonio de la soberbia que se me ha subido a la cabeza y me ha inducido a decir que yo tengo la mitad de un collar del cual posee la princesa Inda la otra mitad, y no sé cómo salir del paso!

—¿No es más que eso? Pues no os apuréis, buen hombre, que yo os la daré. ¡Yo, no os quepa la menor duda! Entremos en vuestra tienda, y lo veréis.

Entraron, y después de tomar asiento, el joven le dijo, enseñándole el collar que tan cuidadosa y esmeradamente había conservado:

—Ved si la mitad de la joya que tiene la princesa Inda es como ésta.

—¡Con efecto, es en todo semejante!

—Pues bien; este collar lo llevaréis mañana, después del torneo que se ha suspendido hoy por causas desconocidas.

A las doce del día siguiente celebráronse las justas anunciadas, y el joven zapatero venció en ellas a sus hermanos.

Al darle el premio dedicado al vencedor, dejó ver su rostro a la princesa Inda, y halló medio para decirle:

—Esta tarde presentará un platero la mitad del collar que vos me disteis. Desmentidle delante de todos, y decid por qué causa ese collar vino a mi poder; yo estaré allí, y si os place cumplirle la palabra que me disteis en la torre, viviremos felices hasta el fin de nuestra vida.

Retiróse la corte, y a la tarde fué el platero a presentar su joya al Rey, el cual le dijo:

—Tuya es mi hija, porque así lo he prometido, y debo cumplirlo.

—Perdonad, padre y señor—dijo la princesa Inda:—este señor

no es el dueño de esta parte del collar, por las razones que voy a indicaros, y de cuya exactitud espero que no dudaréis un momento.

Y contó la historia del desencanto de sus hermanas y el suyo.

—¿Es cierto eso?— preguntó el Rey.

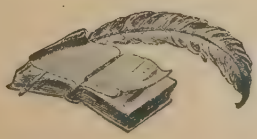
—Tan cierto es, que los supuestos libertadores no se atreverán a desmentir a su hermano menor.

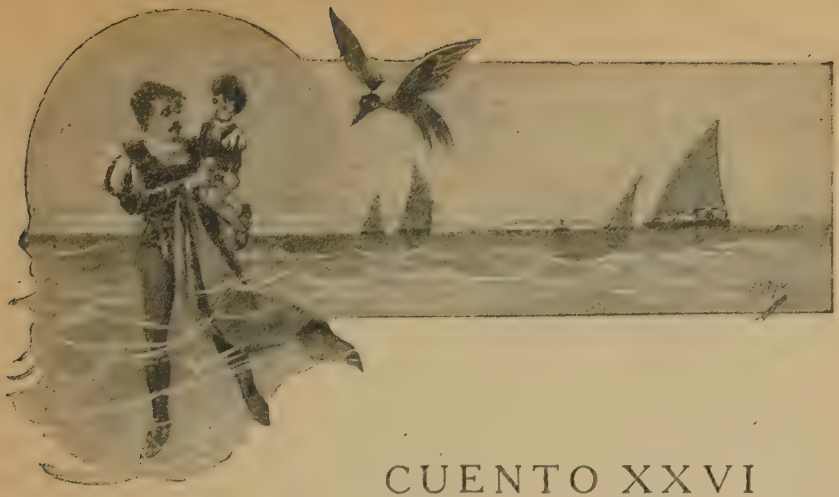
Entonces se adelantó éste, y, descubriéndose, hizo la relación de lo ocurrido en la torre desde el momento en que se salieron de ella las Princesas; y como prueba de lo que afirmaba presentó al Rey la espada que le había servido para matar al monstruo.

...este collar lo llevaréis mañana...

Enterado de todo, el Rey desterró a los hermanos, casó al joven zapatero con la princesa Inda, y a ruegos de éste perdonó más tarde a los traidores.

Desde entonces todos vivieron felices y contentos.





CUENTO XXVI

EL PRÍNCIPE PÁJARO

HABÍA en Persia ha muchos siglos un rey justiciero, el cual envió comisionados a distintos países para que le buscaran una princesa hermosa y prudente con quien casarse. Los embajadores le llevaron una joven bellísima y discreta, hasta el punto de que nunca decía simplezas. Era muda, o lo parecía, y había sido hallada en un isla desierta del Golfo de Omán.

Se celebraron las bodas. Al año siguiente nació un hermoso niño a aquellos reyes.

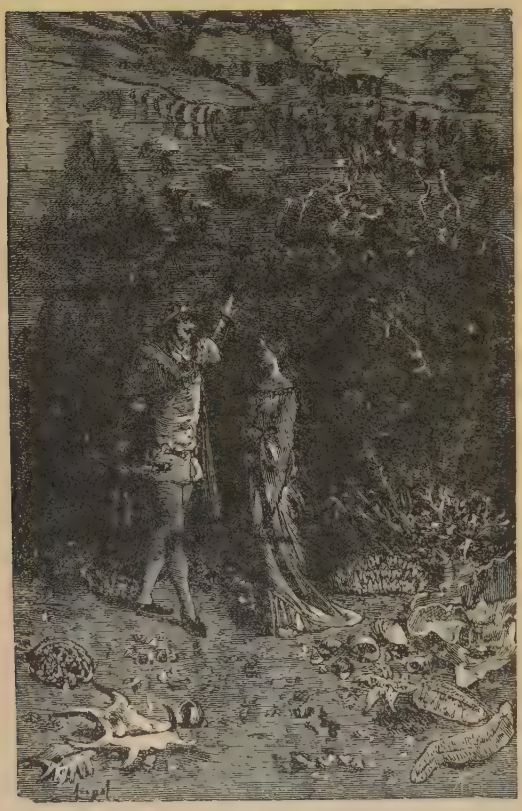
—¡Hijo mío!—exclamó el rey de Persia al contemplar al recién nacido.—¡Qué feliz sería yo si tu madre pudiera hablarte y ayudar a formar tu educación!

—Puedo hacerlo, y lo haré—porrumpió la Reina, con sorpresa de todas las personas que la oyeron, y que la creían muda.

—¡Cómo! ¿No sois muda? Haced el obsequio de explicarnos el misterio que os envuelve.

—Señor—dijo la joven Reina,—mi nombre es Gulnara, y soy hija de un poderoso rey, cuyos estados se hallan en el fondo del mar de las Indias. ¿Habéis visto las islas Laquedivas y Maldivas?

Pues no son más que miradores de castillos de pórfido y de jaspe del reino de mi hermano Selim y de mi madre Comorina, sucesores de mi padre Bab-el-Mondeb. Un día subí desde las profundidades de coral y nácar de mi palacio a una de las azoteas nuestras o islas vuestras, me quedé dormida, y vuestros servidores, que casualmente llegaron a aquel sitio, me trajeron a vuestra presencia. Formé el propósitio de no hablar hasta que aprendiera vuestro lenguaje, y ya ha llegado el caso.



El rey Bab y la princesa Gulnara...

El rey de Persia quedó maravillado al oir a su esposa. Le pidió noticias de los reinos submarinos, y prosiguió:

—Son muchas las bellezas que hay debajo del mar, y muchísimos los pueblos y naciones que viven constantemente bañados por sus saladas y movedizas ondas. Para los seres submarinos, el agua es lo mismo que para vosotros el aire; solamente que entre los seres que viven en el mar, muchos tienen bronquios y pulmones, y, por lo tanto, pueden respirar bien dentro y fuera del agua. En lo interior del mar podemos ver tan claro como sobre la tierra. Usamos ropas impermeables, es decir, que no se mojan, y, por tanto, no necesitamos secarlos nunca; y, por último, como todos los cuerpos dentro del agua pesan mucho menos que en el aire, los

seres submarinos gozamos de extraordinaria agilidad. Respecto de las ciudades y de los edificios, diré que todos son de cristal de roca, de perlas, de coral, de jaspe y de otros materiales preciosos y de suntuosísimo aspecto.

El rey de Persia preguntó a su esposa cómo y cuándo sería posible que él conociera a la familia de ella, con quien deseaba intimar.

—Cuando vos queráis—le contestó Gulnara—nos vamos a un puerto de mar, y por medio *anfibiológico* llamaré a mis parientes, los cuales os recibirán con todos los honores debidos a su jerarquía.

Así lo hicieron. A los pocos días se trasladaron a un puerto del Golfo Pérsico, y desde una ventana de su residencia Gulnara, con un brasero encendido y cargado de incienso y mirra, llamó a sus parientes pronunciando palabras muy extrañas.

Agitóse el mar, levantáronse las olas a grande altura, y de entre ellas salió un joven de elevada estatura y con bigotes de color verde mar. Después de él aparecieron una señora de edad y varias jóvenes: eran el rey Selim, hermano de Gulnara, su madre y sus hermanas. Sin tocar el suelo se dirigieron hacia el palacio, penetraron por la ventana, y abrazaron a Gulnara. De pronto, al ver al rey de Persia y a la niñera del Príncipe, comenzaron a arrojar llamas por ojos, boca y narices. ¡Qué susto para el Rey y la niñera! Pero Gulnara los tranquilizó.

—Ésa es la manera que tenemos de mostrar rubor en el fondo del mar—les dijo.

Después hubo abrazos, demostraciones cariñosas, explicaciones, banquetes, alegría, regocijos.

Un día Selim cogió a Beder—que así le llamaba su sobrinito,—y con él se zambulló en el mar. ¡Qué horror! Pero a los pocos minutos el rey submarino y el príncipe terrestre volvieron sanos y salvos, cargados de brillantes, rubíes, esmeraldas, topacios y perlas de tamaño desconocido en Persia y sus cercancías. Era un regalo de despedida que el rey Selim hacía a su sobrinito el príncipe Beder.

El hermano, la madre y las hermanas de Gulnara se marcharon a los pocos días. ¿Cómo? Tirándose al mar desde las ventanas de Palacio.

El joven príncipe Beder fué criado y educado en Palacio con gran esmero.

Cuando llegó a la edad de veinte años, el rey de Persia puso a su hijo en posesión del reino, previo el consentimiento de los pueblos que había de gobernar.

Un año después, y en ocasión de hallarse en su corte su tío, que con frecuencia iba a visitarle, oyó el joven una conversación de Selim con su buena madre la reina Gulnara. Creyéndole dormido, ambos hermanos hablaban de la conveniencia de que Beder escogiera esposa. Selim dijo que ninguna podía convenirle tanto como la princesa Flor de Luz, hija del rey submarino de las Madréporas. Selim se ofreció a ir negociando el enlace.

Beder, que lo había oído todo, quiso ver a su futura esposa, y hallándose con su tío a solas, le suplicó que le llevara a presencia de Flor de Luz antes de pedirla en matrimonio. Dispusiéronse, pues, para la partida; se despidió el rey Beder de su madre, dejándola encargada del Gobierno mientras él regresaba, y llegados que fueron a la orilla del mar, Selim y su sobrino se sumergieron en las profundas aguas.

Visitaron a todos sus parientes que vivían bajo el mar, y el joven Rey pudo observar mil y mil prodigios que le asombraron; pero su ansia por conocer a Flor de Luz era grande, y su tío se puso en marcha a los pocos días con una crecida comitiva para los dominios del rey de las Madréporas, al que llevaba un suntuoso regalo. Aquel poderoso monarca le acogió con benevolencia, y agradeció mucho el regalo que le hacía; pero apenas oyó su pretensión, prorrumpió en una sonora carcajada. Indignado Selim, hizo prisionero al rey de las Madréporas.

Por desgracia, al enterarse de lo ocurrido y ver a su padre prisionero, la princesa Flor de Luz huyó del palacio submarino en compañía de sus damas de honor, subió a tierra, y se refugió en una isla desierta.

El joven rey Beder, que supo lo ocurrido, corrió en todas direcciones por el fondo del mar, y, levantado por las olas, fué a parar a la misma isla donde se había refugiado la princesa Flor de Luz.

Fué a sentarse al pie de un árbol; oyó hablar, y adelantándose por el lado donde sonaba la voz, divisó entre el ramaje una mujer de hermosura tal, que le deslumbró.

—Sin duda—dijo para sí,—que ésta es la princesa Flor de Luz; y si acaso no es ella, no es menos digna de ser amada.

Y acercándose a la Princesa, le dijo:

—Señora, no podía desear yo mayor dicha que esta ocasión de ofreceros mis humildes servicios, y os suplico que tengáis a bien aceptarlos, pues en esta soledad sin duda necesitaréis auxilio ajeno.

—Verdad es, señor—contestó la princesa Flor de Luz con acento muy triste,—que es muy extraordinario que una dama de mi clase se encuentre en el estado que yo. Soy princesa, hija del rey de las Madréporas, y me llamo Flor de Luz. Estaba muy tranquila en mi habitación de Palacio, cuando han llegado a anunciarme que el rey Selim había forzado el Palacio y se había apoderado de mi padre; no he tenido más tiempo que el indispensable para escaparme y buscar aquí un asilo.

Al oir las palabras de la Princesa, se llenó de confusión el rey Beder.

—Adorada princesa—le dijo,—vuestro dolor es muy justo; pero es fácil hacerlo cesar, juntamente con la prisión del Rey vuestro padre. Seréis de mi mismo modo de pensar cuando sepáis que me llamo Beder, que soy rey de Persia, y que el rey Selin es mi tío.

Al oir esta explicación la Princesa tomó con la mano agua de un cercano arroyuelo, y se la arrojó al Príncipe al rostro, diciéndole:

—¡Temerario, insolente; deja la forma de hombre, y conviértete en pájaro!

Apenas hubo pronunciado Flor de Luz estas palabras, cuando Beder quedó trasformado en una pequeña ave blanca, con el pico y los pies encarnados y las alas de oro.

Al verse en aquella situación, el desventurado joven reunió sus fuerzas y elevó el vuelo sobre el mar, hasta que llegó a una isla llena de árboles y de follaje; pero tan rendido de fatiga, que cayó al pie de un árbol, sin tener fuerza para elevar el vuelo a una de sus ramas.

Allí le encontró un cazador, que, metiéndole en una jaula, le condujo a la ciudad cercana, donde le vendió a buen precio a un comerciante.

Mientras tanto el rey Selim y su madre estaban sumamente inquietos con la desaparición del joven Beder. La contrariedad de

todos era tanto más viva, cuanto que el orgulloso rey de las Madréporas, que seguía prisionero de Selim, se había amansado mucho desde su cautiverio, y transigía ya con el casamiento de su hija, con tal de que le devolvieran sus Estados. En cuanto a la princesa Flor de Luz, no se había vuelto a saber de ella, porque seguía en la misma isla donde se había refugiado, pesarosa de la dureza con que había tratado al joven Beder, a quien de buen grado habría desencantado si conociera su paradero.

Allí le encontró un cazador...

El mercader que había adquirido el pájaro desembarcó en las costas de Persia, y se lo regaló a la reina Gulnara. En cuanto el joven Rey se vió en presencia de su madre hizo tales extremos de alegría, que sorprendieron a Gulnara, la cual llamó a su hermano Selim, quien subió a tierra, y al notar aquellas demostraciones de ternura, tan extrañas en un pájaro, pensó:

—Aquí hay un misterio que es necesario disipar mediante el rey de las Madréporas, que es un adivinador de primera.

En efecto, interrogó al Monarca su prisionero, y le prometió darle libertad desde el momento en que desencantase a aquel pájaro, si realmente era un hombre víctima de un sortilegio.

El rey de las Madréporas apenas vió a la hermosa ave, dijo a Gulnara y a Selim:

—Vuestras sospechas eran bien fundadas: este pájaro es un hombre, y de estirpe real, como lo demuestra el matiz dorado de su plumaje. Fácil me sería reducirle a su verdadera condición.

Tomó un vaso de agua, pronunció sobre él algunas palabras, hizo que sacasen al ave de la jaula en que estaba prisionera, y le arrojó todo el líquido. Inmediatamente el rey Beder recobró su forma natural, y lleno de júbilo abrazó a su madre, a su tío y a su salvador, que desde entonces quedó en libertad de volver a sus Estados.

Todos fueron a buscar a Flor de Luz...

Sin embargo, el rey de las Madréporas no quiso tomar posesión de su reino submarino hasta tanto que su hija Flor de Luz estuviera casada con el rey Beder, el cual, apesar del comportamiento de la esquiva Princesa, la amaba más que nunca.

Todos los reyes y Príncipes anfibios fueron a buscar a Flor de Luz a la isla donde Beder la había visto por vez primera, y la encontraron tan hermosa como siempre, pero llena de melancolía. Flor de Luz cambió su tristeza en el más vivo placer al ver a su padre con el rey Selim y con el ya desencantado Beder; pidió perdón a éste, y a los pocos días se celebraron con gran ostentación las bodas del rey Beder y de la princesa Flor de Luz, los cuales vivieron desde entonces muy felices entre la tierra y el mar.

ÍNDICE

DE LOS CUENTOS CONTENIDOS EN EL PRESENTE VOLUMEN
LOS CUALES SE PUBLICAN
CON PERMISO DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA

	Páginas.
Los favoritos del Sultán	9
Aladino, o La lámpara maravillosa	13
Simbad el marino	133
A galope por los aires	189
El gallo listo	217
La cierva encantada	225
Los perros negros	233
El Médico y el Rey	241
Historia de un Rey tuerto	249
El Príncipe mono	257
La montaña de imán	265
El jorobado	273
El castigo de un bribón	281
Un banquete extraño	289
Soñar despierto	297
El ciego por su culpa	31[illegible]
La fortuna de un cordelero	3[illegible]
El Príncipe generoso	35[illegible]
Los cuarenta ladrones	393
El barril de aceitunas	429
La fuente de oro	439
La estatua prodigiosa	45[illegible]
Aventuras de un náufrago	469
El alcázar de la dicha	477
El collar de diamantes	505
El Príncipe pájaro	51[illegible]